Franco

Venturi

El Populismo

Ruso

Volumen I

Biblioteca de la Revista de Occidente

SECCION DE CIENCIAS HISTORICAS

FRANCO VENTURI

EL POPULISMO RUSO

TOMO I

Versión castellana
de
ESTHER BENITEZ



Biblioteca de la
Revista de Occidente
General Mola, 11
MADRID





ISBN: Obra completa 84-292-3899-9
Tomo 1.º 84-292-3026-2
Depósito legal: M. 15.394/1975
Printed in Spain - Impreso en España
por Grefol. Avda. Pedro Díez, 16. Madrid

Índice del tomo I

INDICE DEL TOMO II

Introducción

La idea o, mejor dicho, el deseo de estudiar la historia del movimiento revolucionario del XIX ruso se remonta en mi caso a los años treinta. En Leningrado, en Moscú, con el asesinato de Kirov, se inició un largo silencio sobre los movimientos populistas y libertarios. En el exterior de Rusia, en el mundo entero, todo invitaba y obligaba a buscar las raíces de las ideas socialistas y las revueltas nihilistas. Raíces que inevitablemente llevaban a quienes, generación tras generación, habían luchado contra la autocracia zarista, intentando con apasionamiento adivinar, interpretar y cambiar el destino de su país. Después de la guerra, una inesperada ocasión —una estancia de tres años en Moscú, entre 1947 y 1950— me abrió las puertas de la Biblioteca Lenin, donde se hallaban los documentos y las memorias de los revolucionarios rusos, así como los textos de la amplísima historiografía soviética de los años veinte y de comienzos de los treinta consagrada a ellos. Puertas estrechas, en realidad, las de la Biblioteca Lenin de aquella época, que no llevaban a ningún catálogo (con el resultado de tener que reconstruir la bibliografía únicamente con recensiones, revistas y notas de libros) y que no comunicaban con ningún depósito de manuscritos ni documentos de archivo (que me resultaron por completo inaccesibles)[1]. Pero sería de mal gusto, e injusto también, quejarse de la angostura de aquella puerta, que simultáneamente estaba cerrada para muchos estudiosos, para muchos rusos, para los cuales era de vital necesidad investigar cuál era en realidad la relación entre su pasado y su presente, entre el movimiento revolucionario y la dictadura stalinista; a ellos les era mucho más difícil que a mí, extranjero, hacerse una idea propia, personal, en medio del silencio, el aislamiento y la monotonía de la historiografía oficial.

Quizás esa soledad tampoco dejó de surtir beneficiosos efectos. Un profundo foso había separado a los populistas de los marxistas, de los socialdemócratas, de los socialistas revolucionarios. Tras el final de la *Narodnaya volia* (La Voluntad del Pueblo), y con el inicio sobre todo de nuestro siglo, la historia de Rusia resultaba absolutamente inaccesible para quien hubiera querido estudiarla en Moscú. Los populistas eran, prácticamente, el último período de la historia del movimiento revolucionario ruso sobre el que se podían obtener textos y documentos —si no todos, al menos los suficien-

tes. Después comenzaba el silencio, un silencio tan denso y profundo que incluso hoy, veinte años después de la muerte de Stalin, no se ha roto definitivamente. A pesar de algunas interesantes excepciones, el comienzo del siglo XX sigue siendo aún hoy uno de los períodos de la historia rusa menos investigado y discutido en la Unión Soviética.

Encontré posteriormente, leyendo a Marc Bloch, la explicación de por qué esta ruptura, este foso entre el XIX y el XX, habría podido cambiarse en un elemento positivo. No es la generación histórica inmediatamente sucesiva, no son los hijos los que entienden mejor lo que quisieron e hicieron sus padres. Es necesario cierto distanciamiento para que las generaciones se entiendan por encima de la herencia inmediata. La continuidad histórica no es precisamente uniforme y exige una retirada, un alejamiento. Ahora bien: en Rusia, los socialdemócratas —a partir de Plejanov—, y después los bolcheviques y los mencheviques —de Lenin a Dan—, así como, naturalmente, los socialistas revolucionarios —es decir, todos los movimientos que dominaron en Rusia durante las revoluciones del siglo XX—, tendieron a considerar a los populistas como una herencia que había que rechazar o utilizar, que gastar o que atesorar. La imagen de los hombres de la generación de Herzen y Chernyshevski, de Bakunin y de Zheliabov, cambió profundamente con este proceso de asimilación ahistórica, sustancialmente política. Llegó después la dictadura de Stalin y destrozó esta continuidad de la tradición de la *inteliguentsia* y del movimiento revolucionario ruso. En 1950, en el mejor de los casos, la apasionada discusión se había convertido en severa erudición; la herencia se había reducido a unas frases de Lenin, eternamente repetidas, y había caído el más completo silencio sobre los revolucionarios —como los hombres de la *Narodnaya volia*— que intentaron con más intensidad que los otros unir estrechamente ideas y acción.

Ya era hora de tratar de encontrar la realidad histórica, de remontarse a las fuentes. Lo primero que había que hacer, evidentemente, era cortar de un golpe, y sin vacilar, el lazo ya muerto y formal que aparentemente aún los unía, en la historiografía soviética, con la época de las grandes discusiones políticas, con la de Plejanov, Lenin, Martov y Chernov. De estos hombres sólo había quedado uno —Lenin, naturalmente—, reducido también él a un símbolo puro y simple, garantizador de una continuidad ideológica y política que en la realidad estaba agotándose. Lo primero que había que hacer para entender a los populistas era, pues, dejar a Lenin a un lado. Es un tema de gran interés cómo Lenin entendió a Herzen, a Chernyshevski y a la *Narodnaya volia,* pero sirve sobre todo para entenderlo a él y a los bolcheviques. Una generación después, en 1950, su pensamiento aparecía ya alejado del contexto en que nació, lejos de la época de las revoluciones rusas, transformado en un puro símbolo de una continuidad reafirmada retórica y artificialmente. Para entender a los populistas convenía sustituir esta simbología política por un puro y simple silencio en medio del cual podrían resonar de nuevo con autenticidad las

palabras y el eco de los verdaderos hechos del movimiento revolucionario ruso del XIX. Así, el nombre de Lenin apareció adrede una sola vez —en el libro que yo estaba entonces escribiendo—, al dar las gracias a la biblioteca de Moscú que lleva su nombre.

En otro punto era necesario reaccionar contra la situación forzadamente antihistórica que se había ido creando en la Unión Soviética. Todo el movimiento revolucionario decimonónico, desde los decembristas y antes de los marxistas —es decir, todo el populismo ruso—, no estaba visto en su conjunto, como una corriente que a pesar de sus diferencias y sus pugnas internas conservaba una unidad propia y una continuidad, y a la que habría que considerar como una única peripecia humana, en su nacimiento, su desarrollo, su decadencia y su trágico final. La ideología oficial, como solía hacer, había sustituido esta visión por un verdadero juicio universal, poniendo a los malos a un lado y los buenos a otro, haciendo caer el silencio y la sombra sobre los primeros y confundiendo a los otros en la forzosa e indistinta claridad de los paraísos ideológicos. En este caso concreto los buenos eran denominados demócratas revolucionarios y comprendían a Herzen (con las reservas y distinciones de rigor), y sobre todo a Belinski, Chernyshevski, Dobroliubov, acompañados por cierto número de partidarios e imitadores. Los malos eran Bakunin, Lavrov (con las atenuantes del caso), Mijailovski y, sobre todo, los hombres de la *Narodnaya volia*. En esta gran novela histórica los personajes de los años 60 eran los héroes positivos, y los de los años 70, los negativos [2]. No tienen demasiado interés las motivaciones de estas sentencias. Lo que importa es saber la razón de semejante proceso. Todavía hoy, a tanto tiempo de distancia, no sería fácil indicar esas razones.

La discusión sobre la *Narodnaya volia* desarrollada en 1930 y 1931 y que tuvo como protagonistas a I. A. Teodorovich y a V. I. Nevski estuvo llena de vivacidad e interés, aunque cargada con elementos que reflejaban fuertemente la tensísima situación política de esos años. En realidad se trató del más interesante debate historiográfico e ideológico provocado por la colectivización de los campesinos entonces en curso [3]. Teodorovich derivaba personalmente del movimiento populista y después se había hecho marxista. Nevski procedía del grupo de hombres que con Lenin realizó y guió la revolución de octubre. En el debate se oyeron las voces de los supervivientes del movimiento revolucionario decimonónico, de los miembros populistas de la «Sociedad de condenados a trabajos forzados y a la deportación»; tampoco faltaron las voces roncas y monótonas de los fabricantes en frío de las nuevas y cómodas ideologías estatales. Al recorrer las páginas de todos ellos sorprende aún hoy el trágico aire irreal de aquel debate que se desarrollaba entre supervivientes, entre sombras ya al borde del abismo. Pocos años después, en 1935-36, todos habían desaparecido —hombres, instituciones, revistas, editoriales, ideas. La causa principal, o al menos más evidente y clara, fue la voluntad de Stalin, que no quiso que volviera a hablarse, por ningún motivo, de revolucionarios capaces de

servirse de bombas y pistolas, de realizar acciones de guerrilla y golpes de mano. Como explicó Stalin a Zhdanov, y como repitió éste el 25 de febrero de 1935 al comité ciudadano del Partido Comunista de Leningrado: «Si educamos a nuestros jóvenes como a los hombres de la *Narodnaya volia,* criaremos terroristas»[4]. Las medidas de seguridad adoptadas por Stalin afectaron tanto a los muertos como a los vivos, y se aplicaron con idéntica crueldad contra el recuerdo del populismo revolucionario y contra los historiadores y eruditos que se habían ocupado de él. Así, se interrumpió la edición de las obras de Bakunin, de Lavrov, de Mijailovski, de Tkachëv; dejó de publicarse la revista «Katorga i ssylka» (Trabajos forzados y deportación), y desaparecieron Nevski y Teodorovich, Steklov y Gorev, acompañados y seguidos por muchísimos otros. La teoría oficial fue expresada por E. Yaroslavski, que en 1937 se dirigía a las nuevas generaciones diciéndoles que «los jóvenes miembros del partido y del Konsomol no siempre saben, ni valoran suficientemente, el significado de la lucha que nuestro partido libró durante decenios, superando la influencia del populismo, contra éste, aniquilándolo como el peor enemigo del marxismo y de la causa entera del proletariado»[5].

En suma, el peso de las necesidades políticas inmediatas fue decisivo, como se ve, a mediados de los años 30, para inducir al violento corte que Stalin realizó en el tejido histórico de Rusia. Simultáneamente, como resulta de esa misma conversación con Zhdanov, una de cuyas frases reflejamos, el dictador estaba muy decidido a cortar en seco con cualquier replanteamiento sobre los orígenes del propio partido bolchevique. Toda la historia de éste anterior a 1917 no era a sus ojos, entonces, más que una «prehistoria» poco significativa, e indigna, evidentemente de mucha atención[6].

Es decir, no se trataba sólo de realizar un corte neto, sino también de saber dónde intervenir con el cuchillo y cómo separar a los buenos de los malos. Ya no eran suficientes las consideraciones de seguridad y de orden público. La opción, evidentemente, era ideológica. Al suprimir en el XIX el elemento revolucionario, de Bakunin a la *Narodnaya volia,* se corría el riesgo de hacer visible sólo al elemento más democrático y reformista, de Belinski a Herzen, de Chernyshevski a Dobroliubov. Tampoco bastaba, con toda evidencia, con bautizarlos como «demócratas revolucionarios» para mudar su naturaleza. Pues estos hombres, cuando eran —como efectivamente supieron ser a menudo— auténticos revolucionarios, lo fueron en un sentido distinto, incluso contrario, a la «revolución desde arriba» que Stalin estaba realizando por aquellos años. ¿Cómo remediar esta contradicción?

El problema se resolvió, durante un ventenio, a partir de 1935, con los métodos más diversos, de la pura y simple censura de los textos a las interpretaciones forzadas y a la continua tentativa de hacer coincidir la imagen de estos hombres con los iconos que la ideología oficial había establecido previamente para ellos. Este corte entre los «demócratas re-

volucionarios» y los populistas adoptó a veces incluso formas ridículas, como cuando se intentó, por ejemplo, separar a Herzen y Ogarëv, inseparables amigos y compañeros durante toda su vida. Pero a pesar de todo, a pesar de las dificultades y las incertidumbres, sobre los «demócratas revolucionarios» no descendió el silencio y el desprecio, como fue el destino, en cambio, de sus seguidores y continuadores de los años 70. Sus obras se imprimieron, a veces en ediciones de gran valor por las investigaciones y los añadidos (basta con pensar en las obras de Chernyshevski). Su pensamiento, en medio de todos los corsés, siguió actuando en Rusia a la luz del sol.

¿A qué debieron, en último extremo, esta supervivencia, al menos parcial? Es cierto que no faltaron razones prácticas evidentes: ¿cómo privar a la literatura rusa de hombres como ellos? Herzen, sobre todo, aunque cada una de sus páginas contradecía la dictadura, no era fácil de eliminar. Pero no olvidemos que eran los años en que la literatura rusa se vio privada incluso de Dostoievski, operación mucho más difícil que la que habría debido realizarse sobre el cuerpo vivo de Herzen. En realidad, las razones de esta opción no fueron sólo de oportunidad y de comodidad. En los demócratas revolucionarios había algo que se resistía a cualquier tentativa de aniquilación. En sus escritos volvía a surgir continuamente el problema nacional, la propia cuestión del lazo entre el movimiento revolucionario y la historia rusa. El socialismo en un solo país no podía dejar de preguntarse cuáles eran los orígenes del socialismo en ese único país. La osificación del marxismo requería que una sangre distinta y acaso más antigua reanudase su circulación por el país. Vaciado de su contenido propiamente populista, de los problemas reales que Herzen y Chernyshevski plantearon al hablar de los campesinos y del original desarrollo económico y político de Rusia, reducido a menudo a fórmulas vacías, el socialismo ruso volvía a emerger siempre y ocupaba el puesto dejado por el declinante internacionalismo de los años 20. Chernyshevski acabó así obligado a hacer de padre putativo del socialismo ruso, mientras que Marx seguía siendo su auténtico progenitor. Posición incómoda, como siempre, pero que respondía a una exigencia real y que fue la primera y tosca forma de una nueva relación entre la tradición rusa y el estado soviético, relación muy distinta de la que habían podido imaginar los marxistas y los internacionalistas que realizaron la revolución de 1917.

En los años 30 y 40 de nuestro siglo esta nueva emersión del pasado adoptaba sobre todo una forma negativa, de una celosa clausura, de un angosto nacionalismo. Las relaciones internacionales de los populistas, de los revolucionarios rusos, quedaban en la sombra, cuando no eran negadas. Se pretendía, en suma, realizar una defensa de su originalidad y de su carácter autónomo, defensa inútil, vana y equivocada en el plano histórico, tendente en realidad a dificultar, si no a impedir, la indagación y la comprensión de los profundos lazos que unían a los populistas con la Europa del XIX.

También en este caso acabé concluyendo —al tratar de romper este aislamiento artificial y sofocante— que el mejor camino era, quizás, no dudar en afirmar, desde las primeras líneas del libro que estaba escribiendo, que se trataba de una página de la historia del movimiento socialista europeo —tratando después, siempre que fuera posible, de anudar los hilos históricos perdidos o rotos por la historiografía oficial soviética de aquellos años.

Es cierto que incluso en Moscú, entre 1948 y 1950, a pesar del aislamiento y del silencio, se oía aún el débil eco del interrumpido diálogo de los años 20 sobre el pasado revolucionario de Rusia. Aquella discusión había sido demasiado viva, hasta 1935, por lo que se adivinaba, en pocas pero evidentes señales, la muda voluntad de algunos de reanudarla y proseguirla. Yo no ignoraba que en Moscú proseguía su trabajo B. P. Koz'min, a quien se debían algunos de los más importantes libros y artículos que yo estaba leyendo en la Biblioteca Lenin. Las investigaciones sobre la situación real de los campesinos en el XIX no estaban del todo interrumpidas. Bastaba, para convencerse de ello, con leer las obras de Druzhinin. Yo iba siguiendo, en la medida de lo posible, el trabajo íntegro y paciente de Levin, de Valk, de Oksman y de algunos otros, de los que intentaban mantener con vida, a pesar de las circunstancias adversas, la auténtica tradición de los estudios filológicos e históricos en la Unión Soviética. Cada día me resultaba más evidente la situación en que estos hombres trabajaban, con todo su trágico carácter, a medida que iba comprobando la imposibilidad de encontrar un enorme número de libros, a medida que me tocaba ver colecciones enteras de escritores, de memorialistas, de historiadores, con los nombres de sus editores y anotadores bárbaramente raspados y tachados. La verdad era evidente: la historiografía rusa fue devastada en los años 30 y 40.

Me pareció ver con toda claridad lo que se debía hacer: narrar, con la mayor amplitud posible, citando lo más extensamente posible los textos y documentos, haciendo oír su auténtica voz, liberándolos de toda costra y superposición ideológica posterior. Narrar, contar las peripecias del populismo, convencido cada vez más de que allí estaban las raíces, los orígenes más verdaderos y hondos de la Rusia contemporánea.

Esto iba suscitando en el narrador no poca admiración y no poco entusiasmo por aquella generación de revolucionarios, y también, dependiendo de ello, no escaso interés por los eruditos soviéticos que habían intentado, con tanta audacia, que se conocieran mejor los años 20 y que revivieran las peripecias de los pensadores y rebeldes del XIX ruso; también ellos, como los personajes que estudiaron, acabaron arrastrados por la oscura tormenta de los años 30 de nuestro siglo. Al presentar a los lectores italianos, en el «Notiziario Einaudi» del 30 de junio de 1952, el libro ya acabado, concluía: «A medida que avanzaba en mi trabajo me asaltaba una sensación de creciente admiración por quienes, en condiciones dificilísimas, quisieron llegar hasta el fondo, íntegramente, por el "camino es-

trecho" que habían elegido. Este espíritu consecuente, que según uno de ellos es el carácter distintivo de la historia rusa, resultaba como una fuente de energía, como una voluntad que llevaba a los más incontrolados, sin paradas intermedias, hacia el absurdo, pero que conducía a los mejores a esa entrega completa que es el carácter dominante de todo el populismo. No es pues, o al menos así lo espero, una complacencia psicologista lo que me ha impulsado a acumular los detalles de la vida de tantos oscuros personajes. Sólo así podía llegar a lo individual, sin dejarme apresar por los esquemas, y subrayar cuál es el elemento realmente original del populismo ruso. Y espero que esto hará que se me perdone por haber escrito dos volúmenes demasiado gruesos.»

Esos tomos, titulados *Il populismo russo,* aparecieron en la editorial Einaudi en 1952. La discusión que sucitaron en Italia afectó a los puntos sustanciales y fue —como era natural, dado el esoterismo de estos temas— más historiográfica que histórica, se orientó más a los principios, a los métodos y a las conclusiones que a los hechos, la investigación y las dudas. ¿Era justo escribir la historia de un movimiento como el populismo subordinando a él todos los elementos de la historia social, política, económica, literaria e ideológica de la época en que se desarrolló? ¿O había que insertarlo sobre todo en una realidad más compleja, hasta convertirlo solamente en parte de una visión global de la Rusia decimonónica? ¿Historia de un movimiento o historia de una sociedad? Mi elección había sido muy clara, en favor de la primera alternativa contra la segunda. Aldo Garosci, con el seudónimo de Aldo Magrini, me dio la razón en las columnas de «Il Mondo» (20 de septiembre de 1952), y Giuseppe Berti me discutió en las de «Rinascita» de mayo y julio del año siguiente. Garosci tocó incluso el problema de lo que quedaba con vida y lo que ya estaba enterrado de la gran tradición política de la *inteliguentsia* rusa. Concluía preguntándose (estábamos en 1952, en el momento sumo del stalinismo) por qué los ideales de los revolucionarios decimonónicos habían fracasado en su tarea de transformar Rusia o habían «dejado de operar con eficacia», «aunque ciertamente permanecían como mitos inspiradores y como coronación ideal de algo que, en parte, recuerda más lo que los populistas combatieron que aquello que amaban». En el silencio ruso, el zarismo parecía recobrar entonces sus derechos. Berti estaba convencido, en cambio, de que sólo la evolución económica, sólo los hechos y las cifras de las transformaciones de la vida rusa podían hacer que el lector occidental comprendiera la realidad de aquel país, mucho mejor que las interpretaciones que dieron entonces los revolucionarios o la propia voluntad expresada por ellos de cambiar, de derribar aquella realidad. «Una historia del populismo carente de un profundo examen de las hondas diferenciaciones económicas y de clase que se van produciendo en la campiña rusa *después* de la reforma, de 1861 a 1881 (diferenciaciones que determinaron toda la posterior evolución del *narodnichestvo),* semejante historia carece de un criterio de juicio.» Afirmación que muchos historiadores, incluso no marxistas, esta-

rían dispuestos a suscribir aún hoy, aunque modulándola más o menos variadamente. Pero Berti, uno de los mejores y más agudos conocedores de las peripecias revolucionarias del mundo moderno en la lógica interna de los movimientos, en los conflictos entre ideas y voluntad, en las tragedias que resultaron de ellos, se ha consagrado después —cuando ha narrado, por su parte, la historia de la Internacional Comunista— a la función y el origen del Partido Comunista Italiano y de sus relaciones con los demás países.

Nadie pretende negar la posibilidad de escribir la historia de una sociedad como la rusa después de la reforma campesina de 1861. Pero para entender un movimiento como el populista era necesario liberarlo por completo de todas las explicaciones generales, sociológicas, que en la Unión Soviética y en otros lugares habían ido revistiéndolo, ahogando su elemento más vivo y creador.

Una confirmación de este planteamiento, que me impresionó más que cualquier otra, me la dio Andrea Caffi, un italiano que había conocido íntimamente Rusia desde las primeras décadas del siglo, partícipe y testigo de la edad de las revoluciones rusas, camarada y amigo de los supervivientes del populismo decimonónico, y que entonces, en 1952, vivía en París los últimos años de su libre y genial existencia [7]. Me escribió que había sido correcta la neta separación de las leyendas y de las tradiciones de comienzos del siglo, y que indispensable —aunque difícil— era el intento de establecer la relación entre Rusia y Europa; me corrigió muchos puntos específicos (y, por supuesto, he tenido escrupulosamente en cuenta sus sugerencias en la segunda edición), me dijo que había hablado sobre mi libro con sus amigos de la editorial Gallimard, con A. Camus y B. Parrain sobre todo, y me hizo entender también cuán útil podía ser sacar a la luz y dar a conocer mejor la gran época de la *inteliguentsia* decimonónica.

Lo poco conocida que ésta era me lo demostraron —si aún era necesario— las palabras de algunos de los que leyeron entonces en Italia *Il Populismo russo.* «Es muy singular —escribía, por ejemplo, Giovanni Spadolini en "La Gazzetta del popolo" del 12 de diciembre de 1952— que el movimiento populista, tan claramente ruso, tan ligado a las condiciones y a la mentalidad del proletariado ruso, tan empapado de espíritu tradicional y nostálgico, tenga orígenes filosóficos occidentales, denuncie una neta derivación de los motivos clásicos de Proudhon y de Blanc (no sin influencias de la filosofía clásica alemana sobre Bakunin).»

Justamente a planteamientos similares respondía Leo Valiani, cuando afirmaba el derecho a escribir la historia de los movimientos políticos sin verse obligado por ello a escribir historia total, y cuando afirmaba que «el espíritu que anima a los populistas rusos no es el termómetro del atraso de un inmenso país semifeudal, sino que expresa más bien la asimilación ideológica de las tendencias más inquietas y radicales de la sociedad europea por una capa relativamente fina de intelectuales revolucionarios que consideran a su patria, Rusia, como una cárcel que hay que transformar, con

la destrucción de los barrotes, en una comunidad social superior, conforme a los más generosos ideales del socialismo de Occidente... ¿Espíritu de disgregación, que conduce a los deseos más extremados justamente porque se está obligado a permanecer en el mundo de los sueños? No, la característica del populismo es, al contrario, una confianza ilimitada en la capacidad de Rusia para realizar progresos más rápidos, y sobre todo más rectilíneos, que los que el escepticismo imperante en ellos permite a otros países europeos... Aunque se desarrolló en condiciones políticas, sociales y económicas mucho más atrasadas que las de Occidente, el movimiento revolucionario ruso no fue menos socialista, en su ideología y su programa, que los movimientos que contemporáneamente se expresaron en la Primera Internacional y en la propia Comuna de París... Pero mientras que en Occidente el socialismo representaba deliberadamente una escisión de clase en el seno de la nación, en Rusia el populismo consiguió, espontáneamente, alejar a las fuerzas vivas e instruidas de la nación del zarismo... El populismo pudo llamarse, en sus ideas y en su lucha material, la conciencia (aunque no la representación autorizada) de las grandes aspiraciones nacionales. Ahí está la razón de su resistencia íntima, de su resurrección con fuerzas centuplicadas, a sólo veinte años del trágico fin de la *Narodnaya volia*» («Lo spettatore italiano», número 6, junio 1953).

Estábamos en 1953, el año de la muerte de Stalin y de la eliminación de Beria. El problema del valor de la tradición moral y política que la *inteliguentsia* rusa consiguió crear en medio de tantas luchas y dificultades, volvía a presentarse, muy vivo, salía del círculo de los eruditos para convertirse en problema de todos, incluso en Italia. Los testimonios recogidos en *Il populismo russo* consiguieron convencer al menos a algunos, como se ha visto en los ejemplos citados, de la lucidez de aquel mensaje que volvía a emerger tras la revolución, la guerra, la dictadura. «La comprobación más dolorosa —escribió entonces Armanda Guiducci— es justamente que para muchos hombres cultos de Occidente no ha envejecido en absoluto gran parte de la obra de Dobroliubov dedicada a demostrar la divergencia existente entre la tarea de la *inteliguentsia* y la real posición en que ésta se encontraba, las violentas sátiras de Tkachëv sobre el orgullo de los intelectuales, su lucha para que éstos conquistaran una conciencia social tan clara que pudieran rechazar toda exaltación genérica del progreso como un modo de ocultar la realidad (entonces el optimismo se llamaba "positivismo"), o las ideas de Lavrov sobre la responsabilidad de la clase intelectual, su convicción de que toda sociedad —incluso la de mañana— en la que faltase una activa y crítica participación de los hombres de cultura estaba destinada a convertirse en tiránica» («Il pensiero critico», números 7-8, diciembre 1953).

En Italia se sentían muy especialmente por aquellos años, como se ve, estos temas sobre la función ética del populismo. Y algo parecido podría decirse de Alemania [8], aunque con significativas diferencias. De Inglaterra y de América llegaban, en cambio, simultáneamente, dos intentos

para insertar la historia del movimiento revolucionario ruso del XIX en una visión absolutamente política y económica. Una recensión del «Times Literary Supplement» del 12 de junio de 1953 recogía los problemas de la formación y la función de las *élites* cultas en los países atrasados, dentro de un enfoque que el historiador inglés Hugh Seton-Watson estaba exponiendo en sus conocidas obras sobre la *Decline of imperial Russia (1855-1914)*, en la *East European Revolution* o en su *Russian Empire (1801-1917)*. «El movimiento revolucionario ruso —decía— partió de la *inteliguentsia*. La palabra es rusa y el fenómeno hizo allí su aparición por vez primera. Pero lo que ocurrió después en otros países del sur y el oeste de Europa demostró que no se trataba en absoluto de un fenómeno exclusivamente ruso. La *inteliguentsia* es un producto de la educación moderna... El ruso culto participaba de la cultura de los países más avanzados de la Europa contemporánea. No podía dejar de ver el contraste entre su cultura y el estado en que se encontraba su país. Atraso material, opresión social y falta de libertad lo llenaban de vergüenza.» Los estudiantes que procedían de clases no privilegiadas, los hijos de los popes y los originarios de las naciones oprimidas, como los polacos, los ucranianos, los judíos, confluían así en el movimiento de oposición. «Motivos ideales y personales se unían para enfrentar a la *inteliguentsia* con el régimen y para hacerle preferir los revolucionarios al gobierno.» «*Certain flowers and weed grow only in certain soils.*» «Si el régimen no se hubiera enajenado a la *inteliguentsia* como grupo, los revolucionarios y conspiradores profesionales, que eran una pequeña minoría derivada de ella, nunca habrían aparecido.»

El populismo estaba visto así, por Seton-Watson, como un caso especialmente significativo de la formación de las *élites* revolucionarias modernas. El historiador inglés se esforzaba por observar objetivamente, en sus resultados últimos, en sus elementos típicos, un proceso que el libro examinado por él había tratado de estudiar desde el interior, del punto de vista de las conciencias de quienes se encontraron efectivamente ante el dilema de formar un grupo restringido y activo o expandirse en la masa, y que habían vacilado en esta alternativa, luchando consigo mismos y con las condiciones externas que los inducían y los constreñían alternativamente a encerrarse en una *élite* o a fundirse en cambio con todo el pueblo ruso. No es el elemento dramático de esta elección, ni la desesperada tentativa para encontrar una vía de salida al dilema en que los encerraban su número, su condición y sus ideas, sino la fatal formación de una *inteliguentsia* y de un partido de revolucionarios profesionales lo que ocupaba el centro de este análisis de Seton-Watson, demasiado buen historiador para quedarse en esta visión puramente sociológica, y fundamentalmente interesado más bien por la función política del populismo que por la ética, atraído sobre todo por el paradigma que el movimiento revolucionario ruso parecía establecer respecto a países como Inglaterra y China. «Todo esto no pretende negar los caracteres específicos del movimiento ruso —se leía al final del artículo del "Times Literatry Supplement". Pero, como fue el

primero que siguió semejante línea de desarrollo, influyó enormemente en los dirigentes de los demás... Es cierto que Chernyshevski, Bakunin, Ishutin, Tkachëv y A. D. Mijailov son rusos, sin duda alguna. Quienes los estudian deben examinar tanto los caracteres que los unen con la corriente general de pensamiento y de acción en Europa, como los elementos que los distinguen de ella.» Había que remontarse muy lejos en la historia rusa para aprehender esos rasgos específicos, refiriéndose a la influencia de la religión, tanto la de la iglesia ortodoxa como la de las sectas cismáticas. Con lo cual se volvía a los dilemas y problemas morales e ideológicos que la voluntad de llegar a las raíces de las revoluciones modernas pareció inicialmente dejar en segundo plano en el análisis del historiador inglés. Pero en el centro permanecía la pregunta fundamental, inevitable: ¿cuál había sido el papel que el populismo ruso tuvo en la aparición y el desarrollo de las modernas teorías de las *élites?*

Igualmente importante, para quien miraba al XIX revolucionario ruso desde la mitad de nuestro siglo, era el otro problema, planteado por Alexander Gerschenkron en la «American Historical Review» de octubre de 1953. ¿Cuál era la relación entre el populismo y el atraso económico de Rusia? ¿Cuál su valor y su importancia en las teorías del desarrollo económico? «Los populistas vieron claramente las ventajas que habrían podido derivarse para Rusia del hecho de llegar tarde al escenario de la historia moderna. Vieron y subrayaron la posibilidad de adoptar los resultados de la experiencia extranjera, sin incurrir en los graves costos de la experimentación, de los errores y la incertidumbre. Tanto Herzen como Chernyshevski acuñaron frases felices para expresar la esencia de la situación.» La conciencia del atraso económico fue, pues, según el investigador americano, el punto de partida de todo el movimiento populista. Pero, agregaba Gerschenkron, los populistas se apartaron después, rápidamente, de esta intuición, y acabaron afirmando paradójicamente que «la ventaja del atraso estaba constituida por la conservación de lo *antiguo,* en vez de por una fácil adopción de lo *nuevo.* En conclusión, un trágico paso del realismo a la utopía. Esta fue quizás la razón principal de la decadencia del populismo. Cuando el índice del desarrollo industrial dio un gran salto a mediados de los años 80, después de que el gobierno inició una política de rápida industrialización, el divorcio entre la utopía populista y la realidad económica se hizo demasiado grande y el movimiento fue incapaz de sobrevivir a la represión que siguió a la subida al trono de Alejandro III». También desde el punto de vista político el atraso era un hecho esencial para comprender el radicalismo de los populistas. Tanto «la falta de un gobierno constitucional como el tardío inicio del desarrollo industrial» explicaban la aparición de la *inteliguentsia* y las contradicciones del movimiento revolucionario que la acompañó, siempre oscilante entre un espíritu de entrega y un maquiavelismo conspiratorio, entre la anarquía y la exaltación del estado jacobino. Más que como un capítulo de la historia de los movimientos socialistas, el populismo podía y debía verse

«como un capítulo de la historia de las ideologías en una situación de atraso». Observada desde este ángulo, «la historia del populismo ruso podía adquirir un elemento de actualidad, y podía subrayar mejor los graves peligros inherentes a los períodos indebidamente prolongados de atraso económico y político» [9]. Gerschenkron estaba desarrollando entonces estas ideas en toda esa serie de ensayos que lo han convertido, como es bien sabido, en el más agudo historiador de la moderna economía rusa, así como en uno de los más sugestivos teóricos de los problemas de atraso y desarrollo [10].

Tras haber leído sus páginas, el propio problema del populismo ya no es el de antes, ni para mí ni para nadie, creo. Las interpretaciones de Gerschenkron se han convertido en un punto final en las discusiones que sobre este tema se produjeron en los últimos quince años. Pero él mismo ha participado en ellas de un modo tan rico y complejo que nos induce a relegar el debate para cuando examinemos más de cerca lo que recientemente se ha escrito sobre los eslavófilos y sobre Herzen, sobre Chernyshevski y Mijailovski. El único elemento general que puede emerger de este fructífero diálogo parece el referente a la función de las ideas y de los ideales políticos en el proceso histórico que estamos examinando. ¿Constituye realmente un utópico freno para el desarrollo económico y social una idea que parece mirar hacia atrás en el tiempo, que aparentemente se remite al pasado, que parece preferir lo que ha sido y excluir lo que vendrá? ¿Está destinada en sí a tener una fuerza negativa? ¿O representa más bien, al menos a veces, un intento de *reculer pour mieux sauter*, una fructífera tentativa de conservar lo valioso del pasado para transmitirlo al futuro? La historia no se hace sólo mirando hacia adelante; yo diría que se hace mirando hacia delante y atrás al mismo tiempo. ¿No es acaso el mismo socialismo —la idea de una comunidad e igualdad de bienes, de una economía basada en la solidaridad— un legado del pasado que se ha conservado transformándose en un ideal para el futuro? ¿Y no es el propio socialismo —el comunismo, y no sólo el populismo— una idea que en su origen se contrapuso conscientemente al desarrollo económico? Abramos de nuevo el viejo y fundamental libro de Filippo Buonarroti, el libro mediante el cual las ideas comunistas del XVIII se transmitieron al XIX y, entre otros, a los populistas rusos. Observemos incluso, sin abrirlo, la tapa de este libro venerando. Bajo el título *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf,* he aquí el lema elegido por el autor: *Eas enim optimas esse leges putandum est quibus non divites sed honesti prudentesque homines fiant* Está tomado de Diodoro de Sicilia, libro 2, cap. 5. Sería difícil encontrar una declaración más explícita contra el desarrollo económico. La idea que los populistas se hacían de la *obshina* (comuna rural), su voluntad de revolución y de igualdad campesina no estaban menos comprometidas en este sentido. Una razón más para considerar al populismo ruso, a mi parecer, como una página de la historia del socialismo europeo. Y con él se consideran y estudian los ideales del pasado, que transmitía al futuro

el elemento utópico que indudablemente contenía (pero, ¿cómo alejarse del pasado sin proyectarlo fuera del tiempo y el espacio y hacerse una idea de él acrónica y utópica?), y los estímulos hacia una economía moderna que no faltaron en él (Chernyshevski pensaba en el uso de máquinas en su *obshina* transformada en cooperativa agrícola). Sólo la unión de futuro y pasado contenida en él, como en cualquier otro ideal socialista, permitiría establecer un profundo contacto con las masas populares de Rusia, que solamente así podían ser arrastradas —y no únicamente en Rusia— y vivir y luchar en una sociedad industrial contemporánea (también en este caso lo que se convertirá en la idea política del proletariado será el socialismo, y no el liberalismo). Cuando llegó el marxismo, también en San Petersburgo atrajo por el elemento socialista que contenía, y no por el análisis del desarrollo del capitalismo, ni por su justificación de la acumulación primitiva o del libre cambio. La razón parece evidente: sólo en el socialismo veían los obreros una defensa de sus intereses, de su peculiar modo de ser y de vivir. ¿Por qué negarles esto a los campesinos? Estos vieron en Rusia, en el socialismo populista, una defensa de sus propios intereses, a más de sus propias costumbres. Por lo que se refiere a la historia interna del populismo, ¿es posible notar, como quisiera Gerschenkron, a medida que avanzamos por los años 60 y 70, un paso atrás, e incluso una inversión de la tendencia, una obnubilación de la conciencia que los populistas poseían antes del atraso económico, una caída en la pura y simple exaltación del pasado? ¿De verdad es la *Narodnaya volia*, a este respecto, un retroceso respecto a Herzen? ¿No fueron precisamente los *narodnovol'tsy* los más conscientes y lúcidos jueces de la estructura económica rusa, de la fundamental importancia que en su desarrollo había tenido siempre la intervención estatal? Los debates de aquellos años parecen atestiguar un progreso, más que un retroceso. Gerschenkron lo sabe mejor que nadie, pero quizás no haya sido inútil recordarlo, al discutir con él sobre la interpretación del populismo ruso.

Partiendo de problemas menos generales se iba reanudando mientras tanto, a mediados de los años 50, la discusión sobre estos problemas en la Unión Soviética. Los interrogantes que venían de Occidente ya no encontraban por toda respuesta un forzado silencio. La investigación sobre estos temas reaparecía en Moscú y Leningrado. Sería útil describir con detalle cómo se produjo esto. No es fácil saber hasta dónde se trataba de una directriz política venida de arriba, derivada del partido y del gobierno que se estaban preparando para el XX Congreso (febrero de 1956), o hasta donde todo se derivaba del impulso impreso por los historiadores y los investigadores soviéticos. Evidentemente, ambos elementos existieron. Pero ¿en qué medida? ¿Con qué ritmo? En cualquier caso, no podemos dejar de dar la razón a uno de los más activos promotores de este debate, M. G. Sedov, cuando escribió, una docena de años después, que «el proceso de liberación de las ideas y de las concepciones que habían ido fijándose durante dos décadas fue largo y difícil» [11].

No sin razón se fecha a partir de 1956 la más completa y reciente bibliografía sobre el populismo de los años 70 y 80, que recoge los numerosos artículos y libros nacidos de este renovado debate [12]. También en 1956 se inicia la discusión en las revistas históricas sobre los orígenes y el carácter del populismo. Es especialmente interesante observar que entre los más activos en este debate se contaron, desde el principio, un historiador del movimiento estudiantil, Tkachenko, y un investigador que se había ocupado especialmente de los problemas de la juventud antes del período stalinista, Sedov. Ya en 1956 empezaron a publicarse las obras de algunos de los que serían, en años posteriores, los investigadores más activos sobre el populismo, como Itenberg y la Pirumova. En 1957 saldrá, tras más de veinte años en los que se había limitado a menudas contribuciones eruditas, la primera obra importante de P. Koz'min, su libro sobre *La sección rusa de la Primera Internacional*. En enero de 1958 comenzaba a actuar, dirigido e impulsado por M. V. Nechkina, el «Grupo para el estudio de la situación revolucionaria en Rusia en los años 1859-61», y ese mismo año apareció el primer libro sobre el populismo en su conjunto que veía la luz desde los años 30, el de Sh. M. Levin [13]. «En conjunto —recordaba el autor en su prefacio— esta obra ya estaba terminada hace unos años» [14]. Como otras obras aparecidas por esa época, tampoco este libro había nacido de las incitaciones que venían de arriba, después del XX Congreso. Pero veía la luz gracias a que la censura se había suavizado un poco.

Junto a los viejos troncos que volvían a retoñar, también había, bien mirado, en esta primera cosecha de historiografía populista de los años 50, frutos menos sanos y sabrosos, es decir, intentos de presentar de forma nueva, no sin alguna oportuna concesión y «puesta al día», ideas y juicios de la época stalinista. En este terreno se trató con frecuencia no de una ruptura, ni de una profunda renovación, sino de un deshielo que arrastró consigo mucho fango y mucha tierra.

Uno de los primeros ejercicios de «puesta al día» se realizó en torno al *Populismo russo* del autor de estas líneas. Era el año del X Congreso Internacional de Ciencias Históricas (1955), celebrado en Roma, en el que participaron masivamente los investigadores soviéticos. En el número 8 de la revista «Voprosy istorii» (Problemas de historia), que se distribuyó en aquella ocasión, con un resumen en italiano, aparecía una recensión de S. A. Pokrovski. Se enfrentaba con el problema de las relaciones entre el movimiento revolucionario del XIX ruso y el de Occidente, pero no para invitar de nuevo, por fin, a investigar en esta dirección (esa será la tarea de Itenberg, en un artículo de la misma revista, el número 9, del año siguiente), sino para felicitarse de que un investigador occidental hubiera «rechazado el punto de vista preconcebido y difundido en la literatura reaccionaria sobre el sedicente contraste entre la cultura occidental y la oriental» (citamos el resumen italiano). Es decir, un poco de bálsamo sobre la llaga de la tradicional sensación de inferioridad rusa y soviética, y no

una lúcida y concreta comprobación de que el nacionalismo stalinista había cortado los puentes entre la Unión Soviética y el resto del mundo también en este terreno de la investigación histórica. De modo similar, Pokrovski hacía constar que el libro del que se ocupaba no había excavado un foso entre los «demócratas revolucionarios» y los «populistas», pero no afrontaba la discusión sobre este elemento esencial, sobre esta *crux* del período historiográfico que estaba finalizando. Aún se remachaban otros viejos clavos: los eslavófilos debían ser considerados pura y simplemente como reaccionarios, las ideas de los liberales rusos se explicaban todas por su situación de clase, en el pensamiento de Herzen era inexistente todo elemento propiamente libertario, y éste jamás había rechazado por completo la tradición jacobina, Chernyshevski nunca tuvo ilusiones reformadoras, pidió siempre la confiscación de todas las tierras de los señores, el populismo de los años 70 desempeñó una «función progresiva» (y ésta era la mayor concesión que se hacía respecto a las concepciones de la época stalinista), pero no por ello podía considerársele como un movimiento socialista, ni había que olvidar que Tkachëv, Bakunin y Lavrov realizaron en realidad pasos atrás, sin adelantar nada respecto a Belinski, Herzen y Chernyshevski. Sus ideas eran y seguían siendo «pequeñoburguesas». Todo intento de establecer una relación profunda entre los populistas revolucionarios y 1917 era y seguía siendo profundamente erróneo. «La Gran Revolución Socialista de Octubre la hizo la clase obrera, aliada con los campesinos más pobres, guiada por el partido comunista que combatía bajo la bandera del marxismo.» Sencillo y fácil. Por ello Pokrovski expresaba «su pesar ante el hecho de que en el libro faltase una crítica de la teoría y la táctica del populismo».

Sin embargo, su recensión era interesante, más por lo que callaba que por lo que decía abiertamente. No se citaba ningún otro libro ruso; los de los años 20 aún no podían mencionarse, y los más recientes no existían todavía. Daba a entender que se debería escribir también en Rusia un libro sobre la historia del populismo, que éste ya no era un tema prohibido, pero se apresuraba a curarse en salud para evitar que se tuviera la tentación de aceptar los planteamientos de la «obra capital» examinada por él.

Las contradicciones de semejante «puesta al día» controlada se hicieron más evidentes cuando el propio S. A. Pokrovski se dedicó a publicar, en 1957, un librito sobre los *Falsificadores de la historia del pensamiento político ruso en la literatura reaccionaria burguesa contemporánea*[15], cuyo último capítulo, el décimo, se titulaba *Los investigadores progresistas de Occidente estudian la historia del pensamiento revolucionario ruso.* Estos progresistas no eran muchos: Vernell M. Oliver (por un artículo en «The Journal of Negro History» de octubre de 1953, sobre los radicales rusos y la guerra civil americana), Armand Coquart (por su obra sobre Pisarev que apareció en París en 1946) y el autor de *Il Populismo russo.* La exigüidad de esta lista tenía, según S. A. Pokrovski, una explicación. «La literatura falsificadora y la actividad de los autores que están al servicio de la reac-

ción imperialista nacen en parte del intento de paralizar la influencia de la literatura progresiva que surge en Europa occidental y en América como resultado del profundo interés de los círculos progresivos del mundo por la cultura del pueblo soviético» [16].

Antes de observar más de cerca esta conjura de los falsificadores imperialistas de la historia contra uno de los pocos historiadores progresistas del populismo ruso que florecieron en Occidente (conjura eficacísima, desde luego, ya que sólo tres consiguieron eludirla), será conveniente preguntarse una vez más qué impulsaba a críticos tan reacios y conservadores como S. A. Pokrovski a ocuparse del populismo, a discutir su naturaleza y su cronología. En su librito acababa concluyendo que «la obra de Franco Venturi era una investigación científica seria. Con su autor se podía y se debía discutir, pero no se podía permanecer indiferente ante su obra capital. Su aparición es un claro testimonio del interés despertado por las tradiciones del pensamiento revolucionario ruso» [17].

Alusión que en realidad sólo se refería parcialmente a los historiadores occidentales, fueran imperialistas o progresistas. El redescubrimiento de las tradiciones revolucionarias rusas era un fenómeno sobre todo soviético, a finales de los años 50. La investigación historiográfica, así como la literaria y artística, se remitía a los años 20, y desde allí se remontaba cada vez más. No sólo y no tanto al marxismo —que seguía siendo el terreno donde más difícil era la discusión—, sino al populismo y al gran debate entre occidentales y eslavófilos a comienzos del XIX. El elemento moral fue predominante en este aspecto de la rebelión antiestalinista de la primera época krusheviana. Se vio en los *narodniki* un modelo de pureza y energía, un regreso a los orígenes y a los principios, por encima de los maquiavelismos, los dramas y los compromisos de los años 30 y 40. De Herzen a la *Narodnaya volia,* cada uno buscó una inspiración que pudiera convencerlo de la importancia y la justicia de las luchas de la *inteliguentsia,* de aquellos hombres decididos y capaces de cualquier sacrificio. Las «puestas al día» y las concesiones de la historiografía oficial no eran, en resumen, sino el aspecto externo y más visible de una profunda corriente que llevaba a la *inteliguentsia* soviética a reconsiderar entonces sus orígenes y sus valores. Era inevitable el encuentro con el populismo, por lo que la discusión sobre este aspecto de la vida del pasado se amplió extraordinariamente por aquellos años [18].

Bien mirado, también en Occidente —en parte por reflejo de Rusia, en parte por una especie de paralelismo de la situación a este lado y al otro del telón de acero, que por aquel período se fue alzando poco a poco—, la búsqueda de las raíces morales, el regreso a los orígenes populistas de la *inteliguentsia* y de la revolución rusa dominaron en un número cada vez mayor de investigadores e historiadores. En 1955 aparecía el importante volumen colectivo *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought,* en edición de Ernest J. Simmons, que se refería en especial al populismo, aunque afrontaba problemas mucho más generales [19].

En 1958 se publicó el volumen de James H. Billington sobre Mijailovski, uno de los teóricos más significativos de la interdependencia y la pugna entre progreso moral y progreso material, entre los muchos que se plantearon angustiosamente tal problema en la Rusia del XIX [20]. En 1961 veía la luz el volumen de Martin Malia, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism. 1812-1855,* en el que las preocupaciones morales iban asumiendo formas psicológicas [21]. George L. Kline comentaba en voz baja, pero con gran finura, estas preocupaciones éticas y filosóficas que volvían a emerger [22]. La intervención más viva fue la de Isaiah Berlin, con un artículo sobre el *Russian Populism,* publicado en «The Encounter» de julio de 1960, que se convirtió después, en forma más amplia y completa, en el prefacio a la traducción inglesa de *Il populismo russo,* aparecida en Londres ese mismo año [23]. Ya en la contribución de I. Berlin a la colección de artículos antes recordada, *Continuity and Change in Russian and Sovietic Thought,* había tocado un problema fundamental al hablar de *Herzen and Bakunin on Individual Liberty* [24]. La semilla libertaria que era el núcleo del pensamiento de Herzen y de la que gran parte del populismo había sacado su origen y su fuerza, se identificaba como uno de los elementos más originales y vigorosos del pensamiento político decimonónico, no sólo en Rusia sino en toda Europa. «*As an acute and prophetic observer of his time he is comparable perhaps to Marx and Tocqueville, as a moralist he is more interesting and original than either*» * [25]. Sólo Herzen había conseguido crear y vivir una moral que no dependía de los historicismos, de los mesianismos, de las abstracciones y las pesadillas de la Europa posrevolucionaria. Comparados con él, el pensamiento y la acción de Bakunin aparecían profundamente inmersos en el magma y los peligros de su siglo. Herzen, en resumen, estaba visto como el creador de las ideas y de los modos de sentir de la *inteliguentsia.* En Bakunin estaba, en cambio, el germen de todas las contradicciones del movimiento revolucionario.

No sin un elemento de paradoja y de intencionada y forzosa simplificación, pero con gran vigor, I. Berlin trataba así de remontarse a la fuente más pura de la rebelión y de la libertad de la Rusia decimonónica, tras un siglo de trágicas experiencias, de derrotas, de dictadura y de opresión. Ello equivalía a llevar hasta el final, de modo consecuente, muy a la rusa, lo que permanecía implícito en muchas actitudes y muchas esperanzas de los intelectuales del período postestalinista. Y aunque en otro de sus ensayos, sobre los años 40 del pasado siglo, sobre la *Admirable Decade,* Berlin corría el riesgo de complacerse demasiado en este redescubrimiento de los valores de la tradición, y tal vez en las anécdotas y las extravagancias de esta renaciente tradición de la *inteliguentsia,* cuando se encontró frente a los problemas del populismo revolucionario los afrontó

* «Como observador agudo y profético de su época es quizás comparable con Marx y Tocqueville; como moralista es más interesante y original que cualquiera de los dos.»

vigorosamente, sin vacilaciones. «*In spite of the emphasis on economic and sociological arguments, the basic approach, the tone and outlook of Chernyshevsky and of the populist generally is moral, and at times indeed religious. These men believed in socialism not because it was inevitable, but because it was just*» * [26]. Los populistas habían tenido conciencia del peligro de que esta posición voluntarista, que mantenía siempre presente en sus luchas la tensión de la utopía, acabara desembocando en la formación de una *élite* de revolucionarios que impondrían el socialismo desde arriba, de fanáticos que acabarían colocando sobre los campesinos un nuevo yugo en lugar del viejo, «una oligarquía despótica de intelectuales en lugar de la nobleza y la burocracia del zar» [27]. Todo el debate, todas las pugnas dentro del movimiento populista atestiguaban la agudeza con que se sentía este problema fundamental. Las actitudes nihilistas y las anárquicas, la «ida hacia el pueblo», así como las diversas formas asumidas por la organización clandestina, fueron otros tantos intentos para responder a la pregunta que todo revolucionario no podía dejar de hacerse, considerándola esencial y fundamental. El duro realismo de Chernyshevski, su gris pero honesto practicismo fueron decisivos para orientar la actitud de la juventud revolucionaria a este respecto. «*He was a man of unswering integrity, inmense industry and capacity, rare among Russians for concentration upon concrete detail*» **. Su energía práctica, su posición social (como es sabido, era hijo de un pope), su fuerza moral lo convirtieron en «*a natural leader of a disenchanted generation of socially mingled origins, no longer dominated by good birth, embittered by the failure of their owns ideals, by government repression, by the humiliation of Russia in the Crimean war, by the weakness, heartlessness, hypocrisy and chaotic incompetence of the ruling class*» *** [28]. Así se puso en movimiento una generación, profundamente convencida de que «*Russia could leap over the capitalist stage of social development and transform the village communes and free cooperative groups of craftsmen into agricultural and industrial associations of producers who would constitute the embryo of the new socialist society*» **** [29]. Veinte años de tentativas y derrotas, de luchas y

* «Pese a su insistencia sobre temas económicos y sociales, el enfoque básico, el tono y la perspectiva de Chernyshevski, y en general de los populistas, son morales, y a veces incluso religiosos. Estos hombres creían en el socialismo no porque fuera inevitable, sino porque era justo.»

** «Era un hombre de inquebrantable integridad, inmensa diligencia y capacidad, raro entre los rusos por su concentración sobre los detalles concretos.»

*** «un líder natural de una generación desencantada de orígenes sociales muy mezclados, ya no dominada por la buena cuna, amargada por el fracaso de sus propios ideales, por la represión del gobierno, por la humillación de Rusia en la guerra de Crimea, por la debilidad, falta de corazón, hipocresía y caótica incompetencia de la clase dirigente».

**** «Rusia podía saltarse la etapa capitalista de desarrollo social y transformar las comunas aldeanas y los grupos cooperativos libres de artesanos en asociaciones agrícolas e industriales de productores que constituirían el embrión de la nueva sociedad socialista.»

sacrificios, entre 1861 y 1881, en los que estas ideas se enfrentaron con la realidad, marcarían profundamente el destino de la Rusia moderna. No sólo por lo que consiguieron crear y hacer (el partido de los revolucionarios profesionales, una nueva relación entre la *inteliguentsia* y la revolución, una honda fe en el socialismo), sino también, y tanto al menos, por lo que la derrota les impidió realizar. No se dio el salto al mundo de la libertad y de la justicia, por encima de la larga y tormentosa vía del capitalismo y la industrialización y más allá de ella. Sin embargo, a tanto tiempo de distancia, por encima de las victorias y los triunfos de las ideas marxistas en Rusia, a más del desdeñoso silencio de la época stalinista, era necesario volver a estudiar y comprender a los populistas —concluía I. Berlin. No sólo porque la visión creada por ellos de la evolución de la economía moderna no dejó de influir sobre las vicisitudes de la Rusia del siglo XX, no sólo porque aparecían concepciones populistas en los países subdesarrollados del mundo contemporáneo, sino sobre todo porque los temores y las luchas de aquellos primeros revolucionarios rusos en torno a los problemas de la relación entre las *élites* y el pueblo, de la dictadura revolucionaria y de las masas trabajadoras, volvían a presentarse con angustiosa inmediatez en la Unión Soviética en el tránsito de los años 50 a los 60. I. Berlin no dudaba en escribir: «*The populist were convinced that the death of the peasant commune would mean death, or, at any rate, a vaste set back, to freedom and equality in Russia; the Left Socialist-Revolutionaries, who were their direct descendants, transformed this into a demand for a form of decentralized, democratic self-government among the peasants, which Lenin adopted when he concluded his temporary alliance whit them in October 1917. In due course the Bolsheviks repudiated this programm and transformed the cells of dedicated revolutionaries — perhaps the most original contribution of populism to revolutionary practice — into the hierarchy of centralized policital power, which the Populist had steadily and fiercely denounced... Communist practice owed much, as Lenin was always ready to admit, to the Populist movement; for it borrowed the technique of its rivals and adopted it with conspicuous success to serve the precise purporse which it has been invented to resist*» * [30].

* «Los populistas estaban convencidos de que la muerte de la comunidad campesina significaría la muerte o por lo menos un gran retroceso de la libertad y la igualdad en Rusia; los socialrevolucionarios de izquierda, que fueron sus directos descendientes, transformaron esto en una petición de autogobierno descentralizado y democrático, adoptada por Lenin cuando firmó su alianza temporal con ellos en octubre de 1917. A su debido tiempo, los bolcheviques repudiaron este programa y transformaron las células de hombres consagrados a la revolución —quizás la contribución más original del populismo a la praxis revolucionaria— en la jerarquía de un poder político centralizado, que los populistas habían criticado firme y apasionadamente... La praxis comunista debió mucho, como Lenin siempre estaba dispuesto a admitir, al movimiento populista; porque se apropió de la técnica de sus rivales y la adoptó con notable éxito para servir al propósito concreto contra el cual había sido inventada.»

La discusión que siguió a estas palabras, así como la presentación inglesa de *Il Populismo russo,* no confirmó las previsiones de S. A. Pokrovski sobre la voluntad de los «falsificadores de la historia al servicio de la reacción imperialista» de «sofocar y paralizar» a los historiadores progresistas de Occidente, con la intención de impedir un conocimiento cada vez más extenso del movimiento revolucionario ruso del XIX. La discusión fue incluso amplia y muy viva. ¿Cómo —se preguntaron muchos de los que intervinieron, como ya había anotado Berlin en su prefacio— este libro ha sido aceptado tanto por los soviéticos como por los occidentales? ¿Y esto justamente en los años de la guerra fría, incluso cultural? [31]. ¿Podía de verdad la historia superar los conflictos de ideologías y políticas contrapuestas, y ofrecer un terreno en el que pudieran encontrarse los rusos que salían de la experiencia del stalinismo y los occidentales que estaban digiriendo las postrimerías de la época de la guerra fría? A pesar de todo, el autor de este libro estaba y está convencido de que a esta pregunta se debía entonces, y se debe ahora, responder afirmativamente. Por supuesto, los límites de la capacidad clarificadora de Clío son evidentes, pero no por ello ha de considerarse ineficaz su obra. La historia no puede pretender constituir, desde luego, el remedio de todos los males. Sirve y servirá siempre para suscitar energías, para recrear una voluntad de veracidad capaz de superar cualquier barrera ideológica y política. La narración detallada, lo más precisa posible, de las peripecias del movimiento revolucionario ruso decimonónico podía servir de llamamiento y de medida para los soviéticos que despertaban a la comprensión de los principios, de las raíces de la sociedad en que vivían. Y podía ser indispensable poner ante los occidentales el espejo de decenios y decenios de luchas, de sacrificios, de victorias morales y de derrotas prácticas de la Rusia del pasado. En medio de tantas explicaciones económicas, de tantas interpretaciones sociológicas y fatalistas, la narración histórica de un movimiento político demostraba una vez más su eficacia.

Pero ¿no estaba esta aceptación soviética y occidental basada, bien mirado, sobre un equívoco? Es cierto que después de los comentarios de S. A. Pokrovski se habían producido los de M. V. Nechkina, mucho más comprensivos y abiertos [32]. Tampoco faltó casi nunca una mención favorable de *Il populismo russo* y de su traducción inglesa en los numerosos estudios sobre el populismo que iban apareciendo a comienzos de los años 60 en la Unión Soviética, convirtiéndose casi en un reconocimiento de ritual. Es cierto también que en Occidente, en las reflexiones e investigaciones que se desarrollaban extraordinariamente por esos mismos años, *Il populismo russo* apareció a menudo como un útil punto de partida. ¿O se trataba quizás de una convergencia de carácter puramente formal, académico, y soviéticos y occidentales entendían dos cosas distintas aunque emplearan palabras similares o incluso idénticas?

El punto de ruptura fue indicado por Leonard Schapiro. Rusia y Occidente no diferían tanto en la interpretación del populismo —decía—,

como en la importancia que se atribuía a este movimiento en la formación del bolchevismo, en la preparación de la revolución de 1917. «*In his introduction — which is itself a most illuminating study of populism —* escribía en el «Listener» del 28 de julio de 1960 este notable conocedor de la moderna historia rusa — *Professor Berlin notes that Venturi's work has been acclaimed both in the West and in the Soviet Union, and attributes this inusual fact to the 'calm impartiality' with which the book is writen. It would indeed be a remarquable thing if this were the reason, since impartial scholarship does not usually command communist admirations if its conclusions disagree with party shibboletts* * [en lo cual Schapiro tenía razón y a la vez estaba equivocado; razón si se refería a los órganos estatales de la política cultural, y equivocación si se refería a muchos investigadores soviéticos, muy sensibles, por las experiencias realizadas por ellos, a las exigencias del rigor filológico y documental.] *But Sir Isaiah is not quite right. Venture has been criticized in the Soviet Union for hinting that the psychological type of the Bolshevik was engendered in the nineteenth century. Bolshevik kinship with such conspiratorial fanatics of revolution as Tkachev is indeed fearly obvious. But it is contrary to the aura of pure democracy with which modern Soviet convention demands that Lenin be sorrounded. Moreover the fact that Ventury is more often that not praised by Soviet writers is due, in my opinion, not to his impartiality, but to his, quite incidental, acceptance of the current Soviet view of the liberals, which was also that of the populist — cowardly, selfish, indifferent to the suffering of the masses... It is this blind spot which leads the Soviet critics to label his work as 'progressive' — the highest term of praise*» **. Dejemos de momento a un lado el problema del liberalismo ruso, sobre el que volveremos, y que ciertamente merece una discusión más profunda. Lo que importa, y que se desprendía con gran evidencia de las palabras de Schapiro, así como de

* «En su introducción —que es en sí un esclarecedor estudio sobre el populismo— el profesor Berlin observa que la obra de Venturi ha sido alabada al mismo tiempo en Occidente y en la Unión Soviética, y atribuye este hecho insólito a la "tranquila imparcialidad" con que está escrito el libro. Desde luego, si la razón fuera ésa sería algo muy notable, ya que los eruditos imparciales no suelen obtener la admiración comunista si sus conclusiones están en desacuerdo con las consignas del partido.»

** «Pero sir Isaiah no está en lo cierto. Venturi ha sido criticado en la Unión Soviética por insinuar que el tipo psicológico del bolchevique se engendró en el siglo XIX. El parentesco entre los bolcheviques y un fanático conspirador de la revolución como Tkachëv resulta de lo más obvio, desde luego. Pero contradice el aura de pura democracia con que las modernas convenciones soviéticas exigen que se rodee a Lenin. Por otra parte, el hecho de que los escritores soviéticos tiendan a alabar a Venturi se debe, en mi opinión, no a su imparcialidad, sino a su aceptación —puramente incidental— del habitual enfoque soviético de los liberales, que era también el de los populistas —cobardes, egoístas, indiferentes a los sufrimientos de las masas... Este obcecado punto de vista lleva a los críticos soviéticos a calificar su obra como "progresista"— la mayor alabanza.»

toda la discusión sobre el populismo ruso en torno a 1960, era la voluntad de los investigadores soviéticos y de los ingleses, de identificar la relación, de entender el lazo existente entre el movimiento revolucionario ruso y octubre de 1917.

En Rusia parecía más evidente cada día que no bastaba ya, para exorcizar y mantener alejado este problema y quedarse con la conciencia tranquila ante la historia, con repetir una vez más las tradicionales fórmulas de la ortodoxia. ¿No habían sido los populistas pequeñoburgueses utópicos, mientras que Lenin era un revolucionario científico y marxista? Esto equivalía evidentemente a negar *a priori* un problema que se planteaba de continuo ante los ojos de quien se dedicara a reconstruir la biografía de Lenin, su formación, o a estudiar el asentamiento en San Petersburgo de un partido de revolucionarios profesionales, o que hubiera discutido sobre las fórmulas y la realidad del desarrollo económico de la Rusia del siglo XX. De la biografía a la economía, todo parecía replantear el problema de las relaciones entre populismo y bolchevismo. No bastaban los métodos de la pura y simple censura o del silencio, aunque las obras del jacobino ruso Tkachëv, a cargo de B. P. Koz'min —interrumpidas en los años 30— se habían reanudado en los 60, y aunque toda la discusión entre mencheviques y bolcheviques sobre este tema seguía siendo una zona *off limits* de la historiografía soviética. Pero ¿cómo evitar una reconsideración de lo que Lenin había escrito sobre Chernyshevski y sobre los revolucionarios de la *Narodnaya volia?* ¿Cómo no hablar de Bakunin, cómo hacer como si Nechaev nunca hubiera existido? ¿Cómo no replantearse la cuestión de cómo nació en verdad el movimiento obrero en San Petersburgo, y qué significó —más allá de las fórmulas estereotipadas— la discusión entre populistas y marxistas a finales del siglo, discusión que, como es sabido, fue fundamental en la formación de Lenin —igual que cualquier tendencia de la *inteliguentsia* rusa de aquellos años? Al otro lado del océano estaba ocurriendo algo muy similar. También allí parecía cada vez más insuficiente y falsa la interpretación más usual y corriente de las raíces del bolchevismo —interpretación absolutamente pragmática y política, basada en el cinismo y el maquiavelismo revolucionario de las conjuras y los complots de los jacobinos primero, de los leninistas después. Partiendo de mi libro, que en la traducción inglesa se llamaba precisamente *Roots of Revolution,* Stefan T. Possony podía insistir en el fascículo del 6 de mayo de 1961 de la «National Review» sobre la genealogía revolucionaria del comunismo, como bíblica descendencia de los profetas de la revolución. Pero los padres y abuelos del bolchevismo acababan multiplicándose ante los ojos de un genealólogo como él, hasta incluir no sólo a Nechaev y Tkachëv, sino a Filippo Buonarroti y Babeuf, los carbonarios y Mazzini. Sólo quedaba la convicción, cada vez más enraizada, de que la historia —o por lo menos la historia de los movimientos revolucionarios— sacaba sus raíces y su razón de ser de las técnicas de la conjura y de la

idea de un complot siempre renaciente, en el que los rusos (y los italianos, acaso) parecían ahora, desde hacía generaciones, maestros. Era el punto límite de una concepción llegada al absurdo. A. J. P. Taylor subrayó en cambio el hecho de la supervivencia, en el imperio de los zares, del espíritu de 1848, precisamente mientras se desvanecía o se transformaba en los demás países de Europa, y puso así de nuevo el acento sobre un hecho de indudable importancia: la diferencia entre el ritmo de desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia y en otros lugares («The Observer», 3 de julio de 1960). James Joll insistió sobre la necesidad de no desviarse de una rigurosa visión histórica. La misma relación entre la *Narodnaya volia* y Lenin, aunque existente e importante, no podría entenderse estableciendo artificiosas derivaciones o genealogías, sino únicamente estudiando cada hombre y cada época en sí mismos, por lo que había efectivamente pensado, dicho y hecho. «*There is a great tentation for a historian writing about Russia in the nineteenth century to see everything in relation to the upheaval of 1917, which is still the more important historical influence of our times today. The movements of the past century tend to be judged by the extent to which they contributed to the October Revolution and their success or failure is assesed by many writers according to their role in ultimately helping or hindering the success of Lenin and Trotsky. So it is salutary and refreshing when a historian looks at Czarist Russia for its own sake and analyses its vivid and vigorous intellectual life without reference to what was to come after*» * («The Spectator», 8 de julio 1960). Una vez más, concluía otro comentarista inglés, el dramático valor moral e histórico de los populistas se habría perdido de haberse insertado de nuevo a esos hombres en un panteón revolucionario, o de habérselos transformado en ejemplos y demostraciones de la excelencia o la insuficiencia de ésta o aquella ideología. «*The history of this movement is above all a record of individuals* —concluía W. S. Merwin—, *many of whom would have been remarquable in any circunmstance, faced with confusion and injustice, sorrounded by suffering, devoting themselves, always at considerable risk to an effort to discover what, in such a situation, is the duty of a man, what he can live for and, if necessary, die for, what he can really accomplish for those around him. In the main, the populists were struggling to create values in a world without them, and any such attempt, it seems, is quite likely to fail. But if the account of it is ever*

* «El historiador que escribe sobre Rusia en el siglo XIX se siente muy tentado a verlo todo en relación con el cataclismo de 1917, que sigue siendo, todavía hoy, la más importante influencia histórica. Se tiende a juzgar los movimientos del siglo pasado en la medida en que contribuyeron a la Revolución de Octubre, y muchos escritores determinan su éxito o su fracaso de acuerdo con el papel que al final desempeñaron para ayudar o impedir el éxito de Lenin y Trotski. Resulta, pues, saludable y refrescante un historiador que mira a la Rusia zarista en sí, y analiza su pujante y vigorosa vida intelectual sin referencia a lo que vino después.»

really irrelevant, then surely everything else is too» * («The Nation», 23 de septiembre de 1961). Las figuras de los populistas rusos, liberándose de los esquemas y las fórmulas a que los habían reducido a menudo sus continuadores y enemigos, se unían así a las preocupaciones, los interrogantes de un siglo después, ofreciendo una vez más su experiencia a quien de nuevo se encontraba ante los problemas del nihilismo y la libertad, de la dictadura y del socialismo.

Los años 60 fueron una década de intenso trabajo en este terreno. El peso del pasado era muy grande, como se ha visto, y no sólo en Rusia. Pero el deber del historiador es ayudar a llevarlo, este peso del pasado, y pese a muchas dificultades y muchos límites parece que cumplieron entonces, en notable medida, con este deber. Vale la pena observar su obra más de cerca.

El deshielo acababa de empezar en Rusia, y los primeros movimientos tuvieron que realizarse allí entre los grandes bloques helados de las citas de Lenin y Marx, en gran desorden y confusión tras la desaparición del gran simplificador, que también en este aspecto de la ideología soviética lo había colocado todo en un orden elemental, rígido y de odiosa monotonía. No fue difícil descubrir que, para fabricar semejante paisaje, se necesitó más de una vez hacer pedazos las frases de Lenin, sacándolas de su contexto político y cronológico, aislándolas y haciéndole decir así todo lo que se quería. Bastará con un solo ejemplo. En *¿Qué hacer?* —escrito, recordémoslo, entre 1901 y 1902— Lenin había insertado algunas páginas realmente fundamentales sobre la función de la teoría en todo movimiento revolucionario. «Sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario.» Esta comprobación era sumamente importante para un partido como el socialdemócrata ruso, de reciente formación, y que se encontraba entonces ante problemas absolutamente excepcionales. Con una profunda conciencia de la terrible tarea de los revolucionarios rusos, y de su responsabilidad respecto al movimiento socialista mundial, y no sin un orgullo apenas velado, nacido del carácter excepcional de la situación, Lenin proseguía diciendo que «las tareas de la socialdemocracia rusa son tan grandes como aún no se habían planteado a ningún partido socialdemócrata del mundo». «Hablaremos más adelante de las tareas políticas y organizativas que nos impone la exigencia de librar a todo el

* «La historia de este movimiento es ante todo una crónica de personalidades individuales, muchas de las cuales habrían sido notables en cualquier circunstancia; de individuos enfrentados a la confusión y la injusticia, rodeados por el sufrimiento, que se consagraron —siempre con un considerable riesgo— al esfuerzo de descubrir cuál era el deber del hombre en semejante situación, cuáles eran sus razones para vivir y, si fuera necesario, para morir; qué podía hacer realmente en favor de los que lo rodeaban. Y, principalmente, los populistas lucharon por crear valores en un mundo carente de ellos, y es bastante verosímil que semejante intento fracasara. Si la descripción del intento carece de importancia, entonces seguramente no hay nada que la tenga.»

pueblo del yugo del zarismo. Queremos ahora hablar del hecho de que la función de combatiente de vanguardia puede ser asumida únicamente por un partido guiado por una teoría de vanguardia. Para darse cuenta de qué significa concretamente esto, basta con recordar los predecesores de la socialdemocracia rusa, Herzen, Belinski, Chernyshevski y el extraordinario grupo de los revolucionarios de los años 70, basta con reconsiderar la función universal que está ahora asumiendo la literatura rusa, basta... pero no es necesario poner más ejemplos» [33]. Palabras que serían suficientes por sí solas para demostrar cuán viva estaba aún en el joven Lenin la tensión moral e ideológica del populismo. En la época stalinista estas palabras fueron sometidas continuamente al método antológico: uno eliminó la cita de Chernyshevski, otro excluyó a los revolucionarios de la *Narodnaya volia*. Cada uno cogió el trocito que le servía.

Pero, ¿vale la pena evocar estas miserias? Sí es indispensable, aunque no menos triste, recordar que en los años 60, en la Unión Soviética, las frases tachadas de Lenin, una vez vueltas con todos los honores, proporcionaron a menudo una protección, una cobertura a quienes pretendían ocuparse de los populistas. Escudados tras Lenin, cuya relación con los revolucionarios del XIX era aún tan viva y personal, los investigadores soviéticos de los años 60 pudieron remontarse, contra la corriente de los tiempos, a los «predecesores de la socialdemocracia», al «socialismo ruso», a los propios orígenes del movimiento revolucionario de su país. Las palabras de Lenin fueron tan instrumentalizadas como en la época stalinista. Antes había sido para oprimir y para impedir, y veinte años después, al menos a veces, era para restablecer un vivo contacto con el pasado.

Pero el busto leninista es bifronte en la Unión Soviética. Si por un lado ha alentado y apoyado a los historiadores para salir del stalinismo, ha dificultado por otro una libre discusión sobre las ideas de los populistas, sobre su concepción del desarrollo económico de Rusia, sobre su visión del socialismo campesino. Las palabras de Lenin se interpretaron de las maneras más distintas, como ocurre cuando se busca en los textos del pasado un punto de apoyo y una prueba de las propias ideas en vez de una realidad histórica que hay que comprender, cuando se los considera como una autoridad, en suma, más que como un estímulo para la investigación. Quien quiera seguir esta obra de orientación (que no creo merezca una minuciosa exposición, y que empero sólo en el detalle de las exégesis adquiriría un valor y un significado), puede ver la bibliografía ya citada que acompaña la miscelánea para el ochenta cumpleaños de B. P. Koz'min y la reseña de S. S. Volk y S. B. Mijailova sobre la *Sovetskaya istoriografiya revoliutsionnogo narodnichestva 70-j-nachala 80-j-godov XIX veka* [«La historiografía soviética sobre el populismo revolucionario de los años 70 y 80 del siglo XIX»] [34]. Los autores concluyen con justeza, tras haber citado numerosos artículos y conferencias científicas sobre Lenin y el populismo, que «tras haber restablecido una apreciación de conjunto favo-

rable al populismo, los investigadores pasaron poco a poco a indagarlo con detalle y de modo más profundo» [35].

Por este camino deberemos seguir también nosotros a los historiadores soviéticos, aunque no sin observar un hecho importante de este reajuste ideológico preliminar, es decir, el regreso —además de a Lenin y más allá de él— a Marx y a sus ideas ante el movimiento revolucionario ruso del XIX. En 1947 apareció un valioso volumen, prácticamente sin ninguna presentación ni justificación explícita: *Perepiska K. Marksa i F. Engel'sa s russkimi politicheskimi deyateliami* [Correspondencia de K. Marx y F. Engels con los hombres políticos rusos]. Veinte años después, el Instituto del marxismo leninismo recogía los apuntes, las cartas y los textos de todas clases que atestiguaban las relaciones de Marx y Engels con la Rusia revolucionaria y los publicaba en un volumen fundamental, que trazaba un vivo cuadro del gran interés —y al mismo tiempo de las dudas y de los problemas— que el populismo ruso suscitó en ellos cuando lo vieron nacer, coetáneo de la revolución del 48, y desarrollarse ante sus ojos en los años 60 y 70 [36]. Lástima que los editores soviéticos no hayan perdido la costumbre de dar únicamente textos traducidos, sin preocuparse de proporcionar también los originales franceses, alemanes, ingleses, etc. Lástima, sobre todo, que no hayan querido ser más completos en la selección. ¿Por qué no dar sino un único fragmento de los cuatro borradores de la carta que Marx envió a Vera Zasúlich el 8 de marzo de 1881? Esos textos demostraban, de manera muy viva, sus vacilaciones, sus dudas ante el problema central del populismo, o sea la afirmación de que Rusia podría tener, gracias a su atraso y a la *obshina* campesina, un desarrollo económico sustancialmente distinto al de Europa occidental, eludiendo el capitalismo y pasando directamente a formas socialistas de vida y de producción. Marx, en la versión definitiva de esta carta, admitía que eso era posible, a condición de que la *obshina* se liberase del ambiente social que la constreñía, impidiéndole un desarrollo efectivo. Marx, en resumen, acababa aceptando las ideas de Chernyshevski. Aprovechando la experiencia de Europa occidental, Rusia podría convertir la comunidad campesina tradicional en base de su socialismo. Estábamos en 1881, y durante veinte años el movimiento populista se había planteado el problema de cómo y en qué modo realizar esta separación de la *obshina* del mundo zarista, para llevarla al socialismo. Marx no daba en 1881 ninguna respuesta a estos apasionados interrogantes, pese a las insistentes y repetidas demandas que le llegaban de las más diversas corrientes del populismo ruso [37]. El nudo gordiano de la revolución rusa aún no estaba cortado. Discutiendo con Mijailovski unos años antes, Marx había dejado pendiente el problema, negándose a hacer profecías y a incurrir en una huera filosofía de la historia [38]. En 1881, al disponerse a escribir a la Zasúlich, daba continuas vueltas, en sus notas y borradores, a la idea de que sólo una revolución podría salvar la *obshina* en Rusia [39]. Pero en la carta que expidió realmente no iba más allá de la pura y simple posibilidad de un desarrollo

socialista en un país como Rusia, donde el capitalismo aún no había destrozado las antiguas tradiciones comunitarias campesinas. Le tocará a Engels en los años 90, discutiendo con N. F. Daniel'son, afirmar con mayor claridad que en realidad el capitalismo había triunfado ya en Rusia y que el país estaba ya metido en el camino que antes de él recorrió Occidente. En medio de una densa e interesantísima discusión se descartaba la hipótesis populista. Aparecía cada vez más netamente en primer plano la idea que Marx pareció aceptar en 1882, cuando firmó con Engels —quien al parecer fue el redactor— el prefacio de la segunda edición rusa del *Manifiesto comunista;* es decir, la idea de que la única revolución que hubiera podido salvar la *obshina* se realizaría solamente si llegaban de Occidente el ejemplo y el impulso para una transformación social que iba más allá del capitalismo. Los que llegaban tarde al escenario de la historia no sólo tenían la ventaja de beneficiarse de la experiencia técnica y económica de los países capitalistas más avanzados, sino y sobre todo de la revolución socialista que entre tanto maduraría en ellos. «Si la revolución rusa es la señal de la revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen entre sí, entonces la actual *obshina* rusa podrá ser el punto de partida de un desarrollo socialista» [40]. A partir de 1882 Engels desarrolló durante una década este punto de vista: el modelo de Europa occidental seguía siendo el centro de la visión del futuro ruso, descartando cada vez más la hipótesis que Marx había aceptado —una posibilidad de desarrollo socialista del mundo campesino ruso. Y ello no sin un fuerte elemento de fatalismo histórico y de plena aceptación de las consecuencias que este triunfo de la vía capitalista no podía dejar de entrañar. «La historia —escribía Engels— es la más cruel de todas las diosas y guía su carro a través de montones de cadáveres, no sólo durante las guerras sino también en los períodos de «pacífico» desarrollo económico. Y somos tan estúpidos que no conseguimos encontrar en nosotros mismos el valor para llevar a la realidad el progreso real si no nos obligan a ello sufrimientos que nos parecen casi insoportables» [41]. Las ideas populistas se presentaban cada vez más como ilusiones, no sin que en la polémica de Engels aflorase una actitud de superioridad, mezclada con cierto desprecio por quien buscaba una vía distinta de desarrollo económico y social de Rusia. «En una tierra como la vuestra —escribía el 26 de febrero de 1895 a Plejánov—, donde la gran industria moderna se injerta sobre la primitiva comunidad campesina, y donde están presentes todas las etapas intermedias de la civilización, en una tierra circundada intelectualmente por una más o menos eficaz muralla china deseada por el despotismo, no habrá que asombrarse de que las ideas se configuren de las maneras más inverosímiles y extraordinarias» [42]. Esta situación iba creando —y Engels lo notaba muy bien— una nueva forma de fanatismo, de superstición ideológica. «Las obras de Marx eran interpretadas —decía— en los modos más distintos y contradictorios, como si se tratase de citas de clásicos o del Nuevo Testamento» [43]. La voluntad de los populistas de llegar hasta el

final en las conclusiones prácticas de sus convicciones morales corría el riesgo, en suma, de mudarse en una aceptación total del desarrollo de Rusia según el modelo capitalista y proletario. En vano Daniel'son argumentaba a Engels con el límite físico, biológico y demográfico que Rusia no podría superar en su esfuerzo industrializador (y este límite pesará enormemente sobre el ritmo de desarrollo de Rusia en los siguientes años, como no ha dejado de subrayar Alexander Gerschenkron). En vano, frente a la historia que pasaba sobre montones de cadáveres, los populistas insistían en el derecho de todos a la rebelión y la protesta (elemento esencial en el desarrollo de la Rusia del siglo XX). Pero con el gran impulso industrializador de finales del XIX las dudas de Marx parecían, de momento, desvanecerse en el pasado, mientras iba afirmándose una nueva y rígida visión del desarrollo burgués.

No puede decirse que la reciente discusión soviética sobre estos temas, aunque sean apasionantes, y sobre este primer encuentro y choque entre populismo y marxismo haya ido muy lejos. La vuelta a Marx ha solido referirse más bien a sus relaciones con los revolucionarios rusos de los años 60 y 70 que a los combatientes en torno a sus ideas [44]. Los libros de Reuel' y de Polevoi parecieron iniciar un interés renovado por los problemas del injerto del marxismo en el tronco del movimiento revolucionario ruso decimonónico, pero después la neta separación entre la historia del populismo y la del marxismo, y la preocupación por no mezclar los dos elementos, y ni siquiera ponerlos demasiado en contacto y compararlos, han llevado de nuevo al silencio [45]. Ni siquiera la renovación del interés por Plejanov parece haber conducido a una profundización de estos problemas [46]. La importante publicación de una amplia selección de textos económicos de los populistas, aparecida en 1958, puede considerarse un indicio significativo, aunque no lo siguió el esperado debate [47].

De América e Inglaterra han llegado en la última década las intervenciones más significativas. Los estudios de Salomon M. Schwarz, Leopold Haimson, D. W. Treadgold, Arthur P. Mendel, J. L. H. Keep, S. H. Baron, J. Frankel y A. Walicki, por sólo citar algunos, han vuelto a discutir los problemas de las relaciones entre populismo y marxismo [48]. Pese a su notable valor, estos libros —todo hay que decirlo— corren a menudo el riesgo de perpetuar la profunda separación y división establecida en Rusia entre la historia de la socialdemocracia y la del movimiento revolucionario ruso anterior, amenazando con romper, al menos a veces, en nombre de fórmulas políticas y de formas ideológicas, una profunda unidad psicológica y política entre las diversas fases de la lucha contra el absolutismo zarista.

Revisten especial importancia, desde el punto de vista que más nos interesa, los estudios de Richard Pipes, que ha vuelto a examinar las relaciones del joven Lenin con la tradición populista y jacobina, y sobre todo ha puesto en claro, gracias a una brillante y penetrante investigación sobre la historia de las palabras y su rápido cambio en los últimos decenios

del XIX, los significados concretos de los términos *narodnik* y *narodnichestvo*[49]. Pipes confirmó que estos términos nacen y se afirman sólo a mediados de los años 70, y que entonces designan sólo una parte, una corriente del movimiento revolucionario ruso, la que consideraba que «*the intellectuals should not lead the people in name of abstract, bookish, imported ideas but adapt themselves to the people as it was, promoting resistences to the government in name of real, every day neds*» * [50]. El significado de la palabra se amplió pronto, pero no cabe duda —y uno de los méritos de Pipes es haberlo subrayado— de que fueron al principio los marxistas rusos quienes le dieron un significado más general, convirtiéndola en sinónimo de todas las corrientes revolucionarias rusas que no aceptaban las nuevas ideas marxistas. La indagación semántica lleva, pues, a las mismas conclusiones que la ideológica y subraya la gran importancia de la discusión de Marx, Engels y sus partidarios antes mencionada. No es la primera vez, desde luego, en la historia de las ideas y los movimientos políticos, que el bautismo provenga de los adversarios. Pero ¿por qué deducir, como hace Pipes, que semejante uso de la palabra *narodnichestvo* «*had no historical justification*»? Probablemente Pipes no tiene bastante en cuenta el peso que tuvieron, en los años 70, las tradiciones, ideas y sentimientos formados en los años 50 y 60. No me parece posible sostener que los *narodniki,* a mediados de los años 70, defendieran «*the commune or artel' not so much because Herzen or Cernyshevky had done so, but because there were the institution they actually encountered in the villages and therefore considered them 'popular'*» ** [51]. Las ideas y pasiones suscitadas por Herzen y Chernyshevski en los ánimos de los jóvenes que «iban hacia el pueblo» eran demasiado importantes para que éstos descubrieran por sí solos, con sus propios ojos, la *obshina,* a la que vieron en realidad con los colores y a través de los problemas que sus maestros les habían enseñado a buscar, y no sólo Herzen y Chernyshevski, sino Bakunin, Lavrov y Tkachëv. Justamente esta continuidad y esta tradición constituyen, al margen de cualquier diferenciación interna, el carácter y la unidad del movimiento populista; los marxistas, los socialdemócratas, contribuirán después, en los años 90, a introducir y a dejar sobre ese carácter la señal de su definición. Bien mirado, el retorno a las vicisitudes de los años 60 y 70 no sólo es legítimo, sino indispensable. El término *narodnichestvo* puede tener, entre otras, la ventaja de recordar cómo a través de las discusiones de los años ochenta y noventa se fue transformando la gran esperanza

* «los intelectuales no dirigirían al pueblo en nombre de ideas abstractas, importadas y librescas, sino que se adaptarían al pueblo tal como era, promoviendo la resistencia contra el gobierno en nombre de las necesidades reales y cotidianas».

** «la comuna o *artel'* no debido a que Herzen o Chernyshevski lo hubieran hecho, sino porque era la institución que encontraban en las aldeas por entonces y, por lo tanto, la consideraban "popular"».

revolucionaria existente, la de que Rusia evitaría el paso por el capitalismo, esperanza que, como se ha visto, pese a no pocas dudas, compartió el propio Karl Marx [52].

Pero al igual que los historiadores soviéticos de los últimos diez años, debemos dejar a un lado estas «apreciaciones de conjunto» para pasar a «indagar el populismo con detalle y de modo más hondo». Ante todo, ¿cómo y cuándo nacieron las ideas que caracterizarán después a todo el movimiento populista? ¿Cómo empezó a cristalizarse esta ideología? Las respuestas más importantes no han venido de los historiadores de los movimientos políticos, sino de los del mundo campesino ruso, es decir, de quienes vieron el problema desde el punto de vista de la aldea, y no del de la *inteliguentsia.* Pierre Pascal, investigador cuyas raíces se hunden en la tierra del protopope Avvakum y de Dostoievski, al recoger sus artículos —o, como él los llama, *esquisses*— en un libro titulado *Civilisation paysanne en Russie,* nos ha ayudado una vez más a comprender la tragedia de los campesinos rusos, su choque con el mundo moderno e industrial, la tenaz defensa de sus tradiciones, sus formas de vida, sus intereses, frente a los nobles, a los burócratas, a los organizadores llegados de la ciudad [53]. Asistimos en estas páginas al descubrimiento por la *inteliguentsia,* entre el XVII y el XVIII, de la vida autónoma del pueblo ruso. Sentimos cómo la *obshina* rural late aún y sobrevive tenazmente en los años inmediatamente anteriores a la colectivización stalinista [54]. Vivimos junto a *La paysanne du nord* en su duro, fecundo y digno trabajo [55]. Entramos en directo contacto con la organización tradicional de la solidaridad en la aldea, con la *Entr'aide paysanne en Russie* [56]. Vivimos en una pequeña y perdida aldea de la provincia de Nizhni Novgorod en 1926, 1927 y 1928 [57]. Y con el último ensayo sobre *Esénine-poète de la campagne russe* nos vemos arrastrados también por la ingente tormenta que por un momento pareció sublimar y dar un valor universal al mundo campesino ruso, pero que acabó en cambio destrozando sus seculares tradiciones, negando sus más hondos y auténticos valores. Esa tragedia encontró en el poeta Esenin su expresión más pura y desesperada. Helo aquí, al igual que la aldea que hay en él, en la que sigue viviendo aunque participa en los acontecimientos de la ciudad, atrapado también él *«dans ce grand tourbillon d'unanimité, avec tout le peuple russe. Seuls, peuvent comprendre sa conduite et ses oeuvres de cette époque, ceux qui l'ont comme lui vécue. Ce n'est pas seulement un trone qui s'écroule, ce n'est pas un régime monarchique qui va être remplacé par un régime parlementaire, ce ne sont pas telles ou telles réformes qui vont être operées: les juristes et les professeurs peuvent croire celà. Le peuple russe lui, sent autrement, a d'autres ambitions... C'est une inmense révolte contre toutes les iniquités, les oppressions, les cruautés, les hypocrisies, contre le grand scandale de la guerre, une inmense aspiration vers le bonheur de tous les hommes. Les puissants seront renversés de leur siège et les pauvres seront exaltés. Paix à tout l'uni-*

vers!...» * [58]. Pierre Pascal, mejor que nadie, nos ha dicho el enorme poder destructivo que tenía en Rusia este punto de encuentro revolucionario entre las seculares aspiraciones campesinas y la honda voluntad de renovación moral de la *inteliguentsia,* esta carga populista que el XIX transmitió al nuevo siglo.

Las investigaciones más recientes sobre la historia de la aldea rusa parecen confirmar y especificar al tiempo esta visión de Pierre Pascal, empezando por la minuciosa y atenta historia que nos ha dado Jerome Blum [59] y terminando con la excelente colección de artículos que Wayne S. Vucinich ha publicado con el título *The Peasant in Nineteenth Century Russia* [60]. La realidad rural de la Rusia decimonónica es descrita y estudiada desde un punto de vista social por Mary Matossian, mientras que Terence Emmons ha vuelto a examinar la cuestión de la emancipación de 1861, Donald W. Treadgold ha replanteado el problema de la religión en la vida de las aldeas rusas, y otros como John S. Curtiss han escrito sobre el ejército, Francis M. Watters sobre la *obshina,* Reginald E. Zelnik sobre la historiografía rusa centrada en los problemas campesinos y Donald Fanger sobre *The Peasant in Literature.* Nicholas V. Riasanovsky proporciona una conclusión sobre *The Problem of Peasant,* una verdadera enciclopedia, ajustada y concreta, de todo lo escrito y dicho sobre la aldea rusa desde la época de Alejandro I a la de Nicolás II. Especialmente importantes, por otra parte, han sido los estudios sobre la persistencia y la reaparición de la *obshina* campesina después de la revolución de 1917. Bastará citar al respecto las obras de Moshe Lewin y de D. J. Male [61].

Michael Confino, el historiador israelí, ha replanteado sobre nuevas bases el problema de los reflejos y resultados en el mundo rural ruso de las transformaciones agronómicas, económicas y sociales llegadas desde arriba, venidas de Occidente, impuestas por el aparato estatal y las exigencias del mercado mundial. En su primera obra, sobre *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin du XVIII^e^ siècle. Etude de structures agraires et de mentalités économiques* [62], Confino estudió con precisión la aparición y el desarrollo de los nuevos métodos de gestión que parecían prometer la renovación del patrimonio nobiliario en la época de Catalina, para tropezar después con la dura realidad de la servidumbre campesina, de la desconfianza y la resistencia de una aldea amenazada por un progreso que estaba a pique de hacer más duras las condiciones de trabajo y de vida de los

* «en un gran torbellino de unanimidad, con todo el pueblo ruso. Sólo pueden comprender su conducta y sus obras de esta época quienes, como él, la vivieron. No es sólo un trono que se derrumba, no es un régimen monárquico que va a ser sustituido por un régimen parlamentario, no son tales o cuales reformas que van a realizarse; los juristas y los profesores pueden creerlo así. Pero el pueblo ruso siente de otro modo, tiene otras ambiciones...; es una inmensa rebelión contra todas las iniquidades, las opresiones, las crueldades, las hipocresías, contra el gran escándalo de la guerra; una inmensa aspiración a la felicidad de todos los hombres. Los poderosos serán arrojados de su sede y los pobres serán ensalzados. ¡Paz a todo el universo!».

mujiks, para llegar a una fase final —coincidente con el inicio del nuevo siglo— de esperanzas decepcionadas, de desilusión y de estancamiento. Los nobles rusos, moldeados por la disciplina militar y el servicio al estado absoluto, no habían llevado a las aldeas un espíritu emprendedor, sino de oficiales y burócratas, jueces y tutores. Los campesinos replicaron, excepcional pero peligrosamente, con la revuelta, y en general con la defensa cotidiana de las leyes no escritas de la comunidad aldeana. A la larga el noble mantuvo intacto el régimen de servidumbre, e incluso lo agravó, mientras que el campesino acabó conservando y a menudo imponiendo a su señor su técnica, su mentalidad y sus formas tradicionales de vida. En su segunda obra, sobre *Systèmes agraires et progrès agricole. L'assolement triennal en Russie au XVIII^e et XIX^e siècles,* Michael Confino se ha servido de un instrumento de indagación técnica (las peripecias de la rotación triple) para penetrar en todos los aspectos de la realidad campesina de la Rusia moderna[63]. El triángulo ruso, el señor, la *obshina,* el estado, va modificándose, transformándose en sus páginas, impelido por las exigencias y las realidades técnicas, por la búsqueda de nuevas tierras, por el agotamiento de los campos, por los cambios demográficos, por la variación de la coyuntura de los mercados, pero sigue siendo siempre una imprescindible base de todas las relaciones sociales, antes y después de la reforma de 1861. El señor consigue con grandes dificultades, y sólo muy parcialmente, sustituir la rotación triple, es decir, la agricultura extensiva. La *obshina* sigue regulando, equilibrando y estabilizando la vida de la aldea, imponiendo sus técnicas y su mentalidad. El estado, incluso cuando logra realizar una reforma fundamental como la de 1861, no puede dejar de defender los intereses de los nobles y de tratar de dominar la *obshina* rural, aunque sin poderla quebrantar ni siquiera transformar efectivamente. Sólo la industrialización de finales del XIX y comienzos del XX proporcionó un instrumento para salir de esta situación, instrumento gravoso, difícil de manejar, pesado para toda la sociedad rusa, y que estaba muy lejos de haber producido todos los efectos de que era capaz cuando Rusia entró en la era de sus revoluciones contemporáneas.

¿Cómo asombrarse, pues, de que antes de la industrialización naciera y se afirmara un movimiento que sostenía no sólo que se debía romper ese triángulo ruso, sino que para hacerlo había que apoyarse en la *obshina* campesina, eliminando a los señores y vacilando a veces sobre la función que en este proceso podría tener el estado, pues unos revolucionarios querían destruirlo y otros transformarlo y utilizarlo?

Así, siguiendo a Michael Confino en su *étude d'économie et de sociologie rurales,* parece que estamos recorriendo el terreno sobre el cual nació el populismo. Al observarlo a ras de tierra, por así decirlo, lo vemos surgir cuando las ideas y técnicas importadas de Occidente no consiguen transformar las realidades locales e incluso parecen hacerlas más gravosas para los campesinos, suscitando primero un reflejo de defensa, de desconfianza

ante lo extranjero, de hostilidad frente todo lo que amenaza a la tradición, pero acabando después, relativamente pronto, por hacer pensar que sólo poniéndose de parte del campesino, sólo aceptando las tradiciones de la aldea y haciéndolas propias, será posible una inserción de las ideas y técnicas extranjeras en beneficio de todos. Así, la apología del régimen servil y de la tutela del señor sobre la aldea fue sustituida por la apología de las tradiciones agronómicas rusas, del *mir,* de la redistribución periódica de las tierras, de la falta de cercados, del espíritu de solidaridad e igualdad que dominaba en la aldea rusa [64]. Se trata de un proceso nada lineal, constituido incluso por la germinación y la reaparición continua de tales ideas en los momentos y formas más diversos, de la época de Catalina a la de Nicolás I. Pero es notable que, desde 1789 aproximadamente, un hombre como Radíshev, en una serie de apuntes y esbozos sobre la situación de las regiones que rodean San Petersburgo, pudiese llegar a la conclusión de que la redistribución periódica de las tierras, tendente a asegurar a cada campesino un lote de rendimiento similar, «era algo pésimo para la agricultura, pero bueno para la igualdad» [65]. Radíshev acababa observando, al hablar de la redistribución anual: «¿Quién habría podido pensar, en nuestros tiempos, que en Rusia se realiza lo que buscaban en la antigüedad los más excelsos legisladores y en lo que piensan los más recientes, de lo cual nace el gran amor del agricultor ruso por su propio hogar?» [66].

Naturalmente, quienes miraban a los campesinos propietarios de Occidente —los *farmers,* los *fermiers*— como modelo que habría que seguir e imitar en Rusia discutían continua y enérgicamente semejantes apreciaciones. Había que cambiarlo todo en el régimen agrario vigente, pensaban éstos, y desde luego la *obshina* no se salvaba de esta condena total. Pero ¿cómo? La resistencia del mujik era profunda e invencible. Ante ella renacía de continuo, en la clase dirigente, la necesidad de comprender la razón de una voluntad tan obstinada de mantener las formas tradicionales de la sociedad rural; también afloraba la tentación de ceder frente a ella, aceptando la realidad y justificándola ante Occidente. El célebre estadista P. D. Kiselëv, al hablar de los campesinos estatales, que serán objeto, en los años treinta y cuarenta, de su actividad reformadora, acababa concluyendo: «*Il est exact que les rédistributions periodiques sont nuisibles, mais on ne peut changer cet usage qu'en instituant la tenure individuelle, qui, elle aussi, a ses inconvénients: elle élimine ce merveilleux avantage de la tenure communitaire, grâce auquel il n'y a pas de prolétaires parmi les paysans d'état, et chaque famille a sa part de biens du village*» * [67]. Los terratenientes y los funcionarios estatales, enfrentados con la situación

* «Es exacto que las redistribuciones periódicas son perjudiciales, pero no se puede cambiar esta costumbre más que estableciendo la finca rústica individual, que también tiene sus inconvenientes; ésta elimina la maravillosa ventaja de la propiedad comunitaria, gracias a la cual no existen proletarios entre los campesinos de estado y cada familia tiene su parte en los bienes de la aldea.»

económica rusa entre el XVIII y el XIX, no podían eludir una pregunta que la realidad circundante les planteaba continuamente: ¿las raíces del atraso estaban en el régimen de la servidumbre campesina o en la responsabilidad colectiva del *mir*, en la *obshina* o en la redistribución de las tierras? ¿Cuáles eran las relaciones entre uno y otro aspecto de esta única realidad? Toda la discusión entre el economista Tengoborski y el joven Ogarëv, el amigo de Herzen, girará precisamente en torno a este problema, que se discutirá después, en las formas más diversas, hasta 1861 [68]. El historiador M. Confino, tras su minuciosa y lúcida indagación histórica, parece vacilar al enfrentarse con semejante cuestión. «*Le paysan négligeat-il ses travaux du fait que les lots passaient de main en main ou bien le faisait-il plutôt parce qu'il avait conscience de travailler pour autrui, sans être recompensé ou rétribué pour son labeur?*» Y el «*morcellement des terres*», también causa de escaso rendimiento, ¿se debía al régimen comunitario de la aldea o más bien, como el propio Confino sostiene, a las «*circonstances historiques de la formation des terroirs et de l'évolution de la propieté seigneuriale*»? Es cierto que «*cette symbiose de pratiques communitaires et de règles d'organisation domaniale était à l'origine de l'ambivalence qu'on remarque dans l'attitude des seigneurs envers la communauté rurale*» * [69].

Ambivalencia y ambigüedad que cristalizaron en una ideología de la *obshina* y del *mir* el día en que estas realidades campesinas fueron apartadas y aisladas idealmente del contexto señorial en que se encontraban insertadas, para introducirlas en una visión más general, histórica, religiosa, política o social. Ya hemos visto a Radíshev entrever en la *obshina* la solución a la milenaria búsqueda de una sociedad más justa. En los decembristas, y sobre todo en Péstel', retorna y se desarrolla esta voluntad de ver la aldea rusa a la luz de un doble ideal de iniciativa y de mejora económica, por un lado, y de seguridad para todos, por otro. La liberación de los campesinos que aseguraría el gobierno provisional republicano tenía que basarse en este doble principio. La reciente edición, magnífica, de la *Russkaya pravda* (La ley rusa) de Péstel' nos permite seguir de cerca la elaboración de estas ideas por el jefe de la Sociedad del Sur [70].

Otros estudios sobre los decembristas nos permiten observar otros momentos y aspectos de esta discusión. He aquí, por ejemplo, a S. I. Turguénev, que a comienzos de los años veinte trata de llevar al plano político, y no sólo técnico, la voluntad de modernización agraria de los nobles, esforzándose por explicarles que la abolición de la servidumbre era el problema número uno, que para conseguirla valía la pena incluso aceptar y

* «¿El campesino descuidaba su trabajo porque los lotes pasaban de mano en mano o bien lo hacía porque tenía conciencia de trabajar para otro, sin que lo recompensaran o lo retribuyeran por su labor?» ... «a las circunstancias históricas de la formación de las tierras y de la evolución de la propiedad señorial» ... «esta simbiosis de prácticas comunitarias y de reglas de organización patrimonial era el origen de la ambivalencia que se advierte en la actitud de los señores hacia la comunidad rural».

apoyar al gobierno autocrático, y que de esta fundamental reforma nacería después necesariamente un régimen más libre y justo. Las realidades campesinas rusas obligaban así a una alianza de la tradición del despotismo ilustrado con la tradición, reciente y viva, del liberalismo. El poder, el estado, se convertían en el eje, el elemento central de la visión de quienes no se resignaban al conservadurismo y al estancamiento. Nacía la visión «estatalista», en contraposición a la «popular» del pasado y del futuro en Rusia [71].

La función de los eslavófilos de los años treinta y cuarenta del pasado siglo fue justamente insertar los elementos populares, la *obshina,* el *mir,* la totalidad del mundo campesino, en una visión ya no ilustrada, estatalista o liberal, sino religiosa y romántica. El injerto fue a menudo artificioso, realizado sin precisión, y acabó produciendo abundantes y fláccidos frutos sobre el espíritu comunitario, sobre el innato cristianismo de los rusos, sobre la pureza y sanidad de la civilización campesina, no contaminada por el egoísmo, la violencia, las influencias extranjeras, la ciudad y el estado. Estas ideas desembocaron en una reaccionaria retórica conservadora y a veces nacionalista [72]. Pero la primera generación de eslavófilos tuvo en realidad una función histórica muy alejada de semejantes tareas de propaganda y apología del zarismo. Los propios historiadores soviéticos, tras años y años de masivas y monótonas condenas, empiezan ahora a discutir estos juicios y a tratar de darse mejor cuenta de la real función de hombres como Kireevski, Jomiakov y Aksákov en la historia de Rusia. Especialmente interesante es la discusión al respecto en las páginas de *Voprosy Literatury (Problemas de Literatura),* iniciada con el brillante artículo de Aleksandr Yánov publicado en el número 5 de 1969. Este ve en la eslavofilia una primera respuesta positiva al sentimiento de inferioridad que se creó en el XVIII tras el contacto con Occidente, a la convicción que a comienzos del XIX iba cristalizándose de que en Rusia no existía una cultura y una literatura propiamente dichas. Los eslavófilos contrapusieron a esta negación una verdadera religión del pueblo ruso, de los campesinos. Si el destino de los eslavófilos fue el convertirse en reaccionarios, no se debió a sus ideas iniciales, que no lo eran en absoluto, sino a no haber comprendido que justamente en el pueblo ruso idealizado por ellos estaba la raíz y la base del despotismo de su país. A pesar de esto, fueron ellos los que plantearon el problema de lo que se podía y debía tomar de la realidad nacional para llegar al mundo libre con el cual soñaban. Ellos indicaron una vía, una esperanza de liberación de Rusia. Una vez eliminado el despotismo, el progreso estaría asegurado. Contrapusieron así a la autocracia una utopía, y precisamente esta actitud religiosa acabó alejándolos de la libertad. Su destino reaccionario no se derivaba del carácter nobiliario, feudal, de sus ideas, sino de su democratismo abstracto, de su utopismo, de su adoración por el pueblo ruso. En la misma revista, a Aleksandr Yánov le respondió, por boca de S. A. Pokrovski, el eco de los años pasados, de la época stalinista, evidenciando, entre otras cosas, que el sentimiento de

inferioridad ante Occidente no ha desaparecido en la Rusia de hoy, y que las formas asumidas por él siguen siendo las mismas, una áspera reivindicación nacionalista [73]. Intervinieron otros en este debate, como B. Egórov [74], A. Dement'ev [75], I. Ivanov [76]; este último insistió, con razón, sobre el hecho de que los eslavófilos estaban tan convencidos de la bondad del campesino ruso, tan persuadidos de que no pretendía ni sabía rebelarse, que dedujeron que era posible y deseable introducir y establecer en Rusia la libertad de prensa. En realidad —insistía I. Ivanov—, los eslavófilos estaban en contra de métodos bárbaros para combatir la barbarie, en contra de las revoluciones y los despotismos. Precisamente en esta actitud parece hallarse la raíz más profunda del interés actual despertado en la Unión Soviética por estos personajes, tan alejados de la Rusia de hoy; por estos románticos decimonónicos que durante décadas parecieron despreciados o echados en olvido. Un profundo movimiento de retorno a la vieja Rusia, a la religión de los padres, invita a mirar con ojos distintos el pasado, a considerar y apreciar de nuevo valores que parecían destruidos o enterrados (bastará, para convencerse de ello, ver cómo se estima de nuevo el arte ruso medieval, o haber leído las obras de Pasternak y de Solzhenitsyn, o simplemente haber visto la película de Tarkovski sobre Andrei Rublëv). Pero lo que más importa es ver cómo este movimiento profundo y variado, presente hoy en la Unión Soviética, acaba —como en los años treinta del siglo pasado, como en la época de la aparición de la eslavofilia— volviéndose contra un adversario, un enemigo sobre todo, temido y odiado al tiempo: el estado despótico y burocrático. Los eslavófilos constituían una pequeña minoría en medio del gran mar de los nobles reaccionarios de la época de Nicolás I —subraya otro de los que intervinieron en esta discusión, L. Frizman [77]. El elemento utópico que desde luego había en las ideas de los eslavófilos, ¿no se derivaba acaso de esta desigual lucha contra una realidad que los excedía? Utopía por utopía —escribe E. Maimin—, ¿acaso no fue tal la idea de dar formas políticas occidentales a Rusia en 1905 y en 1917? [78]. Como se ve, ecos inesperados y hondos responden hoy en Rusia a la resurgida y humilde voz de los eslavófilos decimonónicos. A comienzos de los años sesenta la revista *Voprosy Literatury (Problemas de Literatura)* incluyó una apasionada discusión sobre el populismo revolucionario. A finales del mismo decenio, en 1696, se remontaba a los más lejanos y primeros orígenes de la *inteliguentsia,* a un aspecto de la relación entre el mundo ruso y el occidental, que permaneció mucho tiempo en la sombra, encontrando en él el omnipresente problema del estado despótico y burocrático.

La discusión que hemos examinado hasta ahora tiene algo muy notable: admitir con bastante claridad que de los eslavófilos y de su significado histórico se había hablado ampliamente en los últimos años fuera de Rusia, antes de que la Unión Soviética se decidiera a reanudar el debate. Algo así ocurrió con el populismo, unos quince años antes. Se recordaba así, naturalmente, el libro de N. V. Riasanovsky *Russia and the West in the*

Teaching of the Slavofiles. A Study of Romantic Ideology [79]. Y se hablaba, aunque no lo bastante, de la obra de Andrei Walicki, sin duda la investigación más inteligente y honda sobre estos problemas [80], así como de los estudios de Eberhard Müller, *Russischer Intellect in Europaischer Krise. Ivan Kireevskij, 1806-1856* [81]; Peter K. Christoff, *An Introduction to Nineteenth Century Russian Slavophilism. A Study in Ideas*, vol. I: *A. S. Xomjakof* [82], y de la segunda edición ampliada y revisada de la obra de Robert Stupperich *Jurij Samarin und die Anfänge der Bauernbefreiung in Russland* [83]. Si a éstas añadimos las obras publicadas en los últimos años sobre el apasionante problema de la continua reflexión e intersección de la imagen que Occidente se ha ido formando de Rusia y de la idea que Rusia se ha hecho de sí misma —como la obra de Dieter Groh, o la más restringida y específica, pero muy útil, de Karsten Goehrke— y les agregamos, por el lado soviético, el libro detallado y claro, aunque un poco gris y elemental, de N. A. Cagolov, tenemos a la vista los elementos esenciales de la rica discusión reciente sobre la formación, entre los eslavófilos de los años treinta y cuarenta, del terreno ideológico en el que hundirá sus raíces el populismo [84].

Pese a todas las incertidumbres, contradicciones y nebulosidades románticas parece indudable la función e importancia de hombres como Kireevski, Jomiakov y Koshelëv. Los sentimientos de rivalidad, envidia, amor y odio que el mundo occidental suscitó entre los rusos desde hace siglos se profundizan, se convierten en una sufrida conciencia de lo que ha costado —en el plano moral, ante todo— la obra de Pedro, de Catalina, de Alejandro; de cuál ha sido el esfuerzo exigido para constituir un estado pesado y poderoso, influido por Occidente, sí, pero que respondía sobre todo a profundas exigencias de expansión y poderío. Después de un siglo en que Rusia ha estado mirando a Europa occidental, imitándola, utilizándola, sirviéndose de ella, se produce ahora una profunda desilusión, una invencible repulsión ante la Europa salida de la Revolución francesa. Es cierto que las formas y los juicios mediante los que se expresa esta desilusión y esta crítica están tomados también de Occidente, de Saint-Simon y de Thierry, de Louis Blanc y de Carlyle, de Schelling y los románticos alemanes. Pero el repliegue sobre sí mismos, el remitirse a la tradición rusa no se explican solamente por influjos culturales o por una simple imitación de formas. Es algo más profundo y turbio, mezclado con una naciente desconfianza en la capacidad real de Rusia para europeizarse por completo, para alcanzar a Occidente en el plano económico, político, técnico, intelectual, y con el temor de ser aún demasiado débiles y jóvenes para aceptar los ejemplos que vienen del exterior. El movimiento acaba no tanto refugiándose en el cristianismo (demasiado universal para poder servir de protección y amparo) como en la Iglesia, ésta sí al menos verdaderamente local y rusa. Y si la ortodoxia se convierte en la utopía religiosa de esta desilusión y este aislamiento, el pueblo, la *narodnost'* y las formas tradicionales de la aldea rusa son su utopía política y social. Estas afloran

también lentamente, inseguramente, a finales de los años treinta. Tiene razón Eberhard Müller cuando dice que la *narodnost'* sigue siendo durante mucho tiempo un concepto muy problemático, no una certeza ni una fe [85]. Así ocurre con la *obshina* y el *mir,* que en las obras de los primeros eslavófilos no constituyen realidades que hay que observar, estudiar y entender, sino una posible encarnación de una comunidad religiosa y social, de contenido místico y de forma ortodoxa. Sólo cuando interviene Haxthausen se profundiza el debate sobre la *obshina* entre los eslavófilos. Extraño destino el de este barón alemán, que terminó siendo considerado como el descubridor de la comunidad campesina rusa, y en verdad la observó y describió detalladamente; al hacerlo contribuyó no poco a devolver a la realidad las discusiones rusas de los años cuarenta sobre el origen y la naturaleza del *mir* (nunca empleó la palabra *obshina,* y a él se debe que en Occidente la estructura de la aldea rusa se indique generalmente con la primera de estas palabras, y no con la segunda).

Haxthausen era muy consciente de que no se trataba de una realidad exclusiva y típicamente rusa. Procedía de Westfalia y había estudiado los regímenes agrarios del oeste alemán antes de ocuparse de Prusia y de Rusia. El problema de la *marca,* de la primitiva comunidad germánica, se había discutido animadamente entre los historiadores y agrónomos de esas regiones al menos desde la época de Von Möser. La situación rusa se presentó ante sus ojos como una supervivencia particularmente notable y perfecta de formas desaparecidas en otros lugares [86].

Los eslavófilos dieron un valor nacional al «descubrimiento» de Haxthausen, y lo asimilaron, se lo apropiaron. No se mostraban muy unánimes sobre la *obshina,* que unos consideraban un excelente elemento de la vida rusa y para otros era un obstáculo en el camino de la mejora económica del país, con lo que reflejaban los debates desarrollados anteriormente, como hemos visto, en torno a la nobleza rusa [87]. Jomiakov ve en la *obshina* la expresión de la ortodoxia, la piedra angular de la sociedad rusa, el germen del mundo mejor del mañana. Koshelëv le responde que en realidad se trata de una supervivencia de la juventud del pueblo ruso. En Occidente había desaparecido hacía tiempo. Su autoadministración era ilusoria, como le había probado su experiencia personal (en las elecciones ganan siempre los más fuertes y los más ricos, y el espíritu unanimista pronto queda destruido). La tierra se trabaja mejor si es propiedad del campesino. Por otra parte, el espíritu comunitario era peligroso. ¿Tendrían también los artesanos que entregar sus ingresos a una caja común? Y los terratenientes, «¿debían entrar en la *obshina?*» «Sólo nos faltaba entregarles nuestras tierras, los bosques, los prados, etc.» «Con el principio de la *obshina* se llegará a la generalización de la propiedad colectiva, o sea al fin de toda propiedad, o no se hará sino eternizar la subdivisión del país en clases.» No fue la *obshina,* sino la fertilidad del suelo y la abundancia de mano de obra, lo que determinó siempre la suerte de la agricultura rusa. Sólo Haxthausen —concluía Koshelëv—, sólo quien como él no había vivido en

Rusia, podía hablar con entusiasmo de las comunidades campesinas. A lo cual Jomiakov contraponía su visión histórica, estética, sobre todo moral y religiosa de la *obshina,* sin enfrentarse con los problemas económicos y técnicos que su amigo le planteaba [88]. Precisamente en este enfrentamiento entre la ideología y la técnica, entre el ideal religioso y las exigencias económicas, acabó cristalizándose, como hemos visto, en el tránsito de los años cuarenta a los cincuenta, la visión de la aldea rusa que tanto influirá en el momento de la reforma de 1861 [89].

Si éste fue el terreno en el que nació el populismo, la semilla revolucionaria la arrojó en él Herzen. El valor y el significado de sus palabras durante 1848 —y en los años de la desilusión, de la desesperación, de la difícil recuperación que siguieron a los de la revolución— continuó, naturalmente, llamando la atención y suscitando discusiones en Rusia y en el exterior [90]. También en esta última década se ha podido comprobar que Herzen sigue siendo un sensible índice, un barómetro de la situación de la *inteliguentsia* rusa, que desde hace un siglo encuentra en él no sólo un jefe natural, sino un omnipresente y secreto consejero en las dudas, en los aprietos, en las tragedias de su existencia cotidiana. Puede considerarse como un verdadero monumento de gratitud la edición de sus obras, iniciada en 1954 y terminada en 1965 (las fechas son, en cierto sentido, simbólicas) [91]; en sus páginas el lúcido y penetrante pensamiento de Herzen parece liberarse continuamente de las rígidas formas académicas en que fue compuesto para proseguir un diálogo nunca interrumpido sobre los problemas de la revolución y la libertad. La han seguido las ediciones fotostáticas (raras en el mundo editorial ruso) de los periódicos dirigidos por él, la *Poliarnaya Zvezda (Estrella Polar)* y el *Kolokol (La Campana)* [92]. Los investigadores soviéticos que tomaron parte en estas reediciones recogieron en una miscelánea sus observaciones, sus *trouvailles,* sus reflexiones [93]. El volumen se abre precisamente con un pensamiento inédito de Herzen, publicado y comentado por Yu. G. Oksman, pensamiento que expresa a la perfección cuán consciente era Herzen de su función y de la de los occidentalistas: «*La puissante pensée de l'occident* —escribía en Londres el 24 de mayo de 1862—, *dernier terme de son long développement historique pourra seule féconder les germes qui sommeillent au sein de l'ordre patriarcal des peuples slaves. L'*artel' *(l'association ouvrière) et la commune rurale, le partage des produits et des champs, l'assemblée communale et la réunion des villages en arrondissements qui s'administrent eux mêmes, tout celà servira d'assises à notre futur régime de liberté nationale. Mais ces assises ne sont encore que des pierres éparses et sans la pensée occidentale l'édifice de notre avenir n'aura jamais que des fondements*» * [94]. Esta era la conclusión a la que llegó Herzen tras no pocas du-

* «El poderoso pensamiento occidental, último término de su largo desarrollo histórico, será el único que pueda fecundar los gérmenes que dormitan en el seno del orden patriarcal de los pueblos eslavos. El *artel'* (la asociación obrera) y la comuna

das y oscilaciones. También en su caso, como en el de los eslavófilos, la desilusión ante Occidente fue uno de los más poderosos muelles que lo impulsaron a encontrar en Rusia una razón de vida y de esperanza. Pero para Herzen esta desilusión no se deriva de las mezquindades, de la sordidez de la época de la restauración o de Luis Felipe. La herida se la infirió la derrota de los obreros parisienses en junio de 1848, la imposibilidad para Francia de convertirse en activo sostén de Polonia e Italia, y también, en lo que respecta a esta última nación, su abierta enemistad frente a la república romana de Mazzini. Occidente, a los ojos de Herzen, se mostró incapaz de vivir a la altura de los ideales que había creado. ¿Sería capaz Rusia de revivirlos y desarrollarlos en su propio suelo? Incluso en los momentos de más terrible desesperación Herzen no perdió la fe en el pueblo y en los intelectuales de su país.

Los documentos más importantes de este diálogo de Herzen con el mundo occidental han sido estudiados, en estos últimos años, por Michel Cadot, gran conocedor de las relaciones entre Rusia y Occidente a comienzos del XIX. Su edición de las *Légendes démocratiques du Nord,* de Jules Michelet, con numerosos elementos antes desconocidos, es una sustancial aportación para la comprensión del mundo en que maduraron las ideas de Herzen [95]. Lo que no se ha discutido bastante, en cambio, ni en Rusia ni fuera de ella, es el núcleo político de las ideas de Herzen en el ápice de la revolución, cuando trató de unir, de modo muy original, su admiración por Proudhon con su esperanza en Blanqui. Los problemas y las contradicciones del populismo posterior, del socialismo de los años sesenta y setenta, están ya en germen en esta intensa experiencia de Herzen en Roma, París, Ginebra y después, ya derrotado, en Niza. El tema de la desilusión es fundamental en la obra de Vera Piroschkow [96]. Un poco de rechazo encontramos la actividad de Herzen por aquellos años en las primeras páginas de la obra de Eberhard Reissner [97]. Tampoco E. Lampert se detiene sobre los candentes problemas políticos y sociales de la revolución de 1848 y de la participación que en ella tuvo Herzen, aunque nos ha dado un vivo e interesante retrato de éste [98]. Abramos, pues, el libro más importante que se ha escrito sobre Herzen desde hace mucho tiempo, el de Martin Malia; en sus páginas hay una respuesta, al menos parcial, a las preguntas que nos hemos hecho [99]. La parcialidad viene del punto de vista psicológico, más que histórico, adoptado por el autor. *The Birth of Russian Socialism,* nos promete el título. Pero, en realidad, para comprender lo que fue el socialismo ruso, ¿hay que pasar sobre todo a través de la rebelión del joven Herzen contra su padre y su familia, las tensiones a que se vio

rural, la distribución de los productos y los campos, la asamblea comunal y la reunión de las aldeas en distritos que se autoadministran, todo eso servirá de bases para nuestro futuro régimen de libertad nacional. Pero esas bases aún no son sino piedras dispersas, y el edificio de nuestro futuro jamás tendrá más que cimientos sin el pensamiento occidental.»

sometida su formación, tratando de realizar una especie de psicoanálisis histórico de Herzen, cosa siempre difícil, insegura y falaz, incluso en quien, como él, tanto escribió y se confesó? ¿No sería necesario, más bien, tratar de entender ante todo los problemas políticos de la revolución de 1848, observando y comprendiendo cuáles fueron y qué significaron efectivamente las respuestas que Herzen trató de darles mes a mes, día a día? Es verdad que Martin Malia también hace esto, pero su método psicológico lo induce más bien a explicar a Herzen con Herzen que no a verlo actuar concretamente. Se corre así el riesgo de aprisionar al personaje en una cerrada existencia singular, a menudo insondable. La fecundidad del método biográfico —que Malia sabe utilizar de forma excelente, siguiendo la acción del individuo en el mundo que fue suyo— contrasta con la inseguridad del psicológico, que fatalmente aleja al individuo de su propia actuación y de su propio ambiente. Así, para Malia el «año crucial» es 1847, cuando Herzen abandonó para siempre Rusia, y no 1848 ó 1849, cuando estuvo buscando una salida a las contradicciones de la revolución europea y parisiense. La atención se centra más en los virajes y las aventuras que en los libros y opúsculos, las discusiones y las ideas, para las que Herzen vivió de hecho en aquellos años. La relación entre la revolución de 1848 y la de 1789 y 1793, el problema del estado francés, la profunda influencia proudhoniana y la comprensión de Herzen por la voluntad insurreccional de Blanqui, tendrán más que ver con el «origen del socialismo ruso» que los dramas personales de Herzen y su extraordinaria psicología. Tanto más cuanto que los frutos de ésta podemos saborearlos directamente, en cada página del maravilloso escritor que Herzen fue; él mismo nos proporciona un contacto con sus experiencias morales, políticas e intelectuales, mientras que las experiencias políticas ha de buscarlas el historiador en la lógica política y social de la época que fue la suya.

Este privilegio de Herzen —la maestría y la originalidad del escritor— no lo poseyó en el mismo grado ninguno de sus coetáneos y amigos, que estaban creando a su lado, en aquellos años decisivos, las nuevas ideas, radicales, socialistas, populistas, de la *inteliguentsia* rusa. Ni Bakunin, cuyas cartas juveniles son extraordinariamente vivas, hasta el punto de hacernos lamentar que no se hayan vuelto a publicar en la Unión Soviética, ni Belinski, aunque éste fue, quizás, quien más contribuyó, con Herzen, a la formación de la mentalidad de la *inteliguentsia*. Es curioso observar cómo los prejuicios y las censuras políticos y académicos han dividido a menudo, en la Unión Soviética, a este grupo de amigos, en la investigación histórica de la última década, separando a Belinski —confiado a los historiadores de la literatura— de Bakunin —sólo reciente y parcialmente salido de la sombra a que lo relegaron sus posteriores ideas anarquistas— y de Herzen —ascendido al cielo de los grandes hombres e impedido así de proseguir el humano diálogo que mientras vivió entabló con éstos y otros amigos de San Petersburgo y de Moscú [100].

Si queremos revivir con ellos y compartir una vez más la intensidad de su sentir, en el que se encierra el germen de la posterior protesta y rebelión populista, podemos abrir las obras de Yulian Gregorovich Oksman, por ejemplo la que dedicó a la célebre carta de Belinski a Gógol del 3 de julio de 1847, o su ensayo sobre la continuidad y el alejamiento entre Belinski y las tradiciones políticas de los decembristas [101]. No falta aquí un incentivo histórico, aunque limitado por la rígida probidad de la investigación filológica e histórica. Encontramos la auténtica tradición de la *inteliguentsia* en estas páginas, la de una libertad duramente conquistada, siempre amenazada y que es justo defender por todos los medios, incluido el lenguaje esópico o doble. Para Oksman, la carta de Belinski a Gogol es, como para Herzen, por usar las palabras de éste, no sólo «una cosa genial», sino también «su testamento»; Oksman capta su importancia histórica, su eficacia, a través de los reflejos que pronto tuvo sobre sus amigos, sobre Bakunin (que tomó la carta como punto de partida de su discurso en París del 29 de noviembre de 1847, que le costó la expulsión de Francia), sobre Herzen, que habló de ella de modo inolvidable en *Pasado y pensamientos* («Tenía un nudo en la garganta y quedé mudo por mucho tiempo...»); sobre I. S. Turgénev («La carta de Belinski a Gogol es toda mi religión»), sobre N. I. Sazónov, sobre P. V. Annenkov. La posición política de Belinski se define también —al igual que respecto a sus contemporáneos— frente a sus predecesores, el exiliado decembrista N. I. Turgénev, que con su libro *La Russie et les russes,* aparecido a comienzos de 1847, tuvo una gran influencia sobre la formulación del «programa mínimo» de Belinski. Oksman recogerá y profundizará después este tema en su ensayo sobre *Belinski y las tradiciones políticas de los decembristas.* El problema es, también en este caso, difícil y sutil al tiempo: cómo y en qué medida el eco de una lucha por la libertad, infortunada y derrotada, como la de los decembristas, llegó —en una época de represión, de tiranía, como la de Nicolás I— hasta la nueva generación, a quienes, como el joven Belinski, reanudaban el camino sin atreverse a mirar demasiado a sus espaldas, a interrogar a quienes les habían precedido, acabando incluso a veces, como en el caso de Belinski, por condenarlos por sus pasados fracasos, por sus fallos históricos. Tanto cuando Oksman habla de la carta a Gogol, como cuando sigue la difícil herencia de los decembristas, la conclusión que sugiere parece evidente: el mensaje de la libertad, nos dice, no se deja aplastar, y la exigencia de democracia —aunque parcial, aunque limitada, aunque sea sofocada— siempre es un germen de profunda renovación y de voluntad revolucionaria.

La urgencia de tales problemas fue menor fuera de la Unión Soviética, incluso en estos últimos diez años. La puerta estaba más abierta en Occidente (y un texto sagrado nos asegura que esto no siempre constituye una ventaja), era más vasta la perspectiva al situar históricamente en su justo lugar, en medio de la Europa que estaba realizando la revolución de 1848, los lejanos y ocultos conflictos que emergían del subsuelo de la Rusia de

Nicolás I. Aunque el libro de Edward J. Brown sobre Stankévich adolece no poco de este distanciamiento político e ideológico demasiado intenso, hay otros que consiguieron llegar a una reconstrucción histórica más ajustada, como P. Scheibert, E. Lampert, L. Schapiro y P. Pomper [102].

Los primeros años del reinado de Alejandro II, la liberación de los campesinos, el inicio de la época de las reformas, confirmaron sustancialmente las intuiciones de Herzen y Belinski. La libertad era revolucionaria en Rusia. Cada reforma plantearía el problema de una radical transformación de la sociedad rusa. En una década —a la que llamamos convencionalmente los años sesenta, aunque en realidad se trata del período que va desde 1854 a 1864— se pasó de una tímida reaparición del liberalismo y la eslavofilia de la primera parte del siglo a la formación de un movimiento socialista y revolucionario que los decenios siguientes mostrarán arraigadísimo en tierra rusa. ¿Cuál fue la razón de un giro tan importante?

A los años sesenta se seguía volviendo los ojos, durante décadas y décadas, en los momentos de crisis, en los períodos de incertidumbre de la sociedad rusa. A la época de las reformas, al final de la servidumbre campesina, a la aparición del movimiento estudiantil y de la primera *Zemlia i volia,* hacia esta alba tempestuosa de libertad y naturaleza se volvieron también, un siglo después, entre 1954 y 1964, las almas de los escritores soviéticos (basta con pensar en Pasternak) y, naturalmente, los historiadores que estaban saliendo del despotismo del poder staliniano. ¿Qué tuvieron que decirnos estos últimos sobre un período tan importante de su país?

Hay que confesar que en el plano de la historia económica y social la respuesta ha sido pobre, insuficiente. Repetir incansablemente que el capitalismo se había desarrollado lo bastante en Rusia para conducir fatalmente, naturalmente, a la disolución de los lazos feudales, era volver a cantar una vieja canción, no replantearse los problemas de la sociedad rusa a mediados del siglo pasado, ni permitir comprender las particularidades del proceso de industrialización de aquel país, ni preguntarse de verdad cuál era la situación real a comienzos del reinado de Alejandro II. Las respuestas sobre esto no han venido de los historiadores soviéticos, sino de ultramar, de eruditos americanos como Emmons y sobre todo Alexander Gerschenkron, en las páginas sobre la historia económica rusa que éste escribió para la *Cambridge Economic History* [103], para recogerlas después en su volumen *Continuity in History and Other Essays* [104]. A medio camino, por así decirlo, entre rusos y americanos se situaron los investigadores franceses, con un *Recueil d'articles et de documents,* organizado por R. Portal y titulado *Le Statut des paysans liberés du servage, 1861-1961* [105]. La interpretación tradicional no se ha puesto expresamente en tela de juicio, pero el material presentado en esta obra es en sí tan rico, sobre todo la contribución de M. Confino, que hace meditar seriamente sobre las propias bases del problema.

Sin embargo, los soviéticos han aportado algo —y de importancia— al debate. La idea de la transición del feudalismo al capitalismo iba acompañada generalmente, en los historiadores comunistas, por la afirmación de que esta transformación, aunque requerida por el cambio de la situación económica, había encontrado su motor, la fuerza que la puso en marcha, en la rebelión de las masas campesinas, en el impulso revolucionario de los *mujiks*, rebeldes ante la servidumbre y los gravámenes de sus dueños y señores. De ahí los estudios —algunos muy valiosos— sobre el movimiento campesino, los motines, la represión estatal, etc. Pero en este camino se interponía evidentemente, en la Unión Soviética de los años treinta y cuarenta, un obstáculo de no pequeña importancia. Incluso los mejores investigadores —basta pensar en la Ignatóvich— que procedían del período prerrevolucionario, o que continuaban y desarrollaban la gran tradición de historia campesina, que es una de las piedras angulares de la historiografía rusa, se veían obligados evidentemente a marcar el paso. En aquellos años stalinistas podían estudiarse e investigarse las rebeliones de los *mujiks* en los archivos; pero desde luego nada alentaba entonces una reinterpretación de los datos, una reflexión sobre la naturaleza, el carácter y el valor de estas oscuras rebeliones. Después de todo, Stalin, persuadido como estaba de que los populistas debían ser abandonados al silencio, tenía igualmente la firme convicción de que las únicas revoluciones campesinas aceptables eran las que se realizaban desde arriba. La situación en que se hallaba el campo ruso tras la colectivización de 1929 no invitaba a estudiar de cerca las rebeliones, las revueltas que acompañaron y siguieron a la reforma de 1861. Se acabó pronto llegando a una de esas típicas situaciones disociadas y contradictorias que abundan en la vida mental de la Unión Soviética. Por una parte, el motor de las reformas fueron los campesinos rebeldes, y por otra, era mejor no observar muy de cerca esos movimientos aldeanos. El mito revolucionario se cernía sobre la realidad sin iluminarla ni penetrar en ella.

Esto era tanto más curioso si se reflexiona en que, como se recordará, también Alejandro II había preferido las revoluciones desde arriba a las desde abajo. Precisamente él fue quien puso en circulación esta expresiva y típica fórmula. En realidad, el proceso mediante el cual se operó la reforma de 1861, las consecuencias que ésta tuvo en las siguientes décadas, su función en el desarrollo de la industrialización del país, todo pareció confirmar lo que los hombres de la *Narodnaya volia* intuyeron con claridad —esto es, que el estado tuvo una función decisiva en todo este proceso, que la revolución desde arriba no representaba únicamente un reflejo defensivo del emperador y los nobles, sino que respondía a una profunda exigencia de toda la vida social de Rusia, donde las transformaciones no podían dejar de venir de lo alto, a través de los engranajes del estado, precisamente porque las clases y los grupos capaces de mover el gigante ruso hacia el mundo moderno eran demasiado débiles en lo económico y demasiado impotentes en lo social. Es natural, pues, que las mejores y más

atentas investigaciones en el plano historiográfico no se encaminaran hacia las enterradas realidades de la aldea rusa del XIX, sino a entender los programas y las realidades que precedieron o acompañaron los diez primeros años del reinado de Alejandro II. Basta con pensar en las obras ya clásicas de Druzhinin y de Zayonchkovski. Este último asumió no sólo la tarea de desvanecer los mitos de la rebelión campesina, reducida a menudo en la Unión Soviética a retórica revolucionaria retrospectiva, de desbrozar el campo de los excesivos errores metodológicos que habían estropeado estos estudios, sino también, y sobre todo, la tarea, ya impostergable, de dar por fin una historia de la política del estado ruso en la segunda mitad del pasado siglo.

Algunas de las luchas que Zayonchkovski entabló están ya ganadas, y puede incluso permitirse cierta ironía, como por ejemplo cuando describe los métodos con que se construían —y nos tememos que se siguen construyendo— las estadísticas de los movimientos campesinos decimonónicos. «Desgraciadamente, no tenemos hasta ahora datos concretos sobre la amplitud del movimiento campesino. No se ha elaborado un método para su cómputo, y las cifras que lo conciernen recuerdan el método "estadístico" que consiste en sumar dos fenómenos de dimensiones enteramente distintas (según el principio "un camello más una gallina"). Así, una sublevación campesina en la que hayan tomado parte miles de personas se considera una unidad, y al mismo tiempo el rechazo de la *corvée* por una docena de campesinos se considera también como una unidad... El segundo defecto comprobado en la historiografía del movimiento campesino consiste en un esfuerzo para acrecentar cada vez más las dimensiones de la revuelta (guiándose por el principio: cuantas más revueltas, más importante es la investigación). Por desgracia, esta tendencia ha tenido una gran difusión, sobre todo en los trabajos de los historiadores periféricos, pero no sólo en ellos» [106]. Al leer estas estadísticas y al recorrer los numerosísimos documentos publicados en los últimos años sobre el movimiento campesino en Rusia (una colección así denominada y compuesta por gruesos e indispensables volúmenes ha visto la luz, de veinte años a esta parte, dirigida por Druzhinin [107]) nos asalta la idea de qué habrían sido capaces de sacar de ellos los historiadores franceses de la escuela de los *Annales*. Se ha dado algún paso, entre tanto, hacia la utilización de los medios e instrumentos de la antropología en la interpretación de los sueños, las esperanzas y las utopías de los *mujiks* [108]. Pero por sugestivo que sea, no es éste el camino para entender la época de las reformas de Alejandro II. El meollo de la cuestión, incluso en la historiografía soviética, sigue siendo el problema político.

La fórmula, mil veces repetida, con que este problema se ha definido en la Unión Soviética es la siguiente: «situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861». Un grupo de historiadores, por iniciativa del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., bajo el impulso de M. V. Néchkina, se ha dedicado a estudiar este tema, recogiendo con

gran minucia una impresionante cantidad de materiales, de debates, de conclusiones, publicados, al menos en parte, en cinco volúmenes de una gruesa e importante miscelánea que apareció, con este nombre, entre 1960 y 1970 [109]. Se han examinado todos los aspectos de este trienio, desde los problemas del gobierno del zar al movimiento campesino, desde la aparición de las primeras organizaciones clandestinas a los humores de la *inteliguentsia.* Lo que da unidad a todo esto es la idea de la «situación revolucionaria» por la que habría pasado Rusia en vísperas y en el momento de la aplicación del manifiesto de liberación de los siervos. La fórmula, por supuesto, deriva de Lenin, que la maduró largamente y la expresó en su forma más clara y definida en el artículo sobre el *Fracaso de la Segunda Internacional,* publicado en la revista «Kommunist» de junio de 1915. «¿Cuáles son los signos de una situación revolucionaria? —decía. No erraremos si los indicamos en estos tres elementos: 1) la imposibilidad de las clases dominantes de mantener inmutable su dominio, esta o aquella crisis de los que están arriba, una crisis de la política de la clase dominante que crea la grieta a través de la cual irrumpen el descontento y la ira de las clases oprimidas. Para que se produzca la revolución no basta normalmente que «los que están abajo no quieran ya», sino que se exige que los que están arriba «no puedan ya vivir como antes»; 2) la agudización, por encima de lo normal, de las necesidades y las dificultades de las clases oprimidas; 3) un aumento, a consecuencia de las causas indicadas, de la actividad de las masas, las cuales en los momentos de tranquilidad se dejan robar sin protestas y en los momentos de tormenta, como en toda situación de crisis, se ven inducidas a una intervención propia y autónoma, tanto como "los que están arriba"» [110]. Lenin ponía como ejemplo de tal «situación revolucionaria» la Alemania de los años sesenta del siglo XIX, «los años 1859-61 y 1879-80 en Rusia».

Esta última era una pura y simple ejemplificación, que la superstición soviética transformó en un verdadero lecho de Procusto. ¿Cómo hacer finalizar la situación revolucionaria en 1861, cuando parece evidente que la crisis de las clases dirigentes, el descontento popular, fueron acentuándose y profundizándose —pasado 1861— durante todo el 1862 y 1863 (año en que estalló una revolución, como es sabido, aunque no fue la de los campesinos rusos, sino la de la más importante nación oprimida por el zarismo, Polonia)? La distorsión debida a esta cronología equivocada se hacía tanto más grave si se examinaba lo que, desde el punto de vista revolucionario, era precisamente el elemento más importante y que mayores huellas dejará en el futuro: la aparición y la consolidación de un auténtico partido, decidido a interpretar y capitanear la rebelión campesina y a acabar con la autocracia rusa. Ahora bien: cuanto más de cerca se observaba este proceso de formación de la primera *Zemlia i volia,* más evidente resultaba que no llegó a cuajar —no se convirtió en una verdadera sociedad secreta— hasta los últimos meses de 1861. Vivió y actuó sobre todo en 1862, y también en 1863. Los intentos, que no faltaron, para hacerla

nacer y actuar antes del manifiesto del 19 de febrero de 1861 no han llevado sino a una serie de hipótesis y de suposiciones, incapaces de resistir un examen crítico de los hechos. El libro de Ya. I. Linkov, aparecido en 1964, marcó el final de estos vanos intentos de convertir a Herzen y a Chernyshevski en jefes de una misteriosa conjura, cuando muy otra y mucho más importante fue su función de creadores del *animus* revolucionario y populista de la Rusia decimonónica. Linkov puso fin así a una visión conspiratoria que se había superpuesto a una realidad histórica compuesta por entero por iniciativas libres, por profundas rebeliones y desesperadas búsquedas individuales, en medio de las contradicciones de la situación creada en Rusia en la década 1854-1864 [111]. Fin, por supuesto, precario y provisional, pues no han faltado los pasos atrás. La tentación de sustituir la libre creación de nuevas ideas y nuevas fuerzas políticas por el complot, la organización y la conjura aflora continuamente en la más reciente historiografía soviética. Un duro, árido y gris cemento tiende aún a aprisionar e inmovilizar incluso a hombres tan libres como Herzen, o como aquellos jóvenes que crearon las costumbres, la moralidad y la psicología del revolucionario ruso. Las huellas que éstos han dejado en la dura concreción ideológica soviética parecen rastros fosilizados. Para encontrarlos con vida es preciso saber, ante todo, romper su envoltorio. Es necesario hacerlo, por ejemplo, al leer el volumen de N. N. Nóvikova *Revoliutsionery 1861 goda* [Los revolucionarios de 1861]. Incluso el título, por obvio que parezca, está tomado de Lenin, y una auténtica obsesión leninista induce a la autora —al discutir la relación entre el grupo del *Velikoruss* y la naciente *Zemlia i volia*— a usar, por ejemplo, contra el historiador Linkov argumentos de este tipo: «En este caso Ya. I. Linkov no contradice nuestra opinión, sino la de V. I. Lenin, el cual llamó a los miembros del *Velikoruss* "cabecillas del movimiento democrático" y los ligó con los nombres de Chernyshevski, Dobroliubov y sus camaradas» [112]. ¡Y pensar que la Nóvikova ha realizado notables investigaciones, incluso —cosa rara en la U. R. S. S.— en archivos privados! De nada vale, y todo se derrumba ante una definición genérica, ante una mención periodística, ante una simple enumeración ejemplificadora realizada ocasionalmente por Lenin.

Al examinar en conjunto el trabajo realizado en Rusia sobre el período de la primera «situación revolucionaria» (por supuesto, desplazando su cronología, como gran parte de los investigadores soviéticos ha hecho más o menos tácitamente), habrá que comprobar ante todo la amplitud e importancia del nuevo material recogido. Bastará con considerar la edición académica de las obras de Herzen, terminada en 1965, o la de los escritos de Dobroliúbov, de N. A. Serno-Solov'ëvich, de Ogarëv, o la paciente reedición de recuerdos y memorias de Panteléev, Sleptsov, Shelgunov, Mijailov y otros muchos, o también la amplísima investigación realizada en torno a la rebelión polaca de 1863 y la participación en ella de los hombres de *Zemlia i volia*. Bastará con volver a enumerar los títulos de la auténtica biblioteca que se ha creado en estos últimos años sobre el primer decenio

de Alejandro II para darse cuenta del interés y el fruto con que se ha trabajado sobre estos problemas. Hombres y hechos presionan así sobre los esquemas preestablecidos, deformándolos, retorciéndolos, hasta el punto de que se esperaría verlos por fin despedazados. La monótona repetición de citas clásicas, en los prefacios y en las conclusiones de tantas de estas investigaciones, ¿constituye realmente una garantía de que esos esquemas no están en realidad rotos en el ánimo de quien los ha comparado con los problemas y los resultados de sus propias búsquedas? Queda una observancia formal de un rito ideológico, ya carente de contenido concreto.

El problema fundamental de aquella época fue la relación entre la renaciente voluntad de libertad y la exigencia que se afirmó por entonces de igualdad y después de revolución social. Estas dos ideas y estas dos aspiraciones políticas resurgieron juntas durante la guerra de Crimea y tras la muerte de Nicolás I. Tomaron mil formas en el debate entre Herzen y Chicherin, Herzen y Kavelin, Chernyshevski y Turgenev, Herzen y Chernyshevski, Herzen y Dobroliubov, Ogarëv y Serno-Solov'ëvich, Bakunin y los revolucionarios polacos, y así sucesivamente para cualquier aspecto y ángulo de aquella época; si hubiera que juzgarla únicamente por el calor con que la libertad y la igualdad se vivieron y discutieron, merecería sin duda la definición leninista de «situación revolucionaria».

La tentación más fuerte en la Unión Soviética ha sido la de remontar más atrás, cronológicamente, de cuando en realidad sucedió, la ruptura operada entonces entre liberales y socialistas, y establecer entre unos y otros un foso más profundo y ancho que el que en verdad existió. Como contrapartida, la tentación mayor en Occidente fue tratar de establecer una tradición liberal rusa, muy distinta de la populista y revolucionaria, y contraponerla a esta última con la mayor nitidez y vigor. Comenzó, en 1957, Victor Leontóvitsch, con su *Geschichte des Liberalismus in Russland*[113]. Continuó al año siguiente George Fischer, con su estudio sobre el *Russian Liberalism. From Gentry to Intelligentsia*[114]. Klaus Detlev Grothusen examinó un elemento de gran importancia, el historiográfico y jurídico, del liberalismo ruso, en su investigación sobre *Die historische Rechsschule Russlands. Ein Betrag zur russichen Geitesgeschichte in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*[115]. Esta tendencia encontró después su punto culminante en el brillante librito de Leonard Schapiro *Rationalism and Nationalism in Russian Nineteenth-Century Political Thought.* El resultado de toda esta labor, que ha devuelto a la luz un mundo enterrado bajo los escombros de las revoluciones rusas, parece indudable: una vez establecido un foso insalvable entre los liberales y los revolucionarios rusos (entre Chicherin y Herzen, para entendernos), el liberalismo de la época zarista revela con creciente claridad su carácter conservador, y se le ve cada vez mejor insertado en la renovada tentativa de despotismo ilustrado que fue uno de los principales aspectos del reinado de Alejandro II. Estos liberales, efectivamente, ansiaban más un estado de derecho que la libertad política. Creían más en los instrumentos estatales, en las leyes, en la magis-

tratura, que en una constitución o una lucha política abierta. Insistían mas sobre las garantías jurídicas que sobre la libertad de prensa. Y, no lo olvidemos, vivían también ellos no sólo en la época de Alejandro II, sino en la de Napoleón III y Bismarck. Y así —por poner una vez más el ejemplo de Chicherin, particularmente importante y característico—, si Tschizewskij pudo considerarlo un «liberal clásico» [116] y Leontóvitsch hablar respecto a él de «liberaler Konservatismus» [117], no por azar George Fischer encontró en la tradición alemana y no en la británica la palabra adecuada para expresar su pensamiento, y acabó denominándolo un «Rechtsstaat liberal» [118]. En conclusión, Schapiro terminaba diciendo que Chicherin, «*one of the most outstanding intellects of the Russian nineteenth century*», había sido «*too liberal to be welcomed by the conservatives, and too conservative to be accepted by the liberals*». «*The unity and consistence of his thought justify the application to him of the epitet which Viasemsky chose for Pushkin — liberal conservative*» * [119]. Tras haber leído semejantes juicios, se comprende por qué Richard Pipes concluyó que el tema que había que estudiar, en la Rusia del XIX, era la corriente conservadora, más que el liberalismo [120].

Por fortuna, para hacer irreal esta separación histórica entre libertad y revolución, entre liberalismo y populismo (de la que son tan culpables, como vimos, los occidentales como los rusos), estaba toda la vida de los años sesenta, estaba el hecho incontrovertible de que liberalismo, eslavofilia, radicalismo y populismo nacían en un mismo mundo social, el de la *inteliguentsia*. Los hombres de una y otra tendencia no eran fríos adversarios y enemigos, sino apasionados amigos que sufrían enormemente con los conflictos, choques y diferencias que surgían entre ellos, como demuestran abundantemente los ejemplos de las relaciones de Herzen, Chicherin, Chernyshevski, Dobroliúbov —conflictos y choques por algo estudiados y vueltos a estudiar en estos últimos años. Contra el forzado intento de divorciar a quienes vivieron y sufrieron juntos, existe siempre un hombre genial, Aleksandr Ivanóvich Herzen, que escapa orgánicamente a toda académica y partidista clasificación. A quien abra la nueva y cuidada edición de sus obras completas no pueden dejarle de parecer pálidas y vanas las explicaciones, tan a menudo repetidas en la literatura soviética, sobre sus «ilusiones liberales». Herzen es el hombre menos apropiado del mundo para convertirse en un icono o un cuadro del «realismo socialista». Replantea continuamente en cada una de sus páginas el problema de la relación entre libertad y revolución.

Aunque a distinto nivel, algo parecido podría decirse de Ogarëv, salido por fin del limbo en el que estuvo durante años; de Dobroliúbov, que

* «una de las más destacadas inteligencias del siglo XIX ruso» ... «demasiado liberal para ser bienvenido entre los conservadores, y demasiado conservador para ser aceptado entre los liberales». «La unidad y consistencia de su pensamiento justifican que se le aplique el epíteto que Viazemski eligió para Pushkin: liberal conservador.»

con su hondo y apasionado moralismo acabó desempeñando un papel tan importante en la separación de liberales y radicales; de Chernyshevski, la figura clave para entender el nacimiento del movimiento revolucionario en Rusia y que por fin va liberándose, aunque lentamente y no del todo, del icono en que lo había convertido, y nos habla otra vez, sobre todo en sus *Cartas sin dirección*, de la última esperanza suya y de sus compañeros, de su último esfuerzo por indicar una salida realmente democrática y libre para la crisis suscitada por la liberación de los campesinos. En sus jóvenes amigos y seguidores Nikolai y Aleksandr Serno-Solov'ëvich, vemos ya cuajarse el partido revolucionario cuando ya todas las puertas están cerradas (y las puertas, para Chernyshevski y para ellos, son las de la cárcel) para cualquier otro desarrollo. Estos jóvenes son también demasiado vivos para permanecer perpetuamente mutilados y deformados por la reacción. Su voluntad de libertad (incluso en la forma liberal, constitucional, en Nikolai Serno-Solov'ëvich, por ejemplo), está clarísima en sus escritos, aunque los presentadores soviéticos quieran verla lo menos posible.

En medio de todos estos redescubrimientos y exigencias, todavía no ha aparecido en Rusia una visión general de todo este período, una historia de los diez años —1854-1864— del gran drama de la reforma y del nacimiento del movimiento revolucionario. Es cierto que, transcurrido un siglo, este período no ha dejado de atraer la apasionada atención de los soviéticos. Una crisis tras un largo período de dictadura, las reformas que llegaban desde arriba, la voluntad de dar vida a un *Rechtsstaat,* sin llegar a la libertad y la democracia; el intento siempre repetido de servirse de los viejos instrumentos para afrontar problemas nuevos; la sensación de vanidad, de cansancio, que producía esta política de administrar las reformas como se había administrado el absolutismo, y por último la explosión de rabia, de nihilismo, de bilis, como la llamaba Herzen, ante las esperanzas desilusionadas, todo este drama de los años sesenta, ¿cómo podría no interesar a los rusos de un siglo después, que estaban pasando por una crisis muy distinta, sí, pero que tenía muchos puntos en común con la del XIX? No se trataba de llevar al pasado las pasiones del presente —lo cual se había hecho con exceso en la historiografía soviética de la época stalinista. No había que ceder a la tentación de empezar una vez más a pintar a Herzen y a Chernyshevski, Dobroliubov y Serno-Solov'ëvich a la propia imagen y semejanza. Era necesario conseguir una investigación histórica lo más completa y objetiva posible. No ha faltado algún impulso en este sentido, e incluso ha dado buenos frutos. Si no nació una visión histórica integral se debió a que el problema de fondo no estaba aún resuelto. En el plano político no ha triunfado la libertad, y en el plano histórico el meollo de las relaciones entre liberalismo, socialismo y populismo no se ha examinado y desentrañado en todas sus consecuencias. Los esquemas de la «democracia revolucionaria» de los años sesenta, de la «situación revolucionaria» de 1859-61, se han atenuado, ensanchado; se han deformado, pero no han sido abandonados. Una visión histórica en la que Herzen y

Kavelin, Chernyshevski y Chicherin, Alejandro II y Zaichnevski tengan cada uno su propia función (y no un sitio en el lado de los elegidos o de los réprobos) parece emerger con lentitud, pero aún no ha alcanzado la necesaria claridad y firmeza.

Lo que ha seguido vivo y punzante, en la Unión Soviética y en el exterior, es la sensación de amargura, de desilusión, frente al naufragio de tantas esperanzas, de tantas ilusiones nacidas en los años en que se fueron preparando las reformas de Alejandro II, de tantos sacrificios tragados y aniquilados una vez más por la gran máquina estatal de Rusia. La «situación revolucionaria» vista en su conjunto y en su desarrollo recuperaba el aspecto que tuvo a los ojos de los contemporáneos más sensibles y apasionados, la forma de una revolución fallida. No era, desde luego, un gran consuelo comprobar que hubo quien, como Chernyshevski, tuvo la inteligencia y la lucidez de prever dicho naufragio. Lo más importante históricamente era observar, en un caso tan interesante como éste, si la desilusión había suscitado una rebelión, si del naufragio había emergido una nueva voluntad revolucionaria. Los hombres de la primera *Zemlia i volia* esperaron por un momento que de la desilusión experimentada por las grandes masas campesinas surgiría una *jacquerie*, cuando aquéllas hubieran medido las injusticias y los engaños tramados a su costa, cuando hubieran comprobado que la libertad obtenida desde arriba era la de los señores y el estado, no la del pueblo y las aldeas. Y, sin embargo, los revolucionarios de aquellas primeras organizaciones clandestinas se vieron obligados a comprobar que los movimientos campesinos iban disminuyendo entre 1861 y 1863, y que esta última fecha no marcó, como habían esperado, el comienzo de una rebelión general. Después, en 1863 y 1864, los intelectuales revolucionarios, dispuestos a cualquier sacrificio con tal de estar junto a los polacos en su rebelión contra el estado zarista, tuvieron que comprobar también que la insurrección polaca sólo consiguió desencadenar en Rusia la más violenta reacción. Los estudiantes de aquellos años, que habían esperado una vida y una cultura absolutamente nuevas, tuvieron que aceptar muy pronto la única vía que les pareció aún abierta: el abandono de las aulas, el alejamiento individual, el rechazo de toda cultura. En esta situación y este terreno hundió sus raíces el *nihilismo* ruso de los años sesenta. El primero en darse cuenta de su importancia y de su peligro fue Herzen («Very dangerous!!!», tituló su primera señal de alarma). Se difundió después en las formas más diversas y contradictorias, absorbiendo elementos de la filosofía de Schopenhauer, del radicalismo francés de los últimos años del Segundo Imperio, del darwinismo y del cientifismo positivista, aunque conservó hasta el final, desde la primera *Zemlia i volia* hasta el trágico naufragio de la *Narodnaya rasprava* (Justicia sumaria popular) de Nechaev, el elemento de rabia impotente, de desilusionada protesta ante la revolución fallida de la que este nihilismo nació y se desarrolló.

Para entender de verdad este acre fermento lo primero que habría que hacer, como ha sugerido Vittorio Strada, sería recoger y reconsiderar las páginas de Herzen, tan extraordinariamente vivas después de cien años, y tan penetrantes al analizar el estado de ánimo de los «contestatarios» de hace un siglo [121]. El otro camino —que ha sido el más recorrido en los últimos decenios— lleva a volver a examinar de cerca los escritos del mayor nihilista de entonces, Písarev, así como la más importante revista de la tendencia, «Russkoe slovo» (La palabra rusa). Tampoco en este caso se ha considerado lo bastante en Rusia el marco internacional en que se desarrollaron estos fermentos. Los resultados de la investigación de A. Coquart, aparecidos en París en 1946, aún no han sido suficientemente apreciados en Moscú y Leningrado (por ejemplo el referente a las relaciones del pensamiento de Písarev con el de Karl Vogt). Sobre todo, no parece que se haya tenido en cuenta un paralelismo evidente, el de la contemporánea discusión de las ideas de Darwin en Europa y América. En lo que respecta a los reflejos sociales de este debate y tal vez a las consecuencias elitistas y racistas que no dejó de tener, parece indispensable una atenta consideración del libro de Robert Hofstadter, *Social Darwinism in American Thought*. Sólo así las intuiciones y las observaciones —muy valiosas— de B. P. Koz'min sobre Pisarev y su época podrán adquirir un sentido menos restringido, menos esotérico, diríamos, como símbolos y señales de un diálogo en el interior de la *inteliguentsia* rusa y soviética proseguido sin interrupción desde hace un siglo.

Koz'min, ya en 1929, desbrozó ampliamente el camino de una inteligente reconsideración de estos problemas con su artículo *D. I. Pisarev y el socialismo*, recientemente reeditado en una colección póstuma de sus ensayos [122]. De la sofocante sensación de la imposibilidad de llegar a la revolución que dominaba en los intelectuales rusos a comienzos de los años sesenta, Koz'min se remontó a los reflejos del fracaso de la revolución de 1848, ampliando así a toda Europa el drama ruso de la época de las reformas. Con este enfoque pareció aún más esencial la función de los intelectuales, del «proletariado del pensamiento», como lo llamó Pisarev. Tampoco éste era un concepto exclusivamente ruso y se podía encontrar, como es natural, también en Occidente. Pero mientras aquí el «proletariado del pensamiento» había vuelto los ojos hacia la clase obrera, la situación en Rusia pronto se mostró profundamente distinta. El «proletariado del pensamiento» era en Rusia más pobre e impotente que en cualquier otro lado. Trató inútilmente de abrirse el camino de las cooperativas, del socorro mutuo, de una organización de defensa, ya que era aún más desheredado que los mismos campesinos. «El campesino poseía su casa, un trocito de tierra», pero «el proletariado del pensamiento» no tenía nada de esto [123]. Pareció naufragar cualquier intento de imponerse, de hacerse indispensable. Ante la joven *inteliguentsia* se hallaba un abismo. *Hic Rhodus, hic salta.* Y en realidad, una vez agotadas las tentativas de salvarse por sí solos, de soñar sistemas como clase dirigente, de presentarse como

una *élite*, el «proletariado del pensamiento» acabó realizando, a comienzos de los años setenta, su «ida hacia el pueblo». «Por ello —concluía Koz'min— esa corriente de nuestro pensamiento social representada por Písarev, pese a las brillantes victorias de mediados de los años sesenta, no tuvo en realidad más que una victoria de breve duración y debió ceder la iniciativa a su adversario, el populismo, que se apoyaba en los campesinos. Después de esa fecha Písarev contó con muchos y atentos lectores, pero jamás encontró quien lo ensalzase y siguiese con entusiasmo» [124].

Ya en un primer ensayo escrito en 1914 y que permaneció inédito antes de su inserción en la colección mencionada ahora, B. P. Koz'min había tratado de encontrar una confirmación de su interpretación del nihilismo en las reacciones y polémicas de un escritor populista como Saltykov-Shedrín [125]. El verdadero y auténtico enemigo del «proletariado del pensamiento», de los jóvenes revolucionarios rusos de los años sesenta —decía— no fueron los liberales, sino el absolutismo, el despotismo del zar. Lo había dicho Chernyshevski en sus *Cartas sin dirección*. Herzen no se cansó de repetirlo. Pero estas verdades no se podían decir en la época de Stalin. Koz'min, sin embargo —como observa justamente quien reeditó sus obras hace poco—, no aceptó esta interpretación stalinista, convertida en un auténtico axioma de la historiografía soviética de los años cuarenta y que, bien mirado, no era sino «una transposición al terreno del estudio de la tesis que consideraba a la socialdemocracia de Europa occidental como enemigo esencial del comunismo» [126]. Para él todo el movimiento revolucionario ruso contenía en profundidad en cada fase, incluso en la nihilista, el problema de la relación entre libertad y revolución.

También en estos últimos años se han multiplicado los estudios sobre el período del nihilismo y de Pisarev. Bastarían para probarlo dos libros, el de F. Kuznetsov y el de L. E. Varustin sobre «Russkoe slovo», la principal revista de esta corriente. Pero también en este caso el tiempo transcurrido desde los años veinte no ha pasado en vano. También aquí sigue siendo profunda la censura de los años stalinistas. En estos dos libros, y sobre todo en el primero, hay un elemento de ingenuidad que asombra. Los autores parecen redescubrir los hombres y la Europa del XIX como si fueran personas y tierras muy lejanas e inusitadas. Parecen arrastrados por el radicalismo, por el impulso, por el extremismo de sus compatriotas de cien años antes, sin detenerse lo bastante en lo que en ellos había de turbio, de extraño, de inquietante. La escisión, o el «cisma» —como se llamó entonces— entre los «nihilistas», o sea, entre los lectores de Písarev y los de Saltykov-Shedrin, se atenuó con un esfuerzo de conciliar póstumamente a los contendientes en una común fe progresista.

Algo de esta visión demasiado normal, en exceso positiva, se encuentra quizás en los que deben considerarse como los mejores libros aparecidos en los últimos tiempos sobre el movimiento revolucionario ruso entre el final de la rebelión polaca y el atentado de 1866, los de R. V. Filíppov

sobre *La organización revolucionaria populista de N. A. Ishutin y de I. A. Judiakov (1863-1866),* aparecido en Petrozavodsk en 1964, y de E. S. Vilenskaya, *El subsuelo revolucionario en Rusia (Los años sesenta del siglo XIX),* salido en Moscú en 1965. Las investigaciones de los autores son profundas y han precisado no pocas y complicadas preguntas, deshaciendo leyendas acumuladas y haciendo emerger hechos y hombres caídos en el olvido. Lo que no renace es la atmósfera de este «subsuelo». Nos preguntamos si los autores—sobre todo el segundo, la Vilénskaya— se han interrogado de veras sobre cuáles podían ser las ideas que empujaron a Judiakov hacia el pueblo y pusieron un revólver en la mano de Karakozov. Filíppov habla de 1865 como «una fase de tormentosas incertidumbres y búsquedas tácticas» [127]. ¿Sólo tácticas, de verdad? «Basta con imaginarse la atmósfera política de Rusia en los años 1864-1865 —agrega el mismo autor— para comprender cuán natural es el hecho de que algunos dirigentes del grupo de Ishutin empezaron a formarse una mentalidad conspiratoria» [128]. ¿Natural? La voluntad de crear un grupo cerrado de revolucionarios y el terrorismo no se explican tan fácilmente. Que la conjuración tomase el nombre de «Infierno» y exigiese a sus componentes un comportamiento absolutamente anormal es un hecho en torno al cual se desencadenaron las fantasías de sus contemporáneos y sobre el que se contaron muchas patrañas, pero no por eso debe descartarse y no tenerse en cuenta. Los investigadores soviéticos contemporáneos han tratado de explicar la irrupción de la mentalidad conjuratoria no sólo con la depresión de los años sesenta, sino atribuyendo un especial peso y valor a elementos políticos ajenos a este mundo de populistas y que penetraron por entonces en su movimiento, al injerto de los elementos «liberales» o incluso a una revivificación de los grupos clandestinos polacos. Tanto Filippov como la Vilenskaya, como sobre todo T. F. Fedosova [129], han dirigido su atención a la existencia de un contacto de la organización de Ishutin y de Judiakov con elementos de la clase dirigente descontenta con la política de Alejandro II y con conjurados polacos, que trataban así de proseguir el combate tras la derrota de la rebelión de 1863. Los testimonios aducidos son importantes, desde luego. La Vilenskaya ha demostrado que el proceso de Karakozov se vio profundamente perturbado por las luchas internas en el *entourage* del emperador. La Fedosova subrayó la importancia del Comité polaco clandestino y de sus ramificaciones siberianas durante todo este período del «subsuelo» ruso. Pero estos historiadores no consiguen aún, se diría, encontrar un punto de convergencia entre estos elementos tácticos, organizativos, y la evolución de las ideas de todo el movimiento revolucionario de aquellos años.

Tiene razón Filippov, desde luego, cuando insiste sobre el carácter populista y socialista de la organización de Ishutin y Judiakov, y al hacer notar que las exigencias de libertad estaban hondamente arraigadas en el modo de sentir de aquellos jóvenes. Una libertad potencialmente anárquica, proudhoniana y federalista, hasta el punto de que —como observa justa-

mente Filíppov— la difusión de las ideas de Bakunin parece encontrar su punto de partida en este fermento moscovita de los años sesenta. Pero existía otra libertad, la constitucional o democrática. Esta les llega a estos jóvenes de fuera, como una supervivencia de las ideas liberales o ligadas con la voluntad de independencia de los polacos. Ishutin y Judiakov tienden a resolver los problemas urgentes que se les plantean en el plano táctico, práctico, y no en el ideológico. Son socialistas y siguen siéndolo, pero al tiempo empiezan a estar dispuestos a utilizar cualquier medio (la conjura, los atentados, la conquista del poder, la alianza con los liberales y con los movimientos nacionales), con tal de realizar un ideal que todo el mundo que los rodea parece negar y repudiar. La situación los hacía dudar de la rebelión campesina, y sin embargo el pueblo era la única fuerza social capaz de dar vida al socialismo. Cualquier medio empezaba a parecer bueno con tal de romper esta contradicción. «Esta fue la tragedia del populismo —concluye la Vilenskaya. En realidad —escribe— la idea de crear un partido que asumiese las funciones atribuidas por la generación revolucionaria precedente a las masas populares encerraba la intuición, todavía inconsciente, de que el campesino no podía ganar su lucha contra la autocracia sino guiado y organizado por otra clase. Y como esta otra clase, en la Rusia de los años sesenta, no existía, a los revolucionarios de esa época sólo les quedaba desplazar las tareas del pueblo sobre un «partido» e insertar considerables elementos de táctica conjuratoria en la idea de la revolución socialista campesina» [130]. Como se ve, el esquema marxista proporciona el *deus ex machina* de esta tragedia populista. Pero debemos clavar los ojos en ese drama —en realidad sin esperanzas ni fe en el mesías proletario— si queremos comprender las profundas pugnas del alma de estos jóvenes. ¿Es cierto —como parece sostener Filippov— que no acabó haciendo presa en esas tensiones y contradicciones el ácido corrosivo de las ideas de la atmósfera nihilista de aquellos años? Es verdad que son explícitos los testimonios de su hostilidad contra Pisarev, de su polémica contra el modelo basaroviano que Turgenev les proponía en *Padres e hijos*. Y sin embargo, en la organización de Ishutin y de Judiakov no faltó ese elemento de despreocupación, de violencia, de desesperación contra el que Herzen había reaccionado hacía tiempo y que acabará desembocando en el trágico episodio de Necháev.

En la Unión Soviética se ha hecho el silencio sobre Nechácv, tras tantas discusiones y polémicas en los años veinte. Silencio embarazoso de quien, salido en busca de las más auténticas fuentes del pensamiento y la inspiración del movimiento revolucionario ruso, se encuentra repentinamente ante un monstruoso hijo de aquéllas. *Toute proportion gardée*, los historiadores soviéticos parecen a veces reaccionar frente a él como ante Stalin, repitiendo fórmulas más o menos enérgicas de condena, intentando así conjurar cualquier posible reaparición, sin tratar de indagar de verdad la naturaleza y las razones de su actuación y de su poder. Al contrario de Stalin, podría realmente hacerse el silencio en torno a

Necháev —tan estudiado en el pasado, sobre quien se escribió toda una pequeña y curiosa biblioteca. También a él, como a los que mucho han pecado y mucho han sufrido, podría concedérsele el olvido de las causas ya juzgadas y cerradas, de no ser porque siempre se presentan, para mantener en pie su recuerdo, dos hombres de envergadura intelectual y política muy distinta de la de Nechaev, pero cuya idea se cruzó con la suya, Tkachëv y Bakunin. El episodio de este joven del pueblo convertido en violento y pujante organizador de la *Narodnaya rasprava* no pasó sin dejar hondas huellas en ambos revolucionarios. La historia de sus relaciones sigue siendo aún hoy uno de los elementos esenciales y más reveladores de la vida íntima del movimiento revolucionario ruso en el tránsito entre los años sesenta y setenta. Si a ello se agrega que Nechaev dejó su impronta en toda la evolución del movimiento estudiantil de aquel período, así como en las vicisitudes de la emigración rusa, en el ambiente de Herzen, en la hija de éste, Natalia, en Ogarëv, habrá que concluir que es imposible tratar de reconstruir el gran giro que va desde su conjura hasta la «ida hacia el pueblo» sin evocar su inquietante figura. Primer ejemplo de un elemento venido del pueblo que penetra en la *inteliguentsia* revolucionaria aportándole una profunda voluntad de acción y al mismo tiempo disgregando, aunque fuera momentáneamente, sus propias bases morales y políticas, Nechaev es un *revenant* que no se logra exorcizar.

Los documentos, desconocidos hasta ahora, que Michael Confino publicó sobre él son impresionantes. No sólo confirman los elementos de criminalidad y anormalidad que ya sabíamos que se entremezclaban inextricablemente en él con una excepcional capacidad de acción y con un don todavía mayor de hacerse escuchar y seguir, sino que plantean numerosos problemas morales y políticos. He aquí a Bakunin, uno de los más famosos revolucionarios de su época, el hombre que vio la revolución de 1848 y Siberia, que dio literalmente la vuelta al mundo, helo aquí dejándose conquistar por aquel muchacho inculto y violento, hasta el punto de ver en él una encarnación de aquella revolución rusa que él predicaba y sobre la que teorizaba. Confino pone en su justo lugar las razones psicológicas y personales de semejante actitud, la incipiente y precoz vejez de Bakunin, la disponibilidad de su pasión revolucionaria en un momento de bonanza histórica, justo en vísperas de la tormenta de la guerra franco-prusiana y la Comuna. Lo que más importa son las raíces y las conclusiones morales e ideológicas de este encuentro y este choque. Nadie las aclaró mejor que el propio Bakunin, en una carta a Nechaev del 2 de junio de 1970, en el momento en que el entusiasmo se ha extinguido y la ruptura entre ambos empieza a perfilarse como la única salida lógica de sus disensiones, cada vez más hondas. La larga carta merece quedar como uno de los documentos fundamentales de toda la historia del movimiento revolucionario ruso [131].

Bakunin se encuentra, a diez años de distancia, en la situación en que se halló Herzen ante las primeras manifestaciones del nihilismo. Con la

agravante de que ahora la nueva encarnación nechaeviana de éste se le presenta como una consecuencia de su pensamiento, de sus propias ideas y esperanzas.

Aquel *Catecismo del revolucionario* que circuló junto con los llamamientos escritos por él, y que tantos historiadores le atribuirán después (incluido el autor de este libro), le parece ahora fruto de la desesperación y del resentimiento, de la voluntad de venganza y de atropello de Nechäev. «*Votre catéchisme — un catéchisme d'*abrek», es decir, de bandido georgiano, escribe con una frase que parece atribuir la paternidad, y desde luego toda la responsabilidad del famoso documento, al joven ruso. Fuera cuál fuera la participación de Bakunin, si es que la hubo, en su redacción (y quizás el problema será siempre insoluble), lo que importa es que ahora él lo repudia, considerándolo ajeno y ya inaceptable. Por fin Bakunin había reconocido en Nechäev un terrible impulso de fanatismo, de violencia, ni siquiera iluminada por la visión de un mundo libre y mejor, ensombrecida incluso por una concepción ferozmente cerrada y cruel de la sociedad. «*Votre cruauté pleine d'abnégation* (el texto ruso es más expresivo y profundo: *samootverzhennoe izuverstvo), votre extrème fanatisme — vous voulez en faire... la règle de vie de la communauté.*» Era querer «*la négation totale de la nature de l'homme, de la société*». «*Seuls, les fanatiques réligieux et les ascètes peuvent songer à la vaincre, la nature; c'est pourquoi j'ai été étonné — mais pas trop et pas pour longtemps, de trouver en vous une sorte d'idéalisme mystique, panthéiste... Oui, mon cher ami, vous n'êtes pas matérialiste comme nous autres, pauvres pécheurs, mais un idéaliste, un prophète, une sorte de moine de la révolution; votre héros ne doit pas être Babeuf, ni même Marat, mais un quelconque Savonarole... Par votre façon de penser vous vous rapprochez davantage... des jésuites que de nous... Vous êtes un fanatique — c'est là votre force énorme et caractéristique, là aussi la cause de votre cécité; mais la cécité est une grande et funeste faiblesse, l'energie aveugle erre et trébuche et, plus elle est puissante, plus grands et inéxorables sont ses échecs*» * [132]. Las bases ilustradas y rousseaunianas de Bakunin reaccionan ante el fanatismo y el maquiavelismo de Nechäev, y reaparecen de nuevo

* «Usted quiere convertir... en regla de vida de la comunidad... su crueldad llena de abnegación, su extremado fanatismo.» ... «la negación total de la naturaleza del hombre, de la sociedad» ... «Sólo los fanáticos religiosos y los ascetas pueden pensar en domeñar a la naturaleza; por eso me ha extrañado —aunque no demasiado ni por mucho tiempo— encontrar en usted una especie de idealismo místico, panteísta... Sí, mi querido amigo; usted no es materialista como nosotros, pobres pecadores, sino un idealista, un profeta, una especie de monje de la revolución; su héroe no debe de ser Babeuf, ni siquiera Marat, sino un tal Savonarola... Por su forma de pensar, usted se parece más a los jesuitas que a nosotros... Usted es un fanático —y ahí estriba su fuerza enorme y característica, pero también la causa de su ceguera; pero la ceguera es una grande y funesta debilidad; la energía ciega yerra y tropieza, y cuanto más poderosa es, más grandes e inexorables son sus fracasos.»

al desnudo, una vez arrancada dolorosamente y arrojada lejos la monstruosa planta que sobre ellas había crecido. Sabe que también él contribuyó a nutrirla, pero quiere librarse ya de ella. Y no se trata sólo de los aspectos más visibles de la mentalidad de Nechaev, su continua mixtificación, su indiferencia ante el mal y el mismo delito. Bakunin quiere negar, quiere quitarse de encima la sustancia política de Nechaev. Sólo la revolución «*spontanée, populaire et sociale*» —reafirma— es admisible y deseable. «*Toute autre révolution, selon ma profonde conviction, est malhônnete, nuisible et funeste à la liberté et au peuple.*» El movimiento revolucionario debía tener como único objetivo «*d'éveiller, de faire la cohesion des forces populaires spontanées et de les organiser*» *. Cualquier intento de sustituirlas, de actuar en su nombre, de engañarlas, era perjudicial y vano. En Rusia, sólo «*l'idéal populaire*» (podríamos decir, el populismo) tenía derecho a llamarse revolucionario. Toda conjura, todo complot, todo artificio no haría sino falsear y torcer el movimiento profundo del país.

Y sin embargo pocos meses antes Bakunin había visto en Nechaev una encarnación de esta «*révolution populaire*» (*narodnaya revoliutsiya*). Y no lo había reconocido sólo por su energía y violencia, lo había aceptado no sólo por sus elementos positivos, sino también por los negativos. ¿No fue acaso Bakunin quien primero quiso, hacía ya décadas, que se desencadenaran las «malas pasiones», únicas capaces de derribar la actual sociedad y de destruir el estado moderno? ¿No fue él quien observó con esperanza los grandes y pequeños bandidos del mundo popular ruso? Y ahora, ¿por qué protestar contra este *abrek,* contra este muchacho ruso convertido a sus ojos en un desesperado bandido georgiano? Al igual que Herzen, diez años antes, había reconocido en los primeros exponentes de la revolución rusa no sólo un espíritu de entrega y una voluntad de sacrificio, sino también unas hondas distorsiones, unas inevitables heridas que la sociedad y el estado ruso imprimieron en su personalidad, así ahora también Bakunin, frente a la figura de Nechaev, encontraba la realidad de su propio país. En él fanatismo y crueldad nacían y crecían al lado de entrega y sacrificio. La revolución popular sería terrible en Rusia, sería trágico el estallido de la voluntad de libertad —de las más horribles pasiones, al mismo tiempo. Como Herzen, también Bakunin acababa ahora viendo a Rusia invadida y empapada por la gris realidad del fango, «*de l'infinite et multiforme boue russe*». «*Le monde russe — étatique, provilegié et populaire à la fois — est un monde horrible. La révolution russe sera certainement horrible. Celui qui craint les horreurs et la boue, qu'il s'éloigne de ce monde et de cette révolution, mais celui qui veut la servir,*

* «Cualquiera otra revolución, de acuerdo con mi convicción más honda, es indecente, perjudicial y funesta para la libertad y el pueblo» ... «despertar a las fuerzas populares espontáneas, conseguir su cohesión y organizarlas».

celui-là, sachant où il va, qu'il fortifie ses nerfs et soit à prêt à tout» * [133]. ¿A todo? ¿No era precisamente esto lo que había dicho y hecho Necháev? En último extremo, el problema se convertía en un problema moral.

La revolución rusa la suscitaría y apoyaría el «proletariado del pensamiento» (Bakunin no emplea esta expresión, pero alude justamente a esto: *«une masse énorme de gens instruits et pensants et en même temps privés de toute situation, de toute carrière, de toute issue... trois quarts au moins de la jeunesse universitaire, les séminaristes, les fils de paysan et de bourgeois, les fils de petits fonctionnaires et de nobles ruinés»* **. El pueblo era *«l'armée révolutionnaire»*. Del «proletariado del pensamiento» llegaría el estado mayor. Pero ¿qué garantía daría éste de querer verdaderamente la liberación del pueblo? Dicha garantía sólo podría venir de la moralidad de quienes a ella se dedicaban. *«Ce monde il faut l'organiser et* moraliser *réellement.»* El «proletariado del pensamiento» no era en sí mejor que la sociedad que lo circundaba. *«Il y a dans ce monde bien peu de sens moral, exception faite d'un petit nombre de natures de fer, éminemment morales, formées d'après la loi darwinienne au milieu d'une sale oppression et d'une misère infinies»* ***. No era difícil imaginar lo que haría, en cambio, la gran mayoría cuando se encontrase *«dans une situation qui leur permette d'exploiter et d'opprimer le peuple»*. *«On peut affirmer à coup sûr qu'ils l'exploiteront et l'oppprimeront en toute tranquillité»* **** [134]. Sólo la virtud, sólo la moral evitarían el peligro de caer en el fango circundante. Adoptar medios jesuíticos en el movimiento revolucionario equivalía a preparar a éstos para conventirse en *«d'excellents serviteurs et mouchards du pouvoir»* *****. Sólo la lucha contra el estado, sólo el ideal de libertad podía evitar que los revolucionarios sustituyeran fatalmente al gobierno derribado por la revolución. Por eso había que situar en el centro de cualquiera acción *«l'autodétermination du peuple sur la base d'une égalité absolue, de la liberté humaine complète et multiforme»* ******. Sólo

* «del infinito y multiforme fango ruso» ... «El mundo ruso —estatal, privilegiado y popular a la vez— es un mundo horrible. La revolución rusa será ciertamente horrible. Quien teme los horrores y el fango, que se aleje de ese mundo y de esa revolución; pero quien quiera servirla, ése, sabiendo a dónde va, que fortifique sus nervios y esté dispuesto a todo».

** «una masa enorme de gente instruida y pensante y al mismo tiempo carente de toda posición, de toda carrera, de toda salida... tres cuartas partes por lo menos de la juventud universitaria, los hijos de campesinos y de burgueses, los hijos de pequeños funcionarios y de nobles arruinados»...

*** «Ese mundo hay que organizarlo y *moralizarlo* realmente.» ... «Hay en ese mundo muy poco sentido moral, si se exceptúa un pequeño número de naturalezas de hierro, eminentemente morales, formadas según la ley darwiniana en medio de una sucia opresión y una miseria infinitas.»

**** «en una situación que le permita explotar y oprimir al pueblo». «Se puede afirmar con seguridad que lo explotarán y oprimirán con toda tranquilidad.»

***** «excelentes servidores y soplones del poder».

****** «la autodeterminación del pueblo sobre una base de igualdad absoluta, de la libertad humana completa y multiforme».

un ideal tan elevado y auténtico podría dominar la dura realidad de la futura revolución.

«Imaginez-vous au milieu du triomphe de la révolution spontanée en Russie.» Todas las barreras, todos los obstáculos serían barridos. *«C'est l'anarchie générale.»* Y no sería verdaderamente un idilio. *«La boue horrible qui c'est amoncée en quantités énormes dans les profondeurs du peuple monte à la surface.»* La competencia de los hombres nuevos, salidos de las entrañas del país, es desenfrenada. *«Audacieux, intelligents, malhônnetes et ambitieux... s'affrontent, luttent et se détruisent les uns les autres.»* Los únicos que pueden dar un sentido a esta anarquía espontánea son los revolucionarios. *«Forts de leur pensée qui exprime l'essence même des instincts, des désirs et des bésoins populaires, forts de leur but clairement compris au milieu de la foule des hommes luttant sans but et sans plan»*, estos hombres acabarían estableciendo la *«dictature collective»* de su organización secreta. *«Cette dictature n'est entachée d'aucune cupidité, vanité ou ambition, parce qu'elle est impersonnelle et imperceptible et parce qu'elle ne procure à aucun des hommes qui composent les groupes, pas plus qu'aux groupes mêmes, ni avantages, ni honneurs, ni une reconnaissance officielle du pouvoir.»* Su fuerza estará sólo en su energía y su inteligencia [135]. Por eso deberán, desde el principio, ser los mejores y los más lúcidos, y siempre, en cualquier caso, los más dispuestos a sacrificarse por el pueblo, *«les plus forts, les plus passionnés, inflexiblement et invariablement dévoués»* * [136]. Serían pocos, fatalmente. Pero lo que contaba era su excelencia y su total entrega. ¿Y cómo podría surgir semejante núcleo, semejante sociedad secreta si se adoptaban los medios del engaño y la mixtificación? Es cierto que la lucha, la terrible lucha que se estaba desarrollando en Rusia y que habría que afrontar el día de la revolución no permitía escatimar medios y golpes. Pero con tal de que estuviesen dirigidos —dice Bakunin— sólo y únicamente contra el enemigo. Dentro de la sociedad secreta debían regir los principios de la más pura igualdad y la más perfecta libertad. *«Egalité des droits de tous les membres et solidarité inconditionnelle et absolue... Sincerité absolue... Confiance fraternelle mutuelle... Sont exclus de la société tous les hommes nerveux,*

* «Imagínese usted en el medio del triunfo de la revolución espontánea en Rusia.» ... «Es la anarquía general.» ... «El fango horrible que se ha amontonado en ingentes cantidades en las profundidades del pueblo sube a la superficie.» ... «Audaces, inteligentes, deshonestos y ambiciosos... se enfrentan, luchan y se destruyen unos a otros.» ... «Fuertes con su pensamiento que expresa la misma esencia de los instintos, los deseos y las necesidades populares, fuertes con su meta claramente entendida en medio de la multitud de hombres que luchan sin meta y sin plan.» ... «Esta dictadura no está manchada por ninguna codicia, vanidad o ambición, porque es impersonal e imperceptible y porque no procura a ninguno de los hombres que componen los grupos, ni tampoco a los propios grupos, ventajas ni honores, ni un reconocimiento oficial del poder.» ... «los más fuertes, los más apasionados, inflexible e invariablemente abnegados»...

craintifs, vaniteux et ambitieux... En adhérant à la Société chaque membre se condanne pour toujours à l'anonymat publique et à l'insignifiance... Toute décision de la réunion générale est une loi absolue... Chaque membre est en droit de tout savoir»... * [137]. Bakunin rompía así definitivamente con la concepción jerárquica de Nechaev, con toda reserva de carácter carbonario, con toda centralización de origen jacobino. Fue el primero de los revolucionarios rusos que lo apostó todo a la democracia y la hermandad interna, unidas y conjugadas con el máximo de energía y de falta de prejuicios en la lucha externa. Todo estaba permitido, reserva, violencia, atentados y conjuras, contra el enemigo. En cambio eran sagrados y absolutos los deberes de hermandad de quienes se consagraban a suscitar, a hacer nacer un mundo distinto y mejor.

Esta solución resonará mucho tiempo en la historia de las revoluciones rusas. En 1870, tenía al menos un grande e inestimable mérito, el de suscitar y tensar al máximo las energías de los revolucionarios. Todo dependía de ellos. Toda la responsabilidad política y moral recaía sobre sus cabezas. Quien aceptaba semejante y tremendo desafío era un hombre excepcional, como había previsto Bakunin. En realidad, como dijo éste, no muchos respondieron a esta llamada. Pero de ellos nació el populismo de los años setenta, de los seguidores de Natanson y de Chaikovski a la segunda *Zemlia volia* y la *Narodnaya volia.* Precisamente hicieron hincapié sobre la moralidad, reaccionando con la fuerza y la pureza de la juventud ante los maquiavelismos, las aberraciones, los miedos ocultos y evidentes del nihilismo y de Nechaev. Unas decenas de muchachos, a comienzos de los años setenta, supieron devolver su limpidez a la atmósfera de un mundo manchado de fango (como bien sabían ellos). En ellos penetró la apasionada llamada de Bakunin, aunque desde lejos y lentamente. Algunas páginas de su libro *Estado y anarquía* se convirtieron en uno de los documentos fundamentales de todo su movimiento. En esas páginas percibieron algo que respondía estrechamente a sus más profundas exigencias [138].

No hizo presa en ellos en cambio, al menos al principio, el pensamiento de quien como Tkachëv estuvo al lado de Nechaev por un tiempo, y después, con gran inteligencia y lucidez, fue desarrollando una crítica de las ideas de Bakunin y los populistas, observándolas desde un punto de vista que no era maquiavélico en el sentido peyorativo de la palabra, pero sí «maquiaveliano», recordando a todos el inevitable problema del poder y del estado, diciendo que la dictadura secreta y omnipresente en la que

* «Igualdad de derechos de todos los miembros y solidaridad incondicional y absoluta... Sinceridad absoluta... Confianza fraternal y mutua... Se excluyen de la sociedad todos los hombres nerviosos, temerosos, vanidosos y ambiciosos... Al adherirse a la Sociedad cada miembro se condena para siempre al anonimato público y a la insignificancia... Toda decisión de la reunión general es una ley absoluta... Cada miembro tiene derecho a saberlo todo...»

Bakunin veía el futuro de la revolución llevaría a la aparición de una especie de iglesia, con un poder similar al de un partido y un gobierno, afirmando que la organización interna del movimiento revolucionario no podría seguir siendo libre y humanitaria, sino que se mudaría fatalmente en una conjura y un complot. El jacobino y blanquista Tkachëv marchaba así contra corriente, y en cierto modo aún lo está hoy en la Unión Soviética, donde sus ideas se ven rodeadas por un preocupado silencio, en estos últimos veinte años, roto sólo por la reedición de las investigaciones de quienes en los años veinte vieron en él un elemento imprescindible del debate interno en el movimiento revolucionario.

Los jóvenes de la «ida hacia el pueblo» no encontraron lo que buscaban en Tkachëv, sino en los teóricos y en los escritores del populismo, en las teorías del progreso que se elaboraban por entonces, en una visión de la historia que expresaba a fondo su rechazo del mundo que los circundaba y su esperanza en una profunda transformación socialista. No sólo en escritores menores, como por ejemplo D. A. Sleptsov, que continuaba en un plano distinto y más humilde la literatura de denuncia de diez años antes, y que con su acercamiento al pueblo y su exploración de las aldeas fueron para aquellos jóvenes un continuo alimento. No sólo en hombres como Nekrásov y Saltykov-Shedrín. Encontraron sobre todo una guía en los etnógrafos, que los iniciaron en el mundo y la civilización campesina de Rusia; en pensadores como Lavrov y Mijailovski, que supieron ahondar el significado de la deuda que estos jóvenes sentían con el pueblo, oponiéndose al positivismo, al cientifismo de tipo nihilista, para crear una nueva moral basada en la voluntad de una sociedad libre y diferenciada.

Los escritores de esta corriente populista, incluso los menores, han seguido atrayendo la atención de los eruditos soviéticos. En algunas obras aparecidas recientemente sobre la poesía o la literatura del populismo se observa el mismo entusiasmo por el redescubrimiento de esta corriente que ya habíamos notado en las investigaciones sobre sus aspectos políticos. En cambio, todavía no se ha hecho gran cosa sobre los pensadores, filósofos y economistas de los años setenta [139]. La selección de las obras de Lavrov que apareció en 1965 es útil, sí; pero recubre con un reciente barniz sociológico un retorno de temas e interpretaciones tradicionales [140]. El artículo de Sedov sobre Mijailovski y las páginas que sobre él ha escrito B. S. Itenberg en su ensayo sobre el populismo revolucionario son importantes síntomas del renacer de un interés por Mijailovski, que parecía enterrado bajos las antiguas condenas partidistas. Pero tenemos que mirar al exterior de Rusia para encontrar un libro sobre él y una auténtica discusión sobre sus ideas [141].

Más profunda e importante ha sido la investigación soviética sobre los populistas revolucionarios de los años setenta, de la «ida hacia el pueblo» a la *Narodnaya volia.* Se trata de una de las más vivas páginas de la reciente historiografía soviética. Tras años y años de interrupción, se han recogido los documentos publicados en el pasado y se han buscado otros

desconocidos en los archivos. Incluso se ha publicado —cosa rara en la U. R. S. S., y que ciertamente se buscará en vano en el caso de otras corrientes políticas del XIX y el XX— una amplia y valiosa reseña de los fondos de archivo referentes al populismo revolucionario [142]. Se han publicado obras de conjunto que examinan de nuevo todos los aspectos fundamentales del movimiento [143]. En esta nueva edición de *Il Populismo russo* el lector encontrará muchos añadidos y rectificaciones; me ha inducido a incorporarlos al texto de hace veinte años la lectura de numerosos artículos y estudios soviéticos, imposibles de enumerar aquí, pero en los que indudablemente hay mucho que aprender.

¿Qué alimento histórico podemos sacar de esta copiosa mies? Al margen del entusiasmo por el redescubrimiento del propio pasado, cancelado en la época de Stalin, al margen de la admiración por el heroísmo de los populistas revolucionarios, ¿qué frutos han obtenido los historiadores soviéticos de estas investigaciones?

Parece evidente, en primer lugar, que han sabido insertar, mejor de lo que hasta entonces se había hecho, el populismo en la historia de Rusia. En este sentido ha trabajado mucho y muy bien P. A. Zayonchkovski, el cual ha aclarado la segunda crisis revolucionaria de finales de los años setenta, al menos tanto como ya vimos que nos explicó la primera, o sea la época de las reformas de Alejandro II. Su libro, uno de los mejores aparecidos en Rusia en estos últimos años, critica eficazmente en la introducción y en el texto las interpretaciones partidistas de esta crisis, eliminando los grandes movimientos campesinos inexistentes y restableciendo así una perspectiva real del duelo a muerte que entablaron a finales del reinado del zar el gobierno y los revolucionarios de *Narodnaya volia,* duelo tanto más trágico cuanto menos va acompañado o suscitado por profundos movimientos de masas [144]. Zayonchkovski, mediante su profundización en los archivos y su reconstrucción día a día de la política del gobierno, demostró definitivamente la extraordinaria eficacia de los revolucionarios populistas, su influencia sobre la evolución de la situación del zarismo en ese período. Es cierto que la *Narodnaya volia* fue derrotada, pero el estado ruso ya no consiguió desembarazarse de la voluntad de libertad y justicia que insufló en su corazón. Otros autores, como N. Troitski y B. V. Vilenski han ilustrado algunos aspectos de la estructura estatal rusa de la época, hablando sobre todo del carácter y del funcionamiento de la magistratura y la abogacía. Es cierto que aún queda abierto un amplio campo de investigaciones, el de los movimientos liberales, moderados y reaccionarios, y de su real peso sobre la «situación revolucionaria» de finales del reinado de Alejandro II. Pero los investigadores soviéticos parecen ya en buen camino para comprender cuál fue el valor político, el peso efectivo del populismo revolucionario en ese período de la historia rusa.

No podemos decir lo mismo en lo que respecta a las relaciones con el movimiento revolucionario mundial contemporáneo de la segunda *Zemlia i volia* y la *Narodnaya volia.* Es el gran giro histórico del socialismo hacia

la política, del anarquismo proudhoniano y bakuninista, a través de la Comuna de París, hacia la creación de grandes movimientos y partidos socialdemócratas y hacia la constitución de la Segunda Internacional. Leo Valiani ha presentado con especial intensidad este gran giro, del que el movimiento ruso fue uno de los más vivos y significativos elementos [145]. Pero en la Unión Soviética aún se interponen demasiados obstáculos para una visión histórica como la que nos ha dado Valiani. Los conflictos entre Bakunin y Marx están demasiado incrustados en la mitología local para permitir un juicio más amplio y despegado. El interés recientemente demostrado en Rusia por Bakunin es una señal positiva, desde luego, pero por ahora nos vemos obligados a comprobar que el estudio del tránsito de la Primera a la Segunda Internacional queda sustancialmente en manos de investigadores no rusos (basta con pensar en el Instituto de Historia Social de Amsterdam). No es que los autores soviéticos no mencionen los lazos entre el movimiento ruso y el inglés, el alemán, el francés, el italiano, el polaco, etc. Los libros de Itenberg, uno de los primeros que reclamó esta internacionalización de la historia del populismo, bastarían para probarlo. Pero se trata justamente de lazos, relaciones e influencias cuyo estudio es útil y necesario, pero que no plantean ni resuelven el problema de la función europea de lo ocurrido en Rusia, de su valor en la más general evolución y configuración del socialismo de los años setenta y ochenta.

En menos de una década los jóvenes populistas revolucionarios —tras descartar sin dificultad, casi naturalmente, los reclamos de constitucionalistas y liberales, que no faltaron ni siquiera entonces, y tras condenar enérgicamente las ideas jacobinas y conjuratorias— se lanzaron a una acción social directa, sin intermediarios, entre las masas campesinas y los obreros urbanos. A través de la «ida hacia el pueblo», a través de la formación de los primeros grupos en fábricas y aldeas, y sobre todo a través de la experiencia de la lucha clandestina, de los golpes que se abatieron sobre ellos, las detenciones, las redadas, los procesos, se encontraron de nuevo, en pocos años, frente al problema de la política, abandonaron más o menos por completo el ideal anarquista, reconocieron la necesidad de una organización centralizada. La *Narodnaya volia* dará, al final de esta evolución, una forma especialmente profunda y meditada a semejantes conclusiones, indicando la función excepcional y específica del estado en la evolución de la economía y de la sociedad rusa moderna, y constituyendo un auténtico partido clandestino, capaz de acoger y de orientar las fuerzas más eficaces y activas de la generación revolucionaria de los años setenta.

¿Se trata, pues, de un paso atrás? ¿O de un continuo movimiento pendular entre el ideal anarquista y la realidad de la lucha? La historia del populismo parece demostrar lo superficial e insuficiente de este tipo de explicaciones. No se volvió a Nechaev y a Tkachëv; el Comité Ejecutivo de *Narodnaya volia* nada tuvo en común con el Infierno de Ishutin. En realidad, mediante la «ida hacia el pueblo» y las organizaciones nacidas de ella, Rusia encontró su camino hacia un pensamiento y una acción demo-

cráticos, confirmando al tiempo el ideal socialista que había en las raíces de todo el movimiento populista. En el propio seno del populismo se dejaron sentir las exigencias de la política, de la libertad, ya muy alejadas de las aspiraciones de la época de las reformas y muy distintas de ellas. El ideal anarquista se fue configurando cada vez más como voluntad de autonomía en las aldeas y las organizaciones obreras. El federalismo proudhoniano cedió su puesto, aunque lenta y difícilmente, a un ideal de libertad, de autoadministración local, contrapuesto al estado centralizado y burocrático. La protesta se convirtió en lucha organizada y consciente contra la autocracia. En el interior, las exigencias de la clandestinidad y el terrorismo imprimieron al partido populista una extraordinaria disciplina, aunque ésta no impidió las luchas entre corrientes, entabladas sobre la base de ideas y voluntades claras y explícitas. El fermento moral que movió a los jóvenes populistas a comienzos de los años setenta llevó a su organización una lealtad y una franqueza excepcionales. Pareció realizarse de verdad, por un momento, lo que Bakunin había esperado: un partido libre, en medio de las más duras luchas y las más pesadas opresiones.

Precisamente este germinar de voluntades democráticas en el populismo ruso ha atraído especialmente la atención de los historiadores soviéticos en estos últimos años. Tomemos un solo ejemplo, uno de los mejores, el del libro de G. G. Vodolázov *Ot Chernyshevskogo k Plejanovu* [De Chernyshevski a Plejanov], aparecido en las ediciones de la Universidad de Moscú en 1969. Lo que distingue a Rusia —dice este investigador— es la fusión de la democracia revolucionaria con el socialismo. El atraso económico explica esta unión en un solo momento de dos elementos políticos que en otras partes se habían manifestado con distinta cronología. Las mejores expresiones del populismo, del socialismo ruso, fueron aquellas en que ambas fuerzas se encontraron presentes. La decadencia y la corrupción llegaron en cambio cuando se presentaron divididos y separados. La suprema expresión del pensamiento de Chernyshevski fueron las *Cartas sin dirección*, «último intento de mejorar la vida del pueblo evitando el derramamiento de sangre... Intento de un jefe revolucionario inteligente y prudente. Este buscó siempre el camino para evitar la revolución campesina. Pidió la liberación de los siervos porque era un obstáculo para la vida económica» [146]. No se le escuchó, y se descartó su política de auténtica y profunda reforma; pero en los años sesenta surgió un amplio debate, que dejó hondas huellas en la historia posterior de Rusia. Chernyshevski supo luchar contra el liberalismo —que con su optimismo impedía llegar a la raíz de los problemas—, pero nunca dejó de aprovechar todas las posibilidades legales. Tampoco hay que exagerar —agrega Vodolázov— el carácter represivo de la censura de entonces, «aunque sólo fuese porque los años transcurridos tras la muerte de Chernyshevski han ampliado bastante el concepto de las posibilidades de la censura» [147]. El creador de la política populista no fue en realidad «ni un liberal ni un revolucionario insensato» [148]. Sus ideas se contraponían por entero a las de hombres como Tka-

chëv y Necháev, quienes pretendían «empujar con un palo a la gente al paraíso»[149]. El socialismo ruso no nació de tales sueños despóticos, sino del germinar de una nueva conciencia en el pueblo. Dobroliubov representó el comienzo de este despertar del reino de las tinieblas. Pisarev dijo después lo que la ciencia y los conocimientos podían aportar a este proceso democrático. Para él la «autoeducación» fue «liberación»[150]. Es cierto que partió de una desilusión: la reforma y la revolución parecían desembocar en la nada y el mal. ¿Dónde había acabado la Revolución francesa? Pero se trataba justamente de superar esta sensación de desilusión. ¿Desde cuándo las revoluciones llevaban adonde se pensaba y se pretendía que llevasen? De la república de la virtud nació el bonapartismo[151]. El movimiento revolucionario ruso supo pasar por encima de estas desilusiones y derrotas. El populismo conservó su fe en el ideal socialista que había ido madurando. Las discusiones de los años setenta se refirieron a los medios, y no a los objetivos últimos de todo el movimiento[152]. A través de las polémicas de la época, a través de la experiencia que los revolucionarios iban acumulando en este período decisivo, pareció cada vez más evidente que «un socialismo que no sea democrático no es socialismo». El jacobinismo ruso resultó con creciente claridad «un comunismo de cuartel, como lo llamaban Marx y Engels»[153]. Los partidarios de Lavrov, al contribuir a la crítica de Tkachëv, se volvieron a acercar a la línea fundamental del desarrollo de todo el socialismo.

¿Cuáles eran las raíces del fanatismo, del voluntarismo que desempeñaron un papel tan grande en la historia del socialismo ruso? Vodolázov busca la respuesta a esta pregunta fundamental en el propio corazón de la idea populista, en la esperanza y la posibilidad de saltarse la fase capitalista del desarrollo económico. «La posibilidad objetiva de acelerar el proceso de desarrollo de determinados países (utilizando los resultados de los países más desarrollados) dio más importancia a la función del elemento consciente»[154]. Es decir, la función de los partidos, de la *inteliguentsia*. Esta última acabó presentándose a veces como una auténtica providencia del pueblo ruso. La historia del populismo revolucionario demostró, sin embargo, que éste quería y sabía mantener unidos este «elemento consciente» y su fundamental voluntad democrática. La unión de uno y otra eran incluso, según Vodolázov —como hemos visto—, elemento esencial de todo el socialismo ruso.

Vodolázov acababa, por este camino, viendo en Plejánov la salida natural, lógica, de todo el populismo. También esta página de la historia del socialismo europeo confluía en la época y en la vida de la Segunda Internacional. Semejante conclusión marxista parece, empero, una solución demasiado feliz para tantas pugnas internas, un desenlace demasiado fácil y convencional del drama de Herzen, de Chernyshevski, de Bakunin y de Tkachëv, de la *Zemlia i volia* y la *Narodnaya volia*.

Cierta insatisfacción ante las explicaciones que del populismo se dieron en el pasado parece invadir la más reciente historiografía, tanto en Rusia

como en América. En los Estados Unidos, Richard Wortman ha insistido sobre todo en interrogantes psicológicos y morales [155]. En la U. R. S. S., M. Ya. Gefter, uno de los más vivos investigadores soviéticos de estos problemas, al escribir un prefacio para el libro de V. A. Tvardóvskaya sobre el *Pensamiento socialista en Rusia en el tránsito de 1870 a 1880,* ha expresado dudas parecidas y ha incitado a la búsqueda de algo nuevo, aunque planteando con claridad el problema en términos de historia política. «Una de las mayores dificultades de los marxistas consiste en la necesidad de explicar por qué el utopismo [de los populistas], que sufrió una gravísima derrota en el duelo ideológico con el socialismo proletario, no sólo no murió de muerte oscura y tranquila..., sino que se transformó en 1905 en el ideal de millones de campesinos que estaban despertando y se convirtió en la ideología directa de la democracia campesina en Rusia» [156]. En forma más ideológica, menos directamente política, otros autores han planteado en la Unión Soviética la exigencia de volver a discutir la historia del socialismo ruso, es decir, del socialismo que en Rusia se desarrolló primero, junto al socialismo marxista, contra él y en cualquier caso distinto de él [157]. Hace veinte o treinta años, como vimos, este interés por las raíces locales del socialismo nacía del cierre nacionalista de la época de Stalin y llevaba en sí todos los signos de las crudas contradicciones del momento. Ahora la mirada se vuelve a menudo a la experiencia del populismo revolucionario, porque se ve en él una experiencia democrática, porque se busca en él una relación entre las masas populares y la *inteliguentsia.*

El problema inevitable, la meta obligada de este renovado interés, es siempre el mismo: la comparación histórica con el marxismo. A medida que la historiografía soviética se consagre, como es deseable, a reconsiderar las relaciones entre mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios, se encontrará cada vez más ante las cuestiones que ya están *in nuce,* como se ha visto, en la historia del populismo y de todo el movimiento revolucionario, de Herzen a la *Narodnaya volia.* Personalmente, estoy convencido de que la salida de este conflicto marxista sólo puede ser una: la de comprender que el pensamiento y el movimiento socialistas, en toda Europa, de dos siglos a esta parte, son demasiado variados y ricos para poder ser monopolizados por una única corriente, aunque ésta sea el marxismo, y que todo intento de establecer en el ámbito del socialismo una corriente llamada científica y considerada como auténtica —contrapuesta a las otras, utópicas y falaces— no sólo es históricamente erróneo, sino que acaba llevando a una voluntaria mutilación y distorsión de la totalidad del pensamiento socialista. Los historiadores soviéticos se encuentran ahora ante este problema. Democracia y socialismo, *inteliguentsia* y pueblo, desarrollo retrasado o acelerado de la economía, son otros tantos puntos que no se pueden eludir si se quiere comprender qué ha sido históricamente el movimiento populista y cuánto ha contado en la moderna historia de Rusia.

Franco VENTURI

Notas a la Introducción

[1] En un artículo sobre la *Recent Soviet Historiography of Russian Revolutionary Populism,* John E. Bachman escribe: «La investigación de Venturi en la posguerra se basó en un amplio material de los archivos soviéticos, y el autor recibió una considerable ayuda de los historiadores soviéticos» («Slavic Review», diciembre 1970, p. 602, nota 10). *Utinam,* como decían los antiguos, u *ojalá,* como decimos nosotros.

[2] Una viva y crítica descripción de la situación, sobre todo desde el punto de vista de la historia literaria, se encuentra en A. Belkin, *Narodniki i revoliutsionnye demokraty* [Populistas y demócratas revolucionarios], en «Voprosy literatury», 1960, fascículo 2, pp. 116 y ss. A lo cual, en el mismo número de la revista, p. 142, Ya. El'sberg hacía notar de inmediato que la posición de la época stalinista tuvo «el gran mérito» de haber luchado «contra los publicistas y críticos socialistas revolucionarios (V. Chernov, Ivanov-Razumnik y otros)». Unos fascículos después, B. Meilaj se dedica a alabar también dichos méritos (núm. 10, p. 87). Sobre la suerte de uno de los dos adversarios así indicados, cfr. *The Memoirs of Ivanov-Razumnik. With a Short Introduction by G. Janovsky. Translated from the Russian and Annoted by P. S. Squire,* Oxford University Press, Londres, 1965.

[3] Cfr. V. I. Chesnokov, *V. I. Nevski kak istorik revoliutsionnogo dvizheniya v Rossii* [V. I. Nevski como historiador del movimiento revolucionario en Rusia], Informe sobre la tesis de doctorado, Izdatel'stvo voronezhskogo universiteta, Voronezh, 1966.

[4] Son palabras sacadas de los archivos y citadas por M G. Sedov, *Sovetskaya literatura o teoretikaj narodnichestva* [La literatura soviética sobre los teóricos del populismo], en *Istoriya i istoriki. Sbornik statei* [La historia y los historiadores. Colección de artículos], Nauka, M. 1965, p. 257.

[5] E. M. Yaroslavski, *Razgrom narodnichestva* [La derrota del populismo], M. 1937, páginas 79-80, citado *ibid.*, pp. 256-57.

[6] Sedov, *Sovetskaya literatura o teoretikaj narodnichestva* cit., p. 257.

[7] Cfr. Andrea Caffi, *Critica della violenza,* Bompiani, Milán, 1966, e Id., *Scritti politici,* La Nuova Italia, Florencia, 1970.

[8] Cfr. Peter Scheibert, *Wurzeln der Revolution,* en «Jahrbücher für Geschichte Osteuropas», octubre 1962, fasc. III, pp. 323 y ss.

[9] Véase la reproducción de esta recensión en Alexander Gerschenkron, *Continuity in History and other Essays,* Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1968, pp. 454 y ss.

[10] Además del volumen recién citado, cfr. su *Economic Backwardness in Historical Perspective, ibid.*, 1962 (trad. esp. *El atraso económico en su perspectiva histórica,* Ariel, Barcelona, 1968).

[11] M. G. Sedov, *Geroicheski period revoliutsionnogo narodnichestva* [El período heroico del populismo revolucionario], Mysl', M. 1966, p. 38.

[12] *Literatura po istorii revoliutsionnogo narodnichestva 70-80 godov XIX veka vyshedshaya v 1956-1964* [La literatura sobre la historia del populismo revoluciona-

rio de los años 70-80 del siglo XIX aparecida entre 1956 y 1964], en *Obshestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii. Sbornik statei k 80-letiyu so dnia rozhdeniya B. P. Koz'mina* [El movimiento social en Rusia después de la reforma de 1861. Colección de artículos para el ochenta cumpleaños de B. P. Koz'min], Nauka, M. 1965, páginas 370 y siguientes.

[13] Sh. M. Levin, *Obshestvennoe dvizhenie v Rossii (60-70-e gody XIX veka)* [El movimiento social en Rusia en los años 60-70 del siglo XIX], Soc. Ek.-Lit., M. 1958.

[14] *Ibid.*, p. 11.

[15] Academia de Ciencias de la URSS, Instituto de Derecho, 1957.

[16] *Ibid.*, p. 173.

[17] *Ibid.*, p. 179.

[18] Para una primera y parcial orientación, cfr. N. Ya. Kraineva y P. V. Prónina, *Trudy Instituta istorii Akademii Nauk SSSR, 1936-1965* [Los trabajos del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, 1936-1965], M. 1965, en 4 vols. Parte importante de la discusión se encuentra en las publicaciones de las diversas universidades de la URSS, así como en las más variadas revistas. Una visión mecánica y simplificadora de las relaciones existentes entre intelectuales y estado en la Unión Soviética hace que el artículo de Bachman *Recent Soviet Historiography of Russian Revolutionary Populism* cit. sea poco convincente, aunque informado.

[19] Harvard University Press, Cambridge (Mass.) 1955. También son característicos de esos mismos años los volúmenes de los «Harvard Slavic Studies», 1953 y ss.

[20] James H. Billington, *Mikhailovsky and Russian Populism*, University Press, Oxford, 1958.

[21] Harvard University Press, Cambridge (Mass.) 1961.

[22] Cfr. la antología en tres volúmenes inspirada por él, *Russian Philosophy, Edited by J. M. Edie, J. L. Scanlan and M. B. Zeldin, with a Collaboration of George L. Kline*, The Quadrangle Books, Chicago 1965 (el volumen I está dedicado a los inicios de la filosofía en Rusia, a los eslavófilos y a los occidentalistas, el II a los nihilistas, populistas, y a los críticos de la religión y la cultura, el III a la filosofía y la teología prerrevolucionarias, a los filósofos en el exilio, a los marxistas y comunistas), así como George L. Kline, *Religious and Anti-religious Thought in Russia*, The University Press, Chicago, 1968.

[23] *Roots of Revolution. A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia, Translated from the Italian by Francis Haskell, with an Introduction of Isaiah Berlin*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1960. La edición americana fue publicada por Alfred Knopf. En 1966 salió una edición en *paperback* del editor Grosset and Dunlap, en Nueva York.

[24] *Op. cit.*, pp. 473 y ss.

[25] *Ibid.*, p. 478.

[26] *Introduction*, p. XXIV.

[27] *Ibid.*, p. XII.

[28] *Ibid.*, p. XX.

[29] *Ibid.*, p. XXII.

[30] *Ibid.*, p. XXX.

[31] «Una de las pocas obras históricas recientes que ha sido favorablemente acogida, tanto en la Unión Soviética como en Occidente», escribía Geoffry Barraclough en el «Manchester Guardian» del 1 de julio de 1960.

[32] A propósito del libro sobre *Il movimento decabrista e i fratelli Poggio*, Einaudi, Turín, 1956. La recensión apareció en «Voprosy istorii», núm. 3, pp. 156 y siguientes.

[33] *Chto delat'?* [¿Qué hacer?], 4.ª ed. de las *Obras completas*, M. 1946, vol, V, página 342. Citamos las obras de Lenin en esta edición porque fue la típica de la

época stalinista. Cfr. la edición española de *¿Qué hacer?*, «Obras escogidas» de Editorial Progreso, t. I, pp. 123-290. Moscú, 1960.

[34] *Sovetskaya istoriografiya klassovoi bor'by i revoliutsionnogo dvizheniya v Rossii* [La historiografía soviética de la lucha de clases y del movimiento revolucionario en Rusia], edición de A. L. Shapiro, LGU, vol. I, L. 1967, pp. 142 y ss.

[35] *Ibid.*, p. 147.

[36] *K. Marks, F. Engel's i revoliutsionnaya Rossiya* [K. Marx, F. Engels y la Rusia revolucionaria], Izd. politicheskoi Literatury, M. 1967.

[37] *Ibid*, pp. 433-34.

[38] Carta a la redacción de los «Otechestvennye zapiski» (Anales patrióticos), de 1877, *ibid.*, pp. 77 y ss.

[39] La traducción rusa de los borradores de Marx se encuentra en K. Marks y F. Engel's, *Sochineniya* [Obras], Gos. Izd. politicheskoi literatury, tomo XIX, M. 1961[2], páginas 400 y ss.

[40] *K. Marks, F. Engel's i revoliutsionnaya Rossiya* cit., p. 89. El prefacio es del 21 de enero de 1882.

[41] *Ibid.*, p. 646, carta de Daniel'son del 24 de febrero de 1893.

[42] *Ibid.*, p. 723.

[43] *Ibid.*, p. 656, carta a I. A. Gurvich, del 24 de mayo de 1893.

[44] Véase, por ejemplo, S. S. Volk, *Karl Marks i russkie obshestvennye deyateli* [Karl Marx y los políticos rusos], Nauka, L. 1969.

[45] A. L. Reuel', *Russkaya ekonomicheskaya mysl' 60-70-j godov XIX veka i marksizm* [El pensamiento económico ruso de los años 60-70 del siglo XIX y el marxismo], Gos. Izd. politicheskoi literatury, M. 1956. Yu. Z. Polevoi, *Zarozhdenie marksizma v Rossii* [La aparición del marxismo en Rusia], Akademiya nauk SSSR, Institut istorii, M. 1959.

[46] Cfr. la bibliografía al respecto en V. V. Mitsúrov y Yu. M. Kritski, *Rossiskoe rabochee i sotsial-demokraticheskoe dvizhenie 70-j-nachala 90-j gg. XIX v. v sovetskoi istoriograficheskoi literature* [El movimiento obrero y socialdemócrata ruso desde los años setenta hasta comienzos de los años noventa del siglo XIX en la historiografía soviética], en *Sovetskaya istoriografiya klassovoi bor'by* cit., pp. 200 y ss.

[47] *Narodnicheskaya ekonomicheskaya literatura. Izbrannye proizvedeniya* [La literatura económica populista. Obras escogidas], edición de N. K. Karatáev, Izd. soc.-ekon. literatury, M. 1958.

[48] Salomon M. Schwarz, *Populism and Early Russian Marxism on Ways of Economic Development of Russia (The 1880's and 1890')*, en *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought* cit., pp. 40 y ss.; Leopold Haimson, *The Russian Marxists and the Origins of Bolshevism*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1955; Donald W. Treadgold, *Lenin and his Rivals; the Struggle for Russia's Future. 1898-1906*, Londres, 1955; Arthur P. Mendel, *Dilemmas of Progress in Zarist Russia: Legal Marxism and Legal Populism*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1961; J. L. H. Keep, *The Rise of the Social Democracy in Russia*, The Clarendon Press, Oxford, 1963; S. H. Baron, *Plechanov, the Father of Russian Marxism*, Routledge and Kegan Paul, Standford, Londres, 1963; Jonathan Frankel, *Vladimir Akimov or the Dilemmas of Russian Marxism. 1895-1903*, University Press, Cambridge, 1969; y Andrzej Walicki, *The Controversy over Capitalism. Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists*, The Clarendon Press, Oxford, 1969.

[49] Richard Pipes, *The Origins of Bolshevism: the Intellectual Evolution of the Young Lenin*, en *Revolutionary Russia*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), y *Narodnichestvo: A Semantic Inquiry*, en «Slavic Review», vol. XXIII, núm. 3, septiembre 1964, pp. 441 y ss.

[50] *Ibid.*, p. 445.

[51] *Ibid.*, p. 452.

[52] Cfr. Andrzej Walicki, *Russia*, en *Populism. Its Meanings and National Characteristics, Edited by Ghita Ionescu and Ernest Gellnern*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1969, pp. 62 y ss. Véase ahora el primer volumen de la fundamental bio-

grafía de Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Left. 1870-1905,* Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1970, el libro más importante sobre las relaciones entre populismo y marxismo en Rusia, en el tránsito de un siglo a otro. Tiene gran interés la discusión planteada por Vittorio Strada, sobre las relaciones entre populismo y marxismo, en la introducción a su edición del *Che fare?* de Lenin, Einaudi, Turín, 1971.

[53] Pierre Pascal, *Civilisation paysanne en Russie. Six esquisses,* Editions de l'Age de l'Homme, Lausana, 1969.

[54] *La commune paysanne après la revolution,* artículo publicado en «La révolution prolétarienne», 1 de noviembre de 1928, *ibid.*, pp. 29 y ss.

[55] *Ibid.*, pp. 45 y ss.

[56] *Ibid.*, pp. 63 y ss.

[57] *Mon village, il y a quarante ans, ibid.*, pp. 75 y ss.

[58] *Ibid.*, pp. 121 y ss.

[59] Jerome Blum, *Lord and Peasant in Russia from the Ninth to the Nineteenth Century,* University Press, Princeton, 1961, sobre todo en las páginas 277 y ss.: *The Last 150 Years of Serfdom.*

[60] University Press, Stanford (Cal.), 1968.

[61] Moshe Lewin, *La paysannerie et le pouvoir soviétique. 1928-1930,* Mouton, París-La Haya, 1966, y D. J. Male, *Russian Peasant Organization Before Collectivization,* University Press, Cambridge, 1971.

[62] Instituto de Estudios Eslavos de la Universidad de París, París, 1963.

[63] Mouton, París-La Haya, 1969.

[64] *Ibid.*, pp. 295 y ss. Para un tránsito similar y paralelo de la apología de la esclavitud en las colonias inglesas, basada en la afirmación de la superioridad del esclavo respecto al campesino y en general al trabajador moderno, a la utilización por liberales y socialistas de una crítica parecida del mundo capitalista, cfr. el interesante artículo de E. Bickerman, *Pouchkine, Marx et l'Internationale esclavagiste,* en «La nouvelle Clio», núm. 8, septiembre 1950, pp. 416 y ss.

[65] Confino, *Systèmes agraires* cit., p. 296. Cfr. A. L. Shapiro, *Zapiski o peterburgskoi gubernii A. N. Radisheva* [Notas sobre la gobernación de San Petersburgo por A. N. Radishev], en «Istoricheski arjiv», vol. V, 1950, p. 253, nota d. Cfr. A. N. Radishev, *Pol'noe sobranie sochineni* [Obras completas], Akademiya nauk, vol. III, M.-L. 1952, p. 549, nota 4.

[66] Shapiro, *Zapiski* cit., p. 273, y Radishev, *Pol'noe sobranie sochineni* cit., página 132.

[67] Confino, *Systèmes agraires* cit., p. 300.

[68] *Ibid.*, pp. 331 y ss. y 355 y ss.

[69] *Ibid.*, p. 356.

[70] *«Russkaya Pravda» P. I. Pestelia i sochineniya ei predshestvuyushiya* [«La ley rusa» de P. I. Pestel' y los escritos que la preceden], edición de M. V. Nechkina, Glavnoe arjivnoe upravlenie, M. 1958. Cfr. S. S. Volk, *Istoricheskie vzgliady dekabristov* [Las concepciones históricas de los decembristas], Akademiya nauk SSSR, M.-L., 1958, pp. 347 y ss.; Hans Lemberg, *Die nationale Gedankenwelt der Dekabristen,* Böhlau, Colonia-Graz, 1963; B. E. Syroechkovski, *Iz istorii dvizheniya dekabristov* [De la historia de los decembristas], MGU, M. 1969, pp. 14 y ss.

[71] V. V. Pugachëv, *Sergei Ivanovich Turgenev,* en «Uchënye zapiski», de la Universidad estatal de Gorki, fasc. 58, Serie histórico-filosófica, 1963, pp. 299 y ss.

[72] Nicholas V. Riasanovsky, *Nicholas I and Official Nationality in Russia. 1825-1855,* University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1959, y Edward C. Thaden, *Conservative Nationalism in Nineteenth Century Russia,* University of Washington Press, Seattle, 1964.

[73] «Voprosy literatury», núm. 5, 1969, pp. 117 y ss.

[74] *Ibid.*, pp. 128 y ss.

[75] *Ibid.*, núm. 7, 1969, pp. 116 y ss.

[76] *Ibid.*, pp. 129 y ss.

[77] *Ibid.*, p. 148.

[78] *Ibid.*, núm. 10, 1969, p. 118.

[79] Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1952.

[80] Andrzej Walicki, *W kregu konserwatywnej utopii. Struktura i przemiany rosyjskiego slowianofilstwa* [En el mundo de las utopías conservadoras. Estructura y desarrollo de la eslavofilia rusa], Panstwowe wydawnictwo naukowe, Varsovia, 1964.

[81] Bohlau Verlag, Colonia, 1966.

[82] Mouton, 's-Gravenhage, 1961.

[83] O. Harrassowitz, Wiesbaden, 1969.

[84] Alexander von Schelting, *Russland und Europa im russischen Geschichtsdenken*, A. Frank, Berna, 1948; Dieter Groh, *Russland und Europa. Ein Beitrag zur europäischen Geistesgeschichte*, Herman Lucherhand, Neuwier, 1961; Karsten Goehrke, *Die Theorie über Entstehung und Entwicklung des Mir*, O. Harrassowitz, Wiesbaden, 1964; N. A. Tsagolov, *Ocherki russkoi ekonomicheskoi mysli perioda padeniya krepostnogo prava* [Ensayos sobre el pensamiento económico ruso en el período final de la servidumbre de la gleba], Akademiya nauk SSSR, Institut ekonomiki, M. 1956. A estas obras puede agregarse la antología preparada por Dmitrij Tschizewskij y Dieter Groh, *Europa und Russland. Texte zum Problem des westeuropäischen und russischen Selbstverständnisses*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1959.

[85] Müller, *op. cit.*, p. 319.

[86] Goehrke, *op. cit.*, p. 14 y ss. Cfr. lo que Haxthausen escribirá posteriormente (no sin estar influido a su vez por las ideologías eslavófilas de los años cincuenta) en el opúsculo *De l'abolition par voie législative du partage égal et temporaire des terres dans les communes russes*, A. Frank, París, 1858, p. 11: «Por mi parte conozco la constitución comunal de varias comarcas de Europa, ya por haberla visto de cerca, ya por haberla convertido en objeto de mis estudios, pero no conozco ni una sola que valga lo que la del campo ruso», y en la p. 14 agregaba: «Nadie se imagine, sin embargo, que esta organización comunal de la distribución igual de las tierras utilizables sea algo particular o solamente ruso.» Bastaba, en el caso de Alemania, con pensar en lo que había escrito Tácito, y agregaba: «He encontrado aún en 1834, en el Hochwald de Tréveris, comunas (*Geherberschaftsgemeinden*) donde se distribuían de nuevo cada trece años las propiedades entre los miembros de las comunas. Las contribuciones de la tierra y el catastro han hecho imposible el mantenimiento de esta situación. Nadie puede imaginarse las quejas y las resistencias de esa gente cuando se la obligó a una última distribución definitiva de la propiedad comunal.» Sobre la interpretación que de Tácito hace Haxthausen, cfr. su estudio *Über die Agrarverfassung in den Fürstenthümern Paderborn und Corvey und deren Conflicte in der gegenwärtigen Zeit*, G. Reimer, Berlín, 1828, pp. 95 y ss.

[87] Los documentos fundamentales de este debate (lástima que no sean más accesibles y fáciles de consultar) son la carta de A. I. Koshelëv a A. S. Jomiakov, del 16 de marzo de 1848, publicada en N. Koliupanov, *Biografiya Aleksandra Ivanovicha Koshelëva* [Biografía de A. I. Koshelëv], edición de O. F. Koshelëva, Kushnerev, M. 1889-92, tomo II, Apéndice, pp. 103 y ss.; la respuesta de A. S. Jomiakov, publicada en el «Russki arjiv» de 1878, y la nueva réplica de Koshelëv incluida en el libro recién citado de Koliupánov, pp. 106 y ss.

[88] Cfr. Christoff, *An Introduction* cit., pp. 202 y ss., e Id., *A. S. Khomiakov on the Agricultural and Industrial Problem in Russia*, en *Essays in Russian History. A Collection Dedicated to George Vernadsky*, Archon Books, Hamdem (Conn.), 1964, páginas 131 y ss.

[89] N. M. Druzhinin, *Krest'yanskaya obshina v otsenke A. Gakstgauzena i ego russkij sovremennikov* [La comunidad campesina en el juicio de A. Haxthausen y sus contemporáneos rusos], en «Ezhegodnik germanskoi istorii», 1968, Nauka, M. 1969, pp. 28 y ss., e Id., *A. Gakstgauzen i russkie revoliutsionnye demokraty* [A. Haxthausen y los demócratas revolucionarios rusos], en «Istoriya SSSR», 1967, fasc. III, páginas 69 y ss.

[90] Para lo publicado en los años cincuenta, véase F. Venturi, *Testi e studi herzeniani*, en «Rivista storica italiana», 1959, fasc. IV, pp. 395 y ss. Entre lo más reciente, especialmente notable es el librito de A. I. Volodin *Gertsen*, Mysl', M. 1970.

[91] A. I. Gertsen, *Sobranie sochineni v tridtsati tomaj* [Obras, en treinta volúmenes], Akademiya nauk SSSR, M. 1954-65.

[92] «*Poliarnaya zvezda*» [La estrella polar], en 8 vols., más uno de notas e índices, edición de M. V. Nechkina y E. L. Rudnitskaya, 1966-68; y «*Kolokol*» [La campana], en 10 vols., edición de M. V. Nechkina, Akademiya nauk SSSR, Institut istorii, M. 1960-64.

[93] *Problemy izuchenia Gertsena* [Problemas del estudio de Herzen], Akademiya nauk SSSR, M. 1963.

[94] *Ibid*, p. 9.

[95] Jules Michelet, *Légendes démocratiques du Nord, nouvelle édition augmentée de fragments inédits, avec introduction, notes et index par Michel Cadot*, Presses Universitaires de France, Faculté des lettres et sciences humaines de l'Université de Clermont Ferrand, Deuxième série, fasc. XXVIII, París, 1968, sobre todo las páginas 387 y ss. De Michel Cadot, cfr. su amplio estudio sobre *La Russie dans la vie intellectuelle française. 1839-1856*, Fayard, París, 1967, sobre todo las páginas 330 y siguientes, donde nos habla de la idea que la Francia de aquel período se hizo de los campesinos rusos, así como en las páginas 381 y ss., del pasado de Rusia. Véanse sobre todo, en las páginas 461 y ss., los capítulos sobre *La Pologne, la Russie et le panslavisme* y *La Russie, L'Europe et la révolution*.

[96] Vera Piroschkow, *Alexander Herzen. Der Zusammenbruch einer Utopie*, Anton Pustet, Munich, 1961.

[97] Eberhard Reissner, *Alexander Herzen in Deutschland*, Akademie-Verlag, Berlín, 1963, cap. I: *Alexander Herzen in der Kritik der deutschen Öffentlichkeit der 50er Jahre*, pp. I y ss.

[98] E. Lampert, *Studies in Rebellion*, Routledge and Kegan, Londres, 1957.

[99] Martin Malia, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism. 1812-1855*, páginas 335 y ss.; *The Crucial Year. 1847*, y pp. 369 y ss., *The Revolution of 1848*.

[100] La edición de las cartas de Bakunin, a cargo de Yu. M. Steklov, interrumpida en 1935, se ha convertido hoy en una rareza bibliográfica. Al lector soviético no se le ha ofrecido ninguna selección de las obras juveniles de Bakunin, al contrario de lo ocurrido con escritores de los años treinta y cuarenta mucho menos importantes que él. Sobre la renovación del interés por Bakunin en la Rusia de estos últimos años, véanse aquí las páginas 72 y ss. En cuanto a Belinski, la obra más característica aparecida en Rusia es la de V. S. Nechaeva *V. G. Belinski, zhizn' i tvorchestvo* [V. G. Belinski. Vida y obras], en 4 vols., el primero de los cuales apareció en 1949; el segundo, en 1954; el tercero (referente a los años 1836-41), en 1961, y el cuarto (1842-48), en 1967, todos en Moscú, edición de la Academia de Ciencias de la URSS. Esta biografía, sin duda competente y útil, es a menudo floja cuando afronta los problemas morales y políticos de la vida y la actividad de Belinski. Para la inmensa literatura sobre él, como sobre sus amigos escritores, remitimos a K. D. Muratova, *Istoriya russkoi literatury XIX veka. Bibliograficheski ukazatel'* [Historia de la literatura rusa del siglo XIX, indicador bibliográfico], Akademiya nauk SSSR, M.-L. 1962.

[101] Yu. G. Oksman, *Pis'mo Belingskogo k Gogoliu kak istorichesky dokument* [La carta de Belinski a Gogol como documento histórico], en *Ot «Kapitanskoi dochki» k «Zapiskam ojotnika». Pushkin. Ryleev. Kol'tsov. Belinski. Turgenev, Issledovaniya i materialy* [De «La hija del capitán» a las «Memorias de un cazador». Pushkin, Ryleev, Kol'tsov, Belinski, Turgenev. Investigaciones y materiales], Knizhnoe Izdatel'stvo, Saratov, 1959, pp. 203 y ss.; Id., *Belinski i politicheskie traaitsii dekabristov* [Belinski y las tradiciones políticas de los decembristas], en *Dekabristy v Moskve. Sbornik statei* [Los decembristas en Moscú. Colección de artículos], Moskovsky rabochi, M. 1963, pp. 185 y ss.

[102] Peter Scheibert, *Vom Bakunin zu Lenin. Geschichte der Russischen revolutionären Ideologien. 1840-1895*, vol. I: *Die Formung des radikalen Denkens in der*

Auseinandersetzung mit Deutschem Idealismus und Französischem Bürgertum, E. J. Brill, Leiden, 1956; Edward J. Brown, *Stanchievich and his Moskow Circle. 1830-1840,* University Press, Stanford (Cal.), 1966; Lampert, *op. cit.;* Leonard Schapiro, *Rationalism and Nationalism in Russian Nineteenth Century Political Thought,* Yale University Press, New Haven (Conn.), 1967, y Philip Pomper, *The Russian Revolutionary Intelligentsia,* Thomas Y. Crowell, Nueva York, 1970. Sobre el problema de la *inteliguentsia,* cfr. la colección de artículos a cargo de Richard Pipes, *The Russian Intelligencija,* Columbia University Press, Nueva York, 1961; Allen McConnel, *The Origin of Russian Intelligentsia,* en «South and East European Journal», vol. VIII, 1964, fasc. I, pp. I y ss.; Daniel R. Brower, *The Problem of Intelligentsia,* en «Slavic Review», vol. XXVI, diciembre 1967, pp. 1163 y ss. Una versión inglesa de la carta de Belinski a Gogol aparece en Marc Raef, *Russian Intellectual History. An Anthology, with an Introduction by Isaiah Berlin,* Harcourt, Brace and World, Nueva York-Chicago, 1966, pp. 252 y ss.

[103] Vol. VI, Cambridge, 1965, pp. 706 y ss.

[104] Gerschenkron, *Continuity in History* cit., pp. 140 y ss.

[105] Mouton, París-La Haya, 1963.

[106] P. A. Zayonchkovski, *Otmena krepostnogo prava v Rossi. Izdanie tret'e pererabotannoe i dopolnennoe* [La abolición de la servidumbre campesina en Rusia. Tercera edición reelaborada y completada], Prosveshenie, M. 1968. Las dos primeras ediciones de esta obra aparecieron en 1954 y 1960. La comparación entre ellas es muy instructiva para comprender la evolución de la historiografía soviética en los últimos quince años. Sigue siendo una obra clásica la del mismo P. A. Zayonchkovski, *Provedenie v zhizn' krest'yanskoi reformy 1861 g.* [La aplicación de la reforma campesina de 1861], M. 1958.

[107] *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossii v XIX-nachale XX veka* [El movimiento campesino en Rusia en el siglo XIX y a comienzos del XX], a cargo de N. M. Druzhinin, Mysl', M. He aquí su división interna, con la indicación de las fechas de publicación: 1796-1825 (1961), 1826-49 (1961), 1850-56 (1962), 1857-mayo de 1861 (1963), junio de 1861-69 (1964), 1870-80 (1968), 1881-89 (1960), 1890-1900 (1959), 1901-mayo de 1907 (aún no apareció), junio de 1907-julio 1914 (1966). De N. M. Druzhinin, véase también la reciente investigación *Byvshie udel'nye krest'yane posle reformy 1863 g. (1863-1883)* [Los ex campesinos de propiedad real después de la reforma de 1863 (1863-83)], en «Istoricheskie zapiski», fasc. 85, 1970, pp. 159 y ss.

[108] Kirill Vasil'evich Christov, *Russkie narodnye sotsial'no-utopicheskie legendy XVII-XIX vv.* [Las leyendas populares social-utópicas en la Rusia de los siglos XVII-XIX], Nauka, M. 1967.

[109] *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], Akademiya nauk SSSR, Institut istorii, M. 1960 y ss.

[110] Lenin, *Sochineniya* [Obras], 4.ª ed., vol. XXI, M. 1948, pp. 189-90.

[111] Ya. I. Linkov, *Revoliutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i tainoe osbestvo «Zemlia i volia» 1860-j gg.* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y Libertad» de los años sesenta], Nauka, M. 1964.

[112] N. N. Nóvikova, *Revoliutsionery 1861 goda* [Los revolucionarios de 1861], Nauka, M. 1968, pp. 118-19.

[113] Vittorio Klostermann, Francfort del Main, 1957. Véase sobre todo la parte III: *Entwicklung der politischen Freiheit. 1856-1914,* pp. 233 y ss. El propio autor nos explica que la inspiración se la dio la *Storia del liberalismo europeo,* de Guido De Ruggiero, aunque admite de inmediato que las tareas que se planteaban al liberalismo ruso eran muy distintas de las que tuvo que afrontar esta corriente política en Occidente.

[114] Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1958.

[115] Justus Liebig-Universität, Giessen, 1962. Véanse sobre todo los dos capítulos dedicados a Kavelin (pp. 90 y ss.) y a Chicherin (pp. 120 y ss.). A esta obra puede

añadirse, desde un punto de vista sociológico, la de Klaus von Beyme, *Politische Soziologie im zaristischen Russland,* Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 1965 (interesantes las páginas sobre Chicherin, Mijailovski, etc.).

116 D. Tschizewskij, *Hegel bei den Slaven,* Darmstadt, 1961², p. 311.

117 Leontóvitsch, *op. cit.,* p. 246.

118 Fischer, *op. cit.,* p. 67.

119 Schapiro, *op. cit.,* p. 90.

120 Richard Pipes, *Russian Conservatism in the Second Part of the Nineteenth Century,* Informe al XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Moscú, 1970.

121 Vittorio Strada, *Leggendo «Padri e figli»,* en *Tradizione e rivoluzione nella letteratura russa,* Einaudi, Turín, 1969, pp. 14 y ss.

122 *Literatura i istoriya. Sbornik statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], edición de E. S. Vilénskaya, Judozhestvennaya literatura, M. 1969, pp. 243 y siguientes.

123 *Ibid.,* p. 326.

124 *Ibid.,* p. 327.

125 *Politicheskaya napravlennost' ocherka Shedrina «Kapluny»* [El significado político del ensayo de Shedrin «Los capones»], *ibid.,* pp. 328 y ss.

126 *Ibid.,* pp. 357, y cfr. la nota de la p. 510.

127 R. V. Filippov, *Revoliustionnaya narodnicheskaya organizatsiya N. A. Ishutina-I. A. Judiakova (1863-1866)* [La organización revolucionaria populista de N. A. Ishutin y de I. A. Judiakov (1863-1866)], Karel'skoe knizhnoe izdatel'stvo, Petrozavodsk, 1964, p. 40.

128 *Ibid.,* p. 71.

129 T. F. Fedósova, *Pol'ski Komitet v Moskve i revoliutsionnoe podpol'e 1863-1866* [El Comité polaco en Moscú y el subsuelo revolucionario en los años 1863-1866], en *Revoliutsionnaya Rossiya i revoliutsionnaya Pol'sha (Vtoraya polovina XIX veka). Sbornik statei pod red. V. A. D'yakova, I. S. Millera, N. P. Mitinoi* [La Rusia revolucionaria y la Polonia revolucionaria (segunda mitad del siglo XIX), colección de artículos a cargo de V. A. D'yakov, I. S. Miller, N. P. Mitina], Nauka, M. 1967, páginas 125 y ss.

130 *Ibid.,* pp. 464-65.

131 Michael Confino, *Bakunin et Necaev. Les débuts de la rupture. Introduction à deux lettres inédites de Michel Bakunin. 2 et 9 juin 1870,* en «Cahiers du monde russe et soviétique», vol. VII, 1966, fasc. IV, pp. 625 y ss. Cfr. ahora la fundamental edición de toda la documentación en *Michel Bakunin et ses relations avec Sergej Necaev. 1780-1872. Ecrits et matériaux. Introduction et annotations de Arthur Lehning,* en *Archives Bakounine* (cfr. sobre ellos n. 138), E. J. Brill, Leiden, 1971.

132 Confino, *Bakunin et Necaev* cit., pp. 633-35. Citamos de la traducción de M. Confino.

133 *Ibid.,* pp. 651-53.

134 *Ibid.,* p. 657.

135 *Ibid.,* pp. 661-63.

136 *Ibid.,* p. 665.

137 *Ibid.,* pp. 669-71.

138 *Gosudarstvennost' i anarjiya* [Estado y anarquía] se ha incluido en la fundamental edición de los *Archives Bakounine,* publicados por el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, a cargo de A. Lehning, A. J. C. Rüter, P. Scheibert, E. J. Brill, Leiden, 1961 y ss. Es inútil añadir que esta colección resulta indispensable también para la historia del movimiento revolucionario ruso en el tránsito de los años 1860 a los 1870.

139 A puro título de ejemplo véase el vol. 32 de «Literaturnoe nasledstvo», aparecido en 1963, enteramente dedicado a D. A. Sleptsov, con una introducción de K. I. Chukovski; los numerosos e importantes artículos de E. Bushkanets en «Russkaya literatura»; la discusión que sobre el populismo se dio en las páginas de «Voprosy literatury» en 1960 y 1961; el libro de N. V. Os'makov *Poeziya revoliutsion-*

nogo narodnichestva [La poesía del populismo revolucionario], Akademiya nauk SSSR, M. 1961; los interesantes estudios de E. Taratuta sobre Stepniak-Kravchinski; el artículo de V. F. Zajárina *Revoliutsionnaya propagandistkaya literatura 70-j godov XIX veka* [La literatura de propaganda de los años setenta del siglo XIX], en «Istoricheskie zapiski», vol. LXXI, 1962; la edición a cargo de V. G. Bazánov y O. B. Alekséeva de la *Agitatsionnaya literatura russkij revoliutsionnyj narodnikov* [La literatura de propaganda de los populistas revolucionarios rusos], Nauka, L. 1970; M. S. Goriachkina, *Judozhestvennaya proza narodnichestva* [La literatura del populismo], Nauka, M. 1970; Id., *Russkaya literatura i narodnichestvo* [La literatura rusa y el populismo], LGU, L. 1971, y V. F. Zajarina, *Golos revoliutsionnoi Rossii. Literatura revoliutsionnogo podpol'ya 70-j godov. «Izdaniya dlia naroda»* [La voz de la Rusia revolucionaria. La literatura del subsuelo revolucionario de los años 1870. «Las ediciones para el pueblo»], M. 1971.

140 P. L. Lavrov, *Filosofiya i sotsiologiya* [Filosofía y sociología], Mysl', M. 1965, a cargo de I. S. Knizhnik-Vetrov y A. F. Okúlov, Mysl', M. 1965, en dos volúmenes. Cfr. ahora la fundamental edición de los documentos lavrovianos procurada por Boris Sapir, *Vperëd! 1873-1877. From the Archives of Valerian Nikolaevich Smirnov,* D. Reidel, Dortrech 1970, en 2 vols.

141 M. G. Sedov, *K. voprosu ob obshestvenno-politicheskij vzgliadaj N. K. Mijailovskogo* [Sobre la cuestión de las ideas sociales y políticas de N. K. Mijailovski], en *Obshestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii. Sbornik statei k 80-letiyu so dnia rozhdeniya B. P. Koz'mina* cit., pp. 179 y ss., y B. S. Itenberg, *Dvizhenie revoliutsionnogo narodnichestva. Narodnicheskie kruzhki i «jozdenie v narod» v 70-j godaj XIX veka* [El movimiento del populismo revolucionario. Los grupos populistas y la «ida hacia el pueblo» en los años 1870], Nauka, M. 1965, pp. 104 y ss.; Billington, *op. cit.;* Mendel, *op. cit.;* F. B. Randall, *N. K. Mikhailovskij's «What is Progress?»*, en *Essays in Russian and Soviet History in Honor of Geroid Tanquary Robinson, Edited by John Shelton Curtiss,* E. J. Brill, Leiden, 1963; Pomper, *op. cit.,* páginas 107 y ss. (donde se encontrará una exposición especialmente clara y persuasiva de la pugna entre el nihilismo y las ideas de Mijailovski en el tránsito de los años sesenta a los setenta). Esta amplia bibliografía (aunque no pretende ser completa) remediará en cierto modo una laguna de la que se ha acusado a *Il Populismo russo*, es decir, la falta de una específica discusión de las ideas de Mijailovski. Este, en realidad, se negó siempre a formar parte de los movimientos y organizaciones revolucionarias y, por tanto, puede excluirse legítimamente de un libro que pretende hablar únicamente del populismo revolucionario. Pero es indudable su influencia sobre los jóvenes que se preparaban para ir hacia el pueblo, y en general sobre todo el movimiento de los años 1870 (pero, entonces, ¿por qué no hablar de Saltykov-Shedrín y de otros muchos?). Había que resistirse a la tentación de convertir este libro en una historia de la cultura y la sociedad rusas de la segunda mitad del XIX, aunque, admitámoslo, el corte entre el populismo revolucionario y el movimiento general de las ideas de aquella época resulta especialmente difícil y corre el riesgo de ser injusto cuando se trata concretamente de Mijailovski. Véase una interesante discusión al respecto en R. V. Filippov, *Iz istorii narodnicheskogo dvizheniya v pervom etape «jozhdeniya v narod» (1863-1864)* [De la historia del movimiento populista en la primera etapa de la «ida hacia el pueblo» (1863-1864)], Karel'skoe knizhnoe izdatel'stvo, Petrozavodsk 1967, pp. 99 y ss. Sobre problemas en cierto modo paralelos y unidos a los que plantea la figura de Mijailovski, cfr. los interesantes estudios de E. L. Rudnítskaya, *Nikolai Nozhin,* en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], Akademiya nauk SSSR, Institut istorii, M. 1962 (vol. II), pp. 444 y ss.; V. I. Taneev, *Detstvo, yunost', mysli o budushem* [Infancia, juventud, ideas sobre el futuro], edición de M. P. Bastin, Akademiya nauk SSSR, Institut filologii, M. 1959; P. S. Skurinov, *Kritika pozitivizma V. I. Taneevym* [La crítica del positivismo de V. I. Taneev], MGU, M. 1965, y A. P. Kazakov, *Teoriya progressa v russkoi sotsiologii kontsa XIX veka (P. L. Lavrov, N. K. Mijailovski, M. M. Kovalevski)* [La teoría del progreso

en la sociología rusa de finales del siglo XIX (P. L. Lavrov, N. K. Mijailovski, M. M. Kovalevski)], LGU. L. 1969, y Walicki, *The Controversy over Capitalism* cit.

[142] *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka. Sbornik dokumentov i materialov v dvuj tomaj* [El populismo revolucionario de los años 1870. Colección de documentos y materiales en dos volúmenes], edición de S. N. Valk, S. S. Volk, B. S. Itenberg, Sh. M. Levin, Nauka, M. 1964-65, vol. II, pp. 391-444.

[143] R. V. Filippov, *Iz istorii revoliutsionno-demokraticheskogo dvizheniya v Rossii v kontse 60-j nachale 70-j godov XIX veka* [De la historia del movimiento revolucionario democrático en Rusia a finales de los años 1860 y comienzos de los años 1870], Gosudarstvennoe Izdatel'stvo Karel'skoi ASSR, Petrozavodsk 1962; Id., *Ideologiya Bol'shogo obshestva propagandy (1869-1874)* [La ideología de la Gran sociedad de propaganda (1869-1874)], *ibid.*, 1963; N. A. Troitski, *Bol'shoe obshestvo propagandy (1871-1874). (Tak nazyvaemye «chaikovtsy»)* [La Gran sociedad de propaganda (1871-1874). Los llamados «*partidarios de Chaikovski*»], Izdatel'stvo saratovskogo universiteta, Saratov, 1963; Itenberg, *op. cit.;* S. S. Volk, *Narodnaya Volia, 1879-1882* [La Voluntad del Pueblo. 1879-1882], Nauka, M, 1966; Sedov, *Geroicheski period revoliutsionnogo narodnichestva* cit.; Filippov, *Iz istorii narodnicheskogo dvizheniya* cit., y N. A. Troitski, *Nekotorye voprosy istoriografii revoliutsionnogo narodnichestva 70-j godov* [Algunos problemas historiográficos sobre el movimiento populista revolucionario de los años setenta], en «Istoriograficheski sbornik», fasc. III, Saratov, 1971, pp. 70 y ss.

[144] P. A. Zayonchkovski, *Krizis samoderzhaviya na rubezhe 1870-1880 godov* [La crisis de la autocracia en el tránsito de los años 1870 a los años 1880], MGU, M. 1964. Cfr. M. I. Jeifets, *Vtoraya revoliutsionnaya situatsiya v Rossii (konets 70-j nachalo 80-j godov XIX v.). Krizis pravitel'stvennoi politiki* [La segunda situación revolucionaria en Rusia (finales de los años setenta y comienzos de los años ochenta del siglo XIX). La crisis de la política del gobierno], MGU, M. 1963.

[145] Leo Valiani, *Dalla I alla II Internazionale*, en *Questioni di storia del socialismo*, Einaudi, Turín, 1958, pp. 168-263.

[146] G. G. Vodolázov, *Ot Chernyshevskogo k Plejanovu* [De Chernyshevski a Plejanov], MGU, M. 1969, p. 39.

[147] *Ibid.*, p. 53.

[148] *Ibid.*, p. 41.

[149] *Ibid.*, p. 79.

[150] *Ibid.*, p. 116.

[151] *Ibid.*, p. 85.

[152] *Ibid.*, p. 128.

[153] *Ibid.*, p. 146.

[154] G. G. Vodolazov, *Osobennosti razvitiya sotsialisticheskoi mysli v Rossii v otrazhenii russkoi zhurnalistiki 60-70-j godov XIX v. Avtoreferat dissertatsii na soiskaniye uchenoi stepeni kandidata istoricheskij nauk* [Particularidades del desarrollo del pensamiento socialista en Rusia reflejadas en el periodismo ruso de los años 1860-1870. Ponencia del autor sobre la disertación para el «predoctorado» en ciencias históricas], MGU, Fakultet zhurnalistiki, M. 1967, p. 19.

[155] Richard Wortman, *The Crisis of Russian Populism,* University Press, Cambridge, 1967.

[156] M. Ya. Gefter, *Introducción* a V. A. Tvardóvskaya, *Sotsialisticheskaya mysl' Rossii na rubezhe 1870-1880-j godov* [El pensamiento socialista en Rusia en el tránsito de 1870 a 1880], Nauka, M. 1969, p. 6.

[157] Véase, por ejemplo, *Idei sotsializma v russkoi klassicheski literature* [Las ideas del socialismo en la literatura clásica rusa], edición de N. I. Prutskov, Nauka, L. 1969.

Mientras corrijo las pruebas de esta segunda edición llega a mis manos la valiosa bibliografía del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS,

compilada por N. Ya Kráineva y P. V. Prónina, bajo la redacción de B. S. Itenberg, titulada *Narodnichestvo v rabotaj sovetskij issledovatelei* [El populismo en los estudios de los investigadores soviéticos entre 1953 y 1970], M. 1971, así como el interesante ensayo de M. G. Vandalkovskaya, *M. K. Lemke—istorik russkogo revoliutsionnogo dvizheniya* [M. K. Lemke —historiador del movimiento revolucionario ruso], Nauka, M. 1972.

Prefacio a la primera edición

Una página de la historia del movimiento socialista europeo, tal quisiera ser este libro. El lector no encontrará en él la historia de la Rusia del pasado siglo, ni debe buscar una historia del pensamiento y la literatura de esa época.

Los problemas internos e internacionales de Rusia se examinarán sólo por el peso que tuvieron en la formación y desarrollo del populismo. Los ideales y las ideas, sólo cuando estén indisolublemente ligados a su historia. La aparición de las ideas que lo guiaron se examinará con especial amplitud al hablar de hombres como Herzen, Bakunin y Chernyshevski. Pero el meollo del libro está constituido por la narración de las conjuras y las luchas en las que se expresó el populismo.

Es verdad que cuando el populismo viva una vida propia —en los años que giran en torno a 1870—, diferente de la de la *inteliguentsia* en cuyo seno nació, continuará estando acompañado por una corriente de pensamiento económico y político que reflejará sus problemas. Al populismo revolucionario —como ha sido denominado— acompañará un populismo legal. La historia de este último también tendría gran interés, pero no es el objeto de este estudio. Toda la cultura rusa de aquellos años habría tenido que ser examinada de nuevo. Preferí tratar de mostrar la vida interna de una corriente política, en violenta pugna con el mundo en que actuó.

Tampoco he creído que tuviera que hablar de los reflejos del populismo en la literatura, aunque sólo sea por un motivo polémico. Tan grande fue la importancia de la literatura en la vida rusa del XIX, tan grandes sus lazos con el desarrollo social, que a menudo se ha sentido la tentación de ver a Rusia en función de los grandes novelistas, de Turgénev, Tolstoi, Dostoievski. Una historia que pretenda intencionalmente ser sólo la del populismo revolucionario servirá quizás para convencernos de lo equivocado de tal punto de vista, de lo necesario que es distinguir también en Rusia lo que nos parece muy natural separar cuando hablamos de historia italiana o francesa. Es tan vano tratar de comprender el «nihilismo» deduciéndolo de las novelas de Turgenev como narrar las peripecias del partido republi-

cano bajo la monarquía de julio, hablando de Balzac. Quien quiera entender a Necháev tiene muy poco que aprender en Dostoievski. La misma función política de la literatura en la Rusia del XIX, de la que ya tenían conciencia los contemporáneos y de la que tanto —e incluso demasiado— se habla hoy, no podrá interpretarse históricamente hasta haber visto lo que el movimiento populista fue en realidad en sí mismo, distinguiéndolo claramente de las novelas y las obras literarias.

En cambio, he consagrado una atención especial a mostrar los puntos de contacto, los lazos entre el populismo ruso y el contemporáneo movimiento socialista en Europa occidental. Herzen y Bakunin, en 1840; Chernyshevski, en 1860; Ishutin, en 1866; Lavrov y Tkachëv, *Zemlia i volia* y *Narodnaya volia,* en los años setenta, constituyen la respuesta rusa a los problemas del socialismo romántico, a la aparición de la Primera Internacional, a las luchas internas de ésta. Respuesta original, pero no por ello menos incomprensible si se la aísla del terreno común en que surgió. Como decía, este libro quisiera ser una página de la historia del movimiento socialista europeo. Para dar con más inmediatez al lector la impresión de que se encuentra sobre un terreno conocido, de que se enfrenta con cuestiones que apasionaron y dividieron a los socialistas y revolucionarios decimonónicos, he insistido en indicar los hilos que enlazan el populismo ruso con la vida italiana de ese período.

Y ahora dos cuestiones previas, una cronológica y otra terminológica.

No creo que quepan dudas sobre el momento en que se creó la ideología populista. La revolución de 1848 la cristalizó en la mente de Herzen, de Bakunin, de Chernyshevski, como en la de otros pocos exponentes del «occidentalismo» ruso de los años cuarenta. Se tratará de encontrar sus raíces y sus engranajes entre los decembristas, los eslavófilos, en toda la cultura y la vida rusa precedente, pero siempre serán elementos cuya síntesis se fue realizando en torno a 1848.

La fecha final de este estudio, en cambio, el 1 de marzo de 1881, el día en que el Comité Ejecutivo de *Narodnaya volia* tuvo éxito en su atentado contra el emperador Alejandro II, puede parecer más arbitraria. La propia *Narodnaya volia* subsistió tras ese día, aunque debilitada y agotada. En las ideas populistas se inspirarán posteriormente, tras años de estancamiento y reacción, movimientos políticos como el de los socialistas revolucionarios —que se llamaban y eran populistas—. Mil ochocientos ochenta y uno marca, pues, una fuerte cesura, aunque no el final del populismo ruso. Pero históricamente puede decirse que en esa fecha se cierra verdaderamente un período. Cuando aparezcan los socialistas revolucionarios habrá cambiado toda la atmósfera política. Serán un gran partido, mientras que el populismo decimonónico tuvo una historia de conjuras, de grupos y círculos muy limitados numéricamente. Y, sobre todo, el movimiento revolucionario ruso ya no tendrá una plataforma única, un único terreno, diferenciado en el interior, pero unido por algunas tenden-

cias fundamentales comunes. Todo el socialismo ruso es populista desde 1848 a 1881. Después será socialista revolucionario, socialdemócrata, menchevique, bolchevique, anarquista. Este libro quiere ser, pues, la historia del movimiento revolucionario ruso en el período en que ya no era liberal —como lo fue con los decembristas—, y cuando aún no se ha diferenciado internamente en sus distintos y enfrentados aspectos. Quiere hablar del tronco común del que después, al cambiar las condiciones, surgieron las fuerzas que llevaron a la revolución de 1917. Y espero que pueda convencer al lector de lo indispensable que es examinar ese tronco para entender los últimos desarrollos del socialismo ruso. Entonces se crearon los supuestos ideales; entonces nació la psicología; entonces se formaron los tipos humanos que condicionaron la sublevación de 1917. Por ello pienso que las fechas límites de este trabajo, 1848-1881, podrán resultar menos arbitrarias de lo que a primera vista parecen.

Y ahora el problema terminológico. *Populismo* es la traducción de la palabra rusa *narodnichestvo.* Derivada de *narod,* pueblo, no comenzó a usarse hasta 1870. Casi simultáneamente entró en el uso también el término *narodnik,* «populista». Es decir, sólo cuando el movimiento adquirió una forma más organizada y consiguió fuerza y virulencia se acuñó una palabra para distinguirlo. Antes se había hablado de socialistas, de comunistas, de radicales, de nihilistas. Y cada una de estas designaciones refleja un aspecto, una fase del populismo. Pero ninguna indica el elemento común de las diversas personalidades y corrientes, característico respecto a los conservadores, a los liberales, etc. En rigor, habría que haber hablado de prepopulismo antes de 1870, y de populismo después de esa fecha. Pero habría sido un preciosismo inútil. Que el lector tenga presente que la palabra *populismo* se ha ampliado aquí a todo el período estudiado, siguiendo una costumbre corriente en la historiografía rusa.

Una última advertencia: he abundado en las citas; he recogido ampliamente fragmentos de memorias; he reproducido documentos, estatutos de grupos, programas de movimientos, siempre que me parecieron importantes. Juzgue el lector si este estudio es o no un libro de historia. En cualquier caso, podrá ser de cierta utilidad como antología de un movimiento aún poco conocido.

Quiero dar las gracias a las bibliotecas en las que consulté las obras en que se basa este trabajo: la Vsesoyuznaya biblioteka imeni V. I. Lenina y la Gosudarstvennaya publichnaya istoricheskaya biblioteka de Moscú; la Gosudarstvennaya publichnaya biblioteka imeni M. E. Saltykova-Shedrina de Leningrado; la Biblioteca Vittorio Emanuele; la biblioteca del Instituto Pontificio Oriental y la Biblioteca Apostólica Vaticana de Roma; la Biblioteca Feltrinelli de Milán; la Bibliothèque Nationale y la biblioteca de la Ecole National des Langues Orientales Vivantes de París; la biblioteca del International Institut voor Sociale Geschiedenis de Amsterdam; la Biblioteca pública y universitaria de Ginebra, y el British Museum de Londres.

Entre los muchos amigos que sería de justicia recordar por la ayuda que han aportado a este estudio sólo nombraré a mi mujer, Gigliola, activa colaboradora en todas las fases de esta investigación y de este trabajo.

F. V.

Turín, 25 de abril de 1952.

Advertencia a la segunda edición

He dejado el texto como estaba en la edición de 1952, salvo en los casos —numerosos, en verdad— en que la discusión de estos últimos veinte años me ha convencido de haber cometido algún error, o en los que he advertido una laguna demasiado grave. En cambio, he modificado radicalmente la bibliografía, tratando de hacerla lo más completa y actualizada posible. Espero haber demostrado bastante, en la *Introducción,* mi gratitud a todos los que han querido discutir la primera edición de este libro. Deseo dar aquí las gracias a la editorial Gallimard, que ha promovido la traducción francesa, así como a Giulio Einaudi, que ha querido incluir esta segunda edición en la «Piccola Biblioteca Einaudi».

Turín, 25 de abril de 1972.

Nota

Las palabras rusas se han transcrito siguiendo el uso científico internacional. Por lo que respecta a la pronunciación, téngase presente que:

g	*g* (siempre dura).
e	*ie* (raramente e).
zh	*j* francesa.
z	como la *z* inglesa en *zero*, suave.
s	*s*, siempre áspera.
j	*ch, h* alemanas.
sh	como la *sh* inglesa.
y	una mezcla de *u* e *i;* gutural como la *u*, pero los labios se estiran como para una *i*.

El ápice (') es señal de suavización. La diéresis (¨) sobre la *e* indica que debe pronunciarse *io* o bien *o*, y que el acento cae sobre esta vocal.

Por lo que respecta a las abreviaturas:

Spb.	San Petersburgo.
P.	Petrogrado.
L.	Leningrado.
M.	Moscú.

Las fechas se indican según el calendario en vigor en Rusia hasta 1917, que entrañaba, en el XIX, un retraso de doce días sobre nuestro cómputo. Los documentos, cartas, etc., redactados fuera de Rusia se han mantenido con la fecha original, basada en nuestro calendario.

El lector encontrará en cada volumen un *Mapa geográfico de Rusia*, y al final del segundo volumen un Indice de nombres y un Indice de las revistas (con la traducción del título que, por brevedad, no ha sido repetido en el texto cada vez que se citan). La larga *Introducción* que encabeza el primer volumen se hace eco de los estudios de los últimos veinte años en torno al populismo.



A la memoria de mis padres.

EL POPULISMO RUSO



OCEANO GLACIAL ARTICO
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
Golfo de Botnia
Helsinki
Lago Onega
Lago Ladoga
S. Petersburgo
Arjangelsk
Dvina
Pechora
Obi
SIBERIA
Totma
Vologda
Viatka
Perm
Ekaterinburg
Novgorod
Kostroma
Yaroslavl
Riga
Tver
Ivanovo
Nizhni Novgorod
Kazán
Ufa
Königsberg
Kovno
Velikie Luki
Moscú
Volga
Ural
ALEMANIA
Vilna
Orejovo-Zuev
Serpujov
Simbirsk
Kaluga
Riazán
Minsk
Tula
Samara
Orenburg
Vistula
Varsovia
Penza
Tambov
POLONIA
Orel
Lipetsk
Saratov
Kursk
Voronezh
Chernigov
Kiev
Poltava
Jarkov
Don
Podolsk
Dniéper
Tsaritsyn
AUSTRIA
Elisabetgrado
Aleksandrovsk
Dniester
Odesa
Jerson
Rostov
Astraján
Kubán
Stavropol
Sinferopol
Sebastopol
MAR NEGRO
MAR CASPIO
Tiflis
TURQUIA

CAPITULO 1

Herzen

Herzen puede ser considerado como el creador del populismo. Este nació en su ánimo con sus precoces intentos de dar vida a un germen socialista en la Rusia de Nicolás I, con su intensa participación en la vida intelectual de Moscú en el período que precedió a la revolución de 1848, con su adhesión a esta revolución en Italia y Francia. Antes de convertirse en un movimiento político, el populismo no se había expresado en una doctrina, sino en una vida: la de Herzen. La obra maestra de éste, a pesar de tantas páginas de inteligente visión política y de tantos escritos excelentes desde el punto de vista literario, no es una ideología, sino una autobiografía: *Pasado y pensamientos.* Este carácter autobiográfico permanecerá en todo el populismo ruso, suscitará hombres y caracteres, más que doctrinas y dogmas. Pero precisamente por ello, cuando en los años sesenta el populismo se convierta en una corriente política, se olvidará en cierto modo a Herzen y se renegará de él, pues transmitió a la nueva generación su vida de buscador y crítico político, y no un pensamiento acabado. Esto constituirá la amargura de sus últimos años, el cierre doloroso de una vida tan extraordinariamente libre e inteligente. Pero ésta permaneció y será revivida en el continuo descubrimiento y reafirmación de sus ideas, de sus posturas, en el subterráneo alimento que de su experiencia tomó todo el movimiento populista. Y, por último —con la primera conclusión del movimiento en 1881, con el comienzo de la discusión y la valoración histórica de éste, a finales del siglo—, Herzen reaparecerá cada vez más claramente como el «héroe epónimo» del populismo ruso, como su creador [1].

Herzen se volvió a menudo al mundo aún dieciochesco que rodeó su primera juventud, tanto en sus memorias como en muchos libros y escritos en los que el elemento autobiográfico se trasluce continuamente bajo la pluma del ensayista y del político. En su propia familia Herzen pudo conocer aún a los hombres —ya envejecidos y ajados— del «volterianismo» de la época de Catalina II. Eran los supervivientes de aquella ilustración aristocrática que fue como el barniz o la flor de una época en la que la nobleza rusa trató de crearse una razón de ser y una conciencia política y social; eran los representantes del neoclasicismo que había creado, con San Petersburgo y con las innumerables mansiones diseminadas por toda

Rusia, la primera civilización moderna del país. Es cierto que Herzen se rebelará contra este mundo en medio del que nació. Pronto se alejará de él, y todo el primero y juvenil hervor de su mente se orientará justamente a establecer entre él y la generación anterior un corte cada vez más neto. Su sansimonismo será la forma ideológica de este alejamiento. Pero Herzen está alimentado por la cultura ilustrada. Cuando, posteriormente, retorne a ella, sentirá en esta vuelta al XVIII una imitación de su propia juventud, de esa época que «es la más plena, la mejor, la más *nuestra* de las varias partes de nuestra vida, y casi, casi la más importante» [2], como dirá él mismo.

Este mundo no habría desempeñado un papel tan grande en su existencia de no haberse producido en él lo que ocurrió con la propia historia de su país, es decir, si la rebelión y la represión del 14 de diciembre de 1825 no hubieran fijado y cristalizado la parte más auténtica de aquella aspiración de libertad, de aquella voluntad de crear una Rusia basada en los principios de la ilustración que animó a los mejores herederos del XVIII ruso. La rebelión de los decembristas era la salida final de un esfuerzo que ya duraba un siglo. La represión no sólo detuvo y cerró esas tendencias, sino que las transformó en leyenda, dándoles la aureola de una vida truncada demasiado pronto.

El joven Herzen, casi un niño, sintió en lo más hondo que había ocurrido algo extraordinariamente importante. «Los relatos de la rebelión, del proceso, el horror que se adueñó de Moscú me afectaron hondamente. Se abría ante mí un mundo que se convirtió cada vez más en el centro de toda mi vida moral... La ejecución de Pestel' y de sus compañeros rompió para siempre el sueño infantil de mi alma» [3].

Su primera reacción fue continuar la obra de aquellos mártires, entregándose por completo a la causa por la que cayeron. Con Ogarëv, en el Monte de los Gorriones —la colina que domina un recodo del Moscova, desde la que se divisa en lontananza toda la ciudad—, juró una noche «sacrificar toda la vida a la lucha que ellos habían iniciado» [4]. Al reflexionar sobre ello veintiséis años después, decía: «la escena puede parecer muy artificial, muy teatral..., pero en realidad era religiosamente sincera, como demostró luego toda nuestra existencia» [5].

Y era cierto. El haber vivido con tanta intensidad los reflejos del decembrismo constituyó realmente su iniciación a la vida política.

Se trataba, empero, de un «liberalismo infantil», de un deseo de prolongar una causa que con lúcido instinto percibirá pronto como concluida. Verá en el decembrismo un impulso moral, una gran fuerza de entusiasmo, una leyenda, pero no es difícil descubrir siempre en sus reevocaciones y en sus exaltaciones una ruptura entre aquel grandioso pasado y la obra del presente. Un sentido de la justicia histórica y una gran piedad lo inducirán, en la cumbre de su vida, a reimprimir las memorias de aquellos padres, a tratar de reconstruir, más allá del trentenio de Nicolás I, las filas de los hombres y los recuerdos del 14 de diciembre. Pero lo animará siempre la

reverencia y la admiración, más que una concreta voluntad de ligarse a lo que el movimiento podría aún contener de actual. Los decembristas serán para Herzen un modelo remoto, que él mismo contribuirá en gran medida a crear, más que una realidad política e histórica.

¿Puede considerarse exacta esta visión autobiográfica de sus relaciones con el decembrismo? Al margen de la reconstrucción de su vida que nos dejó él mismo, debemos preguntarnos si el movimiento decembrista encerraba un germen populista, un elemento de lo que serán las ideas de Herzen. Este apenas ha aludido a ello. Pero al trazar la historia de las ideas ha de plantearse este problema.

Ante todo, la idea del «sacrificio» desempeñó un papel demasiado importante en la ideología de los decembristas para no influir hondamente, por las más diversas vías, sobre un movimiento como el populista, que tan a menudo repitió la cuestión del «sacrificarse por el pueblo», del «deber» y de la «deuda» con él. La casi totalidad de quienes se reunían en las sociedades secretas que llevarían al intento de pronunciamiento del 14 de diciembre en la Plaza del Senado de San Petersburgo eran nobles. Muchos de ellos eran aristócratas pertenecientes a la alta nobleza, dueños, en Rusia, de gran número de siervos. Y, sin embargo, la idea central de su política era la liberación de los campesinos. Discutieron a fondo sus modalidades, se dividieron en torno a las soluciones, pero todos aceptaron esa meta. Por tanto, debían aparecer como personas que debido a sus ideas y convicciones se sacrificaban por una causa que no era la suya. Rostopchin, uno de los mayores representantes de la aristocracia que defendía el viejo ordenamiento; Rostopchin —a quien se atribuyó el incendio de Moscú para defender la capital de la vieja Rusia contra Napoleón, en quien veía sobre todo al general de la Revolución francesa—, cuando se enteró en su lecho de muerte de la rebelión y el complot dijo que «hasta ahora las revoluciones las habían hecho remendones que deseaban convertirse en señores, mientras que en este caso los señores trataban de hacer la revolución para convertirse en remendones» [6]. Esto equivalía a ver, con la agudeza que brota del odio, uno de los más importantes aspectos de la revuelta decembrista, o sea el intento de imponerse a sí mismos, antes que a los demás, profundas reformas en las relaciones sociales. Es cierto que había un gran precedente: la noche del 4 de agosto de 1789. Pero las condiciones eran distintas; en Rusia no se había desencadenado «el gran miedo»; los nobles no tenían que sacrificar de inmediato lo que corrían el riesgo de perder, y, por lo demás, también en la Revolución francesa aquel gesto quedó como un ejemplo de generosidad. Tanto más grandioso debía parecer el intento de estos conjurados de obedecer a sus convicciones por encima de sus propios intereses y en contra de ellos [7].

Los historiadores posteriores, sobre todo Pokrovski, han querido demostrar que en realidad los nobles rusos se beneficiarían de la liberación de los siervos, que las condiciones de la economía —que se iba desarrollando cada vez más sobre una base de mercado interior para los productos

agrícolas, y de intercambios internacionales— les indicaban esta vía de progreso. No viene a cuento discutir aquí estos juicios, que aclaran, sí, un aspecto de la situación política de 1825. Pero no afectan a lo que queremos subrayar, la forma de renuncia en favor del pueblo que el movimiento decembrista ruso asumió con mayor claridad que otros muchos movimientos contemporáneos y semejantes en Europa. Esta voluntad de establecer, mediante el sacrificio, un puente entre la *élite* ilustrada y las masas campesinas, por encima del estado absolutista y contra él, sería un fecundo germen.

Otro tanto puede decirse al examinar la relación entre problemas políticos y económicos que se fue estableciendo dentro del movimiento decembrista. Esta conjura constitucionalista y militar al tiempo —parecida en muchos aspectos a los movimientos españoles, napolitanos, piamonteses de la misma época— se encontró ante problemas sociales que en otros lugares eran menos importantes, menos imperiosos. Del modo en que se liberaría a los campesinos dependía la suerte de millones de personas, dependía la propia estructura social de todo el país. Los programas y las discusiones en las sociedades secretas se refirieron, sí, a las formas constitucionales, a la organización del estado, recogiendo en diversas formas los problemas del liberalismo y el constitucionalismo de la época de la restauración, pero acabaron siempre por plantear el problema de transformaciones más hondas, dando así un aspecto de revolución social a este movimiento liberal.

Si queremos expresarlo de otro modo, los decembristas replantearon no sólo los problemas políticos de la restauración, sino los sociales de la Revolución francesa. No en vano observamos en ellos —y sobre todo en Pestel'—, incluso en lo cultural, por ejemplo en los libros que leían, en las mismas formas que adoptaban sus discusiones, un retorno a la atmósfera del siglo precedente. Esto no se debía sólo a que la cultura dieciochesca no había sufrido bruscas interrupciones en Rusia (que no tuvo ni revolución, ni verdadera ocupación napoleónica, ni restauración), sino sobre todo a que la realidad contra la que debían combatir no les permitía detenerse en el liberalismo. Esto llevó a los más decididos a la idea de la república en un mundo de monarquías más o menos constitucionales, es decir, los llevó, de grado o por fuerza, a examinar de nuevo el problema de la «ley agraria».

Precisamente entonces empezaron a sentarse las bases del debate que sería fundamental para Herzen y para toda la *inteliguentsia:* liberar a los siervos «sin tierra», convirtiéndolos en braceros y arrendatarios, o liberarlos «con la tierra», asignándoles en propiedad parcelas más o menos extensas. Cada una de las posibles soluciones contó con defensores, a veces fue sostenida sólo por un tiempo dentro de los diversos grupos, durante una discusión que se prolongó años, que llevó a menudo a modificar las convicciones iniciales y que constituyó, en conjunto, la más importante

controversia sobre la estructura social del campo ruso desarrollada en la primera parte del siglo pasado [8].

La discusión se entabló incluso sobre bases puramente económicas, es decir, planteando el problema de la mayor conveniencia de las diversas soluciones y tratando de adaptar a la situación rusa los conocimientos de los economistas franceses e ingleses que se habían difundido entre la nobleza intelectual rusa. No faltaron propuestas de dejar actuar al proceso económico espontáneo, que subdividiría la tierra sin intervenciones legislativas. Pero el problema campesino en Rusia era demasiado hondo para poderse quedar en esto. Se remontaron al debate dieciochesco sobre el origen y las mismas bases de la propiedad. Como había ocurrido ya en la Revolución francesa —aunque naturalmente en proporciones muy distintas— el proyecto de una transformación de la tierra replanteó el problema de las ideas generales que orientarían la distribución de la propiedad y la igualdad de hecho. Y en Rusia, donde parte notable de la tierra se distribuía periódicamente entre los miembros de la comunidad campesina *(obshina),* se planteó por primera vez claramente el problema de las relaciones entre la voluntad de igualdad y este primitivo colectivismo agrario, entre la reforma agraria y la *obshina,* entre las ideas de la pequeña minoría ilustrada y el mundo de la aldea rusa.

La evolución personal de uno de los más atrevidos y decididos conjurados, del propio Pestel', refleja de modo muy interesante este rápido proceso de profundización de las ideas de los decembristas. Muy joven aún escribe una serie de notas sobre problemas económicos y administrativos, resumiendo las opiniones corrientes de los círculos en que se movía. El problema de los campesinos ya es fundamental, pero aún piensa en una liberación sin tierras. «Peor sería dar la tierra a los campesinos —escribe. No se trata aquí del número de brazos, sino del capital y la cultura, y los campesinos no poseen ni uno ni otra.» Piensa en los *farmers,* que —como él mismo dice— «son los capitalistas de la clase agrícola», y se plantea sobre todo el problema del desarrollo económico, tanto desde el punto de vista agrícola como del industrial [9].

No muchos años después, al completar y discutir lo que sería, en su intención y en la de todos los que lo siguieron en esta evolución, el documento fundamental de la conjura, es decir, al revisar *La ley rusa,* pondrá en primer plano, en cambio, los problemas de la distribución igualitaria y del colectivismo agrario [10].

Respecto a la propiedad existen dos opiniones fundamentales, que se contradicen entre sí —escribía. Unos afirman: «El Altísimo ha creado la raza humana sobre la tierra, y le ha confiado ésta para que se alimentase. La Naturaleza produce todo lo que puede servir para el sustento del hombre. Por eso la tierra es propiedad común de toda la raza humana, y no de personas privadas. No puede dividirse, pues, entre algunos hombres solamente, con exclusión de las demás... Sobre esta base se fundó la conocida ley agraria de los romanos, que establecía la frecuente subdivisión de las

tierras entre todos los ciudadanos.» Objetaban los otros que «los trabajos y las obras son el origen de la propiedad, y el que cultiva la tierra y extrae sus diversos productos debe tener derecho exclusivo a poseerla. Agregan después que para que la agricultura florezca son necesarios muchos gastos, de modo que quien consiente en hacerlos deberá tener la tierra en plena propiedad».

¿Cómo resolver esta contradicción? Pestel' no pretendía aceptar ni una ni otra teoría. Veía en la Rusia futura, tal y como debería salir de la revolución, el país donde se aplicarían ambas. Afirmaba el derecho a la vida contenido en la primera teoría, pero lo completaba con el derecho a cosechar los frutos de un mejor trabajo contenido en la segunda. «Hay que pensar —decía— en asegurar a todos lo indispensable para vivir, y al mismo tiempo en obtener la abundancia. A lo primero todo hombre tiene indiscutible derecho por ser hombre; a lo segundo tiene derecho sólo quien consigue obtenerla por sus propias obras.»

Prácticamente se trataba de dividir las tierras de cada distrito en dos sectores idénticos.

> La primera parte constituirá la tierra común; la otra, la tierra privada. La tierra común pertenecerá colectivamente a toda la comunidad de cada distrito, constituirá su propiedad intangible. No podrá ser vendida ni empeñada. Estará destinada a procurar lo indispensable a todos los ciudadanos sin excepción, y será posesión de todos y cada uno. La tierra privada pertenecerá en cambio al estado o a las personas privadas, los cuales la poseerán con completa libertad y tendrán derecho a hacer con ella lo que mejor les parezca. Estas tierras estarán destinadas a formar la propiedad privada, y servirán para crear la abundancia [11].

Semevski, uno de los mejores conocedores de la historia campesina rusa, ha tratado de encontrar los orígenes de este proyecto en una *brochure* de la época de la Revolución francesa, debida a la pluma del abate Antoine de Cournaud, o quizás también en las obras de Charles Hall, sin excluir una posible influencia carbonaria o, en general, sectaria [12].

Resulta inútil tratar de precisar así una relación más general y al tiempo más profunda. Las palabras de Pestel' son fruto de una meditación propia, representan la conclusión de quien ha discutido largamente consigo mismo las tesis fundamentales y más conocidas de todo el XVIII francés, por ejemplo, los textos de Mably y los fisiócratas.

Pestel' aportaba un elemento nuevo a esta controversia al acercar el problema de la «ley agraria» a los usos tradicionales de la aldea rusa. «Si, a primera vista —decía—, puede parecer que la introducción de semejante orden iría acompañada por grandes dificultades, basta con recordar que tales disposiciones pueden chocar con grandes obstáculos en cualquier otro país, pero no en Rusia, donde las ideas populares le son muy favorables y

donde desde los tiempos más antiguos se está habituado a una subdivisión semejante de la tierra en dos partes» [13], es decir, a la propiedad del señor al lado de la *obshina.* Agregaba también que las tierras comunes tendrían que redistribuirse periódicamente según las reglas tradicionales del colectivismo agrario [14].

El igualitarismo ilustrado encontraba así un lazo con la realidad rusa. La *obshina* se aislaba idealmente de la sociedad feudal donde se insertaba para convertirse en la base de un orden social cimentado sobre la idea de asegurar a todos el derecho a la vida.

La Ley rusa no es, pues, una utopía; es un proyecto de reforma agraria que aspira a desarrollar las instituciones ya existentes en Rusia y que tiene en cuenta las experiencias realizadas en Europa. Precisamente en este asunto encontraba un eslabón de enlace con los proyectos menos atrevidos, menos revolucionarios, de los otros decembristas. También éstos sabían perfectamente cuáles habían sido los resultados de las diversas transformaciones realizadas en Europa en los últimos decenios, y se acercaban al problema de la liberación de los siervos con el ánimo de quien no puede ignorar, aunque sólo sea por la experiencia ajena, las posibles consecuencias de cada solución.

Retrocedieron frente a la liberación «sin tierra», viendo en ella el origen fatal de un pauperismo, de un proletariado. «La suerte del campesino que paga sus *redevances* y que obtiene como compensación su propia parcela de tierra es incomparablemente mejor que la de los miserables trabajadores de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos», decía ya Speranski, el ministro reformador de Alejandro I, en 1809; a él, a sus ideas y sus proyectos se remitirán a menudo los decembristas [15].

Así, el temor de crear un peonaje agrícola y un proletariado les hizo descartar una liberación de los siervos «sin tierra», les hizo rechazar el ejemplo inglés. Tampoco les pareció la solución mejor una pura y simple distribución de las parcelas en propiedad, según el precedente francés. ¿Acaso no conducía también, en un período de tiempo relativamente breve, a la creación de un peonaje?

Recurrieron, por tanto, con frecuencia a la idea de la *obshina,* remitiéndose a ella como a una garantía de estabilidad, de seguridad. Dos de los principales jefes del movimiento, N. Murav'ëv e I. Yakushkin, sostenían, es cierto, que en un segundo momento habría que subdividir las «propiedades comunes». Pero ya el segundo objetaba que éstas constituían una garantía de que no hubiera pobres. También desde el punto de vista social garantizarían contra un excesivo individualismo, creando un espíritu colectivo: «cada acción del individuo está dirigida en ella por el ánimo de la comunidad» [16]. El propio Pestel' hablaba, en una versión francesa de la *Ley rusa,* de un «*principe de solidariété*» que animaría las comunidades agrícolas [17].

Recogían y continuaban así una discusión sobre la oportunidad o la inoportunidad de subdividir los terrenos comunes que se había desarro-

llado ampliamente en toda Europa, en el siglo XVIII. En la misma Rusia no habían faltado defensores de la comunidad agraria. Pero quienes la elogiaron entonces fueron los conservadores. La redistribución periódica de las tierras, la presunta falta de pobres, de braceros, parecieron pruebas de la excelencia de todo el sistema de la propiedad de la tierra en Rusia, incluida —por supuesto— su piedra angular: la servidumbre. Los ilustradores de las antigüedades patrias, los defensores de éstas contra las ideas procedentes de Occidente, fueron los primeros en hablar —no sólo en términos descriptivos, sino elogiosos— de la *obshina* campesina. Así lo hicieron Sherbátov, quizás Rostopchin y, sobre todo, Boltin [18].

Entre los decembristas, las comunidades agrarias empezaban a adquirir un significado distinto. Continuarían existiendo incluso tras la abolición de las relaciones de servidumbre. El «*principe de solidariété*» que Pestel' veía encarnado en ellas evitaría en Rusia los males que Sismondi les había enseñado a ver en Europa occidental. La *obshina* no aparecía sólo como una tradición rusa, sino como una respuesta a la experiencia ya realizada en Occidente. Pestel' no sólo aceptaba las críticas de Sismondi a la sociedad surgida de la Revolución francesa y la revolución industrial, sino que intentaba responder con un proyecto que tiene ya un carácter socialista.

La rebelión decembrista fue sofocada y a Pestel' lo ajusticiaron. Su *Ley rusa,* antes enterrada y descubierta durante el sumario, fue uno de los factores que le confirmaron a Nicolás I la gravedad de la conjura. El emperador juzgó tan peligroso el escrito que ni siquiera se lo mostró a todos los miembros de la comisión investigadora. Permaneció sellado en los archivos hasta finales del siglo pasado, y sólo fue impreso tras la revolución de 1905.

Que el germen de socialismo populista contenido en él podía desarrollarse lo prueba la evolución de algunos decembristas, entre aquellos que en Siberia continuaron meditando sobre los temas que tanto les apasionaron en el período preparatorio de la conjura. Quizás el más interesante en este sentido sea N. A. Bestúzhev, uno de los pocos decembristas que se dedicó a estudios de economía —los otros fueron N. I. Turgenev y aquel M. F. Orlov que consiguió eludir la deportación y la muerte, y a quien Herzen se ligará en su primera juventud.

Bestuzhev era un librecambista convencido y consecuente, que luchó siempre contra toda forma de monopolio, de proteccionismo, etc. En este sentido concluía una obra suya de 1831, *Sobre la libertad del comercio y en general de la actividad económica* [19]. Pero en el examen que hacía de la situación de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos —influido probablemente por Sismondi—, desarrollaba la crítica de los monopolios con una visión pesimista de la concentración de capitales y de la aparición del proletariado. En los años siguientes se interesó, gracias a los libros franceses que a veces consiguió procurarse en Siberia, por el problema de la propiedad de la tierra, transcribiendo de la *Histoire parlementaire de la Révolution française,* de Buchez y Roux, las ideas de Claude Fauchet, el

cual había sostenido el derecho de todos los hombres a la tierra, y había reflexionado largamente sobre las leyes agrarias de Esparta y los «años jubilares» de la Biblia. Las reflexiones de Bestúzhev acabaron por identificarse en cierto sentido con las ideas de Pestel':

> ¿Qué es más útil para la agricultura —se preguntaba—, las grandes haciendas o la pequeña propiedad?... Ejemplo de Inglaterra, donde la subdivisión de la tierra en pequeñas parcelas ha permitido a los grandes capitalistas congregar en pocas manos casi todas las tierras. Ejemplo de Francia, donde la subdivisión ha llevado a duplicar la producción. Ejemplo de Rusia, donde la resubdivisión ha evitado hasta ahora los proletarios sin tierra. ¿Cómo hacer, pues? ¿Dividir la tierra en propiedades? ¿Cuáles son las consecuencias? ¿O considerar la tierra propiedad del estado, como en Rusia? ¿Puede la tierra ser propiedad? [20].

Bajo la influencia de la revolución de 1848 estas ideas cristalizarán —como ocurrirá en el caso de Herzen—, asumiendo la forma de reivindicación de las tradiciones rusas contra Europa occidental, de exaltación de los gérmenes democráticos y colectivistas contenidos en la vida rusa. En polémica con el libro de N. I. Turgenev, aparecido en Francia poco antes y titulado *La Russie et les Russes*, Bestúzhev escribía el 18 de febrero de 1850:

> Examinemos un poco la cuestión del proletariado. ¿Por qué existe en toda Europa? Se deriva del hecho de que la tierra es propiedad inalienable de personas privadas. Con el tiempo, el derecho de disponer de semejantes propiedades pone la tierra en pocas manos, y vemos cómo —incluso en los países mejor dotados— el número de propietarios representa apenas una milésima respecto al resto de la población, mientras que todos los demás son proletarios sin tierra. Sin hablar de Inglaterra, tomemos el ejemplo de Francia. Las tierras distribuidas después de la revolución de 1789 —y todavía no ha transcurrido un siglo— se han subdividido tanto a consecuencia de herencias, matrimonios, etc., que la mitad de ellas ha pasado a manos de monopolizadores, y la otra ha dejado de producir una renta. Una repetición del mismo hecho la vemos en nuestras posesiones nobiliarias, donde la mitad ha pasado a la gran propiedad, y la otra mitad está pignorada en las instituciones de crédito. En mi opinión, la tierra, el aire, el agua, etc. —de los que no podemos crear ni siquiera un átomo— no pueden ser propiedad nuestra. Así dijo Dios por boca de Moisés: «la tierra es mía; en ella no sois sino huéspedes», y así lo confirmó Catalina II en su legislación agraria. Por eso entre nosotros no puede haber proletarios: todos, por pobres que sean, tienen siempre derecho a contar con un trozo de tierra que

les procure sustento, si tienen deseo y fuerza para adquirirlo. Nuestra *obshina* no es otra cosa que un comunismo social en la práctica, en el que la tierra es un *medio* para el trabajo, mientras que los comunistas franceses no proporcionan ningún *medio,* aunque exigen el *derecho* al trabajo. Con el *derecho* al trabajo, pero sin *medios,* uno se muere de hambre [21].

Precisamente en esta última observación estriba el interés histórico de estas ideas; como Pestel' antes, y como Herzen a continuación, el «comunismo social» de la *obshina* rusa se ve como una respuesta positiva, como una solución a los problemas planteados por el desarrollo económico de Europa occidental. Del librecambismo y el sismondismo, también Bestúzhev había pasado a una forma de socialismo populista.

Tendencias similares pueden encontrarse también en otros decembristas, por ejemplo, en M. A. Fonvizin, educado con Montesquieu, Rousseau y Raynal, quien, en un artículo *Sobre el comunismo y el socialismo,* escrito tras la revolución de 1848, se declaraba socialista cristiano [22].

Era quizá necesario detenerse un momento sobre este desarrollo del debate político que precedió a la jornada del 14 de diciembre. Es bastante probable, sí, que Herzen y después los populistas conocieran sólo en parte estas ideas. Como decíamos, en los decembristas vieron sobre todo modelos de generosidad y de heroísmo en la lucha por la libertad. Pero sin esta página semioculta del pensamiento político ruso faltaría un eslabón en el proceso que enlaza las formas feudales y tradicionales (propiedad sobresaliente de todo el suelo por el zar, administración por el estado de parte notabilísima de las tierras y, sobre todo, *obshina* campesina) con las posteriores teorizaciones de lo que, con palabras de Bestuzhev, podemos denominar «comunismo social».

El propio Herzen, aunque sin insistir sobre ello, aludirá posteriormente a este aspecto del movimiento decembrista, diciendo que «*Pestel le premier montrait la terre, la possesion foncière et l'expropiation de la noblesse comme la base la plus sûre pour asseoir et enraciner la révolution*» [23]. En 1858 dirá: «*Pestel va directement à son but, à la réorganisation complète et radicale du gouvernement sur des bases non seulement républicaines, mais socialistes*» * [24].

La violenta represión del decembrismo hizo que el germen de revolución social que contenía no se desarrollara y que tuviera que volverse a descubrir y a crear pasando por otros caminos. Durante décadas resultó absolutamente imposible toda reanudación del movimiento. La destrucción de la *élite* que había ido formándose poco a poco en el XVIII y a comienzos

* «Pestel fue el primero que mostró la tierra, la posesión territorial y la expropiación de la nobleza como la más segura base para asentar y arraigar la revolución.» ... «Pestel va en derechura a su meta, a la reorganización completa y radical del gobierno sobre bases no sólo republicanas, sino socialistas.»

del XIX pesaría sobre todo el reinado de Nicolás I. Si el conde Uvárov —ministro de Instrucción Pública de este emperador— pudo decir un día que su mayor ambición consistía en retrasar en cincuenta años el desarrollo intelectual de Rusia, pensando que de no ser así el país se arruinaría siguiendo demasiado pronto las vías de Europa occidental, si pudo expresar así uno de los pensamientos que iluminan toda la época de Nicolás I, es porque éste ya se había ocupado prácticamente de realizar tal programa, aplastando el movimiento decembrista.

El propio Herzen volvió a menudo, con palabras eficaces, sobre los «años terribles» que siguieron a la derrota de las sociedades secretas, sobre la cargada atmósfera de aquella época. «*A la vue de la Russie officielle on n'avait que le désespoir au coeur.*» Y, sin embargo —agregaba de inmediato—, «*à l'interieur il se faisait un grand travail, un travail sourd et muet, mais actif et non interrompu*» * [25]. «El espíritu juvenil y confiado de la época de Alejandro I —decía en otro lugar— se apaciguó, se entristeció y al tiempo se hizo más serio. Temiendo iluminar claramente, iluminar por arriba, se escondió, se quemó en su interior e iluminó por abajo» [26].

La creación de un pequeño grupo inspirado en las ideas de Saint-Simon, en los primeros años de la tercera década del siglo, de un grupo cuyos animadores fueron Herzen, Ogarëv y Sazónov, es justamente uno de los primeros y más importantes testimonios de este trabajo sordo y mudo.

> *Recuerdo la habitación de cinco* arshiny,
> *cama y silla, y mesa con vela de sebo.*
> *Y allí, nosotros tres, hijos de los decembristas,*
> *alumnos del mundo nuevo,*
> *alumnos de Fourier y Saint-Simon,*
> *juramos consagrar toda la vida*
> *al pueblo y a su liberación.*
> *Le dimos como fundamento el socialismo*
> *y para alcanzar nuestro sacro objetivo*
> *debíamos crear una sociedad secreta*
> *y secretamente, poco a poco, difundirla.*

En estos versos, Ogarëv ha descrito todos los elementos fundamentales del grupo en el cual participó, la atmósfera romántica, religiosa, el sentirse hijos de los decembristas y, sobre todo, la difusión de las ideas de Fourier y Saint-Simon.

En un breve fragmento literario que lleva el título de *Muchedumbre,* Herzen había explicado la raíz íntima que lo impulsaba a la acción política,

* «A la vista de la Rusia oficial el corazón se desesperaba.» ... «en el interior se realizaba un gran trabajo, un trabajo mudo y sordo, pero activo e ininterrumpido».

cuál era el «sacro objetivo» del que hablaba su compañero Ogarëv. Se imaginaba que observaba la variopinta muchedumbre popular que atestaba la Plaza Roja, en Moscú; apoyándose en la balaustrada que ciñe la iglesia de San Basilio, discutía con un amigo sobre el destino de este mundo anónimo y menudo.

> Animar esta muchedumbre aunque sólo sea un minuto... no, Valdemar, no digas que no es posible. Mira, por ejemplo, este pueblo nuestro ortodoxo: en sus fisonomías inteligentes, en su inmensa capacidad para comprender y hacer, en la prontitud de sus mentes, ¿no se encierran acaso los elementos suficientes para crear una bella totalidad armónica, para mostrar a la humanidad un espléndido ejemplo de vida social, para demostrar el espléndido destino del hombre? Créelo, Valdemar: la naturaleza no distribuye en vano sus dones, no en vano dibuja rasgos característicos sobre el rostro de la gente. Así la esperanza me reconcilia con la humanidad [27].

La revolución de julio en París, la revuelta polaca de 1830, constituyeron sin duda poderosas incitaciones para aquel grupo de jóvenes. Las nuevas ideas que llegaban de Francia los espoleaban a la acción. «Nuestro primer paso en el mundo del pensamiento no fue una búsqueda de lo abstracto, sino un choque con la sociedad real que suscitó en nosotros una sed de análisis y de crítica. A los catorce, quince o dieciséis años, bajo la influencia de Schiller, de Rousseau y del 14 de diciembre, nos ocupábamos de matemáticas y ciencias naturales, y queríamos algo positivo, aunque todavía no de modo muy claro», dirá posteriormente Ogarëv [28].

Es difícil determinar qué conocía exactamente de las ideas de Saint-Simon este grupo de jóvenes. Da la impresión de que estaban familiarizados sobre todo con los escritos de la religión sansimoniana, más que con las obras del maestro. Por ejemplo, Herzen cita un escrito de Olinde Rodrigues, y en sus memorias habla sobre todo de opúsculos y del proceso de los sansimonianos.

La crítica de la ilustración, la filosofía de la historia, el inicio de una era religiosa y orgánica debieron ser, por tanto, los aspectos que atrajeron primero a Herzen y sus amigos. En tal sentido concluyen algunas páginas escritas por Herzen a finales de 1832, tituladas *Sobre el lugar del hombre en la naturaleza*. Incluso después hablará sobre todo del elemento religioso del sansimonismo, de la «*réhabilitation de la chair*».

Pero aunque ésta sea la huella más visible que el sansimonismo dejó en su ánimo, el elemento crítico estaba ya presente en su deseo de «palingénesis» y lo corroía interiormente. Decía que, aunque se tratara de un nuevo cristianismo, también el sansimonismo presentaba el peligro de desarrollarse justamente como una religión, de los «puros fundamentos», de aparición «excelsa y grande», a un «oscuro misticismo». La evolución de los sansimonianos confirmaba sus dudas. En 1833 escribía a Ogarëv:

Tienes razón; es justo que nos interesemos en ello. Sentimos (te escribí esto hace ya dos años, y decía algo original) que el mundo espera una renovación, que la revolución de 1789 está destrozada, pero que hay que crear un tiempo nuevo, *palingenético,* que es necesario plantear sobre nuevas bases la sociedad de Europa, darle más derecho, más moralidad, más cultura. Esta es la experiencia actual; esto es el sansimonismo. Pero no hablo de su decadencia, como llamo yo a su forma religiosa (Enfantin, etc.)[29].

No renunciaba, pues, a tratar de conocer otras formas de doctrinas socialistas, sobre todo el fourierismo. «Su objetivo puede hacer disculpar su extrañeza», decía. Tampoco se encerraba en aquellas ideas; tenía ante sí un gran programa de lecturas; estaba enteramente asaltado por el deseo de conocer: Michelet, Vico, Montesquieu, Herder, el derecho romano, la economía política de Say y de Malthus, según le enumeraba a Ogarëv[30].

¿Qué impulsaba a Herzen a buscar en el sansimonismo el centro de su visión romántica? Probablemente, a más de una búsqueda de ideas socialistas, algo todavía más importante para su futuro desarrollo: un alejamiento de la Revolución francesa, una crítica de la democracia, que desarrollará a continuación, sobre todo tras la experiencia de 1848, y que encontraba ya, en germen, en las obras de Saint-Simon. Y lo que es más curioso, ya desde entonces puede notarse algo de hebertista en la concepción política de Herzen, algo cuyas fuentes no son fáciles de establecer, pero que probablemente tiene su origen —o semejanza— en las raíces remotas de las concepciones de Saint-Simon. No en vano el héroe de la Revolución francesa que aparece más a menudo en la pluma de Herzen, ya en este período, es el cosmopolita Anacarsis Clootz[31].

Pero este proceso de búsqueda política dentro de la cultura romántica se interrumpiría bruscamente el 21 de julio de 1834, cuando Herzen es detenido junto con su grupo, que entretanto se había desarrollado, había proyectado publicar una revista y se había distinguido cada vez más claramente, por su tendencia política y social, de los grupos filosóficos que se estaban formando contemporáneamente.

Herzen permaneció en prisión hasta abril del año siguiente y fue condenado a residencia forzosa primero en Perm y después en Viatka, en el nordeste de la Rusia europea.

El aspecto sentimental y religioso de su romanticismo predominó cuando se encontró aislado. Las críticas dirigidas al sansimonismo por haber desviado la doctrina del maestro, esas críticas que fueron el elemento más personal de las ideas del joven Herzen, pasaron a segundo plano, mientras aparecía con creciente claridad un romanticismo cristianizante. Se encerraba en sí mismo para vivir intensamente, para escapar al ambiente provinciano y mezquino que lo rodeaba. No es una casualidad que comenzara entonces a trazar las primeras páginas de la autobiografía que lo acompañará toda su vida.

Esta interpretación romántica de sí mismo lo llevó —como a otros de sus contemporáneos y amigos— a una forma de reconciliación con el mundo circundante, mezcla de resignación y de voluntad de aceptar como racional lo real. Esta reconciliación no tuvo en Herzen, sin embargo, la violencia doctrinaria que asumirá en Bakunin y Belinski. Dominó en él la aspiración a una paz interna, que se colorea de religión porque sabe que no puede expresarse en una obra útil, en una nueva búsqueda, inmovilizado como estaba, alejado de todo contacto, solo en una sociedad tan distinta de la que se había creado en su grupo de jóvenes amigos moscovitas.

Esta reconciliación se expresó políticamente en las pocas páginas escritas en Viatka en 1836, *Notas dispersas sobre la legislación rusa,* en las que expresaba un juicio más positivo que los anteriores —y naturalmente que los que haría después— sobre la obra civilizadora del estado zarista. El pasado de Rusia, así como la obra del futuro, se le presentaban como una tarea de educación e ilustración. Veía las sombras y las luces, seguía criticando, sí, los privilegios de la nobleza y la servidumbre de los campesinos, pero todo esto era observado desde un punto de vista blanda y benévolamente reformador. Por lo demás, esta obra ni siquiera merecería una mención de no encontrarse precisamente en este momento de reconciliación una alusión al que será el problema fundamental de Herzen: el socialismo campesino. Al examinar la realidad rusa, vista con ojos menos polémicos y menos apasionados, había dirigido su atención a la redistribución periódica de los campos en las comunidades campesinas y había marcado en una nota la idea que esto suscitaba en él: «Esta es la *lex agraria,* el año jubilar» [32].

Era sólo una alusión. Para que pudiera desarrollarse, Herzen tendrá que realizar todo un proceso de reconquista de un mundo menos individual, más en contacto con la realidad social. Eso se producirá cuando por fin pueda abandonar Viatka y acercarse a los centros del movimiento cultural, a Moscú y San Petersburgo. Llamará entonces realismo a esta verdad reconquistada por encima de todo romanticismo religioso. En 1838 Herzen escribía aún, en Vladimir, que «la filosofía alemana actual [Hegel] es muy consoladora, es una fusión del pensamiento, de la revelación, de las concepciones del idealismo y de las de la teología» [33]. Era un punto de vista similar al expresado contemporáneamente por Bakunin en sus largas cartas, hegelianas y pietistas al tiempo. La década que se iniciaba la emplearía también Herzen en liberarse de aquellas consoladoras armonías, para recobrar —tanto en política como en filosofía— los contrastes reales, por encima de toda consolación.

El contacto con la capital —breve, por otra parte, ya que pronto lo volvieron a enviar a provincias, a Novgorod, por haberse atrevido a censurar, en una carta personal, el orden público de San Petersburgo— lo puso de nuevo ante el problema del estado, de su función en Rusia. Volvió a sus estudios sobre Pedro el Grande, iniciados en sus primeros

años. Ya no se trataba de admiración juvenil, sino de un esfuerzo de interpretación histórica, para la que se preparó no sólo con el conocimiento de las fuentes rusas, sino también de la gran historiografía contemporánea francesa, a través del estudio de Michelet, Guizot y, sobre todo, de Thierry. Su intento de comprender históricamente a Pedro el Grande iba acompañado por la convicción de que el período iniciado por éste estaba ya a punto de concluir. «Con nosotros acaba su época —escribía—, nosotros terminamos la gran obra de humanización de la antigua Rusia; pero tras nuestro período comienza el del desarrollo orgánico, sustancial y por tanto puramente humano de la propia Rusia» [34]. Sus ideas juveniles de palingénesis empezaban a presentársele como la inminente instauración de una época histórica distinta, para la que había que prepararse, que estaba ya madura y que sustituiría a la pesada y opresora época de Nicolás I.

Esta postura de aceptación del esfuerzo de europeización de Rusia —aceptación que pretendía ser sobre todo apertura hacia una edad diversa— lo hizo chocar con violencia con los dos representantes más activos del hegelianismo ruso de aquellos años: Belinski y Bakunin. En 1837 éstos habían llegado a persuadirse de que Hegel tenía razón también en el terreno de las ideas políticas, y habían acabado ensalzando el estado absolutista como encarnación de la «razón objetiva». La desesperada voluntad de encontrar una «realidad» —en una época en que el estado hacía de todo para dejar a los intelectuales abandonados a sus sueños, aislándolos de toda verdadera política— había dado este fruto paradójico y extremado. Herzen decía que se había producido «algo así como una renuncia a los derechos del propio intelecto, algo así como un incomprensible y monstruoso suicidio».

Hasta comienzos de 1840, Belinski seguirá defendiendo su propia tesis en abierta polémica con los hombres libres y, entre otras cosas, con alusiones concretas a las convicciones políticas de Herzen. Sostenía rabiosamente que la conciencia nacional y popular rusa se había expresado siempre y únicamente en el zar, que en éste se resumía y encarnaba todo elemento de civilización y libertad en Rusia. Pero en aquella rabia, en aquella violencia que a Herzen le parecieron suicidas, había un elemento de salvación. Paradójicamente, revelaba la misma voluntad política que en otros coetáneos se expresaba mediante la adhesión a las utopías intelectualistas importadas de Francia. Belinski se había forjado la más intelectualista y extraña de las utopías, la del absolutismo de los emperadores rusos. Pero no podía detenerse ahí. Pronto pasó a interesarse también él por las teorías que llegaban de Occidente, a encontrar en ellas un alimento que en vano había buscado en el conformismo absolutista. La conclusión fue que mientras Herzen y Ogarëv se dedicaron con más intensidad al estudio de Hegel y de la filosofía alemana, Belinski se lanzó a conocer las modernas teorías sociales. Del acercamiento de esas pasiones filosóficas y políticas nacía el «occidentalismo» de los años cuarenta.

Nacía en directa polémica con las tendencias eslavófilas, que se estaban desarrollando entonces en un movimiento, sobre todo en Moscú. El período «absolutista» de Belinski representó también una reacción, llevada hasta la paradoja, contra los eslavófilos, una defensa de la función del estado ruso contra quienes ensalzaban un puro espíritu popular y nacional, encarnado en la aldea y la iglesia. Igual que Belinski había tratado, de modo absurdo, de ver un despotismo ilustrado en el reinado de Nicolás I, así los eslavófilos representaban, con no menores ilusiones, una visión romántica del pueblo ruso. El debate se remontaba a muy lejos, a Federico II y a Herder —por dar dos nombres—, y en general a toda la cultura alemana de finales del XVIII y comienzos del XIX. Y estaba hondamente influido por la atmósfera intelectual de la vecina Alemania; representaba incluso, por así decirlo, un fruto tardío de ésta [35].

El debate tampoco podría ser fijado en estos términos: tradición de Pedro el Grande y adoración romántica del pasado ruso. De haberse quedado en esto, habría corrido el riesgo de resultar estéril, de convertirse por una parte en apología oficiosa del absolutismo y por otra en una reacción puramente sentimental contra él, sin fuerza política, sin eficacia práctica. Sería una discusión académica, erudita, sobre la filosofía de la historia rusa, sobre su espíritu, sobre cuáles eran las instituciones en que se había encarnado el alma nacional. La cultura rusa de los años cuarenta, tan viva e interesante, tuvo justamente la función de desarrollar los términos de esta discusión, de llevar por lo menos a algún occidentalista a una concepción de la política que fuese un desarrollo —en vez de una negación— de la función histórica del absolutismo, y de orientar a los eslavófilos hacia un intento de conocer realmente aquel pueblo ruso, aquel pasado de Rusia de los que tanto hablaban.

Con su vivacidad, su movilidad, su aguda inteligencia, Herzen desempeñó una importante función en este proceso. Y será el único que saldrá de él con una visión política completa y eficaz.

En 1842 pudo por fin volver a Moscú y convertirlo en el centro de su actividad, liberado ya de las repetidas residencias forzosas en ciudades de provincia, liberado de la carrera administrativa que se mezcló curiosamente con su situación de exiliado y que incluso amenazó, por un momento, con resultar brillante. Era una segunda juventud, más madura pero igualmente entusiasta y curiosa de todos los ecos de la cultura europea. Se estaba liberando rápidamente del peso de resignación, hastío y vaga religiosidad que le habían dejado sobre las espaldas los años de asilamiento e inactividad. Ha llegado a nosotros un espléndido documento de esta liberación interna, de este renacimiento de intereses más concretamente políticos y filosóficos, al margen de todo sueño romántico: su diario de aquellos años, uno de los documentos más interesantes de un proceso mental que era tan suyo como de toda su época, de una Europa que se preparaba para la revolución de 1848.

Los eslavófilos le parecieron al principio como una forma de las ideas y sentimientos de los que por entonces se estaba alejando. «No se puede hablar con ellos, son tan estúpidos y nocivos como los pietistas» [36]. Dos años después, en 1844, encuadraba a sus adversarios en una visión histórica:

> La eslavofilia tiene un paralelo en la historia moderna de la literatura occidental. Aparición de la tendencia nacional-romántica en Alemania después de las guerras napoleónicas, tendencia que consideraba como demasiado generales y cosmopolitas las ciencias y el pensamiento que se habían desarrollado desde Leibniz y Lessing a Herder, Goethe y Schiller. Por natural que fuera el surgir de este neorromanticismo, no era, sin embargo, sino un fenómeno literario, erudito, sin simpatías por las masas, sin auténtica realidad. No era difícil adivinar que se olvidaría transcurridos diez años. La misma e idéntica función tienen los eslavófilos. No tienen la menor raíz en el pueblo... Es una enfermedad literaria, no poseen otra significación [37].

Precisamente por eso quiso remontarse a las raíces alemanas de la cultura de los eslavófilos y ajustar cuentas con la filosofía idealista. Seguía el trabajo que se estaba desarrollando en Berlín, entre la izquierda hegeliana, seguía los desarrollos políticos de esta revisión, que empezaban a expresarse en los «Deutsche Jahrbücher» de Ruge. Leía a Feuerbach. Pero lo que más lo ayudó fue una reflexión personal sobre las páginas de Hegel. «No hay nada más ridículo —decía entonces— que el hecho de que los alemanes, y con ellos toda su ralea, consideren a Hegel como un árido razonador, como un encallecido dialéctico del estilo de Wolff, cuando toda su obra está penetrada por una poderosa poesía, cuando él, arrastrado por su propio genio (en parte contra sus deseos) expresa los pensamientos más especulativos en formas de una energía y autenticidad impresionantes. ¡Qué fuerza para destrozar todo revestimiento de la idea, qué mirada relampagueante, que penetra por todas partes y que lo ve todo allí donde fija la mirada!» [38]. Al buscar así el meollo del pensamiento de Hegel, la «filosofía de la historia» le pareció la parte más caduca del sistema hegeliano, una artificiosa construcción que lo único que hacía era ocultar la historia.

Le asombraba el hecho de que Hegel admitiese un espíritu externo, por encima del que se desarrolla en la historia de los hombres. Hegel seguía siendo, como escribía entonces, «el Colón de la filosofía y de la humanidad». ¿Por qué, entonces —agregaba— esos «dos círculos concéntricos, con los que él define el espíritu de la humanidad: la historia, esa vía del espíritu, su realización, su verdad, su plena esencia, y además el espíritu en sí, por su lado? Estos dos círculos tienen el mismo radio, pero a veces un círculo, cuyo radio es el espíritu en sí, adquiere una incompren-

sible longitud infinita, y a veces nos encontramos de nuevo frente a su único círculo, mientras Hegel considera siempre que son dos... En todo esto hay una bifurcación tautológica que hace tan difícil el sentido de la verdad que se la podría definir como la glosología del siglo» [39].

Se trataba, pues, de liberar el desarrollo histórico del revestimiento teológico con que Hegel lo había recubierto. Pero, ¿cómo hacerlo sin situar en el centro no la teoría, sino la actividad práctica? «Hegel ha insinuado, más que desarrollado, la idea de la actividad... Al descubrir las regiones del espíritu él habla del arte, de la ciencia, y olvida la actividad práctica, entretejida en todos los acontecimientos de la historia» [40].

Movido por estas dudas, Herzen no trató de reelabórar la filosofía de Hegel para insertar en ella este nuevo problema; éste fue para él un punto de ruptura, el límite más allá del cual, en realidad, ya no fue hegeliano. En vez de continuar replanteándose la dialéctica desde este enfoque, vio en el desarrollo histórico alemán el origen de esta laguna del sistema. Ciencia y vida, filosofía y política se habían escindido en la Alemania romántica. Pero el mundo de la actividad práctica, tan despreciado, se había vengado por sí solo. «Las esferas de lo práctico no carecen en absoluto de lenguaje, cuando llegó su hora han alzado su voz» [41]. Ese momento llegó con la muerte de Goethe y de Hegel. Las nuevas exigencias de Schelling eran un síntoma de eso. El mundo de la política y de la ciencia se había afirmado contra la filosofía hegeliana, llenando el gran vacío encerrado en ella.

Herzen llamaba «budistas de la ciencia» a quienes se empeñaban en la contemplación en una época que era la de la acción.

> Esos se detienen en cada uno de los momentos, como si fuese la verdad, toman cualquier determinación parcial como una determinación del objeto, necesitan sentencias y reglas hechas y al llegar a un punto de detención momentánea suponen siempre, ridículamente confiados, que han alcanzado el fin absoluto y se preparan para reposar en él [42].

Algo le quedaba de la filosofía de Hegel: la fe en el desarrollo, la interpretación de la dialéctica no ya como una filosofía de la historia, sino como un movimiento que posee valor propio. Era lo que le hará decir posteriormente que la embriología de la historia es distinta del desarrollo de la dialéctica del espíritu. En otra ocasión resumió esta idea en la frase de que la filosofía de Hegel era «el álgebra de la revolución» [43].

Las conclusiones, como se habrá comprobado, eran paralelas a las que en esa misma época estaba sacando la izquierda hegeliana en Alemania. Herzen saludaba con alegría los primeros síntomas de este despertar político y social: «*Se muove, se muove* —escribía en italiano al leer los "Deutsche Jahrbücher". He aquí a Alemania lanzada a la emancipación política.» Pero agregaba de inmediato que, incluso en estos primeros pasos,

Alemania seguía demostrando «su carácter de pensamiento inmóvil, de profundidad y al mismo tiempo de quietismo» [44]. Como reacción ante aquel quietismo político, el artículo que más le gustó de la revista era el que llevaba la firma de un francés, Jules Elysard, que Herzen ignoraba entonces que se trataba del pseudónimo de Bakunin [45].

La profunda pasión política que había en su alma, aquella negación íntegra, ya revolucionaria, de todo el mundo oficial del imperio ruso, encontraba una correspondencia sólo en quien, como él mismo, había vivido la realidad rusa. Con la exaltación de la pasión destructiva Bakunin expresaba en cierto modo también los sentimientos de Herzen. La cultura alemana, a pesar de su viveza, no le satisfacía ya.

Herzen contrapuso, pues, al idealismo alemán, aquel XVIII francés que el sansimonismo le había enseñado a considerar como un hecho negativo y negador, pero que él redescubría por entonces, paralelamente a lo que estaban haciendo los jóvenes hegelianos en Alemania. «Hemos olvidado el XVIII..., pero esa fase del desarrollo es extraordinariamente importante y ha aportado ventajas esenciales» [46]. Este interés se traducirá en una vuelta a los estudios científicos, sobre todo en una apología del método científico, de Bacon a los enciclopedistas. Pero las raíces de este redescubrimiento están en haber visto en el XVIII francés e inglés una fuerza social y política imposible de hallar en el romanticismo y en la filosofía alemana. Veía en los enciclopedistas los hombres que realizaron la aspiración que ya lo atormentaba en Viatka, cuando escribió: «pensamiento sin acción es sueño». Le parecía ahora que había soñado durante años: Voltaire y Diderot le servían de incitación para despertarse, para crear su «realismo» y reexaminar las ideas socialistas que lo habían apasionado en Moscú en 1831.

También Belinski, como vimos, había llegado a conclusiones similares tras su período «absolutista». Como reacción contra el hegelianismo, que lo había llevado a convertirse en paradójico apologista del zarismo, se lanzó sobre las teorías socialistas procedentes de París, sobre las obras de Cabet, Fourier, Proudhon, Leroux. Vivía, con diez años de retraso, el descubrimiento del socialismo que Herzen realizó al principio de su juventud. Pero esos diez años no habían pasado en vano ni para él ni para Herzen. El socialismo ruso de los años cuarenta tenía ya a sus espaldas una escuela construida sobre la filosofía de Hegel, y eso contribuía a darle un perfil particular. Ya no se trataba de un impulso romántico hacia una palingénesis; era o quería ser la búsqueda de una verdad política y al tiempo filosófica.

Una de las principales raíces de este socialismo ruso anterior a la revolución de 1848 estaba justamente en la manera en que muchos de aquellos escritores habían entendido la filosofía. Tanto en Bakunin como en Belinski —aunque de distinta manera— ésta había aparecido a menudo como una verdad que explicaría, más aún que el curso de la historia, el curso de la vida individual de cada uno. «Una metafísica de la mente

y de la voluntad», como la definió espléndidamente Annenkov en su ensayo, tan vivo y curioso, titulado *La importante década 1838-48*[47]. El hecho más nimio de la vida personal —el amor, el odio, los gustos y las repugnancias— había asumido entonces el sentido de un síntoma, y en cierto sentido de una revelación de la «Idea». Esta metafísica de la psicología tenía un evidente carácter religioso, derivado además, al menos en parte, de una experiencia similar realizada por las anteriores generaciones rusas cuando trataron de aplicar a su destino individual la mitología de la masonería, el misticismo gnóstico y en general la compleja construcción ideológica que dominaba en las logias rusas. Era en realidad una forma de pietismo renovado; pero, por citar una vez más las palabras de Annenkov, «a pesar de contener muchos elementos fantásticos, era indudablemente superior a los medios [de comprensión psicológica] que dominaban en sus contemporáneos»[48]. Mediante este examen de conciencia frente a la «Idea» hegeliana se habían ido formando los intelectuales que en la cuarta década del siglo crearon la primera floración espiritual rusa después de la de la época de los decembristas.

Esta aplicación personalista del hegelianismo tuvo una importante consecuencia. Salvo raras excepciones (y la apología del absolutismo de Belinski y Bakunin es, desde luego, la mayor), cuando quisieron salir del reino de las «almas bellas» o de las dudas hamletianas para buscar la «realidad», la buscaron dentro de sí mismos, en un esfuerzo de renovación moral, en una actitud independiente ante el poder, planteando los problemas de la relación ética del hombre culto frente al pueblo, más bien que en una aplicación de la filosofía de la historia a pueblos, grupos y clases. Es decir, prefirieron una «metafísica de la mente y de la voluntad» a una «metafísica de la política», como ocurría a menudo en la izquierda hegeliana alemana y polaca.

El socialismo francés de la primera mitad del siglo, tan ligado a problemas psicológicos y morales (basta con pensar en Fourier y Leroux) tenía que responder a estas exigencias de las mentes rusas. Las novelas de George Sand constituyen a menudo un *trait d'union* entre unos y otros. Puede seguirse esta asimilación psicológica, personalista, del utopismo francés desde las primeras discusiones de San Petersburgo en el círculo de Belinski hasta el grupo de Petrashevski, pasando por los animadísimos debates de Moscú. Esta asimilación la realizaban unos hombres que buscaban ante todo en ella una verdad en el sentido de una norma de vida, dejando a los eslavófilos —o sea a los continuadores en sentido conservador de la filosofía alemana— la construcción de los esquemas de la filosofía de la historia en los que incluso Rusia tuviese un puesto.

Belinski participó en esta corriente socialista; pero en aquel mundo de «metafísicos de la psicología», él era un psicólogo de verdad, tenía un sentido adivinador de los temas que provocarían una discusión fructífera entre sus lectores, que ampliarían el debate intelectual que se iba reanudando en Rusia. Por ello, como Bakunin, confiaba en su instinto, hacía

la apología de la pasión creadora y seguía buscando en el socialismo francés y al margen de él un desarrollo de la *inteliguentsia rusa*[49]. Muchos contemporáneos admiraban el empeño que ponía en toda su obra, el carácter consecuente en la búsqueda de su verdad, que en otros muchos correría el riesgo de convertirse en un juego, acaso pietista y de especulación teológica, pero un juego al fin; mientras que en su caso, como dirá el propio Herzen, «*les vérités, les résultats n'étaient ni des abstractions, ni des jeux d'esprit, mais des questions de vie ou de mort*» *[50]. Belinski fue así el animador de la vida intelectual rusa de la época y su socialismo no fue sino un aspecto de esta obra suya de plasmador de la *inteliguentsia.*

Para Herzen, en cambio, aquel socialismo significaba la recuperación de sus ideas juveniles, una continuación y una crítica de su sansimonismo inicial. Como diez años antes, tampoco ahora conseguía adherirse por completo a las ideas de los libros franceses que leía ávidamente en ese período.

> Es cierto —decía en 1844— que los sansimonianos y los fourieristas han pronunciado las más importantes profecías para el futuro, pero *algo* falta. Fourier es, sobre una base colosal, mortalmente prosaico, mezquinamente minucioso y detallado. Por fortuna sus discípulos han sustituido con sus obras las de Fourier. En el sansimonismo, los seguidores han arruinado al maestro. Los pueblos permanecerán fríos mientras la predicación se haga de ese modo... El comunismo, naturalmente, está más cerca de las masas, pero por ahora aparece más bien como negación, como tempestuosa nube preñada de rayos, para derribar el absurdo mundo social existente y amenazando a los hombres —si no se arrepienten— con el juicio de Dios[51].

Por «comunismo» Herzen entendía entonces, a más de los recuerdos de Babeuf, sobre todo el «movimiento comunista suizo», capitaneado por Weitling. «Las palabras de éste —decía— se alzan a veces hasta una predicación apostólica; ha definido óptimamente su posición frente a los liberales. Hay en sus ideas algunas estupideces (por ejemplo, la teoría del hurto), pero se encuentran en ellas verdades punzantes»[52]. La participación de Bakunin en este movimiento sólo podía llamar aún más la atención de Herzen sobre él. Pero las profecías de Weitling no podían bastarle.

El comunismo era el problema, no la solución. Sólo en el socialismo había un principio de respuesta a la «negación» comunista. El análisis social de Considérant le parecía también muy interesante: «el examen de la

* «las verdades, los resultados, no eran abstracciones ni juegos de ingenio, sino cuestiones de vida o muerte».

vida contemporánea es excelente, ante ella nos sentimos asustados y avergonzados» [53]. Proudhon era ya entonces el escritor socialista que más atraía su atención:

> He leído por fin —anotaba en su diario de 1844— su opúsculo sobre la propiedad. Obra bellísima, no inferior sino superior a todo lo que se ha dicho y escrito al respecto. Naturalmente, para quienes han pensado en tales cuestiones, para quienes han sufrido con problemas sociales parecidos, la tesis fundamental no es nueva pero su desarrollo resulta óptimo, preciso, agudo y lleno de fuego. Niega íntegramente la propiedad y reconoce la posesión individual; y ésta no es una idea personal, sino la conclusión lógica y ajustada de un razonamiento con el que demuestra lo imposible, criminal y absurdo del derecho de propiedad, y al mismo tiempo la necesidad de la posesión [54].

Al año siguiente leía *De la création de l'ordre dans l'humanité,* «de ese Proudhon que escribió sobre la propiedad». Al leerlo, volvía a su duda fundamental sobre todo el socialismo francés de entonces, que se presentaba como el espectáculo de miembros dispersos de una futura doctrina socialista, como la acumulación de materiales para una futura obra creadora, en vez de como una construcción ya capaz de resistir las luchas y las críticas. Su tránsito por la filosofía alemana, sus reflexiones sobre Hegel y Feuerbach le mostraban al desnudo el elemento de ingenuidad —de *niaiserie,* como él decía— presente en estos escritores franceses. «Hay que prescindir de ese elemento, considerarlo como una mala costumbre que soportamos en un hombre de valía, y seguir adelante» [55].

Como se ve, es interesante el conjunto de sus reflexiones sobre el socialismo francés. Partiendo de la tradición comunista, viendo en ella una exigencia próxima a las masas, pero sin resolver, buscaba una respuesta en los escritores que más habían ahondado en el análisis social. Herzen se orientaba así, con creciente precisión, hacia un proudhonismo que empezaba a cribar críticamente a la luz de su propia experiencia y de sus ideas filosóficas.

Mirando la sociedad rusa que lo rodeaba, con los ojos cada vez mejor educados por estas ideas, le parecía imposible ahora desarrollar sus proyectos de estudio de la época de Pedro, sus intentos de valorar la función del estado en la historia de la civilización de su país. Su atención se centró cada vez más en los campesinos, en la vida del pueblo ruso.

Lo inducían a ello las mismas tentativas de reformas que el gobierno realizaba por aquellos años, con enorme timidez, sí, pero que significaban de todos modos una reaparición del problema de la servidumbre en el mundo oficial, tras el período de intransigente conservadurismo que siguió a la rebelión decembrista. Pero Herzen no se hacía ilusiones sobre aquellas

medidas. Es «una *falsa* liberación de los siervos —decía; y agregaba—: *Ne reveillez pas le chat qui dort!*» * [56].

El interés oficial no era sino un síntoma del despertar de esos problemas en toda la sociedad. Incluso los eslavófilos —en quienes había visto antes sobre todo a neorrománticos y pietistas— empezaban a parecerle una importante manifestación de la situación general. Ya no basta con criticar sus bases religiosas, con reconocer en ellos una variedad de las innumerables filosofías de la historia. Ahora la controversia tenía que hacerse más inmediata y política. Moscú era el centro natural de los eslavófilos, éstos pretendían representar al espíritu de Moscú, en pugna con el de San Petersburgo. Herzen vivía y actuaba en su ciudadela, y allí estableció con los eslavófilos aquella compleja relación de odio y amor, de negación y adhesión que continuaría en distintas formas durante toda su vida y que lo ayudaría a encontrar el camino hacia el populismo.

Los eslavófilos constituían un síntoma de recuperación política, ante todo porque intentaban dar un contenido, llenar de sentido, a aquella *narodnost'* que era una de las consignas oficiales de la época de Nicolás I. La misma palabra, derivada de *narod* —«pueblo» y «nación» al mismo tiempo, equivalente al *Volk* alemán— se había calcado sobre el *Volkstum* y tenía un sonido político similar, de reacción contra la Revolución francesa, contra los posteriores movimientos nacionales y liberales al tiempo. Justamente por aquellos años, en 1843, el ministro de Instrucción Pública de Nicolás I, Uvarov, fijaba en la autocracia, en la ortodoxia y en la *narodnost'* la tríada oficial que, según él, encontraría naturalmente su síntesis en el primero de estos términos: la autocracia. Así, el absolutismo consideraba necesario engalanarse con el cristianismo y el nacionalismo, como buscando su legítima base en la religión y en el pueblo.

Pero semejantes adornos había que admirarlos de lejos, sin tocarlos. Pertenecían típicamente a la categoría de las consignas de los despotismos, tan amenazadas por quien las niega como por quien, creyéndoselas en serio, pretende llenarlas de significado real. Ahora bien, los eslavófilos estaban tratando justamente de hacer esto. Querían reavivar la iglesia con el sentimiento, querían sentirse cerca del pueblo ruso, de los campesinos, de las tradiciones populares, al margen del estado, exaltando sus formas patriarcales de vida y negando las más modernas y menos autóctonas.

Pero, como observaba Herzen, aunque «el gobierno había alzado la bandera de la *narodnost'*, no permitía que nadie fuera más lejos que él; cualquier cosa, un pensamiento cualquiera, incluso los eslavófilos, no le iban bien» [57]. Al margen del fanatismo, del eclecticismo, del reaccionarismo de los eslavófilos —que nunca se cansa de subrayar, incluso en esos años—, Herzen buscaba el elemento vivo que había impulsado a aquellos pensadores más allá de las consignas oficiales, y que las volvía a someter a discusión, tratando justamente de revivirlas.

* «¡No despertéis al gato que duerme!»

Herzen admiraba el carácter personal de algunos escritores eslavófilos. En Aksakov, en Jomiakov, en Kireevski, en Samarin veía hombres que habían buscado de buena fe una verdad y que creyeron encontrarla. No era sólo respeto humano, era también —y quizás sobre todo— la consideración personalista que a menudo presidía sus juicios. «No se puede dejar de apreciar a gente así —decía— aunque nuestras opiniones sean diametralmente opuestas» [58].

Ivan Kireevski le parecía un hombre «que había sufrido hasta el fondo el problema de la actual situación de Rusia, que con lágrimas y sangre conquistó una solución —una solución imposible, aunque no tan repugnante como el optimismo pietista de Aksákov» [59]. Kireevski será, en realidad, quien más influya sobre él.

Pero si esta estimación personal pudo retrasar la ruptura con el grupo eslavófilo, si pudo hacerle adoptar posturas menos violentas que las de Belinski, no habría dejado profundas huellas en su desarrollo de no haber ido acompañada por un lazo más real. En efecto, serán los eslavófilos quienes le indiquen un campo de observación —la aldea rusa— que, sin haber estado hasta entonces completamente al margen de sus intereses, no habría asumido probablemente tanta importancia en su visión política sin la insistente y vaga, pero penetrante, predicación eslavófila.

Precisamente quienes se declaraban representantes de la tradición medieval rusa, quienes negaban a Pedro el Grande por ser el creador de un estado que quería ser moderno, serán quienes subrayen los elementos colectivistas de la aldea rusa que tanto interesarán a Herzen en años venideros. Como expresión de su odio al mundo contemporáneo, los eslavófilos ensalzaban las formas más antiguas de la posesión y de la distribución de las tierras en la comunidad campesina. Había en ellos —hay que repetirlo— concepciones vagas, expresadas con una terminología filosófica y religiosa; pero no sin razón pudo vanagloriarse Jomiakov en 1857 de que desde 1839 los eslavófilos habían replanteado el problema de la *obshina,* «iniciando un nuevo movimiento espiritual» [60]. Y Samarin dirá, en 1847, que «en la propia costumbre de la gente eslava se encierra la respuesta al más moderno problema del mundo occidental» [61], o sea, al socialismo.

Herzen tenía razón, empero, cuando observaba que si los eslavófilos se habían interesado por estos asuntos —y sobre todo por la relación entre las comunidades campesinas rusas y el socialismo occidental—, era porque también en Rusia se había discutido ya este último problema. ¿Acaso no habló él del sansimonismo, a comienzos de los años treinta? Pero la discusión sobre el papel que desempeñaron los eslavófilos en el desarrollo del socialismo ruso no debe quedarse en una cuestión de precedencia. Los eslavófilos contribuyeron efectivamente a convertir el socialismo ruso —de reflejo intelectual de problemas occidentales que era— en un problema ligado con la realidad campesina de su país. No era esto, desde luego, lo que pretendían, pero lo realizaron mediante la obra de Herzen, su adversario. Al mantener con vida la discusión sobre las formas origi-

nales de la comunidad agraria en Rusia, iniciada en el XVIII y que tanta importancia tuvo entre los decembristas, estos genéricos ensalzadores de una vida rural retrasada en el patriarcalismo y en las formas más antiguas prepararon el terreno para el populismo de Herzen [62].

En los primeros años de su regreso a Moscú aún era propenso a criticar también el aspecto social de la ideología eslavófila. En una página enteramente impregnada del horror que le inspiraba la situación del campesino ruso, Herzen escribía:

> Nuestros eslavófilos hablan del principio comunitario, del hecho de que entre nosotros no hay proletarios, de la resubdivisión de las tierras. Todos son buenos gérmenes, pero basados en parte sobre un fallido desarrollo económico. Tampoco entre los beduinos tiene el derecho de propiedad el carácter egoísta que asume entre los europeos; pero ellos [los eslavófilos] olvidan, por otra parte, la falta de respeto a sí mismos, la estúpida sumisión a toda represión... ¿Hay que asombrarse acaso de que en nuestro campesino no se haya desarrollado el derecho de propiedad en el sentido de una posesión individual, cuando su tira de tierra no es suya, cuando incluso su mujer, su hija, su hijo no son suyos? ¿Qué es la propiedad de un esclavo? Este es peor que un proletario: es *res,* un instrumento para el cultivo de los campos. Al señor sólo le falta el derecho a matarlo, igual que no se podía en tiempos de Pedro, en ciertos lugares, derribar una encina. Dadles el derecho a defenderse legalmente, sólo entonces serán hombres. Doce millones de personas *hors la loi... Carmen horrendum* [63].

Los elementos comunitarios de la vida campesina rusa le parecían, pues, fruto de un desarrollo fallido. No decía aún, como dijo después, que precisamente por eso podrían desarrollarse en sentido socialista. Pero afirmaba ya que la condición de un desarrollo de estos gérmenes estribaba en su liberación integral de todas las superestructuras esclavistas, serviles y señoriales, que los recubrían. Sólo la liberación civil podía dar un sentido a una eventual conservación futura.

Los eslavófilos tuvieron, en resumidas cuentas, una función similar a la que en Rusia tuvo una generación antes el sismondismo o, si queremos, el fisiocratismo en la generación anterior aún. Estas tendencias fueron asimiladas al principio como justificaciones nuevas de una realidad vieja, como explicación y apología de la propiedad territorial de los nobles, de la correspondiente falta de un desarrollo industrial e incluso a veces de la servidumbre de los campesinos. Ahora la eslavofilia interpretaba de modo similar la filosofía de la historia alemana, su profunda atracción por lo primitivo, los orígenes, el pueblo al margen de la política. Pero semejantes intentos de justificación acababan siempre —cuando los hicieron personas que creían realmente en ellos y que asimilaban en serio las ideas proce-

dentes de Occidente— por proporcionar razones a los adversarios, por crear un nuevo terreno de acción para el ilustrado Radishev, para los decembristas más radicales; y así ocurrirá con Herzen.

Es probable que este proceso no hubiera tenido la importancia que tuvo en la vida de éste de no haberse mezclado entre él y los eslavófilos un investigador prusiano: Haxthausen. Partiendo de la comprobación de un colectivismo agrario que aún perduraba en ciertas regiones de Prusia, éste se había dedicado a estudiar paciente y sistemáticamente la vida de la aldea rusa, sus usos y costumbres en las diversas regiones del imperio de Nicolás I, entusiasmándose con su «descubrimiento» y proclamándolo al mundo en tres gruesos volúmenes [64].

Era inevitable que también este aspecto de la vida rusa fuera «descubierto» por un extranjero. Naturalmente, los rusos, como vimos, se ocuparon antes que él de la *obshina* y la compararon con las modernas tendencias socialistas. Pero también esta vez necesitaron ver reflejados sus propios problemas en Europa para poderlos considerar en su conjunto, con toda su importancia. Igual que en el XVIII y el XIX una gran parte de la discusión entre occidentalistas y patriotas sólo fue en Rusia un reflejo de lo que los viajeros y escritores ingleses, franceses y alemanes pensaban del país, así también parte importante del debate sobre las formas colectivistas del arrendamiento agrario ruso no será más que un reflejo de los volúmenes de Haxthausen [65].

Herzen tuvo oportunidad de hablar con él en Moscú en 1834.

> Me asombró su clara visión de la vida de nuestros campesinos, del poder de nuestros señores, de la policía rural y de la administración en general. Considera a la comunidad rural como un elemento importante conservado desde la más remota antigüedad y piensa que es preciso desarrollarla según las exigencias modernas. La liberación individual de los siervos, con o sin tierras, la considera nociva: sólo conseguiría enfrentar las familias débiles y aisladas con todos los terribles rigores de la policía rural, *das Beamtenwesen ist grässlich in Russland.*

Era una defensa de la vida patriarcal contra la intromisión del estado moderno. Pero el núcleo de esta defensa ya no era la nobleza, sino la comunidad campesina, y esto llamaría la atención de Herzen. No es que estuviese persuadido de las tesis de Haxthausen. Se preguntaba: ¿resistiría mucho tiempo la *obshina* frente al *Beamtenwesen?* «La situación de una *obshina* —escribía entonces— depende de que el señor sea rico o pobre, haya entrado o no al servicio del estado, viva en San Petersburgo o en el campo, administre directamente o a través de un agente. Reina, pues, entre nosotros una mísera y desordenada casualidad que ahoga todo desarrollo [66].

Frente a Haxthausen, Herzen veía con creciente claridad que sólo la inserción de la *obshina* en una evolución moderna del estado y la sociedad

rusa justificaría y posibilitaría su posible conservación y desarrollo. La apología del mundo patriarcal iba transformándose en su mente en una visión populista del futuro de la campiña rusa[67]

Esta semilla se abriría sólo en contacto con Occidente, tras el fracaso de la revolución de 1848. Antes de que Herzen emigrase, su obra se consagró cada vez más a luchar contra los eslavófilos, a contribuir a la creación de un sentido moral y político de independencia y de oposición al mundo oficial. Cualquier otro elemento le parecía que debía pasar a un segundo plano. La contraposición de pueblo y estado —que los eslavófilos habían proclamado en el terreno filosófico— no era sino teórica, incapaz de evolucionar hacia una política activa, incapaz incluso de convertirse en un incentivo para investigaciones más profundas sobre el pasado de Rusia. Era una adoración de los orígenes, un mito de Rusia al margen de la historia, que encontraba en sí sus propias limitaciones. Contribuyó a poner en marcha toda la investigación etnográfica que acompañó la aparición y el desarrollo del populismo y que tanta importancia tuvo en la cultura rusa, aunque sin conseguir nunca convertirse en historia ni movimiento político[68]. En los años cuarenta, el elemento activo de la vida rusa lo constituía el desarrollo de la *inteliguentsia*. Belinski tuvo mucha eficacia porque supo ponerse a la cabeza de aquella fuerza, cuya bandera era el occidentalismo. También Herzen, en los años inmediatamente anteriores a la emigración, con su «realismo», su cientifismo, y en general con su ilustración renovada, contribuyó no poco a crear la conciencia de los intelectuales de su generación, a infundir en ellos el espíritu de independencia del poder y del estado que fue su verdadera razón de ser.

Herzen formó entonces su propia figura de escritor, asumiendo el nombre de Iskander, pseudónimo que lo acompañará toda su vida. En 1845, de los panfletos y las «cartas» sobre problemas filosóficos pasó a escribir su primera importante obra literaria, la novela *¿De quién es la culpa?*, a la que seguirán otras narraciones, entre ellas sobre todo el curioso relato filosófico *De las obras del doctor Krupov. Sobre enfermedades mentales en general y su desarrollo epidémico en particular.*

Eran el punto final de un inteligente y sutil (a veces demasiado sutil) equilibrio entre reflexión y sentimiento. En ellas se unían inextricablemente discusiones y confesiones autobiográficas. Esas páginas de una nitidez impregnada de poesía nacen como al margen de una inteligencia lúcida, mordaz. La forma literaria surgía de una voluntad de claridad moral, social, del empeño de construir relaciones nuevas y más auténticas entre él y los hombres. En su autobiografía —escrita en la madurez— habrá más abandono, aquí había más agudeza.

Belinski, tras haber leído *¿De quién es la culpa?*, le escribió una carta entusiasta, cuyos pasajes principales nos interesa reflejar, ya que resultan muy esclarecedores a pesar de la incertidumbre de los términos con que se expresaba el crítico:

> En las naturalezas artísticas la inteligencia se hace talento [habría que traducir *genio,* en el sentido dieciochesco de la palabra], fantasía creadora, y por ello en sus obras, como poetas, son extraordinaria y enormemente inteligentes, pero como personas son limitadas y casi casi estúpidas (Pushkin, Gogol). En ti, como en las naturalezas sobre todo pensantes y conscientes, el talento y la fantasía se han hecho inteligencia vivaz, caldeada, alentada por así decirlo por la tendencia humanista que no es para ti ni un injerto ni un añadido, sino esencial a tu naturaleza. Tienes una enorme cantidad de inteligencia, hasta el punto de que no entiendo por qué debe existir tanta en un solo hombre. También tienes mucho talento y fantasía, pero no de ese talento puro y original que todo lo engendra de sí mismo y se sirve de la inteligencia como de una función inferior y sometida. No, tu talento, el diablo lo sabe, es tan bastardo y tan agnado respecto a su naturaleza, como la inteligencia respecto a las naturalezas artísticas [69].

Y le suplicaba que escribiese, que escribiese mucho, descubriendo así en sí mismo su propio genio.

Algo importante se afirmaba, en realidad, en los escritos literarios de Herzen. En ellos empezaba a desembocar el largo proceso de indagación psicológica, la larga iluminación subterránea de la personalidad en busca de la «verdad», el proceso de análisis psicológico y religioso al tiempo que fue el meollo de las discusiones filosóficas de más de una década. No desembocaba en una filosofía, sino donde podía desembocar, en la literatura. Los relatos de Herzen eran los primeros frutos, aunque no desde luego los mayores, de lo que será la gran literatura rusa del siglo pasado, la cual recibió su primer alimento de este trabajo penoso. No eran aún obras maestras, tampoco obras redondas, sino páginas que nacían en los márgenes de las reflexiones de Iskander. Belinski podía adivinar que estaba surgiendo algo grande: el mundo de la nueva literatura rusa. No será Herzen quien dé el paso decisivo, pero antes de salir de Rusia contribuirá en no pequeña medida a crear también este nuevo mundo.

Políticamente sus últimos años rusos fueron menos fructíferos, en cambio. Si pensaba con creciente deseo en la posibilidad de salir de Rusia, de entrar en contacto directo con aquel mundo occidental del que tanto se hablaba entre sus amigos, si se decidió después a emigrar, se debió sobre todo a que sentía que estaba metido en un callejón sin salida.

Este era el riesgo de toda la tendencia «occidentalista», a la que pertenecía, que en Moscú se había ido definiendo cada vez más claramente a su alrededor, con los historiadores Granovski y Kavelin, los escritores Botkin, Korsh, Ketcher, etc. Annenkov, que formaba parte de esa corriente, explicó quizás mejor que nadie las causas profundas de la impotencia política del grupo y por qué se disolvió interiormente. «No tenían ninguna

formación política completa y elaborada —decía—, se ocupaban de seguir los problemas a medida que surgían, de criticar y examinar los fenómenos contemporáneos.» Habían surgido en oposición a la vaga mitología de los eslavófilos, no querían vivir grandes contraposiciones de principio, tanto en lo referente a los problemas internos como en el establecimiento de relaciones espirituales entre Rusia y el resto de Europa; en suma, no querían quedar aprisionados por una filosofía de la historia. Pero precisamente esta «buena conciencia» de los occidentalistas, como decía Annenkov, los dejaba, en último extremo, con «las manos vacías» [70]. Si queremos traducirlo con una frase más clara, podemos decir que este grupo de hombres, que representaba —a excepción de Herzen— el germen del liberalismo ruso de mediados del siglo, marginado por la política del absolutismo, tenía demasiada conciencia moral para colaborar con el gobierno de Nicolás I, y por otra parte era demasiado culto, le había costado demasiado el esfuerzo realizado para salirse de los mitos, de las metafísicas del romanticismo, para actuar ahora creando nuevos ideales políticos activos y eficaces; por eso acaba refugiándose poco a poco en la investigación histórica, la crítica literaria y de costumbres. La ineficacia del liberalismo ruso, incluso del posterior, después de la guerra de Crimea, tiene sus raíces en esta situación de finales de los años cuarenta. Pero no hay que olvidar que su refugio en el estudio tuvo un notable resultado: la historiografía occidentalista recogerá el problema del estado ruso, de las reformas de Pedro I, el problema que había interesado a Herzen, y saldrá del callejón sin salida de los eslavófilos hacia una historia que, a pesar de edificar el mito de la continuidad y la función progresiva del estado ruso, sentó —con Granovski, Kavelin, Chicerin y sobre todo con Solov'ëv— las bases de la visión moderna de la historia rusa [71].

Pero Herzen no era historiador, igual que no era novelista. El hombre político que había en él percibía sobre todo la imposibilidad de un desarrollo práctico de aquel liberalismo historicista. El fue quien dio una enorme resonancia a los primeros cursos de Granovski en Moscú —mediante artículos publicados en los diarios de la época y en discusiones privadas. Este era el ambiente que pretendía desarrollar, de acuerdo con sus propias convicciones, pero por mucho que probase y volviese a probar —ligado como estaba, incluso sentimentalmente, con aquel grupo de amigos moscovitas—, tuvo que persuadirse a regañadientes de la imposibilidad de llevarlos a su propio nivel.

Las discusiones iniciales, de 1846, no son muy claras, debido sobre todo a la falta de documentos. El relato que nos dejó Herzen en *Pasado y pensamientos* tiene un gran interés humano, sí, pero está trazado con una visión más personal que política [72]. Las cartas y narraciones de los otros son fragmentarias.

Probablemente, los problemas discutidos pueden resumirse en tres puntos.

Ante todo, la actitud frente a las masas populares. Era una discusión paralela —aunque más ligada en Rusia a problemas morales y de costumbres— a la que simultáneamente se desarrollaba en Berlín en la izquierda hegeliana, sobre la relación entre los intelectuales y la «muchedumbre». Se replanteaba, pues, el problema de la *narodnost'*. Granovski declaraba que sentía cierta ternura por la posición de los eslavófilos, con lo que negaba o limitaba los resultados de las discusiones tenidas con ellos. Belinski trataba de dar a la *narodnost'* un sentido cada vez más próximo al de «patriotismo», como se entendía éste en Europa occidental. Botkin resumía inteligentemente las ideas de todos, diciendo: «El eslavismo aún no ha producido un hombre práctico; o un gitano, como Jomiakov, o un noble atolondrado, como Aksakov, o un monje, como Kireevski —y son los mejores. Con todo, los eslavófilos han pronunciado una palabra auténtica: *narodnost'*, nacionalidad. Ahí estriba su gran mérito... Generalmente, su crítica tiene razón en casi todos los puntos... Pero en cuanto pasan al aspecto positivo comienza la limitación, la ignorancia, el más sofocante patriarcalismo; la ignorancia de los más simples principios de la economía política, la intolerancia, el oscurantismo, etc.» [73]. Con estos reconocimientos y críticas conjuntos, Botkin confesaba que los occidentalistas no habían resuelto aún —ni siquiera planteado claramente— el problema de las relaciones entre la *inteliguentsia* y el pueblo, que los eslavófilos al menos sentían románticamente como fundamental.

El segundo punto, mucho más importante, era el de la función de la burguesía en la futura política rusa. Era una reacción al socialismo que había iluminado las mentes a comienzos de 1840, un síntoma de maduración respecto al juvenil y entusiasta optimismo de entonces. Pero a los ojos de Herzen sólo podía presentarse como un abandono de las ideas cuya formulación estaba buscando. En realidad, estos occidentalistas se habían dejado convencer cada vez más por la historia de Francia, por la función del *tiers état*, y concebían la futura vida política rusa inspirándose en la historia de la burguesía a la que habían llegado por diversas vías Guizot, Thierry, etc. Naturalmente, Granovski, el historiador, era el crítico más resuelto del utopismo de los occidentalistas. «El socialismo —decía— es extraordinariamente nocivo, porque enseña a buscar la solución de los problemas de la vida social no en el ruedo político, al que desprecia, sino al margen de él, y esto lleva a la ruina del socialismo y de la política» [74]. El debate sobre la burguesía, aquí apenas en sus inicios, se expresaba generalmente en *boutades*, como la de Botkin, quien decía que «la clase obrera contaba sin duda con todas sus simpatías», pero no podía dejar de añadir: «¡Plugiera al cielo que hubiera entre nosotros una burguesía!» [75].

Se trataba con frecuencia de una contraposición de ideales distintos, más que de un examen de la situación. Pero la discusión, desplazándose poco a poco sobre un terreno nuevo, empezaba a plantearse en forma de

una previsión histórica. Este grupo se preguntaba, en resumen, en forma todavía confusa, si ante él tenía un período burgués o un período en el que se podrían realizar los ideales socialistas.

El tercer punto, el que aparece más claro en las memorias de Herzen, era de carácter filosófico. Herzen había llegado ya, en la lucha contra el romanticismo que percibía en sí y en los demás, a una afirmación ilustrada cada vez más neta. No es un azar que Voltaire y Diderot sean los nombres fundamentales en la más dura discusión que tuvo con Granovski, el cual deseaba, al contrario que Herzen, conservar la fe en una inmortalidad del alma, en un espiritualismo no muy formulable filosóficamente, pero muy enraizado en lo sentimental. No hay que asombrarse, pues, de que Feuerbach se convirtiese pronto en la piedra de toque en torno a la que se dividieron los occidentalistas.

En medio de esa atmósfera, Herzen sintió como una liberación la marcha de Moscú, en 1847. Su mente volverá después sobre aquel período de formación en Rusia, sobre las fructíferas discusiones moscovitas. Pero el recuerdo recubría aquellos años con una sombra, como si se hubiese tratado de controversias muy alejadas de la realidad, demasiado encerradas en visiones librescas. «Doctrinaria» le parecerá, en resumen, la atmósfera de Moscú en los años cuarenta. Había peleado contra la filosofía de la historia de los eslavófilos y contra la filosofía de la historia que iba formándose entre sus amigos, pero su batalla no pareció tener éxito. Los partidos intelectuales se estaban fijando, y en cierto sentido esclerotizando. Eslavófilos y occidentalistas parecían mirar con creciente intensidad hacia el pasado, unos a la Rusia medieval, otros a Pedro el Grande. «Ya es hora —respondía Herzen— de que la humanidad olvide lo que no es necesario de su pasado, o mejor dicho lo recuerde, pero como cosas pasadas y no existentes» [76].

Esa voluntad de liberación coloreaba todas sus ideas cuando partió hacia París. Su propia visión de Rusia quedó profundamente marcada por ella. El futuro de su país se le presentaba grandioso porque era la tierra de las disponibilidades, porque no estaba cargado con todo aquel pasado que los doctrinarios de todas las escuelas querían hacer pesar sobre él. Ya en 1844 anotaba en su diario los versos dedicados por Goethe a América, que le parecían adaptarse todavía mejor a Rusia:

Dich stört nicht im Inner
Zu lebendiger Zeit
Unnutzes Erinnern
Und vergeblicher Streit [77]

Estos versos eran la fórmula de liberación de Herzen.

Cuando sus amigos recibieron sus primeras cartas —que eran más bien artículos y que como tales se publicaron—, más que asombrados, queda-

ron amargados. No sólo Herzen insistía en sus críticas contra todo occidentalismo ya intencionadamente burgués, sino que las acentuaba.

Como descripción de Francia en el período anterior a la revolución de febrero, estas cartas son de una notable lucidez. No representan aún un desarrollo de sus ideas pero constituyen —tras haber entrado en contacto con Europa occidental— una rápida confirmación de éstas. La Francia de Luis Felipe, muy cerca de su final, no era desde luego un modelo que lo convenciera. Lo único que realmente podía interesarle en París, en 1847, era percibir las fuerzas que se oponían al régimen existente, comprender el valor de aquella atmósfera democrática y socialista que cada vez se hacía más sensible.

El dominio de la burguesía le parecía condenado a corto plazo. «No tiene ni un gran pasado, ni el menor porvenir. Fue un minuto hermoso como negación, como tránsito, como contradicción... Heredero de la brillante nobleza y del grosero plebeyismo, el burgués reúne en sí los peores defectos de una y otro, mientras que ha perdido los méritos de ambos...» [78]. Contra la burguesía ha surgido ya un mundo mixto, formado por aristócratas y pueblo, por idealistas y proletarios. Es decir, contra la burguesía estaban todas las fuerzas que no querían someterse a la «economía política», que buscaban la solución del problema social que todas las revoluciones pasadas no consiguieron resolver. Precisamente por esto, decía, tras tantas alteraciones Europa aún se halla en puertas de la verdadera cuestión.

De su primer contacto con París Herzen dedujo, pues, una confirmación de sus aspiraciones socialistas, aunque no encontró allí la política nueva que hacía veinte años estaba buscando. Veía a su alrededor «generosas indignaciones, *pia desideria*, y críticas, que no constituyen —decía— una doctrina política, sobre todo para el pueblo. Nadie simpatiza menos con la crítica que el propio pueblo. Este exige cosas activas, doctrinas, fes. Necesita una bandera, quiere una meta determinada hacia la que marchar. Los que fueron atrevidos en la crítica, fueron débiles en la creación. Todas las utopías fantásticas de los veinte últimos años han pasado por los oídos del pueblo. Este posee un tacto real que le hace escuchar y menear la cabeza, sin creer en las utopías abstractas hasta que éstas estén elaboradas, llenas de religión y de poesía, sean eficientes y nacionales» [79].

Esta desconfianza en las posibilidades inmediatas del socialismo, junto con una desconfianza radical en la vitalidad y el futuro de la burguesía en el poder, tiñen de escepticismo aquellas cartas, como todos los escritos «anteriores a la tempestad», como él los llamó, preparando la profunda desilusión que lo invadiría cuando estalló 1848 y fue derrotado.

Asistió al primer acto de la revolución europea en Italia, donde había llegado a finales de 1847. Los acontecimientos italianos se reflejan en páginas con anotaciones que a menudo son todavía periodísticas. Es una descripción viva, pero sólo profunda en algunos momentos. Su juicio está guiado por la admiración a las figuras del pueblo romano, a la formación

de una guardia cívica, y cada vez más por la sensación de individualismo que percibía en cada aspecto de la vida italiana y que constituyó la razón primordial del amor por Italia que sintió desde entonces y que después iría creciendo. «Italia no es sólo Roma. Está en cada pequeña ciudad, a su manera... Granovski, hermano, en realidad no conocíamos Italia. Nos hemos equivocado un poco sobre ella, igual que nos equivocamos mucho con Francia» [80]. El particularismo de la vida municipal, el múltiple despertar de Italia lo asombraban en esta fase inicial del Risorgimento. En ese fermento, tan distinto del movimiento canalizado en un estado centralizado como el francés, Herzen pondrá sus simpatías y esperanzas [81].

En Francia, cuando Herzen regresó, estaba en su apogeo el conflicto entre la Asamblea Nacional y los clubes. Herzen vio en él —influido también por lo observado en Italia—, más que un conflicto de ideologías y de clases, una lucha decisiva entre el tradicional centralismo político francés y las fuerzas nuevas que la revolución había empezado a sacar a la luz. En eso estriba la originalidad de su punto de vista.

Esto le permitió captar el elemento esencial de la lucha entre Lamartine y Blanqui. Veía a Francia hacer un esfuerzo supremo por cruzar el límite puesto por la revolución de 1793, por reanudar la revolución donde la había dejado Robespierre, avanzando más desde el punto de vista social y desde el de la organización del estado. La jornada del 15 de mayo le pareció una continuación, más de medio siglo después, de la jornada del 8 de Termidor. Pero esta vez los revolucionarios no estaban guiados, como Robespierre, por la fe en la Asamblea, dispuestos a perecer si ésta lo exigía, incapaces de apelar a las masas. Esta vez los revolucionarios marcharon contra la Asamblea. «Lo que no se atrevió a hacer Robespierre, lo hizo el pueblo parisiense» [82]. Por eso, agregaba, «los conservadores y liberales de viejo cuño pelean con tanta furia contra Barbès, Blanqui, Raspail, etc., por eso el 15 de mayo la Asamblea y la Comisión Ejecutiva, que se odian entre sí, se arrojaron la una en brazos de la otra. Hasta los monárquicos cogieron las armas para salvar la república y la Asamblea Nacional. Al salvar a ésta salvaban el orden constitucional de las cosas, los abusos del capital y, en definitiva, a los pretendientes. Del otro lado no estaba la república de Lamartine, sino la república de Blanqui, o sea, una república no de palabras, sino de hechos. Del otro lado estaba la dictadura revolucionaria, como situación de tránsito entre la monarquía y la república; el sufragio universal aplicado a toda la administración, y no sólo —estúpida y míseramente— a la elección de una asamblea despótica; la liberación del hombre, del ayuntamiento, del departamento, de la sumisión a un gobierno *fuerte,* que como medios de persuasión utilizaba balas y cepos» [83].

Es una de las más hermosas páginas de análisis político escritas por Herzen. Demuestra que su socialismo está ya saliendo definitivamente de las utopías y las visiones románticas para entrar en el campo de la política.

Pero el intento insurreccional del 15 de mayo fue derrotado. Las fuerzas organizadas, políticas, de la revolución perdieron la batalla. ¿Por qué? Herzen se remitía, para explicarlo, al propio origen del movimiento, a los días inmediatamente siguientes al 24 de febrero. La revolución parecía a la defensiva, o incluso en retirada, pocas semanas después de su comienzo. La revolución no estuvo suficientemente preparada. «Lamartine y los hombres del 'National' a la cabeza del movimiento fueron una gran desgracia para Francia» [84]. Nadie, en suma, supo aprovechar el período que siguió al 24 de febrero, período en el que hubiera sido posible —decía— hacer milagros. El partido republicano resultó demasiado pequeño. Las elecciones se hicieron en el momento y del modo más desdichados.

Vencido políticamente el 15 de mayo, el movimiento revolucionario era derrotado socialmente pocos días después, en las jornadas de junio. Entonces fue aplastado definitivamente el partido que Herzen definía «de los socialistas y los comunistas, y con ellos del obrero parisiense» [85]. Las jornadas de junio fueron para Herzen, como para muchos socialistas europeos, la revelación del proletariado. En 1847 éste se le había presentado, aunque de pasada, como un modelo de dignidad, de humanidad, e hizo surgir instintivamente en su cabeza el parangón con los siervos rusos, parangón bastante lisonjero para la suerte material y moral de estos últimos [86]. Ahora el obrero parisiense se le mostraba con un rostro diverso, como proletariado revolucionario. «Pese al hecho de que la instrucción no está hecha para él, de que está oprimido por el trabajo y por el pensamiento de un trozo de pan, posee la energía que se deriva de la idea callada, y ha superado tanto a la burguesía que ésta ya no es capaz de entenderlo y presiente con temor y odio, en este joven luchador de manos endurecidas por el trabajo, la oscura y amenazadora profecía de su propia ruina». Trazaba su historia a partir de la revuelta de Lyon, seguía la formación bajo Luis Felipe de su carácter «serio, austero», que lo había convertido en la «única clase francesa que ha acumulado con cierta amplitud ideas políticas, que se halla al margen del círculo cerrado de las ideas aceptadas; única clase, porque su compañero de desdichas, el campesino pobre, representa —en contraste con la activa protesta de los obreros— la sufriente y pesada conservación del *statu quo*» [87].

Las jornadas de junio fueron decisivas para él. Marcaron la íntima ruptura —que después tratará en vano de ocultar o de sanar a veces, por razones políticas contingentes— con todo el mundo liberal burgués. Las discusiones de dos años antes en Moscú sobre este problema, las ideas de los amigos que había dejado en Rusia, se iluminaron en junio con una luz terrible. «Las jornadas de junio no tienen precedente en el pasado —escribía a Moscú. Tras la insurrección el terror es horrible, recordadlo, es un terror retrógrado, con todo el miedo de la burguesía francesa, el sector más estúpido de toda la población europea, para la cual cualquier Cavaignac es un genio porque no se ha detenido ante la guerra civil, y también Thiers es un genio, porque en su alma, desde su nacimiento, no

existe el sentido del honor. Todos los defensores de la burguesía, como vosotros, han caído en el fango» [88]. Y en otra carta decía que el terror de 1793 era grandioso, con toda su crueldad, comparado con el desencadenado en los tres meses de estado de sitio contra los obreros parisienses. Sus páginas, numerosas, repetidas, como si volviera continuamente sobre el tema, en torno a las jornadas de junio en París, son de las más sentidas del variopinto diario herzeniano de la revolución de 1848 [89].

Sólo veía un rayo de esperanza: «Quizás Francia, quizás Europa perecerán en esta lucha, pero el elemento social es algo demasiado grande para esas formas caducas a las que Europa se niega a renunciar» [90]. Herzen seguía aún percibiendo una gran fuerza en el pueblo mudo, encerrado en sí mismo tras las jornadas de junio. Dirá más adelante: «Después de las jornadas de junio vi que la revolución estaba vencida, pero creí aún en los vencidos, en los caídos, tuve fe en la milagrosa fuerza de las reliquias, en su fuerza moral» [91].

La revolución de 1848 se le presentó, pues —en todos sus elementos esenciales, ideológicos y clasistas— como una revolución socialista, detenida en sus comienzos por la inmadurez de las ideas y la incapacidad de los hombres.

Poca fe le merecía Louis Blanc. Lo vio mantenerse alejado de la corriente política central, distanciarse en la Comisión del Luxemburgo, sin posibilidad de actuar, sometido en realidad a la autoridad del gobierno de Lamartine. «Se convirtió en predicador del socialismo, tuvo una gran influencia sobre los obreros, pero no tuvo una intensa eficacia política» [92]. La experiencia le hizo concluir: «en verdad, Louis Blanc nunca entendió el socialismo. Su conocido libro *De l'organisation du travail* y algunas frases brillantes cimentaron su reputación» [93]. Los *ateliers nationaux* le parecieron a Herzen, más que nada, un recurso del gobierno, asustado por el paro. En la Comisión del Luxemburgo vio sólo «la primera iglesia concedida a los cristianos en la antigua Roma», y en Louis Blanc «el primer cura y predicador del nuevo templo». Y «las sesiones no fueron, por tanto, más que las solemnes liturgias de un socialismo adolescente» [94].

Mayores admiración y respeto sintió Herzen por Blanqui. Ya vimos como aludió un momento a la necesidad de una dictadura de transición entre la monarquía y la república. Pero lo que lo acercaba a Blanqui era, a más de la visión política de este último, la pasión revolucionaria, la certidumbre de que no se detendría ante los obstáculos, que no respetaría las ideas tradicionales que sofocaban a los demócratas, en suma, que abriría una brecha hacia un desarrollo socialista de la revolución.

> Blanqui es el revolucionario de nuestra época, ha comprendido que no hay nada que componer, ha comprendido que la primera tarea ahora es derribar lo que existe. Dotado de una elocuencia absolutamente original, sacude a las masas, cada una de sus palabras

es una acusación contra el viejo mundo. Lo amaban menos que a Barbès, pero lo escuchaban más» [95].

Sin embargo, las simpatías más duraderas de Herzen se centraron en Proudhon [96]. Su propia visión de la revolución estuvo influida hondamente, día tras día, por los «excelentes periódicos» de Proudhon y Thoré, o sea, por «Le Peuple» y «La Vrai République», como él mismo nos ha contado. Y a medida que se acumulaban las desilusiones, que iba disminuyendo la esperanza en la revolución, la actuación de Proudhon adquirió más relieve a sus ojos. Durante casi un año lo apoyó materialmente y colaboró políticamente con él, impulsándolo en cierto modo a posiciones más batalladoras [97]. En agosto de 1849 le proporcionó los recursos financieros para crear «La voix du peuple», reservándose el derecho a escribir —y a dirigir en cierto sentido— la sección de política extranjera de este periódico. La lucha de Proudhon contra Luis Napoleón le pareció «un auténtico poema de cólera y de desprecio» [98]. Justamente Proudhon le dio la sensación del terrible peligro que representaba la ascensión del presidente Napoleón. También fue él quien le inspiró una desconfianza creciente en los demócratas tradicionales cuya oposición parecía recuperar cierta vitalidad, pero que días tras día se volvían más impotentes, no sólo en la política contingente, sino en su propia función histórica.

La participación en la manifestación del 13 de junio de 1849 —que le obligó a refugiarse en Ginebra— fue para Herzen un último intento, o mejor dicho el cumplimiento de un deber. El fracaso de ésta selló su juicio negativo sobre la «montaña». «La corriente democrática —escribía en septiembre desde Ginebra— o el partido del movimiento, fue vencida porque era indigna de éxito, porque siempre cometió errores, porque siempre temió ser revolucionaria hasta el final, porque se lanzó siempre contra el trono para entronizarse por su cuenta» [99].

¿Había acabado realmente la revolución? No lo creía aún, asaltado por la esperanza de una nueva profundización —como tantos revolucionarios europeos. Herzen volvía la mirada a los campesinos. En junio de 1851 escribía:

> Los obreros, que piensan con la cabeza, no buscan lazos con los revolucionarios profesionales, ni con los redactores de los diarios, sino con los campesinos. Desde que la ruda mano de la policía ha cerrado los clubes y las reuniones electorales, la tribuna de los obreros ha pasado al campo. Esta propaganda escapa a todo control y profundiza más que las charlas de los clubes. Una gran tempestad se prepara en el pecho de los campesinos. Nada saben del texto de la constitución ni de la división de poderes, pero miran torvamente al rico señor, al notario, al usurero, y ven que, por mucho que trabajen, su dinero pasa a otras manos, y por eso escuchan al obrero... Esta será una auténtica revolución de las masas populares [100].

Cuando se produjo el golpe de estado del 2 de diciembre, le pareció que permanecía abierta una última perspectiva, la esperanza que siempre existe en épocas de reacción violenta, es decir, que ésta no sería capaz de dominar los problemas suscitados por la revolución. Pero cuando incluso esta esperanza se hundió, y por un largo período, pudo decirse que su experiencia de la revolución de 1848 había terminado realmente.

Podía ya echar sus cuentas, comprobar a dónde lo había llevado su doble reacción frente a la Francia de Luis Felipe y a la Segunda República; doble, porque estaba dictada por la rebelión individualista contra el centralismo estatal y por la rebelión socialista contra la dominación de la burguesía.

El personalismo, que había sido uno de los frutos de la cultura rusa de los años treinta y cuarenta, la rebelión genérica contra el estado en nombre del pueblo que encontró en los eslavófilos, le mostraban ahora —en la monarquía y en la república, en las teorías absolutistas y en las jacobinas— un idéntico mal que combatir, un mismo síntoma de profunda decadencia, ese *orden* absolutamente externo que triunfó justamente en las jornadas de junio.

Insistía continuamente en la búsqueda de aquel sentido de libertad, de independencia, que sintió fermentar en la cultura rusa y en sí mismo, y que buscó vanamente en muchos franceses de su época, salvo en Proudhon. Nunca consiguió definirlo, porque en realidad se trataba más que nada de un impulso que le permitía ver con claridad dentro de sí, una voluntad moral de no hacerse ilusiones, de mirar a las personas vivas y no a las sombras. En resumen, Herzen no teorizará sobre la anarquía, como empezaba a hacer por entonces Bakunin, sino que peleará contra la ideología del estado moderno, contra la tradición jacobina, contra lo que llamaba entonces «la ortodoxia democrática» [101].

Quería atacar la ideología porque le parecía descubrir en ella otra variedad de las abstracciones y las religiones tras cuya superación había llegado él a su realismo, otra de aquellas sombras del pasado que quería negar desde un enfoque ilustrado. Nos ha dejado una vivísima página sobre sus luchas internas al respecto, sobre cómo llegó también en este terreno a la «infelicidad del conocer».

> En la intimidad de cada hombre hay un tribunal revolucionario permanente, hay un implacable Fouquier-Tinville, y —cosa esencial— hay una guillotina. A veces el juez dormita, la guillotina se herrumbra y entonces lo falso, el pasado, lo romántico y lo débil levantan la cabeza... No hay opción: o condenar y proseguir, o perdonar y detenerse a medio camino... La gente tiene miedo de su propia lógica y cuando, sin quererlo demasiado, lleva ante su tribunal la iglesia, el estado, la familia, la moralidad, el bien y el mal, se esfuerza después por salvar trozos, jirones del pasado. Abandonando el cristianismo, mantiene la inmortalidad del alma, el idealis-

mo, la providencia... La razón es implacable, como la Convención, es severa y sin hipocresías [102].

Todo su proceso contra los «coristas de la revolución», contra los «revolucionarios profesionales», como los llamaba, contra todos los que pensaban resucitar el pasado, tiene en las páginas de Herzen este tono implacable y severo, con la severidad que tuvo consigo mismo.

Los demócratas jacobinos de 1848 le parecieron, en realidad, el ejemplo más convincente de lo que ocurre cuando alquien se niega a hacer funcionar la guillotina interna. Se creían revolucionarios y en realidad no hacían más que continuar las tradiciones del estado monárquico; se creían ateos y en realidad eran los sacerdotes de una religión, incapaces de salirse de una simbología ya caduca; creían ser revolucionarios y en realidad no eran sino conservadores. «La república como ellos la entienden es una idea abstracta e irrealizable, fruto de ideas teóricas, una apoteosis del régimen estatal existente, la transfiguración de lo que ya existe [103].

Cristalizadas en esta forma lúcida y violenta, estas ideas influirán profundamente sobre todo el movimiento populista ruso, tan desconfiado ante toda idea democrática genérica, tan sensible a los motivos individuales de rebelión contra el estado, y, por ambas razones, conscientemente contrario en general a la tradición jacobina.

A la luz de esta crítica se había precisado ya su ideal político: «El gobierno no es un objetivo, sino una necesidad, no es una institución sacrosanta custodiada por levitas, sino un banco, una cancillería de los asuntos del pueblo», escribía. La máxima libertad, pues, el mínimo centralismo napoleónico. Esta es la meta de la revolución.

Pero Herzen estaba convencido de que para llegar a ello «la república debe comenzar por la dictadura revolucionaria... Esta no deberá inventar nuevos códigos, ni crear un orden nuevo, sino destrozar todo lo que de monárquico hay en el ayuntamiento, en el departamento, en los tribunales y en el ejército. Desenmascarará a todos los actores del viejo orden, los despojará de su manto, de sus uniformes y charreteras, de todo ese prestigio del poder que actúa tan poderosamente sobre el pueblo» [104].

Esta rebelión liberadora había conquistado ya un concreto contenido social. Igual que la derrota del 15 de mayo no le hizo perder la fe en una revolución que fuese más lejos que la jacobina, tampoco las jornadas de junio hicieron más que confirmarlo en su fe socialista. Con tal enfoque, incluso sus críticas a las formas políticas democráticas tradicionales encuentran una justificación histórica. Vio lo viva que había sido la religión de los jacobinos en 1793, cuando sabían lo que querían. Sus nietos, en cambio, estaban inseguros porque tras su república se hallaba ya el socialismo.

«Los regímenes de Francia y de los demás estados europeos no responden a sus formas externas, ni a la libertad, ni a la igualdad, ni a la fraternidad. Toda realización de estas ideas se convertirá en una negación

de la vida europea, en su muerte» [105]. Puede compadecerse a la aristocracia, puede sentirse piedad por el viejo mundo, pero éste ya está condenado, porque ha encontrado en su interior su propio límite: «el obrero ya no quiere trabajar para los otros» [106]. Toda república que no tenga en cuenta este hecho está condenada a perecer.

En resumen, Herzen sacó una certidumbre de la revolución de 1848: Europa se salvaría sólo a través de una revolución socialista en su interior. Pero, «¿soportará el fatigado organismo europeo semejante crisis, encontrará fuerzas para un renacimiento? ¿Quién puede saberlo? Europa es muy vieja, no le bastan las fuerzas para alzarse a la altura de sus propias ideas, ni tiene voluntad bastante para cumplir sus propios deseos... Su pasado es rico, ha vivido mucho, y respecto al futuro sus herederos pueden ser América por una parte, y por otra el mundo eslavo» [107].

Por ello orientaba cada vez más su atención a este último. Se trataba ahora de transmitir a Rusia su experiencia. Su juicio negativo sobre el futuro de Francia, y de Europa en general, le hacían replantearse las genéricas condenas y profecías de los eslavófilos. ¿Tenían razón, pues, cuando hablaban de la corrupción de Occidente? Como siempre, Herzen rechazaba esta idea, que los eslavófilos deducían de una contraposición entre una Rusia primitiva y Occidente, una Rusia que en realidad estaba al margen de la historia. Había que mirar hacia el futuro. Rusia podía contribuir a la solución de los problemas que angustiaban entonces a Europa occidental. Y la esperanza en ese futuro ruso nacía en él a medida que se hundían sus otras esperanzas.

Ya en 1849 decía que aquél era el mejor momento «para alzar una voz rusa» [108]. En mayo de ese año trató de crear una tipografía en París. Había preparado un llamamiento a los rusos para explicarles esta iniciativa. Francia, decía, «asustada ante el futuro, inmersa en una especie de pesada ebriedad, reniega de todo lo que la sangre y los esfuerzos de setenta años han conquistado». Por eso los pueblos europeos volvían cada vez más a menudo los ojos a Rusia, los conservadores con la esperanza de encontrar en ella la realización de su ideal de un gobierno fuerte, los revolucionarios tras haber conocido las ideas de los emigrados rusos, como Bakunin, Sazonov y él mismo. Ya era hora, pues, de hacer oír una voz libre, de imprimir las obras que no podían publicarse en Rusia [109]. Observaba al mismo tiempo que el libro de Haxthausen empezaba a ser leído en Francia, que las ideas sobre la relación entre las comunidades agrarias rusas y el socialismo occidental interesaban al público, que decía «que los rusos eran socialistas por tradición» [110].

Intentó en varias ocasiones estrechar lazos con la emigración polaca, queriendo dar así un valor internacional a su oposición a Nicolás I. Pero la reacción que siguió a la jornada del 13 de julio de 1849, el bonapartismo que encontró incluso en las filas de los polacos, pusieron pronto un límite a este acercamiento. Su idea de crear un centro ruso en el extran-

jero, de imprimir libros o periódicos, sólo podrá recogerla unos años después, en Londres.

Cuando el estado ruso quiso obligarlo a regresar a su patria se negó a ello. «Me quedo aquí no sólo porque me repugna ponerme de nuevo, al pasar la frontera, las esposas, sino para trabajar. Vivir sin hacer nada se puede en cualquier parte, pero para mí aquí no hay sino un objetivo, *nuestro* objetivo» [111].

A pesar del fracaso de sus primeros intentos de alzar una voz rusa, la esperanza en el gran futuro de su país le hacía pensar —incluso en el período de mayor reacción europea— que su trabajo de emigrado podía ser útil e importante. Intentaría dar a conocer sus conclusiones políticas a los otros rusos, y Rusia a los demás pueblos. «Que los europeos —decía— conozcan a su vecina. Ahora no hacen más que temerla. Es necesario, en cambio, hacerles saber qué es lo que temen» [112].

Aquella carencia de tradiciones en Rusia, que le había parecido una apertura a futuras posibilidades, y que encontró expresada en los versos de Goethe, le parecía cada vez más apreciable tras haber sufrido tanto los conflictos de la política francesa. «*Nous sommes moralement plus libres que les européens, et ce n'est pas seulement parce que nous sommes affranchis des grandes épreuves à travers lesquelles se développe l'occident, mais aussi parce que nous n'avons point de passé qui nous maîtrise. Notre histoire est pauvre, et la première condition de notre vie nouvelle a été de la renier entièrement* [es decir, con Pedro el Grande]. *Il ne nous est resté de notre passé que la vie nationale, le caractère national, la cristallisation de l'état: tout le reste est élément d'avenir*» * [113].

Ahora esta libertad empezaba a precisarse en la mente de Herzen, a adoptar contornos menos vagos. Si Rusia carecía de tradiciones, eso significaba también que en el futuro podría seguir caminos distintos a los de Europa: «*Je ne vois pas que la Russie doive nécessairement subir toutes les phases du développement européen*» ** [114]. Lo cual significaba que el socialismo occidental, importado a Rusia, encontraría allí, en las comunidades rurales, un terreno tan favorable que podría evitar al país el período de las revoluciones burguesas, puramente democráticas o jacobinas.

Escribía a Mazzini: «*Je ne crois en Russie à aucune autre révolution qu'à une guerre de paysans*» ***, y le hablaba de Pugachëv. Esta revolución heriría «*le despotisme glacial de Pétersbourg*» [115]. Destruiría todos los

* «Somos moralmente más libres que los europeos, y no es sólo porque nos hemos librado de las grandes pruebas a través de las que se desarrolla Occidente, sino también porque no tenemos un pasado que nos domine. Nuestra historia es pobre, y la primera condición de nuestra nueva vida ha sido renegar enteramente de ella. Sólo nos ha quedado de nuestro pasado la vida nacional, el carácter nacional, la cristalización del Estado; todo lo demás es elemento de futuro.»

** «No veo que Rusia tenga que sufrir necesariamente todas las fases del desarrollo europeo.»

*** «No creo en otra revolución en Rusia que una guerra campesina.»

lazos que vinculaban a la comunidad rural con la nobleza y el estado, conservaría la redistribución periódica de las tierras, asegurando así a todos contra la proletarización y el hambre, y desarrollaría la autoadministración.

«Pourquoi la Russie perdrait-elle maintenant sa commune rural, puisqu'elle a pu la conserver pendant toute la période de son développement politique, puisqu'elle l'a conservée intacte sous le joug pesant du tzarisme moscovite, aussi bien que sous l'autocratie à l'européenne des empereurs?» * [116]

Pero ¿sería capaz Rusia de realizar semejante revolución? Tampoco en este caso la respuesta quería ser una profecía. Herzen indicaba un camino, el camino que llevaba al cruce de las tendencias socialistas de Europa occidental con los gérmenes que él pensaba que existían en el seno de la tierra rusa.

Pero dos factores lo inclinaban a responder con un *sí:* la fuerza del campesino ruso, que bajo tantas opresiones había conservado su humanidad, su capacidad de sentirse distanciado, alejado del poder, independiente, como demostraban sus sectas, sus cismas religiosos —y sobre todo la vida moral e intelectual de la Rusia moderna. Escribió por entonces una de sus mejores cosas para explicar, a quienes habían sido derrotados en Europa occidental en las luchas de 1848, qué era «el desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia».

Y para los futuros revolucionarios, para los que se negarían a ser «des révolutionnaires incomplets» [117], Herzen escribía:

> El pueblo sufre mucho, su vida es pesada, odia intensamente y presiente con toda su pasión que pronto habrá un cambio. No espera obras, ya preparadas, sino la *revelación* de lo que vaga secretamente en su ánimo. No espera libros, sino apóstoles; gente en la que coincidan la fe, la voluntad, la convicción y la fuerza; gente que no se separe nunca de él; gente que no provenga de él, pero que actúe en él y con él, con fe abierta y porfiada, con entrega que nada podrá distraer. El que sienta que está tan cerca del pueblo que se ha liberado del ambiente de la civilización artificial tras haberla reelaborado y derrotado en su interior, el que haya alcanzado la unidad y la intensidad de que hablamos, ése podrá hablar al pueblo y debe hacerlo [118]

Herzen continuaba diciendo que pocos encontrarían fuerzas para hacerlo así. El mismo parecía replegarse en el pesimismo. Pero en esta página había creado el ideal psicológico de los populistas.

* «¿Por qué tendría Rusia que perder ahora su comuna rural, puesto que ha podido conservarla durante todo el período de su desarrollo político, puesto que la ha conservado intacta bajo el pesado yugo del zarismo moscovita, así como bajo la autocracia a la europea de los emperadores?»

Los puntos fundamentales del populismo ruso —la desconfianza ante toda democracia genérica, la creencia en un posible desarrollo autónomo del socialismo en Rusia, la fe en las futuras posibilidades de la *obshina,* la necesidad de crear tipos revolucionarios que rompieran individualmente los lazos con el mundo circundante para dedicarse al pueblo y penetrar en él—, éstas eran las conclusiones que Herzen sacaba de su experiencia de 1848, éste era el fruto que creaba para la nueva generación [119].

Notas al capítulo 1

[1] Sus obras han sido publicadas, con gran abundancia de notas, documentos subsidiarios, etc., por M. K. Lemke, *Polnoe sobranie sochineny i pisem* [Colección completa de obras y cartas], P., de 1915 a 1925, en 22 volúmenes. Esta edición constituye una auténtica enciclopedia del movimiento intelectual y político de la época de Herzen. Se citará de ahora en adelante con la simple indicación del volumen y de la página. Los numerosos e importantes complementos de esta edición, fruto de treinta años de investigaciones, están incluidos ahora en la reciente y fundamental edición de la Academia de Ciencias de la URSS, *Sobranie sochineny v tridtsati tomaj* [Obras en treinta tomos], M. 1954-65. La literatura sobre Herzen es, naturalmente, muy amplia. Ha sido enumerada hasta 1908 en apéndice al importante libro de Ch. Vetrinski *Gertsen* [Herzen], Spb. 1908. Entre los estudios posteriores, véase sobre todo G. V. Plejanov, *A. I. Gertsen. Sbornik statei s predisloviem V. Vaganiana* [A. I. Herzen. Colección de artículos con prefacio de V. Vaganian], M. s. d. [pero 1924]; la edición, con introducción y notas de L. Kamenev, de *Byloe i dumi* [Pasado y pensamientos], M.-L. 1932, en 3 vols.; y Ya. El'berg, *A. I. Gertsen, zhizn' i tvorchestvo* [A. I. Herzen. Vida y obra], M. 1948. En francés, Raoul Labry, *Alexandre Ivanovic Herzen, 1812-1970. Essai sur la formation et le développement de ses idées,* París, 1928. Cfr. Edward Hallett Carr, *The Romantic Exiles. A Nineteenth Century Portrait Gallery,* Londres, 1931, y Boston, 1961, y *Problemy izucheniya Gertsena* [Problemas del estudio de Herzen], M. 1963, una miscelánea de notable interés de la Academia de Ciencias de la URSS.

[2] XII, 59.

[3] XII, 54.

[4] XII, 74.

[5] *Ibid.*

[6] Esta frase, repetida a menudo, es recogida por A. Kizevetter, *F. V. Rostopchin,* en *Istoricheskie otkliki* [Ecos históricos], M. 1915, p. 100.

[7] El factor de gratuidad, de sacrificio voluntario que animaba a los decembristas lo prueba incluso el hecho de que casi nadie, entre las masas campesinas, comprendió entonces su gesto. La conjura de los nobles fue interpretada a menudo como contraria a los intereses campesinos y a las supuestas intenciones de la monarquía de abolir la esclavitud. Véase el interesante artículo de I. I. Ignatovich *Krest'yanskie volneniya 1826 g. v sviazi so slujami o vole i o 14 dekabria 1825 g.* [Los desórdenes campesinos de 1826 en relación con los rumores de libertad y el 14 de diciembre de 1825], en *Bor'ba krest'yan za osvobozhenie* [La lucha de los campesinos por la liberación], L.-M. 1924.

[8] Véase sobre todo V. I. Semevski, *Politicheskiya i obshestvenniya idei dekabristov* [Las ideas políticas y sociales de los decembristas], Spb., 1909.

[9] S. S. Mil'man, «*Prakticheskie nachala politicheskoi ekonomii*» *P. I. Pestelia* [«Los principios prácticos de economía política» de P. I. Pestel'], en «Krasny arjiv», 1925, fasc. VI. Véase M. V. Nechkina, *Dvizhenie dekabristov* [El movimiento de los

decembristas], M. 1955, vol. I, p. 118, donde sostiene que estas notas no son más que resúmenes de las lecciones de un profesor ilustrado de San Petersburgo, K. German.

[10] P. I. Pestel', *Russkaya pravda, nakaz Vremennomu Verjovnomu Pravleniyu pod red. P. Shegoleva* [La ley rusa, instrucción para el gobierno supremo provisional, edición de P. Shegolev], Spb. 1906; I. M. Lubin, *Zur Charakteristik und zur Quellenanalyse von Pestels «Ruskaya Pravda»*, Hamburgo, 1930; *«Ruskaya Pravda» P. I. Pestelia i sochineniya ei predshestvuyushie* [«La ley rusa» de P. I. Pestel' y los escritos que la preceden], edición de M. V. Nechkina, M. 1958.

[11] Pestel', *op. cit.*, pp. 203-5.

[12] Semevski, *Politicheskiya i obshestvenniya idei dekabristov* cit., p. 536. Este escritor piensa en la posibilidad de contactos entre Filippo Buonarroti y los decembristas. Éste conocía en París, en el último período de su vida, a N. I. y A. I. Turgenev. Este último habla de él en su artículo *París* (*Crónica de un ruso*), publicado en el «Sovremennik» 1826, fasc. I, p. 275. Véase también *Ostaf'evski arjiv kniazhei Viazemskij* [El archivo de Ostaf'ev de los príncipes Viazemskij], vol. III, p. 323. Cfr. V. M. Tarasova, *N. I. Turgenev v Zapadnoi Evrope v 30-50 gg. XIX veka i ego obshesvenno-politicheskie sviazy* [N. I. Turgenev en la Europa occidental de los años 1830-1850 y su ambiente político y social], en «Uchënye zapiski» (Memorias científicas del Instituto estatal pedagógico N. K. Krupskaya de la república autónoma de los Mariis, cátedra de historia, tomo XXVIII) Yoshkar-Ola 1966, pp. 125-26, donde se habla de una cena en casa de Turgenev, en febrero de 1836, con Filippo Buonarroti, quien habló largamente de su vida, evocando a Babeuf y Roma. En abril los dos hombres volvieron a verse. La obrita del abate Antoine de Cournaud *De la proprieté ou la cause du pauvre plaidée au Tribunal de la Raison, de la Justice et de la Verité*, París, 1791, es un puro proyecto de distribución igualitaria de la propiedad de la tierra en Francia. No contiene ninguno de los elementos característicos de *La Ley rusa*, de Pestel'.

[13] Pestel', *op. cit.*, p. 205.

[14] N. S. Rusánov, *Vliyanie evropeiskogo sotsializma na dekabristov i molodogo Gertsena* [La influencia del socialismo europeo sobre los decembristas y el joven Herzen], en «Minuvshie gody», 1908, fasc. XII.

[15] *Plan gosudarstvennogo preobrazovaniya grafa M. M. Speranskogo* [El plan de transformación del estado del conde M. M. Speranski], M. 1905, p. 59. Cfr. M. M. Speranski, *Proekty i zapiski* [Proyectos y memoriales], edición de S. N. Valk, M.-L., 1961, Marc Raef, *Michael Speransky Statesman of Imperial Russia, 1772-1839,* La Haya, 1957, y A. I. Párusov, *Istoriograficheskie zametki po voprosu o klassovom jaractere ideologii M. M. Speranskogo* [Notas historiográficas sobre el problema del carácter de clase de la ideología de M. M. Speranski], en «Uchënye zapiski gor'kovskogo gos. universiteta» [Memorias científicas de la universidad estatal de Gorki], 1964, fascículo 72, pp. 531 y ss.

[16] Citado por Semevski, *Politicheskiya i obshestvenniya idei dekabristov* cit., página 613.

[17] *Ibid.*, p. 532, nota 2.

[18] Sobre la controversia en Europa occidental, véase también el trabajo ruso de I. V. Luchitski, *Istoriya krest'yanskoi reformy v zapadnoi Evrope s 1789 g.* [Historia de la reforma campesina en Europa occidental desde 1789], en «Universitetskie izvestiya», Kiev, 1879. El interés por la organización de la *obshina rural,* por sus usos y costumbres, surge en Rusia en el siglo XVIII, y sobre todo en la segunda mitad del siglo, paralelamente a la tarea de codificación entonces en curso en la administración de las grandes posesiones nobiliarias. Véanse los interesantes documentos publicados por M. V. Dovnarzapol'ski, *Materialy dlia istorii votchinnogo upravleniya v Rossii* [Materiales para la historia de la administración de los feudos en Rusia], en «Universitetskie izvestiya», Kiev, 1903, fasc. 12, 1904, fascs. 6-7, 1905, fasc. 8, 1909, fasc. 7, 1910, fasc. 11. Simultáneamente Catalina define, en diversos actos legislativos, los derechos corporativos de la *obshina* en las tierras de la corona. Sobre todo este problema, véase V. I. Semevski, *Krest'yanski vopros v Rossii v XVIII i per-*

voi polovine XIX veka [El problema campesino en Rusia en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX], Spb. 1888, Michael Confino, *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin du XVIII^e siècle. Etude de structures agraires et de mentalités économiques*, Instituto de Estudios Eslavos, París, 1963, e Id., *Systèmes agraires et progrès agricole. L'assolement triennal en Russie aux XVIII^e-XIX^e siècles. Etude d'économie et de sociologie rurales*, Mouton, París-La Haya, 1969. Sobre la apología de la servidumbre, contrapuesta a la proletarización de las masas en el mundo capitalista, cfr. el estimulante artículo de E. Bickerman, *Pouchkine, Marx et l'Internationale esclavagiste*, en «La nouvelle Clio», núm. 8, septiembre 1950, pp. 146 y ss. (donde se demuestra que el origen de la idea de una situación mejor de los esclavos respecto a los campesinos libres y a los trabajadores en general se expresó repetidamente durante la controversia sobre la esclavitud en la Inglaterra de los años setenta, ochenta y noventa del siglo XVIII —naturalmente, por parte de los defensores del sistema esclavista. La idea fue después recogida y difundida en las primeras décadas del XIX, entre otros por el propio Robert Owen, así como por Cobbett).

[19] Está publicada, junto con otros escritos, en N. A. Bestúzhev, *Stat'i i pis'ma, redaktsiya, vstupitel'naya stat'ya i primechaniya I. M. Trotskogo* [Artículos y cartas, edición, introducción y notas de I. M. Trotski], M.-L. 1933, pp. 91 y ss.

[20] *Op. cit.*, pp. 248-49.

[21] Bestuzhev, *Stat'i i pis'ma* cit., pp. 267-68. Una amplia e interesante reflexión de Bestuzhev sobre el derecho al trabajo y el socialismo respecto a las tradiciones rusas, del 16 de febrero de 1850, está publicada en M. Yu. Baranóvskaya, *Dekabrist Nikolai Bestuzhev*, M. 1954, pp. 202 y ss. Sobre él, cfr. Glynn R. Barratt, *A Note on N. A. Bestuzhev and the Academy of Chita*, en «Canadian Slavonic Papers», vol. XII, número 1, primavera 1970, pp. 47 y ss.

[22] V. I. Semevski, *M. A. Fonvizin, Biografichesky ocherk* [M. A. Fonvizin. Ensayo biográfico], en *Obshestvennaya dvizheniya v Rossii v pervuyu polovinu XIX veka. Tom. I: Dekabristy: M. A. Fonvizin, kn. E. P. Obolenski i bar. V. I. Steingel'. Stat'i i materialy. Sostavili: V. I. Semevski, V. Bogucharski, i P. E. Shegolev* [Movimientos sociales en Rusia en la primera parte del siglo XIX. Tomo I: Los decembristas: M. A. Fonvizin, el príncipe E. P. Obolenski y el barón V. I. Steingel. Artículos y materiales a cargo de V. I. Semevski, V. Bogucharski y P. E. Shegolev], Spb. 1905, páginas 77 y ss.; S. Gessen, *Dekabrist o kommunizme* (*Neopublikovannaya stat'ya M. A. Fonvizina «O kommunizme i sotsializme»*) [Un decembrista habla del comunismo (Artículo inédito de M. A. Fonvizin «Sobre el comunismo y el socialismo»)], en «Krasny arjiv», 1927, fasc. IV; y N. G. Bogdanova, *Iz perepiski M. A. Fonvizin* [De la correspondencia de M. A. Fonvizin], en *Pamiati dekabristov* [En recuerdo de los decembristas], 1926, fasc. III.

[23] XX, 324.

[24] XXII, 78.

[25] VI, 255.

[26] X, 96.

[27] Este fragmento se imprimió por primera vez en «Zven'ya«, 1936, fasc. VI, páginas 339 y ss.

[28] Escritas en 1856, estas palabras se publicaron en «Literaturnoe nasledstvo», fascículos 39-40, M. 1941, p. 358.

[29] I, 117. Sobre estas dudas, cfr. también XII, 348, donde se reproduce su declaración a los guardias cuando lo arrestaron: «Los sansimonianos no habían realizado lo que Saint-Simon quería.»

[30] Habla en otro lugar de la *Introduction à la science de l'histoire*, de Buchez (XII, 364). Sobre la atmósfera de entusiasmo intelectual de este período, cfr. un artículo de Sazonov —el tercero de los tres jóvenes de quienes Ogarëv habla en sus versos— publicado en 1860 y reproducido por B. Koz'min, *Iz literaturnogo nasledstva N. I. Sazonova* [De la herencia literaria de N. I. Sazonov], en «Literaturnoe nasledstvo», fasc. 41-42, M. 1941, en el que habla de Schelling y Oken, de Böhme y Balzac. Nos da así un cuadro de la irrupción de toda la cultura romántica en la

generación rusa que sigue al movimiento decembrista. Cfr. F. Venturi, *Sazonov e la cultura italiana,* en «Rivista storica italiana», 1972, fasc. II.

[31] En un escrito literario, *Encuentros,* de 1836, Herzen se imagina que habla con Clootz, «el cual me prometió presentarme a un gran hombre que, según él, había superado a todos, y que no sólo negaba toda organización política, sino también el derecho de propiedad. Supe después que aquel gran hombre era Hébert» (I, 288).

[32] I, 370.

[33] II, 223.

[34] II, 424.

[35] El decembrista M. A. Fonvizin, en Siberia por aquellos años, escribía justamente: «Lo más ridículo consiste en que [las ideas de los eslavófilos] y lo que se dice en nuestras revistas y cátedras universitarias arremetiendo contra la imitación de los extranjeros no es nada original. No es sino una imitación con retraso de los alemanes, los cuales, en la época de liberación de Alemania del yugo napoleónico, hablaban con gran entusiasmo de su *narodnost' (Volksthum),* ensalzaban en prosa y verso el mundo feudal de la Edad Media, maldecían la influencia francesa en Alemania y la pasión de los alemanes —sobre todo de las tierras renanas— por imitar a los franceses. Es decir, los que ahora se alzan contra la imitación del extranjero están atraídos por las ideas extranjeras e imitan involuntariamente el ejemplo de los alemanes» *(Obshestvenniya dvizheniya v Rossii v pervuyu polovinu XIX veka* cit., tomo I: *Dekabristy* cit., pp. 78-79).

[36] III, 35.

[37] III, 362.

[38] III, 352.

[39] III, 145-46.

[40] III, 220.

[41] III, 221.

[42] III, 224.

[43] XIII, 16.

[44] III, 38.

[45] III, 88.

[46] III, 22-23.

[47] *Zamechatel'noe desiatiletie* [La importante década]; véase la reimpresión en P. V. Annenkov, *Literaturnye vospominaniya* [Memorias literarias], con prefacio de N. Piskánov, L. 1928, pp. 159 y ss., y en la edición de estos recuerdos de V. P. Dorofėev, M. 1960, pp. 135 y ss. Sobre todo este período, cfr. Isaiah Berlin, *A Marvelous Decade, 1838-1848. The Birth of Russian Intelligentsia,* en «Encounter», 1955-56.

[48] Annenkov, *Literaturnye vospominaniya* cit., p. 216.

[49] Sobre este aspecto de su actividad, véase P. Sakulin, *Russkaya literatura i sotsializm. Chast' pervaya. Ranni russki sotsializm* [La Literatura rusa y el socialismo. Primera parte: el primer socialismo ruso], M. 1924, y *Sotsializm Belinskogo. Stat'i i pis'ma. Redaksiya i kommentarii P. N. Sakulina* [El socialismo de Belinski. Artículos y cartas, edición y comentarios de P. N. Sakulin], M. 1925, como también la refutación de estos dos libros de S. E. Shukin, *V. G. Belinski i sotsializm* [V. G. Belinski y el socialismo], M. 1928.

[50] VI, 275.

[51] III, 319.

[52] III, 141.

[53] III, 332.

[54] III, 361.

[55] III, 448.

[56] III, 24.

[57] III, 91.

[58] III, 57.

[59] *Ibid.*

[60] A. S. Jomiakov, *Polnoe sobranie sochineny* [Obras completas], M. 1904, tomo I, p. 636.

[61] Yu. F. Samarin, *Sochineniya* [Obras], M. 1877 y ss. tomo I, p. 40.

[62] Véase N. S. Derzhavin, *Gertsen i slavianofily* [Herzen y los eslavófilos], en «Istorik marksist», 1939, fasc. I.

[63] III, 117.

[64] August von Haxthausen se formó en un ambiente típicamente romántico, colaboró en el periódico «Wünschenruth» junto con Arnim, Brentano y los hermanos Grimm. Siempre mantuvo estrechas relaciones de amistad con estos últimos. Sus ideas sobre las relaciones agrícolas nacían, pues, del romanticismo del *Volkstum*. Todas sus obras tienen notable interés. Véase, por ejemplo, *De l'abolition par voie législative du partage égale et temporaire des terres dans les communes russes,* París, 1858, donde examina los problemas agrarios rusos y de Europa occidental tras la experiencia de 1848.

[65] Lo hacía notar, no sin cierta amargura, uno de los eslavófilos, A. I. Koshelëv, diciendo: «Un alemán, al visitar nuestra patria, dio el impulso a nuestros "científicos" para un estudio serio de lo que antes éstos mencionaban sin seriedad...» *(Obshinnoe pozemel'noe vladenie* [El arrendamiento comunitario de la tierra], en «Russkaya beseda», 1858, fasc. VIII, p. 108). Y la discusión sobre la prioridad del «descubrimiento» de la *obshina* perdura aún en la historiografía rusa y soviética. Véase, por ejemplo, V. M. Shtein, *Ocherki razvitiya russkoi obshestvenno-ekonomicheskoi mysli XIX-XX vekov* [Ensayos sobre el desarrollo del pensamiento económico y social ruso en los siglos XIX y XX], L. 1948, pp. 111 y ss. Sobre todos estos problemas, véase la *Introducción,* pp. 40 y ss., con la bibliografía indicada allí.

[66] III, 111.

[67] A. Haxthausen, *Studien über die inneren Zustände, das Volksleben und insbesondere die ländlichen Einrichtungen Russlands,* 3 vols., Hannover, 1847; Berlín, 1852. Esta obra se tradujo al ruso sólo bastantes años después, y solamente en parte —traducción de L. I. Ragozin, Moscú, en 1870.

[68] En 1846 N. I. Nadezhdin, uno de los más interesantes críticos del romanticismo ruso, pronunciaba un discurso en la Sociedad Geográfica Rusa —fundada el año antes para exhortar a la «recogida de datos sobre el hombre del pueblo»—, llamando la atención sobre «aquellos restos de vida social donde la fuerza del tiempo y otras influencias no han borrado las huellas de la organización primitiva de la vida popular». P. P. Semënov, *Istoriya poluvekovoi deyatel'nosti Imp. Rus. Geograficheskogo Obshestva (1845-1895)* [Historia de medio siglo de actividad de la Imperial Sociedad Geográfica Rusa (1845-1895)], Spb. 1896, pp. 38-39.

[69] Recogido en nota IV, 451.

[70] Annenkov, *Zamechatel'noe desiatiletie* cit., p. 463. Sobre los occidentalistas moscovitas: B. N. Chicherin, *Vospominaniya. Mokskva sorokovyj godov. Vstupitel'naya stat'ya i primechaniya S. V. Bajrushina* [Recuerdos, Moscú de los años cuarenta. Introducción y notas de S. V. Bajrushin], M. 1929, pp. 35 y ss.

[71] Véase el interesante artículo polémico de M. N. Pokrovski, *Otkuda vzialas'neklassovaya teoriya razvitiya russkogo samoderzhaviya* [El origen de la teoría superclasista del desarrollo del absolutismo ruso], en *Istoricheskaya nauka i bor'ba klassov* [Ciencia histórica y lucha de clases], M.-L. 1933, tomo I, p. 167.

[72] XII, 184 y ss.

[73] *P. V. Annekov i ego druz'ya. Literaturnya vospominaniya i perepiska 1835-1885 godov* [P. V. Annenkov y sus amigos. Recuerdos literarios y correspondencia de 1835 a 1885], Spb. 1892, p. 538.

[74] *Ibid.,* p. 429.

[75] Carta a Annenkov del 12 de octubre de 1847, citada por este último, *ibid.,* página 492.

[76] III, 303. Simultáneamente anotaba que los eslavófilos «recuerdan lo que el pueblo olvida», III, 362.

[77] Herzen repitió muy a menudo estos versos, que son el símbolo de su esperanza en Rusia. En 1851 serán el lema que inicie una de sus obras más importantes: *Du Développement des idées révolutionnaires en Russie.* He aquí la traducción hecha por el propio Herzen: «En tu existencia, plena de savia y vida, no te turban inútiles recuerdos ni vanas discusiones», V, 300.

[78] V, 133.

[79] V, 165.

[80] Carta del 30 de enero de 1848, V, 178.

[81] Véanse sobre todo las *Cartas de Francia y de Italia,* cartas V-VIII, cuyas diversas versiones, más o menos detalladas, ha publicado Lemke. En Roma, Herzen estuvo próximo a la corriente radical. En una carta desde París escribía: «En Roma me he ligado amistosamente con la redacción de "Epoca", sobre todo con los escritores Spini y Gonzales de Milán. He contribuido —no os riáis— a dar a "Epoca" un tinte republicano.» A. I. Gertsen, *Novye Materialy pod redatsiei N. M. Mendel'sona* [Nuevos materiales, edición de N. M. Mendel'son], M. 1937, p. 56. Cfr. también lo que de «Epoca» dice Herzen en V, 606. Aunque la colección de este periódico —dirigido por M. Pinto y L. Spini, que empezó a salir el 16 de marzo de 1848— no contiene ningún artículo firmado por Herzen, hay numerosas noticias que pueden hacer pensar en su influencia. Durante todo abril se habla a menudo de Polonia y Rusia. «El movimiento polaco es invencible —leemos, por ejemplo, el 3 de abril—. De cartas llegadas ayer de San Petersburgo se deduce el propósito manifestado por el emperador Nicolás de declarar independiente a Polonia. Cuánto crédito puede merecer esto no lo sabemos, ya que son bien conocidos los sentimientos del gobierno ruso hacia Polonia, las rígidas medidas ya adoptadas y en especial el alma del autócrata, no demasiado capaz, desde luego, de generosas acciones, de humanitarios pensamientos, de conocimiento del verdadero derecho de los pueblos. Pero Dios, que hace apiadarse incluso a los tigres y que en estos tiempos realiza abiertos milagros, puede que haya dispuesto con modos fáciles el rescate de la entera Polonia y, por consiguiente, una mejor situación de Rusia...» (17 de abril). Puede también pensarse que fue Herzen quien indujo a «Epoca» a ocuparse de los grupos alemanes encabezados por G. Herweg. Una proclama que lleva la firma de este último, fechada el 21 de marzo de 1848, se reproducía el 6 de abril: «... ¡con Francia contra Rusia! Este grito expresa el convencimiento profundo que el pueblo alemán tiene de la necesidad de una guerra próxima, e inevitable, de la guerra entre dos mundos...» El 28 de abril reproducía, de una gaceta alemana, el *Manifiesto del poeta Herweg en nombre de la legión democrática alemana formada en París.* El 26 de abril, «Epoca» se ocupaba de la política interior rusa: «Un *ukaz* faculta a los esclavos para poder comprar bienes inmuebles. Esto sería en Rusia una revolución social, si no fuese una astucia del gobierno para poner en circulación el numerario poseído por los esclavos y que éstos ocultan por temor a que se lo arrebaten sus amos.» De Spini hablaba posteriormente M. A. Tuchkova en una carta dirigida a Herzen (véase *Arjiv Ogarëvyj* [Archivo de los Ogarëv], en «Russkie propilei», M. 1917, fasc. IV, p. 90). En resumen, en torno a «Epoca» no sólo estaba Herzen, sino también los escasos elementos de su círculo que por entonces se encontraban en Italia.

[82] VI, 62.

[83] VI, 62-63.

[84] VI, 73.

[85] VI, 622.

[86] V, 128 y ss.

[87] VI, 623.

[88] Gertsen, *Novye materialy* cit., p. 46.

[89] Particularmente curioso es el encuentro en las calles de París de Herzen y Tocqueville, considerado por aquél como un símbolo de la impotencia demostrada entonces por las fuerzas liberales. XIII, 302.

[90] VI, 651.

[91] XII, 382.

[92] VI, 655.
[93] VI, 641.
[94] VI, 87.
[95] VI, 90.
[96] Cfr. Michel Mervaud, *Herzen et Prudhon,* en «Cahiers du monde russe et soviétique», vol. XII, fasc. 1-2, enero-junio 1971, pp. 110 y ss.
[97] Véase R. Labry, *Herzen et Proudhon,* París, 1928, y algunas interesantes alusiones a las relaciones entre Herzen y Proudhon contenidas en las cartas del primero a Herweg, de 1849, publicadas en «Literaturnoe nasledstvo», fasc. 7-8, 1933, pp. 64 y ss., en las que critica a Proudhon por sus posturas de entonces, que Herzen consideraba en exceso moderadas. Un interesante borrador de la carta de Herzen a Proudhon, desde Ginebra, el 27 de agosto de 1849, ha sido publicado por N. Efrós en «Literaturnoe nasledstvo», fasc. 6, M. 1955, pp. 492 y ss. Ahí se encuentra también la respuesta de Proudhon, fechada en la Conciergerie, el 15 de septiembre de 1849.
[98] V, 290.
[99] V, 286.
[100] VI, 121.
[101] VI, 118.
[102] V, 414-15.
[103] V, 419.
[104] Gertsen, *Novye materialy* cit., p. 125.
[105] V, 422.
[106] V, 425.
[107] VI, 563.
[108] V, 289.
[109] Este llamamiento, inédito hasta entonces, fue publicado por A. Ivashensko en «Literaturnoe nasledstvo», fasc. 39-40, M. 1941, p. 165.
[110] Gertsen, *Novye materialy* cit., p. 54, nota.
[111] V, 390.
[112] V, 391.
[113] V, 299-300.
[114] V, 314.
[115] VI, 142.
[116] V, 314.
[117] Herzen se sirvió de esta expresión para tratar de convencer a Mazzini de que no se ligara con los otros demócratas derrotados en los demás países europeos, VI, 141.
[118] VI, 124-25.
[119] Aun prescindiendo de Bakunin, cuyas peripecias seguiremos en el próximo capítulo, Herzen no fue el único ruso que sacó semejantes conclusiones de la revolución de 1848. Es cierto que N. Turgenev, el decembrista emigrado, lo único que proponía eran buenas intenciones liberales. En su opúsculo *La Russie en présence de la crise européenne,* París, 1848, trataba de encontrar un *juste milieu* entre los odios y las esperanzas que su país de origen había suscitado entonces. «Rusia —escribía— no merece ni ese exceso de honor, ni esa indignidad» (p. 8), y proseguía: «Estableciendo un régimen constitucional y representativo en el imperio ruso, se podrían»... (p. 39) realizar mil cosas buenas, hasta llegar al consolador espectáculo de ver «a todos los eslavos confundidos en un fraternal abrazo» (p. 46).

Pero otros empezaron a plantearse problemas más concretos, más ligados con la tradición intelectual y social de Rusia. Sazonov, amigo de Herzen y de Ogarëv, participaba en el «Club de la fraternité des peuples» en París, y adoptaba en la «Tribune des peuples» una actitud con muchos puntos en común con la de Herzen. Defendía la *obshina* y hablaba de la función que ésta podría desempeñar respecto a los movimientos socialistas de Occidente. En la emigración, en Suiza, continuará reflexionando en términos socialistas, poniéndose en contacto con Marx (D. Riazánov,

Karl Marks i russkie liudi sorokovyj godov [K. Marx y los rusos de los años cuarenta], P. 1918, pp. 13 y ss., a lo que se puede agregar una carta de Sazonov a Herweg publicada por B. Nicolaevski en «Letopisi marksizma», 1928, fasc. VI, en la que decía a Marx: «yo, un bárbaro, lo aprecio y amo más que cualquiera de sus compatriotas»).

También otro emigrado, Ivan Golovín, que anteriormente había sostenido ideas aristocráticas y constitucionalistas al mismo tiempo, será empujado por la revolución a posiciones que tienen un acento populista. Ya en 1846, en su opúsculo *Des économistes et des socialistes,* tras haber hablado por extenso de Fourier y Louis Blanc, concluía: «En la masa de ideas excéntricas que se han lanzado al mundo, sólo una las domina todas y forma el hilo de ese laberinto, y es la asociación» (p. 30). Unos años después escribía, en su libro *L'Europe révolutionnaire,* París, 1849, p. 443: «Puesto que no se quieren reformas en Rusia, habrá una revolución, pero una revolución social, una *jacquerie* permanente, una San Bartolomé de los propietarios. La media oficial de los nobles muertos a manos de sus siervos se eleva a 67 anuales. Los obreros rusos entran en escasa medida en el elemento revolucionario. Son en su mayoría campesinos que en verano trabajan sus campos y en invierno en las fábricas. Su salario, por mínimo que sea, sólo les sirve para emborracharse los días de fiesta. Su existencia está asegurada y la miseria los estimula poco a rebelarse; su inteligencia, por otra parte, está oscurecida. Pero los licenciados, esos soldados aguerridos que tascan el freno y llevan una vida ociosa, esperando la ocasión de luchar contra el gobierno en lugar de por él; los hijos de las tropas, de los que se cuentan hasta 280.000, 200.000 de los cuales están con sus madres; los eclesiásticos fallidos; los empleados subalternos, que incuban un antiguo rencor contra una sociedad privilegiada; la pequeña nobleza, que no puede saciar su ambición; los descontentos de todas clases, he aquí la clase revolucionaria que, en manos de un Pugachëv ilustrado, puede hacer saltar por los aires ese andamiaje de incapacidad pretenciosa, de astucia elevada a sistema, que se llama el gobierno ruso... No es probable ni deseable una constitución para Rusia. Si se produjera una guerra entre la corona y el pueblo no habría armisticio, ni paz. Las cartas no son más que mentiras, gracias a la buena fe real. El gobierno de los reyes es el despotismo, el de los pueblos, la república... El ayuntamiento ruso se rige de manera democrática. La burguesía no ha podido formarse a pesar de todos los esfuerzos del gobierno, y la existencia de la misma nobleza no responde al espíritu de las instituciones eslavas...» Otras observaciones de este libro tienen también interés. Algunos versos de Georg Herweg, que encontramos ya en la cubierta del libro, nos prueban que Golovín expresaba ideas del círculo de Herzen. Golovín será testigo en el proceso de Blanqui, ante la Haute-Cour de Justice de Bourges (cfr. «Tribune des peuples», 24 de marzo de 1849), y escribirá en este periódico. Y aún hará más: conseguirá realizar, aunque a escala muy reducida, la idea de Herzen de crear una tipografía rusa en París. En ella publicará, en 1849, un *Catecismo del pueblo ruso* en el que trataba de hacer propaganda en favor de un sistema libre de gobierno en Rusia (G. Balakov, *Pervaya revoliutsionnaya broshiura russkoi emigratsii: «Katejizis russkogo naroda» I. G. Golovina, 1849 goda* [El primer opúsculo revolucionario de la emigración rusa: «El catecismo del pueblo ruso» de I. G. Golovín, de 1849], en «Zven'ya», 1932, fasc. I). Sobre las peripecias de estos emigrados en su contacto con las realidades italianas y francesas, cfr. Franco Venturi, *Esuli russi in Piemonte dopo il '48,* Turín, 1959, y Wiktoria Sliwowska, *W kregu poprzedników Hercena* [En el ambiente de los predecesores de Herzen], Wroclaw, año 1971.

CAPITULO 2

Bakunin

Sólo dos años separan a Herzen de Bakunin, pero si comparamos la formación de uno y otro nos sorprende de inmediato una enorme diferencia. Los dos hombres parecen pertenecer a dos generaciones distintas. Herzen había encontrado en su familia, en el círculo que todavía muy joven creó a su alrededor, elementos que lo enlazaban directamente con la cultura ilustrada y la rebelión decembrista. Bakunin, en cambio, tuvo que recorrer por su cuenta todo el camino. Herzen es «hijo de los decembristas», como dirá Ogarëv; Bakunin es hijo de la época de Nicolás I, de aquella atmósfera de temores y secretos entusiasmos que gravitó sobre los años treinta. Si se necesitara otra confirmación, la enmarañada y dura vía que Bakunin —este hombre nacido para la libre acción— tuvo que recorrer a través de la filosofía y la religión para llegar a la política, constituiría la mejor prueba de lo que significó la censura impuesta en la vida rusa por la represión del 14 de diciembre de 1825 [1].

Esto es tanto más evidente si se piensa que Bakunin era también hijo de aquella aristocracia ilustrada que, en la época de Catalina, se abrió a la Europa de las luces. Su padre, enviado muy joven a la legación rusa de Florencia, hizo sus estudios en Padua, y asistió personalmente —según se contaba en la familia— a la toma de la Bastilla y quizás a la proclamación de la República Partenopea [2]. A los cuarenta años se casó con una joven Murav'ëv, pariente de algunos de los más conocidos dirigentes decembristas. Pero todo esto sólo hizo de él un noble liberal y temeroso, cada vez más encerrado en una vida aislada de señorón provinciano, de administrador patriarcal de sus grandes bienes en la región de Tver. Escribía versos para cantar la belleza de su situación y expresar su satisfacción ante la vida rusa, incluida la servidumbre de los campesinos, que le agradaba contraponer a la «libertad de los asalariados sin domicilio en los otros países, de los vagabundos siervos a sueldo de la mala esclavitud de ajenas casas» [3]. Estaba muy convencido, en suma, de que la democracia era algo que había que dejar para las pequeñas repúblicas de la antigüedad, y que, en cualquier caso, no había que dejarse atraer a conjuras o sociedades secretas.

En este mundo culto, abrigado y bien intencionado vivió Bakunin los años de su primera juventud. Parte importante de su actividad se orientará durante mucho tiempo a transformar ese mundo, a tratar de crear en él un centro espiritual, a plasmarlo de nuevo según los modelos ideales que pronto empezarán a apasionarlo. Necesitará años y años para apartarse de él.

En 1845, en París, volviendo la vista atrás, escribía, en una carta a sus hermanos y hermanas, aún llena de recuerdos de la vida en común infantil y juvenil: «Todo o nada: he aquí mi lema, mi grito de batalla, y no retrocederé ni un paso en mis intenciones. Como veis, amigos, yo no he cambiado. ¿Y vosotros? Me da miedo preguntároslo. Vuestra triste cautividad —estáis rodeados por un mundo tan vil, encerrado en límites tan estrechos...» [4].

Una década de su vida la gastará en transformar ese mundo, y después en salir de él. Y es fácil observar que aquel mundo dejó sus huellas, si no en sus ideas, al menos en su existencia cotidiana. Vivirá como un *barin,* con esa libertad de modales unida a la más completa ausencia de carácter práctico que hacía reconocer en él —bajo los hábitos del *bohème* y después incluso del revolucionario— los usos y costumbres del señor ruso de provincias.

Era el primogénito e inició sus primeros pasos en la carrera normal dada su posición social, entrando en una escuela de cadetes de San Petersburgo. No consiguió adaptarse a ella. Lo enviaron en castigo a una pequeña guarnición de Lituania. Pero su mentalidad aún no había cambiado. En 1831 escribía a sus padres, a propósito de la rebelión polaca: «No, los rusos no son franceses; aman a su patria, adoran a su emperador. La voluntad de éste es ley para ellos» [5]. En general, sus cartas de esa época son como un espejo de la vida mundana de la capital. Patria, religión, buenos sentimientos. Se entrevé al futuro Bakunin sólo en la pasión por la música, e incluso ésta era amada porque conmovía retóricamente su alma.

Solo, en su pequeña guarnición, empezaba empero a decir que «sus fuerzas mentales hervían y pedían alimento», que «los fuertes movimientos de su ánimo, luchando en vano contra los fríos e insoportables obstáculos del mundo físico, lo inducían a la melancolía...» [6]. Asaltado por el deseo de vivir más intensamente, animado por una pasión patriótica y románticamente religiosa, buscaba una explicación a su inquietud incluso en la situación general del mundo. Maldecía la tradición del XVIII —a cuyos últimos y envejecidos representantes conoció en la capital— y concluía: «No; nosotros aún no pertenecemos al siglo XIX; nos encontramos en el tránsito de un siglo al otro. Situación tormentosa, interregno de dos ideas...»

Cuando, ya a los veinte años, empezó a entrever una salida, sus palabras empiezan a asumir un tono más personal y reflejan ya la maduración que la soledad de Lituania había acelerado: «Dar energía a la voluntad es el único medio. Cuando podamos decir *ce que je veux, Dieu le veut,* entonces seremos felices, entonces cesarán nuestros sufrimientos» [7]. Es la

primera frase en la que podemos reconocer, bajo el uniforme del joven oficial, al auténtico Bakunin.

Por fin había encontrado en San Petersburgo quien le indicó en la filosofía alemana el instrumento para encontrar una paz interior, una felicidad que naciera de una conciencia de la propia personalidad naciente. Decía entonces que haber conocido a Stankévich era «en nuestro tiempo y en las condiciones de nuestra vida en general algo indispensable para no perder toda fe en el alto destino de la humanidad» [8]. En efecto, fue Stankévich —junto con unos pocos amigos congregados en torno a él— quien le proporcionó los primeros medios para desarraigarse del mundo en que había nacido, lanzándose a una aventura filosófica. «Una sola desdicha puede ocurrirle al hombre —escribía el 14 de noviembre de 1835 a uno de los amigos de Stankévich, entonces también suyo, A. P. Efremov—, una sola desgracia: perder las ganas, el deseo y las fuerzas para la actividad, y no tener una meta. Entonces el hombre no sólo puede, sino que debe suicidarse» [9].

En una generación en la que muchos, más o menos romántica y retóricamente, tomaban como ideal propio el «alma hermosa», Stankevich era realmente tal. Su idealismo, primero schellinguiano y después hegeliano fue vivido por él con una frescura, ingenuidad y modestia que lo convirtieron en una verdadera alma gemela de los románticos alemanes. Era uno de los poquísimos que entonces conocían realmente en Rusia la filosofía idealista. Tenía una mente capaz de extraer de ella un jugo vital, que iba más allá de las más o menos hábiles construcciones de conceptos, de las más o menos sofísticas justificaciones de ideas y sentimientos que poco o nada tenían que ver con la filosofía [10]. En una carta autobiográfica escrita a Granovski en 1836, antes aún de pasar de Schelling a Hegel, carta realmente hermosa, explicó a su amigo —que pretendía dedicarse al estudio de la historia— qué había representado para él la filosofía y qué era lo que Granovski debería buscar en la historia. Con rasgos finos y delicados narraba cómo había descubierto en sí el mundo de la poesía y de la filosofía, cómo llegó a él desde el estudio de la estética, y cómo ahora quería unificar su mundo mental. Terminaba fijándose un programa de estudios y explicándole a su joven amigo que «toda lectura es útil sólo cuando se la inicia con un objetivo determinado, con un problema» [11].

Nadie de su generación ha hablado como Stankévich, con tanta sencillez y sinceridad, de esta revelación de la vida espiritual que le dieron los alemanes, de la modificación en sí mismo que comprobaba al sumergirse en Kant o en Fichte. Nadie como él consiguió un equilibrio tan natural en esta autoeducación filosófica. Pese al sentimiento religioso que este hombre ponía en sus lecturas filosóficas, él buscaba siempre un límite, sentía la necesidad de encontrar un apoyo en la poesía o en la historia, un alimento y una prueba de la verdad que creía descubrir en sí mismo. La filosofía de Hegel, cuyo apasionado cultivador fue, dará en los últimos años de su vida una forma más reflexiva y meditada a esta sed de verdad.

A pesar de ello, Stankévich seguía siendo un típico idealista ruso de los años treinta. El deseo de un alejamiento de la realidad empírica era tan violento que se la hacía parecer —a la luz deslumbrante de la verdad conquistada— un «espectro» [12], algo totalmente mísero y carente de sentido. Sin duda, en esta actitud hay no sólo un elemento genéricamente religioso, sino místico. Pero quería seguir siendo filósofo y por ello, una vez realizado aquel alejamiento total, se replanteaba naturalmente el problema de la «realidad», es decir, de la reconquista de aquel mundo externo, práctico, vital, que tan bruscamente había perdido todo sentido a sus ojos.

El paso al hegelianismo no pudo remediar completamente esta inicial ruptura con el mundo. El problema volvía a surgir a cada momento, a propósito de los más nimios problemas de la vida cotidiana. Stankévich dijo un día que él mismo y los jóvenes idealistas amigos suyos eran hombres del *enges Gewissen,* de conciencia escrupulosa, podríamos traducir con una metáfora casuística perfectamente adecuada a la situación. Aprobaba la crítica de tono hegeliano de este estado de ánimo que encontraba en la *Enciclopedia de las ciencias teológicas,* de Rosenkranz, que estaba leyendo por entonces: «Esta nace —decía— de la necesidad de una armonía ética que observa cada acto por cada lado —lo malo es que semejante conciencia encuentra muchos lados, hasta el infinito»... y acaba, por contraste, decía dirigiéndose precisamente a Bakunin, «por lanzarse hacia adelante sin observar nada más, acabando así por realizar actos inmorales» [13]. Esto equivalía a describir con exactitud el estado de ánimo de aquellos jóvenes idealistas, a captar el elemento más íntimo de su aventura filosófica, y sobre todo de Bakunin.

En abril de 1835 éste le había escrito una carta exponiéndole sus aspiraciones, y cuando Stankévich le contestó que respondían a las suyas, se entrevistaron en octubre de ese mismo año y sentaron las primeras bases de una sólida amistad. Fue Stankévich quien indicó a Bakunin, cuando se estableció en Moscú, las obras de Kant. Pero Bakunin se resistía y, a pesar de su deseo de encontrar en ellas la verdad, les oponía su escaso conocimiento del lenguaje filosófico y, en general, su poca familiaridad con las abstracciones [14]. Stankévich lo llevó de la mano, le dio consejos sobre cómo leer obras de filosofía, cómo reflexionar sobre ellas.

Tras algunas vacilaciones, Bakunin se lanzó a la filosofía con todo el peso de su personalidad; encontrará lo que buscaba no en la de Kant, sino en la de Fichte. Por lo demás, su guía en las lecturas idealistas le decía que «Kant es útil como introducción a los sistemas modernos» [15], y Bakunin no pensaba aguardar demasiado para entrar en el templo. El año 1836 será su año fichtiano.

Leyeron simultáneamente, aunque en distintas ciudades, la *Bestimmung des Menschen,* y desde lejos Stankévich le decía la impresión que produjo en él aquella obra. «Me ha llevado a un estado de ánimo terrible, enfermizo, hecho de indecisión y de duda total; me atormento y no encuentro modo de salir de él...» Lo había apartado tanto del mundo exterior que

le hacía dudar de la existencia de éste. «Todos los pensamientos consoladores de la vida, el hacer, el arte, el conocimiento, el amor, todo ha perdido significado para mí, no sé yo mismo por qué» [16]. Pero su mente armoniosa pronto se recobró y de Fichte pasó a «comprender mejor a Hegel» [17].

La misma sed de alejamiento había atraído a Bakunin. Encontrar una sola verdad, concentrarse por entero en ella, dejar de ser un Hamlet, «como somos todos» [18]; considerar cada vez más remota y miserable la «artificial» [19] vida moral de la sociedad; destruir en sí «el egoísmo individual, el familiar, el nacional» [20]; considerar feliz sólo a quien «nunca pierde de vista lo absoluto» [21], esto era lo que Bakunin buscó y encontró en la moral de Fichte. «Estoy en mi camino. Podrá ser triste, solitario, pero es digno de mí» [22], escribía como conclusión.

En esta orgullosa ascesis la filosofía de Fichte se transformaba por entero en una afirmación del propio yo frente al mundo. Pero, ¿en nombre de qué? Bakunin no lo sabía aún. Llenaba este heroísmo y este titanismo abstracto, vacío, con una exaltación del amor universal, con una nueva introducción de toda la terminología y la fraseología religiosas, pietistas. Lo llenaba también con una enorme voluntad predicadora, que trataba de transformar a todas las personas que tenía en torno según este credo, interviniendo en su vida, en sus sentimientos, quemándolos en la llama del absoluto que creía haber conquistado. La suya no era una construcción intelectual, pues Bakunin estuvo entonces, como siempre estará después, muy lejos del pensamiento puro; pero tampoco era sólo la expresión de un sentimiento vago y difuso. En realidad, para él era una educación de la voluntad, un querer demostrarse a sí mismo sus propias fuerzas, tal vez en el vacío; un querer convencerse del poder y del destino del hombre. Por eso le gustaron tanto las páginas de Fichte.

Al volver sobre Fichte unos años después, con motivo de la lectura de una biografía del filósofo, Bakunin veía con claridad en sí mismo: «He aquí —escribía— al verdadero héroe de nuestro tiempo; siempre lo amé profundamente y le envidié su extraordinaria fuerza, su capacidad para abstraerse de todas las circunstancias externas e internas y de la opinión de los demás y marchar recto e incansable hacia las metas que se había fijado, iluminado por la conciencia de la verdad y de la bendición de Dios. También en mí hay algo parecido, pero debo aún formar mi propia fuerza...» [23].

Antes de marchar a Berlín en 1837, Stankévich tuvo aún tiempo de ayudarle a estudiar la filosofía de Hegel, que podía persuadir a Bakunin —como ya lo había persuadido a él (para quien, por otra parte, el período fichtiano fue mucho menos importante)— de que no se trataba de llevar titánicamente la tierra hacia el cielo, sino de buscar a Dios en la historia y en las cosas. El problema de la «realidad», tras tanto entusiasmo romántico, constituyó la nueva etapa de su vida. Hegel lo ayudó a poner fin a lo que él, después, definirá como «el tiempo de nuestra juventud tempes-

tuosa y de la libertad, cuando éramos presa del entusiasmo... el tiempo en que la palabra "realidad" aún no se había pronunciado entre nosotros» [24].

A partir de mediados de 1837 puede decirse que en sus cartas predomina la terminología hegeliana. Lo absoluto —que había querido conquistar y afirmar, en lucha contra todo— se derrama sobre todo lo que le rodea, amenazando a cada momento con convertirse no en historia, comprensión más profunda de las cosas, sino con dar a esas cosas un valor absoluto, con atribuir el valor de categoría y verdad a todo fenómeno, y sobre todo a todo sentimiento. Ya no buscaba un consuelo, sino una justificación. La genérica fraseología religiosa de su período fichtiano se hacía más íntima, detallada, casuística y escrupulosa.

Stankévich se encontraba ahora en el extranjero. Bakunin se quedó en el centro de aquel grupito de filósofos moscovitas y leyó y releyó a Hegel, dejándose convencer cada vez más y predicándolo a los otros. Una exposición de las ideas de Hegel —nada original, desde luego, pero que prueba su conocimiento del filósofo— está contenida en dos artículos de estos años, de los cuales se publicó uno sólo, en 1840. De Hegel acabó sacando una reconciliación con la realidad, pero una reconciliación también absolutamente voluntarista, que no era ni abandono religioso ni tampoco aún interés por los diversos problemas concretos. Era un intento de dar un contenido a la fuerza que había creado en sí, un contenido que ya no fuese sólo el amor infinito o un sentido religioso vago y potente.

Junto con Belinski, que en estos años sufrió su intensa influencia, llegó entonces —como recordamos al hablar de Herzen— a aplicar su justificación filosófica al mundo político que lo rodeaba. Esto equivalía a querer demostrarse a sí mismo que se había evadido de las veleidades, de los sueños de las «almas hermosas», para aceptar la historia y la vida. A través del esfuerzo de concentración, a través de la negación religiosa del mundo y la reconquista hegeliana de éste, creía haber adquirido la fuerza suficiente para entender y dar un sentido a la pesada y gris realidad política de Nicolás I. Con este paso, y de una forma retorcidísima, Bakunin llegó por fin a tocar los problemas realmente suyos, los problemas políticos.

Pero por entonces aún se hallaba en un punto muerto, en un callejón sin salida. Los caminos que cada uno de los jóvenes filósofos moscovitas —Stankévich, Belinski, Bakunin y, podemos añadir, Botkin y Granovski— tomaron para salir de la apología del absolutismo revelan la importancia que esta paradoja asumió en su caso. La controversia, desde 1837 a 1840, se amplió en una discusión que es la forma rusa —complicada por problemas personales y religiosos— de la discusión que se desarrollaba contemporáneamente en Alemania entre los jóvenes hegelianos.

Una vez más, Stankévich demostró el equilibrio de sus ideas, ironizando desde lejos sobre las conclusiones a que habían llegado sus amigos. Estaba buscando demasiado sinceramente una «fe clara, amiga de la razón» [25], para dejarse ahora engañar. Todo aquel hegelianismo sonaba falso a sus oídos. Sin entrar a discutir sobre filosofía de la historia, criticó los

supuestos en que se basaban. Se rebelaba contra la idea de tomar —como ellos hacían— a un poeta como Schiller para transformarlo en el símbolo de una categoría (del sentimentalismo romántico) y hacer de él la enseña de cuanto negaban y odiaban. «Las noticias sobre los trabajos literarios y los conceptos de nuestros amigos son poco consoladoras —escribía a Granovski—. Si no comprenden lo que significa "realidad", pienso que respetarán al menos lo que el propio Hegel ha dicho... Que lean lo que dice de Schiller en la *Estética*... Y sobre la "realidad", que lean la *Lógica,* que la "realidad" en el sentido de inmediatez, de existencia exterior, no es sino razón y espíritu» [26]. Era una buena respuesta, en el plano filosófico. Pero también era no tener en cuenta que lo que decían Bakunin y Belinski equivalía sobre todo a la afirmación de un problema nuevo, el de la actividad práctica, política, cuya explicación empezaban éstos a buscar en Hegel.

El propio Stankévich, por lo demás, empezó también, en otra forma, a plantearse parecidos problemas en los últimos años de su vida. Contra la filosofía de la historia hegeliana, quería salvar el elemento individual, personal, la originalidad del yo que temía que se perdiera. Esta reacción asumía la forma de una defensa de la idea tradicional del alma. «Si es cierto que Hegel niega la inmortalidad del alma, lo abandonaremos» [27], escribía. El interés psicológico —para ilustrarlo y dominarlo se había consagrado también él a estudiar filosofía— le hacía vacilar ahora ante la aceptación de las últimas consecuencias de la dialéctica.

Por otra parte, la lectura de Feuerbach y de otros textos filosóficos recientes alemanes le planteaba el mismo problema de la justificación de toda la actividad práctica. Desde Roma, en 1840, hablaba a Bakunin de sus dudas: «La idea, transparente en sí misma, es la vida de lo absoluto; como hemos llegado a la idea, ya no es necesaria ninguna ciencia. Llevando la vida en sí misma, sin lucha, ésta se convierte en contemplación, beatitud. La ciencia se desvanece.» Una vez llegada a su término la visión hegeliana, ¿qué quedaba por hacer? «De la idea se puede construir la vida —respondía—, o sea que la idea se convierte infaliblemente en acción, conoce su propia obra y se complace en ella.» Continuaba diciendo que había leído la obra de August Cieszkowski, el hegeliano polaco, *Prolegomena zur Historiosophie.* «Este fija tres períodos de la historia: el *arte,* la *ciencia* (y estamos al final de ese período) y la *acción.* La subdivisión es falsa, porque no se basa en la historia. Pero esta última idea —que la ciencia deba hacerse acción, fundirse en ella— es justa.» «Ahora se siente la exigencia general de ligar más estrechamente estas categorías, de fundir filosofía y sentimiento para que aquélla no esté en la cabeza, sino en la sangre, en el cuerpo, en todo el ser» [28]. Era en cierto modo el testamento filosófico de Stankévich, tendente a buscar también él una vía hacia el mundo de lo práctico.

La reacción de Belinski fue menos filosófica que la de Stankévich, pero no menos interesante. Al tratar a Bakunin comprendió el hombre excep-

cional con que había tropezado —lo definía como una naturaleza leonina—, pero veía aún en él todos los aspectos negativos, su monstruoso orgullo, como él decía; su ligereza, su incapacidad para escuchar a los demás. En este análisis del hombre Bakunin había también una crítica de la filosofía que éste se había construido sobre Fichte y Hegel. Como en un espejo, le parecía ver reflejada en el carácter de él aquella voluntad de absoluto que hacía parecer aún más míseras las mezquindades de su personalidad y aquel ascetismo idealista que —enfrentándolo con el mundo exterior— le hacía perder el sentido de las cosas.

Belinski le reprochaba justamente esto: «Nunca has amado los sujetos y las imágenes individuales.» Para Belinski, crítico de poesía y de literatura, amante y animador de los hombres, éste era un pecado mortal, imperdonable. Sus relaciones con Bakunin están impregnadas por este amor a la fuerza que percibía en él y por un auténtico odio suscitado por la incapacidad de su amigo para sentir lo individual. «Te estimo, pero no puedo amarte», le decía. Para Belinski la rebelión contra Bakunin será también una rebelión contra el idealismo.

La primera ruptura se produjo en torno a la defensa que se vio obligado a hacer de las cosas sencillas, de la mezquina realidad que no debía necesitar justificaciones filosóficas:

> Le dije a Bakunin que sobre Dios y el arte se puede razonar desde el punto de vista filosófico, pero que sobre los méritos de la ternera fría era preciso hablar sencillamente. Me respondió que esa era una rebelión contra el idealismo, que me arruinaba, que me convertiría en un buen chico en el sentido de *bon vivant, bon camarade*, etc. Yo quiero desembarazarme de la pretensión de ser un gran hombre, quiero ser como todos [29].

Toda su defensa del individuo y, para empezar, de sí mismo era para Belinski el inicio de una nueva vida. Cesó de dejarse dominar por la idea de tener que sacrificarlo todo a la idea, hasta el punto de abandonar voluntariamente su propia dignidad, de «suicidarse» para sostener el valor filosófico del estado de Nicolás I.

Belinski no construirá, pues, una filosofía de la acción; dejará de intentar medirse con la dialéctica de Hegel; pero, atormentado y sensible, actuará realmente sobre toda la vida rusa de los años cuarenta, con su fuerte sentido de los «sujetos y las imaginaciones individuales». Con esta rebelión contra Bakunin se iniciaba para él el período de San Petersburgo, el más fructífero de su breve actividad.

Antes de marchar al extranjero, Bakunin pudo ver cómo la filosofía alemana se reflejaba sobre personas menos dotadas que él, que Stankévich y que Belinski, sobre quienes no ponían en juego toda su personalidad. Cuando en su vejez volvía a pensar en ellos, el personaje de Granovski,

por ejemplo —este inteligente y pacífico hegeliano moderado—, le daba horror:

> En él no había ni una gota de esa sangre verdaderamente amante de la humanidad que había en Diderot o en Danton. Vivió y murió en función de la doctrina y del sentimental-humanitarismo... Qué enorme diferencia entre él y nuestro Diderot: nuestro basto realista por temperamento y por naturaleza, Vissarion Belinski... Respecto al gigante Stankevich, Granovski era un excelente muchacho y nada más [30]

Granovski desarrollará en el plano histórico la «reconciliación con el absolutismo» de Bakunin y Belinski, ensalzando, en contraposición a los eslavófilos, la figura de Pedro el Grande y, en general, la función del absolutismo ilustrado en la historia de Rusia. Para Granovski la reconciliación hegeliana con la realidad será el punto de partida de sus ideas historiográficas liberales.

Al marcharse por fin al extranjero en 1840, Bakunin había roto con todos. Se sentía aislado. Sus concepciones políticas seguían siendo las de un conservador por voluntad filosófica; sus ideas eran las de un hegeliano convencido; pero ya le invadía un íntimo descontento. Ya no se sentía de acuerdo con nadie. Su inquietud se expresaba en choques personales cada vez más intensos y complicados, en polémicas que perdían su sentido teórico para convertirse en conflictos de temperamentos. Belinski decía que Bakunin no era «de los nuestros». Granovski decía que en su presencia se sentía *unheimlich*. Bakunin no había conseguido dominar los ánimos de sus amigos con su filosofía. Desde hacía tiempo, años, quería ir a Berlín a estudiar. Por fin, con la ayuda económica de Herzen, pudo abandonar Rusia.

Por extraño que pueda parecer, la ortodoxia hegeliana lo ayudó, una vez llegado a Alemania, a abandonar toda filosofía. Mientras tanto, ésta lo puso en directo contacto con los debates de la izquierda hegeliana, que en Rusia conocía muy poco. Su propia voluntad de absoluto le impidió buscar una escala filosófica en la que pasar de la especulación a la acción, una justificación conceptual de la actividad práctica. La filosofía se derrumbó tras haber cumplido en su vida su función («la filosofía de Hegel mata los caracteres débiles o los refuerza», había dicho Stankévich [31]). De su anterior esfuerzo filosófico le quedaba el desgarramiento del mundo circunstante, le quedaba sobre todo el deseo de dar un valor absoluto a la nueva meta de su vida, despreciando y utilizando como algo sin valor todo lo que no fuera esa meta. El resto podía derrumbarse, con la eterna justificación de que «gris es la teoría y verde el árbol de la vida» [32].

Los documentos sobre la evolución interna de Bakunin en el primer período de su estancia en Alemania son escasos y no muy importantes. Procede por negaciones totales, aún marcadas por la filosofía hegeliana.

> Guárdenos Dios de todo mísero compromiso: mejor ser consecuentemente abstracto que, con la ayuda de esa débil compromisoreidad, mantenerse próximo al mundo concreto. Ser consecuentes en las abstracciones lleva pronto al conocimiento de la propia unilateralidad y a la verdadera liberación. El compromiso no lleva a nada... [33].

No existe, en efecto, un paso gradual de la ortodoxia política de 1840 al revolucionarismo de 1842. Toda la concentrada vida interior de los años precedentes lo había preparado para este salto. Mientras que sus amigos de Moscú y los jóvenes hegelianos de Alemania razonaban aún sobre la exigencia de completar la filosofía clásica alemana con la categoría de la actividad práctica y de fijar dentro del sistema hegeliano las relaciones de la política con la filosofía, Bakunin ya había dado el salto, se estaba convirtiendo en el ejemplo viviente de una actividad práctica, de aquella venganza que ésta se tomaba contra la filosofía, por servirnos de la metáfora que precisamente por esos años utilizó Herzen.

Cuando Herzen leyó en Moscú el artículo *Die Reaction in Deutschland. Ein Fragment von einem Franzosen,* quedó entusiasmado. Vio expresada en él aquella pasión política extremista que estaban buscando en Moscú y que Bakunin, de un salto, encontró en Berlín.

El artículo estaba dirigido sobre todo contra los que querían un compromiso entre el mundo existente y la revolución. Esta última se le aparecía como la negación de lo que existe y, por lo tanto, sólo válida en cuanto verdadera negación, sin compromisos. Remitía a los conciliadores a la lógica de Hegel, a las leyes de Solón, al ejemplo de los judíos de Polonia que en la última guerra habían estado en parte con los polacos y en parte con los rusos, y que al final fueron ahorcados por todos.

Era un acto de fe en la revolución, que destruyendo y negando el mundo actual abriría las puertas al mundo del espíritu, que daría sus frutos también en el campo de la filosofía, negando las propias teorías en nombre de la libre actividad práctica. El final del artículo —la frase más conocida de ese texto, repetida después a menudo— tiene sentido precisamente con este enfoque: «La pasión de la destrucción es al tiempo una pasión creadora», decía.

Frase brillante que nos revela su extremismo, pero que pierde todo sentido político si no se liga estrechamente con lo que Bakunin había escrito inmediatamente antes:

> El pueblo, la clase pobre... cuyos derechos se reconocen ya teóricamente, pero que hasta ahora, por su origen y posición, está condenado a carecer de bienes, a la ignorancia y, por tanto, a una esclavitud de hecho —esta clase que es en realidad el verdadero pueblo, asume por doquier una actitud amenazadora... Todos los pueblos y

todos los hombres son asaltados por el presentimiento de un futuro que les diga una palabra de liberación. Incluso sobre Rusia, que tan poco conocemos y que está destinada quizás a un gran futuro, se están congregando amenazadoras nubes. ¡El aire es sofocante, preñado de tormenta!»[34].

La pasión revolucionaria, la contraposición del yo y del mundo, había encontrado por fin un contenido, y era un contenido social.

Su ideal lo asaltó con tanta fuerza que rompió cada vez más claramente con Rusia. El adiós a Turgenev —el futuro novelista, a quien conoció en Berlín en la época de su primera estancia en Alemania y que fue el último ruso a quien trató de convertir a su religión hegeliana— es como el símbolo de una ruptura cada vez más honda con los suyos, con Moscú, con Rusia[35]. En noviembre de 1842 había adquirido ya tanta certeza en su ideal político que fue él quien alentó a Ruge a sacar las últimas consecuencias prácticas de la polémica contra el hegelianismo ortodoxo. En otoño de ese año, al marcharse de Berlín a Dresde, ya había decidido con toda la fuerza de su personalidad consagrarse a una obra política en el mundo de los grupos socialistas alemanes. En Dresde conoció al poeta Herweg, y juntos emigraron a Suiza para crear allí un núcleo de socialistas y radicales[36]. El propio Herweg introdujo a Bakunin en el primer grupo comunista con que éste tuvo contactos, el de Weitling.

Este había publicado poco antes su libro *Las garantías de la libertad y de la armonía*. «Es una obra verdaderamente importante», escribía Bakunin a Ruge. Lo que le interesaban no eran los aspectos puramente utópicos, sino justamente las ideas políticas de Weitling. Buscaba sobre todo un testimonio sobre el estado de ánimo de un proletario. «Al leer este libro se da uno cuenta de que dice lo que siente un proletario, lo que no podría dejar de sentir.»

Bakunin se encontraba ante un mundo nuevo y empezaba a escucharlo, a tratar de comprenderlo con la pasividad que según afirmó un día era su estado de ánimo natural cuando se hallaba en presencia de algo desconocido, radicalmente distinto. Escuchaba entonces en silencio, seguro de que «la negación es siempre el único alimento y la condición fundamental de toda vida viva»[37].

Cuando empezó a reflexionar sobre el mundo de artesanos y proletarios que había conocido en torno a Weitling es muy probable que Bakunin ya hubiera absorbido instintivamente los elementos de rebelión anárquica contenidos en la predicación del revolucionario alemán, que tienen aspectos muy semejantes a las posteriores ideas de Bakunin. Pero no se detuvo sobre ellos por entonces. Se preguntó cuál era el valor del propio meollo de la predicación de Weitling, del comunismo encerrado en ella. Y acabó concluyendo: «La suya no es una sociedad libre, no es una unión realmente viva de gente libre, sino un rebaño insoportablemente coac-

cionado, unido a la fuerza, de animales que persiguen únicamente objetivos materiales y que nada saben del aspecto espiritual de la vida» [38].

Y, sin embargo, el comunismo planteaba un problema, nacía de toda la estructura social. «El comunismo no surge de las teorías, sino del instinto popular, y éste nunca se equivoca» [39]. «Estamos en vísperas de una gran revolución... que no tendrá sólo un carácter político, sino de principio y de religión» [40]. Bajo la vieja bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad, la democracia estaba iniciando una nueva lucha, animada por esta voluntad de liberación de los trabajadores. La predicación de Weitling no era más que un síntoma.

El comunismo de éste no era, en suma, más que la solución errónea de un problema vivo y fundamental. Se trataba de encontrar «el verdadero comunismo», de contraponerlo al grosero, violento y tiránico que había encontrado en Zurich.

Cuando el movimiento de Weitling fue desarticulado, Bakunin —implicado, aunque indirectamente, en la persecución— tuvo que abandonar la ciudad y, tras una breve estancia en Suiza, se reunió en París con Ruge y los otros emigrados alemanes. Allí prosiguió su búsqueda del verdadero comunismo; en Suiza pensó por un momento en alcanzarlo no sólo con el intelecto, sino con su propia vida, convirtiéndose en un trabajador y probándose así su libertad. Pero fue sólo un momento, debido, por otra parte, a su situación económica, cada vez más difícil.

En París, donde estuvo unos años —y que le gustó tanto, al menos al principio, que declaró que se quedaría allí para siempre—, su vida se dedicó únicamente a leer, a discutir ideas políticas y filosóficas. Tuvo un círculo excepcionalmente amplio de relaciones y amistades, con contactos sobre todo con la emigración alemana, y lazos personales con Proudhon, Louis Blanc, Marrast, George Sand, Michelet, en suma, con el núcleo de la que será la izquierda de 1848 [41].

También allí le interesaron al principio de modo especial las corrientes comunistas. Conoció a Cabet, y en octubre de 1844 escribía a su amigo Solger [42], que «estaba estudiando economía política y era comunista de todo corazón» [43]. En una carta de septiembre de ese mismo año, Engels, al hablar de él, lo enumera entre los comunistas. Fue Bakunin quien introdujo a Engels por primera vez en una reunión de obreros. Evidentemente, había sido muy intensa la impresión que le causó el grupo de Weitling en Suiza. Pese a las reservas expresadas en el artículo publicado en Zurich, esta primera experiencia dejó fuertes huellas en él.

Bakunin se encontraba muy próximo entonces al grupo que en los últimos meses de 1844 estaba tratando de transformar el periódico alemán publicado en París, «Vorwärts», en un órgano del socialismo emigrado, es decir, el grupo de Ruge, Marx, Herweg, Heine. Pero también en la atmósfera de aquel círculo percibió algo que le impedía participar en él con toda su alma. Volvía a encontrar allí la coacción y el artificio

que no le permitieron aceptar la utopía de Weitling. «Estos señores son ajenos a las exigencias fundamentales de la dignidad y la libertad humana —escribía—. ¿No es triste acaso?... Los comunistas franceses, desde este punto de vista, son más progresivos, más humanos, orgullosos y libres, están llenos de dignidad y amor propio y por eso aprecian también la libertad y la dignidad de los demás»[44].

Es cierto que Marx contribuyó entonces a inducir a Bakunin a profundizar en sus propias ideas políticas. Muchos años después, en 1871, Bakunin dirá: «Marx era entonces mucho más extremista que yo. Entonces yo no tenía ideas sobre la economía política, y mi socialismo era puramente instintivo. Aunque más joven que yo, Marx ya era entonces ateo, docto materialista y socialista coherente... Nos veíamos con bastante frecuencia, porque yo estimaba mucho sus conocimientos y su apasionada y seria entrega a la causa del proletariado, aunque siempre se mezclaba en ella una vanagloria personal»[45].

A su vez, Marx estaba intrigado e interesado por la vida de estos primeros rusos que se habían agregado, por así decirlo, a la emigración alemana en París. Bakunin era la única personalidad política entre ellos; pero en 1844 se podía ver con él a Sazonov —que creó con Herzen el grupo sansimoniano de Moscú— y, de paso por París, a Botkin, uno de los occidentalistas, así como a G. M. Tolstoi, pintoresca figura de noble de la región de Kazán (emparentado con el decembrista Ivashov), que prometió por entonces a Marx vender sus posesiones y entregarle el dinero obtenido; aunque no lo hizo, conservará en los años siguientes sus tendencias progresistas y le dará a Belinski la posibilidad financiera de dirigir el «Sovremennik» (El Contemporáneo)[46]. Marx decía que estos rusos se veían empujados al mundo de las sectas comunistas por pura curiosidad, por «glotonería». En realidad, había algo más, como pronto le demostrará Bakunin. Pero sus relaciones durante el primer período estuvieron dominadas por ese juicio, por el sentimiento de superioridad que Marx demostraba frente a los rusos. Si Bakunin se volvió a los franceses, a los polacos, disminuyendo bastante sus relaciones con la emigración alemana, se debió en parte a esto, pero sobre todo a que había acabado encontrando en las doctas formulaciones de Marx la misma negación de una «libre sociedad» que ya lo había apartado de las ideas de Weitling.

Al volver muchos años después sobre este período de su vida, Bakunin concluía que Marx era un gran pensador, pero que «Proudhon comprendía y sentía la libertad mucho mejor que él... Es muy posible que teóricamente Marx pueda alzarse a un sistema más racional de libertad que el de Proudhon, pero le falta el instinto de la libertad; como alemán y judío es autoritario de los pies a la cabeza»[47].

El «verdadero comunismo» que Bakunin estaba buscando no encontrará, pues, su formulación en las ideas que Marx elaboraba por enton-

ces, sino en una discusión con Proudhon. Frente a la concepción política y social de éste, Bakunin adoptó una actitud similar a la asumida contemporáneamente por Herzen frente a las ideas de los eslavófilos rusos. Aceptó algunas instituciones fundamentales, pero quiso podarla y sobre todo criticarla a la luz de su anterior experiencia filosófica. Será un proceso lento, que Bakunin podrá considerar terminado sólo cuando formule su anarquismo, que no era más —como afirmaba él mismo— que el sistema de Proudhon, «ampliado, desarrollado y liberado de todos sus adornos metafísicos, idealistas y doctrinarios» [48].

Los testimonios sobre las relaciones entre Proudhon y Bakunin en estos primeros años parisienses son en exceso fragmentarios para poder reconstruir las etapas de esta elaboración; por otra parte, las influencias fueron recíprocas. Bakunin fue, entre otras cosas, uno de los que —con Marx y Grün— interesaron a Proudhon por la dialéctica hegeliana. Pero ya sabemos lo que significaba ésta para Bakunin; y respecto a Proudhon, le sirvió sobre todo como instrumento para buscar «la realidad», para extraer de un sistema complejo su meollo político, para sacar de él un socialismo inmune a los aspectos despóticos que había percibido en el comunismo de Weitling y de la emigración alemana.

Su actividad de publicista en Alemania y Suiza, sus contactos personales con los elementos de la izquierda hegeliana y de las sectas comunistas llamaron pronto la atención de la policía zarista sobre Bakunin. A finales de 1844 el Senado lo condenaba, «por haber tenido en el extranjero criminales relaciones con una sociedad de gente malintencionada y por no haber querido someterse a la llamada del gobierno de Su Majestad y regresar a Rusia, a la privación del derecho y la dignidad de noble y a ser deportado, si se presentaba en Rusia, a Siberia a trabajos forzados, y al embargo de sus bienes, si los tuviere» [49]. Esta condena, publicada por la embajada rusa también en la prensa parisiense, le hizo volver de nuevo los ojos a su país. En enero de 1845 enviaba una carta abierta al diario «La Réforme» para protestar y expresar su opinión sobre la situación de Rusia. Otro emigrado, Golovín, había sido condenado por idéntica sentencia del Senado y ya había protestado públicamente, remitiéndose a los derechos de los nobles rusos y a una hipotética «carta» concedida en la antigüedad por los emperadores a la aristócracia de su país. Esta intervención de Golovín indujo a Bakunin a tomar la palabra.

No, no era cierto que en Rusia hubiera una oposición de la nobleza y de los cuerpos constituidos. El Senado no tenía ninguna autonomía. El absolutismo ruso era total.

> *Aristocratie bien pitoyable et bien ridicule, qui, parfaitement étrangère à toutes les questions du siècle, a tous ces grands intérêts de l'humanité qui se débattent hors de son sein, ne sait parler dans*

ses réunions que des occupations, des gestes et des paroles de la famille impériale et des calembours du Grand-Duc Michel *.

A esta polémica contra la nobleza y el absolutismo ruso seguía una rápida pero eficaz descripción de las fuerzas que se oponían realmente al absolutismo. Era la primera vez que un revolucionario ruso hablaba así a los demócratas europeos, que las fuerzas y los problemas de lo que será el populismo ruso se especificaban y expresaban públicamente.

Il faut dire cependant que, parmi ces nobles Russes et surtout parmi les jeunes gens, il y en a déjà un assez grand nombre qui ont des tendences plus elevées. Ceux-là gémissent de l'abaissement où ils se trouvent plongés avec les autres et dont ils se sentent solidaires, quoique pour leur compte ils n'en soient nullement coupables. Ceux-là suivent avec amour les progrès de la civilisation et de la liberté en Europe, et se donnent toutes les peines du monde pour se rapprocher du peuple, chose extrêmement difficile, parce qu'ils en sont séparés par un abîme. Ils tâchent de conserver et de cultiver en eux-mêmes, et d'allumer dans les autres le feu sacré des grands et des nobles instincts. Ils se cherchent mutuellement dans cette nuit profonde, dans cette atmosphère empoisonnée par l'esclavage, la délation et la crainte, qui les enveloppent et les isolent. Ah! Monsieur, il faut avoir vécu en Russie pour bien comprendre toute l'influence qu'ont sur le développement intellectuel et moral d'un homme la position où il se trouve et le monde qui l'entoure! Dieu veuille que ces jeunes gens ne succombent pas! Car ceux d'entre eux qui auront résisté jusqu'à la fin aux nombreuses entraves qui les enchaînent pourront peut-être encore être utiles à notre patrie. Mais ils agiront alors non comme *mais* quoique *nobles. Car je vous le répète, Monsieur, la noblesse russe, comme telle, est complètement démoralisée, impuissante et morte.*

Pour moi, je ne m'en plains pas... Je crois que pour des pays malhereux et opprimés, comme la Russie et la Pologne, il n'y a pas d'autre salut que la démocratie.

No pensez pas, Monsieur, que la démocratie soit impossible dans ma patrie. Pour mon compte, je suis intimement persuadé qu'elle est l'unique chose qui y soit sérieusement réalisable, et que toutes les autres formes politiques, quelque nom qu'elles prennent, seraient aussi étrangères et odieuses au peuple russe que le régime actuel.

* «Aristocracia bien lastimosa y ridícula que, perfectamente ajena a todas las cuestiones del siglo, a todos los grandes intereses de la humanidad que se debaten fuera de su seno, sólo sabe hablar en sus reuniones de las ocupaciones, los gestos y las palabras de la familia imperial y los retruécanos del Gran Duque Miguel.»

Car le peuple russe, Monsieur, malgré le terrible esclavage qui le déprime, et malgré les coups de bâton qui pleuvent sur lui de tous les côtés, a des instintcs et des allures parfaitement démocratiques. Il n'est point corrompu lui, il n'est que malhereux. Il y a dans sa nature demi-barbare quelque chose de si énergique et de si large, une telle abondance de poésie, de passion et d'esprit, qu'il est impossible de ne pas être convaincu, en le connaissant, qu'il a encore une grande mission à remplir dans ce monde. Tout l'avenir de la Russie réside en lui, dans cette masse si innombrable et si imposante d'hommes qui parlent la même langue et qui seront bientôt, j'espère, animés par le même sentiment et par la même passion. Car le peuple russe avance, Monsieur, malgré toute la mauvaise volonté du gouvernement. Des insurrections partielles et très graves de paysans contre leurs seigneurs —insurrections qui se multiplient d'une manière effrayante— ne le prouvent que trop. Le moment n'est pas éloigné, peut-être, où elles se confondront dans une grande révolution et, si le gouvernement ne se dépêche pas d'émanciper le peuple, il y aura beaucoup de sang repandu.

On dit que l'empereur Nicolas y pense. Plût à Dieu! car s'il parvenait réellement à émanciper les paysans d'une manière franche et large, ce serait un véritable bienfait, qui lui ferait pardonner bien de choses, et il a beaucoup de choses à se faire pardonner, son règne n'ayant été marqué, jusqu'à présent, que par l'avilissement de tout ce qu'il y a eu encore de noble indépendence et de bons éléments en Russie... *.

* «Es preciso decir, sin embargo, que entre estos nobles rusos, y sobre todo entre los jóvenes, hay ya un número bastante grande con tendencias más elevadas. Estos se lamentan del envilecimiento en que se encuentran hundidos con los demás, del que se sienten solidarios, aunque por su parte no tengan en absoluto la culpa. Estos siguen con amor los progresos de la civilización y de la libertad en Europa, y se toman un enorme trabajo por acercarse al pueblo, cosa sumamente difícil, porque de él los separa un abismo. Tratan de conservar y cultivar en sí mismos, y de encender en los demás, el fuego sagrado de los instintos grandes y nobles. Se buscan mutuamente en esta noche profunda, en esta atmósfera envenenada por la esclavitud, la delación y el temor, que los envuelven y aíslan. ¡Ah! ¡Señor, es preciso haber vivido en Rusia para comprender bien toda la influencia que sobre el desarrollo intelectual y moral de un hombre tienen la posición en que se encuentra y el mundo que lo rodea! ¡Dios quiera que esos jóvenes no sucumban! Pues quienes entre ellos ofrezcan resistencia hasta el final a las numerosas trabas que los encadenan podrán quizás ser todavía útiles a nuestra patria. Pero actuarán entonces no *como* nobles, sino *a pesar* de serlo. Pues, se lo repito, Señor, la nobleza rusa, como tal, está completamente desmoralizada, muerta, y es impotente.

Por mi parte, no me quejo... Creo que no hay otra salvación que la democracia para países desdichados y oprimidos, como Rusia y Polonia.

No piense, Señor, que la democracia es imposible en mi patria. En lo que a mí respecta, estoy íntimamente convencido de que es lo único seriamente realizable allí, y que todas las demás formas políticas, sea cual sea el nombre que adopten, serían tan ajenas y odiosas al pueblo ruso como el régimen actual.

Bakunin no había abandonado, pues, sus dudas sobre los jóvenes intelectuales rusos, sobre quienes habían sido sus amigos: conocía sus debilidades, pero también sabía que el único germen político activo estaba en ellos, en lugar de en las masas campesinas o en el zar.

Bakunin oscilaba entre estas dos últimas fuerzas, iniciando así aquella vacilación entre revolución desde abajo y reformas radicales desde arriba que continuará durante más de veinte años, paralelamente —por otro lado— a gran parte de su generación. El populismo revolucionario nacerá sólo cuando se haya superado esa vacilación; lo conseguirán antes los grupos de jóvenes que se fueron formando en Rusia por los años sesenta que el propio Bakunin. Hasta ese momento la esperanza de una dictadura del zar contra los nobles, y en favor de los campesinos, seguirá siendo uno de los dos polos de su visión política. El otro polo era la gran esperanza de que las revueltas aisladas de los siervos pudieran un día convertirse en revolución.

La llegada de Herzen a París en marzo de 1847, y la de Belinski en julio del mismo año, despertará definitivamente el interés de Bakunin por los problemas rusos, en verdad nunca abandonado del todo, sino simplemente reducido cuando ocupó el centro de su atención el movimiento socialista de Occidente.

Herzen lo había seguido de lejos, admirando los artículos que escribiera. Cuando leyó su protesta en «La Réforme» anotó en su diario: «He aquí el lenguaje de un hombre libre, lenguaje que nos parece salvaje. No estamos habituados a él. Estamos acostumbrados a las alegorías, a las palabras atrevidas *intra muros*» [50].

Pese a esta admiración desde lejos, cuando llegó a París quedó asombrado por el modo de hablar y las ideas de Bakunin. Lo encontraba presa

Pues el pueblo ruso, Señor, a pesar de la terrible esclavitud que lo oprime, y a pesar de los bastonazos que le llueven de todos los lados, tiene instintos y modales perfectamente democráticos. No está en absoluto corrompido; sólo es desdichado. En su naturaleza semibárbara hay algo tan enérgico y tan amplio, tal abundancia de poesía, de pasión y de ingenio, que es imposible no convencerse, al conocerlo, de que aún tiene una gran misión que cumplir en este mundo. Todo el futuro de Rusia reside en él, en esa masa innumerable e imponente de hombres que hablan la misma lengua y que pronto, espero, estarán animados por el mismo sentimiento y la misma pasión. Pues el pueblo ruso avanza, Señor, pese a toda la mala voluntad del gobierno. Lo prueban en demasía las insurrecciones parciales y muy graves de los campesinos contra sus señores —insurrecciones que se multiplican de manera espantosa. Quizás no está muy lejos el momento en que se fundirán en una gran revolución, y si el gobierno no se apresura a emancipar al pueblo, se derramará mucha sangre.

Se dice que el emperador Nicolás piensa en ello. ¡Pluguiera a Dios! Pues si consigue realmente emancipar a los campesinos de forma amplia y franca sería un verdadero beneficio, que haría que se le perdonaran muchas cosas; y tiene mucho que hacerse perdonar, pues su reino sólo ha estado marcado, hasta el presente, por el envilecimiento de todo lo que aún quedaba en Rusia de noble independencia y de buenos elementos...»

de los intereses de la revolución mundial, de los problemas franceses, incapaz de entender la importancia de los acontecimientos intelectuales de Rusia, de la vida mental que era la única que sustituía a la libre vida política en su país. Bakunin le pedía a Herzen noticias sobre los ministerios y la política; Herzen le hablaba de las clases de Granovski, del mundo universitario y literario. En suma, Herzen aún era enteramente presa del mundo que hasta ahora había compartido, que él mismo había contribuido a desarrollar en sentido político, pero que seguía siendo la *inteliguentsia* rusa en vías de formación, y desde luego no un partido. Bakunin, desde que se había separado de ese mundo, había caminado mucho, por sí solo, a costa de abandonar durante años toda veleidad de influir sobre la vida rusa. No podían entenderse. Su lenguaje se había vuelto diferente. Ahora le tocaba a Herzen librarse del doctrinarismo moscovita.

La discusión volvió a enardecerse con la llegada de Belinski. Bakunin sostenía que Belinski debía quedarse en París, sin consumirse en San Petersburgo en la lucha cotidiana para decir y no decir su pensamiento, oprimido por la censura, amenazado siempre con ver una buena mañana a los guardias en su casa. Desde este punto de vista, Bakunin no se equivocaba. Sólo la muerte salvó a Belinski de la persecución.

¿Por qué continuar así? En París podría ponerse al frente de una emigración rusa [51]. Pero Belinski insistió en su determinación de regresar a San Petersburgo, pensando que podía ser útil sólo allí. Decía que Bakunin era «como un alemán, místico, idealista y romántico nato, y que como tal morirá, porque renunciar a la filosofía no significa también cambiar de naturaleza» [52]. Ya no se trataba sólo de un choque de temperamentos distintos. A partir de 1946, Belinski había abandonado cada vez más sus ideas socialistas por una visión más realista, menos influida por las utopías francesas, más centrada sobre el problema de la liberación de los campesinos y la libertad de prensa. Contra él —como contra Annenkov y Botkin, también en París por aquella época—, Bakunin y Herzen sostuvieron no sólo sus propias ideas socialistas, sino también su concepción del papel de la burguesía en la historia rusa. Afirmaron que había que librar a Rusia del peligro de convertirse en burguesa, de caer en una situación social parecida a la de la Francia de Luis Felipe. Belinski estaba de acuerdo con las críticas de sus amigos sobre la situación existente en Francia, pero no podía coincidir con las consecuencias drásticas que deducían de ella. Decía que «el proceso interno del desarrollo cívico de Rusia empezaba precisamente en el momento en que la nobleza rusa se iba transformando en burguesía. Polonia demostraba mejor que cualquier ejemplo la fuerza que tenía un estado carente de burguesía con derechos propios». Si quería seguir trabajando en San Petersburgo, si creía que podía proseguir el movimiento social y el desarrollo de la *inteliguentsia* —que había dado ya tantos pasos en los años cuarenta—, era justamente porque tenía un programa a más corto plazo, más ligado con esperanzas inmediatas. En suma, quería quedarse a la cabeza de los «occidentalistas»,

de los que se convertirán en liberales. Herzen y Bakunin, en cambio, empezaban entonces —con la esperanza en un tránsito directo de la situación rusa, aún dominada por la nobleza, al socialismo— a sentar las primeras bases ideológicas del populismo. Esta controversia marca exactamente el giro que dividió a los occidentalistas y a los populistas, a finales de los años cuarenta, y que encontró una expresión especialmente eficaz en la célebre carta de Belinski a Gógol [53].

Bakunin encontró en ella una confirmación de la idea que ya había expresado en su primer artículo sobre Rusia, y se convenció cada vez más de que el proceso que transformaría a los intelectuales rusos en revolucionarios activos sería lento y difícil. Veía ante sí a Belinski, que se negaba a emigrar; comprobaba que Annenkov y Botkin sostenían ideas cada vez más reformistas y liberales.

Esa misma convicción, ya unos años antes, le había hecho buscar otro camino para atacar la situación de su país. En el artículo de protesta contra su condena había aludido ya a Polonia, a la necesidad de que esta nación iniciara también el camino de la democracia. Ya en el viaje de Suiza a París había visitado a Lelewel, el historiador y demócrata polaco residente en Bruselas. Trató después de estrechar lazos políticos con la emigración polaca. En febrero de 1846, «Le Constitutionnel» publicaba un artículo suyo sobre las persecuciones a los católicos en Lituania y Bielorrusia, en el que sostenía, entre otras cosas, que «la opresión de Polonia era una vergüenza para su país y que la libertad de ésta marcará quizás el inicio de la liberación rusa» [54]. El problema nacional del imperio ruso constituiría, así, esa fuerza de choque contra el zarismo que los movimientos intelectuales del interior de la clase culta parecían incapaces de proporcionar.

También en este terreno Bakunin trató de abrirse un camino por su cuenta, en medio de las mayores dificultades. Era el primer ruso que, después de los decembristas, intentaba ligarse políticamente con el movimiento nacional polaco. Pocos le otorgaron su confianza, tanto más cuanto que la embajada rusa de París puso en circulación el rumor de que era un agente del gobierno zarista, calumnia que lo persiguió toda su vida. Durante todo el año 1846 lo desalentaron bastante los fracasos iniciales. La discusión política entre los polacos —que consideraban todos los problemas desde su punto de vista nacional— y él, un revolucionario ruso, resultó a menudo difícil, a veces imposible. Pero, por fin, en noviembre de 1847, consiguió pronunciar un gran discurso con motivo de una reunión conmemorativa de la rebelión de 1830.

El texto de su alocución demuestra que el deseo de entrar en contacto con la emigración polaca hizo surgir en él los gérmenes de toda la visión política sobre la revolución en los países de Europa oriental que desarrollaría en los dos años siguientes. En septiembre de 1847 escribía ya a Herweg: «Se siente acercarse la tormenta. Créame, pronto las cosas marcharán bien, pronto comenzará la vida para nosotros, pronto trabajaremos

juntos de ese modo amplio y tempestuoso cuya necesidad sentimos» [55] Percibía la proximidad de 1848. Pensaba que incluso en Rusia «los campesinos ya no esperarán del zar la libertad. Sus rebeliones, cada vez más frecuentes, demuestran que están hartos de esperar» [56]. Dijo, pues, a los polacos que poner de acuerdo a Rusia con Polonia representaba un gran paso, una causa a la que era justo consagrarse por entero. Esta reconciliación, derribado el imperio de Nicolás, significaría la liberación de todos los pueblos eslavos y el verdadero final del despotismo en Europa» [57].

Estas declaraciones públicas le valieron la expulsión de Francia, a petición de la embajada rusa. En Bruselas, donde se refugió, puede decirse que comienza su verdadera actividad de organizador y conspirador en las filas de las emigraciones democráticas que allí se congregaban en vísperas de la revolución de 1848, y sobre todo en medio de la emigración polaca, que le acogió bien, al menos al principio.

Poco antes de su llegada se había formado en Bruselas una «Sociedad democrática para la unión de todos los países» que incluía demócratas y comunistas belgas, junto con representantes de los diversos grupos exiliados. Marx y Engels formaban parte de ella como elementos comunistas alemanes; precisamente en una reunión de dicha sociedad el primero pronunció su conocido discurso sobre la libertad de comercio, antes de ser enviado a Londres, siempre en nombre de la organización, para entrar en contacto con los «Demócratas Fraternos», una organización cartista, también de tendencia internacionalista. De estos contactos surgirá la exigencia de un programa comunista, que Marx y Engels formularán en el *Manifiesto.*

En Bruselas, Bakunin chocó pronto con los marxistas, y esta vez con mucha mayor violencia que unos años antes en París.

> Vanagloria y malevolencia, peleas, soberbia teórica y timidez práctica, grandes reflexiones sobre la vida, la actividad y la sencillez —y completa ausencia de vida, de hechos y de sencillez. Obreros sabihondos y raciocinantes, y un repugnante jugar con ellos. «Feuerbach es un burgués»; y la palabra «burguesía» se convierte en un epíteto, resulta aburrida hasta la náusea a fuerza de repetirla— y ellos mismos, de los pies a la cabeza, son pequeños burgueses provincianos. En una palabra, mentira y estupidez, estupidez y mentira. En semejante sociedad no se puede respirar libremente y a pleno pulmón. Me mantengo alejado de ellos y he declarado explícitamente que no entraré a formar parte de su unión comunista de obreros y que no quiero tener nada que ver con ellos [58].

Pretendía, en cambio, establecer estrechas relaciones con los polacos. Pero Bakunin no conseguía actuar como deseaba en aquel ambiente de la emigración, dividido y forzosamente mezquino. Las insinuaciones de que era agente del gobierno zarista debieron complicar aún más el pro-

blema. La desconfianza amenazaba con ahogarlo. No conseguía ligarse políticamente con ninguna corriente de las que consideraba realmente vivas. El problema polaco —en el que se entremezclaban cuestiones religiosas, sociales, nacionales e internacionales— se le presentó en toda su complejidad, al observarlo a través de las luchas de estos pequeños grupos de emigrados. «Tomados uno a uno son casi todos buenos polacos; en conjunto, como partido, no valen nada.» Incluso en los mejores no encontraba una sola de esas «fuertes y frescas cuerdas, cuya vibración puede poner en marcha y hacer brincar el corazón de la nueva generación» [59]. El viejo Lelewel seguía pareciéndole, pese a sus años, una de las figuras más notables. No hay que descartar que fuera éste —quizás con ocasión de su primera y rápida estancia en Bruselas en 1844— quien le señaló en la *obshina* de los pueblos eslavos un posible germen de socialismo. Pero no hay ninguna indicación concreta sobre ello en sus cartas de estos años. Vemos a Bakunin explicar por entonces a otro emigrado «la enorme diferencia que hay entre la comunidad agraria y el falansterio», probablemente en el sentido de que veía en la *obshina* eslava el elemento de libertad y autonomía que le parecía fallar en la organización fourierista.

Los últimos meses de su estancia en Bruselas estuvieron llenos de una creciente desilusión con la «Sociedad democrática», en la que había puesto al principio grandes esperanzas. La «Sociedad» le permitió pronunciar otro discurso, en el cual —en nombre de los decembristas y de los caídos polacos— repetía su idea de una nueva unión entre Rusia y Polonia, liberadas del yugo zarista [60]. Pudo establecer además algún otro lazo personal, que no le será inútil cuando estalle la revolución de 1848.

«Los primeros días después de la revolución de febrero fueron los más felices de la vida de Bakunin», contará Herzen después [61].

Regresó inmediatamente a París y se lanzó a vivir donde se sentía más cerca de quienes habían luchado en las barricadas y que ahora estaban organizando las manifestaciones para empujar hacia adelante al gobierno provisional. Caussidière, el prefecto republicano de policía, decía entonces, al parecer, hablando de él: «*Quel homme, quel homme!* El primer día de la revolución es un verdadero tesoro; al día siguiente habría que fusilarlo.» Bakunin vivía en el Cuartel de Tournon, no lejos del Luxemburgo, con la guardia republicana que se estaba formando entonces y los obreros que se habían amontonado allí. Tres años después, encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo, narrará a su real confesor la profunda impresión que le había causado el encuentro con aquellos hombres.

> Os aseguro, Majestad, que en ninguna otra clase ni en ningún otro lugar encontré nunca tanta noble abnegación, un sentido tan instintivo del honor, tanta cordial delicadeza en el trato y tan amable jovialidad, unida a tanto heroísmo, como en estos hombres sen-

cillos, sin instrucción, que siempre fueron y serán mil veces mejores que sus dirigentes [62].

Pero aunque su ánimo era por entero presa del aspecto humano de la revolución, su mente empezó muy pronto a mirar a Europa oriental, donde podría decir una palabra propia e insertar por fin su voluntad de acción. El 13 de marzo «La Réforme» publicaba un artículo suyo sobre el significado europeo de la revolución de febrero. «La gente práctica del viejo régimen se ha vuelto ahora utópica, y la utopía de ayer se ha convertido en lo único posible, razonable y práctico.» Esta utopía era para él la pura e incondicional democracia, para Francia y para toda Europa.

> La democracia excluye la conquista, pero la victoria del principio revolucionario en Europa constituye para Francia un problema de vida o muerte... El movimiento revolucionario cesará sólo cuando Europa, toda Europa, *sin excluir a Rusia,* se transforme en una república democrática federal... Yo soy ruso y mi alma pertenece a Rusia... Esta revolución, destinada a salvar a todos los pueblos, salvará también a Rusia, estoy convencido» [63].

Prometía explicar en el artículo siguiente sus ideas sobre la revolución en los países eslavos, pero el artículo jamás se escribió. Con algún dinero que le dio Flocon y dos pasaportes en el bolsillo, salió hacia el ducado de Pomerania, para tratar de encontrar allí, con los polacos, un punto de partida para su actuación en el este. En Berlín, probablemente a petición del gobierno ruso, fue detenido y después dejado pronto en libertad.

Su viaje a través de Alemania, en abril de 1848, había sido rápido, pero eso no le impidió captar y describir con vivos colores este mundo alemán «en desorden, pero sin auténtica revolución». Le asombró la falta de un centro del movimiento. La revolución alemana le pareció fragmentada, incoherente. Y observando el carácter social de la sublevación escribía: «Ahora no son fuertes los reyes y los príncipes, sino la *bourgeoisie,* que se opone desesperadamente a la república porque lleva consigo problemas sociales y el triunfo de la democracia»... Y, sin embargo,

> sólo la república podrá sustituir a la muerta y maldita unión alemana y crear la unidad —ese ideal de todo alemán— *Deutsche Einheit.* No podéis imaginaros la cantidad de estupideces que se han dicho sobre este tema... Lo vivo en Alemania es el proletariado, que empieza a moverse, y los campesinos. Aquí se producirá una revolución terrible, un verdadero diluvio de bárbaros; este diluvio barrerá de la faz de la tierra las ruinas del viejo mundo, y entonces la suerte del buen y afable *Bürger* será mala, pésima. Los síntomas de esa revolución se ven ya por doquier: poco dinero, aún menos compradores, las fábricas cesan el trabajo, los obreros parados aumentan

cada día. La revolución democrática comenzará aquí dentro de dos o tres meses, a más tardar. Ahora los dirigentes organizan poco a poco las fuerzas y tratan de crear una unidad en el movimiento revolucionario de toda Alemania [64].

A pesar de su desconfianza ante tantos aspectos de Alemania —y sobre todo ante el nacionalismo que ya aparecía en la lucha con los daneses y en la incertidumbre de la política con polacos y eslavos—, Bakunin conservará siempre, hasta el final, su fe en la democracia alemana. Su agudo antigermanismo de años posteriores nacerá precisamente de la desilusión que experimentó ante el derrumbamiento de sus grandes esperanzas.

En Berlín sólo permaneció unos días. De paso por Leipzig se encontró de nuevo con Ruge, el hombre que varios años antes lo había orientado hacia las ideas democráticas. Le dijo que temía por la suerte de la revolución en Francia; cuando marchó de París empezaba ya a dejarse sentir la reacción. Por lo demás, Bakunin no era el único en expresar este juicio. Compartía estas ideas con muchos jefes socialistas franceses, pero probablemente veía con más claridad que ellos los reflejos internacionales de la situación. Le decía a Ruge que los franceses no entendían nada de la revolución alemana, y mucho menos la de los países eslavos. Este cuadro de la situación lo incitaba a actuar cada vez más en el mundo eslavo, en dirección a Rusia. Estaba persuadido de que sólo si la revolución se desarrollaba en Europa oriental podría asentarse también en Occidente y en Francia [65].

En Breslau, donde residió durante cierto tiempo para buscar un acuerdo con los polacos congregados allí, fracasó en sus intentos. También esta vez le resultaba difícil el contacto con los emigrados. La política prusiana —que durante cierto tiempo favoreció el movimiento polaco— empezaba ya a volverse contra éste, sobre todo cuando empezó a asumir un claro carácter campesino y a dirigirse contra los nobles.

El congreso eslavo de Praga, en mayo de 1848, le permitió por fin decir algo. Su política consistirá en un generoso intento de navegar contra corriente, en un intento de orientar los movimientos nacionalistas de los eslavos hacia objetivos que no contradijesen, sino que apoyaran, las revoluciones democráticas en Alemania, Francia, Austria, Hungría, Italia, y las sustrajeran a la influencia de los centros conservadores, que se servían de estas jóvenes fuerzas políticas, jugando con sus rivalidades nacionales.

Cuando se habla del paneslavismo de Bakunin por esta época, suele utilizarse un concepto vago para ocultar una incomprensión real de su actuación política de aquellos años [66]. Paneslavismo es una de esas cajas en las que se puede meter todo lo que se quiera, y Bakunin metió en ella su propia política, convencido de que la idea de una federación de todos los pueblos eslavos podría servir para llevarlos a participar en la gran lucha que se desarrollaba en toda Europa por la revolución.

En su política no falta, pues, un elemento maquiavélico, una voluntad de usar —sin creer demasiado en ella— esta bandera nacional con un

objetivo revolucionario. Se ha hablado de paneslavismo revolucionario, y la fórmula puede aceptarse a condición de ver con claridad que Bakunin puso el acento sobre el adjetivo, y no sobre el nombre. Puede ser también cierto que Bakunin se viera enredado en su complicado juego, y que al final lo aplastara la «demoníaca fuerza de la nacionalidad», como la definió un día, sin conseguir arrastrarla al terreno de un internacionalismo concebido como libre alianza y colaboración de fuerzas democráticas. Pero eso significa sólo que también sobre él pesó el destino de 1848, donde el elemento nacional y el social se entrecruzaron de tal modo que no permitieron el desarrollo concreto de uno ni de otro, hasta conducir a lo que todos percibieron como su gran fallo.

Al llegar a Praga, ya en junio expresaba sus ideas en las negociaciones con otros participantes en el congreso y en artículos de prensa. Los eslavos, decía, habían estado oprimidos durante demasiado tiempo para convertirse ahora en instrumento de opresión de otros pueblos. Sólo una federación eslava «desde el Adriático al Mar Negro, del Mar Blanco a Siberia», aseguraría la libertad de cada uno y los pondría a la altura de las otras democracias. Una federación como él la concebía daría a un «Consejo Eslavo» poderes exclusivos en materia de política exterior y de control para el mantenimiento de la libertad dentro de cada uno de los pueblos federados. El programa social debería ser el de una igualdad democrática, sin específicas alusiones socialistas. En sus consideraciones, Bakunin explicaba claramente que su objetivo era impedir que los movimientos nacionales que estaban afirmándose degenerasen en luchas internas entre los eslavos, o se orientaran contra otros pueblos. «El respeto y el amor por la libertad de los demás es a sus ojos la primera condición de la propia libertad» [67].

Hay que pensar que estas ideas se sostenían en el congreso de Praga, surgido en contraposición a la Alemania del congreso de Francfort, y con la finalidad —en la mente de algunos dirigentes y organizadores— de servir de apoyo a la monarquía de los Habsburgo contra los húngaros.

No hay que asombrarse, pues, de que Bakunin no lograse hacer triunfar sus ideas, y que ni él personalmente ni sus concepciones tuvieran en el congreso una función de primer plano. Sabía perfectamente, hay que repetirlo, que iba contra corriente. Por eso trataba de limitar sus objetivos: retirada de las tropas croatas de Italia, unión de al menos algunas nacionalidades eslavas en un núcleo de federación, sin contar de momento con Rusia, etc. Y empezó entonces a crearse un primer instrumento político para la realización de estas ideas, una sociedad secreta, los «amigos eslavos», compuesta por unas cuantas personas que pensaban como él, exponentes sobre todo de los movimientos eslovacos, croatas y servios.

Cuando una provocación de las tropas austríacas y la rebelión de grupitos de «checos demócratas» desencadenaron la insurrección de Praga —a cuya preparación Bakunin fue ajeno, con toda probabilidad—, éste se lanzó desesperadamente a la lucha armada y la organización, aunque no

creía ni en la oportunidad de la revuelta ni en la posibilidad de un resultado positivo.

El congreso eslavo quedó truncado. Al regresar a Berlín en julio, Bakunin reanudó sus actividades en cuanto pudo liquidar una nueva fase de la repetida calumnia de agente zarista que lo perseguía. Esta vez la acusación era particularmente grave, porque la reprodujo Marx en la «Neue Rheinische Zeitung», y Bakunin tuvo que buscar testimonios para conseguir un mentís. La persecución de la policía prusiana, impulsada de nuevo por Rusia, lo obligó a vagabundear por Alemania, mientras preparaba su *Llamamiento a los eslavos,* que publicó en Leipzig en diciembre de 1848 [68].

En él decía con eficacia, y todavía más abiertamente, lo que había tratado de hacer triunfar en el congreso de Praga. Los eslavos, afirmaba, se habían unido contra la política alemana, que les negaba el derecho a la existencia. Pero ahora tenían que ligar su suerte a la del desarrollo revolucionario en Alemania. Los eslavos tenían viejos conflictos con los húngaros. Pero ahora debían estar de parte de la Hungría revolucionaria, persuadidos de que cualquier ayuda al gobierno austríaco no haría más que agravar su opresión nacional. Es verdad —continuaba— que Rusia es un gran país eslavo, pero la política de Nicolás I estaba totalmente orientada contra los intereses de la democracia europea, y por lo tanto los eslavos no sólo no tenían que esperar nada de él sino que debían combatirlo abiertamente. La conclusión de su llamamiento era —más que una federación eslava, de la que casi no habla en este texto— «una federación general de las repúblicas europeas» [69].

«Para los eslavos éste es un momento crítico de su existencia. Que cada uno cumpla con su deber, y hágase después la voluntad de Dios. Para adoptar en este difícil momento una línea justa, es preciso tener mucho amor», escribía en una carta de ese período [70]. Efectivamente, mientras escribía su *Llamamiento a los eslavos* —que incluso en su forma hacía el mínimo de concesiones posibles a las fuerzas nacionalistas, que percibía como su mayor enemigo y que sin embargo pensaba que deberían aprovecharse en beneficio de la revolución— lo que lo dominaba era el sentido del deber.

Una posición tan clara le daba derecho a exhortar a los demócratas alemanes a un examen de conciencia. Se había ligado de nuevo a Ruge porque veía en él «un patriota alemán, pero no un teutómano», porque Ruge había protestado contra «la joven libertad alemana» en Polonia, Praga e Italia, y «contra todos sus compatriotas que eran francófobos, danófobos, eslavófobos; en suma, contra todo posible género de 'fobias', salvo las tiranofobias» [71]. La polémica de Engels contra su llamamiento debió de convencerlo del peso real del elemento nacionalista entre los revolucionarios alemanes. En los números del 15 y el 16 de febrero de 1849 de la «Neue Rheinische Zeitung», Engels escribió un artículo titulado *Paneslavismo democrático* en el que negaba, entre otras cosas, todo derecho de los países eslavos a una existencia autónoma, y en general todo

futuro a esa gente. Bakunin debió deducir que era muy difícil encontrar una alianza con las fuerzas revolucionarias alemanas.

Por otra parte, la situación interna de Alemania le parecía ya enormemente comprometida por la falta de valor de los dirigentes demócratas. No es que eso lo indujera a desesperar. Como Herzen cuando declinó la revolución en Francia, así ahora Bakunin, en Alemania, miraba a los campesinos y esperaba de ellos una recuperación. Hasta aquel momento —decía—, los jefes demócratas habían creído que moverían al campo con «abstractas frases políticas, constitucionales o republicanas. No querían despertar en el pueblo las llamadas 'bajas pasiones'». Eso habría provocado la reacción. Pero ahora el campo ya había comprendido. «Las 'bajas pasiones' desencadenarán la guerra campesina y eso me alegra porque no temo la anarquía, sino que la deseo con toda mi alma. Es la única que puede arrancarnos de esta maldita mediocridad en la que nos toca vegetar desde hace tanto tiempo.» La propia reacción podía ser útil para algo. Concentraría por fin los ánimos sobre sí mismos, obligaría a la gente a comprender que ya había terminado la hora de las charlas. «Ahora, gracias a Dios, empiezan a organizar y crear sociedades secretas» [72]. En su *Confesión* dirá más adelante que el mayor error de los demócratas alemanes fue haber hecho propaganda en las ciudades y no en las aldeas. Y sin embargo —agregaba— no hubiera sido difícil despertar el espíritu revolucionario de las clases campesinas, sobre todo en Alemania, donde aún quedaban tantos restos del viejo ordenamiento feudal.

A través de este examen veía con creciente claridad, en 1849, su programa para la recuperación. Centrándose en Dresde, basándose en un nuevo movimiento en Alemania, habría manejado contemporáneamente los hilos de una organización eslava concentrada en Bohemia, y ya no basada en Polonia, que, tras la experiencia realizada, no le inspiraba esperanzas. El movimiento, en lo social, adquiriría un carácter cada vez más popular. Como escribía en un primer borrador de su *Llamamiento a los eslavos*, el problema social, la lucha de clases habían destrozado en Francia —como también en los otros países en que se mezclaron con el problema nacional— las esperanzas de 1848. «La reacción habría sido muy estúpida si no hubiese sabido aprovechar esta situación», y por eso «predicó la cruzada del burgués contra el proletario». La burguesía, por su parte, desarmó al pueblo, privándose así de las armas con que defender la libertad. No quedaba más que esperar una insurrección plenamente popular, dirigida por los revolucionarios más decididos.

No se puede documentar con exactitud cuáles eran los planes prácticos que Bakunin deducía de este análisis. En la práctica tenemos que basarnos casi exclusivamente en las deposiciones que hizo en la cárcel, y sobre todo en su *Confesión* a Nicolás I, escrita en la fortaleza de Pedro y Pablo. Pero esta última, aunque sumamente curiosa desde el punto de vista psicológico, constituye un terreno muy resbaladizo desde el punto de vis-

ta histórico. Es como un negativo, si queremos expresarlo así, de la personalidad de Bakunin. Refleja todos los factores de cansancio, duda y desconfianza que acompañan toda acción, refleja sobre todo los elementos peores de su ideología, aquellos elementos que estaban como abrasados por su voluntad de afirmar la liberación social y nacional de los pueblos eslavos y que, en la prisión, pesan de nuevo sobre sus hombros o son empleados conscientemente por él para cautivarse las simpatías de su imperial carcelero o para engañarlo.

Así, incluso su «paneslavismo» revela en la *Confesión* sus aspectos negativos, se nutre de la desconfianza que siempre sintió Bakunin ante la Alemania de 1848, ante la propia Francia, y en general ante Occidente. Ya no aparece aquella fuerza que lo había llevado a esperar una libre inicitiva de los pueblos eslavos, la única que permitiría una profundización de la revolución en Occidente. Acaba exaltando la pura fuerza destructiva del imperio ruso, el brutal y negativo derrumbamiento de un mundo que no había logrado resurgir a través de la revolución.

La vacilación entre revolución campesina desde abajo y reformas radicales desde arriba —algunos de cuyos síntomas hemos observado en un artículo de unos años antes— reaparece aquí en el plano internacional. La revolución que no había resultado de la libre iniciativa de los pueblos, Bakunin quería presentarla ahora, por un momento, sustituida por la conquista rusa, por la iniciativa del emperador.

Los documentos, o sea las cartas que desde la cárcel envió a su familia, prueban que Bakunin en realidad no creía en estas ideas expresadas en su *Confesión,* y que seguía fiel a sus concepciones revolucionarias. Lo que escribió para Nicolás I no era, en suma, sino la sombra de su ideología política, la expresión de su desilusión ante el fracaso de 1848. La *Confesión* ha de examinarse, pues, con mirada crítica, no sólo en los detalles que pueden contrastarse con otros documentos, sino en lo que respecta a algunas ideas expresadas en ella, mucho más difíciles de contrastar. Y este es justamente el caso de su concepción de la revolución en Alemania y en Bohemia en 1849.

Es cierto que dicha concepción estuvo dominada por una desconfianza cada vez más radical en los medios legales y parlamentarios. Ya en agosto de 1848 adoptaba al respecto una posición paralela a la de Proudhon y Herzen, aunque sentida y expresada con una violencia totalmente bakuniniana. Escribiendo a Herzen elogiaba a Proudhon, y proseguía diciendo:

> Me interesan muy poco los debates parlamentarios. Ya ha pasado la época de la vida parlamentaria, de las constituyentes, de las asambleas nacionales, etc... No creo en las constituciones ni en las leyes. La mejor de las constituciones no podría contentarme. Necesitamos algo distinto: el impulso, la vida, un nuevo mundo sin leyes, y por tanto libre [73].

Como dirá en su *Confesión,* quería una república, pero no parlamentaria, sino dominada por «un fuerte poder dictatorial, que tendría la función exclusiva de alzar y educar a las masas populares. Es decir, un poder libre por tendencia y espíritu, pero sin formas parlamentarias, que imprimiese libros de contenido libre, pero sin libertad de prensa, rodeado por gente que pensara del mismo modo, iluminado por su consejo, reforzado por su libre cooperación, pero no limitado por nadie ni por nada» [74].

Como se ve, la fraseología anarquista que había utilizado para polemizar contra el parlamentarismo —y que respondía desde luego a sus sentimientos más hondos— recubría en realidad un programa que, más que anarquista, podríamos definir como blanquista.

> En Praga debía residir el gobierno revolucionario con ilimitado poder revolucionario. Expulsada la nobleza y todo el clero hostil, reducida a cenizas la administración austríaca, expulsados todos los funcionarios, conservando en Praga sólo algunos de los más importantes, de los más competentes, para consejo y como biblioteca para informaciones estadísticas. Abolidos también todos los clubes, los periódicos, toda expresión de la locuaz anarquía, sometidos todos a un poder dictatorial único. La juventud y todos los hombres útiles, subdivididos en categorías según su carácter, su capacidad y tendencias, se diseminarían por todo el país, para darle una organización revolucionaria y militar provisional. Las masas populares se subdividirían en dos partes: unos, armados, pero mediocremente, se quedarían en casa para proteger el nuevo orden y se utilizarían en la lucha de guerrillas, siempre que se presentara la necesidad. Los jóvenes y todos los desposeídos, capaces de llevar armas, los obreros de las fábricas y los artesanos sin trabajo, como también gran parte de la juventud burguesa instruida, constituirían el ejército regular, no *Freischaren,* sino ejército, que tendría que instruirse con ayuda de viejos oficiales polacos y también de soldados y suboficiales austríacos, ascendidos según su capacidad y celo a los diversos grados de la oficialidad. Los gastos serían inmensos, pero esperaba que se cubrieran en parte con las posesiones confiscadas y con asignados del tipo de los emitidos por Kossuth... Este era mi plan [75].

Aun dedicando sus mejores fuerzas a la organización secreta que debía preparar semejante revolución en Bohemia, Bakunin no olvidaba el objetivo final de su acción. Toda su actividad entre los eslavos tuvo desde el principio sus miras puestas en Rusia. Empezó entonces a recoger sus propias ideas sobre la situación de este país. Acabó redactando un opúsculo que, publicado en Leipzig en el verano de 1849, se titulará *Russische Zustände. Ein Bild aus der Jetztzeit* [76]. Era una descripción de la situación política y social de Rusia, hecha para los europeos «que no saben casi nada de ella» [77]. Pero era sobre todo una visión del futuro de Rusia, la

formulación más completa de aquel populismo revolucionario que nacía de la viva comparación de sus multiformes experiencias europeas y su propia visión de la situación en Rusia.

Había empezado a acopiar notas sobre la política extranjera, haciendo observaciones de cierto interés sobre los lazos entre Rusia y Polonia, exponiendo las dificultades de la solución del problema polaco, volviendo a explicarse a sí mismo por qué había abandonado su esperanza de una revolución en Polonia. Pero pronto dejó este primer esbozo para pasar a examinar la política interior, la situación del ejército, de los campesinos, de la nobleza de la propia Rusia.

Lo que decía de los soldados estaba dictado sobre todo por un objetivo inmediato: hacer que en Europa no se «despreciase, ni temiese» [78] al ejército ruso, cuyas debilidades internas enumeraba con tintas que entonces debieron parecer extrañas al lector alemán y en general europeo, pero que tenían algo de realista, si se piensa no en la expedición a Hungría de ese año, sino en la guerra de Crimea de unos años después.

Mucho más interesante es lo que escribía sobre los campesinos rusos. Polemizando contra quienes los describían como esclavos enteramente sometidos a su emperador, Bakunin subrayaba las pruebas que habían dado de espíritu independiente y revoltoso, hablando sobre todo del desarrollo de las sectas religiosas y de los grandes movimientos campesinos de Sten'ka Razin y de Pugachëv en el XVII y el XVIII, continuados después esporádica pero ininterrumpidamente.

> En Rusia no se trata simplemente de abolir la servidumbre, de establecer la libertad del individuo, sino también del derecho a la tierra. Los campesinos hablan de ello bastante abiertamente. No dicen: la tierra de nuestro señor, sino *nuestra* tierra. Así, desde ahora puede predecirse el carácter de la revolución rusa como revolución social, que tiene sus raíces en todo el carácter del pueblo y en su organización en *obshiny*. La tierra pertenece a la *obshina*, el campesino tiene sólo derecho a utilizarla. El derecho de herencia existe solamente para la propiedad nobiliaria, pero no para las parcelas de tierra. Cada veinte o veinticinco años se verifica una nueva distribución. Violar esta organización por *obshiny*, incluso con las mejores intenciones, es inadmisible; sería una condena a muerte para cualquier señor o noble [79].

Como se ve, Bakunin estaba convencido entonces de la importancia de la *obshina*, que daría —con la posesión tradicional y colectiva de las tierras por los campesinos— un carácter social a la futura revolución rusa. Es posible, como hemos visto, que fuese Lelewel quien le dio una primera idea de la importancia de estas comunidades agrarias en los países eslavos. Las discusiones con Herzen en París habían reforzado esta idea. Pero también es probable que se tratase de una reflexión personal sobre la situación

rusa, hecha quizás con motivo de la lectura del libro de Haxthausen, que citó en el primer esbozo de este opúsculo.

Después trazaba un rápido y vivo cuadro de la situación intelectual de Rusia.

> La literatura rusa en el período actual —decía— se ocupa únicamente de observar y representar la situación vergonzosa e insoportable del país. Es un período similar al que pasó Alemania en la época de Boerne, período de autoconciencia y autoflagelación morbosas. El resultado de todo ello es la convicción de los jóvenes aristócratas de no valer nada, de no tener ante sí el menor futuro —precisamente porque son aristócratas y a pesar de que son aristócratas—, junto con la convicción de que sólo en el pueblo se encierra la energía y la vida futura de Rusia. Este es el dogma de la Rusia actual [80].

Creer, como hacían aún muchos en Europa, que el movimiento desarrollado por ejemplo en Moscú se derivaba de una oposición de los nobles a la centralización estatal, era un craso error. «Moscú es en realidad el centro del descontento, pero el descontento de la juventud radical, que desprecia la carrera estatal y tiende hacia el pueblo, esforzándose ya por fundirse con él en la aldea» [81].

La ida hacia el pueblo, de la que Bakunin hablaba así, estaba concebida como un sacrificio dictado por la situación y al mismo tiempo voluntario, como comprobación del fracaso de la aristocracia y al mismo tiempo como renuncia a constituirse en una nueva clase dirigente. La *inteliguentsia* no sería, en suma, el germen de una burguesía rusa, sino de un movimiento revolucionario.

En aquel mismo período Herzen estaba exhortando a los revolucionarios a destruir en sí la civilización artificial, a consagrarse enteramente a la causa del pueblo. Bakunin empezaba ya a teorizar esta renuncia, dándole un valor absoluto, es decir, formulando su propio anarquismo. Esta concepción bakuniniana del futuro de la *inteliguentsia* respondía a las ideas que se había hecho sobre el deber de los revolucionarios en la Europa de 1849. La experiencia le demostró cuán sólidos eran los obstáculos de todas clases que se interponían ante una revolución democrática en toda Europa, aquellos obstáculos que él, como otros muchos, creyó posible derribar rápidamente en el ardor del entusiasmo de 1848. Ahora era preciso dedicarse íntegramente a una tarea negativa, destructiva. Los verdaderos revolucionarios serían los que destruyeran y derribaran el viejo mundo, dejando la tarea de «construir a otros mejores, más inteligentes, más frescos que nosotros» [82].

Con el programa revolucionario para Bohemia y con esta visión de Rusia se cerraba su búsqueda del «verdadero comunismo», iniciada en Suiza, en contacto con el grupo de Weitling.

También él —como Herzen, como en general gran parte del socialismo precedente a la revolución de 1848— había partido simultáneamente de un vivo interés por el comunismo y de una honda oposición a él, entendiendo por comunismo la tradición específica de Babeuf, de Buonarroti y de los diversos movimientos que tomaron de ellos su inspiración en los años treinta y cuarenta, sobre todo los de Cabet y de Weitling. Esta oposición, sobre todo al comienzo, había sido motivada por la grosería, la violencia y la tiranía que estos socialistas no podían dejar de descubrir en las ideas de los comunistas. El romanticismo, un conocimiento más complejo y pleno de los problemas económicos, la crítica del jacobinismo los habían rebelado contra semejantes tendencias. El comunismo seguía siendo para ellos una expresión directa del estado de ánimo de los proletarios, el revelador síntoma de una situación social; una profecía, no una solución. También Bakunin compartió, con especial vivacidad, este estado de ánimo. Aunque un día —y sólo un día— se proclamó comunista, había seguido desarrollando siempre esta actitud, polemizando con Weitling, con Marx, y acercándose a Proudhon.

Marx, en los años anteriores a la revolución de 1848 fue también un crítico del comunismo elemental, tradicional (utópico, como lo llamará). Pero después de la *Ideología alemana* dejó de desarrollar sus dudas, de luchar abiertamente contra el mito del comunismo tradicional, y encontró un camino en el estudio de la realidad social, del desarrollo económico, etcétera. Dejaba en blanco la organización de la ciudad futura, adoptando el comunismo como meta última de la evolución histórica, lo único que le interesaba. Y en la revolución de 1848 se consagró a actuar concretamente para acelerar y llevar a sus últimas consecuencias el proceso en curso.

Enfrentado con estos mismos problemas —fundamentales en el socialismo decimonónico—, Bakunin reveló a los demás (y a sí mismo) su maravilloso temperamento libertario, un temperamento en el que se sumaban todas sus experiencias precedentes, liberadas ya de las fórmulas y las doctrinas que las habían revestido. Pero, como observaba Belinski hablando de él, podría cambiar las teorías, pero no su propia naturaleza. Y en la naturaleza de Bakunin había una tendencia a dar forma teórica a sus propias pasiones y a sus sentimientos más personales. Empezó entonces a teorizar este temperamento libertario suyo, a darle la forma de doctrina anarquista. Apenas estaba en sus inicios y sus palabras pueden interpretarse casi siempre como reacciones de un revoltoso frente a un mundo mezquino —digamos, al nacionalismo de la burguesía liberal alemana—, o bien como germen de una negación total de las leyes y el estado.

Que se trataba sobre todo de una reacción personal, de una voluntad que se afirmaba, lo prueba el hecho de que, cuando desciende al terreno de los programas, Bakunin piensa en una dictadura revolucionaria y acaba aceptando los métodos de la Revolución francesa, de Babeuf, desarrollándolos en sentido paralelo al de Blanqui. Su anarquismo inicial no hacía

sino acentuar el valor absolutamente negativo, exclusivamente destructor, que pretendía atribuir a la dictadura revolucionaria.

Ya hemos visto que también Herzen —de forma distinta, y sin participar directamente en las conjuras ni por lo tanto en la formulación de programas detallados— siguió una evolución similar y pensó en Blanqui como en el verdadero revolucionario de su época, precisamente por ser capaz de emplear los medios indispensables para la necesaria destrucción.

Se produjo así en Herzen —y sobre todo en Bakunin— una momentánea fusión de los elementos comunistas y socialistas. En ellos se reflejaba una evolución característica de la revolución de aquellos años, es decir, la confluencia de la tradición babeuvista y sansimoniana, fourierista y proudhoniana. La desilusión de la derrota de 1848, la voluntad y la esperanza de una reanudación de la revolución, los indujo a creer en la dictadura blanquista, como único medio capaz de arrollar los obstáculos que 1848 no consiguió derribar. Pero para uno y otro el contenido de esta revolución futura ya no era el ideal comunista, sino el de los socialistas de los años treinta y cuarenta, y sobre todo el de Proudhon. Cuando su momentáneo blanquismo se derrumbe, Herzen resultará populista y Bakunin anarquista.

Esta concepción se conjuga en ambos con una creciente desconfianza en las fuerzas renovadoras de Europa occidental, con un pesimismo en torno a la suerte de Francia y Alemania. Por eso centraron entonces su atención en los problemas de Rusia, extrayendo de su experiencia una nueva visión de las masas campesinas rusas, de la *obshina,* de la fuerza rebelde y liberadora contenida en las aldeas rusas y en la vida de la *inteliguentsia.*

De esta visión —más pesimista en Herzen, más exaltada en Bakunin— nacía el populismo, como ideología de una revolución de los campesinos y de una clase dirigente capaz de defender sus intereses, sus tradiciones, fundiéndose voluntariamente con ellos.

Arrestado por su participación en la revuelta de Dresde de mayo de 1849 —revuelta en la que Bakunin demostró una sangre fría y una decisión excepcionales, tras un último intento de inducir a sus seguidores de Praga a levantarse al mismo tiempo que los alemanes—, Bakunin fue condenado a muerte el 14 de enero de 1850, junto con dos compañeros, para ser después entregado a Austria en julio del mismo año. Lo condenó de nuevo a muerte al año siguiente, en mayo de 1851, un tribunal militar, y pocos días después fue entregado a Rusia. Comenzaban así sus largos años de cárcel y de Siberia.

Notas al capítulo 2

[1] La obra fundamental para conocer su vida hasta 1861 es M. A. Bakunin, *Sobranie sochineni i pisem, 1828-1876 gg., pod redaktsiei i s primechaniyami Yu. M. Steklova* [Colección de obras y cartas, 1828-1876, edición y notas de Yu. M. Steklov], tomo I: *Período prehegeliano (1828-37)*, M. 1934; tomo II: *Período hegeliano (1837-40)*, M. 1934; tomo III: *Período de la primera estancia en el extranjero (1840-49)*, M. 1925; tomo IV: *En las cárceles y en la deportación (1849-61)*, M. 1935. Los volúmenes siguientes, por desgracia, no se han publicado. Se indicarán de ahora en adelante sólo con el tomo y la página. Véase sobre todo A. A. Kornilov, *Molodye gody Mijaila Bakunina* [La juventud de Miajil Bakunin], P. 1915; Id., *Gody stranstvi M. A. Bakunina* [Los años de viaje y búsqueda de M. A. Bakunin], P. 1925; Yu. Steklov, *Mijail Aleksandrovich Bakunin. Ego zhizn' i deyatel'nost' 1814-1876* [M. A. Bakunin. Vida y actividad. 1814-1876], 2.ª ed. aumentada, en tres volúmenes (en realidad, compuesta de cuatro), M. 1926-27 (el primer volumen se refiere al período 1814-61); V. Polonski, *Mijail Aleksandrovich Bakunin (Iz istorii russkoi intelligentsii)* [M. A. Bakunin (De la historia de la *inteliguentsia* rusa)], 2 vols., M.-L. 1925², cuyo primer volumen está dedicado al Bakunin romántico (1814-61); E. H. Carr, *Michael Bakounin*, Londres, 1937, y Benoit P. Hepner, *Bakounine et le panslavisme révolutionnaire*, París, 1950.

[2] Véase, a título de curiosidad, un escrito de «Alexandre de Bacounin» en las «Memorie de la R. Accademia delle Scienze di Torino», 1788-89, vol. IV.

[3] Polonski, *op. cit.*, vol. I, p. 9.

[4] III, 250.

[5] I, 52.

[6] I, 154.

[7] I, 175.

[8] I, 178.

[9] I, 180.

[10] Muerto aún joven en Italia (en Novi Ligure), dejó fragmentos recogidos en *Sochineniya* [Obras], edición de A. I. Stankevich, M. 1890, y sobre todo cartas: *Perepiska Nikolaya Vladimirovicha Stankevicha 1830-40* [Correspondencia de N. V. Stankevich, 1830-40], edición del mismo, M. 1914. Sobre él, véase M. O. Gershenzon, *N. V. Stankevich*, en *Istoriya molodoi Rossii* [Historia de la joven Rusia], M.-P. 1923², que sin embargo nos ha dado un retrato demasiado moralista y estetizante, y S. Mashinsky, *Stankevich i ego kruzhok* [Stankevich y su círculo], en «Voprosy literatury», 1964; cfr. Edward J. Brown, *Stankevich and his Moskow Circle. 1830-1840*, Stanford University Press, Stanford (Cal.), 1966.

[11] *Perepiska N. V. Stankevicha* cit., p. 450.

[12] *Ibid.*

[13] *Ibid.*, p. 649.

[14] *Ibid.*, p. 578.

[15] *Ibid.*, p. 598.

[16] *Ibid.*, p. 606.
[17] *Ibid.*, p. 607.
[18] I, 184.
[19] I, 221.
[20] I, 257.
[21] I, 417.
[22] I, 246.
[23] II, 306.
[24] III, 87.
[25] *Perepiska N. V. Stankevicha* cit., p. 582.
[26] *Ibid.*, p. 486.
[27] *Ibid.*, p. 624.
[28] *Ibid.*, p. 672.
[29] Citado en nota en II, 456.
[30] *Pis'ma M. A. Bakunina k A. I. Gertsenu i N. P. Ogarëvu, pod red. M. P. Dragomanova* [Cartas de M. A. Bakunin a A. I. Herzen y N. P. Ogarëv, edición de M. P. Dragomanov], Ginebra, 1896, pp. 244-45.
[31] *Perepiska N. V. Stankevicha* cit., p. 638.
[32] El propio Bakunin citará esta frase para explicar su paso de la búsqueda de Dios a la búsqueda de Dios «en la gente, en la libertad, en la revolución», en enero de 1849, III, 370.
[33] III, 147.
[34] III, 148.
[35] «Están ya completamente fuera de mi recuerdo», decía de sus amigos rusos en noviembre de 1842, III, 170. Actitud muy distinta de la que adoptaría pocos años después Herzen, al emigrar. Este llegó a su populismo mediante una continua comparación entre Rusia y Occidente. Bakunin llegó a él trasladando a Rusia la experiencia hecha en Occidente. En cuanto a Turgénev, también le impresionó la personalidad de Bakunin, aunque en el héroe de su novela *Rudin* reflejase sólo sus aspectos caricaturescos y negativos. Chernyshevski protestó violentamente contra esta actitud de Turgénev: «En vez de un retrato ha hecho una caricatura, como si un león se adecuase a ello.» Por lo demás, el propio Turgénev dijo que en *Rudin* quería retratar a Bakunin, pero que no lo consiguió. «Rudin fue al mismo tiempo superior e inferior a él.» Este episodio es interesante para comprobar cuán a menudo la literatura rusa de la época está ligada a la realidad política, pero cómo, por otra parte, de ella puede sacarse muy poco para la historia real de aquellos hombres y movimientos.
[36] V. Fleury, *Le poète Georges Herwegh (1817-1875)*, París, 1911.
[37] III, 180.
[38] III, 223.
[39] III, 229.
[40] III, 230.
[41] En su *Confesión* a Nicolás I dará una larga lista de estas amistades suyas, IV, 113.
[42] Sobre esta interesante figura de demócrata alemán —a quien un día Herzen llamará el más inteligente de sus oponentes y que estuvo muy ligado a Herweg y a Bakunin— véase un artículo de Yu. Kamenev en «Vestnik Evropy», 1914, fasc. IV.
[43] III, 237.
[44] III, 235.
[45] Citado por Steklov, *op. cit.*, vol. I, p. 189.
[46] D. Riazanov, *Karl Marks i russkie liudi sorokovyj godov* [K. Marx y los rusos de los años cuarenta], P. 1918, en el cual hay que rectificar, sin embargo, lo que Riazanov afirma de Tolstoi, confundiéndolo con un homónimo, agente de la Tercera Sección. Por lo que respecta a las relaciones de G. M. Tolstoi con Belinski, véase V. Evgen'ev-Maksimov, *«Sovremennik» v 40-50 gg. ot Belinskogo do Cher-*

nyshevskogo [El «Sovremennik» en los años cuarenta y cincuenta, de Belinski a Chernyshevski], L. 1934, pp. 32 y ss.

47 Citado por Steklov, *op. cit.*, pp. 192-93. También Herweg, amigo entonces tanto de Marx como de Bakunin, «siempre fue hostil» a Proudhon, III, 317. Bakunin fue el único, contra el ambiente en que vivía en esos momentos, que eligió entre Marx y Proudhon. Después coincidirá con Herzen en este terreno, cuando éste llegue a París en 1847.

48 Citado por Steklov, *op. cit.*, p. 199.

49 III, 460.

50 A. I. Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* [Colección completa de obras y cartas], III, p. 449.

51 Conocemos estos proyectos por las memorias de una literata rusa, Avdot'ia Panáeva, que estaba entonces con su marido de visita en París. Véase *Vospominaniya 1824-1870 gg.* [Memorias 1824-1870], M.-L. 1933, p. 203.

52 Belinski, *Pis'ma* [Cartas], edición de E. A. Liatsky, vol. III, p. 328.

53 Cfr. Yu. G. Oksman, *Pis'mo Belinskogo k Gogoliu kak istoricheski dokument* [La carta de Belinski a Gogol como documento histórico], en Id., *Ot «Kapitanskoi dochki» k «Zapiskam ojotnija». Pushkin. Ryleev, Kol'tsov. Belinski, Turgenev. Isledovaniya i materialy* [De «La hija del capitán» a las «Memorias de un cazador». Pushkin. Ryleev. Kol'tsov. Belinski Turgenev. Investigaciones y materiales], Saratov, 1959, pp. 160 y ss.

54 III, 57.

55 III, 265.

56 III, 276.

57 De esta conmemoración habla Sazónov en una carta del 29 de noviembre de 1853, publicada en C. H. Ostrovski, *Lettres slaves (1833-1857). Orient, Pologne, Russie*, París, 1857², p. 219.

58 III, 282.

59 III, 286.

60 Este discurso no se imprimió. Es muy probable que expresase detalladamente en él sus ideas sobre las posibilidades revolucionarias en el mundo eslavo. Así lo afirma, en cualquier caso, en su *Confesión*, IV, 119. Había escrito en una carta que pretendía dar así un paso «serio,, atento, que tocara todos los más difíciles aspectos de la cuestión», III, 286.

61 Gertsen, *op. cit.*, XIV, p. 424.

62 IV, 122.

63 III, 296.

64 III, 298.

65 Steklov, *op. cit.*, vol. I, p. 267.

66 De este defecto adolece también el estudio de Hepner, *op. cit.*

67 III, 301.

68 III, 346 y ss. En la página 329 se publica un interesante borrador inicial de este llamamiento.

69 III, 349.

70 III, 370.

71 III, 315-16. Sobre los lazos entre Italia y los eslavos Bakunin recordará una vez más, en su *Confesión*, que por aquella época en Roma «los demócratas italianos hablaban de los eslavos como de posibles y destacados aliados». IV, 176.

72 III, 367-68.

73 III, 317-18.

74 IV, 153.

75 IV, 172-73.

76 III, 339 y ss.; véase también el interesante artículo de B. Nikoláevski, *Vzgliady M. A. Bakunina na polozhenie del v Rossi v 1849 g.* [Las ideas de Bakunin sobre la situación de Rusia en 1849], en «Letopisi marksizma», 1929, fasc. IX-X. Este

opúsculo de Bakunin es recordado en Iwan Golovin, *Russland unter Alexander II*, Leipzig, 1871, p. 246. Cuando Herzen leyó el opúsculo se entusiasmó con él. Véase la carta a Egma Herweg, desde Ginebra, del 26 de octubre de 1849, en E. H. Carr, *Some Unpublished Letters of Alexander Herzen*, en «Oxford Slavonic Papers», volumen III, 1952, p. 98.

[77] III, 385

[78] III, 399.

[79] III, 408.

[80] III, 415.

[81] III, 416.

[82] IV, 155

CAPITULO 3

Problema campesino y socialismo en los años treinta y cuarenta

Herzen y Bakunin, en mayor medida que nadie de su generación, entendieron e interpretaron los problemas de la sociedad rusa, las relaciones entre su país y el movimiento de los ánimos y las cosas en el resto de Europa. Pero ambos, aunque de manera diversa, habían sido exiliados en su patria incluso antes de atravesar la frontera, incluso antes de sumergirse en el 1848 europeo, en el que sus ideas se limitaron a fijarse. Sólo el alejamiento espiritual y material de su país les permitió crearse una visión completa de los problemas rusos. Pero precisamente por ello —si queremos buscar las raíces del movimiento populista— será necesario que, tras haber seguido el desarrollo de estos «héroes epónimos», volvamos a Rusia, al cotidiano y creciente enfrentamiento entre campesinos, nobles y estado en el imperio de Nicolás I, a la lenta penetración de las ideas socialistas en la *inteliguentsia,* a la formación de movimientos que empezaban a asimilar estas ideas [1].

La controversia tan ampliamente desarrollada entre los decembristas sobre la suerte del campo ruso, sobre la servidumbre y las formas tradicionales de la propiedad agraria no se interrumpió al ser aplastado el pronunciamiento de 1825. Los problemas que planteaba la situación existente eran demasiado graves para que esto ocurriese. Pero tampoco hubo ya una libre discusión, una comparación libre entre la situación rusa y las experiencias de otros países. La controversia se refugió en gran parte en las altas esferas de la burocracia estatal, entre los más elevados dignatarios del emperador, y ya no la iluminaron las ideas generales, sino la urgente conciencia de que había que hacer algo, que era preciso limitar también los daños y los inconvenientes. Se redujo a una serie de proyectos carentes de impulso que sólo raramente consiguieron una realización, redactados a menudo en un estilo retorcido, dominados por el contradictorio deseo de inmovilizar la situación existente y de eliminar u ocultar al mismo tiempo sus mayores sombras, de demostrar el poder de este absolutismo que en cierto sentido quería continuar la tradición de Pedro el Grande y de Catalina II, y al mismo tiempo de emplear este despotismo con un objetivo conservador, inmovilizante. Sin embargo, en esa literatura burocrática y en los tímidos intentos de reformas de la época de Nicolás II los pro-

blemas aparecen con claridad y explican la voluntad y las formas asumidas por el pensamiento de quienes, con ánimo más libre, empezaron entonces a formular un programa ya muy próximo al populista [2].

El propio emperador hizo compilar todo un legajo sobre la situación de Rusia, extrayendo los datos de lo que había surgido en el proceso de los decembristas, y consultaba a menudo aquella lista de críticas, propuestas y proyectos. Constituía casi un símbolo de que el problema agrario, pese a una permanente presencia en el zar y en las altas esferas, estaba archivado y era un asunto reservado. En cualquier caso, lo que indujo al gobierno a hacer algo en este terreno fue el ejemplo de los demás países, sobre todo de Austria y Prusia, fue el desarrollo económico general, fueron las dificultades financieras en que se encontró durante su reinado la nobleza —cada vez más endeudada e incapaz de obtener de sus tierras una renta que bastara para sus exigencias—, fue el aumento de la población, pero fue sobre todo, como prueban los documentos de la Tercera Sección que entonces creó Nicolás I, el temor a desórdenes campesinos [3].

Se podía incluso tratar de relegar todas las demás exigencias (acaso en cincuenta años, como quería su ministro Uvarov), pero este hecho se imponía inmediatamente a la atención. La creación en 1826 de un comité para la preparación de algunas reformas puede considerarse aún como una repercusión del movimiento decembrista. Pero el trabajo burocrático de los años treinta y cuarenta será sobre todo consecuencia de la convicción de las esferas dirigentes de que estaba empeorando la situación del campo. Ya en 1832 un senador refería, tras haber realizado una inspección:

> Al penetrar en el alma de las clases campesinas y en general en las capas más bajas de la población, he notado una grandísima transformación de su moralidad. Se han vuelto más audaces, más independientes, menos sumisos y al mismo tiempo más pobres. Han cesado de reverenciar como antaño las personas de los funcionarios y la autoridad constituida [4].

El senador en cuestión, con su apresurada generalización, demostraba que también él se veía afectado por el genérico temor a las masas campesinas que es uno de los hechos más característicos de la época. Pero si observamos las estadísticas de desórdenes en el campo, de actos de insubordinación a los nobles y a los funcionarios estatales, de esas agitaciones tan distintas en amplitud y contenido que recorrían aquí y allá los campos rusos, tendremos que convenir en que no estaba completamente equivocado. Son cifras desnudas, pero tienen su significado. Se dieron 88 agitaciones desde 1826 a 1829, se darán 60 desde 1830 a 1834, 79 de 1835 a 1839, 138 de 1840 a 1844, y 207 de 1845 a 1849 [5]. Pero hay que tener en cuenta que los criterios de la policía al enumerar estos sucesos eran muy variados e inestables. Sumaban tanto pequeños desórdenes como auténticas rebeliones que sacudían distritos enteros, actos de insubordina-

ción así definidos sólo en virtud de la mezquina concepción del orden de las autoridades locales, y verdaderas revueltas. Pero incluso teniendo esto en cuenta, el significado de la curva es indudable: los síntomas de insubordinación en el campo aumentaron rápidamente en las dos décadas anteriores a la revolución de 1848. Otros hechos vendrán a confirmarlo. Se produjeron, como media, siete asesinatos de señores por campesinos cada año. En el período que transcurre desde 1835 a 1843 fueron deportadas a Siberia —acusadas de tales atentados contra la vida de los señores— 416 personas [6].

Las fugas de campesinos de las tierras de los nobles para sustraerse al pago de los gravámenes y a los malos tratos eran frecuentes, y a veces asumieron caracteres masivos; desaparecían pueblos enteros, partían en busca de otras tierras de libertad, dirigiéndose a menudo hacia el Cáucaso. En los años cuarenta el fenómeno se agudizó aún más. La gobernación de Kursk presenció la fuga de veinte mil campesinos, a los que sólo convenció para que se quedaran la detención de los primeros que se marcharon (los cuales, por otra parte, trataron por un momento de ofrecer resistencia a las tropas).

El examen de estos actos de rebelión en los años treinta y cuarenta no se ha realizado exhaustivamente y con detalle en los documentos de archivo, que por otra parte suelen ser demasiado pobres para dar una idea exacta de estos movimientos. Sin embargo, por los sondeos realizados en los casos más importantes, parece que había distintas razones y orígenes, según el tipo de tierra en la que se encontraba el campesino, es decir, si pertenecía a los nobles, a la hacienda pública o a los bienes privados de la corona. La falta de tierra era una de las razones de descontento, aunque no parece la más frecuente. Más a menudo se trataba de conflictos en torno a los usos civiles, bosques y pastos, y sobre todo de pugnas sobre las formas y amplitud de las *corvées,* o de los gravámenes en dinero. La recaudación de tasas suplementarias, y más o menos ilegales, era también ocasión de protestas y choques. La lucha por la defensa de los derechos campesinos se transformaba muy fácilmente en estos últimos casos en una insubordinación general contra los funcionarios estatales y sus abusos [7].

No se ha confeccionado un mapa razonado de estos desórdenes, a lo que sabemos, pero parece que puede decirse que fueron particularmente graves en las regiones occidentales del imperio y en las tierras que rodean los Urales, es decir, donde se complicaban con problemas nacionales [8]. Motines especialmente amenazadores, aunque debidos a una causa contingente, se dieron tanto en las ciudades como en el campo con ocasión del cólera, en 1830-32 [9].

Dado el carácter muy distinto de estas manifestaciones de protesta no es posible deducir de ellas indicaciones detalladas sobre el estado de ánimo real de todas las masas campesinas. Tienen, sobre todo, un valor de síntoma. Pero aunque los datos que poseemos deban cribarse atentamente

para valorar su exacta importancia histórica, desde el punto de vista político las conclusiones estaban muy claras, a los ojos de las autoridades, desde 1834. El jefe de la gendarmería, Benkendorf, escribía entonces:

> De año en año se difunde y refuerza entre los campesinos que poseen los nobles la idea de libertad. En 1834 han sido muchos los ejemplos de insubordinación de campesinos frente a sus señores, y casi todos estos casos, como demuestran las investigaciones realizadas, no se derivan de malos tratos o de vejaciones, sino únicamente de la idea de obtener el derecho a la libertad.

Desde luego Benkendorf exageraba también. Era más que evidente que la idea de la libertad estaba en el ánimo de los siervos, pero en general nada prueba que éstos se rebelasen con el objetivo preciso de conseguir su liberación. A menudo no esperaban tanto. Animados por esa idea, trataban en cada caso de defender su derecho a la vida, sus usos, la tradición que a sus ojos se contraponía muy claramente con la penosa situación presente. Es cierto que el progresivo empobrecimiento de muchos de ellos, las repetidas carestías de aquellos años, las causas económicas generales que hacían cada vez más insostenible la situación de la servidumbre del campo, sólo podían reforzar esta actitud. Por lo demás, lo sabía perfectamente Benkendorf, que observaba que los movimientos no tenían el menor lazo entre sí. Pero, continuaba, «pueden producirse situaciones desfavorables, una guerra, enfermedades, carestías, pueden aparecer personas que tengan la desastrosa idea de utilizar semejantes circunstancias en perjuicio del gobierno, y entonces la proclamación de la libertad de los campesinos posesión de los señores podrá fácilmente producir graves daños» [10].

El jefe de la gendarmería sugería, por lo tanto, al emperador, mostrándole el espantajo de la revuelta campesina, que utilizase todo su inmenso poder para «resolver este difícil pero improrrogable problema». El comité secreto constituido a comienzos del año siguiente, en 1835, «para buscar los medios de mejorar la situación de los campesinos de las diversas categorías» será una respuesta a esta exigencia. Dará origen a una importante encuesta, reformará la administración de los bienes de la hacienda pública (aproximadamente la mitad de los campesinos rusos dependía directamente del estado), propondrá otros proyectos, pero en conjunto demostrará sobre todo una cosa: que el extraordinario poder de Nicolás I, el más despótico soberano de la Europa de entonces, era en realidad muy limitado cuando se trataba de afectar a las propias bases de la estructura social rusa. Las razones eran múltiples pero todas, en último extremo, se resumían psicológicamente en una sola: el temor de que cualquier intento de reforma desembocaría en una revolución.

Nicolás I había truncado violentamente la clase nobiliaria ilustrada, el 14 de diciembre en la Plaza del Senado, seguía persiguiendo a los

hombres, las familias, las ideas, todo lo que de cerca o de lejos pudiera relacionarse con la única opinión pública independiente y audaz que se formó en su imperio; y ahora, cuando se trataba de atacar, aunque muy poco, los derechos de la nobleza terrateniente, de los señores de provincia, no encontraba a su alrededor ningún apoyo, ninguna energía, ni la posibilidad de crear un movimiento reformista. Se quedaba así cara a cara con la nobleza, la cual tendía a conservar pura y simplemente sus privilegios.

Apoyarse sobre el pueblo —en aquellos campesinos que era necesario, un día u otro, lo más remoto posible, transformar de esclavos de los nobles en «cultivadores libres», según la fórmula de Alejandro I, tan odiada por Nicolás I— le parecía, por tradición, por estrechez mental, por interés, lo menos deseable. Era el único camino que nunca tomaría, y sus treinta años de reinado lo demuestran a la perfección. Y sin embargo era el único camino teóricamente posible, al no existir en su imperio otra fuerza social en la que basarse. La burocracia estaba corrompida y carecía de iniciativa, las clases medias estaban subdivididas y su mentalidad era tradicionalista. Evidentemente se trataba de un camino puramente virtual, existente sólo en el mundo de lo posible. Pero ya su hipotética existencia puso en marcha las imaginaciones y sacudió los ánimos de quienes pensaban en la tradición de Pedro el Grande, en el despotismo ilustrado, en el dictador coronado capaz de aspirar, liberando a los siervos, a la gran transformación de Rusia. La *inteliguentsia* en formación, en las más diversas maneras, pensaba así justamente en ese momento de tránsito de los años treinta a los cuarenta; Herzen, en su confinamiento, Bakunin y Belinski, «se reconciliaban con la realidad», y con ellos, poco a poco, aquellas fuerzas intelectuales y sociales que formarían, en un ventenio, la nueva opinión pública, aquellos hombres libres que permitirán un día al sucesor de Nicolás I, Alejandro II, realizar una reforma campesina sin dejarse paralizar por el dilema: o la conservación rígida o el peligro de tenerse que apoyar en los propios campesinos.

El comité creado en 1835, con sus proyectos, con la encuesta que promovió, con las dificultades que encontró, con su propia composición, dejó muy claros (con una claridad opaca, pero suficiente) todos los diversos aspectos de esta contradicción fundamental, de estas pugnas de fuerzas que retrasaron durante tanto tiempo la liberación de los siervos en Rusia, último país de Europa que adoptó esta medida.

Los miembros del comité, seis al principio, representaban la alta burocracia formada bajo Alejandro I y Nicolás I, y estaban personalmente convencidos de que se trataba de seguir —en lo referente al problema campesino— el camino que el imperio austríaco y Prusia habían recorrido desde el XVIII. No les cabía la menor duda de la necesidad de abolir poco a poco, mediante la gradual intervención del estado en las relaciones entre nobles y siervos, el régimen existente. Uno de ellos, que pronto se con-

vertirá en la figura central del comité y de todos los intentos de transformación agraria durante el reinado de Nicolás I, P. D. Kiselëv, procedía incluso de la sociedad de la que salieron los decembristas y tuvo con ellos relaciones directas, que ahora ocultaba cuidadosamente. Si se podía realizar desde arriba al menos una parte de lo que sus amigos de juventud quisieron arrancar con su pronunciamiento, si se podía obtener como una concesión lo que ellos habían esperado imponer al emperador, ésta era la oportunidad. Y Kiselëv trabajó mucho en este sentido, hizo mucho para dar un ejemplo de absolutismo ilustrado. Sus esfuerzos, que desembocaron en resultados muy limitados, no fueron sino una prueba más de que el despotismo de Nicolás I, fuerte en su inmovilidad, era débil en cuanto intentaba actuar.

El proyecto inicial de Kiselëv y Speranski (el ministro reformador de Alejandro I, que ahora, en sus años postreros, colaboraba por última vez en un intento de introducir ciertas modificaciones en las relaciones sociales del campo ruso) estaba basado en la idea de dejar íntegramente a los nobles y al estado la propiedad de la tierra que poseían, sin conceder ninguna parte a los campesinos. A estos se les liberaba de la obligación de no abandonar las tierras que trabajaban, pero seguirían pagando los gravámenes en trabajo, dinero y especies a los que antes estaban sujetos, estableciendo sólo caso por caso —y cuando los señores así lo concedieran— contratos nuevos, garantizados y controlados por el estado. El proyecto se discutió largamente, el comité se reorganizó con frecuencia, se creó otro más, y después de mucho tiempo se llegó a una reforma del sistema de los bienes de la hacienda pública, por una parte, y por otra a una ley —de 1842— que establecía la posibilidad —no la obligación— de que los nobles estipularan contratos con los campesinos, haciéndolos pasar de la categoría de «siervos» a la de «obligados».

Kiselëv intentó, durante toda la discusión, actuar de modo que el estado diera ejemplo, estableciendo nuevas relaciones con sus campesinos de los bienes públicos. Basándose en esto, pensaba atacar las relaciones entre señores y siervos, ya estableciendo un «inventario» de los bienes nobiliarios —e interviniendo así indirectamente en fijar los gravámenes—, ya estableciendo al final la obligación de los contratos con los campesinos, quienes podrían considerarse así jurídicamente libres aunque siguieran sometidos a la justicia del señor, a la responsabilidad colectiva en lo referente a los impuestos, etc.

En realidad consiguió sólo crear una nueva maquinaria administrativa para las tierras de la Hacienda, modificar en parte la situación legal de quienes las cultivaban, pero su proyecto de ampliar las reformas, con diversas disposiciones, a los bienes nobiliarios, fracasó. En 1846 otro dignatario de Nicolás I, Perovski, ministro del Interior, trató —con resultado sólo muy parcial— de introducir los «inventarios», medida que en Hungría, por ejemplo, se había adoptado a partir de 1760.

No es el caso de entrar aquí en los detalles de estos proyectos ni en las escasas reformas efectivamente realizadas. Lo que nos interesa sobre todo es notar que Kiselëv, y los pocos que compartían sus ideas, encontraron una doble oposición en su camino, desde arriba y desde abajo.

No es que los campesinos ni ninguna fuerza social organizada en su nombre pudieran oponerse a los proyectos, que por otra parte a menudo se mantenían encerrados en comités secretos. En la enorme mayoría de los casos los campesinos ni siquiera se dieron cuenta de las modificaciones que se estaban elaborando. Si los campesinos estatales consiguieron algunas mejoras, puede decirse que la ley de 1842 apenas rozó a los siervos de los señores; de unos diez millones de «almas», sólo veinticuatro mil se convirtieron en «obligados».

La oposición era de otro género y mucho más profunda. Se dejaba sentir en los mismos despachos de quienes redactaban los proyectos. «La desgraciada idea existente casi por doquier entre los campesinos de los nobles, de que ellos pertenecen a los señores pero la tierra les pertenece a ellos, es uno de los obstáculos fundamentales que se oponen a la consecución de la deseada meta de introducir mejoras en su condición. Puede suscitar agitación en los ánimos y ocasionar graves desórdenes», decía un informe redactado en 1835 [11]. Este dato de hecho, aunque no se mencionara, estaba presente en el ánimo de todos los que se ocupaban de las proyectadas reformas. ¿Soportaría el campesino una liberación personal, sin tierra, es decir, sin que se le asignaran las tierras que cultivaba? Igual que se lo preguntaban los altos burócratas, lo hacía por reflejo, unos años después, en 1842, el embajador francés en San Petersburgo, Auguste-Casimir Périer:

> El mayor obstáculo —escribía a su ministro de Asuntos Exteriores, Guizot— estriba en la tosquedad moral, o al menos en la total ignorancia de la población. Casi por doquier ésta cree que, encontrándose en estado de servidumbre, sólo ella tiene verdadero derecho a la posesión de la tierra. A menudo el amo que desea desplazar campesinos, enviarlos de una gobernación a otra, se enfrenta con la terrible fuerza de la inercia, reforzada por las siguientes palabras, que constituyen todo el código del siervo ruso: nuestra vida te pertenece, puedes tomarla, pero no tienes derecho a arrebatarnos la tierra, que nos pertenece. Este peligroso prejuicio está enraizado en el alma de millones de personas, y no podrá ser vencido sólo por las leyes. Será una tarea de civilización, de perfeccionamiento moral, y en ese sentido aún no se ha hecho nada.

Lo repetía dos años después el encargado de negocios francés, diciendo:

> *La grande difficulté de l'affranchissement consiste dans cette idée innée chez le paysan qu'il est inséparable de la terre, dans*

> *ce sens que la terre lui appartient bien plus qu'il n'appartient à la terre* * [12].

Ligada con esta idea campesina de un derecho natural de la tierra estaba la de una total liberación de los gravámenes que pesaban sobre todos los siervos. A este respecto, Perovski, el ministro del Interior de Nicolás I, escribía en 1845:

> Según la concepción popular la libertad consiste precisamente... en la falta total de toda autoridad y subordinación. Quien ponga en duda que ésta es la idea de los campesinos, o tiene intenciones poco honestas o no conoce Rusia. No sólo en las provincias lejanas, en las gobernaciones más periféricas, sino en la propia capital es fácil persuadirse de la exactitud de lo que afirmo: cientos de miles de campesinos, que residen allí de modo temporal o permanente, no conciben de otro modo la libertad, pese a su mayor desarrollo mental [13].

En resumen, se tenía una conciencia muy clara de enfrentarse con la misma situación que —vista desde el enfoque opuesto— había convencido a Pestel' y a los decembristas más radicales de que la abolición de la servidumbre en Rusia encerraba el germen de una revolución social. El propio Kiselëv lo sabía perfectamente. Cada paso de la propiedad nobiliaria a manos de los campesinos —como por ejemplo se hizo en 1803, limitándose a algunas regiones del imperio— conduciría, decía en 1839, «a la destrucción de la independencia de la nobleza y a la formación de una democracia procedente de la servidumbre» [14].

Sin embargo, si se quería proceder a una reforma no se podía esperar, con toda evidencia, aquel «perfeccionamiento moral» en que ponía todas sus esperanzas Périer; había que encontrar un medio para combatir políticamente aquella mentalidad, aquellos «peligrosos prejuicios». Descartada la transformación de los siervos en braceros —por considerarla imposible, y peligrosa a largo o corto plazo—, descartada cualquier medida que los pusiera en vías de poseer las tierras nobiliarias, había que encontrar un camino intermedio. Por lo demás, para Kiselëv y los burócratas de Nicolás I un razonable equilibrio no era sólo una necesidad, sino su ideal político, la traducción en términos comunes de su voluntad de continuar en cierto sentido la tradición del absolutismo ilustrado.

Algunos de los colegas de comité de Kiselëv, y él mismo al principio, estaban convencidos de que esta vía intermedia había de buscarse en la aceleración del proceso de diferenciación social de la masa campesina, o

* «La gran dificultad de la liberación consiste en la idea innata en el campesino de que es inseparable de la tierra, en el sentido de que la tierra le pertenece en mucha mayor medida de lo que él pertenece a la tierra.»

sea minando las bases económicas del elemental igualitarismo que en el ánimo de los campesinos iba unido a la idea de la posesión de la tierra. Ese elemental igualitarismo había cristalizado en la costumbre de la redistribución periódica de las tierras, en la responsabilidad colectiva frente a los impuestos y gravámenes feudales, así como en las leyes estatales que, precisamente bajo Catalina II, establecieron con creciente precisión la obligación de asegurar a los campesinos, en las tierras estatales, un número considerado suficiente de *desiatiny* de tierra cultivable.

La encuesta de 1836 demostró hasta qué punto este igualitarismo —ligado a las propias formas de la servidumbre y a las tradiciones campesinas— estaba atacado en realidad por la aparición de una clase de cultivadores más ricos, y cómo el peso de éstos empezaba a influir enormemente sobre toda la vida de la *obshina,* haciendo inclinarse en su favor la balanza de la redistribuciones periódicas y sometiendo de varias maneras a su control la comunidad de los campesinos más pobres. Pero también había demostrado cuán enraizadas estaban estas formas tradicionales. Los solícitos inspectores se escandalizaron a menudo por el carácter de desorden, de grosería y de violencia que adoptaban las reuniones del *mir,* así como de las evidentes injusticias que en él se cometían. Pero la *obshina* y el *mir* seguían expresando las ideas sobre la posesión de la tierra que tanto afectaban y angustiaban a Kiselëv y Périer. A través de estas formas —las únicas de que disponía— la sociedad campesina se defendía a sí misma. Las comunidades variaban naturalmente de una región a otra, mostrando todo el panorama de la vida campesina rusa: menos vivas las formas de autoadministración de la aldea en el centro de Rusia; más activas y eficaces en el norte, desde hacía siglos tierra de promisión de una vida más libre; más independientes en Siberia (donde no existía la servidumbre) y en general en las regiones de tierra más abundante y de colonización más reciente; pero a pesar de la diversidad, restaba un elemento común: la *obshina* representaba la tradición y el ideal de las masas campesinas. ¿Cómo romperla?

Ya en 1826 Speranski volvió a proponer la medida que se presentaba espontáneamente a las mentes de los muchos que examinaron el problema agrario ruso desde la época de Catalina II: establecer por ley el derecho de herencia sobre la tierra trabajada por los campesinos. Los efectos sociales de semejante medida estaban muy claros a los ojos de Speranski: habría aumentado el número de braceros, de campesinos sin tierra, se rompería la igualdad que *grosso modo* estaba vigente en las aldeas y todavía más en los ánimos de los campesinos. «La desigualdad de la suerte es algo enteramente natural —decía—, existe por doquier, incluso en la actual situación de los campesinos estatales y de los señores...» [15]. Se trataría, pues, de fijarla y desarrollarla. Proponía mantener la *obshina* y proceder a su diferenciación interna poco a poco, con medidas indirectas, mediante desplazamientos de población, etc. Otros —al tiempo que él y después— propusieron medidas similares o tendentes al mismo fin.

Al leer estos proyectos se tiene la neta impresión de que sus autores, al pasar el tiempo, veían con mayor claridad la gravedad del obstáculo que tenían enfrente. Como se recordará, ya algunos decembristas, de los más atrevidos, de los más preocupados por la necesidad de introducir en el campo ruso una economía más parecida a la de Europa occidental, habían acabado remitiendo al futuro la tarea de disolver la organización colectiva de la aldea. El proyecto de Speranski de 1826 refleja aún, de rechazo, el impulso reformador de la época de Alejandro I. Los proyectos de los años treinta pecan cada vez más de indecisión. Pero quienes los escriben tienen el valor de formular una clara línea de acción. La necesidad de crear un trabajo libre y campesinos propietarios se hacía cada vez mayor, dada la necesidad de competir en los mercados internacionales y dado, en general, el desarrollo económico del país. La diferenciación social dentro de la aldea rusa aumentaba, en lugar de disminuir. Lo que empezaba a doblegarse no era la realidad, sino las fuerzas de los que querían meterse a reformadores. Kiselëv, que aún en 1836 expuso un proyecto en este sentido, tras la encuesta organizada por él acabó convenciéndose de que «el sistema actual no era tan malo»... «El estado —decía— no debía tender a liquidar la *obshina*, sino a dominarla, a someterla a una jerarquía estatal reorganizada, capaz de convertir el *mir* en la base de la administración del estado en la aldea» [16]. Así, las supuestas fuerzas del absolutismo no se orientaban a transformar, poco o mucho, la estructura social, sino a tratar de poner bajo su protección las organizaciones corporativas existentes, a englobarlas administrativamente, reservando el principio de la propiedad individual para las regiones de nueva colonización. Era poner al mal tiempo buena cara, servirse de la *obshina* como de un elemento conservador de la sociedad, como la institución que impediría la formación de una extensa clase de proletarios agrícolas, «lo cual, por razones políticas, no hay que permitir que suceda», como decía Kiselëv.

«Kiselëv rompía así, consciente y claramente, con toda la tradición del trentenio precedente», observa con exactitud el historiador N. M. Druzhinin [17]. Y, podemos añadir, renovaba la tradición precedente, la de los legisladores de la época de Catalina, que también intentaron fijar los derechos y deberes de los grupos y cuerpos campesinos, para controlarlos y equilibrarlos en la organización de todo el estado absolutista. Pero justamente la reanudación a finales de los años treinta de semejante política demostraba la debilidad del estado. Trataba de controlar más de cerca la *obshina* porque no era capaz de facilitar su transformación, la fijaba dentro de una nueva legislación por miedo a los efectos de una posible reforma, y sobre todo por temor de las consecuencias últimas de los «peligrosos prejuicios» en ella encerrados.

La *obshina* revelaba así su doble naturaleza, ligada por un lado a toda la estructura social rusa, nacida de la concepción feudal de la asignación de la tierra por el señor, fuese éste el noble o el estado, y del igualitarismo que acompañaba naturalmente la uniformidad y el carácter colectivo de los

gravámenes en dinero y en especies —ligada por otro lado a las ideas y costumbres que aquella situación había hecho arraigarse en el ánimo de los campesinos.

A su modo estos últimos habían teorizado su situación de dependencia servil pensando que la tierra les estaba asignada en permanencia y que ellos mismos debían subdividírsela para que las cargas que gravaban sobre ella pesaran uniformemente. Quien considerara la *obshina* como una típica institución de la servidumbre no podía sino deducir la necesidad de destruirla, ya reduciendo a todos los campesinos a braceros, ya creando mediante la hereditariedad una clase de campesinos más ricos. Esta era la idea de los reformadores que, dentro de su variedad, podemos llamar liberales. Quien en cambio considerara la *obshina* desde el punto de vista de los campesinos no podía dejar de ver encarnados en ella sus ideales, de considerarla un germen de socialismo campesino. Así empezaban a pensar entonces, a finales de los años treinta, los eslavófilos, y así lo harán después Herzen, Bakunin, y los socialistas rusos de las décadas posteriores.

En medio, entre los liberales y los primeros populistas, estaba la fuerza de conservación del estado de Nicolás I, que consiguió mantener prácticamente intacta la servidumbre durante todo su reinado, llevando al estado a un control más minucioso de las comunidades campesinas. Tal fue el resultado de la sorda y muda resistencia desde abajo, de la oposición que se expresaba más en las cosas que en los actos, en los temores de los reformadores más que en las rebeliones de los súbditos.

Más visibles e inmediatos fueron los efectos de la que podemos denominar oposición desde arriba: la resistencia de la nobleza a cualquier reforma. Para demostrar la debilidad del autócrata frente a ésta bastarían los recuerdos sobre el violento fin del padre de Nicolás I, Pablo I, que resurgían por entonces en la nobleza y que estaban tan difundidos que hacían meditar sobre ellos incluso al cuerpo diplomático acreditado en San Petersburgo.

Es evidente que en Europa occidental se tendía a exagerar el alcance de esta reacción aristocrática, aunque sólo fuera por un fácil paralelo con la situación creada en Francia en los últimos decenios del *ancien régime*. La resistencia de los nobles era en realidad proporcional a la autocracia, a la que se atribuía una mayor voluntad de reforma que la que realmente poseía. Pero en los años cuarenta los síntomas de esta reacción eran evidentes. «*L'empereur a rencontré une opposition à laquelle il eut été dangereux de ne pas céder... La noblesse n'oubliera pas facilement cette chaude alarme et ne sera pas aisement rassurée contre le retour de velléités semblables*» *, decía —no sin alguna razón— el embajador fran-

* «El emperador ha encontrado una oposición a la que hubiera sido peligroso no ceder... La nobleza no olvidará con facilidad esta ardiente alarma y no se la tranquilizará fácilmente contra el retorno de similares veleidades.»

cés [18]. Y en realidad la política de Nicolás I se orientó pronto a reforzar la situación de los nobles propietarios, sobre todo mediante una serie de medidas financieras, préstamos, etc.

Si la oposición nobiliaria se encaminaba a defender del control del estado sus privilegios tradicionales, al observarla más de cerca no es difícil descubrir que también en este caso lo que detenía a los nobles en el camino de la abolición de la servidumbre —abolición cuyas ventajas reconocía, en los años cuarenta, una parte cada vez mayor— no era sino el mismo obstáculo que inmovilizaba al estado zarista. Como decía, resumiendo la situación, el barón Haxthausen —el investigador prusiano de la situación agraria rusa al que ya hemos aludido—, «la servidumbre se ha convertido en un hecho contra natura, y pronto resultará imposible mantener tales relaciones, y más aún conservarlas en el futuro. Todas las personas inteligentes lo reconocen abiertamente. Pero el problema más importante es disolverlas sin desencadenar una revolución social» [19].

Este temor no hizo sino acentuarse en los años precedentes a la revolución de 1848. Los nuevos rumores de una actuación estatal contra la servidumbre —que culminaron en una ley de 1847 que permitía a los campesinos rescatar sus personas cuando los bienes nobiliarios se pusieran a la venta en subasta—, así como la intensificación de los actos de insubordinación local, crearon en la nobleza temores y reacciones cada vez más difundidos. La revuelta de Galitzia en 1846 —hecho importantísimo para la historia de Europa oriental por aquellos años, y que demostró, aunque en un pequeño y limitado sector, que una monarquía absoluta como la austríaca podía atreverse a utilizar la *jacquerie* campesina para sus propios fines— no hizo sino atemorizar más a la aristocracia. Esta sabía, en medio de su miedo, que podía encontrar un apoyo en la corte. El propio emperador decía que «jamás permitiría semejantes desórdenes desde abajo. Quería que se esperase la solución desde arriba». Y había agregado: «Estoy seguro de que a los austríacos no les será fácil ahora poner orden en el pueblo, porque aunque el arma popular haya sido útil en el caso específico, es la más peligrosa, conduciendo a la insubordinación y al desorden. Y entonces el comunismo está preparado» [20]. Precisamente por esto, aunque en ese momento aportó ciertas reformas en Polonia y en los territorios del sudeste (próximos a Galitzia), Nicolás I no se atrevió a ampliar esas tímidas tentativas a Rusia propiamente dicha.

La revolución de 1848 en Europa interrumpirá definitivamente toda veleidad reformadora. La opinión de la nobleza fue expresada entonces con claridad por uno de los más importantes representantes de los eslavófilos, Kireevski. Hay que esperar —decía— que el gobierno «no agite al pueblo con falsos rumores de liberación, que no introduzca ninguna ley nueva, hasta que se calmen y aclaren las cosas en Occidente, que, por ejemplo, no haga «inventarios» de las posesiones de los nobles, cosa que agita los ánimos con esperanzas irrealizables» [21]. Y Kireevski no necesitaba, desde luego, insistir demasiado para que se aplicara su política

inmovilista. La revolución de 1848 en Europa inauguró en Rusia el período de reacción que durará hasta el final de la guerra de Crimea, y que será la realización integral del ideal de gobierno de Nicolás I [22].

El haber examinado la política del emperador con los campesinos habrá servido para entender las raíces y las razones de semejante ideal, para comprender cuáles eran las contradicciones que paralizaban cualquier acción de Nicolás I en lo social, que lo reducían a la impotencia. Y sin embargo sus veleidades de reformas tuvieron un eco en el mundo culto. En él estaba surgiendo la fuerza que permitiría un día dar un paso adelante en el problema campesino, en él se planteaban los mismos problemas que Nicolás I ni siquiera consiguió enfocar. Debemos ahora volver la mirada a la *inteliguentsia* y a los fermentos socialistas en ella contenidos.

Aparte la personalidad de Herzen y Bakunin, aparte los grupos que en Moscú y San Petersburgo se están congregando a su alrededor, se observan aquí y allá, aisladas, figuras de investigadores solitarios que reaccionan ante las mismas exigencias que llevaban a los grupos intelectuales más importantes hacia Proudhon, Leroux, Fourier, y que intentaban dar soluciones individuales, personales, por así decirlo, a los mismos problemas.

El primero de ellos, aún en los años treinta, puede considerarse V. S. Pechërin. Las fragmentarias memorias, las poesías y algunas cartas que nos dejó, son un interesante testimonio de esa sensación de aislamiento, de la necesidad de buscar por sí solo un camino. Pechërin expresa en ellas, sobre todo, su horror ante la Rusia de Nicolás I, y su vagar en busca de una verdad interior que contraponerle.

> Escapé de Rusia —cuenta— como se escapa de una ciudad apestada. No había que reflexionar sobre ello. La peste no perdona a nadie, sobre todo a la gente de débil constitución. Presentía, preveía, estaba seguro de que si me quedaba en Rusia, con mi débil y blando carácter, me convertiría infaliblemente en el más vil de los fieles súbditos, o habría terminado en Siberia por nada. Escapé sin mirar nada, para salvar mi dignidad humana [23]

Su emigración no fue, pues, política, sino personal. Su búsqueda no era fundamentalmente social, sino religiosa. Y esto revela uno de los aspectos del socialismo ruso de aquellos años. Como Bakunin, Pechërin sufrirá la influencia de Lamennais, como todos sus contemporáneos sentirá un verdadero culto por George Sand. «Sus novelas eran poemas exaltantes, himnos sagrados en los que ella cantaba el advenimiento de una nueva revelación»... [24]. Pocos años después, en 1843, Bakunin escribirá a sus hermanas: «George Sand no es sólo una poetisa, sino un profeta que lleva en sí una revelación..., es una naturaleza apostólica, religiosa» [25]. Como Bakunin, también Pechërin se aproximará desde este socialismo religioso al comunismo, leerá *La conspiración de los Iguales* de Buonarroti, que le

indicó un emigrado polaco, Bernacki, después amigo de Bakunin y Herzen. Pechërin nos cuenta que buscó vanamente en Zurich, con gran ansia, este libro, y que lo encontró después un día, estremecido de gozo, en una librería de viejo de Lieja.

Pero este hombre culto y sensible no estaba destinado a convertirse en un conjurado ni en un escritor político. No encontrará su verdad en la tradición comunista —contra la que acabó reaccionando con toda su alma— sino en el elemento religioso contenido en el socialismo romántico. Tras haber vagabundeado por el mundo de las utopías y las emigraciones europeas acabará, en 1840, por convertirse al catolicismo. Se hizo padre redentorista en Inglaterra, donde lo encontrará Herzen, encerrado en sí mismo. Por lo demás, sus aventuras no habían acabado. Llamado a Roma en 1859, escapará de allí impulsado por un sentimiento similar al que lo obligó a huir de Rusia. Vivirá en Dublín, como capellán de un hospital, y tras haberse acercado en cierto modo a las tendencias populistas y en general a la nueva vida de Rusia después de la liberación de los siervos, acabará encerrándose en su solitario catolicismo.

Mucho más interesante —aunque constituya más bien el testimonio de una situación personal que un elemento político— será la experiencia de Ogarëv por los años cuarenta [26]. El joven amigo de Herzen, que juró con él en la Montaña de los Gorriones consagrar su vida a la causa de la libertad, era de natural sensible y blando, parecido en algunos aspectos a Pechërin. Preocupado también él, ante todo, por un problema de comportamiento, de actitud ante el mundo circundante, ligará pronto su vida interior a los problemas sociales de Rusia, convirtiéndose en uno de los creadores de la psicología populista.

El problema campesino será durante toda su vida el centro del alma y de la actividad de Ogarëv. En sus fragmentos autobiográficos dirá que creció «en el odio del siervo contra la vida del señor» [27]. En los años cuarenta —liberado por fin del confinamiento que le infligieron por haber participado con Herzen en la formación del grupo sansimonista, y tras un largo viaje por el extranjero, desde mediados de 1842 a la primavera de 1846, viaje en el que visitó sobre todo Alemania, ocupándose fundamentalmente de filosofía— su actividad se orientará a construirse una vida propia «adecuada a la verdad», como decía, y a escribir algunos artículos que revelaban, incluso en las condiciones de la censura de entonces, su oposición a las relaciones agrarias existentes [28]. Pero sobre todo se consagró a estudiar desordenadamente, con impulso romántico, las ciencias —como la economía y la medicina— que creía que podrían ser útiles para una actividad práctica, de reformador, con los campesinos. Empezó a actuar entre los numerosos siervos de sus propias posesiones (era propietario de más de cuatro mil almas). Liberó a casi la mitad, dándoles no sólo las tierras sino los bosques, derechos de pesca, etc. Se dedicó a organizar grandes *fermes,* talleres, escuelas, un hospital, etc., para los otros [29]

En su intención, tales iniciativas —a las que se lanzó con gran entusiasmo— no eran más que una primera base para un proyecto más vasto, el intento de transformar sus bienes en una colonia socialista. Sería interesante poder fijar con exactitud las ideas que lo guiaban en este proyecto. ¿Estaba influido directamente por una de las corrientes utópicas francesas? Es cierto. Pero Ogarëv llevaba sobre todo a este «intento de actividad práctica» —como lo definía él— una primera visión suya de socialismo campesino. Sus intentos estaban guiados ya por la actitud psicológica y moral que en 1856 lo inducirá a emigrar para colaborar con Herzen en Londres. Allí formulará, junto con su amigo y quizás antes que él, algunas de las posiciones típicas del populismo de los años sesenta. En una carta de 1843 ó 1844 encontramos ya, encerrada en fórmulas religiosas, la que será su idea y de Herzen de la ida hacia el pueblo. Hablaba de la voluntad de vivir «in der Wahrheit», y agregaba: «¿Qué hace quien se siente enteramente impregnado del dolor de su propia situación, recibida por herencia y no por trabajo?» «Se hace proletario» [30], respondía. Al mismo tiempo escribía a un amigo que «no quería ser rico», que «quería volverse al pueblo y trabajar con él» [31].

Comenzó simultáneamente a reflexionar sobre los problemas de la sociedad campesina rusa. Al haber podido comprobar personalmente en sus posesiones la importancia que tenía la diferenciación social existente dentro de aquélla, dedujo que la *obshina* no representaba ya más que un igualitarismo absolutamente formal. «No sé cómo designar de otro modo la igualdad de impuestos en una situación de desigualdad de los trabajos y los capitales. Nuestra *obshina* no es sino la igualdad de la esclavitud» [32], decía.

Pero después sus ideas al respecto empezaron a evolucionar y a cambiar. Había que salvar el principio comunitario. Una mejor organización de los trabajos campestres, la creación de talleres, la difusión de la instrucción elemental tendrían que desembocar en una organización colectiva de la aldea. En 1855 pensaba en «un capital común que les ayudaría en los años difíciles y les permitiría, con el tiempo, crear talleres, molinos regidos colectivamente con un dividendo para cada uno». También en su caso la *obshina* se transformaba en una cooperativa [33]. Estamos ya muy lejos de las discusiones entre las diversas corrientes del socialismo francés. Ogarëv no siguió siendo sansimoniano, no se hizo fourierista; en su voluntad —o, si preferimos, veleidad— de acción práctica en el campo ruso, había un germen nuevo.

No podemos decir mucho más sobre el aspecto ideológico de estas tentativas. Sin embargo, es esencialmente interesante una carta —dirigida a él, probablemente en 1844, por Sazonov, otro de los tres fundadores del grupo sansimoniano—, precisamente sobre estas aspiraciones suyas. Sazónov estaba emigrado, Ogarëv se lo encontró en Alemania en 1842, y ahora aquél le escribía desde París, donde se había establecido.

Es quizás el primer documento de una larga polémica; al estado de ánimo de Ogarëv —«noble arrepentido», como se dirá luego, sensible a su propia posición social como si ésta fuera un pecado, en cuyo ánimo fermentaban ya las ideas que llevaron a la ida hacia el pueblo— Sazónov contraponía su buen sentido, la necesidad de servirse de las propias riquezas para el bien propio y ajeno. Como para probar este punto de vista, que quería ser realista, trazaba para su amigo un cuadro de los movimientos comunistas y socialistas. No hablaba sólo de Proudhon («si no el más agudo, al menos el hombre de más talento»), de Louis Blanc, Cabet, Weitling, sino también de la emigración alemana, de Ruge, Marx y Herweg.

> Estos últimos han llegado a París con la intención de trabajar tenaz y sistemáticamente, y todos ellos habían ya demostrado antes, aunque en diversa medida, su capacidad de acción. Han llegado a Suiza ya tocados por el socialismo y el comunismo, pero aún no convertidos a estas teorías. Allí, en un terreno no propio, nuevo, privados del apoyo de la actividad cotidiana a la que estaban habituados, aislados, enfurecidos, se han consagrado por entero a las teorías extremadas, olvidando la nacionalidad que habrían debido representar y que quizás esperaba de ellos su salvación [34].

A Sazónov le parecía poder concluir ya, por la experiencia inicial de la joven emigración alemana, que «aunque hubiera cierta verdad en el comunismo, habría que remitir toda discusión al respecto a un futuro remoto. Actualmente esas discusiones obstaculizarían de modo esencial las posibilidades de desarrollo de la civilización». Era la postura que asumiría en Moscú Granovski, y en general toda la corriente de los occidentalistas liberales. Por soñadores y vagos que fueran los proyectos de Ogarëv, contenían la posibilidad de un desarrollo por un camino distinto, que él mismo supo recorrer dignamente desde 1856 en adelante.

En el grupo de los occidentalistas de San Petersburgo, V. A. Miliutin, uno de los más jóvenes colaboradores de las revistas dirigidas por Belinski, trató también, en 1847, de comparar los problemas rusos con las teorías socialistas occidentales, no sólo desde un punto de vista religioso y de conducta personal, sino desde el de la economía política. Sus artículos constituyen uno de los más interesantes frutos de la politización de la *inteliguentsia,* que se estaba acentuando en el último período de los años cuarenta, al acercarse la revolución de 1848, y que —como reacción preventiva contra ella— será detenida y truncada hasta el final de la guerra de Crimea [35].

Los propios lazos familiares de Miliutin dan un particular relieve al intento de socialismo razonado que empezó a exponer entonces en las páginas de los «Otechestvennye zapiski» y del «Sovremennik». Había crecido en San Petersburgo en una familia de la vieja nobleza, pero dedi-

cada hacía tiempo a la industria, bajo la influencia fundamental de su madre, hermana de Kiselëv, que tanto se había afanado por la reforma de los siervos.

Sus dos hermanos, educados a su lado, se convertirán en importantes políticos burócratas-liberales del reinado de Alejandro II. Uno fue ministro de la Guerra, el otro un hombre activísimo en la realización de las reformas campesinas.

V. A. Miliutin era un occidentalista convencido. Escribió un artículo sobre el proletariado y el pauperismo en Francia e Inglaterra, en directa polémica contra quienes veían en estos aspectos de la civilización occidental la prueba de su decadencia.

> La terrible situación en que se hallan las clases obreras francesas proporciona ocasión para los más infundados ataques contra Occidente. En su organización presente no se ve sino desorganización, contraste de opiniones y de intereses... No se quiere entender que esa lucha de intereses no es señal de disolución, sino de vida, que no demuestra la corrupción de la sociedad, sino su madurez, su frescura, su fuerza [36].

La misma literatura socialista constituía la prueba de la seria voluntad de resolver estos problemas que existía en Occidente. Veía en Sismondi y en Proudhon la confirmación del hecho de que se había llegado ya, «en gran parte en las ciencias sociales y en la propia economía política», a una situación «de ruptura y de crisis» [37]; veía en ellos la prueba del nacimiento, al margen del estudio científico de los fenómenos económicos, del deseo de transformar las mismas bases de la sociedad. Consideraba esta tendencia como el elemento más vivo del pensamiento occidental, y precisamente por ello él era al mismo tiempo occidentalista y socialista.

Pero de forma paralela a lo que les ocurría a Herzen, a Ogarëv, y al propio Bakunin, ninguna de las teorías socialistas propuestas hasta entonces le parecía satisfactoria. Esas teorías —decía— representan algo más importante que una pura y simple negación de la economía política clásica. Por ello les atribuía una fundamental importancia, ligadas como las veía a los problemas reales, al proletariado, al pauperismo, a la situación del campo inglés y francés. Las nuevas utopías socialistas eran señal de que se «sentía y presentía» [38] una visión nueva. No se parecían a las viejas utopías de siglos anteriores, porque nacían *después* de la economía política y extraían su justificación histórica del esfuerzo de criticarla. Pero —decía— era necesario liberarlas de lo que aún tenían de utópico, de místico, de soñador, había que darles un carácter racional y positivo. Era indispensable estudiar la realidad y comprenderla, descubrir sus tendencias y fuerzas, «transformar ese sueño acercándolo a la vida». «La utopía por sí misma, y debido a las energías de desarrollo contenidas en ella, pasa así a ser ciencia» [39].

No es cuestión de detenernos en la crítica de los diversos sistemas socialistas formulada entonces por Miliutin. En filosofía era admirador de Comte, en economía estaba influido especialmente por Proudhon, cuyas ideas aceptaba en todo lo referente al sindicalismo obrero, las huelgas, etc. Daba una minuciosa descripción de estos fenómenos, hablando tanto de Inglaterra como de Francia, y ponía así al público ruso en estrecho contacto con aquellos problemas; pero no veía en las huelgas una posible solución. Se percibe en las páginas de Miliutin (que, no lo olvidemos, estaban escritas bajo la censura de Nicolás I, y por lo tanto redactadas a menudo en términos genéricos) su interés por la organización del trabajo de Louis Blanc y quizás sobre todo por el fourierismo, aunque ninguna de estas corrientes le sastifacía plenamente.

Las críticas de Sismondi al sistema capitalista eran la base de sus concepciones sociales, aunque, como decía, «ardiente defensor de las clases pobres, Sismondi era al mismo tiempo un aristócrata por nacimiento y simpatías... Como hombre y pensador, indignado ante cualquier injusticia, estaba de parte de quien sufría, pero como representante de una casta nunca pudo librarse por completo de algunos conceptos exclusivistas y unilaterales asimilados en su juventud... Sismondi no entendió en absoluto el sentido real de las exigencias contemporáneas y pensó en limitarse a medias medidas, cuando en realidad se trataba de una reforma radical de la estructura económica» [40]. Estas palabras de Miliutin sobre Sismondi reflejan evidentemente el esfuerzo que estaban realizando entonces en Rusia estos «aristócratas» para llegar hasta el final del camino que Sismondi les indicó.

Este interés por el economista ginebrino tenía también otro origen; aunque se consagró a conocer y a dar a conocer a sus compatriotas los problemas suscitados por el desarrollo industrial, Miliutin conservaba siempre una especial atención por los problemas agrícolas, más próximos a Rusia. Las descripciones que ofrecía a los lectores de sus artículos sobre la situación del campo en Francia, Inglaterra e Irlanda no hacían más que poner ante el lector las diversas posibilidades que se presentarían también en Rusia si se llegaba por fin a la liberación de los siervos. Sus conclusiones, apenas insinuadas, son prueba de que su socialismo, al contacto con los problemas agrarios rusos, iba asumiendo formas populistas. Sostenía que las dos tendencias fundamentales de la economía agraria moderna eran, por una parte, el paso de la tierra a manos de los campesinos, mediante la abolición de los privilegios nobiliarios, y por otra, la evidente conveniencia económica de las grandes haciendas. ¿Cómo conciliar estas dos tendencias contradictorias? Con la asociación —respondía—, con la unión de los campesinos en cooperativas. «El derecho a la tierra puede estar distribuido muy ampliamente, pero el sujeto de esa propiedad, la tierra, debe permanecer indivisible y único.» Por estas razones demostraba simpatizar con el fourierismo. Con toda probabilidad veía en el falansterio la prefiguración de una gran hacienda campesina. Equivalía a

buscar en otro lado, por distinto camino, lo que otros, simultáneamente, buscaban en la *obshina.*

Los problemas religiosos, morales y sociales que de distinto modo se plantearon Pechërin, Ogarëv, Miliutin, encontrarán un centro en Ucrania, en la Sociedad de Cirilo y Metodio, y en San Petersburgo, a finales de los años cuarenta, en los grupos que se congregaron en torno a Petrashevski [41].

El mundo de los *petrashevtsy* es muy distinto del que vimos en torno a Herzen y Bakunin, un mundo más cerrado y extraño. Ya no se trata de un ambiente en directo contacto con el resto de Europa, compuesto por personas que viajan a Francia, Italia y Alemania, que tienen una cultura amplia y armónica, que a pesar de todas las dificultades de la censura se expresan en revistas y diarios que controlan directa o indirectamente. Tampoco es el mundo de los eslavófilos, hombres generalmente de gran doctrina, capaces de crear sistemas —teologizantes, sí, pero grandiosos—, aquel mundo que si pretendía encerrarse idealmente en la vieja Moscovia lo hacía de forma deliberada, con un gesto de gran señor, y no por necesidad.

Los *petrashevtsy* son también en su mayoría nobles, pero muy pocos poseen una fortuna, y no pocos son pobres; para ellos el servicio del estado, la carrera de los empleos representa una necesidad. En todas sus actitudes y gestos carecen de la amplitud moscovita, tienen la estrechez de la capital burocrática del gran imperio de Nicolás I. De sus principales exponentes sólo uno conoce personalmente Europa; los otros absorben ávidamente su cultura desde lejos, encerrados en su círculo en el que se sienten aplastados. Al leer, aún hoy, sus memorias, sus escritos fragmentarios, sus deposiciones, nos sorprende una maraña de ambiciones erradas y de capacidad de sacrificio, de esperanzas inmensas y de escasos medios, de pasiones mezquinas y de grandes ideales.

El escritor Saltykov-Shedrin —que, muy joven aún, participó durante cierto tiempo en ese movimiento y fue confinado en Viatka por haber publicado un relato escrito con un espíritu socialista muy próximo al de los *petrashevtsy*— nos ha dejado un cuadro satírico y doloroso del estado de ánimo dominante en el grupo. Estaba compuesto —decía— por hombres que habían empezado «a leer sin saber el alfabeto, a caminar sin saber estar erguidos». Por un momento le parecieron «monstruitos morales... llenos de contradicciones», que acababan creando a su alrededor una atmósfera de «despotismo». ¿Y todo esto por qué? Porque la vida «les había dado a todos deseos y no el modo de realizarlos, y por eso construían utopías sin saber como conducir a ellas a la gente» [42].

Se comprende, pues, que el juicio que nos han dejado sobre ellos sus contemporáneos sea tan negativo, y a menudo contradictorio. Los eslavófilos moscovitas se mostraron violentamente críticos, sobre todo por conservadurismo, aunque no sólo por eso. «El comunismo nórdico», como

lo llamó por entonces A. S. Jomiakov, les ofendía por su derivación occidental, a más de por su carácter subversivo [43]. Herzen, cuando sepa de ellos, unos años después, se preocupará por el carácter morboso que creía descubrir en el grupo. Bakunin, al encontrar algunos *petrashevtsy* en Siberia, un decenio después, tendrá una impresión parecida. En cuanto a Europa occidental, poco supo de ellos en 1848 y 1849 [44].

Pero su obra no fue inútil. Uno de los participantes en aquel movimiento, Dostoievski, dirá más adelante que «los socialistas [es decir, los socialistas de la época en que escribía, de los años sesenta y setenta] se derivaban de los *petrashevtsy.* Estos habían arrojado muchas semillas» [45]. Impresión psicológicamente justa, que hay que completar con el testimonio históricamente más exacto de D. D. Ajshamúrov, también él *petrashevtsy:* «Nuestro pequeño grupo llevaba en sí la semilla de todas las reformas de los años sesenta» [46]. El grupo de Petrashevski —situado en la encrucijada de los caminos que llevaron a una función política a la *inteliguentsia* y al nacimiento de una corriente propiamente revolucionaria —encierra en sí los elementos de una y de otra.

El mismo Petrashevski dijo claramente lo que habrían querido ser. Pretendían «ponerse a la cabeza del movimiento intelectual del pueblo ruso» [47]. El modelo que habían elegido era el de los enciclopedistas en la Francia de mediados del XVIII, el de Voltaire [48]. Empezaron, así, con reuniones semanales en las que discutían los problemas más diversos, a veces sin preparación, y después, con mayor frecuencia, partiendo de una breve lectura.

En torno a un primer centro creado por Petrashevski se fueron formando otros grupos, que se reunían con menor periodicidad y que tuvieron menos consistencia organizativa, pero que acabaron representando corrientes y matices políticos distintos. Podemos observar desde el principio en Petrashevski y en todos los que se congregan inmediatamente en torno a él una auténtica voluntad de proselitismo, de propaganda. Buscaban adeptos en los círculos más variados, en las reuniones de la nobleza, entre la pequeña burguesía, en las escuelas. Petrashevski era un verdadero cazador de hombres. Sólo en el mundo de la literatura supo atraer a dos jóvenes como Dostoievski y Saltykov-Shedrin, e indirectamente a un estudiante llamado Chernyshevski. Su proselitismo fue más lejos de la capital y acabaron por tener algunos elementos en otras ciudades, en Reval, en Moscú, etc. Cuando el movimiento fue truncado, se había ampliado tanto que se convirtió en la base de todos los elementos occidentalistas no puramente liberales y moderados que existían entonces en Rusia. El propio Ogarëv, por ejemplo, frecuentó por un breve período aquellas reuniones, y se verá implicado en la persecución.

Los medios de su propaganda estaban constituidos por escritos de miembros del grupo, que se leían y comentaban en las reuniones, y sobre todo por una biblioteca que Petrashevski consiguió formar de los modos más diversos, y de la que sus amigos tomaban libros en préstamo. Se ha

publicado su catálogo [49], que es un documento de gran interés. Puede decirse que incluye gran parte de los escritores franceses socialistas del período anterior a 1848 y, aunque en mucha menor medida, de la propia época de la revolución. Incluso en esta selección se nota la preocupación por la propaganda, ya que abundan los opúsculos de divulgación. Están representadas las diversas tendencias, preferentemente la fourierista, pero al lado de ésta vemos muchísimas de las obras que habían publicado hasta entonces Proudhon, los socialistas cristianos, Flora Tristan, Leroux, Pecqueur, Raspail, Vidal, Villegardelle, Louis Blanc. Tampoco faltan los comunistas, con Cabet, Dézamy, Engels *(Die Lage der arbeitenden Klasse in England)* y Marx *(La miseria de la filosofía).* Junto a ellos un gran número de economistas, de arbitristas, toda una minuciosa documentación sobre los más diversos problemas, jurídicos y sociales, sobre todo de Francia, pero con numerosos volúmenes publicados en Occidente sobre Rusia y Polonia, y bastantes cosas sobre otros países europeos, incluida Italia. Es una biblioteca que revela, junto con un interés fundamental por las teorías socialistas, una pasión que podríamos llamar periodística, cotidiana, por la vida europea en torno a 1848.

Con el desarrollo del movimiento nació también el deseo de hacerse con medios de propaganda más amplios que los manuscritos y las discusiones sobre libros. Hubo quien propuso imprimir en el extranjero, es decir, crear un centro emigrado, alejado de la censura de Nicolás I, algo parecido a lo que empezaban a pensar por entonces Herzen y Golovín. Otros propusieron una imprenta clandestina en la propia Rusia. Pero no pasaron de proyectos, aunque al parecer hubo un inicio de realización de la segunda propuesta.

Acabó por salir a la luz la intención de crear, sobre la base de los grupos ya existentes, una auténtica sociedad secreta. Las personas en torno a las que se habían ido desarrollando los diversos círculos discutieron entre sí tal posibilidad. Speshnev, un partidario —como veremos— de las ideas comunistas, propuso la constitución de un «comité central», compuesto por representantes de los diversos grupos. Decía que los modos de actuación podían ser tres: el «jesuítico» (o sea la conjura), la propaganda y la insurrección. No ocultó que sus simpatías se orientaban hacia esta última y dijo que, unidos, podrían tratar de recorrer estos tres caminos que parecían abrirse ante ellos. Se llegó, al parecer, a un primer esbozo de ese «comité central», pero sus intentos en ese sentido quedaron pronto truncados por las detenciones, que empezaron en abril de 1849.

Pero no los había detenido sólo la represión. Ya en las discusiones que precedieron al final vemos que sentían pesar sobre ellos la terrible desproporción existente entre los medios de que disponían y sus proyectos. Es cierto —decía uno de ellos— que si estallara en Rusia «cualquier trastorno político», una sociedad así podría tener gran importancia. Pero encontró quien le objetó que era muy poco probable que eso ocurriese. Convino en que «había que esperar veinte años» [50]. Naturalmente, este

enfoque volvía a poner en primer plano el deseo de dirección cultural que había sido la raíz de todas sus actividades, la propaganda socialista en el interior de los diversos grupos de la sociedad rusa que fue su razón de ser. Petrashevski no apoyó la proyectada transformación en sociedad secreta de los círculos suscitados por él. En suma, llegaron al umbral de una verdadera vida conspirativa pero no pudieron avanzar más allá, encerrados en el mundo del que habían salido.

En las discusiones internas apareció con claridad, a comienzos de 1849, otro obstáculo que se interponía ante su desarrollo político o conspiratorio. Del incesante cotejo entre las diversas ideas y personalidades resultaba que no constituían un movimiento único, sino una colección de corrientes diversas, que no sólo estaban divididas en torno a la elección de los medios, sino también en los ideales. El núcleo central era fourierista, y Petrashevski constituía su personalidad más fuerte. Otros, como por ejemplo los hermanos Debu, habían tratado de acercar cada vez más el falansterio de Fourier a la *obshina* rusa. Otros más, reunidos en torno a Speshnev, se proclamaban comunistas. Muchos se autodenominaban liberales, pretendiendo así expresar su intensa pero genérica sensación de rebeldía contra la situación existente en Rusia. El propio «comité central» estaba concebido como una reunión de «diversos representantes de diversas opiniones, los cuales, a su vez, cada uno por separado, tendrían que organizar un comité especial de su propia tendencia» [51]. El elemento socialista y fourierista sería el más fuerte y el más activo. Se trataba, como ellos decían, de reunir «en primer lugar a los socialistas, y después a la gente de ideas progresistas» [52]. Pero esto no impedía las discusiones internas, los conflictos ideológicos; más aún, los favorecía. Y justamente los debates internos son lo más importante, históricamente, que ha quedado de su actividad.

No es difícil comprender porque Mijail Vasilevich Petrashevski se hizo seguidor de Fourier; su mentalidad tenía grandes semejanzas con la del utopista francés. También él unía un alma de soñador con una mentalidad analítica, precisa y minuciosa hasta la pedantería; elementos extraños se mezclaban en él con una tenacidad y una terquedad extraordinarias. En las obras de Fourier encontraba un alimento adecuado: «Cuando leí por primera vez sus obras, fue como renacer de nuevo. Me incliné ante la grandeza de su genio. Como si hasta ahora no hubiera sido cristiano, sino pagano, derribé todos los demás ídolos y lo convertí en mi único dios» [53].

En Fourier no buscó, pues, solamente la solución de problemas económicos o políticos; quiso encontrar en él una concepción de la vida, la personal y la social juntas. En general, en los socialistas franceses veía a los continuadores de los filósofos dieciochescos, los cuales, como decía enumerando según su costumbre, habían querido «poner al hombre en justa relación: 1) consigo mismo; 2) con la sociedad (la otra gente); 3) con toda la humanidad; 4) con la naturaleza». Y agregaba: «El socialismo

es la tentativa de resolver estos problemas»[54]. En suma, como muchos de sus contemporáneos, planteaba al socialismo una exigencia religiosa.

Pero esta amplitud y este carácter genérico se fueron poco a poco transmutando en sus manos en una visión que englobaba sobre todo los problemas sociales, administrativos y jurídicos. Su socialismo, comparado con la realidad rusa, se le descomponía en una serie de reformas, desde la de la vida individual de cada uno a la de las relaciones en el campo, desde la introducción de la libertad hasta la reforma del sistema judicial.

Trató de exponer esta voluntad de reformador aprovechando un *Diccionario de bolsillo de las palabras extranjeras utilizadas en ruso* que empezó a imprimirse en 1844, y cuyos segundo y último fascículo estuvieron a su cargo. Jugando con la censura consiguió, aunque de forma bastante velada, dar a conocer algunas ideas fundamentales de Fourier y otros socialistas, como Villegardelle, Owen, Saint-Simon, etc. La presentación de estas ideas contenía ya un ataque —indirecto pero muy claro para quien tuviese ojos para leer— contra la servidumbre de los campesinos, la falta de libertad en Rusia, etc. El diccionario acabó siendo retirado de la circulación. Herzen, cuando emigre en 1847, lo llevará a París como una rareza y como un indicio sintomático.

Petrashevski trató también de aplicar su fourierismo, explicándolo personalmente a los campesinos de su mísera posesión, sita en la región de San Petersburgo. Quiso construir para ellos una gran casa común, con servicios colectivos, para sustituir las pobres isbas de la aldea. La encontró una noche hecha cenizas, quemada probablemente por los propios campesinos[55].

Trató entonces de suscitar una discusión sobre la propiedad de la tierra en Rusia, explicando a una asamblea de nobles las ventajas de permitir a los comerciantes poseer tierras y campesinos, a condición de transformar a estos últimos de siervos en «obligados». El precio de las tierras aumentaría —decía—. Pero se atrajo las sospechas de las autoridades y las ásperas críticas de sus amigos, que lo acusaron de abandonar así los principios socialistas.

Desistió de su intento, cada vez más convencido de que sólo la predicación en los grupos congregados a su alrededor y una amplia difusión de las ideas de Fourier podrían provocar las reformas que deseaba.

Expuso insistentemente su fourierismo en las reuniones periódicas celebradas en su casa. Seguirá predicándolo en la cárcel, y ante la comisión investigadora. Incluso en su testamento, escrito en la celda, disponía que un tercio del dinero obtenido de la venta de sus bienes se destinara a Victor Considérant, «jefe de la escuela de los fourieristas, para la formación de un falansterio»[56].

El 7 de abril de 1849 organizó un banquete en honor de Fourier que fue la manifestación culminante de este movimiento. Pronunció un discurso en el que recordaba que él era «uno de los más viejos propagandistas del socialismo en nuestra inculta patria». «Nuestra *mission,* como

socialistas de observancia fourierista en Rusia, no es tan fácil como puede parecer a primera vista —decía—. Si el destino nos ha ahorrado el trabajo de los descubridores, si tenemos una estrella polar en la doctrina de Fourier, en el momento mismo de su aplicación práctica encontraremos obstáculos, dificultades locales, por así decirlo, que de ningún modo podían haber sido previstos por nuestro maestro, ni por sus mejores intérpretes en Occidente... Recordemos que tenemos los pies sobre el barbárico suelo de nuestra patria, que todo en nuestra vida social no es sino una consecuencia de la barbarie y el patriarcalismo oriental, que la mente del pueblo ruso no ha despertado y que nosotros, no sólo como socialistas, sino como hombres que han abandonado los prejuicios y que saben mirar a la verdad a los ojos, no podemos esperar, basándonos sólo en estas cualidades nuestras, suscitar de golpe el consenso de las masas hacia nosotros y nuestras convicciones...» [57].

Propuso así, en aquel banquete, un brindis «por el conocimiento de la realidad». Este era el resultado de su evolución de aquellos años. Con los ojos clavados en el fourierismo como estrella polar, había realizado personalmente un esfuerzo —e invitado a sus compañeros a hacerlo— por conocer la realidad rusa, preparando el terreno para la aplicación de sus ideales.

> No descartemos con una sonrisa de desprecio la realidad que nos circunda, mirémosla atentamente, estudiémosla en detalle y demos a lo que en ella hay de vivo y vital la posibilidad de alcanzar la deseada plenitud de desarrollo.

En el centro de la realidad rusa persistía el problema campesino. Petrashevski estaba persuadido hacía tiempo de que sólo existía un medio para abolir realmente la esclavitud, el de liberar a los campesinos «con la tierra que trabajaban, sin ninguna compensación para los nobles» [58]. Como dirá la comisión investigadora, resumiendo un proyecto suyo hoy perdido, «con semejante liberación el campesino habría obtenido la parte del león».

Discutiendo este problema, leyendo a Haxthausen, «estudiando la realidad», como él decía, había encontrado en la situación rusa un pretexto inmediato para su fourierismo. En las deposiciones en la cárcel escribirá que, enfrentado a la reforma agraria, «a esta completa y total transformación de nuestra vida social, pensé en el falansterio como su clave y su piedra de toque» [59]. Es decir, se trataba no sólo de dar a los campesinos toda la tierra que cultivaban, sino de organizar sus trabajos en grandes haciendas, en las que se combinaran —como se expresaba, con palabras de Fourier— el «ménage morcelé» y el «ménage associé», la posesión privada y el arriendo colectivo. Se le había presentado así, naturalmente, la comparación entre el falansterio, que veía en los campos rusos del futuro, y la *obshina*. Era la palabra que empleaba para traducir al ruso la idea

fundamental de Fourier. El socialismo proporcionaría indicaciones para «la reorganización del trabajo en la *obshina*»[60], decía, por ejemplo.

Justamente por esto, al margen de cualquier otro problema psicológico, de cualquier búsqueda de una moralidad distinta, y al margen de todas sus rarezas, Fourier pudo tener tanta importancia para él y para sus compañeros; justamente por esto pudo influir, a diferencia de los otros sistemas socialistas franceses, en el único auténtico movimiento socialista que existió en Rusia por aquellos años.

El fourierismo se presentaba con un doble aspecto: como crítica de todo el sistema capitalista y como modelo de una nueva hacienda. Aunque ambos aspectos fueron asimilados por los fourieristas rusos, es natural que el segundo atrajese en especial a la mayoría de ellos. A. P. Beklémishev, por ejemplo, escribirá en 1848 toda una detallada e interesante discusión sobre «las ventajas de la comunidad comparadas con el desparramamiento en las diversas formas del trabajo», con el fin de proponer el falansterio como modelo para los terratenientes que querían transformar sus haciendas. También Petrashevski subrayó desde la cárcel este aspecto reformista y pacífico del fourierismo, y quiso demostrar la conveniencia para los propietarios —y quizás para el propio emperador— de crear grandes haciendas agrícolas basadas en el trabajo colectivo. Pero se trataba de medios tácticos: Petrashevski estaba convencido de que semejante posibilidad iba indisolublemente unida a una reforma total de las relaciones sociales, a una radical reforma agraria, a una expropiación de las tierras de la nobleza y a su paso a manos de los campesinos.

En el falansterio de Fourier había encontrado, pues, la utopía gracias a la cual la *obshina* campesina se apartaba del ambiente feudal en que estaba encerrada, y se convertía —como diría, por otras razones, Herzen— en un germen de socialismo campesino. No en vano Petrashevski insistía siempre sobre la «función de guía de la teoría respecto a la práctica»[61]. Lo que guiaría la transformación de la *obshina* rusa en un falansterio serían las ideas socialistas apasionadamente estudiadas por él.

Otros en cambio, a su lado, llegaron a una concepción más específicamente populista, viendo en el campo ruso un elemento socialista ya existente. Es decir, mientras Petrashevski insistía sobre la organización colectivista del trabajo, los otros miraban sobre todo a la redistribución periódica de las parcelas de tierra y ensalzaban la tradición comunitaria del campo ruso. También ellos afirmaban que la *obshina* había impedido la formación del pauperismo que se produjo en Occidente, así como la expropiación de los campesinos —que los habría reducido a proletarios. En su «exposición de los sistemas socialistas» escrita en la cárcel, Yastrzhembski explicaba, por ejemplo, que en Rusia «la población del campo, aunque sierva, no es miserable, porque la servidumbre es siempre una forma, aunque tosca, de asociación... Por lo que respecta a los obreros de las fábricas, cuando sus salarios bajan excesivamente, todos vuelven al trabajo del campo, de modo que en Rusia, propiamente hablando, no existe

proletariado ni pauperismo» [62]. Similar era la conclusión de N. Ya. Danilevski, implicado también en este proceso y —con Petrashevski— el mejor conocedor del sistema de Fourier dentro del movimiento.

A lo que podemos juzgar por los documentos que nos han quedado, los principales representantes de esta que podríamos llamar ala populista de los *petrashevtsy,* eran los hermanos K. e I. M. Debu, de familia de ascendencia francesa (Desbout), establecida en Rusia ya en el XVIII. El primero era una de las personas en quien más confiaba Petrashevski; cuando se pensó en constituir un «comité central» de la sociedad, él debería haber formado parte. A su lado, también convencido fourierista pero más preocupado por los problemas agrícolas, estaba N. S. Kashkin, hijo de un decembrista, a quien diez años después encontraremos en contacto con N. Serno-Solov'ëvich, uno de los fundadores de *Zemlia i volia,* ambos en plena actividad para obtener lo máximo posible de la reforma agraria realizada por Alejandro II [63].

También Dostoievski, si hay que dar crédito a unas memorias [64], estaba convencido ya en aquel período de que había que mirar «a la vida y a la organización secular de nuestro pueblo, a la *obshina* y al *artel*». Es probable, empero, que estas ideas reflejen más bien una visión posterior de Dostoievski, cuando, tras regresar de Siberia, se acerque a la posición de los eslavófilos [65]. Entonces era partidario de una radical liberación de los siervos y se hallaba personalmente bajo la influencia de los *petrashevtsy* más decididos y políticos, Speshnev, Dúrov, etc. En su deposición se declaró netamente adversario no sólo de toda tendencia eslavófila —como todos sus compañeros, por otra parte— sino también del fourierismo.

> No existe en Occidente sistema social tan ridiculizado, tan impopular y abucheado como el sistema de Fourier. Está ya difunto, y sus representantes no advierten que son sólo muertos vivos, y nada más. En Occidente, en Francia en este período, cualquier sistema, cualquier teoría son peligrosos para la sociedad. Los proletarios hambrientos se aferran desesperados a cualquier medio, y están dispuestos a convertir cualquier medio en su bandera... Pero en lo que a nosotros concierne, en Rusia, en San Petersburgo, basta con dar veinte pasos por la calle para convencerse de que en nuestro suelo el fourierismo puede subsistir sólo en las hojas sin abrir de los libros o en un alma tierna y sin maldad, y no de otra forma que un idilio o un poema de veinticuatro cantos en verso [66].

Se trataba de una actitud dictada por la necesidad de defenderse de las acusaciones que lo llevarían a ser condenado a muerte. Pero probablemente respondía también a sus ideas fundamentales. Es cierto que como escritor se interesó por la psicología de Fourier y tomó de ella elementos para sus futuras novelas. Pero su política era entonces más inmediata, menos utópica; lo que quería era menos censura y menos cadenas para el

pueblo. Y así lo dijo en su deposición. Y sobre todo, Dostoievski no era en 1849, como no lo será nunca, un hombre de mentalidad política. El 1848 le interesaba como un drama, y lo que más le atraía en el socialismo era el hecho de que fuese «una ciencia en fermento, un caos, la alquimia antes de la química, la astrología antes de la astronomía» [67]. En suma, sentía también él, en forma fantástica, aquel mismo estímulo que por esa misma época empujaba a Bakunin a la búsqueda del «verdadero comunismo», a Herzen hacia el «socialismo ruso» y a Miliutin a decir que había que pasar de la utopía a la ciencia. Los documentos sobre la participación de Dostoievski en este movimiento se cuentan, pues, entre los más expresivos de un estado de ánimo general, pero no hay que dejarse tentar a deducir de ellos una visión precisa. Son importantes, sobre todo, como testimonio de un estado de ánimo.

Junto a los fourieristas ortodoxos y los fourieristas populistas, se encontraba el pequeño grupo de los comunistas, encabezados por aquel a quien Dostoievski llamaba entonces su Mefistófeles, N. A. Speshnev. Fue él quien propuso una organización más estricta, quien habló de un «comité central». Fue él quien, más que ninguno de sus compañeros, esperaba una rebelión campesina y veía su salida en una dictadura que organizaría la agricultura rusa en grandes empresas de carácter colectivo.

N. A. Speshnev fue «un hombre notable desde muchos puntos de vista», como dirá Bakunin, que lo conoció en Siberia en 1859 [68]. A diferencia de los demás *petrashevtsy*, podía considerarse rico, pues poseía unas quinientas almas en la gobernación de Kursk. En 1839 huyó primero a Helsinki y después al extranjero con una bella polaca que al parecer acabó envenenándose por su amor. Estaba en Suiza en la época de la guerra del *Sonderbund* y quizás participó en ella de la parte de los demócratas. Vivió después en París, Viena y Dresde, en contacto con la emigración polaca y los socialistas franceses. Leroux le había propuesto colaborar en la «Revue indépendante». En diciembre de 1847 estaba de vuelta en San Petersburgo y empezaba, a pesar de su carácter reservado, a crearse seguidores en los grupos que se congregaban en torno a Petrashevski. Les explicó que «el socialismo no es una nueva economía política, sino una nueva política». Así tituló un escrito que compuso por entonces, hoy perdido [69]. Es bastante probable que se hallase bajo la directa influencia de Dézamy (o sea del babeuvismo), y al tiempo de Weitling, a quien conoció en Suiza, amén de bajo la de las obras de la emigración alemana en París (Marx, Engels, etc.). Lo cierto es que siempre se proclamó comunista, en contraposición a los socialistas de todas las demás tendencias, sobre todo los fourieristas.

Esta discusión entre socialistas y comunistas —aunque complicada por choques personales y, por ejemplo, por la acusación que Petrashevski hizo a Speshnev de dejarse dominar por el orgullo, de actuar por «*dépit de la vie*» [70]— es uno de los aspectos más interesantes de este movimiento.

Se trataba ante todo de una pugna entre los que querían una lenta difusión de ideas, una progresiva adecuación del fourierismo a la realidad rusa, y los que veían en cambio, y sobre todo, la necesidad de una conjura, de un movimiento «puramente político» [71], como sostenía Speshnev. Para él eso significaba también no reparar en los medios. Eso quería decir probablemente cuando hablaba de un modelo «jesuítico» [72], o cuando sostenía la necesidad de una «dictadura». Los contrastes fueron violentos ya en este terreno. Un día Petrashevski tuvo que decir: «Seré el primero en alzar mi mano contra el dictador» [73]. Pero Speshnev seguía sosteniendo que sólo así se podría resolver el problema campesino, que, como afirmaba, era «el más importante de todos, por el que era preciso empezar» [74].

En noviembre de 1848 conoció, en una de las veladas de Petrashevski, a un hombre que lo confirmó en esta convicción. Era un organizador de minas de oro en Siberia, persona de iniciativa y de carácter atrevido. Les contó en detalle —a él y a algunos otros— cómo en 1842 se vio obligado a reprimir una gran revuelta en la gobernación de Perm, entre los campesinos de la Hacienda Pública. Todo un mundo de oscuras luchas aparecía así ante sus ojos. Dostoievski, que estaba presente, se limitó a observar que el narrador, Chernosvitov, «hablaba un ruso como el que escribía Gógol». Speshnev sacó en cambio una consecuencia menos literaria y más política, la confirmación de su idea de que estas revueltas eran el único camino para llegar a una auténtica revolución. Es una de las pocas veces en que podemos documentar con exactitud el lazo entre las revueltas campesinas y la aparición de un movimiento revolucionario entre la *inteliguentsia* rusa de los años cuarenta... [75].

El «comité central» que Speshnev propuso en esta oportunidad se enlazaba justamente con su esperanza de poder entrar en contacto con los centros más activos del descontento popular, sobre todo en la región de los Urales. Había que actuar «a lo Pugachëv» [76], decía. Chernosvitov le había explicado que en la gobernación de Perm los campesinos de la Hacienda Pública se habían rebelado en 1842 porque corrió la voz de que se quería vender a los nobles o a la administración los bienes de la corona. Deseaban seguir en las condiciones en que se encontraban. Así, pese a demostrar su fidelidad al zar, expresaban su odio a los funcionarios locales, toscos y corrompidos, hacia toda aquella administración que Kiselëv había reorganizado en sus reformas, hacia todo el control que se había ido agravando sobre ellos. Estos sentimientos eran compartidos por los campesinos de todas partes y también —agregaba— por los siervos que trabajaban en las minas de los Urales, los cuales «eran más instruidos». «Entre ellos había mucha gente culta, muchos mecánicos, muchos geómetras capaces. En general, concluía, allí el pueblo está tan desarrollado que es capaz de asimilar ideas muy por encima de su vida de todos los días» [77]. Chernosvitov habló también por extenso de Siberia, en cuyo futuro los *petrashevtsy* ponían grandes esperanzas, y que él mismo pen-

saba que un día tendría que librarse en cierto modo del control de San Petersburgo.

No sabemos qué consecuencias políticas dedujo Speshnev de estas conversaciones, salvo la idea de la insurrección. Pero pudo ver una luz nueva en aquellas ideas, que eran las suyas, sobre la nacionalización de la tierra y de la industria. Igual que el fourierismo ruso es una continua comparación entre la gran hacienda nobiliaria tradicional y un modelo ideal de falansterio, también el comunismo de Speshnev encerraba en sí un elemento de comparación entre la situación de los campesinos del estado (no olvidemos que representaban casi la mitad de la población del campo) y las ideas que, directa o indirectamente, procedían de Babeuf.

A más de este aspecto, más directamente ligado con la realidad rusa, la discusión entre socialistas y comunistas dentro del grupo de Petrashevski tuvo un importante aspecto teórico.

Danilevski expuso sus términos cuando dijo que Fourier sostenía que «la ciencia debe descubrir las leyes de una armoniosa organización de las relaciones entre los hombres..., en otras palabras, las leyes de la felicidad humana». En cambio —decía— los comunistas no han hecho sino llevar a sus últimas consecuencias la idea ilustrada de la igualdad. «El hombre no desea la igualdad, sino la libertad y la felicidad, mientras que ninguno de los sostenedores de la teoría de la igualdad ha demostrado o pensado en demostrar que ésta lleve consigo necesariamente la felicidad, lo cual desde luego sería difícil de probar» [78].

La voluntad de mejorar su propia situación y la de los campesinos impulsaba, en efecto, a la mayoría de los fourieristas rusos. En ellos no resuena una nota de rebelión igualitaria, sino una preparación para reformas, aunque fueran radicales. Petrashevski decía que «los comunistas son socialistas por sentimiento... Amargamente heridos por la horrible miseria junto a la desmedida riqueza, vieron... en la abolición de la propiedad privada el medio de acabar con todos los males» [79]. También Petrashevski veía en el fourierismo la respuesta «científica», razonada y compleja a este comunismo instintivo y utópico.

Así, cuando un día uno de los seguidores de Speshnev, Timkovski, propuso a Petrashevski llegar a un acuerdo entre las dos corrientes sobre la base de la idea de que en el futuro el campo ruso tendría que organizarse en parte en haciendas socialistas y en parte en haciendas comunistas, Petrashevski le contestó con una larga carta que constituye el documento más importante de esta polémica [80]. «El problema de la organización del trabajo, el problema fundamental de la vida social, ha sido elaborado más cuidadosamente por los fourieristas que por ningún otro socialista. La naturaleza humana se ha considerado con mayor atención, y el hombre, esa viva unidad de la vida social, no se ha considerado en abstracto, en idea, como por la mayoría de los comunistas, sino tal como es; la vida social ha sido adaptada a él y no se le ha sometido a la fuerza a determinadas formas de vida social. El fourierismo lleva natural y gradualmente a lo

que el comunismo quiere instaurar inmediata y forzadamente. El comunismo quiere dirigir simultáneamente todas las fuerzas de la sociedad a la transformación de ésta, sin reparar en nada. El fourierismo tiende a verter en la transformación el máximo de las ciencias sociales, las energías que no son indispensables para el mantenimiento de la existencia de la propia sociedad...» Por esas razones rechazaba todo compromiso y seguía sosteniendo íntegramente su punto de vista.

No poseemos ningún documento de Speshnev, o de cualquiera de sus partidarios, como respuesta a esta polémica [81]. Por lo demás, la represión los afectó a todos precisamente cuando los problemas se estaban haciendo más vivos y concretos. Esperaron por un instante que a la renuncia a toda reforma, por mínima que fuera, desde arriba, que a la reacción cada vez más dura de Nicolás I, hubiera respondido una intensificación de los alzamientos campesinos, los cuales habrían podido eventualmente convertirse en una revolución.

Al fallar esta esperanza, no les quedó sino resignarse a la cárcel y a Siberia.

Notas al capítulo 3

[1] Philip Pomper, *The Russian Revolutionary Intelligentsia,* Nueva York, 1970, capítulo III, pp. 31 y ss. *(The Lost Generation, 1825-1855).*

[2] Cfr. sobre todo V. I. Semevski, *Krest'yanski vopros v Rossii v XVIII i pervoi polovine XIX veka* [El problema campesino en Rusia en el XVIII y en la primera mitad del XIX], Spb. 1888; *Krest'yanskoe dvizhenie. 1827-1869. Podgotovil k pechati E. A. Morojovets* [El movimiento campesino. 1827-1869. Documentos editados por E. A. Morojovets], M.-L., 1931, fasc. I (1827-60), y N. M. Druzhinin, *Gosudarstvennye krest'yane i reforma P. D. Kiselëva* [Los campesinos de estado y la reforma de P. D. Kiselëv], M.-L. 1946; Jerome Blum, *Lord and Peasant in Russia from the Nineteenth Century,* Princeton (N. J.), 1961, pp. 442 y ss.; Michael Confino, *Systèmes agraires et progrès agricole. L'assolement triennal en Russie aux XVIIIe-XIXe siècles. Etude d'économie et de sociologie rurales,* Mouton, París-La Haya, 1969 (al que remitimos también para la bibliografía). Sobre la situación económica de aquel período, cfr. N. S. Kiniápina, *Politika russkogo samoderzhaviya v oblasti promyshlennosti (20-50-e gody XIX v.)* [La política de la autocracia rusa en el campo de la industria (años veinte-cincuenta del siglo XIX)], M. 1968, y William L. Blackwell, *The Beginnings of Russian Industrialization, 1800-1860,* Princeton (N. J.), 1968 (véase, sobre este libro, la recensión de Alexander Gerschenkron, en «Soviet Studies», abril de 1970, pp. 507 y ss.). Sobre las ideas económicas, cfr. *Istoriya russkoi ekonomicheskoi mysli. Pod. red. A. I. Pashkova* [Historia del pensamiento económico ruso. Ed. a cargo de A. I. Pashkov], tomo I, parte II (1800-61), M. 1958. Para una historia general, P. I. Liashenko, *Istoriya narodnogo joziaistva SSSR* [Historia de la economía de la URSS], M. 1956[4] (y cfr. la recensión de Alexander Gerschenkron, en *Continuity in History and Other Essays,* Cambridge, Mass., 1968, pp. 409 y ss.).

[3] Sobre el aparato represivo de aquellos años, Cfr. S. Monas, *The Third Section. Police and Society in Russia under Nicholas I,* Cambridge (Mass.), 1961, y P. S. Squire, *The Third Department. The Establishment and Practices of the Political Police in the Russia of Nicholas I,* Cambridge 1968.

[4] Druzhinin, *op. cit.,* p. 207.

[5] I. I. Ignatovich, *Bor'ba krest'yan za osvobozhdenie* [La lucha de los campesinos por la liberación], M.-L. 1924, p. 193. Sobre el último período aquí examinado, véase el cuidadoso estudio de Yu. I. Gerásimova, *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossii v 1844-1849 gg.* [El movimiento campesino en Rusia en los años 1844-1849], en «Istoricheskie zapiski», 1955, fasc. 50, pp. 224 y ss.

[6] Semevski, *Krest'yanski vopros v Rossii v XVIII i pervoi polovine XIX veka* cit., vol. II, p. 582. Téngase muy en cuenta que estas cifras son muy aproximadas y que las fuentes se contradicen ampliamente al respecto.

Para los movimientos que se produjeron en las manufacturas, y que casi siempre están ligados con la mentalidad e incluso los problemas de los campesinos, véase *Rabochee dvizhenie v Rossii v XIX veke. Sbornik dokumentov i materialov. Pod. red. A. M. Pankratovoi* [El movimiento obrero en Rusia en el siglo XIX. Colección

de documentos y materiales. Edición de A. M. Pankratova], tomo I, parte I (1800-25), parte II (1826-60), M. 1955[2].

[7] Uno de los ejemplos más típicos al respecto lo constituyen los desórdenes que se prolongaron desde 1833 a 1838 en la circunscripción de Izhma (región de Arjangelsk), en tierras de la Hacienda Pública. Véase el cuidadoso estudio de D. N. Jon'kin, *Volneniya izhmenskij krest'yan* [Las agitaciones de los campesinos de Izhma], Syktyvar 1941.

[8] Un estudio minucioso sobre los graves desórdenes de la región de Perm y de Orenburg entre los campesinos de la Hacienda en el período 1834-35 se encuentra en Druzhinin, *op. cit.*, pp. 224 y ss. Eran las regiones de Pugachëv, y la situación que se creó por entonces en aquellas tierras no fue muy distinta, aunque naturalmente en menor escala, de la que precedió a la gran rebelión de 1773.

[9] S. Gessen, *Jolernye bunty (1830-1832)* [Los motines del cólera], M. 1932.

[10] *Krest'yanskoe dvizhenie. 1827-1860* cit., vol. I, p. 15.

[11] Druzhinin, *op. cit.*, p. 285.

[12] Estos informes son citados por E. V. Tarle, *Imperator Nikolai I i krest'yanski vopros v Rossii po neizdannym doneseniyam frantsuzkij diplomatov, 1842-1847* [El emperador Nicolás I y el problema campesino en Rusia en los informes de los diplomáticos franceses, 1842-1847], en *Zapad i Rossiya. Stat'i i dokumenty iz istorii XVII-XX vv.* [Occidente y Rusia. Artículos y documentos para la historia de los siglos XVII-XX], P. 1918, pp. 17 y 27, n. 7.

[13] Semevski, *Krest'yanski vopros v Rossii v XVIII i pervoi polovine XIX veka* cit., vol. II, p. 136.

[14] Druzhinin, *op. cit.*, p. 276.

[15] *Ibid.*, p. 182.

[16] *Ibid.*, p. 480.

[17] *Ibid.*

[18] Tarle, *op. cit.*, p. 18. Cfr. Michael Cadot, *La Russie dans la vie intellectuelle française. 1839-1856*, París 1967, p. 336, donde se cita el «Journal des débats» del 4 de mayo de 1842, en el que se leía que Nicolás I, afectado por la «trágica historia de su familia», estaba tratando de hacer lo posible para que fuera menos gravosa la situación de los campesinos y para permitirles, en cierta medida, «escapar al yugo de sus señores». Pero unos días después, el 23 de mayo, Saint-Marc Girardin, en las columnas del mismo diario, asumía un tono duro y despectivo al respecto: «Todopoderoso para devastar Polonia, para ahogar las insurrecciones de los siervos o de las colonias militares, el emperador Nicolás se ve detenido tan pronto como quiere consagrar un poco de ese poder, que sus cortesanos dicen tan grande, a la emancipación de los siervos.»

[19] A. Haxthausen, *Studien über die inneren Zustände, das Volksleben und insbesondere die ländlichen Einrichtungen Russlands*, 3 vols., Hannover 1847, Berlín 1852; trad. rusa de L. I. Ragozin, M. 1870, vol. I, p. 72.

[20] Citado por Ignatóvich, *op. cit.*, p. 30.

[21] N. Barsukov, *Zhizn' i trudy M. P. Pogodina* [La vida y la obra de M. P. Pogodin], Spb. 1895, vol. IV, p. 303. Otros testimonios en el mismo sentido en Semevski, *Krest'yanski vopros v Rossii v XVIII i pervoi polovine XIX veka* cit., vol. II, pp. 187 y ss.

[22] A. Nifóntov, *1848 god v Rossii. Ocherki po istorii 40-j godov* [El 1848 en Rusia. Ensayos sobre la historia de los años cuarenta], M.-L. 1931, y 2.ª ed. ampliada y corregida, 1949, pp. 128 y ss., donde se recogen numerosos documentos sobre el estado de ánimo de la nobleza en ese período.

[23] V. S. Pechërin, *Zamogil'nye zapiski, Podgotovil M. O. Gershenzon, pod redaktsiei L. Kameneva* [Recuerdos de ultratumba, edición de M. O. Gershenzon, bajo la redacción de L. Kamenev], s. l. [pero M.] 1932, p. 115. Herzen nos dejó un cuidadoso retrato, en XIV, 54 y ss. Véase M. Gershenzon, *Zhizn' V. S. Pechërina* [Vida de V. S. Pechërin], M. 1910; V. Frank, *Ein russischer Exulant in 19.*

Jahrhundert: Wladimir Petscherin, en «Schriftenreihe Osteuropa», 1957, núm. 3; Wolf Giusti, *L'irrequieto itinerario di padre Vladimir Pecërin,* Universidad de Trieste, Instituto de Filología Eslava, 1964, n. 6; Aleksander Lipski, *Pecerin's Quest for Meaningfulness,* en «Slavic Review», vol. XXIII, 1964, fasc. 2, pp. 239 y ss.

[24] Pechërin, *op. cit.,* p. 109.

[25] M. A. Bakunin, *Sobranie sochineni i pisem, pod. red. Yu. M. Steklova* [Colección de obras y cartas, edición de Yu. M. Steklov], vol. II, p. 186.

[26] N. V. Mináeva, *Ranni utopicheski sotsializm N. P. Ogarëva* [El juvenil socialismo utópico de N. P. Ogarëv], en «Uchënye zapiski» (Memorias científicas del Instituto estatal pedagógico V. I. Lenin), M. 1962; *Nekotorye problemy ekonomicheskogo razvitiya i obshestvennogo dvizheniya v Rossii XIX v.* [Algunos problemas del desarrollo económico y del movimiento social en Rusia en el siglo XIX], pp. 61 y ss., y E. L. Rudnítskaya, *N. P. Ogarëv v russkom revoliutsionnom dvizhenii* [N. P. Ogarëv en el movimiento revolucionario ruso], M. 1969.

[27] N. P. Ogarëv, *Zapiski russkogo pomeshika* [Memorias de un noble propietario ruso], en «Byloe», 1925, fasc. XVII-XVIII, p. 15.

[28] Han sido reeditados por N. Mendel'son en «Zven'ya», 1933, fasc. II, pp. 346 y ss. Véaselos reproducidos en N. P. Ogarëv, *Izbrannye sotsial'no-politicheskie i filosofskie proizvedeniya. Pod obshei red. M. T. Iovchuka i N. G. Tarakanova* [Obras escogidas político-sociales y filosóficas. Ed. a cargo de M. I. Iovchuk y N. G. Tarakanov], vol. I, M. 1952, pp. 90 y ss.

[29] M. O. Gershenzon, *N. P. Ogarëv pomeshik* [N. P. Ogarëv noble propietario], en *Istoriya molodoi Rossii* [Historia de la joven Rusia], M. 1908, M.-P. 1923²; y E. L. Rudnítskaya, *Sotsial'nye eksperimenty N. P. Ogarëva* [Los experimentos sociales de N. P. Ogarëv], en «Voprosy istorii», 1961, fasc. I; Minaeva, *op. cit.,* páginas 87 y ss.; Rudnítskaya, *N. P. Ogarëv* cit., pp. 76 y ss.

[30] *P. V. Annenkov i ego druz'ya. Literaturniya vospominaniya i perepiska 1835-1885 godov* [P. V. Annenkov y sus amigos. Recuerdos literarios y correspondencia desde 1835 a 1885], Spb. 1892, p. 104.

[31] Carta de N. I. Sazónov publicada por Ya. Z. Cherniak en «Zven'ya», 1936, fascículo VI, p. 345, que refiere estas palabras de Ogarëv.

[32] Gershenzon, *op. cit.,* p. 285.

[33] Rudnítskaya, *N. P. Ogarëv* cit., pp. 78 y ss.

[34] Ya. Z. Cherniak en «Zven'ya» cit., p. 353.

[35] Sus obras principales se han recogido en V. A. Miliutin, *Izbrannye proizvedeniya* [Obras escogidas], con prefacio de I. Bliumin, s. l. [pero M.] 1946. Cfr. A. S. Dubnov, *Ekonomicheskie vzgliady V. A. Miliutina* [Las concepciones económicas de V. A. Miliutin], M. 1958.

[36] Miliutin, *op. cit.,* p. 162.

[37] *Ibid.,* p. 39.

[38] *Ibid.,* p. 40.

[39] *Ibid.,* p. 350.

[40] *Ibid.,* pp. 339-41.

[41] Sobre el primero de estos dos grupos, véase el excelente libro de P. A. Zayonchkovski, *Kirillo-Mefodievskoe obshestvo* [La sociedad de Cirilo y Metodio], M. 1959. Sobre el segundo de estos movimientos, las fuentes procedentes de memorias se han recogido en *Petrashevtsy v vospominaniyaj sovremennikov. Sbornik materialov. Sostavil P. E. Shegolev, s predisloviem N. Rozhkova* [Los grupos de Petrashevski en las memorias de los contemporáneos. Colección de materiales compilada por P. E. Shegolev, con prefacio de N. Rozhkov], M.-L. 1926. Todas las demás noticias sobre este movimiento proceden del voluminoso legajo de la comisión investigadora que instruyó su proceso en 1849. Antes de la revolución esos papeles fueron recopilados en su totalidad por el historiador V. I. Semevski, que sacó de ellos una serie de artículos publicados en diversas revistas. Algunos de los más importantes se reimprimieron después en un libro póstumo, *M. V. Butashevich-Petrashevski i petrashevtsy* [M. V. Butashevic-Petrashevski y sus seguidores], parte I [y única], M. 1922.

El encargado de la edición, V. Vodovozov, da en la introducción una completa bibliografía de los estudios de V. I. Semevski sobre el tema. Una selección del legajo se ha publicado en *Petrashevtsy,* edición de P. E. Shegolev, en dos volúmenes que continúan la colección de memorias antes mencionada, M.-L. 1927-28. Después se ha realizado una edición íntegra en *Delo petrashevtsev* [El legajo de los «petrashevtsy»], preparada por V. R. Leikina, E. A. Korol'chuk y V. A. Desnitski, M.-L., tomo I, 1937, tomo II, 1941, tomo III, 1951. Una amplia selección de escritos de los partidarios de Petrashevski se ha publicado en edición de E. V. Evgrafov, con el título de *Filosofskie i obshesvenno-politicheskie proizvedeniya petrashevtsev* [Obras filosóficas y político-sociales de los «petrashevtsy»], M. 1953. Los versos de algunos pertenecientes al movimiento se han recogido en *Poety-petrashevtsy* [Los poetas del grupo de Petrashevski], edición de V. L. Komaróvich, L. 1940. Sobre ellos, véanse los estudios de V. R. Leikina, *Petrashevtsy,* M. 1924, de L. Raiski, *Sotsial'nye vozzreniya petrashevtsev* [Las concepciones sociales de los grupos de Petrashevski], L. 1927; G. Sourine, *Le fourierisme en Russie;* París, 1936; N. V. Riasanovsky, *Fourierism in Russia; an Estimate of the Petrasevcy,* en «The American Slavic and East European Review», 1953, fasc. 3; V. R. Leikina-Svírskaya, *Revoliutsionnaya praktika petrashevtsev* [La política revolucionaria de los «petrashevtsy»], en «Istoricheskie zapiski», 1954, núm. 47, pp. 181 y ss.; Id., *O jaraktere kruzhkov petrashevtsev* [Sobre el carácter de los grupos de los «petrashevtsy»], en «Voprosy istorii», 1956, fasc. 4; F. I. Kaplan, *Russian Fourierism of the 1840's: Contrast to Herzen's Westernism,* en «The American Slavic and East European Review», 1953, fasc. 3; I. A. Fedosov, *Revoliutsionnoe dvizhenie v Rosii vo vtoroi chetverti XIX v.* (*Revoliutsionnye organizatsii i kruzhki*) [El movimiento revolucionario en Rusia en el segundo cuarto del siglo XIX (Organización y grupos revolucionarios)], M. 1958 (que constituye la obra más importante aparecida en estos últimos años sobre el movimiento de oposición y de protesta en la época de Nicolás I, con numerosos elementos nuevos sacados de los archivos); V. R. Leikina-Svirskaya, *Formirovanie raznochinskoi intelligentsii v Rossii v 40-j godaj XIX v.* [La formación de la «inteliguentsia» pequeñoburguesa en Rusia en los años 40 del siglo XIX], en «Istoriya SSSR», 1958, fasc. I, pp. 83 y ss.; Wiktoria Sliwowska, *Sprawa pietraszewców* [El asunto de los «petrashevtsy»], Varsovia, 1964; Id., *Utopicheski sotsializm petrashevtsev* [El socialismo utópico de los «petrashevtsy»], en *Istoriya sotsialisticheskij ucheni. Pamiati akademika V. P. Volgina* [Historia de las doctrinas socialistas. En memoria del académico P. V. Volgin], M. 1964; A. I. Bortnikov, *Petrashevtsy i pol'skoe natsional'no-osvoboditel'noe dvizhenie* [Los seguidores de Petrashevski y el movimiento de liberación nacional polaco], en *Iz istorii revoliutsionnogo dvizheniya pol'skogo naroda* [De la historia del movimiento revolucionario del pueblo polaco], M. 1964, pp. 41 y ss.

De notable interés es el estudio póstumo de B. P. Koz'min (que afronta en toda su amplitud el problema de qué significaba el socialismo utópico para los rusos entre los años 40 y 50), *Sotsial'ny roman petrashevtsa Feliksa Tollia* [La novela social de F. Toll, seguidor de Petrashevski], en B. P. Koz'min, *Literatura i istoriya. Sbornik statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], edición de E. S. Vilénskaya, M. 1969, pp. 184 y ss. Un notable resultado del renovado interés por las ideas de Fourier en la URSS de estos últimos años es el libro de I. Zil'berfarb, *Sotsialnaya filosofia Sharla Fur'e i ee mesto v istorii sotsialisticheskoi mysli pervoi poloviny XIX veka* [La filosofía social de Charles Fourier y su lugar en la historia del pensamiento socialista de la primera mitad del siglo XIX], M. 1964, en el cual, naturalmente, se habla de Petrashevski y sus partidarios, pp. 341 y ss.

42 N. Shedrin (M. E. Saltykov), *Brusin,* en *Pol'noe sobranie sochineni, pod. red. V. Ya. Kirpotina i dr.* [Obras completas, edición de V. Ya. Kirpotin y otros], tomo I, 1941, pp. 294-96.

43 A. S. Nifóntov, *Rossiya v 1848 godu* [Rusia en 1848], M. 1949, p. 153, donde también se recogen otros ecos eslavófilos.

44 Incluso «La tribune des peuples», por ejemplo, en la que colaboraron Sazónov y Golovín, escribió en el momento de la detención de los *petrashevtsy,* en su nú-

mero del 4 de junio de 1849: «Según lo que se ha dicho, el emperador sería asesinado durante la revista de la guardia imperial... Durante una estancia en Moscú se minó el nuevo palacio. Pero esas dos conspiraciones fueron descubiertas antes de que el movimiento estallara.» Es cierto que ese mismo periódico se retractaba unos días después: «La conspiración rusa descubierta en San Petersburgo no es en absoluto una conspiración contra la vida de Nicolás y de toda su familia. Estaba basada en una revolución radical, cuyo objeto era un cambio completo el sistema de gobierno» (5 de junio).

[45] Citado por A. Dolinin, *Dostoievski sredi petrashevtsev* [Dostoievski entre los «petrashevtsy»], en «Zven'ya», 1936, fasc. VI, p. 512.

[46] Citado en *Petrashevtsy* cit., vol. I, p. 57.

[47] *Delo petrashevtsev* cit., vol. I, p. 29.

[48] *Ibid.*, p. 449.

[49] *Ibid.*, pp. 559 y ss.

[50] *Ibid.*, p. 421.

[51] *Ibid.*, p. 353.

[52] *Ibid.*, p. 358.

[53] Citado por Semevski, *op. cit.*, p. 171.

[54] *Delo petrashevtsev,* cit., vol. I, p. 91.

[55] *Petrashevtsy* cit., vol. I, p. 115.

[56] *Delo petrashevtsev* cit., vol. I, p. 183.

[57] *Ibid.*, pp. 511 y ss.

[58] *Ibid.*, p. 514.

[59] *Ibid.*, p. 30.

[60] *Ibid.*, p. 82.

[61] *Ibid.*, p. 522.

[62] *Ibid.*, vol. II, p. 209.

[63] Sobre los hermanos Debu, véase el artículo de V. I. Semevski en la *Entsiklopedicheski slovar' Granat* [Enciclopedia Granat], tomo XVIII, M. 1914, e Id., *Petrashevtsy. Kruzhok N. S. Kashkina* [Los «petrashevtsy». El grupo de Kashkin], en «Golos minuvshago», 1916, fasc. II-IV.

[64] A. P. Miliukov, *Literaturnye vstrechi i znakomstva* [Encuentros y amistades literarias], Spb., 1890, p. 180.

[65] Así lo ha sostenido con buenos argumentos Dolinin, *op. cit.*

[66] N. F. Bél'chikov, *Dostoievski v protsesse petrashevtsev* [Dostoievski en el proceso de los «petrashevtsy»], M.-L. 1936, pp. 91-92.

[67] *Ibid.*, p. 142.

[68] Citado en Semevski, *Petrashevtsy* cit., p. 134.

[69] Léikina, *Petrashevtsy* cit., p. 40.

[70] *Delo petrashevstsev* cit., vol. I, pp. 47 y 68.

[71] *Ibid.*, vol. II, p. 360.

[72] No es fácil comprender lo que pretendía decir exactamente con estas palabras. Puede que las pronunciase aludiendo al libro de T. Dézamy que poseía en San Petersburgo y que le fue secuestrado en el momento de su detención: *Le Jésuitisme vaincu et anéanti par le socialisme ou les constitutions des jésuites et leurs instructions secrètes, en parallèle avec un projet d'organisation du travail,* París 1845. Se trata de un documento de la polémica contra los jesuitas, tan difundida en los años cuarenta, cuyos ejemplos más conocidos serán las obras de Quinet y Michelet. El libro hacía «un balance de la doctrina de los jesuitas y de los actos que ha engendrado» y concluía diciendo: «Jesuitismo o socialismo. ¡Elegid!» Su autor, un conocido baubevista, aprovechaba para polemizar contra todos los que «sólo ven unidad legítima en una dictadura republicana en manos de una convención nacional», que «ensalzan la excelencia de un poder teocrático, jerérquicamente organizado». Al polemizar contra los jesuitas, T. Dézamy pretendía luchar, pues, contra la introducción de un espíritu autoritario en el socialismo. por eso es muy probable que Speshnev no quisiera aludir a Dézamy, sino a Barruel. Fue él quien hizo leer a sus amigos la obra de este

conocido polemista jesuita contra la revolución francesa, en la que —decía— se encontraba una descripción detallada de la conjura de los iluminados de Weishaupt, que él proponía como modelo. Su amigo Mombelli decía que era «el libro más peligroso que exista, ya que se encuentran en él medios que de otro modo a nadie se le pasarían por la cabeza» (*Petrashevtsy* cit., p. 87). Speshnev sintió siempre especial curiosidad por conocer las diversas formas de conjuras. En el extranjero, ¡incluso le interesaba la historia del cristianismo como prueba de un complot de éxito! El proyecto de estatuto que redactó entraña la ciega obediencia de los secuaces al jefe, el deber de presentarse armados a su llamada, etc. Véase *Obshestvo propagandy v 1809 g.* [Una sociedad de propaganda en 1849], Leipzig 1875, p. 63.

[73] Semevski, *Petrashevtsy* cit., p. 185.

[74] *Delo petrashevtsev* cit., vol. I, p. 418

[75] *Ibid.*, vol. III, pp. 457 y ss.

[76] *Ibid.*, vol. I, p. 470.

[77] *Ibid.*, p. 476.

[78] Semevski, *Petrashevtsy* cit., p. 115.

[79] *Delo petrashevtsev* cit., vol. I, p. 93.

[80] *Ibid.*, p. 533.

[81] Speshnev, además de por Bakunin, como hemos visto, también era muy apreciado por Herzen y, al parecer, en el círculo de Chernyshevski. A. N. Pleshéev anunciaba en 1860 a Dobroliúbov su regreso de Siberia con palabras muy halagüeñas: «Puede decirse que de todos los *nuestros* es la personalidad más notable» (véase N. M. Chernyshevskaya, *Letopis' zhizni i deyatel'nosti N. G. Chernyshevskogo* [Anales de la vida y de la actividad de N. G. Chernyshevski], M. 1953, p. 182). Como otros muchos *petrashevtsy*, también Speshnev se entregó entonces en cuerpo y alma a la reforma agraria «defendiendo intensamente a los campesinos», como decía un informe oficial de la época. Se retiró después prácticamente a la vida privada, y murió en 1882.

CAPITULO 4

El «Kolokol»

Cuando Herzen llegó a Londres, a finales de agosto de 1852, estaba tocando el fondo de la desesperación que lo invadió cada día con más fuerza ante las repetidas derrotas del 1848 europeo. La suerte se había ensañado con él, destrozando su familia. La exaltación intelectual que lo acompañó durante la revolución y la reacción habían cedido ya, dejándole una sensación de malestar y culpabilidad [1]. Había expresado hasta el final en sus más hermosos panfletos sus conclusiones políticas, sus violentas críticas contra la democracia jacobina, sus negras profecías sobre la suerte de Europa occidental, incapaz de estar a la altura de los ideales creados por ella. «La comedia acabó. *Fuimus*», había escrito a comienzos de ese año [2]. En cuanto llegó a Inglaterra le dijo a Ruge: «*Battus le 13 juin, nous nous dispersâmes pleins d'espérances. Depuis ce temps tout a péri, la France est devenue un cavèrne de brigands et un peuple de laquais. Hereux celui qui s'est sauvé avec les siens. Moi, au contraire, j'ai tout perdu, j'ai perdu dans un naufrage ma mère et un de mes fils, j'ai perdu ma femme. Battu, même dans mon foyer, après des épreuves terribles, amères — je me traîne sans occupation ni but, d'ùn pays dans un autre*» * [3]. Cortada toda relación con sus amigos moscovitas, casi el único ruso emigrado, y todavía sin lazos con los prófugos de los demás países, Herzen llegaba a Londres sin un programa de actuación, desconfiando de sí mismo y de los otros.

Un sólo punto claro en su ánimo: la certeza de que Rusia podría convertirse en uno de los centros, si no el propio centro, de la recuperación que un día tendría que producirse. Se trataba de volver a anudar los hilos rotos, que en Rusia habían sido destrozados no por una revolución fallida, sino por una contrarrevolución preventiva que, por pesada y dura

* «Derrotados el 13 de junio, nos dispersamos llenos de esperanzas. Después, todo ha perecido; Francia se ha convertido en una cueva de ladrones y un pueblo de lacayos. Dichoso aquel que se ha salvado con los suyos. Yo, en cambio, lo he perdido todo: perdí en un naufragio a mi madre y uno de mis hijos, perdí a mi mujer. Derrotado, incluso en mi hogar, tras pruebas terribles y amargas, me arrastro sin ocupación ni meta de un país a otro.»

que fuese, podía haber dejado en las almas huellas menos amargas que la experiencia que él mismo sufrió en Occidente. Pero había que volver a empezar con perspectivas modestas. No con una predicación de principios socialistas y revolucionarios, sino con los dos factores permanentes de la situación rusa, el fermento de la *inteliguentsia* y el problema campesino. Lo importante, decía a comienzos de 1853, era que hubiese «un movimiento y no una estasis» [4].

«Yo no soy el venerable Osip», decía por entonces aludiendo a Giuseppe Mazzini; es decir, se negaba a tomar la postura que Omodeo ha definido como de «derviche de la revolución italiana», de incansable repetidor, de predicador, en los momentos de mayor reacción, de los propios principios, de organizador de complots e insurrecciones incluso cuando menos seguro era el éxito. No sólo las distintas situaciones de Italia y Rusia lo convencían de ello, sino toda su visión política, socialista y crítica de la democracia, centrada en Rusia porque desconfiaba de Occidente.

Cuando con Chernyshevski y con la nueva generación de *Zemlia i volia* surja en Rusia un movimiento radical y revolucionario, se le reprochará amargamente a Herzen esta postura de 1853, este punto de partida que tan importante iba a ser en la época de las reformas, pero que posteriormente parecerá una renuncia a los principios que el propio Herzen expuso en sus escritos cuarentaiochescos.

En realidad no se trataba de renuncia, sino de una evolución de sus ideas que habían sido al tiempo —ante el moderno estado jacobino— libertarias y socialistas, y que ahora, en una época de reacción y de lenta recuperación, se volvían liberales y reformadoras. Lo que perdió en la experiencia de 1848 no era —como dirá un día, polemizando con esta nueva generación— la fe en las revoluciones violentas, sino el amor por ellas. Los objetivos a los que aspiraba seguían siendo los mismos, pero no pensaba ya que los medios de alcanzarlos pudieran ser los mismos en que creyó durante la revolución.

En Londres se creó pronto lazos con la emigración internacional, a la que miró siempre con una mezcla de gran simpatía humana e irónica sonrisa, dedicada ésta sobre todo a los franceses, a aquellos jefes de la Montaña a los que hacía tiempo, en el fondo de su corazón, consideraba indignos de la victoria. Una verdadera amistad lo ligó sólo a los italianos, Mazzini y Saffi, y a algún polaco, sobre todo Worcell.

Sólo odió intensamente a un grupo, el de los alemanes que se congregaban en torno a Marx. Contra ellos dejó escritas una de las páginas más violentas de sus memorias. Chocó con ellos en las diversas tentativas que se hicieron por aquellos años para crear una organización común democrática y socialista, es decir, los intentos que desembocarían en la creación de la Primera Internacional. Es cierto que en la base de ese desacuerdo se hallaban dos concepciones políticas distintas, pero lo que los separó más inmediatamente fue la sombra de Bakunin, encerrado entonces en la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo. Cuando un diario

inglés repitió la afirmación de que Bakunin era agente zarista, Herzen llegó por diversos indicios a la convicción (infundada, por otra parte) de que el golpe partía esta vez de Marx. El nombre de Bakunin simbolizaba en este choque la continuación de la distinta valoración de las posibilidades de desarrollo revolucionario de los países eslavos, que ya había aparecido con gran violencia durante la revolución de 1848 entre socialistas alemanes y rusos. Igual que a Herzen lo guiaba su esperanza en Rusia, Marx proseguía su polémica contra ese país. Recuérdese, por ejemplo, su actitud favorable, al menos tendencialmente, a Turquía en este período.

La primera ayuda le llegó de los polacos. Cuando Worcell, a comienzos de 1853, expresó la posibilidad de que la emigración polaca apoyase la creación en Londres de una imprenta provista de caracteres cirílicos —primer e indispensable instrumento para una propaganda rusa—, Herzen se entusiasmó. Vio en ella la oportunidad de realizar lo que intentó vanamente hacer en París en 1849, y se consagró a ello con todas sus energías, su dinero y sus escritos [5].

El primer pliego de esta «Libre tipografía rusa en Londres» llevaba la fecha del 21 de febrero de 1853 [6]. Era un llamamiento *A los hermanos en Rusia*. Como explicaba Herzen en una carta de aquel período, se trataba de romper el silencio que se había hecho sobre el imperio de Nicolás I después de 1848, de quebrantar el cerco creado por el miedo. Este se había vuelto tan fuerte —decía— que en realidad el gobierno ni siquiera necesitaba los grilletes. La amenaza bastaba para que incluso los mejores núcleos de la *inteliguentsia* se mantuvieran en un silencio vacío de pensamientos y esperanzas. «Entre nosotros ni siquiera hay persecución —escribía—. Decidme, por ejemplo, ¿quién ha sido deportado o arrojado a la cárcel desde 1848?» [7]. Es cierto que habían estado los *petrashevtsy*, cuyo ejemplo reaparece a menudo en sus cartas de entonces, como prueba de que se había intentado algo mientras Europa se hallaba agitada. Pero éstos —agregaba— habían representado un intento de organización. Ahora se trataba de pedir mucho menos, simplemente que unos hombres libres, aunque aislados, siguieran pensando y escribiendo. El se ocuparía de imprimir en Londres lo que le enviaran. Hacerle llegar un manuscrito era mucho menos peligroso de lo que se figuraban quienes vivían bajo una capa de plomo pesadísima, pero menos eficaz policíacamente de lo que creían. «¿Por qué estamos callados? ¿Quizás porque no tenemos nada que decir?» [8].

Herzen daba en el clavo. El eco que le respondió desde Moscú cuando publicó su *Développement des idées révolutionnaires en Russie* le demostró hasta qué punto había llegado el terror entre los intelectuales. Su amigo Granovski lo acusó de exponerlo a la persecución a él y a los mejores elementos de la *inteliguentsia*, por haber hablado abiertamente de sus ideas, del verdadero significado político de su actividad intelectual, de sus discusiones sobre los eslavófilos, sobre la *obshina*, por haber afirmado

que «*le mutisme encourage le despotisme*» * y haber combatido justamente contra semejante silencio [9]. Cada vez más encerrados en sí mismos, los intelectuales se habían refugiado en defender de la censura una actividad cultural cada vez más restringida, una literatura que en realidad tenía un valor de ornato y de mundanidad. Quien abra el año 1852 o el 1853 del «Sovremennik» —la revista que fue de Belinski y donde Herzen publicó sus primeras creaciones literarias— se dará perfecta cuenta de ello [10].

El llamamiento de la «Libre tipografía rusa» se dirigía justamente contra tal estado de ánimo. Al principio pareció caer en el vacío. Durante mucho tiempo Herzen debió repetir su llamada sin obtener respuesta. Pero cuando la situación empezó a cambiar, los primeros síntomas de un despertar fueron los que él había indicado y contribuido a suscitar.

Ya durante la guerra de Crimea empezaron a circular manuscritos en los que se volvían a considerar los problemas generales de Rusia, y se discutían proponiendo reformas. El movimiento que seguiría al cambio de reinado y el final de la guerra estará precedido por una circulación cada vez más amplia de semejantes relaciones, de una literatura política aún insegura y aislada, pero significativa. Herzen podrá recoger algunos de esos escritos más adelante, haciendo la historia de esta renovación, publicándolos en los primeros volúmenes de la serie que llamó *Voces de Rusia*. Empezarán a salir en 1856 y en los años posteriores, y seguirán el desarrollo de las ideas en los ambientes liberales, indicando que la *inteliguentsia* había reanudado su función, interrumpida en 1849 [11].

Junto a este primer llamamiento, los otros escritos publicados por Herzen en Londres, en 1853, replanteaban el problema campesino. El día de San Jorge —día en que los campesinos medievales rusos tenían derecho a cambiar de señor, siendo libres de hacerlo hasta que a finales del XVI quedaron ligados a las tierras que cultivaban—, el día de San Jorge se acercaba de nuevo, decía en un opúsculo dirigido «a la nobleza rusa». Por primera vez se planteaba públicamente con amplitud de miras y se expresaba con palabras hondamente sentidas la liberación de los siervos, que se realizaría menos de diez años después.

Herzen apelaba a los nobles, o al menos a una minoría de ellos, para que renunciasen a sus privilegios. Sólo así podrían conquistar una verdadera libertad.

> No se puede ser hombre libre y tener siervos domésticos, comprados como una mercancía, vendidos como un rebaño. No se puede ser hombre libre y tener derecho a azotar a los campesinos y a mandar apalear a los siervos domésticos. No se puede hablar siquiera de derecho humano cuando se es dueño de almas humanas.

* «el mutismo alienta el despotismo»

¿Qué era, pues, lo que ataba las manos de los nobles que sentían este fundamental problema de dignidad? El miedo. Miedo al zar, que con la esclavitud de los siervos esclavizaba también a los señores, miedo a una rebelión campesina. Ante ésta se habían detenido todas las precedentes veleidades reformistas. «¿Dónde habían ido a parar todos los distintos comités, reuniones, proyectos, planes y propuestas?» [12]. Y sin embargo —decía Herzen—, el relegar así el problema sólo podía significar una cosa: los campesinos acabarían rebelándose de veras.

> Creemos aún en vosotros —decía a los nobles—, en el pasado habéis dado prendas, y nuestro corazón no lo ha olvidado [aludía a los decembristas]. Por eso no nos dirigimos aún directamente a nuestros infortunados hermanos para hacer con ellos recuento de las fuerzas —que ellos no conocen—, para mostrarles los medios —que no adivinan—, para explicarles vuestra debilidad —que no sospechan—, para decirles: vamos, hermanos, es hora de coger las hachas. Ya no es momento de seguir en servidumbre, no es momento de *corvées* y de servidumbre doméstica, batámosnos por la sagrada libertad. Los señores se han satisfecho ya bastante con nosotros, han tenido ya un número suficiente de nuestras hijas, han roto bastantes bastones en la espalda de los viejos. ¡Ea, hijos, paja, paja a la casa del señor, que se caliente por última vez! [13].

La amenaza de una *jacquerie* se formulaba en términos tan eficaces que incluso en los momentos de mayor entusiasmo por las reformas muchos nobles no perdonarán a Herzen que la profiriera con tanta claridad.

Tanto más cuanto que no era sólo una amenaza, sino una condena moral, ya muy impregnada de lo que será el espíritu populista de los años sesenta y setenta. «Terrible es la *pugachëvshina* pero, digámoslo francamente, si la liberación de los campesinos no puede obtenerse de otra manera, entonces no será un precio excesivo. Delitos terribles llevan consigo terribles consecuencias» [14]. A donde conduciría todo eso estaba muy claro a sus ojos.

> La palabra socialismo no es conocida por nuestro pueblo, pero su significado está próximo al alma del hombre ruso que viva su vida en la *obshina* rural y en el *artel* obrero. En el socialismo Rusia se une a la revolución. Tales inundaciones oceánicas no se pueden detener con medidas aduaneras y latigazos... Echaos a un lado si no queréis ahogaros, o nadad con la corriente.

Esto quería Herzen por entonces: indicar al sector más culto e inteligente de la nobleza dónde estaba la corriente, mostrarle una posible salida. Afirmó que la única solución posible estaba en la «liberación con la tierra». Los propios nobles deberían propugnarla no sólo por espíritu de

sacrificio, sino simplemente porque les interesaba obrar así. Que siguieran el ejemplo de la nobleza francesa el 4 de agosto de 1789.

Herzen pensaba, pues, en un movimiento de los intelectuales y la nobleza ilustrada orientado contra la servidumbre y contra el zar, su garantía y su guardián. Como escribía poco tiempo después, las fuerzas más activas existentes en Rusia eran el elemento «anarquista» de la nobleza y el elemento «comunista» entre el pueblo [15]. Libertad y tierra eran las consignas fundamentales.

Herzen siguió hablando en este tono hasta 1855, hasta la muerte de Nicolás I. Publicó en 1853 otro panfleto, *La sagrada propiedad,* poniendo como epígrafe una profecía de Pugachëv: «Yo no soy aún el verdadero cuervo, sino sólo un pequeño cuervo, el auténtico vuela aún en el cielo» [16]. Trazaba la historia de las relaciones entre los campesinos y el estado en Rusia, historia de opresiones y de revueltas, para poner en guardia a quien hablaba de reformas contra la idea de aplicar en los campos rusos «los puntos de vista del liberalismo y de la religión de la propiedad», que eran contrarios al sentimiento popular. Sólo la tierra entregada a los campesinos en las tradicionales formas colectivas permitiría una reforma.

> Imaginaos —decía— la estructura agraria europea [y al escribir esto pensaba sobre todo en Inglaterra] con el absolutismo de San Petersburgo. Imaginaos veinte millones de proletarios que buscan trabajo en las tierras de los señores, en un país en el que no existe un sentido de la ley, donde toda la administración está corrompida y en manos de los nobles, donde la persona humana no es nada y la influencia personal lo es todo [17].

Sería reducir a Rusia a una situación similar, o peor, a la de Irlanda. También le parecían falsas las esperanzas de quienes veían en estos proletarios agrícolas la posibilidad futura de una fuerza revolucionaria. «Estar hambriento y ser proletario no bastan para convertirse en revolucionario.» El estado los aplastaría más que fácilmente. Sólo la *obshina* podía defender a los campesinos rusos, como los había defendido en el pasado. «La *obshina* salvará al pueblo ruso». Aunque esto, naturalmente, a condición de librarla del poder del señor, que Haxthausen había considerado idílicamente como su protector y tutor, cuando en realidad la *obshina* era un todo independiente, no sólo desde el punto de vista económico sino del administrativo, que sólo mantenía con el señor las relaciones establecidas por la servidumbre.

Entre los campesinos por un lado y los señores y el estado por otro había un abismo. La forma en que los campesinos concebían espontáneamente el poder no era sino una «unión de *obshiny* en grupos mayores, y la agrupación de éstas en todo un pueblo, una tierra *(res publica)* [18]. El estado actual se limitaba a superponerse a este elemental tejido social de los campos.

Como dijo Herzen en un gran mitin internacional celebrado en Londres en noviembre de 1853, con ocasión del vigesimotercer aniversario de la revolución polaca de 1830 —y que fue la primera consagración pública de la posición conquistada por él en la emigración—, «Rusia era la tierra de las mayores contradicciones, de las más extremadas antinomias. El comunismo abajo, el despotismo arriba y, entre los dos, incierta, la nobleza, que teme la *jacquerie* de los de abajo y la deportación a trabajos forzados de los de arriba» [19]. Explicaba que el absolutismo ruso no respondía a la idea popular del poder, y que ni siquiera era la encarnación de una idea moderna de monarquía legítima. Era una dictadura sin sólidos lazos tradicionales, «un bonapartismo preventivo» [20]. En esas fórmulas se resumía de modo eficaz y vivo su compleja experiencia occidental y su examen de la situación en Rusia.

Mientras se acercaba la guerra de Crimea, y cuando al fin acabó por estallar, su actitud fue más bien reservada, convencido de que ninguna de las potencias que marchaban entonces contra Rusia quería en realidad no sólo derribar, sino herir a fondo la «dictadura» de Nicolás I. Escribió una proclama para los soldados rusos, dirigida de intento a los que se encontraban en Polonia, porque eran los únicos a quienes podía llegar efectivamente con su propaganda —utilizando los lazos que había anudado con los polacos—, y sobre todo porque al actuar así ligaba su acción, por pequeña que fuese, con la de los compañeros que luchaban por una causa si no coincidente al menos paralela a la suya, a más de con las maniobras de las grandes potencias. Habló con claridad a los soldados rusos de guarnición en Polonia:

> Defendéis al zar y no al pueblo, a un zar que ha dejado media Rusia en la servidumbre campesina, que se lleva infinitos reclutas, que hace apalear a muerte, que permite a los oficiales pegar a los soldados, a los policías golpear a los burgueses y a todos los no campesinos pegar a los campesinos. Defendiéndolo defenderéis todas las calamidades de Rusia, combatiendo por él combatiréis por los robos descarados de los funcionarios y por el saqueo cotidiano de los señores.

Como prueban los documentos de la policía, este llamamiento tuvo gran difusión. Respondía perfectamente a los sentimientos que animaban a muchos reclutas campesinos rusos en aquella guerra, en la cual, como veremos, se difundió con creciente amplitud la esperanza y también la voluntad de una próxima liberación. Mazzini apreció muy especialmente este intento de Herzen y reimprimió la proclama en «L'Italia del popolo» del 11 de abril de 1854 [21].

Aparte esta primera y modesta tentativa de hacer llegar su voz a Rusia, su trabajo durante la guerra de Crimea se encaminó a dar a conocer los problemas internos rusos a los ingleses y en general a aquéllos, cada vez

más numerosos, que deseaban saber algo de su país. Repetía que Rusia tendría en el futuro una evolución distinta de la de Europa occidental, porque ya había realizado en el «período europeo», iniciado con Pedro el Grande, su «embriología revolucionaria» [22]. Pronto se encontraría ante los problemas sociales, los mismos problemas que en forma distinta tanto estaban preocupando a Europa.

Su pesimismo sobre Occidente le inducía, al menos al principio de la guerra, a supervalorar las posibilidades de Rusia; la fuerza de ésta —creía— no estaba tanto en su propia fortaleza como en la debilidad ajena. «Esta guerra —decía en febrero de 1854— será una introducción majestuosa y marcial del mundo eslavo en la historia mundial, y al tiempo una marcha fúnebre del viejo mundo» [23]. Los acontecimientos bélicos lo convencieron pronto de que el imperio de Nicolás I era aún más impotente de lo que había pensado. Como reacción, sus esperanzas en las fuerzas vivas de Rusia, en la posibilidad de que se afirmaran contra el débil imperio de Nicolás I, se reforzaron.

Pudo decirlo así en Londres en un mitin del 27 de febrero de 1855, ante todos los jefes de la emigración —de Louis Blanc a Víctor Hugo, de Marx a Mazzini, de Kossuth a Worcell—, gracias al apoyo que había encontrado entre los cartistas ingleses [24]. Tras haber hablado de los decembristas y los *petrashevtsy,* dijo que lo importante ahora era unir la voluntad de libertad personal que fermentaba en Rusia con las tradiciones colectivistas campesinas. «En eso se encierra toda la tarea del socialismo.» Rusia no necesitaría recorrer todo el camino hecho por los otros pueblos. «La historia es verdaderamente injusta, y a los que llegan tarde no les dará los huesos roídos, sino la primacía de la experiencia» [25]. Esta frase, que Chernyshevski repetiría pocos años después, casi en los mismos términos, era el símbolo de la voluntad que animaba a estos primeros populistas en el momento en que estaba a punto de iniciarse la época de las reformas. La fuerza de las cosas daría a estas últimas palabras un contenido social. Y de ahí surgiría el movimiento socialista en Rusia.

Pocos días después de este mitin moría Nicolás I. «Estamos ebrios, nos hemos vuelto locos, hemos rejuvenecido», escribió en una carta cuando supo la noticia, y también más adelante disfrutó describiendo su inmensa alegría de aquel momento. El duro trentenio había terminado realmente. El pensamiento que dominó entonces en Herzen fue reanudar el hilo desde el día en que el emperador había subido al trono, aplastando la rebelión decembrista. Quería poner toda su actuación bajo el signo de los decembristas, remitirse a ellos para reanudar el camino, enlazarse directamente con la única verdadera tentativa de revolución de la primera mitad del siglo. El propio título de la revista que estamparía ahora en su «Libre tipografía rusa» sería «Poliarnaya zvezda», en recuerdo del periódico que habían creado en los años veinte algunos de los decembristas más representativos. En la cubierta pondría las cabezas de los cinco condenados a

muerte. Como epígrafe eligió un hemistiquio de Pushkin: «Qué viva la razón...» [26].

No era sólo un regreso a la juventud, ni únicamente una voluntad de honrar la memoria de los padres. Continuaba contando sobre todo con el espíritu de independencia y con la iniciativa de la *inteliguentsia*. Subrayaba las raíces liberales y decembristas de ésta, en vez de los elementos socialistas contenidos en ella. También lo empujaban por este camino consideraciones prácticas e inmediatas. Se veía obligado a comprobar que el eco de su acción había sido hasta ahora escaso en Rusia, o incluso peor, negativo. Su socialismo estaba demasiado alejado de una *inteliguentsia* que se iba despertando lentamente. No faltaron en Rusia individuos que durante la guerra de Crimea alimentaron sentimientos derrotistas, convencidos de que sólo una derrota podría replantear los problemas internos; pero se trataba de sentimientos puramente pasivos. Ahora todas las esperanzas se centraban en el nuevo emperador, Alejandro II, y eran sólo esperanzas, más que exigencias. Se iba delineando una opinión pública animada por sentimientos reformadores, pero no un movimiento revolucionario.

Los dos años de actividad en Londres persuadieron a Herzen de que el doctrinarismo de sus amigos moscovitas era aún más tenaz y mezquino de lo que había pensado. Granovski no aprobó su escrito a la nobleza, diciendo que no había que hablar mal de Pedro el Grande; subrayaba así con exceso la diferencia entre su liberalismo historicista y las ideas de Herzen. Ante semejantes actitudes, éste tenía que comprobar que «sus amigos representaban una generación infeliz, sufrida, cansada y generosa, pero no una joven fuerza, no una esperanza, no un juvenil y resonante saludo al futuro» [27]. Al comienzo de su actividad londinense había estado dispuesto a decir que no escribía exclusivamente para ellos, sino «para los jóvenes» [28]. Esta actitud se reforzaba cada vez que recibía alguna carta en la que podía comprobar una honda repercusión de sus palabras en las almas que se abrían entonces a los problemas de la vida rusa. «*J'avoue que j'ai pleuré à chaudes larmes en les lisant*» * [29], decía. Pero no podía confiar demasiado en estos primeros síntomas de un despestar más profundo.

Romper el lazo que lo unía con sus amigos de los años moscovitas, con el grupo de los occidentalistas, le resultó imposible, ya por razones biográficas, tan importantes para él, ya porque sentía que, pese a todo, la reanudación del movimiento pasaría por ellos, que expresarían las primeras exigencias de la sociedad rusa cuando pudieran moverse, como ocurrió en efecto en cuanto subió al trono Alejandro II.

Objetivamente, este permanente lazo fue un error de Herzen, lo situó una y otra vez ante una desilusión y una renovada y vana esperanza de

* «Confieso que lloré ardientes lágrimas al leerlas.»

que los liberales formados en los años cuarenta se transformarían en la nueva época. Sólo en 1863 esta desilusión resultará definitiva. Pero este error sólo era, en 1855, el peso muerto de una intuición fundamentalmente justa: con el cambio de reinado la *inteliguentsia* y la nobleza liberal no lucharían revolucionariamente contra el zar. Su función tenía que ser la de una guía, una indicación al estado, al emperador, para obtener finalmente la fundamental reforma de la servidumbre campesina.

Herzen publicó entonces una carta a Alejandro II para exponerle con claridad la situación. Quien escribía era un socialista, el destinatario de la carta era un autócrata. Entre ellos no había más que un punto en común: un programa que incluyese la libertad para los intelectuales y la tierra para los campesinos. Y dirigiéndose a la *inteliguentsia,* decía: «No tenemos ningún sistema, ninguna doctrina, apelemos a los europeos [o sea a los occidentalistas] y a los paneslavistas [o sea a los eslavófilos]. Deben quedar excluidos únicamente aquellos que sólo desean hacer la apología de la autocracia.» Todas las fuerzas intelectuales eran no sólo útiles sino necesarias para realizar la libertad y las reformas.

Esta posición convirtió a Herzen durante cerca de un lustro en una auténtica potencia en Rusia, en el verdadero guía de la opinión pública. Sus escritos se leyeron en el Palacio de Invierno y en las pequeñas ciudades de provincias, en Moscú y en Siberia, donde el primer número de la «Poliarnaya zvezda» llegó a donde estaban deportados aún los decembristas como una primera palabra de aliento y de saludo tras treinta años de exilio.

Herzen se identificó así con la situación rusa de aquellos años. El período que va desde 1855 a 1857 estuvo caracterizado por un rápido desarrollo intelectual y por una incertidumbre del poder. «La opinión pública dio entonces pasos de gigante, la literatura rusa creció diez años en sólo dos», como decía Herzen. Pero el zar estaba incierto sobre el camino que había que elegir. La guerra continuaba, e incluso tras la firma del armisticio los problemas de política exterior siguieron pesando mucho. Esta indecisión en materia de política interior —incluso cuando fue posible concederle toda la atención— se atribuyó en general a la escasa preparación de Alejandro II, y a la terrible falta de altos funcionarios capaces tras el trentenio de Nicolás I. Todo eso es exacto, pero no afecta al meollo del problema. En realidad Alejandro II, al subir al trono, se encontraba en la misma situación que su padre, condenado a la inmovilidad siempre que se tratase de tocar las bases sociales y políticas de Rusia. La opinión pública, más que obligarlo a moverse, le permitió hacerlo, asegurándole un apoyo, compartiendo con él la responsabilidad, preparando la serie de proyectos y reformas prácticas que fueron luego la base de la reforma campesina y de los que la burocracia era incapaz, incluso desde el punto de vista técnico. Alejandro II, tras las primeras y prolongadas incertidumbres, acabará mostrándose lo bastante abierto para comprender que necesitaba esa opinión pública, que sin ella no podría iniciar el camino

que llevó a la abolición de la servidumbre, y para concederle cierta libertad [30].

Incluso los escritos procedentes de Londres encontraron entonces en el camino que seguían para circular en Rusia obstáculos que se debían más a los tradicionales temores de la policía, a los hábitos burocráticos heredados del reinado anterior, que a una concreta voluntad de prohibirlos. Por lo demás, se les había abierto un nuevo camino, que les bastaba para ejercer una honda influencia. La prohibición general que Nicolás I opuso a todo viaje de los rusos al extranjero pronto fue anulada. Una verdadera corriente de personas empezó a circular entre Londres, París, Alemania y las ciudades rusas. Bastaba con organizar de modo satisfactorio la venta de las publicaciones de la «Libre tipografía rusa» en Europa para que llegasen a la patria, en las maletas de los viajeros.

En esos dos años —de 1855 a 1857— la política de Herzen consistió pues, en contribuir al desarrollo de la opinión pública, replanteando todos los problemas con una perspectiva más amplia, remitiéndose a los decembristas, narrando de todas las formas y sobre todo en primera persona, en sus memorias, las líneas de desarrollo del pensamiento en el trentenio de Nicolás I, enlazando así de nuevo a las generaciones entre sí. Al mismo tiempo, ponía a todos en guardia contra el peligro que la situación representaba. Se parecía demasiado —decía— a la que él vio desplegarse ante sus ojos en Roma, cuando pareció que Pío IX se volvía liberal. Faltaban demasiados para un renacimiento: Bakunin, Petrashevski, todavía en Siberia, aunque los decembristas por fin habían sido amnistiados. Pero sobre todo el poder no se había aún empeñado a fondo en el problema central, el de los campesinos.

Esta postura de activa espera le permitió juzgar con precisión la nueva situación que se estaba creando entonces en la *inteliguentsia.* Moscú había perdido la posición que adquirió en los años cuarenta. Todo el movimiento se reagrupaba en la capital. En septiembre de 1856 fue a verlo Turgénev y le dijo que incluso él, Herzen —un moscovita— era más querido en San Petersburgo que en Moscú. Quedó asombrado, pero encontró en ello una confirmación de su intuición sobre la situación nueva: las reformas partirían solamente del centro, de la capital, del zar.

Los liberales más típicos, como Kavelin y Chicherin, deducían de ello que si Herzen quería influir en la situación tenía que moderar el tono de su polémica, abandonando toda predicación de sus ideas socialistas. Herzen publicó esta opinión en sus *Voces de Rusia,* pero se guardó mucho de adherirse a ella. El ejemplo de 1848, las victorias tan fácilmente conseguidas entonces por la opinión pública, estaban demasiado presentes en su memoria para que abandonara su postura de independencia.

En su carta, Kavelin le decía que la guerra había convertido a la *inteliguentsia* en liberal y no en revolucionaria, que el estado de ánimo «de la parte pensante del pueblo ruso» podía resumirse así: «Estamos más arrepentidos que encolerizados.» «Incluso en las conversaciones más ani-

madas y atrevidas —continuaba— ni siquiera una vez he oído a alguien expresar la idea de la necesidad de las sociedades secretas, de la revolución, de limitar el poder absoluto o de algo por el estilo...» Y realmente era cierto, al menos en líneas generales. En aquellos dos años de espera, algún grupito que no compartía semejantes enfoques empezaba a surgir, como veremos, entre los jóvenes. Pero no eran sino pequeños síntomas, por entonces sin importancia. Bastará, por otra parte, con la iniciativa desde arriba, con la promesa de una reforma campesina, para hacerlos desaparecer.

El aspecto más grave del estado de ánimo que Kavelin describía a Herzen estribaba en otra cosa, en su declaración de que nadie deseaba una limitación del poder autocrático. Estos liberales no eran, en realidad, constitucionalistas. Ser liberales significaba para ellos sólo querer crear una opinión libre, capaz de influir sobre el monarca con la prensa y con las ideas, no mediante la obra de organizaciones políticas. Rechazaban, en resumidas cuentas, no sólo las conjuras, sino también los organismos legales que hicieran valer su propia política. Más que liberales, eran en realidad partidarios de un despotismo ilustrado, y como las luces no abundaban mucho en el propio autócrata y en el grupo de altos funcionarios que había heredado de su padre, se las reservaban todas para ellos, con el típico orgullo de la *inteliguentsia* rusa entonces en auge, animada por el sentido de su gran papel.

Es muy característico que fueran precisamente los eslavófilos quienes expresaron del modo más concreto esta situación, diciendo que en Rusia, por tradición (en general sólo podían hablar si se sentían apoyados por una tradición más o menos mítica), la «fuerza» estaba por entero en el zar, mientras que la «opinión» estaba toda en el pueblo, y que estas dos fuerzas debían ser completamente independientes. Teoría enteramente absurda si se la considera desde un punto de vista constitucional, pero que, repetimos, reflejaba la situación de estas dos fuerzas que se buscaban una a otra a tientas, tras la noche del reinado de Nicolás I.

Naturalmente, la razón de este liberalismo de opinión, que no atacaba la estructura del estado absoluto, estaba en la estructura social de Rusia. Los únicos que habrían podido pensar en limitar orgánicamente el poder de Alejandro II eran los nobles. Lo habían hecho, o mejor dicho intentado hacer, en la época de los decembristas. Entonces el problema constitucional fue, con el campesino, el centro de sus discusiones y su actuación. Pero en 1856 la gran masa de los nobles era precisamente la clase amenazada por las reformas. Gran parte de ellos empezaban, más que a oponerse a las futuras reformas de Alejandro II, a tenerles miedo. Treinta años de Nicolás I habían anclado a la nobleza en la pura conservación de sus privilegios, le habían hecho esperar que el *statu quo* se prolongaría indefinidamente. Había en ella fuerzas diversas, no faltaba quien entendía lo que Herzen dijo desde 1853, es decir, que la reforma podía constituir una ventaja para ellos, pero eran una minoría desorganizada y sobre todo cada

vez menos autónoma, cada vez más fundida con la *inteliguentsia.* Esta había heredado la función desempeñada por los nobles en 1825. ¿Qué podría representar, treinta años después de los decembristas, un constitucionalismo nobiliario? Sólo una conservación social, una confirmación de los privilegios y de la servidumbre campesina. La reforma podría realizarse sólo desde arriba, por el emperador y el estado, impulsados por una opinión pública crecientemente activa y libre [31].

Por eso Herzen se consagró por entero a la tarea de estimular el despertar de la *inteliguentsia,* sin ocultarse los peligros inherentes a la situación. Hizo todo lo que estaba en sus manos para persuadir a la todavía insegura clase culta —y con ella a una parte al menos de la nobleza y de los altos funcionarios estatales— de que la lucha contra la conservación nobiliaria sólo podría resultar victoriosa si se adoptaba un programa económico favorable a los campesinos, si la liberación se producía asegurándoles las tierras que trabajaban. La situación no permitía ir mucho más allá. Cuando Kavelin le decía que era inútil pensar que existía en Rusia gente con las ideas de Mazzini o de Kossuth, Herzen se veía obligado a darle la razón. Cuando le aseguraba que era vano «hacerse el anarquista» cuando «sólo el gobierno podía realizar algo», Herzen tenía que reconocer la justicia de estas palabras. Insistió con mayor energía sobre el aspecto social de la proyectada reforma. Mientras Kavelin condenaba la *obshina* como «un semisalvaje germen de sociedad... donde el campesino está poco mejor que un siervo» [32], Herzen veía en la *obshina* la única defensa posible de los intereses campesinos. Para él era una prenda de futuro, el punto que permitiría un ulterior desarrollo de la liberación. Herzen aceptó, en suma, aunque con reservas y manteniéndose siempre cauto, la situación que se había ido creando durante aquellos años, tratando de introducir el único elemento socialista entonces posible, o sea, la defensa de los intereses de los campesinos en la *obshina* y a través de la *obshina.*

Por eso en aquel período empezó a acercarse de nuevo a los eslavófilos, aunque percibía en ellos —como él decía— «un tufillo a policía y a seminario». Pero creían en la *obshina,* y por eso valía la pena de establecer con ellos lo que llamó «un armisticio», induciéndolos —así como a los occidentalistas— a dar rápidos pasos por el camino de la política y a abandonar aquellas discusiones eruditas sobre el carácter de Rusia, sobre los orígenes históricos de sus instituciones que «tan aburridas resultaban y tanto habían fastidiado a todos» —como había escrito en 1857 en la «Poliarnaya zvezda» [33].

Resumía sus conclusiones en una *Carta a Giuseppe Mazzini de febrero de 1857 sobre las presentes condiciones de Rusia.*

> Gritar contra el pasado es inútil; la perspicacia viva y verdadera consiste en aprovechar por igual los elementos existentes, las fuerzas producidas igualmente por el bien y el mal. No se trata ya de su origen, sino del modo de dirigirlas... La historia y los pueblos

perdonan muchas cosas a los gobiernos, incluso crímenes y delitos, incluso la crueldad de Pedro y la disolución de Catalina II, pero lo que nunca perdonan a un gobierno es no comprender su misión, es la debilidad de no estar a la altura de las circunstancias... Nos encontramos ante una inmensa revolución económica. Ni el gobierno ni la nobleza se lo disimulan ahora. El emperador ha aludido a ello en el discurso a la nobleza de Moscú. Estamos obligados a reorganizar de raíz la posesión territorial, a enfrentarnos con la gran cuestión del propietario y del obrero, del derecho del artífice al instrumento de su trabajo. Porque así es la cuestión de la emancipación con la tierra... Apenas Nicolás I había cerrado los ojos cuando un movimiento irresistible impulsó al gobierno de Alejandro II por un camino opuesto al de su padre. ¿Se apoderará éste del movimiento, lo dominará, trabajando por reconquistar para el pueblo lo que su padre le hizo perder? No sé, pero no podrá detenerlo. Nicolás utilizaba una voluntad limitada pero inflexible para alcanzar su criminal fin. Alejandro II no la tiene. Dicen que su corazón es bueno; con éste se gana un lugar en el paraíso, no en la historia. Alejandro II anuncia en sus manifiestos, los ministros anuncian en sus circulares y los periodistas rusos en sus diarios que comienza para Rusia una nueva era. ¡Pues bien!, ¿quién les impide entrar en ella? ¿De qué sirven las palabras? Es menester mantener las promesas, o bien también nosotros diremos: «menos retórica, menos retórica». Conozco pocas condiciones más vergonzosas, más humillantes, que ver detenida una posibilidad de gran progreso, y sé cuál es la debilidad que impide el movimiento. La máquina está caliente, el vapor se consume, las fuerzas se dispersan bramando, y ello porque no hay mano que se atreva a girar la llave y poner en movimiento la máquina. ¿Y si ésta partiese sin conductor? [34].

Pero el año 1857 no acabó sin que la señal tan esperada se diera. El 5 de diciembre se hizo público por primera vez un acto que comprometía al gobierno por el camino de la abolición de la servidumbre: una circular ordenaba a los nobles de una provincia occidental que se reunieran y propusieran un esquema de reformas, sobre la base de las reglas generales fijadas por el gobierno.

«Ya no se podrá volver atrás», pensó Herzen. Era el hecho más importante ocurrido en Rusia desde el 14 de diciembre —agregaba. Había llegado el momento de dedicarse por completo a influir de todas las formas posibles sobre las negociaciones entre estado y comités de la nobleza que, como se podía ver ya desde el principio, serían decisivas para la suerte de la reforma.

Unos meses antes había nacido el órgano que le permitió ejercer esta influencia: el «Kolokol» [La campana], un pequeño periódico que el primer año fue mensual y después quincenal, y que se presentó al principio,

el 1 de julio de 1857, como un suplemento de la «Poliarnaya zvezda». La verdad es que ya no bastaba con una revista para encuadrar la polémica, que se agudizaba. Por otra parte, esta doble actividad le permitiría dejar las discusiones más amplias y teóricas, así como la exposición de sus ideas sobre el socialismo para la «Poliarnaya zvezda»; al «Kolokol» le reservaba la política inmediata.

Según lo dicho por el propio Herzen, la idea de crear este periódico no fue suya, sino de Ogarëv. Podemos interpretar que nació porque por fin Herzen ya no estaba solo. Había encontrado en Londres un compañero de trabajo, precisamente el mismo con quien, hacía más de veinticinco años, había iniciado su actividad con la creación de un grupo sansimoniano en Moscú. Ogarëv había llegado a Londres en abril de 1856, portador de los primeros mensajes que venían a asegurarle a Herzen que su obra había encontrado por fin un eco en el mundo intelectual ruso. «Era el primer rayo cálido y luminoso tras una pesada noche de pesadilla», dijo entonces [35]. No había convencido a sus amigos, pero los había sacudido, y la misma situación los iba despertando. Aún eran demasiado pesimistas, no veían la magnitud de las tareas que les esperaban, al igual que a toda la *inteliguentsia* rusa, pero sus palabras contribuían a convencer a Herzen de que estaba en el buen camino.

Ogarëv había visto derrumbarse lo que quedaba de los intentos hechos en los años cuarenta y a comienzos de los cincuenta para mejorar la situación económica de sus posesiones y sus campesinos, liberados por él. Un incendio —provocado al parecer por los propios trabajadores— destruyó la fábrica que había montado. En cuanto al movimiento intelectual, siempre se había mantenido relativamente apartado de él, expresando lo que tenía que decir en sus poemas, viviendo casi siempre fuera de las ciudades, encerrado en su compleja vida personal. Ahora se sentía libre de todo compromiso, dispuesto a empezar de nuevo su vida dedicándose a la polémica y a la política. Compartía las ideas de Herzen, lo ligaba a él una profunda amistad (complicada —aunque no destruida— por los acontecimientos familiares de los años siguientes, cuando su segunda mujer acabó por unirse a Herzen). Percibía la superioridad política de éste y se dejaba guiar por él en los problemas esenciales; su colaboración pudo así ser completa y su verdadero fruto fue el «Kolokol» [36].

El epígrafe del «Kolokol» fue elegido en recuerdo de su juvenil entusiasmo schilleriano: «Vivos voco.» Políticamente era muy afinado, porque se trataba de apelar a todas las fuerzas vivas, vinieran de donde vinieran, para un programa que consistía claramente en reformas sociales y administrativas, formuladas así: liberación de la palabra de la censura, liberación de los campesinos de los nobles propietarios, liberación de las clases no nobles de los castigos corporales.

En el segundo número, de agosto de 1857, Herzen titulaba su artículo de fondo *Revolución en Rusia*. Era un comentario a las palabras pronunciadas por Alejandro II ante la nobleza de Moscú: «Mejor que las trans-

formaciones se produzcan desde arriba que desde abajo.» Es cierto —escribía— que se había entrado en una época revolucionaria, pero no era nada seguro que ésta tuviera que desenvolverse según el esquema francés. Incluso podían ser distintos los modelos extranjeros que se podían proponer. Ante todo estaba el ejemplo de Inglaterra, que Herzen conocía cada vez mejor y que desde luego influyó en su visión más liberal de aquellos años, mostrándole la posibilidad de transformaciones realizadas bajo la presión de la opinión pública. Y también Piamonte, que ya le había sorprendido por su resistencia en la época de la reacción europea que siguió a 1849 y que ahora él proponía a Rusia como aliento y modelo.

> Ante nuestros ojos —escribía— ha renacido el Piamonte. A finales de 1847 su gobierno era jesuístico e inquisitorial, sin la menor libertad, e incluso con una policía política, con una terrible censura civil y religiosa que mataba toda actividad mental. Han pasado diez años y ya no se reconoce al viejo Piamonte. La fisonomía de las ciudades, la población, han cambiado; por doquier vida nueva, redoblada, rostros abiertos, actividad; y esta revolución se ha realizado sin la menor sacudida, para esta transformación han bastado una guerra infortunada y una serie de concesiones a la opinión pública por parte del gobierno. A los revolucionarios-artistas no les gusta ese camino, ya lo sabemos, pero eso no nos atañe. Somos solamente personas profundamente convencidas de que las actuales formas de Rusia no satisfacen a nadie y preferimos con toda el alma la vía del pacífico desarrollo humano a la del desarrollo sangriento, aunque con igual sinceridad prefiramos el desarrollo más tempestuoso y desencadenado al estancamiento del *statu quo* de la época de Nicolás I [37].

Naturalmente, esta postura debía llevarlo a presentar los obstáculos que se oponían a las reformas como puras y simples formas de inercia, más que como fuerzas sociales organizadas. Eran obstáculos que había que denunciar pero no destruir, hombres a quienes iluminar, no grupos a los que quitar de en medio. No existía —decía— oposición organizada de los cuerpos de la nobleza. Conocía demasiado bien su tradicional falta de independencia, y no creía en el «viejo partido moscovita» del que hablaba entonces la prensa europea; lo había visto demasiado de cerca para creer que realmente fuera capaz de oponerse seriamente a una orden del emperador o a la presión de la opinión pública.

El «Kolokol» se dedicó por tanto a denunciar abusos individuales, situaciones particulares de pasiva resistencia reaccionaria, a estigmatizar a los viejos funcionarios del régimen de Nicolás I; se consagró a una obra polémica de costumbres, de sátira de la vieja mentalidad, dedicando, por ejemplo, muchas de sus páginas a aclarar los escándalos financieros

y administrativos que constituían la pesada herencia del prolongado despotismo y arbitrariedad anteriores. Herzen pedía, pues —como toda la parte más activa de la sociedad rusa de entonces— más «publicidad» que «libertad», es decir, la posibilidad de hacer públicos los males del estado, más que órganos políticos que habrían podido garantizar permanentemente la libertad. Su programa de entonces fue más derribar o limitar la censura que pedir garantías constitucionales.

Toda esta campaña pudo realizarse en el extranjero con manos menos atadas que en Rusia, donde sin embargo iba adquiriendo amplitud la llamada «literatura de denuncia pública», y fue dirigida de modo magistral por Herzen y Ogarëv. Quien se sentía afectado por un atropello, quien tenía que hacer valer su derecho contra la arbitrariedad estatal, encontró en Londres el fiscal que podía faltar en Moscú o en San Petersburgo. Cartas, informaciones y denuncias llovieron sobre el «Kolokol», hasta tal punto que a partir de octubre de 1859 los directores decidieron publicar un suplemento dedicado a este aspecto de la lucha con el título de *Pod sud!* [¡Enjuiciamiento!] [38]. En los ministerios, en las comisiones que debían decidir sobre la suerte de los campesinos, en las administraciones locales se difundió una sensación de temor ante la voz libre que llegaba de Londres. Se tienen pruebas de que el propio emperador se enteró a veces de los escándalos y fechorías leyendo el «Kolokol». El periódico amplió tanto sus fuentes de información, recibió noticias de elementos tan bien situados en el aparato estatal que fue capaz de publicar circulares confidenciales y documentos secretos tan importantes que todavía hoy, incluso tras la apertura de los archivos, constituye una fuente valiosa para el historiador que recurra a este pequeño periódico para conocer la vida rusa de aquel tiempo. Los contemporáneos recurrían a él con enorme avidez, se lo pasaban de mano en mano, haciendo subir la tirada, en los mejores momentos, a 2.500 ejemplares, cifra notable si se piensa que el «Sovremennik», revista legal publicada en San Petersburgo, alcanzaba entonces una tirada de 6.000, absolutamente excepcional para la época [39].

Indudablemente esta lucha minuciosa y precisa contra los abusos podía favorecer en cierto modo uno de los aspectos típicos de la política rusa de entonces, es decir, un mimetismo liberal de las fuerzas conservadoras, fatal por otra parte, ya que se trataba de realizar reformas —aunque fueran tan importantes como la campesina— con los viejos instrumentos y el viejo aparato estatal. El liberalismo bajaba de lo alto, como una orden del emperador, y presentaba una tendencia natural a limitarse a estos problemas de detalle, a afectar a aspectos secundarios y no a los fundamentales del estado absolutista y la sociedad subdividida en castas. No faltaron exhortaciones a Herzen para que se limitase exclusivamente a esta obra de «denuncia pública», más administrativa y judicial que propiamente política. Pero aunque sabía muy bien que éste era el instrumento que le permitía penetrar ampliamente en Rusia, Herzen nunca se limitó a él, y el «Kolokol» siguió siendo un periódico político [40].

Cuando entre finales de 1857 y comienzos de 1858 se publicaron las primeras medidas preparatorias para la liberación de los siervos, Herzen escribió, dirigiéndose a Alejandro II: «¡Venciste, Galileo!», expresando así la alegría que se difundió por toda Rusia en los círculos cultos, y prometió su apoyo y ayuda «a los que liberan y mientras liberan» [41]. Pero la proyectada liberación era «sin tierra» y dependía aún de lo que dispusieran las asambleas nobiliarias de las distintas provincias, autorizadas e impulsadas a convocarse con tal fin.

Al enfrentarse con esta situación, Herzen subrayó con creciente claridad la muda amenaza del mundo campesino, que muchos —y entre ellos el mismo emperador— sentían como primer motor de la reforma; al mismo tiempo se declaró libre de todo lazo con ninguno de los sectores de la clase dirigente que estaban elaborando la reforma.

> La liberación con la tierra es uno de los principales y esenciales problemas para Rusia y para nosotros. Prodúzcase desde arriba o desde abajo, estaremos a su favor. Si los campesinos son liberados por comités compuestos por enemigos jurados de la liberación, se lo agradeceremos sinceramente y de corazón. Si los campesinos se liberan primero de los comités, y después de todos los nobles que los han elegido, seremos los primeros en felicitarlos fraternalmente y de corazón. Y si el zar ordena confiscar las posesiones de la aristocracia rebelde y envía a ésta a la deportación, por ejemplo a algún sitio del Amur junto a Murav'ëv, diremos solamente: «así sea». Esto no significa que recomendemos estos medios y no otros, ni que éstos sean los mejores. Nuestros lectores saben lo que pensamos. Pero lo principal es que los campesinos sean liberados con la tierra. Sobre los medios no tenemos nada que objetar [42].

El «Kolokol» pudo gloriarse más adelante de haber sido el primero en hablar de la única medida capaz de conducir la reforma a una conclusión práctica, estableciendo un acuerdo entre los nobles y el estado y, al menos dentro de ciertos límites, con los campesinos.

Las tierras cultivadas por éstos se les entregarían en propiedad, contra el pago de un rescate. Herzen y Ogarëv escribieron sobre ello desde comienzos de 1858. Un detallado proyecto de reforma así concebida fue llevado a Rusia por V. A. Panaev, y se publicó tanto en las *Voces de Rusia* como en el «Kolokol», con tiempo para que pudiera influir en las discusiones de los comités provinciales de la nobleza.

Estas discusiones revelaron que una parte más liberal de la nobleza —y sobre todo la de las tierras del norte, menos ricas y más capaces de desarrollo industrial— admitía de buen grado la cesión de las tierras y el rescate, mientras que gran parte de los propietarios de las tierras negras y más fructíferas se resistía a esta solución, o la aceptaba poniendo condiciones muy gravosas para los campesinos. Herzen exhortó al emperador

a no plegarse a las propuestas de los comités nobiliarios. Cuando después la burocracia central tomó en sus manos la realización de la reforma y la impulsó enérgicamente (sobre todo por obra de Miliutin), Herzen la apoyó hábilmente, defendiendo su actuación contra sus numerosos enemigos. Comprendía, sí, que el rescate acabaría pesando sobre los hombros de los campesinos, pero —como contestaba Ogarëv en el «Kolokol» del 1 de noviembre de 1860 a un corresponsal que insistía en la cesión gratuita de las tierras por parte de los nobles— «no vemos una base jurídica para el rescate, sino la base de la necesidad. Dada la lucha entre las dos clases, entregar a los nobles un rescate por la tierra resulta más barato para los campesinos que una rebelión, y para los nobles dar las tierras que consideran con justicia como propias mediante un pequeñísimo rescate es más ventajoso que perecer en una revuelta campesina».

Pero el problema estribaba justamente en eso: ¿realmente sería pequeñísimo el rescate? ¿Cuál sería la extensión de las tierras cedidas a los campesinos y cuál debía ser su precio? El «Kolokol» no vio demasiado claro en este punto. Herzen y Ogarëv —como gran parte de la opinión pública en Rusia —se extraviaron en cierto sentido en discusiones en torno a las modalidades jurídicas de la liberación, en la controversia sobre la permanencia, por un período más o menos largo, de algunas típicas supervivencias de la servidumbre, como las *corvées* y la jurisdicción local del señor. Esa polémica era importante, desde luego, pero acabó por ocultar en Londres el meollo económico y financiero del problema.

De todas formas, Herzen percibió pronto que las cosas no marchaban bien. En 1860 el «Kolokol» criticó con aspereza la política del gobierno. Contribuyó en buena medida a acentuar la actitud cada vez más crítica de Herzen la larga espera —más de un año— que retrasó la publicación del manifiesto liberador, espera que aunque no hizo perder ninguna de las posiciones fundamentales antes adquiridas, sembró por doquier dudas e incertidumbres, difundiendo también en Londres una atmósfera más pesimista de lo que en realidad entrañaba la situación.

En el artículo que abría el año 1860 del «Kolokol», Herzen comparaba a Alejandro II con el *aprendiz de brujo*. Al explicarlo, captaba perfectamente las razones del retraso: el miedo a las fuerzas en liza, nobles, campesinos e *inteliguentsia,* el temor que había paralizado a Nicolás I y que al final indujo a su sucesor a actuar, hacía una vez más que el emperador se mostrase inseguro y cauto, lo llevaba a rodear de misterio todo el problema de la liberación, limitando la «publicidad» en torno a ella, convirtiéndola de nuevo en algo reservado a la alta burocracia. La polémica de Herzen resultó especialmente brillante contra este retorno del espíritu de Nicolás I, y empezó a apelar en contra de él a aquella minoría de la nobleza que había demostrado un espíritu comprensivo, a más de independiente y liberal.

Pero la suerte ya estaba echada. La posición de incitador de la opinión pública, de defensor de la liberación con las tierras había dado sus frutos,

dentro de los límites de la situación rusa de entonces. El resultado no le pareció «tan malo», como dijo en un primer momento, cuando leyó el manifiesto del 19 de febrero de 1861. «Junto con la liberación de Italia es quizás el principal acontecimiento de los últimos cinco años»[43], escribió entonces a su hijo.

Durante estos tres años de discusión sobre la reforma campesina el «Kolokol» se había forjado adversarios en el seno de la *inteliguentsia*, tanto a la izquierda como a la derecha. En 1859, Herzen rompía con los liberales más doctrinarios; al año siguiente, chocaba con el radicalismo naciente de Chernyshevski y Dobroliubov.

Por lo que respecta a los primeros, se trataba de una prolongación de la polémica iniciada en Moscú en 1846 dentro del grupo occidentalista, que ahora asumía una evidente importancia política. Chicherin, historiador y jurista, atacó duramente a Herzen a finales de 1858. «Lo único que nos faltaba —observó entonces éste— era un partido de enemigos entre la gente culta... ¿No es un extraño destino que esté compuesto justamente por eruditos como Granovski, por amigos de Korsh, Kriukov, etcétera?»[44]. Aparte el estupor derivado de las ilusiones que Herzen siempre se hizo —a pesar de todos los mentís de la realidad— sobre la verdadera naturaleza política de estos amigos, se trataba de un síntoma importante. El absolutismo que Herzen había aceptado como un medio para dar un paso hacia la liberación de los siervos, era teorizado ahora por Chicherin como el gobierno ideal. Esto no sólo le repugnaba moralmente a Herzen, sino que imposibilitaba el complejo juego entre nobleza, burocracia, *inteliguentsia* en que consistía la verdadera realidad política del momento. Chicherin, y con él los doctrinarios, lo sustituían por una idealización del zar. La sombra de Pedro el Grande, el mito del absolutismo ilustrado, parecían volver como a comienzos de los años cuarenta. Herzen, convencido como estaba de que la situación no requería un Pedro el Grande, sino simplemente un hombre capaz de dejarse guiar por la opinión pública, tuvo que romper abiertamente con ellos.

Aquellos doctrinarios representaban un tipo humano que él no podía aguantar, la continuación liberal, la caricatura de los «ortodoxos de la democracia» contra los que había polemizado ya en 1848.

> Los doctrinarios a la manera francesa y los *Gelehrten* a la alemana, la gente que instruye procesos, compila listas, las ordena, la gente parada en la religión positiva y religiosa en la ciencia positiva, la gente reflexiva vive hasta edad tardía sin salirse nunca de su camino, sin cometer jamás errores ortográficos o de otro tipo; pero la gente lanzada a la lucha se consume en la pasión de la fe y de la duda, se agota de rabia y descontento, se quema pronto, cae en los extremos, se deja arrastrar y muere en medio del camino, tras haber tropezado mil veces[45].

Chicherin, entonces de viaje por Londres y París, al leer estas palabras se sintió herido personalmente y respondió con una larga carta, que se publicó en el «Kolokol» como ejemplo de una postura equivocada[46]. Era sobre todo un sermón para demostrar que en política se necesitaba razón, y no pasión. Estaba escrita en un tono tan sabihondo que Kavelin —y con él un grupo de liberales— escribió a Herzen para salvar su responsabilidad. En esto estribaba el sentido político del choque: Herzen acabará rompiendo con los liberales, pero poco a poco, una tendencia tras otra, empezando por los típicos doctrinarios y conservando en cambio, al menos hasta 1862, los contactos con los otros y a menudo sus simpatías[47].

La polémica con la izquierda, con el «Sovremennik», fue provocada por Herzen, en cambio, con el artículo *Very dangerous!!!*, escrito directamente contra Dobroliúbov y Chernyshevski. Es verdad que las cuestiones personales desempeñaron un papel en su actitud. Basta con pensar en que el director del «Sovremennik» era Nekrásov, a quien Herzen apreciaba como poeta pero al que consideraba hombre deshonesto. Su relativa incomprensión del aspecto financiero del problema campesino hizo que Herzen infravalorase a Chernyshevski, que en aquel momento veía con más claridad que él los peligros inherentes al plan gubernativo de la reforma. Pero a pesar de todo se trata de aspectos secundarios. En su ataque al «Sovremennik» Herzen quiso hacerse eco de la opinión pública liberal, alarmada por la aparición de una tendencia radical. Reconocía en ella elementos «nihilistas», si queremos llamarlos así, que le impresionaban y le daban que pensar. En su crítica de los «biliosos», como los llamaba, tendió a confundir a los nuevos radicales con el recuerdo de los *petrashevtsy* (uno, llegado a Londres para colaborar con él, se había después alejado a causa de su inquietud y su inestabilidad), a quienes consideraba elementos psicológicamente extraños y negativos.

> Lo que me sorprendió en ellos era la facilidad con que desesperaban de todo, la alegría feroz de su negación y su terrible implacabilidad... De ánimo excelente y generosísimos en sus intenciones, nuestros biliosos pueden con su tono inducir a un ángel a la risa y a un santo a la maldición. Lo exageran todo con tal *aplomb*, y no para bromear sino para amargar, que no hay modo de aguantarlos...[48].

Eran las primeras notas de una larga polémica en la que Herzen se esforzará por comprender a esta nueva generación, para acabar encerrándose en sí mismo, impaciente ante los aspectos humanos y psicológicos del populismo nihilista, ante aquel acre fermento que tanta importancia tendría en la sociedad rusa, cuando llegó a su fin la época de las esperanzas liberales y de las batallas en pro de las grandes reformas.

Pero aunque se mostró muy crítico con los jóvenes radicales en esta discusión de hombre a hombre, políticamente afirmó que no quería sem-

brar la discordia en el campo de los emancipacionistas. Se trataba de disensiones sobre los medios, y no sobre los fines, decía. El «Sovremennik» sólo representaba uno de los extremos de las opiniones que Herzen compartía, y cuando uno de los radicales de San Petersburgo le reprochó no apelar al hacha campesina, le respondió que no lo haría mientras hubiera una esperanza, mientras se pudiera contar con un despertar de la opinión pública, mientras se pudiera contraponer la *obshina* a la nobleza, la resistencia campesina a la débil e insegura aristocracia terrateniente. Por ahora no se necesitaba el hacha, sino la escoba.

Ante el manifiesto del 19 de febrero de 1861 pensó que había tenido más razón de la que era lícito esperar. Preparó una reunión, una fiesta de todos los rusos de Londres para celebrar ese día, redactó un discurso en el que quiso recordar que en 1853 —cuando se imprimió el primer pliego de la «Libre tipografía rusa»—, si alguien hubiera dicho «que ocho años después nos reuniríamos y el héroe de la fiesta sería el zar de Rusia, habríamos pensado que estaba loco o algo peor». Y sin embargo así era. Cierto que «el manifiesto del 19 de febrero no era sino una etapa a lo largo de la ruta. Aún había mucho camino que recorrer y la diligencia estaba entre las manos de los más crueles postillones tártaros y alemanes... Denunciar sus intrigas en Rusia es imposible. La palabra aún no ha sido liberada, es todavía sierva de la censura». Por eso era preciso seguir trabajando en el extranjero. Pero quedaba en pie el hecho de que en Rusia se había abolido la servidumbre. «Alcemos la copa a la salud de nuestros hermanos liberados y en honor de Aleksandr Nikolaevich, su liberador» [49].

Pero este brindis nunca se pronunció. Los primeros y sangrientos choques de Varsovia demostraron, pocos días después de la liberación, que la opresión política del imperio ruso era demasiado grave para que Herzen pudiera brindar libremente por Alejandro II. «Nuestra fiesta fue triste..., nuestra mano se bajó, No podía pasar por encima de la sangre derramada en Varsovia» [50].

Herzen tuvo que darse cuenta muy pronto de que la liberación de los siervos, tal y como se había realizado, replanteaba todos los problemas de los que la reforma se desentendió, en cierto modo. Los campesinos reanudaban e intensificaban las protestas locales, que ya se habían producido en la época de la guerra de Crimea y que ahora demostraban su descontento ante la nueva situación en que se encontraban. La *inteliguentsia* sentía que ya no bastaba con el desarrollo de la opinión pública liberal, que ahora se trataba de dar una forma orgánica a la posición conquistada por ella. El sector más activo trataba de ponerse al frente de la vida política rusa, con la intención de sustituir al estado, al propio emperador. Nuevos problemas (sobre todo el de la relación entre la joven *inteliguentsia* y el pueblo) salieron a la luz y se discutieron ampliamente. Las nacionalidades comprendidas en el imperio, en especial la polaca, empezaban a agitarse, a tratar de hacer valer sus derechos. En resumen, todos los problemas que afloraron a la mente de Herzen cuando quiso organizar en

Londres una conmemoración del 19 de febrero de 1861 maduraron en el período inmediatamente posterior, proporcionando materia para la actividad del «Kolokol» en los dos años siguientes a la liberación de los siervos.

Se trató de una serie de intentos para mantenerse al unísono con la vida rusa y reconquistar la función dirigente que el «Kolokol» había tenido en el período de preparación de la reforma. Intentos difíciles y arduos desde el principio, y que después resultarían cada vez menos realizables. A un órgano emigrado le era cada vez más difícil dirigir un movimiento complejo y tormentoso, vigilar las múltiples repercusiones de la reforma campesina. Herzen y Ogarëv supieron indicar algunas ideas que se seguirán luego en las siguientes décadas, pero su acción irá perdiendo unidad y eficacia, hasta ser truncada definitivamente por la oleada de nacionalismo que acompañó en Rusia la rebelión de Polonia en 1863

Pero sus intentos merecen ser examinados de cerca; por dispersos y fragmentarios que fueran, revelan algunas de las más profundas tendencias de la sociedad de aquellos años y dan una sensación precisa del fermento de Rusia desde 1861 a 1863.

A las revueltas campesinas, que se multiplicaron durante todo 1861, respondieron represiones a menudo sangrientas y violentas. El «Kolokol», y en este caso sobre todo Ogarëv, será el eco sensible del estado de ánimo campesino, de la inseguridad y la desilusión que reinaban en el campo cuando éste se encontró ante un manifiesto escrito en un estilo sumamente abstruso, incomprensible no sólo para los campesinos que no sabían leer sino para los «intelectuales» de la aldea, los escribanos, los beatos de las sectas, los curas, los comerciantes. «Una nueva servidumbre —decía el 'Kolokol' ya el 15 de junio de 1861—. El zar ha engañado al pueblo.» Pero, naturalmente, sentir al unísono con las almas de tantos campesinos rusos no significaba poderlos orientar o ayudar en la lucha lejana, dispersa, compuesta por entero de tentativas a ciegas para encontrar un camino en la cambiada situación.

Precisamente esta situación fue la que convenció a Herzen y Ogarëv —como a todo el sector más sensible de la sociedad rusa de entonces— de lo apartados que estaban del pueblo, de los intereses y la vida de éste, incluso aquellos que habían luchado por una reforma más justa y por la liberación.

Esta experiencia dará la primera señal de la «ida al pueblo, hacia el pueblo». Ya en 1860, en el número del «Kolokol» del 1 de agosto, Ogarëv entrevió esta necesidad, aunque todavía no como un movimiento autónomo, sino como un necesario complemento de las transformaciones que la sociedad rusa estaba sufriendo por entonces. «Hay que preparar maestros, predicadores de las ciencias para los campesinos, maestros transhumantes que puedan difundir de un extremo a otro de Rusia conocimientos útiles y aplicados» [51]. Esta idea volvía a agitarlos con fuerza —a él y a Herzen— cuando su ruptura con el gobierno se hizo cada vez más neta. En el momento de los desórdenes y del cierre de las universidades, en el otoño de

1861, el llamamiento de una «ida hacia el pueblo» se convertirá en la consigna del «Kolokol».

Herzen indicaba así un camino que los populistas tratarán de abrir en las dos décadas siguientes. Pero de momento el «Kolokol» tenía que guiar desde lejos el fermento político que la liberación de los siervos había suscitado entre los nobles, en la *inteliguentsia,* en toda la clase dirigente rusa. En 1861 Herzen pensaba aún que lo único posible era continuar la táctica usada en años anteriores. Igual que antes contribuyó a crear una opinión pública favorable a la «liberación con la tierra», ahora desarrollaría una corriente de opinión de sentido más ardiente, que exigiría con mayor energía e impaciencia libertad de prensa, cambios en la estructura del estado y por último algo parecido a una gran asamblea nacional.

Al leer el manifiesto del 19 de febrero de 1861, Herzen escribió en el «Kolokol»: «Se ha dado el primer paso, ahora llega el turno de la libertad» [52]. Seguía concibiendo aquella lucha en los viejos términos, como una batalla contra la censura. Pero pronto las reacciones en Rusia lo convencieron de que había que exigir más. Las indicaciones sobre la fórmula que había que adoptar le llegaron de San Petersburgo. El «Velikoruss» (El gran-ruso), primer periódico clandestino, apareció en julio de 1861 y hablaba ya de la necesidad de una asamblea nacional. En el llamamiento redactado en ese mismo período por Ogarëv y N. N. Obruchev, conjuntamente, «¿Qué necesita el pueblo?», se afirmaba —en un lenguaje que quería ser lo bastante llano para que lo entendieran los propios campesinos— que como garantía de aquella tierra a la que tenían mayor derecho que el que les había concedido la reforma, era indispensable que «las tasas y los impuestos fueran fijados y distribuidos por el mismo pueblo a través de sus propios elegidos» [53]. La idea de llamar a dicha asamblea *zemskaya duma* o *zemski sobor* —en recuerdo de las asambleas que a principios del XVII pusieron fin a la época de los disturbios— germinó en Rusia en varias fuentes y se difundió en manuscritos y hojas volantes, no sin penetrar en cierto modo en la prensa legal. La misma terminología revelaba la intención de reunir diversas corrientes intelectuales, desde los occidentalistas que veían en ella una forma de asamblea constituyente hasta los eslavófilos, siempre sensibles a los recuerdos del pasado.

Herzen pudo verse impulsado a aceptar la idea de situar en el centro de su propaganda la *zemskaya duma* por la presencia en Londres, en aquel período, de un típico representante del mundo campesino y popular, Pëtr Alekseevich Mart'yanov.

> Su historia es breve, una verdadera historia rusa —escribirá Herzen cuando Mart'yanov sea condenado a trabajos forzados—. Nació siervo del conde Gúr'ev. De joven demostró una capacidad excepcional para el comercio y organizó la venta de trigo al por mayor. El conde Gúr'ev, arrancándolo a su actividad, lo arruinó quitándole una gran suma de dinero, casi en vísperas de la liberación. Este hombre

> que había experimentado todos los dolores y las maldiciones de la vida rusa estaba dotado de un ingenio excepcional. Enérgico, profundamente apasionado, concentraba en sí todo el destino del pueblo ruso, en él se reflejaban su poesía, su religión, su amor y su odio. Severo en la vida, sin concesiones ni consigo mismo ni con los demás, sin débiles inconsecuencias, había en él un elemento del rebelde Espartaco que se fundía en cierto modo con el sombrío tipo de los hombres pertenecientes a nuestras sectas religiosas [54].

Mart'yanov tenía una profunda confianza en el zar, y a él le pedía que liberase al pueblo de todos los nobles, de todas las clases altas. Escribió un opúsculo [55] y una carta a Alejandro II que se publicó en el «Kolokol», para pedirle justamente esto y para que convocase un gran *zemski sobor* del pueblo ruso [56].

El propio Bakunin tomó su programa como punto de partida para su opúsculo *La causa del pueblo. ¿Romanov, Pugachëv o Pestel'?*, publicado en 1862 en la «Libre tipografía rusa»; precisamente su tema principal era la necesidad de convocar una asamblea nacional [57]. «En 1863 ocurrirán cosas terribles en Rusia si el zar no se decide a convocar la *zemskaya duma* de todo el pueblo», decía.

Huido de Siberia, donde reflexionó largamente sobre la necesidad de un dictador que efectuase las reformas ineludibles, llegado a Londres en enero de 1861, acogido como un hermano por Herzen y Ogarëv, Bakunin estaba aún buscando su camino y reflejaba en este opúsculo —aumentadas— las incertidumbres de todos tras la liberación, pensando a la vez en un zar que fuera capaz de marchar realmente con el pueblo y en un pueblo capaz de imponer en una asamblea su voluntad al zar.

El mito del *zemski sobor* empezó a adquirir cierta consistencia política a comienzos de 1862, cuando una parte de la nobleza, la más culta e ilustrada, propuso o votó órdenes del día en favor de una representación nacional y cuando el «Kolokol» se hizo eco de las esperanzas, ampliamente difundidas entonces, de semejante coronación liberal de la reforma campesina.

Ogarëv escribió un proyecto de llamamiento al zar, que habría tenido que recoger las firmas y el apoyo de todos los descontentos, desde la nobleza a los campesinos; en suma, de todos los que veían en la futura asamblea la posibilidad de expresar libremente sus reivindicaciones y necesidades. Ante la incertidumbre de la opinión pública en el verano de 1862, el llamamiento sería un reconocimiento público de que las reformas desde arriba eran insuficientes, de que el aparato estatal era incapaz de guiar por sí sólo las fuerzas ahora en movimiento.

> La nobleza —decía— ha quedado sin recompensa por lo que ha perdido, sin medios para trabajar y, digámoslo sin temor, sin medios para vivir, salvo los nobles-funcionarios que reciben un estipendio

del estado y recompensas, que recaen sobre el pueblo en fuertes tasas... El manifiesto del 19 de febrero ha proporcionado, por otra parte, la posibilidad de reducir las tierras de los campesinos. Estos no están convencidos de poder conservar mañana esa tierra que hoy cultivan... El rescate es gravoso e incluso imposible en las formas fijadas por el manifiesto... La situación del campesino se ha vuelto insoportable. Ve como antes, e incluso más que antes, su enemigo en cada noble propietario, y en las disposiciones de Vuestra Majestad astutas intrigas de funcionarios, en perjuicio suyo... ¡Sire!, sin interrogar al pueblo no se puede salvar el estado. Sin *zemski sobor* —el único medio de salvar al estado desacreditado y sin dinero— no será posible salir incólumes.

Por ello proponía la reunión de asambleas de distrito y de ciudad para la elección de diputados. Los electores tendrían que ser «sin distinción de clases, de confesiones, de fes, todas las categorías de campesinos (obligados temporales, del estado, de la corona), los nobles, los comerciantes, los burgueses, el clero y la gente de cualquier denominación». «Para eliminar toda desconfianza de los campesinos», los nobles se inscribirían en un distrito diferente de aquél en donde tenían sus posesiones. Cada *uezd* (distrito) elegiría una diputado. En su llamamiento, Ogarëv fijaba incluso un orden del día de la futura asamblea, que incluía las fundamentales reformas administrativas consideradas entonces necesarias [58].

La discusión suscitada por este primer esbozo no careció de interés. Turgénev, entonces en París, repitió las críticas que más de una vez le había hecho a Herzen. No había que hablar mal del manifiesto del 19 de febrero, decía. Con él se iniciaba en Rusia «una nueva era». Lo sabía el gobierno, que no aceptaría las críticas, lo sabían también los campesinos, que aunque descontentos con ésta o aquella disposición veían en el manifiesto la carta de su libertad personal y por lo tanto interpretarían toda crítica únicamente como «un nuevo ataque de la nobleza contra la liberación». En Rusia, decía también, no había más que un estamento capaz de entender las exigencias de libertad, y era la clase culta. Y los londinenses estaban rompiendo con ella, en cambio, tratando de apelar al pueblo. «La revolución en el sentido más auténtico de la palabra, y podría añadir que en el sentido más amplio, existe sólo en la conciencia de la *inteliguentsia.*» Proponía un llamamiento sobre la base de estas consideraciones, agregando poco después que había que apoyarse en los proyectos estatales que por entonces empezaban a discutirse, en la autoadministración local, es decir, en el intento de crear consejos provinciales en los que estuvieran representadas todas las clases.

En realidad, por este camino el gobierno satisfizo y eludió al mismo tiempo el constitucionalismo del período 1861-63; la institución del *zemstvo* constituirá un paso adelante hacia un sistema representativo local, aunque sin atacar en lo más mínimo el propio principio del absolutismo.

Con sus observaciones, Turgénev no hacía más que expresar el estado de ánimo de los liberales rusos, que confiaban en reformas parciales y locales, sin querer apoyar a fondo la exigencia del *zemski sobor*. Las razones aducidas por Turgénev explican semejante actitud: la lucha entre nobles y campesinos era demasiado fuerte, la desconfianza entre las varias categorías sociales era demasiado aguda para que el absolutismo no siguiera jugando con ellas y manteniendo su poder, decidido a no crear órganos constitucionales que pudieran arrebatárselo de las manos. Los liberales rusos, incluso los mejores y los más expertos, seguían anclados en su concepción del estado, en su confianza en el despotismo ilustrado.

Cuando resultó cada vez más evidente, a finales del 1862, la voluntad del zar de detener mediante la represión el fermento de los ánimos, Ogarëv, Herzen y Bakunin consideraron innecesario hacer concesiones a aquellos liberales dubitantes y propusieron un nuevo texto de llamamiento, en el que el *zemski sobor* se presentaba con creciente claridad como un medio de propaganda contra la política oficial.

> Rusia —decía este último proyecto, también redactado por Ogarëv— se encuentra ahora en esa situación de difusa desconfianza que suele preceder a un levantamiento general... Sire, el pueblo cree en el zar, pero no cree en el gobierno, no cree en los nobles-funcionarios que lo componen, igual que no cree en los nobles-propietarios, de los que ha sido liberado sobre bases que considera injustas. Si vos, Sire, continuáis apoyando el régimen de los funcionarios, el pueblo perderá rápidamente su confianza en vos.

Ya no bastaban los intentos de establecer una igualdad entre las categorías sociales desde el punto de vista de la ley o acaso de la administración local. El problema fundamental era el de la tierra.

> Desde el principio, desde que el nombre ruso vive en la memoria de la gente, la tierra rusa ha sido colonizada gratis por el pueblo y considerada como propia por él... Al reconocer que la tierra es del pueblo, Sire, destruiréis las raíces de la diferencia entre las categorías sociales, diferencia que pone al borde de la ruina no sólo a Rusia, sino también a los demás estados.

Ante la reacción del estado y la incertidumbre de los liberales, el grupo londinense había vuelto, pues, a su programa inicial, al socialismo agrícola basado en la *obshina* en que se fundamentaban las concepciones de Ogarëv y Herzen, y entonces también las de Bakunin [59]. El «Kolokol» de aquellos años formulará con creciente concreción esta concepción populista de la *obshina*, examinará sus aspectos económicos, técnicos y financieros. Ogarëv resumirá estas ideas de modo muy concreto e interesante en un

libro: *Essai sur la situation russe. Lettres à un anglais,* aparecido en Londres en 1862.

La campaña en pro del *zemski sobor* había convencido a Herzen y Ogarëv de que cada vez podían esperar menos de los liberales, que era preciso apelar directamente al pueblo ruso. Pero ¿cómo hacerle llegar sus palabras?

En el verano de 1862 se había iniciado ya un intento de hablar directamente, ya que no a los campesinos, al menos a los grupos de comerciantes, artesanos y mercaderes que constituían el tercer estado ruso y que —subdivididos como estaban por corporaciones, por antiguos usos y tradiciones, presa como eran de una mentalidad de casta y de grupo— tenían un lazo que los unía, su pertenencia a la vieja fe, al *raskol.* El 15 de junio de 1862 aparecía en Londres el primer número de un periódico dirigido a ellos, la «Obshee veche» [La común asamblea]. El propio término de *veche,* que recordaba las asambleas de todos los ciudadanos de los ayuntamientos medievales rusos, apelaba a una tradición de autoadministración distinta y paralela a la del *mir* campesino. A través de los creyentes viejos, Ogarëv y Herzen pensaban que sería posible llegar al campo, donde los únicos que sabían leer pertenecían justamente a las sectas.

La idea de la necesidad de unirse a las sectas religiosas perseguidas por la iglesia oficial y por el gobierno ya había surgido en los años cuarenta. Pero el primer intento práctico en este sentido se hizo entonces en Londres. El encuentro con Mart'yánov, el campesino comerciante y creyente viejo, constituyó un incentivo para esta iniciativa; pero éste no fue el único que visitó entonces la «Libre tipografía rusa» y buscó contactos con Herzen y Ogarëv. No debió ocultárseles tampoco que la más importante sublevación campesina que siguió a la liberación, la de Bezdna, había sido dirigida por un hombre del *raskol* y marcada por el espíritu de éste.

Quien primero insistió sobre la posibilidad de establecer un contacto con el pueblo a través de las sectas fue un joven emigrado en Londres, V. I. Kel'siev. Merece la pena detenerse un momento sobre su personalidad. Hijo de una familia de nobles pobres, estudió con pasión, dedicándose sobre todo a las lenguas orientales. Se había hecho amigo de Dobroliubov cuando éste también estaba estudiando. «Es un hombre que piensa seriamente, con un alma fuerte, con una sed de actividad, muy desarrollado por diversas lecturas y por su honda reflexión», había anotado éste último en su diario, aunque agregando: «lo que no me gusta de él es su excesiva susceptibilidad en lo que respecta a su vida personal. Por lo demás, puede ocurrir que esto sea consecuencia de sus fuerzas interiores, que, buscando una salida, se arrojan de un lado a otro» [60]. Esta primera impresión de Dobroliúbov era exacta. Efectivamente, Kel'siev poseía un notable ingenio, una capacidad de apasionarse por los estudios y las actividades más difíciles, pero su carácter imaginativo, sensible e inseguro no le permitió

tener fe durante toda la vida en ninguna de sus iniciativas. También él revelaba las fuerzas que se estaban desarrollando en la sociedad rusa en la época de las reformas. Pero no soportó la prueba, y en 1867 —tras un exilio especialmente penoso y difícil— acabó presentándose voluntariamente en la frontera rusa, pidiendo que lo encarcelasen. En la prisión escribirá una larga y minuciosa confesión de cuanto había hecho en aquellos años [61]. Puesto en libertad, su vida fue la de un pobre literato del que los hombres libres se mantenían alejados, sin que por eso tuviera —ni buscara— un apoyo en el mundo reaccionario.

Su confesión era verdaderamente tal, y desde luego no carece de interés, aunque sólo sea como reflejo de su estado de ánimo en 1859, cuando quiso emigrar.

> Los libros prohibidos [que él leyó entonces, como muchos otros jóvenes contemporáneos suyos] nos parecían como una revelación de lo alto... Ante nosotros se abría un mundo nuevo, un mundo, si queremos, fantástico, posible en teoría, pero los neófitos siempre se apasionan por las teorías y sobre todo por las teorías perseguidas desde el poder... Y al igual que entre nosotros la censura eclesiástica ha fomentado el desarrollo de todo tipo de sectas religiosas, también la censura política suscitó, hizo fatal la aparición de aquel partido que después fue llamado nihilista. Si además se tiene en cuenta el atrevimiento de la mente rusa, que es consecuente hasta el extremo en sus conclusiones y no se detiene ante nada, tanto en la afirmación como en la negación, entonces el nihilismo aparecerá como un fruto típica y puramente ruso. El hombre ruso —dicen nuestros sectarios— no es parecido a todos los demás, *busca la verdad*. Efectivamente, la pasión por ser consecuente, por desarrollar toda afirmación hasta el *nec plus ultra* ha llevado al pueblo sencillo hasta la emasculación sagrada, hasta la pira voluntaria, hasta el entusiasmo, ha inducido a los alumnos de nuestros institutos, seminarios y universidades a negaciones tales que en Occidente ni siquiera se las imaginan. Ser consecuente resulta el carácter típico de nuestra historia [62].

En Londres no encontró lo que estaba buscando con tanta pasión hasta el día en que Herzen le entregó un gran fajo de documentos recibidos de Rusia —una amplia y detallada documentación sobre la política estatal respecto a las sectas y una serie de textos del *raskol*— diciéndole que mirara si podía sacarse algo para el «Kolokol». Fue para él como una revelación.

> No dormí en toda la noche y continué leyendo. Por poco me vuelvo loco. Literalmente mi vida se rompió y me convertí en otro hombre. En realidad, si Herzen no me hubiera dado aquellos documentos, habría seguido siendo revolucionario y nihilista. Ellos me salvaron.

Al leerlos me pareció entrar en un mundo ignoto, inexplorado, en el mundo de los cuentos de Hoffmann, de Edgard Poe, o de *Las mil y una noches*. Los castrados con sus ritos místicos, sus coros y sus canciones para la cosecha, llenas de poesía, los flagelantes con sus creencias extrañas, los sombríos tipos de los «sin clero», las intrigas de los jefes de los creyentes viejos, la existencia de aldeas rusas en Prusia, en Austria, en Moldavia, en Turquía, todo esto se me reveló inesperadamente aquella noche. Una secta tras otra, un rito tras otro, desfilaban ante mí como en una linterna mágica y yo leía, leía, releía, y la cabeza me daba vueltas, y me quedaba sin aliento en el pecho... Estos campesinos, estos comerciantes barbudos, despreciados y escarnecidos por Europa y por nuestra gente culta, estos ignorantes, estos bárbaros, hundidos en un tosco materialismo, se alzaban de golpe ante mis ojos. No estaba mal este pueblo que bajo todas las opresiones sociales y bajo el terrible yugo de los siglos XVII y XVIII supo no dormirse —como el *paysan* o el *Bauer* de Occidente, o como el *chlop* polaco— sino que, al contrario, pensó y pensó sobre los mayores problemas que pueden ocupar al alma humana, sobre la verdad y la no verdad, sobre Cristo y el Anticristo, sobre el hombre, sobre la salvación... El *raskol* hace honor al pueblo ruso, demostrando que no duerme, que cada cabeza despierta de campesino quiere dominar ella misma los dogmas, pensar por su cuenta sobre la verdad, que el pueblo ruso *busca la verdad* y sigue la que ha encontrado, no dejándose atemorizar por hogueras ni por cuevas cuyas embocaduras se obstruyen, ni por la emasculación, y ni siquiera por los sacrificios humanos y el canibalismo[63].

El mundo de ideas de las sectas le interesó profundamente, las medidas policiales que seguían usándose contra ellas lo indignaron, y acabó convenciéndose de que era necesario tratar de conocerlas más de cerca, establecer contactos con ellas y entre tanto protestar contra la falta de libertad religiosa en Rusia.

De los papeles que le pasó Herzen y de otros que hizo buscar y consiguió en Rusia sacó cuatro pequeños volúmenes, *Recueil de documents officiels sur les dissidents russes*, como decía el subtítulo francés de estos libros publicados en Londres, el primero en 1860 y los otros tres al año siguiente. Los siguieron en 1863 otros dos fascículos en los que se recogían las leyes y disposiciones referentes al *raskol*. En conjunto daban una idea general del problema de las sectas en Rusia. La importancia que los *dissenters* tenían en la historia inglesa, y un ávido estudio sobre fenómenos similares en los demás países habían convencido a Kels'iev del valor del filón que había descubierto. Con Ogarëv, Mart'yánov y Bakunin discutió por extenso las consecuencias políticas que se podían sacar de esta fuente, que le parecía la única capaz de revelar la mentalidad de los campesinos y del pueblo bajo de las ciudades, el único conducto para llegar a ellos.

Así, aquel «zarismo popular» que acompañó la propaganda del *zemski sobor* no dejó de verse influido por el mito campesino del zar deseoso de hacer el bien, pero impedido siempre por los nobles y los funcionarios, mito que se reflejaba con claridad en las creencias de algunas sectas. La misma formulación de la exigencia de una asamblea traslucía este interés por la historia religiosa del pueblo ruso; *sobor* es un término eclesiástico y significa concilio. El carácter colectivista de muchas sectas tampoco podía dejar de reforzar en todos la idea del socialismo campesino.

A finales de 1861 llegó a Londres un miembro del clero creyente viejo, por medio del cual Kel'siev pudo establecer un primer lazo. Se trataba de Pafnuti, obispo de Kolomna, que viajaba con el pasaporte de un comerciante [64]. Cultísimo en lo referente a las sagradas escrituras y los Padres de la Iglesia, era muy poco sensible a los problemas políticos que los emigrados londinenses —sin excluir a Bakunin— trataron de discutir con él. Pero lo atrajo un punto de su programa, la libertad religiosa, y por eso se mostró dispuesto a colaborar con Kel'siev.

Este emprendió entonces un viaje clandestino a Rusia para aprovechar los lazos que Pafnuti prometió proporcionarle. Con un pasaporte turco visitó Moscú y San Petersburgo, preparando el terreno al periódico destinado a los creyentes viejos que se había empezado a publicar en Londres, el «Obshee veche», ocupándose de su distribución sobre todo en el gran mercado de Nizhni Novgorod —donde, por lo demás, hacía tiempo que las ediciones de Herzen se vendían durante la feria anual—, visitando a algunos de los más activos organizadores de *Zemlia i volia,* entre ellos a Serno-Solov'ëvich, y tratando sobre todo de establecer relaciones con los representantes del *raskol.*

Un grupo de jóvenes negociantes moscovitas lo acogió como a «un profeta llamado a romper los nudos gordianos de sus dificultades» [65]. Vieron en él un agente de un poderoso movimiento capaz de darles la libertad. Pero pronto surgieron problemas, en cuanto comenzó a hablar de política. «Desde las primeras palabras comprendí que no entendían nada a este respecto, ni sabían de qué se trataba.» Por otra parte, es más que probable que esta acentuación negativa la diera intencionadamente Kel'siev en su *Confesión,* donde expuso sin velos sus propias peripecias al jefe de la Tercera Sección, pero en la que siempre trató de no hacer acusaciones que pudieran recaer sobre los demás y a menudo incluso falseó evidentemente sus ideas para que parecieran más inocentes de lo que en realidad eran. Los jóvenes negociantes moscovitas estaban más interesados por la política de lo que él decía. Uno de ellos le preguntó, entre otras cosas, «para cuándo estaba fijada la revolución en Rusia y quién sería el presidente de la república». Pero no debía ser fácil establecer un terreno común entre estos beatos del *raskol* y el joven nihilista apasionado por la historia de las sectas de su país. El mayor obstáculo lo constituyó un dignatario de la jerarquía eclesiástica de los creyentes viejos que se negó abiertamente a estrechar cualquier tipo de lazo con los emigrados londinenses. No sabe-

mos mucho más. Que hubo lazos lo prueba, entre otras cosas, el hecho de que el dinero para la publicación del «Obshee veche» lo proporcionó un librero creyente viejo, K. T. Sol'datenkov, también de ideas políticas imprecisas, pero que después ayudó en gran medida a los escritores populistas perseguidos, entre ellos al propio Chernyshevski.

De regreso a San Petersburgo, tras su visita a Moscú, Kel'siev encontró —a través de Aleksandr Serno-Solov'ëvich—, a un representante de los creyentes viejos «no clericales», es decir, de los que a falta de una consagración en regla —tras el cisma con la iglesia en el XVII— habían acabado poco a poco por renunciar a la idea de un clero. Sus doctrinas escatológicas habían identificado a menudo al zar con el anticristo, aunque con el paso del tiempo consideraron esta doctrina como puramente espiritual, y no política. Así se lo explicó justamente uno de sus representantes, el padre Pavel, a Kel'siev, que esperaba encontrar en esas ideas una primera base para un desarrollo revolucionario del *raskol*.

A su regreso a Londres después de este viaje de descubierta y enlace, Kel'siev trató en varias ocasiones de encontrar otros lazos pasando por las colonias de las sectas rusas establecidas en el imperio turco, sobre todo en Dobruya. Consiguió enviar desde allí a Londres, para que se entrevistara con los redactores del «Kolokol», a uno de sus jefes religiosos y políticos. Este le interesó mucho a Herzen, pero tampoco esta vez se consiguió establecer relaciones políticas permanentes [66].

El problema del *raskol*, planteado por Kel'siev con tanto entusiasmo, seguirá vivo entre los populistas de las dos décadas siguientes. En ese período las sectas se desarrollaron notablemente, revelando con su evolución interna, en sus dogmas y en su organización, el fermento del mundo campesino y de la pequeña burguesía urbana. Pero nunca podrá establecerse un lazo entre el movimiento de los intelectuales y los revolucionarios y el que crecía en el campo, a pesar de los numerosos esfuerzos en tal sentido. Aunque ambos reaccionaban ante una misma situación, estos movimientos eran demasiado distintos por naturaleza y origen para encontrar un punto de contacto; sectas y revolucionarios se encontrarán sobre todo en las cárceles y en Siberia, a donde los llevarán una lucha y una oposición que carecerán de un posible lenguaje común.

En el «Obshee veche», redactado casi únicamente por Ogarëv, y que se publicó sin demasiada regularidad, a parte los problemas específicos del *raskol* se trataban los mismos problemas que en el «Kolokol», aunque con un lenguaje más sencillo y accesible. «Sin posibilidad de vivir libremente no hay posibilidad de creer libremente»; ésta era la base de la propaganda, la frase repetida más veces en aquel periódico [67]. La idea del *zemski sobor* fue el centro político de la publicación. Ogarëv repetía su necesidad, por ejemplo, en su artículo titulado *Lo que debe hacer el clero,* que se publicó tanto en el «Kolokol» como en el «Obshee veche».

La difusión del periódico, pese a los numerosos esfuerzos de Kel'siev desde Dobruya, fue, al parecer, muy limitada. El «Obshee veche» es im-

portante sobre todo como índice de un intento fallido de ligarse al bajo pueblo de las ciudades rusas. Por primera vez se había creado una publicación destinada, como decía Ogarëv en el primer número, «a las llamadas clases inferiores, abierto a la colaboración de todos: creyentes viejos, gente del comercio y del artesanado, campesinos y pequeñoburgueses, siervos domésticos, soldados y en general los que no pertenecen a las clases privilegiadas». Era como un signo del intento hecho por Herzen —tras romper cada vez más abiertamente con los liberales, después de que la reacción suprimió, en el verano de 1862, los centros más activos del populismo radical— para llegar a las fuerzas que estaban al margen de la *inteliguentsia,* era un indicio de la dirección hacia la que tenderá el esfuerzo de los populistas en las dos décadas siguientes.

Pero ¿quién dirigiría semejante propaganda en el pueblo? ¿Quién organizaría los primeros intentos de crear un movimiento revolucionario en Rusia? Herzen vaciló durante mucho tiempo en torno a este problema fundamental. Sus incertidumbres le impedirán convertirse en el dirigente de los movimientos clandestinos que surgían poco a poco en Rusia después de 1861 y que desembocarán en la formación de la *Zemlia i volia.* Ogarëv era más propenso, en cambio, a meterse por ese camino. La discusión que se desarrolló entre ellos y con los elementos de la juventud que acudieron entonces a visitarlos en Londres revela, de todos modos, que habían comprendido la importancia del problema.

Ya en agosto de 1860 Ogarëv había escrito a Annenkov:

> Sin grupos y clubes la opinión pública no se forma, y los grupos deben ser públicos o secretos según las circunstancias externas; lo importante es que sean grupos con tareas determinadas y con una determinada disciplina de trabajo... El método depende por entero de la situación externa, pero tales grupos resultan, en todo caso, indispensables [68].

Ya entonces se preguntaba si dicha organización debía ser internacional y respondía que no, reflejando evidentemente sus propias experiencias con la emigración de Londres. «Sinceros son quizás sólo los italianos —decía— sobre el problema de la independencia nacional.» Había, pues, que empezar en Rusia y sólo en Rusia. El centro debía ser un órgano de prensa, es decir, la actividad ya iniciada y desarrollada en Londres. No debería tratarse de una organización centralizada sobre el modelo «jesuítico» o «estatal», agregaba. La autoridad del centro londinense era y debía seguir siendo moral, de difusión de ideas y de directrices generales. Objetivo final: «la reforma social.» Pero para alcanzarla Ogarëv volvía a sus proyectos de veinte años atrás, cuando había querido prepararse para una actividad entre el pueblo, acumulando conocimientos científicos y técnicos. Como el problema fundamental que se planteaba entonces era el campe-

sino, pensaba en la creación de grupos conectados entre sí que se dedicaran por entero a preparar proyectos e instrucciones para este fin. En suma, la anhelada sociedad secreta seguía siendo un órgano de estudio para recoger materiales, para examinar con detalle las condiciones y exigencias de las diversas clases populares, para conocer a fondo el país, tan poco estudiado aún con métodos y mentalidad modernos.

La iniciativa de una sociedad secreta más directamente política no llegará de Londres, de Herzen, ni siquiera de Ogarëv. Partirá, como veremos, de la nueva generación, y quien formulará su orientación con mayor claridad que nadie será N. A. Serno-Solov'ëvich, el creador de la primera *Zemlia i volia.* Ogarëv observará entonces: «Hacía tiempo que pensábamos en la necesidad de una concentración orgánica de las fuerzas, pero contábamos con que la iniciativa no debía partir de nosotros, del exterior, sino de la propia Rusia» [69]. Cuando por fin le respondió un eco, Ogarëv se dedicará a proporcionar un programa y sobre todo material de propaganda al movimiento que estaba desarrollándose.

Pero Herzen se mantenía desconfiado y hostil ante la incipiente conspiración. El tono general del «Kolokol» seguirá siendo una incitación a protestar y actuar, aunque sin plantearse como tarea fundamental la de servir de centro a los grupos que se iban organizando. Herzen no confiaba en las posibilidades de rápido desarrollo de estos gérmenes. Cuando apareció en San Petersburgo el primer órgano clandestino, el «Velikoruss», lo saludó con entusiasmo, viendo en él un importante intento de substraerse por fin a la censura. Incitó entonces la creación de tipografías clandestinas, aunque sin darse mucha cuenta de que dichas iniciativas eran imposibles sin una organización. Sólo en mayo de 1862 aparecerá en el «Kolokol» el primer indicio de un acuerdo entre el incipiente movimiento clandestino y Herzen: una petición de fondos «para la causa común».

En realidad Herzen seguía esperando un desarrollo liberal de la *inteliguentsia,* aunque el eco que encontraba en ella era cada vez más limitado y lleno de reservas. A comienzos de 1861 dedicó todavía a Kavelin un artículo sobre Owen, uno de los textos que revela más profundamente las raíces de su socialismo. Al anunciarle esta dedicatoria, le escribía pensando melancólicamente en los pocos que ya «quedaban de los *vieux de la veille*» [70], y también por eso se apegaba con especial cariño al amigo lejano. Pero poco más de un año después tenía que comprobar que «Kavelin se había pasado por completo al lado de Chicherin» [71], o sea al lado de los doctrinarios liberales, de aquellos «Saint-Just del burocratismo» [72] que, realizada la reforma campesina, tendían con todas sus fuerzas a apoyar al estado, en su deseo de impedir cualquier desarrollo ulterior, y teorizaban la dictadura imperial y el compromiso con la nobleza contra los que siempre se había alzado Herzen. «Habíamos pensado que nuestra literatura era muy generosa, que nuestros profesores eran *apóstoles.* Nos hemos equivocado con ellos, y todo esto es muy doloroso. Nos turba como todo espectáculo de decadencia moral...» [73].

El gobierno supo aprovechar la disminución del influjo del «Kolokol» sobre la *inteliguentsia*. La propaganda del periódico no podía presentar ya los aspectos positivos que el propio emperador apreció al principio. Ya no se trataba, para Alejandro II, de vencer la resistencia de la nobleza, de denunciar la corrupción de la burocracia, sino de hacer concesiones a la aristocracia; y tampoco de permitir, dentro de ciertos límites, una libre opinión pública, sino de asestar golpes a sus aspectos más extremados, a los resultados revolucionarios suscitados por ella. Se intensificó la vigilancia en las fronteras, se recurrió a métodos policiales, enviando a Londres agentes de la Tercera Sección, y, sobre todo, se permitió a la prensa polemizar con Herzen, atacarlo abiertamente.

Desde noviembre de 1861 la imposición del silencio y la censura habían favorecido, aunque involuntariamente, a Herzen. El «Kolokol» era el único periódico ruso que podía hablar de toda una serie de temas prohibidos, y por lo tanto se buscaba y leía. El temor, el mismo miedo de provocar discusiones sobre los problemas prohibidos, habían aconsejado al gobierno el silencio. Ahora, apoyándose precisamente en los liberales moderados y en los doctrinarios —cada vez más conservadores—, creía que había llegado el momento de iniciar la polémica, afectando al «Kolokol» en su fase de más ardiente agitación, y cuando aún no había nacido todavía una organización capaz de resistirse a los golpes oficiales.

La ofensiva partió de la policía con un panfleto donde se reproducía una carta de Herzen al embajador ruso en Londres, en la que aquél lo advertía de las amenazas anónimas a su persona que había recibido. Se aprovechaba para ridiculizar a este hombre que se creía tan importante como para temer un atentado. En distintos sectores de los ambientes radicales y de la juventud se intentó en San Petersburgo, mediante hojas volantes, rebatir este primer signo de la polémica oficial, que se presentaba también como un engaño al público lector, atraído por la vista del nombre de Herzen en los escaparates de los libreros, libremente expuesto.

Pero no era sino una primera escaramuza. Quien se especializó en las acusaciones fue Katkov, otro hombre de los años cuarenta, crecido al principio en el mismo círculo de Herzen, Bakunin, Granovski y al lado de ellos, persona de indudable capacidad periodística, pero de igualmente indudable carácter oportunista. Tras haber pasado por una fase de liberalismo a la inglesa, se estaba convirtiendo entonces en el portavoz de la *inteliguentsia* moderada. Pronto la polémica contra los «propagandistas londinenses» se convirtió en un tema de moda. El «Kolokol» se encontraba con que la respuesta le resultaba cada vez más difícil, desde lejos, con medios limitados, y con un régimen de control cada vez más estricto sobre su difusión. Herzen comprobaba que «el monólogo se iba convirtiendo poco a poco en diálogo» [74], pero pronto hubo de darse cuenta de que no era un diálogo fácil —no por los argumentos que se le oponían, evidentemente, que no eran nuevos, sino por la situación en que se encontraba. El 13 de junio de 1862 Alejandro II anotaba al margen de un escrito de

Katkov contra Herzen «Excelente artículo», y pronto sacó las consecuencias prácticas. Ese mismo mes se suspendieron el «Sovremennnik», el «Russkoe slovo» (La palabra rusa), el «Den'» (El día), o sea las revistas (salvo esta última, que era de los eslavófilos) que representaban las tendencias radicales; a comienzos de julio eran detenidos —precisamente con el pretexto de sus relaciones con Herzen— Chernyshevski y Serno-Solov'ëvich. Se iniciaba así una serie de encarcelamientos, de interrogatorios, etc., que afectaron a los elementos más ligados al «Kolokol» o que en cierto modo habían sido sus centros difusores [75].

En 1863 la revuelta polaca puso el sello final a este declinar de la influencia política de Herzen y del «Kolokol» en Rusia.

La liberación de Polonia había sido, desde 1853, uno de los caballos de batalla de la actividad de Herzen en Londres. Se trataba tanto de un problema interno ruso como de un problema de política internacional, que puso de nuevo a Herzen ante la recíproca influencia de los movimientos sociales y nacionales en toda Europa.

Desde el principio el «Kolokol» había discutido ampliamente la política exterior rusa. Siguió una línea de constante pacifismo, motivada por la consideración de que cualquier guerra sólo sirve para retrasar las reformas. Como decía en abril de 1859 a Michelet: *«pour l'accouchement il faut la tranquillité, la guerre fera oublier le travail à l'intérieur»* * [76]. Por lo demás, en esto Herzen coincidía con las intenciones de Alejandro II, poco inclinado a iniciativas en ese terreno tras la experiencia de la guerra de Crimea. Cuando el problema fundamental fue la actitud que había que adoptar frente a Austria —contra la que existía en las esferas dirigentes rusas un vivo resentimiento y un deseo de vengarse de la política seguida por ella en 1854—, Herzen dijo con claridad que «Rusia tenía ya su Austria, tanto más peligrosa cuanto que era interna». Unos años después en 1859-60, Herzen, como todos los demócratas europeos —salvo los marxistas—, se pronunciará contra Austria y será favorable a las fuerzas internacionales que tendían a la liberación italiana. Pero, pensando en su país, agregaba que una eventual intervención de Rusia sólo conseguiría «profundizar con un nuevo expansionismo el odio de los otros países contra ella, mientras que los pueblos (y aludía a los eslavos occidentales) no saldrían ganando nada» [77]. Era la posición valerosamente defendida entonces también por Chernyshevski, contra las tendencias eslavófilas, que mientras tanto se iban tiñendo rápidamente de nacionalismo ruso, portador de libertades para los eslavos de Europa central y de los Balcanes. El propio Chernyshevski, a pesar de la censura, había conseguido decir

* «para el parto se necesita tranquilidad; la guerra hará olvidar el trabajo en el interior».

que si esos eslavos oprimidos querían saber cuál era la suerte que Rusia les reservaba sólo tenían que mirar a Polonia.

Precisamente sobre este último problema le resultaba muy difícil a Herzen mantener la postura que desarrollaba en el «Kolokol». La actitud liberal que había asumido en el interior, sus llamamientos a Alejandro II, y en general su política, que tendía a no suscitar obstáculos que pudieran truncar la maduración de las reformas, acabaron induciéndolo a una polémica con los más rígidos de los emigrados polacos, quienes vieron en esta actitud suya un abandono de la incondicional defensa de la causa de la independencia polaca.

En aquel período Herzen habló sobre todo de federación entre Polonia y Rusia, contraponiendo a la repetición de las ideas cuarentaiochescas sobre la nacionalidad el derecho de Rusia a tener una propia evolución interna, y el deber suyo y de los demás de comprender esta nueva situación. Insistía sobre el derecho de Polonia a obtener su independencia, pero afirmaba que los hombres libres deseaban y esperaban conseguir una federación, capaz de resolver los problemas sociales, o sea campesinos, de los dos países.

Se trataba al tiempo de una crítica de la idea de nacionalidad, de los límites naturales, etc., y de la visión de una federación que no incluiría sólo a Rusia y Polonia, sino también a Ucrania, proponiendo así por primera vez una solución que encontraría un amplio eco entre las corrientes ucraniófilas que por aquellos años se recuperaban de la represión de 1849, que también las había aplastado. Una carta del historiador ucraniano N. I. Kostomarov le probó entonces el eco que había alcanzado esta afirmación suya [78].

En un artículo de 1859 titulado *Rusia y Polonia* examinaba de nuevo todo el problema, partiendo de la cuestión general de las nacionalidades en Europa. «En la última década —decía— han surgido dos ideas allá donde la barca de la revolución de febrero de 1848 ha naufragado, *pálidos* sustitutos del interrumpido desarrollo de revolución *política* en revolución *social*. Estas dos ideas, próximas entre sí, consisten en el reconocimiento de las nacionalidades como personalidades con los mismos derechos, y en la tendencia de los pueblos de una misma estirpe a la unidad política.» Napoleón III representaba el fruto de tal deseo «de reducir el problema revolucionario al problema nacional» [79]. Italia y Alemania estaban realizando este programa y había que tomar nota de ello. Podía echar una última ojeada de simpatía a los que querían afirmar la tradición de Florencia contra los «desconocidos habitantes de las faldas de los Alpes, *al piè del monte*, que estropean la lengua italiana a la manera de los provenzales», pero no era más que una mirada al pasado. La unidad de Italia era el único problema político real y presente y era justo que por fin llegase a su maduración. En cuanto a Alemania, «este infeliz Edipo entre los pueblos, perseguido por cierta maldición política, que no consigue llegar a ninguna afirmación tras el suicidio de la guerra de los Treinta Años y

los funerales de Westfalia, que no encuentra ayuda ni en la cultura del pueblo, ni en la ciencia, ni en el arte, Alemania ve en su fraccionamiento su propia debilidad y tiende con todas sus fuerzas hacia la unidad cuartelario-doctrinaria de Prusia, únicamente porque ésta es superior en un grado a la austríaca, podrida, viciosa, viva sólo gracias a los fortificantes». «No puedo estar de acuerdo con vosotros —agregaba dirigiéndose a sus adversarios polacos— en decir que la actual situación de Alemania constituye una auténtica federación. La impotente e informe dieta de Franckfurt, como un plato vacío, no hace sino demostrar que podría contener alimentos que en realidad no tiene» [80]. También la unidad alemana constituía una necesidad histórica.

Y si estos eran los problemas de Alemania e Italia, ¿por qué el mundo eslavo tendría que seguir el ejemplo de esos países? «Me atribuís la idea de desear una federación eslava con hegemonía rusa, por la gloria de Rusia, por su poder y prestigio en Europa. Como esto sería suficiente para cualquier patriota no habéis vacilado en deteneros en esa idea. Pero os habéis equivocado por completo. Yo soy aún menos *patriota* que *liberal*.» Mientras que Europa occidental estaba dedicada a resolver los problemas de las naciones, en Rusia las reformas empezaban a plantear los problemas sociales. Para profundizar en ellos, para salvar el nuevo germen que en Rusia se encerraba, él había puesto en un segundo plano la cuestión de la independencia polaca y había hablado de federación.

En marzo de 1860 escribía a Proudhon proponiéndole traducir para su revista el artículo *Rusia y Polonia*, explicándole, en términos aún más claros de los que había empleado en el «Kolokol», su postura:

> *Pour moi la Pologne représente la* vieille civilisation *dans le monde slave, et cela dans toute sa beauté tragique, avec tous les avantages du malheur, avec des grands souvenirs, avec des aspirations de liberté, de catholicisme (éclairé!), d'aristocratie (radicale!) — tout cela est beau, mais tout cela n'est pas viable.* Nous, *les russes, nous haïssons notre double passé: la tradition moscovite et la* statistique *de Pétersbourg, nous sommes les* gueux *du genre humain, notre race est mêlée avec des Tartares, des Finnois, des peuples thuraniens. La civilisation occidentale nous devient haïssable dès qu'elle hésite à franchir le ruisseau pour entrer dans le socialisme. Le peuple, le moujik, le dissident, l'homme des champs — n'a rien de commun avec Pétersbourg. Notre aristocratie ce sont* des Tartares promus aux rangs d'Allemands. *Le peuple apporte en place du* droit au travail *le droit gratuit* à la terre, *l'organisation communale, le partage de la terre, la possesion en commun et les associations ouvrières* * [81].

* «Para mí Polonia representa la *vieja civilización* en el mundo eslavo, y esto con toda su belleza trágica, con todas las ventajas de la desgracia, con grandes recuerdos, con aspiraciones de libertad, de catolicismo (¡ilustrado!), de aristocracia (¡ra-

Y sin embargo aquel choque violento entre problemas sociales y nacionales, entre Polonia y Rusia, que Herzen esperaba y pensaba poder evitar, se planteó en toda su crudeza ya en 1861 —unos días después del manifiesto que liberaba a los siervos— con una manifestación que el 25 de febrero de 1861 dejó cinco muertos en las calles de Varsovia.

Y entonces, a pesar de las críticas contra la idea de nacionalidad, a pesar de saber cuán caro podía costarle a su causa el desplazar el problema, de interior que era, a una lucha entre pueblos, Herzen tituló su artículo del «Kolokol» del 15 de marzo de 1861 *Vivat Polonia*, reanudando su intransigente defensa del derecho de esa nación a luchar contra el absolutismo de San Petersburgo. El 1 de mayo del mismo año aclaraba aún más su postura en un artículo titulado *Mater dolorosa* en el cual, pese a expresar la esperanza de que aún podía evitarse la ruptura, se ponía sin vacilar de parte de las víctimas.

Ogarëv nos ha contado que cuando Mart'yanov, el campesino comerciante del Volga, leyó aquel artículo, se presentó ante Herzen y le dijo: «Aleksandr Ivanovich, hoy ha enterrado usted el 'Kolokol'; no, no lo volverá a resucitar, lo ha enterrado» [82]. Y aunque no de inmediato, fue muy cierto dos años después, cuando Herzen, pese a tantas razonadas dudas internas, eligió ante la revolución polaca [83].

Las negociaciones preliminares entre el grupo del «Kolokol» y los emigrados polacos que estaban preparando la insurrección se confiaron a Bakunin, que se lanzó a ellas con mucho más entusiasmo que Herzen y Ogarëv, ya porque esta acción le parecía en realidad una continuación —por encima de los años de cárcel y deportación transcurridos en Rusia— de las actividades desplegadas por él en 1848 y 1849, ya porque lo empujaba su temperamento revolucionario y conspiratorio [84].

En el verano de 1862 estaba en París, para conferenciar con el general Ludwik Mieroslawski, uno de los representantes de los «rojos», o sea de la tendencia que en contraposición a los «blancos», típicos exponentes de la aristocracia y el catolicismo ultramontano, representaban las fuerzas de la pequeña nobleza, de los militares y sobre todo de las clases populares urbanas. Pero el acuerdo entre Bakunin y Mieroslawski —viejo luchador de la causa de la libertad tanto en su patria en 1846 y 1848 como en la emigración, donde combatió sobre todo en Sicilia y en las filas de los garibaldinos— resultó pronto imposible, fuera porque Mieroslawski sentía un

dical!) —todo eso es hermoso, pero no es viable. *Nosotros*, los rusos, odiamos nuestro doble pasado: la tradición moscovita y la *estadística* de San Petersburgo; somos los *mendigos* del género humano; nuestra raza se ha mezclado con tártaros, fineses, pueblos turanios. La civilización occidental nos resulta odiosa cuando vacila en franquear el arroyo para llegar al socialismo. El pueblo, el mujik, el disidente, el hombre de los campos, no tienen nada en común con San Petersburgo. Nuestra aristocracia son *tártaros ascendidos al rango de alemanes*. El pueblo aporta, en lugar del *derecho al trabajo*, el derecho gratuito *a la tierra*, la organización comunal, la distribución de la tierra, la posesión en común y las asociaciones obreras.»

gran desprecio personal por Bakunin, fuera porque sus concepciones sociales y nacionales no se correspondían en absoluto. Bakunin hablaba de la «Polonia de los siervos», veía el intento revolucionario como una guerra de campesinos, mientras que el general, como todos los «rojos» polacos, aunque dispuestos a hacer concesiones al respecto, no quería avanzar demasiado en aquella dirección. Y además Mieroslawski tenía un único programa: el restablecimiento de los confines históricos de Polonia, o sea los límites territoriales en que se encontraba en 1772, lo cual significaba incluir no sólo Lituania y Bielorrusia, sino una notabilísima parte de Ucrania. A esto Bakunin trató de contraponer el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, ya porque estuviera convencido de ese principio —respetaba menos cualquier otro derecho histórico—, ya porque supiera perfectamente que una vuelta a la situación de 1772 habría hecho imposible todo apoyo a la causa polaca de la opinión pública rusa, opinión que en aquel momento no estaba nada mal dispuesta hacia las aspiraciones de los polacos.

Este problema preocupaba también a Herzen, aún más convencido que Bakunin de que el único auténtico apoyo que podía proporcionarse a Polonia era una obra de persuasión y propaganda. En el «Kolokol» ya había hecho concesiones. En el otoño de 1861 tomó posición en favor de la unión de Lituania a Polonia, inducido a ello por la propia amplitud que el movimiento de protesta contra el régimen ruso había tomado entonces en aquellas tierras.

> Adquiera así Polonia con la libertad, con su heroica lucha, con sus desgracias, con su hermandad respecto a los vecinos, todo lo que viene perdiendo el muerto despotismo petersburgués con su esclavitud... Este es el único camino para resolver el problema humano de las fronteras. Esta solución es más fuerte que todos los derechos históricos y la violencia de las armas [85].

En resumen, tanto la postura de Herzen como la de Bakunin consistía en apoyar el movimiento de protesta y rebelión contra Rusia allí donde éste era realmente profundo y sentido, sin hacer por ello demasiadas concesiones a los sueños de restauración de los emigrados. Pero aunque Bakunin hizo todas las concesiones posibles a Mieroslawski, todo intento de llegar a un acuerdo resultó inútil. Durante la discusión apareció con creciente claridad que el general no representaba más que a una parte, y ni siquiera a la parte decisiva, de los «rojos» polacos, aunque pretendía que los acuerdos con los emigrados rusos se tomaran únicamente a través de él [86].

El entendimiento que Bakunin intentó conseguir en vano en la emigración se estaba estipulando ya sobre el terreno entre el Comité Central polaco de Varsovia y un grupo de oficiales ligados a *Zemlia i volia*. Uno de los organizadores polacos fue aquel Ja. Dabrowski que después se convertiría en uno de los jefes militares de la *Commune* parisiense, y, entre

los rusos, el joven oficial Andrei Afanas'evich Potebniá, una de las figuras más claras y heroicas de todo el movimiento clandestino ruso de los años sesenta. Estos contactos habían llevado ya en junio al fusilamiento de cuatro militares rusos, pero el núcleo central quedó en pie. En dos ocasiones, en el verano y en noviembre de 1862, Potebniá consiguió ir a Londres para ponerse de acuerdo con Herzen. El «Kolokol» pudo publicar cartas de oficiales rusos que hablaban de las dificultades que tenían que superar, de la desconfianza que los rodeaba, pero que reafirmaban su voluntad de no combatir contra los polacos. Sin ocultar la dureza de su situación, ligaban valerosamente su suerte a la de la revuelta [85].

Establecidos sobre el terreno estos primeros contactos, empezaron a acudir a Londres, para un acuerdo con los rusos, los elementos emigrados que estaban preparando la insurrección yendo y viniendo de París a Varsovia. A finales de septiembre se llegó por fin a la firma de un acuerdo entre los delegados polacos por un lado y Herzen, Ogarëv y Bakunin por otro.

La entrevista nos la cuenta el propio Herzen en sus memorias. No ocultó que el apoyo que podría proporcionar era pequeño, poco organizado. Prácticamente consistiría sólo en la difusión de las ideas del «Kolokol» en la sociedad rusa. Tampoco ocultó, sobre todo, lo inoportuna que le parecía una insurrección inmediata. En lo concerniente al programa político, consiguió que en su base estuviera «el reconocimiento del derecho de los campesinos a la tierra labrada por ellos y la plena igualdad del derecho de todo pueblo a decidir su propio destino», aun sabiendo muy bien —como dijo entonces a Bakunin— que ésta era una concesión formal de los polacos, sin gran importancia práctica. Herzen seguía, pues, escéptico sobre la oportunidad de aquellos pactos. Pero Bakunin insistió en que el acuerdo se firmara y se tomó un gran trabajo para avecinar los puntos de vista de los polacos y de Herzen, para superar las dudas de éste. Pese a todas las dificultades se llegó a un auténtico acuerdo, los términos del cual reflejan, por otra parte, las incertidumbres que habían dominado la discusión.

A finales de 1862 Herzen siguió diciendo a sus amigos polacos lo poco que creía en el éxito de la insurrección. La represión que en el verano de ese año se había ensañado en Rusia con el «Sovremennik» y en general con las fuerzas de la libertad sólo podía confirmarlo en su idea de que sería muy difícil aportar desde Rusia una ayuda eficaz.

> *Si vous avez la moindre sympathie pour la liberté russe* —escribía a un polaco el 22 de octubre— *et si votre amour pour la liberté polonaise l'emporte sur votre douleur, si vous craignez de faire des victime inutiles, alors je vous supplie de ne faire aucun mouvement, car il n'aurait aucun succès et mettrait les deux libertés en péril en préparant un nouveau triomphe au cabinet tzarien. Savez-vous pourquoi la réaction triomphe toujours? Parce qu'elle joue en toute*

sûreté dans toutes les circonstances, tandis que nous, nous jouons au hasard. Avant que Mr. Ogarev vous écrivit une lettre, nous causames longtemps ensemble, ainsi je vous expose ses propes sentiments la-dessus. Croyez à la sincerité de nos sympathies. Mais, songez-y, que pouvons nous faire si nous ne vous voyons pas en état de remporter une victoire contre votre plus grand ennemi? Remarquez qu'en Russie la consternation règne de nouveau dans les esprits, consternation produite par le faux mirage des réformes et des changements... * [88].

Pero aunque éstos fueran sus intentos en las discusiones privadas y en las negociaciones con los delegados polacos, el «Kolokol» mantuvo siempre una actitud firme, tendente a apoyar y alentar todas las tentativas que se hacían en Varsovia y San Petersburgo para prepararse a actuar, en la medida de lo posible, en favor de Polonia. «El aliado más serio lo hemos encontrado justamente en el campo de nuestro enemigo común», decían algunos polacos, evocando también la memoria de los decembristas. En el horizonte parecían asomar grandes esperanzas. Cuando estallara la revolución, la organización militar rusa en Varsovia formaría una legión, que tomaría el nombre de *Zemlia i volia* y que llevaría la revolución a Rusia y trataría de suscitar una rebelión campesina en la región del Volga [89]. Entre tanto, el «Kolokol» se mostró especialmente decidido y enérgico en su protesta contra las medidas del gobierno ruso, medidas que —como la de una leva masiva de los jóvenes de las ciudades— tendían ahora a provocar la rebelión para después aplastarla.

Herzen mantuvo su postura incluso cuando la revuelta estalló en Varsovia sin que el grupo de los oficiales rusos de *Zemlia i volia* estuviera advertido de ella, provocando así choques, desconfianzas y reacciones aún mayores que antes. Potebniá consiguió, con algunos de sus compañeros, unirse a los rebeldes, combatiendo a su lado. En abril de 1863 caería en un ataque contra los rusos.

Sin embargo, Herzen quiso diferenciarse abiertamente de los polacos en un punto, el de la política internacional. En Varsovia y en la emigración se tenía el convencimiento de que Europa apoyaría la rebelión, se

* «Si sienten ustedes la menor simpatía por la libertad rusa, y su amor por la libertad polaca puede más que su dolor, si temen causar víctimas inútiles, entonces les suplico que no hagan ningún movimiento, pues no tendría el menor éxito y pondría las dos libertades en peligro, preparando un nuevo triunfo para el gabinete zarista. ¿Saben por qué triunfa siempre la reacción? Porque actúa con toda seguridad en todas las circunstancias, mientras que nosotros actuamos al azar. Antes de que el señor Ogarëv les escribiera una carta, charlamos largamente, de modo que les expongo también sus propios sentimientos al respecto. Crean en nuestras sinceras simpatías. Pero, piénsenlo, ¿qué podemos hacer si no los vemos a ustedes en condiciones de obtener una victoria contra su mayor enemigo? Fíjense que en Rusia la consternación reina de nuevo en los espíritus, consternación producida por el falso espejismo de las reformas y los cambios...»

confiaba sobre todo en Napoleón III. Ya el 28 de enero de 1863, cuando llegaron las primeras noticias de la insurrección y Herzen la saludó con un artículo, *Resurrexit*, que era como un compromiso de contribuir a la lucha con todas las fuerzas disponibles, no dejaba de plantearse la pregunta: «¿Qué hará ahora Europa? ¿No permitirá? ¿O permitirá una vez más?» Su respuesta era clara y concreta: «Sí, lo permitirá» [90].

Al mes siguiente, continuando este diálogo, agregaba empero: «Pero 1863 no es 1831. Si Europa sigue siendo la misma, ¡Rusia no lo es!» Daba entonces la primera noticia de la constitución de la sociedad secreta *Zemlia i volia*, de la que el «Kolokol» fue en cierto sentido la voz libre en el extranjero, y de la que Herzen se convirtió en uno de los centros organizadores. Relativamente optimista sobre la revolución polaca, le escribía a Ogarëv:

> La causa polaca, a pesar de todo, aguanta y pronto se desarrollará. Es preciso hacerle propaganda y soy absolutamente contrario a tu opinión de que había que difundir en nuestra prensa su estúpida y repugnante conducta [o sea la fallida señal de los rebeldes a los oficiales rusos de Potebnia] [91].

Bakunin trató de conseguir que los polacos aceptaran su participación personal en la revolución. Recibió negativas cada vez más claras a medida que los polacos comprobaban la escasa ayuda que podían proporcionarles los rusos. La legión rusa, en la que pensó Bakunin, quedó en un puro y simple proyecto. Partió para Estocolmo, donde permaneció cerca de un año, consiguiendo suscitar en los suecos una corriente de simpatía por *Zemlia i volia*, cuya importancia exageró, desde luego; pero en cualquier caso la difundió con todas sus energías, aunque no tenía con ella el menor contacto directo. Estableció también algunos lazos con Finlandia, donde esperaba suscitar un movimiento que constituiría una valiosa maniobra de diversión para los polacos. Tomó parte en la desafortunada expedición marítima que debía llevar a unos cientos de emigrados polacos desde las costas de Inglaterra a las playas de Lituania, y que fue detenida por una serie de retrasos y después definitivamente por el gobierno sueco.

Todos sus valerosos intentos no dieron ningún fruto, ahondaron sus disensiones con Herzen y lo llevaron a conclusiones cada vez más radicales en el terreno social, poniéndolo en el camino que pronto lo llevaría a la formulación de su anarquismo. Cuando la revolución polaca estaba ya virtualmente sofocada, en abril de 1864, Bakunin afirmaba su convicción de que «había acabado solamente el sangriento prólogo titulado *La heroica caída de la democracia nobiliaria*. Comienza en cambio la causa de los siervos polacos, que el gobierno ruso nunca estará en condiciones de aplastar o de satisfacer». Los revolucionarios polacos que quedaban tras la lucha armada, los ahorcamientos y las deportaciones, comprenderían que «el futuro de Polonia, como el de todos los pueblos eslavos, estaba en los

campesinos, y que no había más que un medio de salvación para todos: la revolución roja, social, geológica» [92].

Pero entre tanto el gobierno ruso se estaba sirviendo de las aspiraciones de los campesinos a la tierra para acompañar la terrible represión con una serie de medidas de reforma agraria, encaminadas de intento a explotar en favor propio el carácter nobiliario y urbano asumido por la rebelión y las vacilaciones de ésta en conceder al campo lo que quería. Herzen, como Bakunin, era especialmente sensible a este aspecto del problema polaco. Hizo lo que estuvo en sus manos para persuadir a los polacos de su fundamental importancia, y ahora en el «Kolokol» hablaba «de los comunistas de su majestad», de aquellas tropas rusas que con una mano aplastaban todas las libertades y con la otra prometían la tierra a los campesinos. Así, decía, los acontecimientos habían realizado, paradójica y dolorosamente, lo que Mart'yanov había idealizado como «el zar de la tierra», «el zar y Sten'ka Razin juntos», el zar que ayudaría a los campesinos a liberarse de las clases superiores. «Una *jacquerie* aprobada desde arriba»: en esta forma falseada se presentaba en Polonia el problema social.

Si Herzen contrapuso siempre a esto un «principio moral», si sintió entonces profunda vergüenza de la política de su país, expresándola en páginas llenas de fuerza, también, en los momentos de desesperación, en sus cartas privadas, escribiendo a Bakunin el 1 de septiembre de 1863, llegó a decir:

> ¿De qué parte están los principios sociales? ¿De parte de Diemontovic [uno de los jefes de la Polonia rebelde] o de los sátrapas de San Petersburgo, que dan a los campesinos las tierras de los nobles? Cierto que no es posible marchar con Murav'ëv [el verdugo, el principal responsable del aplastamiento de Polonia]. Pero quizás se pueda eclipsarse y trabajar con calma. No sería una *calamité publique*. Hay que defender la propia causa o no hacer nada... La alianza con los polacos era imposible [93].

Lo que lo salvó de tal abandono fue, a más del «principio moral», su profunda y violenta repugnancia ante el nacionalismo ruso desencadenado entonces en toda la prensa y que guiaba la política rusa en Polonia, al margen de las apariencias «sociales» asumidas por ella. En la lucha contra la «sífilis patriótica» [94], como llamó entonces a este nacionalismo, Herzen escribirá los mejores artículos de aquel periódico.

Contra el «Kolokol» se alzaron tanto los restos del liberalismo de años anteriores como los escritores eslavófilos que encontraban en aquel nacionalismo una nueva razón de ser. «Todo lo que hay de peor en la naturaleza rusa —escribía—, todo lo que ha sido corrompido por la esclavitud y la dominación de los nobles sobre los siervos, por la desvergüenza del servicio estatal y la falta de todo derecho, por el bastón y la delación —todo ha brotado a la superficie, embellecido con perifollos libe-

rales...—» [95], decía en junio, titulando su artículo *Protesta.* Y en agosto agregaba:

> La exasperación patriótica ha sacado a la superficie todo lo que hay de tártaro, de señorito rural, de sargento, todo lo que, como en sueños y semiolvidado, vagaba en nosotros. Ahora sabemos cuánto hay de Arakchéev en nuestras venas, de Nicolás I en nuestro cerebro... Los eslavófilos pueden alegrarse, el *fond* nacional de la época anterior a Pedro el Grande no ha cambiado, al menos en lo que concierne al bárbaro exclusivismo, al odio por el extranjero y a la indiferencia por los medios de juicio y de castigo... [96].

A finales de 1863 *Zemlia i volia* no era ya sino «un mito», como dijo Herzen entonces; habían caído los mejores de los jóvenes oficiales que se pusieron de parte de la independencia polaca. A Herzen sólo le quedaba defender los principios que lo habían inducido, a pesar de todo, a participar en la revuelta polaca, contra el nacionalismo que él había presentido que surgiría de la lucha armada de las dos naciones.

Realizando este acto obligado, volvió a su fe fundamental, volvió a «defender su propia causa», a «trabajar con calma», como había dicho. Finalizada la época de las reformas, aplastada la rebelión polaca, Herzen se remitía al núcleo de su fe política, que no era la revolución «geológica» de Bakunin, sino la *obshina* del campesino ruso.

«La religión social del pueblo ruso consiste en el reconocimiento del derecho imborrable de todo miembro de la *obshina* a poseer una determinada parte de la tierra», como explicaba a Garibaldi en una carta del 21 de noviembre de 1863, desde Florencia, carta que es el mejor documento para resumir la política de Herzen en aquel período: «Decimos al campesino: no hay libertad sin tierra; y nos limitamos a agregar: la tierra no es segura sin libertad. Nuestra bandera es muy prosaica, las almas sensibles y las mentes sublimes la consideran material... La verdad es que el pueblo es poeta, pero no idealista.» Y agregaba:

> En el medio y medio del proceso de elaboración y de disolución, del fermento que se estaba alzando desde el mismo fondo de la vida nacional, bajo el influjo de la liberación de los siervos por una parte y del inicio de la organización, de la concentración de las fuerzas de la minoría por otra, en el medio y medio de la mayor turbación del gobierno y de la incertidumbre del Palacio de Invierno entre liberalismo y autocracia, entre las reformas y el conservadurismo, nos ha sorprendido la revolución polaca. Para nosotros fue sobre todo una desgracia, y sólo el periodismo comprado por el gobierno nos acusa de haber instigado a los polacos, prometiéndoles que Rusia estaba dispuesta a rebelarse. Sabíamos perfectamente que nada estaba preparado, que se trataba sólo de gérmenes, que los grupos de

oficiales jóvenes empezaban apenas a formarse. Habríamos dado nuestra sangre por detener un año o dos la insurrección polaca, pero ¿qué podíamos hacer?... En todo caso, determinar el momento de la insurrección y su indispensabilidad era un derecho de los polacos. Teníamos que aceptar su decisión y estar de parte de la justicia y de la libertad. Y así lo hemos hecho[97].

Notas al capítulo 4

[1] Dan una idea vivísima de esta exaltación intelectual los documentos proporcionados por E. H. Carr, *Some Unpublished Letters of Alexander Herzen,* en «Oxford Slavonic Papers», vol. III, 1952, pp. 80 y ss.

[2] A. I. Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* [Colección completa de obras y cartas], VII, 9.

[3] VII, 142-143.

[4] VII, 192.

[5] Sobre toda esta actividad remitimos a las notas, cuidadas y copiosas, de la edición de la Academia de Ciencias de la URSS, A. I. Gertsen, *Sobranie sochineni v tridtsati tomaj* [Obras en treinta volúmenes], M. 1954-55.

[6] Sobre toda la actividad editorial de Herzen en Londres resulta muy útil el opúsculo: *Desiatiletie Vol'noi russkoi tipografii v Londone. Sbornik eya pervyj listov, sostavlenny i izdanny L. Chernetskim* [El decenario de la Libre tipografía rusa en Londres. Colección de sus primeros periódicos, compilada y editada por L. Chernitski], Londres, 1863, reimpreso por la Academia de Ciencias de la URSS, M.-L. 1935, con la añadidura de un segundo y valioso volumen, *Bibliograficheskoe opisanie izdani Vol'noi russkoi tipografii v Londone. 1853-1865. Sostavil P. N. Berkov* [Descripción bibliográfica de las ediciones de la Libre tipografía rusa en Londres, 1853-1865. Compilada por P. N. Berkov].

[7] VII, 206.

[8] VII, 186.

[9] Las cartas de Granovski a Herzen de este período fueron publicadas parcialmente por éste en el quinto fascículo de su revista «Poliarnaya zvezda». Pero no reprodujo entonces las más importantes, aquellas en las que se reflejaba con más claridad el estado de ánimo de los intelectuales moscovitas de 1851. Véaselas ahora en «Zven'ya», 1936, fasc. VI, pp. 335 y ss. Las memorias de Annenkov confirman la impresión producida en Rusia por este libro de Herzen. En ellas se recoge una conversación del jefe de la Tercera Sección, el conde Orlov, que afirmaba: «Si quisiéramos, nos sería muy fácil remontarnos de los muertos [nombrados por Herzen] a los vivos.» N. Lerner, *Dve zimy v provintsii i derevne. S yanvaria 1849 do avgusta 1851 goda. Iz vospominani P. V. Annenkova.* [Dos inviernos en provincias y en el campo. De enero de 1849 a agosto de 1851. De las memorias de P. V. Annenkov], en «Byloe», 1922, fasc. XVIII.

[10] V. Evgen'ev-Maksímov, *«Sovremennik» v 40-50 gg. Ot Belinskogo do Chernyshevskogo* [El «Sovremennik» en los años cuarenta y cincuenta, de Belinski a Chernyshevski], L. 1934.

[11] Sobre estos textos, que circularán ampliamente en Rusia entes de que Herzen o ediciones posteriores los impriman, cfr. A. A. Kornilov, *Obshestvennoe dvizhenie pri Aleksandre II (1855-1881). Istoricheskie ocherki* [El movimiento de la sociedad rusa en la época de Alejandro II (1855-1881). Ensayos históricos], M. 1909, cap. I.

[12] VII, 250.

[13] VII, 253.
[14] VII, 252.
[15] VIII, 90.
[16] VII, 263. Las palabras atribuidas a Pugachëv contienen en ruso un juego de palabras: *voron*, «cuervo», *vor*, «ladrón», y «bandido, rebelde», en el antiguo ruso.
[17] VII, 276.
[18] VII, 277.
[19] VII, 296.
[20] VII, 298.
[21] VIII, 67 y ss., donde se reproducen, traducidas al ruso, algunas cartas de Mazzini a propósito de este manifiesto.
[22] VIII, 46.
[23] VIII, 57.
[24] VIII, 131. Era éste, decía, un movimiento «tranquilo, sombrío, silencioso, pero obstinado, perseverante y amante del extranjero (tolerados como las mujeres públicas por el gobierno, detestados por las clases acomodadas, los refugiados son amados por los cartistas»).
[25] VIII, 142.
[26] Véase la edición fascímil, en ocho tomitos, con un noveno de *Kommentarii i ukazateli* [Anotaciones e índices], publicados por M. V. Nechkina, M. 1966-68, y la valiosa investigación de N. Ya. Eidel'man, *Tainye korrespondenty «Poliarnoi zvezdy»* [Los corresponsales secretos de la «Estrella polar»], M. 1966.
[27] VII, 325.
[28] VII, 323.
[29] VII, 313.
[30] Cfr. Alfred J. Rieber, *Alexander II: A Revisionist View*, *en* «The Journal of Modern History», vol. 43, n.° 1, marzo 1971, pp. 42 y ss.
[31] Sobre los liberales, cfr. Victor Leontovitsch, *Gesgichte des Liberalismus in Russland*, Franckfurt del Main 1957; George Fischer, *Russian Liberalism. From the Gentry to the Intelligentsia*, Cambridge (Mass.) 1958; K. D. Grothusen, *Die historische Rechtschule Russlands*, Giessen 1962; E. Lampert, *Sons Against Fathers. Studies in Russian Radicalism and Revolution*, Clarendon Press, Oxford 1965, pp. 73 y ss. Sobre los eslavófilos, Richard Wortman, *Koshelev, Samarin and Cherkasovsky and the Fate of Liberal Slavofilism*, en «Slavic Review», XXI, 1962, fasc. 2, pp. 261 y ss.; Sh. M. Levin, *K. D. Kavelin o smerti Nikolaya I* [K. D. Kavelin sobre la muerte de Nicolás I], en «Literaturnoe nasledstvo», vol. 67, pp. 591 y ss.; V. N. Rozental', *Narastanie «krizisa verjov» v seredine 50-j godov XIX veka* [El desarrollo de la «crisis de la clase dirigente» a mediados de los años cincuenta del siglo XIX], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria entre 1859 y 1861], vol. II, M. 1962, pp. 40 y ss. (interesantes elementos sobre Kavelin, Chicherin, Samarin, Koshelëv cit.); N. G. Sladkevich, *Oppozitsionnoe dvizehnie dvorianstva v gody revoliutsionnoi situatsii* [El movimiento de oposición de la nobleza en los años de la situación revolucionaria], *ibid.*, pp. 64 y ss. (entre otras cosas, sobre la influencia de las ideas de Tocqueville en ese período); Id., *Ocherki istorii obshestvennoi mysli Rossii v kontse 50-nachale 60-j godov XIX veka* [Ensayos de historia del pensamiento social ruso a finales de los años cincuenta y en los años sesenta del siglo XIX], L. 1962; V. N. Rozental', *Ideinye tsentry liberal'nogo dvizheniya v Rossii nakanune revoliutsionnoi stuatsii* [Centros ideológicos del movimiento liberal en Rusia en vísperas de la situación revolucionaria], *ibid.*, vol. III, M. 1963, pp. 372 y ss. (los grupos de A. V. Stankevich y de K. D. Kavelin); G. B. Kizel'shtein, *K evoliutsii istoriko-politicheskij vzgliadov B. N. Chicherina* [Sobre la evolución de las concepciones histórico-políticas de B. N. Chicherin], en *Istoriya i istoriki. Istoriografiya istorii SSSR* [Historia e historiadores. Historiografía de la historia de la URSS], M. 1965, pp. 429 y ss.
[32] VII, 322.

[33] VIII, 485.

[34] VIII, 402 y ss., en donde se reproduce el texto italiano publicado por Mazzini. Sobre las relaciones entre Herzen y Mazzini y su correspondencia, véanse *Lettres de Mazzini à Herzen*, en «Bulletin of the Institute of Social History», Amsterdam 1953, fasc. I, pp. 16 y ss.

[35] VIII, 276.

[36] B. Koz'min, *Iz publitsisticheskogo naslediya N. D. Ogarëva* [De los documentos periodísticos de N. P. Ogarëv], en «Literaturnoe nasledstvo», M. 1941, fasc. 39-40, pp. 298 y ss.; M. A. Tuchkova-Ogarëva, *Vospominaniya* [Memorias], edición de S. A. Pereselenkov, L.1929, reeditadas, con abundantes textos complementarios, en edición a cargo de V. A. Putíntsev, M. 1959 (son las memorias de la mujer de Ogarëv, que, aunque llenas de imprecisiones, dan una idea de la vida atormentada y compleja del pequeño grupo emigrado en Londres, que no sólo en la política, sino también en la vida personal, constituye un ejemplo típico y al mismo tiempo un modelo de la vida de la *inteliguentsia* rusa de los años sesenta). Los documentos sobre la vida del grupo Herzen-Ogarëv han sido publicados por M. Gershenzon en «Russkie propilei», M. 1917, fasc. IV, y en *Arjiv N. A. i N. P. Ogarëvyj* [Archivo de N. A. y N. P. Ogarëv], edición de V. P. Polonski, con notas de N. M. Mendel'son y Ya. Z. Cherniak, M.-L. 1930. El fasc. V del «Biulleteni gosudarstvennogo literaturnogo muzeya», M. 1940, contiene: *Gertsen, Ogarëv i ij okruzhenie. Rukopisi, perepiska i dokumenty. Redaktsiya B. P. Koz'mina* [Herzen, Ogarëv y su círculo. Manuscritos, correspondencia y documentos. Edición de B. P. Koz'min] (incluye un interesante catálogo razonado de los numerosos documentos y fotografías de documentos conservados en el Museo literario de Moscú). Cfr. Ya. Z. Cherniak, *N. P. Ogarëv, Nekrasov, Gertsen, Chernyshevski v spore ob ogarëvskom nasledstve* [N. P. Ogarëv, Nekrasov, Herzen y Chernyshevski en litigio por la herencia de Ogarëv], L. 1935 (se trata, en este caso, no de la herencia literaria, sino de la complicadísima discusión sobre los bienes de Ogarëv que implicó, como se ve, a no pocos escritores rusos, y que fue una de las causas, y no de las menores, de la continua hostilidad de Herzen contra Nekrásov). De notable interés son los tres tomos de «Literaturnoe nasledstvo» dedicados a Herzen y Ogarëv, M. 1953, 1955 y 1956. También son útiles los *Izbrannye sotsial'no-politicheskie i filosofskie proizvedenia. Pod obshei redaktsiei M. T. Iovchuka i N. G. Tarakanova* [Obras escogidas político-sociales y filosóficas. Ed. a cargo de M. T. Iovchuk y N.G. Tarakanov], 2 vols. M. 1952-56. Los estudios más importantes publicados recientemente son: V. A. Putíntsev, *N. P. Ogarëv. Zhizn', mirovozzrenie, tvorchestvo* [N. P. Ogarëv. Vida, ideas y obras], M. 1963; Ya. I. Linkov, *Revoliutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i tainoe obshestvo «Zemlia i volia» 1860-j gg.* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y libertad» de los años sesenta del siglo XIX], M. 1964; Michel Mervaud, *Faut-il présentar Ogarev?*, en «Cahiers du monde russe et sovietique», 1967, vol. VIII, fasc. I, y E. L. Rudnítskaya, *N. P. Ogarëv v russkom revoliutsionnom dvizhenii* [N. P. Ogarëv en el movimiento revolucionario ruso], M. 1969.

[37] IX, 2.

[38] Véase la reproducción fotostática en el fasc. X de la reedición del «Kolokol». M. 1964.

[39] La lista de los corresponsales del «Kolokol» es muy difícil de establecer con exactitud, ya que a menudo se trataba de correspondencia anónima recibida por Herzen. Véase la cuidadosa lista reconstruida por M. Klevenski, *Gertsen izdatel' i ego sotrudniki* [El Herzen editor y sus colaboradores], en Literaturnoe nasledstvo», M. 1941, fasc. 41-42, pp. 572 y ss. En cuanto a su difusión, cfr. B. S. Ginsburg, *Raspostranenie izdani Vol'noi russkoi tipografii v kontse 1850-j-nachale 1860-j godov (Po materialam III Otdeleniya i drugin dannym)* [La difusión de las ediciones de las ediciones de la Libre tipografía rusa a finales de los años cincuenta y comienzos de los años sesenta (Según los materiales de la Tercera Sección y otros datos)], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. II, pp. 335 y ss., e Id., *Otnoshenie chitatel'skij kruzhkov Rossii k stat'yam «Kolokola» (1857-1861 gg.)*

[La actitud de los grupos de lectores rusos ante los artículos del «Kolokol»], *ibid.*, vol. III, M. 1963, pp. 306 y ss.; y V. V. Snedkova y N. M. Silaeva, *Nekotorye dokumenty o raspostranenii zagranichnyj nelegal'nyj izdani v 60-j godaj XIX v. v Kazanskoi gubernii* [Algunos documentos sobre la difusión de las ediciones ilegales extranjeras de los años cincuenta del siglo XIX en la gobernación de Kazán], en *Gertsen, Ogarëv i obshestvennoe dvizhenie v Povolzh'e i na Urale* [Herzen, Ogarëv y el movimiento social en las regiones del Volga y el Ural], Kazán, 1964, pp. 154 y ss.

40 Una útil ojeada de conjunto se contiene en Z. P. Basileva, *«Kolokol» Gertsena (1857-1867)* [El «Kolokol» de Herzen (1857-1867)], M. 1949. Un indispensable instrumento de trabajo es la reproducción fotostática del «Kolokol», ed. de M. V. Nechkina, M. 1960-62, en 10 fascículos, más un undécimo de *Ukazeteli* [Indices] y un apéndice: *Predmetni ukazatel'* [Indice por materias].

41 IX, 128.

42 IX, 363.

43 IX, 35.

44 IX, 388.

45 IX, 363.

46 Véase toda la interesante correspondencia en IX, 406 y ss.

47 *Pis'ma K. D. Kavelina i I. S. Turgeneva k A. I. Gertsenu. S. ob'yasnitel'nymi primechaniyami M. Dragomanova* [Cartas de K. D. Kavelin y S. I. Turgenev a A. I. Herzen. Con notas explicativas de M. Dragomanov], Ginebra 1892.

48 IX, 419.

49 El borrador de este discurso se publicó por primera vez en Basileva, *op. cit.*, página 105.

50 IX, 67.

51 *Pis'mo k sootechestvenniku* [Carta de un compatriota], en «Kolokol», 1 de agosto de 1860.

52 IX, 59.

53 IX, 144.

54 XVII, 6-7.

55 Mart'yanov, *Narod i gosudarstvo* [Pueblo y estado], Londres 1862, donde es especialmente curioso su intento de ver a los comerciantes, los artesanos, como algo intermedio entre el estado y el pueblo.

56 La carta a Alejandro II se publicó en el «Kolokol» del 8 de mayo de 1862. Sobre Mart'yanov, véase M. Lemke, *Delo P. A. Mart'yanova* [El legajo de P. A. Mart'yanov], en «Byloe», 1906, fasc. VIII, y en *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* [Ensayos sobre el movimiento de liberación de los «años sesenta»], Spb. 1908 [2], pp. 333 y ss., y V. A. Fedorov, *Krest'yanski demokrat-shestidesiatnik P. A. Mart'yanov* [P. A. Mart'yanov, demócrata campesino de los años sesenta], en *Problemy istorii obshestvennogo dvizheniya i istoriografii* [Problemas de historia social y de historiografía], M. 1971, p. 144. Mart'yanov regresará a Rusia en 1863 y morirá en la cárcel, en Irkutsk, en 1865.

57 Que Mart'yanov era el inspirador del escrito de Bakunin lo afirma Ogarëv en una carta a éste último, citada por Yu. Steklov, *Mijail Aleksandrovich Bakunin. Ego zhizn'i deyatel'nost'.* 1814-1876 [M. A. Bakunin. Vida y actividad. 1814-1876], vol. II (1861-68), M. L. 1927, p. 40. Además, fue Mart'yanov quien insistió con Herzen para que se publicase este escrito de Bakunin.

58 Véase la reproducción de este primer proyecto y de los documentos sobre la discusión en XV, 484 y ss.

59 Véanse también otros dos proyectos de llamamiento paralelos a éste, también de Ogarëv, de finales de 1862, *Nuzhdy narodnye* [Las necesidades del pueblo] y *Adres cariu ot gosudarstvennyj krest'yan* [Llamamiento al zar de los campesinos del estado], publicados por B. Koz'min en «Literaturnoe nasledstvo», 1941, fasc. 30-40, pp. 328 y ss.

60 N. A. Dobroliúbov, *Polnoe sobranie sochineni pod obshei redaktsiei P. I. Lebedeva-Polianskogo* [Obras completas, edición de P. I. Lebedev-Polianski], vol. VI, M. 1939, p. 459.

61 *«Ispoved'» V. I. Kel'sieva, podgotovka k pechati E. Kingisepp. Vstupitel'naya-stat'ya i kommentarii M. Klevenskogo* [«La confesión» de V. I. Kel'siev, edición de E. Kingisepp, artículo introductorio y notas de M. Klevenski], en «Literaturnoe nasledstvo», M. 1941, fasc. 41-42, pp. 253 y ss., donde se indican también otros estudios sobre él y se encuentra una lista de sus obras.

62 *Ibid.*, p. 270.

63 *Ibid.*, p. 285.

64 Sobre él véase, amén de la *Confesión* de Kel'siev, XV, 342 y ss.

65 *Ispoved'* cit., p. 321.

66 Abundantes y curiosos detalles sobre su misión en Turquía en P. G. Ryndziunski, *V. I. Kel'siev — Gertseny i Ogarëva* [V. I. Kel'siev a Herzen y Ogarëv], en «Literaturnoe nasledstvo», vol. 62, pp. 159 y ss.

67 Véase por ejemplo el número del 10 de julio de 1863, reproducido, con todos los demás, en el fasc. X de la reedición fotostática del «Kolokol», M. 1964.

68 A. I. Gertsen y N. P. Ogarëv, *Pis'ma k P. V. Annenkovu, publikatsiya i predislovie V. F. Pokrovskoi, pod redaktsiei i s primechaniyami N. Mendel'sona* [Cartas a I. V. Annenkov, publicadas con prefacio de V. F. Pokrovskaya, edición y notas de N. Mendel'son], en «Zven'ya», 1934, fasc. III-IV, y *Zapiska o tainom obshestve* [Memorias sobre una sociedad secreta], publicada por B. Koz'min en «Literaturnoe nasledstvo», 1941, fasc. 39-40, pp. 323 y ss.; los importantes documentos de Ogarëv publicados por M. V. Nechkina, *Novye materialy o revoliutsionnoi situatsii v Rossii (1859-1861 gg.)* [Nuevos materiales sobre la situación revolucionaria en Rusia (1859-61)], en «Literaturnoe nasledstvo», 1953, vol. 61, pp. 459 y ss. Cfr. sobre todo Linkov, *op. cit.*, donde se encuentra también en las pp. 3 y ss. una amplia bibliografía razonada sobre estos problemas.

69 *Otvet Velikorussu* [Respuesta al «Velikoruss»], en «Kolokol», 15 de septiembre de 1861.

70 XI, 102.

71 XV, 194.

72 XIV, 374.

73 XI, 241.

74 XV, 226.

75 Véase el detallado estudio de esta represión en M. Lemke, *Protsess 32-j* [El proceso de los treinta y dos], en *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* cit., pp. 18 y ss.

76 IX, 551.

77 X, 9.

78 Véasela en IX, 473.

79 X, 68.

80 X, 238-39.

81 X, 266.

82 Véanse sus palabras recogidas en XI, 83.

83 Es curioso observar que después de la toma de posición de Herzen en 1861 le llegaron dos cartas, una de enhorabuena, la otra que lo ponía en guardia contra toda defensa de las aspiraciones nacionales polacas. La primera era de Garibaldi, desde Turín, del 13 de abril de 1861, y decía: «No hace mucho que la palabra de emancipación de los siervos en Rusia fue saludada en Europa con admiración y agradecimiento. El príncipe, iniciador de esta gran obra, se situó por ese sólo hecho al lado de los más ilustres benefactores de la humanidad. Hoy, ¡lo digo con dolor!... la obra benefactora ha sido mancillada por la sangre vertida de una población inocente, y el deber de quienes aplaudieron el beneficio es lanzar un grito de maldición sobre la consumación del más detestable de los crímenes. Que su periódico, justamente apreciado en ese gran imperio, lleve una palabra de simpatía de la nación italiana

a la desdichada y heroica Polonia, una palabra de gratitud a los valientes del ejército ruso que como Popoff han roto sus sables antes de mojarlos en la sangre del pueblo —y un grito de reprobación de las naciones hermanas de Europa contra los autores de la espantosa matanza.» La otra era de Proudhon y remachaba su idea sobre las nacionalidades, poniendo en guardia al «Kolokol» y amenazándolo con «decir de ustedes lo que digo desde hace seis meses de su amigo Garibaldi: gran corazón, pero nada de cerebro... En cuanto a Polonia, ¿la conocen tan mal que creen en su resurrección? Polonia ha sido en todas las épocas la más corrompida de las aristocracias y el más indisciplinado de los estados. Hoy no tiene aún nada que ofrecer salvo su catolicismo y su nobleza, ¡dos bellas cosas, a fe mía!... Predíquenle la *libertad*, la *igualdad*, la *filosofía*, la *revolución económica*, ¡en buena hora!, ayúdenla a obtener las libertades constitucionales civiles, que son el carácter de la época; prepárenla así a una revolución más radical, que haga desaparecer, con los grandes estados, todas esas distinciones ya sin fundamento de la nacionalidad. Empujando a los polacos por ese camino, empujarán a los rusos, esa es la verdadera vía». Herzen publicó la primera carta y, aunque compartía muchas de las ideas de Proudhon, no siguió sus consejos. Véase la carta de Garibaldi en XI, 85, donde se encuentra también la traducción rusa de la carta de Proudhon, publicada en *Correspondance de P. J. Proudhon*, París 1875, vol. XI, pp. 22 y ss.

[84] Sobre las relaciones entre rusos y polacos por aquellos años se ha publicado mucho en Rusia en las dos últimas décadas. Cfr. I. M. Beliávskaya, *A. I. Gertsen i pol'skoe natsional'no-osvoboditel'noe dvizhenie 60-j godov XIX veka* [A. I. Herzen y el movimiento polaco de liberación nacional en los años sesenta del siglo XIX], M. 1954; V. G. Revunénkov, *Pol'skoe vosstanie 1863 g. i evropeiskaya diplomatiya* [La insurrección polaca de 1863 y la diplomacia europea], M. 1957; *Vosstanie 1863 g. i russko-pol'skie revoliutsionnye sviazi 60-j godov. Sbornik statei i materialov pod. red. V. D. Koroliuk i I. S. Miller* [La insurrección de 1863 y los lazos revolucionarios rusopolacos. Colección de artículos y materiales a cargo de V. D. Koroliuk e I. S. Miller], M. 1960; *Russko-pol'skie revoliutsionnye sviazi 60-j godov i vosstanie 1863 goda. Sbornik statei i materialov pod. red. V. A. D'yakova, V. D. Koroliuk, I. S. Miller* [Los lazos revolucionarios rusopolacos de los años sesenta y la insurrección de 1863. Colección de artículos y materiales a cargo de V. A. D'yakov, V. D. Koroliuk, I. S. Miller], M. 1962; *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. III, M. 1963 (los seis primeros artículos de esta selección están dedicados al *Centenario de la insurrección de 1863*, pp. 3 y ss.); A. F. Smirnov, *Vosstanie 1863 goda v Litve i Belorussii* [La insurrección de 1863 en Lituania y en Bielorrusia], M. 1963; V. A. D'yakov e I. S. Miller, *Revoliutsionnoe dvizhenie v russkoi armii i vosstanie 1863 g.* [El movimiento revolucionario en el ejército ruso y la insurrección de 1863], M. 1964; *K stoletiyu geroicheskoi bor'by «Za nashu i vashu svobodu». Sbornik statei i materialov o vosstanii 1863 g. Pod red. D'yakova, I. S. Millera, S. M. Fal'kovich* [En el centenario de la heroica lucha «Por nuestra y vuestra libertad». Colección de artículos y materiales sobre la insurrección de 1863. Edición de D'yakov, I. S. Miller, S. M. Fal'kovich], M. 1964; I. S. Miller, *Issledovaniya po istorii pol'skoi obshestvennoi mysli kontsa XVIII-XIX vekov i russko-pol'skij revoliutsionnyj zviazei 60-j godov XIX veka* [Investigaciones sobre la historia del pensamiento social polaco de finales del XVIII y del XIX y sobre los lazos revolucionarios rusopolacos de los años sesenta y del siglo XIX], M. 1965 (es la ponencia para su doctorado y da una idea de la amplitud de las investigaciones realizadas por él y sus colegas sobre estos temas); V. A. D'yakov, *Deyateli russkogo i pol'skogo osvoboditel'nogo dvizheniya v tsarskoi armii 1856-1865 godov. Bibliograficheski slovar'* [Los participantes en el movimiento de liberación ruso y polaco en el ejército zarista de los años 1856-1865. Vocabulario bibliográfico], M. 1967 (un valioso instrumento de trabajo: 239 fueron los militares de seguro origen ruso, y 60 los probables. De 183 condenas, 89 a la pena de muerte). En los libros que acabamos de indicar, que son sólo una parte de los publicados sobre estos problemas, se indica ampliamente la bibliografía polaca. Cfr. R. F. Leslie, *Reform and Insurrection in Russian Poland. 1856-1865*, Londres, 1963.

85 XI, 234.

86 Steklov, *op. cit.*, vol. II, pp. 172 y ss., donde se encuentra la traducción de un interesante fragmento de las memorias de Mieroslawski, publicadas en Varsovia en 1924, que revelan la mentalidad militarista y soñadora del general. Cfr. M. Zychowski, *Ludwik Mieroslawski. 1814-1878,* Varsovia 1963.

87 Una lista de los oficiales que formaban parte de esta organización —rusos y polacos— fue llevada a Londres, probablemente por Potebniá, y está publicada en «Literaturnoe nasledstvo», 1953, vol. 61, pp. 515 y ss. Aunque sólo sea a título de curiosidad, obsérvese que de esta organización clandestina militar formaba parte el padre de N. K. Krupskaya, la mujer de Lenin.

88 XV, 533.

89 Beliavskaya, *op. cit.*, pp. 126 y 129.

90 XVI, 27.

91 XVI, 69.

92 Steklov, *op. cit.*, p. 272.

93 XVI, 492-93.

94 XVI, 404.

95 *Ibid.*

96 XVI, 441-42. Cfr. Michael B. Petrovich, *Russian Panslavists and the Polish Uprising of 1863,* en «Harvard Slavic Studies», vol. I, 1953, pp. 219 y ss.; sobre el problema general, Hans Kohn, *Pan-slavism: History and Ideology,* Notre-Dame 1953. Es también interesante la biografía de Stephen Lukashévich, *Ivan Aksakov. 1823-1886. A Study in Russian Thought and Politics,* Cambridge (Mass.) 1956, donde se ve cómo este eslavófilo liberal se convierte en nacionalista, reaccionario y muy pronto antisemita y antiucraniano con ocasión de la revuelta polaca de 1863.

97 XVI, 530.

CAPITULO 5

Nikolai Gavrilovich Chernysherki

Herzen fue el creador del populismo. Chernyshevski fue el político de este movimiento, aquel que formó su núcleo más sólido, aquel que no dio sólos ideas, sino que trazó líneas de acción. Estas se irán modificando en los años sesenta y setenta, pero su punto de origen está sin lugar a dudas en la breve y genial actividad publicista desarrollada por Nikolai Gavrilovich entre 1853 y 1862.

Pocos destinos fueron tan trágicos como el de Chernyshevski, incluso en una historia como la del populismo, que se desarrolló por entero entre persecuciones y opresión. Pocos tuvieron una conciencia tan lúcida como él de la suerte que le esperaba, pocos estuvieron tan seguros de que su actividad se vería pronto truncada. Y no tuvo como compensación esa exaltación religiosa del martirio, ni el apoyo de la fuerza colectiva que sostiene las conjuras, ni siquiera, en cierto sentido, la convicción de que su sacrificio podría ser verdaderamente útil para la causa a la que se había consagrado. Era un político consciente de su propia energía y de su propia razón. Un día llegó a decir que su ideal estaba en hombres como Cobden y Bright. Y sin embargo se sabía poseedor de la fuerza necesaria para aceptar veinte años de Siberia con la misma firmeza con la que los políticos ingleses de que hablaba habrían aceptado una derrota parlamentaria. Sabía que las circunstancias eran profundamente distintas. Chernyshevski quiso siempre considerar esas circunstancias como hechos de los que era inútil quejarse, como hechos con los que había que contar para la acción. En esto estriba el carácter trágico de su destino. La lúcida traducción del socialismo populista a una política le costaría a Chernyshevski la vida [1].

Nació el 12 de julio de 1828 en Saratov, ciudad del bajo Volga, único gran centro a orillas del río, entre Samara y Tsaritsyn.

Típica tierra de colonización, Saratov había surgido como fortaleza en los últimos años del siglo XVI, una de aquellas fortalezas de madera que marcaban la expansión del estado moscovita hacia Oriente, su victoriosa lucha contra las hordas tártaras, su trabajosa apertura de una vía comercial con Persia y Oriente a lo largo del gran río. Tierra de colonización, debido a la penetración cada vez más intensa de poblaciones rusas y, en el XVIII, de grupos extranjeros —alemanes sobre todo (justamente enfrente

de Saratov se encuentra la ciudad llamada hoy Engels, y el territorio que hasta la última guerra mundial estaba habitado por campesinos de origen alemán). Aún hoy es, en muchos aspectos —y lo era en mucha mayor medida hace cien años—, un límite entre Asia y Europa, entre la dura y pesada colonización rusa y el mundo de los tártaros, los kirguises, las poblaciones de Asia central.

Cuando Chernyshevski nació, se percibía claramente en toda la vida de aquel gran poblachón de unos cincuenta mil habitantes que era entonces Saratov que se encontraba en el límite entre el estado ruso y las fuerzas sociales y nacionales que vivían al margen de éste. Saratov había sido una de las típicas tierras cosacas, es decir, de campesinos libres, no sometidos al señor ni al zar, a sueldo de este último o rebelados contra él. Era aún uno de los territorios más típicos del *raskol*, el cisma de los creyentes viejos, derivado de las reformas eclesiásticas del XVII. Los *raskol'niki* tenían algunos de sus principales refugios a lo largo del Volga y éstos se convertirán en los centros más activos de la continua creación de nuevas sectas y corrientes religiosas durante todo el siglo XVIII y el XIX.

La crónica de Saratov, como en general la de estas regiones del Volga, es uno de los aspectos más interesantes de la historia de este *border* ruso, en el que se entrecruzaron durante siglos las fuerzas de la centralización estatal, los pueblos de los más diversos orígenes, las revueltas campesinas de Sten'ka Razin y de Pugachëv, los intereses corporativos e internacionales de los comerciantes con Oriente, y, en la base de toda esta colonización interior, el duro trabajo —de paciente y extraordinaria tenacidad— del campesino ruso [2].

En 1863, cuando esté encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo, Chernyshevski empezará a escribir una serie de páginas sobre su Saratov de los años veinte y treinta, en el momento de su infancia y juventud. Como él dijo, quería explicar «con qué impresiones y con qué ideas había crecido aquella generación de la clase media que vio la luz en las viejas tierras de nuestra madre Rusia» por aquel período [3]. Su crónica familiar se le fue ampliando entre las manos hasta convertirse en un gran fragmento de la autobiografía que quiso escribir durante su prisión y que no terminará jamás. A su primera juventud volvió más de veinte años después, cuando estaba confinado en Astraján, en el verano de 1884. Pero tampoco entonces pasó de aquel fragmento. Incluso en estos intentos se siente cuán destrozada estaba ya su vida, cómo intentaba vanamente sustituir con una forzada desenvoltura de escritor la honda inspiración que le faltaba, agotada en él con el alejamiento violento de la vida política, en directo contacto con los problemas cotidianos. Y sin embargo muchas de sus páginas sobre la primitiva Saratov se cuentan entre las mejores que consiguió escribir tras haber perdido la libertad. El observador de la lenta transformación de las costumbres entre el XVIII y el XIX se eleva aquí y allá hasta convertirse en historiador de aquella pobre sociedad que fue la suya en los primeros años de su vida. Su visión po-

pulista ilumina con una nueva luz la vida cotidiana de aquella ciudad provinciana entre Europa y Asia [4].

En estos relatos tiene una parte importante la dura lucha por la vida. Lucha contra las inmensas manadas de lobos, contra las bandas de bandidos y ladrones de caballos, contra los kirguises que acudían a hacer prisioneros a los campesinos rusos para reducirlos a la esclavitud y llevarlos a los principados de Asia central, contra las enfermedades epidémicas, el cólera, contra la tristeza sin fondo que se apoderaba de los hombres y los arrojaba a una embriaguez crónica. La humanidad de este mundo estaba constituida por una paciente aceptación, por el respetar incluso la embriaguez crónica como una terrible necesidad, por la instintiva comprensión de aquellos que reaccionaban ante el peso de la vida convirtiéndose en *yurodivye,* «locos religiosos». El retrato que Chernyshevski traza de uno de ellos tiene, extrañamente, un remoto sabor de autobiografía. Parece reconocerse por un instante en uno de ellos que «amaba las formas irónicas, humorísticas, lo cual, complicando aún más sus alegorías, ponía mayores trabas a las mentes de sus oyentes, gente, por supuesto, poco ágil de pensamiento. A menudo no se sabía qué había que pensar: si bromeaba o hablaba en serio, si alababa o acusaba. Esto, por lo demás, debe ser el modo de expresarse de un *yurodivy*». Chernyshevski sabía perfectamente que ésta era la impresión que él producía con frecuencia sobre sus oyentes, cuando se expresaba con paradojas, cuando era demasiado grande el contraste entre sus convicciones y la atmósfera circundante. En este pobre «loco religioso» él había visto un elemento humano no muy distinto, a pesar de todo, de lo que muchos llamarán su «nihilismo».

Y no es más que un ejemplo. En la vida del *border* ruso no existía sólo un hondo y religioso respeto por todas las exigencias elementales de la vida, una simplificación de todo en la rudeza. Chernyshevski vio en ella el germen de un primitivo realismo, es decir, un instintivo rechazo de lo que él llamaba «el elemento fantasmagórico» [5], de todos aquellos fantasmas retóricos que servían de justificación a las guerras y a los odios, de inútil embellecimiento y ornato de una existencia que, como la rusa, en realidad era sencilla y estaba dominada por necesidades elementales. Precisamente al describir la vida de sus padres en Saratov dirá que de allí le venía su concepción de la historia, basada «en su conocimiento personal de la vida de la masa» [6].

Encerrado en la cárcel, se divertirá contraponiendo lo que leía entonces en las páginas de los historiadores ingleses —que hablaban del período de la guerra de Crimea atribuyendo al pueblo ruso grandes sueños, como la visión de las cúpulas de Santa Sofía de Constantinopla— con las preocupaciones reales de su ciudad durante aquel período. Comparaba así lo que se decía del fanatismo religioso de los rusos, de la guerra en pro de la ortodoxia que habrían desencadenado contra los turcos, con la profunda tolerancia popular de todas las fes religiosas que conoció en su re-

gión, donde se encontraban elementos musulmanes, protestantes, ortodoxos y herejes de la ortodoxia.

Esta tolerancia popular, fundada en la directa experiencia de una vida dura y difícil, estaba en la base de la lección de realismo que Chernyshevski reconocía en sus recuerdos de infancia y juventud. «La simple mirada humana sobre cada hecho de la vida dominaba en mi familia. Mis viejos eran gente de buen sentido» [7].

«Sus viejos» eran todos de familia eclesiástica. Durante generaciones habían sido sacerdotes en las aldeas de la región del Volga. Cuando no había parroquias disponibles se dedicaban a trabajar como campesinos, y en cambio cuando la fortuna les sonreía de modo excepcional, como ocurrió con el padre de Chernyshevski, los llamaban a una iglesia de la capital, Saratov. Los hábitos de vida de estos popes eran de una sencillez patriarcal, y a menudo no se distinguían de sus feligreses campesinos. Chernyshevski cuenta, por ejemplo, que sólo a comienzos del siglo se introdujo en su familia el uso del té y del azúcar. Cuando el abuelo materno fue a visitar a su obispo en Astraján, creyó oportuno llevarle de regalo un pan de azúcar, que compró durante el viaje, previa una concreta cláusula de que si el obispo no aceptaba la ofrenda, el comerciante recogería la mercancía, que el abuelo consideraba absolutamente superflua.

El padre de Chernyshevski ya había dado un gran paso adelante. Su biblioteca era como un espejo de la cultura teológica de entonces, compuesta de vidas de santos medievales y de tratados de comienzos del XVIII (entre ellos, naturalmente, las obras de Feogan Prokopovich, el educador de numerosas generaciones de eclesiásticos rusos, el reformador de la época de Pedro). Y eran tratados en latín, inicial instrumento de apertura hacia Occidente, antes aun que el alemán y el francés. A menudo Chernyshevski escribía en latín a su padre, que se lo enseñó con sumo cuidado.

Desde niño demostró una enorme pasión por la lectura, empezando a aprender las lenguas clásicas —mucho latín, un poco de griego, una buena base de hebreo— y entre las modernas el francés, el inglés, el alemán y el polaco. Conoció estas lenguas —a las que después se agregó el italiano— lo bastante para poderlas leer normalmente, aunque sin ser nunca capaz de hablarlas con fluidez. Estudió incluso persa, y un poco de tártaro— que le permitió hacer una investigación completa sobre los nombres de origen tártaro de las localidades de su región (y entre ellas tuvo que numerar *in primis* precisamente Saratov, que en tártaro significa «monte amarillo» o «monte hermoso»). Su padre, profesor en las instituciones religiosas de la ciudad, usó las relaciones que se había creado en el pequeño mundo nobiliario del lugar para pedir prestados para su hijo los libros de la cultura laica que habían empezado pronto a interesarle. El joven devoró entonces todo lo que llegaba hasta Saratov: de George Sand a Pushkin, de Gógol a Belinski, y las primeras cosas de Herzen.

En pocos casos podemos captar tan a lo vivo la profunda importancia que tuvo en Rusia la difusión —cada vez más rápida desde que se inició el siglo— de la cultura en las ciudades provincianas. Lo que podría llamarse, si no pareciera un juego de palabras, el culto de la cultura, la fe en su fuerza taumatúrgica, su continua apología, que encontramos con tanta frecuencia en la vida de la Rusia moderna y a la que se contrapone la roussoniana o tolstoiana negación de ella (fenómeno también importantísimo en la vida rusa), tiene sus raíces en la profunda eficacia histórica que alcanzó la difusión de la cultura a finales del XVIII y en el XIX, poderoso instrumento para apartar a los hombres del mundo que los rodeaba. El propio Chernyshevski comparó este fenómeno con lo ocurrido en Alemania en el XVIII, cuando surgió toda una generación de eruditos ilustrados, nacidos en las familias de los pastores alemanes. Y no estaba equivocado, aunque su experiencia personal nos muestra los caracteres más específicos de este fenómeno en Rusia, donde fue quizás más rápido y desde luego más revolucionario que en cualquier otro país de Europa, justamente porque ponía en contacto dos mundos alejados y distintos: la cultura que venía de Occidente y la vida, por ejemplo, de la región del bajo Volga [8].

Tras haberle hecho terminar el seminario, su padre decidió no obligarle a proseguir la carrera eclesiástica, quizás porque en ese momento estaba peleado con sus superiores. Le envió, pues, a la Universidad de San Petersburgo. Chernyshevski conservará siempre un gran agradecimiento hacia su padre por esta decisión: en San Petersburgo se encontrará a sí mismo.

Podemos seguir su formación muy de cerca y en ciertos períodos incluso día a día, pues llevó un diario desde mayo de 1848 en adelante. Se trata de un documento de gran interés; basta con pensar en que contiene toda la experiencia de este muchacho excepcional ante la revolución de 1848. Es un testimonio de lo que un gran acontecimiento histórico puede obrar sobre una persona materialmente alejada de él —y al principio también moralmente—, en un país, como Rusia, dominado por el deseo de mantenerse aparte y de reaccionar solamente con la voluntad de sofocar sus consecuencias. Y, sin embargo, Chernyshevski supo sacar de los sucesos europeos de aquellos años la fe de su vida. Incluso su socialismo populista nació entonces, como el de Herzen, de sus experiencias y desilusiones reflejas [9].

Llevó en la capital una vida ascética, ya por la estrechez de sus condiciones económicas ya por principio, pues había decidido seguir al pie de la letra las máximas morales que se había fijado (como, por ejemplo, no conocer una mujer antes de casarse). Estos principios, que al inicio tuvieron para él sobre todo un valor religioso, se mantendrán fundamentalmente idénticos incluso cuando, poco a poco, las formas eclesiásticas vayan perdiendo valor a sus ojos. Cuando en la cárcel traduzca, unos diez años después, las *Confesiones* de Rousseau, le sorprenderá la semejanza

de su experiencia personal con la de Jean-Jacques [10]. Pero esta vida personal tiene en el diario menos lugar del que se podría esperar. Sus ideas sobre las relaciones humanas se formarán también entonces, pero él hablará de ellas sobre todo más adelante, en contacto con la nueva generación de los años 60, describiéndolas cumplidamente sólo en la novela *¿Qué hacer?*, de 1863. En su período universitario lo esencial de su vida estará constituido por la avidez de cultura y por su iniciación a la vida política.

«Soy un autodidacta», escribió una vez Chernyshevski [11]. Lo que aprendió no se lo proporcionaron, desde luego, sus profesores. El régimen de opresión de la *inteliguentsia* había ido agravándose en San Petersburgo, a medida que se profundizaban en Occidente los acontecimientos revolucionarios. La Universidad asumió cada vez más el carácter de una barrera alzada por Nicolás I contra la difusión de las ideas occidentales. Chernyshevski habla de ello en su diario de modo frío y despegado, con la actitud que después conservará frente a los reaccionarios, actitud dictada sobre todo por el deseo de comprender las razones de su forma de actuar y de tratar de ver también en ellos hombres y fuerzas políticas. Ya de muchacho, al mirar al interventor de su universidad, «lo veía desde luego con hostilidad, pero al mismo tiempo no sé si con compasión o desprecio; he aquí un viejecito sentado, sus labios y toda su persona son como flojos, como ocurre a menudo con los viejos. Esta ruina suscita cierta sensación compasiva, y, sin embargo, está situada ahí para dirigir y oprimir el movimiento de las fuerzas vivas (en realidad, no de las fuerzas vivas, sino de las que todavía demuestran con algún indicio que no están completamente deterioradas) y esta ruina toma un tono amenazador y estúpido y grita, cuando debería estar rezando a Dios y sentándose en butacas a lo Voltaire» [12].

En este retrato puede decirse que se encierra todo el juicio de Chernyshevski sobre la Universidad a la que asistió. Todo lo que aprendió en ella fueron los medios para seguir desarrollando los estudios sobre los documentos de la Edad Media rusa que ya habían empezado a apasionarle en Saratov, y que prosiguió entonces aunque sin llegar nunca, en este terreno, a una conclusión o a una obra de cierta importancia.

Lo que buscaba nos lo dice en una de sus primeras cartas a casa, en julio de 1846. Eran los filósofos, Schelling y Hegel, y los historiadores Herder, Niebuhr, Ranke, Schlosser.

Estaba asombrado de no encontrar las obras completas de Hegel en la biblioteca de la Universidad, que en general —decía— era «más bien pobre» [13]. Eso no le impidió leer a este filósofo en varias ocasiones durante sus años de estudio. Acabó conociéndole lo bastante como para sentirse, durante toda su vida, perteneciente a aquella generación que había empezado a reflexionar sobre Hegel. Lo comprendió lo bastante como para percibir toda su fuerza y para entender luego —por contraste— toda la pobreza del pensamiento de los positivistas que triunfaban en su gene-

ración, de Comte a Spencer. Lo reverenció como el filósofo que le había dado algunas ideas fundamentales, volvió a él siempre que se planteó el problema del desarrollo histórico. Y, sin embargo, no puede decirse que pasara por un período hegeliano propiamente dicho.

Chernyshevski escribió entonces en un cuaderno de estudio lo que había encontrado de esencial en Hegel: «Es grande por la idea del desarrollo... Eterna lucha y eterno movimiento hacia adelante, que en la sustancia es una adquisición y que en la forma lleva el fin al principio» [14]. La dialéctica, pues. Pero encontraba más allá algunos obstáculos que no le permitían sentirse hegeliano. Así, en enero de 1849, leyendo lo que Hegel escribía sobre la ética y la moralidad, anotaba en su diario:

> Me parece que es esclavo de la actual situación de las cosas, de la actual organización de la sociedad, de modo que no se decide ni siquiera a rechazar la pena de muerte, etc. Saca consecuencias modestas... El carácter de su filosofía es estar alejada de las tempestuosas transformaciones, de los pensamientos que sueñan con un perfeccionamiento, de ser *die zarte Schönung des Bestehenden* [15].

En 1888, en un prefacio en tercera persona a un texto suyo de estética, donde trazaba brevemente la historia de su propia evolución mental, narraba cómo ya en Saratov había conocido el hegelianismo a través de las exposiciones que de él habían hechos los rusos (o sea, Bakunin y Herzen) cómo se desilusionó después cuando en San Petersburgo consiguió leer a Hegel en el original, y cómo no consiguió superar el peso de la forma y de la mentalidad escolástica que le parecía ver en él.

Las exposiciones rusas del sistema estaban ya influidas por la izquierda hegeliana alemana. Por lo tanto, cuando cayó en sus manos Feuerbach, estaba ya preparado para aceptarlo. «Se hizo entonces partidario de este pensador y hasta el momento en que las necesidades de la vida (fórmula censoria para indicar la detención) lo arrancaron al estudio, lo leyó y releyó intensamente» [16]. Tuvo entre sus manos el primer libro de Feuerbach en 1849 y acabó por saberse esta obra, como otras del mismo filósofo, «casi de memoria», como escribiría en una carta de Siberia de 1873 [17].

Su evolución filosófica está estrechamente ligada en estos primeros años a su alejamiento de la religión. En los dos primeros años de su estancia en la capital no sólo había seguido los ritos de la Iglesia, sino que ponía en ellos, por utilizar las palabras de un contemporáneo, «incluso un elemento de fanatismo» [18]. Por las frases de su diario se puede deducir cuánto miedo tenía, aun en 1848, de dejarse arrastrar por las últimas consecuencias de sus estudios filosóficos, de derribar su mundo religioso ligado a la familia y a la infancia. Concluía entonces un examen de conciencia escribiendo: «Hágase tu voluntad, Señor», como abandonando en manos de Dios su evolución interna. Cuando tuvo en sus manos *Des Wesen des Christenthums* de Feuerbach, en marzo de 1849, estaba ya

convencido de la caducidad de las formas externas de la Iglesia y del rito, pero aún conservaba la fe en el núcleo dogmático de la ortodoxia, en «el dios personal, en la posibilidad y la realidad de la revelación» [19]. Al leer a Feuerbach, se preguntaba una vez más con angustia si se dejaría persuadir o no. Discutió consigo mismo durante cerca de un año. En julio de 1849 no veía con claridad sus propias ideas religiosas, que le parecían más bien un hábito que una convicción. «Yo mismo no puedo decir si estoy convencido de la existencia de un dios personal, o si lo acepto más bien como hacen los panteístas, Hegel o mejor dicho Feuerbach» [20]. A comienzos de 1850 volvía otra vez sobre estas dudas: «Si fuera valiente en la negación me convertiría en seguidor de Feuerbach» [21], escribía.

En el curso de ese año, y no sin luchas, consiguió superar aquella desconfianza en sí mismo, de la que encontramos frecuentes expresiones en el diario y también en escritos posteriores. Desde entonces fue feuerbachiano. Lo que le exigía a la religión permanecerá vivo en él en su continuo atormentarse sobre las relaciones morales, sobre las formas de vida de los que se entregaban a un ideal, en la misma forma de comunidad de los elegidos que a menudo tendrá para él el grupo de los «hombres nuevos» en lucha contra el mundo circundante; pero ya desde finales de 1850 el contenido de esta exigencia religiosa era exclusivamente político y completamente alejado de la tradición de la Iglesia.

Su evolución política se produjo de forma paralela. El mismo nos ha dicho cuál fue la fecha inicial de este proceso interior: febrero de 1848, la revolución en París.

Antes de este momento está la ávida asimilación de toda la literatura francesa e inglesa en la que se encontraban reflejados los sentimientos y las preocupaciones sociales del siglo, de George Sand a Dickens, de Sue a Byron. Pero en realidad su educación no se hace en torno a estos escritores, como había ocurrido aun en la generación que lo precedió inmediatamente. Estos constituían sólo un prefacio a su evolución política. Y a muchos de ellos incluso los miró con una sensación de hastío: el romanticismo europeo no había tenido tiempo de dejar en él una huella profunda cuando se encontró ante problemas mucho más inmediatos, frente a una Europa en revolución.

Pudo recibir con sencillez de espíritu la lección política que le llegó entonces de Occidente, sobre todo porque ya había pronunciado en el fondo de su alma una condena completa y total de la situación rusa. Era aún un muchacho, sólo contaba dieciocho años, cuando se hizo la idea de que en su país había que volver a empezarlo todo desde el principio. Había en él —como en Chaadáev y bastante más que en Bakunin y Herzen— una actitud de cristiana humildad ante el mundo occidental, humildad que expresó en forma de una confesión sobre el nulo valor del pasado ruso y en su propia voluntad de hacer *tabula rasa* de la historia de su país, para poder crear algo realmente válido y nuevo.

También éste era un efecto, sobre una conciencia particularmente sensible, del contacto directo e inmediato entre el mundo aún cerrado y primitivo de Saratov y el mundo de la cultura. Su evolución de esos años es una de las expresiones más sencillas y sinceras de una actitud psicológica que a menudo encontramos en la Rusia moderna, de una desconfianza total, necesaria para poder empezar de nuevo todo.

> ¿Qué han dado los rusos a la ciencia? —se preguntaba en agosto de 1846—. Desgraciadamente nada. ¿Qué ha dado la ciencia a la vida rusa? Nada, tampoco... ¿Y nosotros? ¿Nuestra misión se reduce quizás a ser un ejército de millón y medio de hombres y a poder, como los hunos, como los mongoles, conquistar Europa si nos da la gana? ¿Acaso no es digna de piedad la existencia de dichos pueblos? Han vivido como sin vivir. Pasaron como una tormenta, destruyeron todo, quemaron, hicieron prisioneros, saquearon, y eso es todo. ¿Acaso es ésta nuestra misión? ¿Ser omnipotentes desde el punto de vista militar y político, y nada en los demás aspectos, superiores, de la vida nacional? En este caso mejor habría sido no nacer que nacer rusos, como mejor no haber nacido que nacer huno, Atila, Gengiskán, Tamerlán o uno de sus guerreros y súbditos...[22].

En el verano de 1848 decía que su *credo* político se podía resumir en «la admiración por Occidente y en la convicción de que los rusos no contamos nada comparados con ellos. Son hombres y nosotros niños. Nuestra historia se ha desarrollado sobre otros principios, entre nosotros no ha habido aún lucha de clases, o acaba de empezar...»[23].

Aunque más adelante, cuando se convenció de que podía actuar útilmente en Rusia, esta desconfianza pasó a segundo plano, sin embargo seguirá existiendo en su ánimo, dando siempre un sentido de modestia a su actividad, impidiéndole dejarse asaltar, como Herzen, por la gran esperanza de una futura misión europea de Rusia, llevándolo incluso a polemizar abiertamente contra todo romanticismo en este sentido, proporcionando, en resumen, a su actividad política un lúcido y concreto sentido de los límites.

Esta desesperación del pasado y el presente ruso le dará fuerzas para dedicarse entera y simplemente a su idea política, igual que le proporcionará la primera base para elegir ésta en el socialismo revolucionario al que veía desde lejos convertirse en una fuerza popular en el París de 1848, única fuerza de renovación completa de la sociedad. El socialismo le impedirá incurrir en una desconfianza radical, dar a su crítica total del pasado el significado de una desesperación paradójica, como ocurrió con Chaadaev. El inicial juicio negativo sobre Rusia se transformará así en un fermento de acción, en una voluntad de cambio integral de todas las relaciones políticas y sociales de su país.

Ya en julio de 1848, Chernyshevski escribía en su diario que se iba «confirmando cada vez más en las ideas socialistas»[24]. Y ya nacía en él la exigencia de traducir al ruso estas convicciones. ¿Qué podía significar en su país revolución y socialismo? Respondía que la única esperanza estaba en una rebelión campesina. «Falta sólo la unidad entre los diversos motines locales.» Pero no era fácil dar unidad a aquellos movimientos fragmentarios y dispersos, había que empezar organizando de la nada. Todavía lleno de dudas se remitía al pasado, sobre todo a la rebelión de Pugachëv que en el XVIII demostró la fuerza de las filas campesinas y cosacas, pero que «sin embargo acabó siendo aplastada»[25].

Un fuerte incentivo para resolver estos problemas lo hallará en los lazos que estrechó con algunos compañeros de estudios y en general con algunos jóvenes literatos de San Petersburgo. Puede decirse que acabó encontrándose, sin quererlo demasiado, en los márgenes del movimiento cuyo centro estaba en los grupos de Petrashevski.

Ya en agosto de 1847 había conocido a M. Mijailov. Según un testimonio, éste fue quien lo inició en los problemas que apasionaban a los grupos intelectuales de la capital[26]. Lo cierto es que entonces empezó a unirse con estrecha amistad a este joven, que será un delicado traductor de Heine y participará activamente en el movimiento que acompañó y siguió a la liberación de los siervos, acabando por ser una de las primeras víctimas de la reacción estatal y por morir en Siberia en 1865.

En diciembre de 1848 Chernyshevski conoció también a uno de los primeros a quien Petrashevski había convertido al fourierismo: Aleksandr Vladimirovich Janykov, tres años mayor que él, estudiante, expulsado de la Universidad por mala conducta. Era uno de los más ardientes defensores de la teoría de las pasiones de Fourier, y sobre este tema hablará en el banquete que en honor de éste celebraron los *petrashevtsy* en abril de 1848[27]. Condenado a muerte —para ser después indultado y enviado como soldado raso a un batallón de línea en Orenburg—, morirá de cólera en 1853, en la fortaleza de Orsk. El fue quien dio a conocer a Chernyshevski las obras de Fourier y quien le hizo participar en el grupo de los que discutían la posible aplicación de sus ideas en Rusia. En ese círculo encontró también a Debu, el fourierista que se interesaba por la *obshina* campesina.

> Con Janykov —escribía el 11 de diciembre en su diario— hablé sobre todo de la posibilidad y de la proximidad de una revolución entre nosotros. En esto se mostró más inteligente que yo, señalándome la gran cantidad de elementos de desorden existentes, como por ejemplo, los *raskol'niki,* la organización en *obshiny* de los campesinos, el descontento de la mayoría de los funcionarios estatales... Todo esto me turbó bastante, porque, como Humboldt dice de los terremotos, aquel sólido e inmóvil *Boden* en el que yo me erguía y

en cuya inquebrantabilidad creía, me pareció de repente ondular como el mar [28].

Rápidamente hizo suyo el ánimo de aquellos jóvenes. Muchos años después aún había quien lo recordaba, en las veladas de Vvedenski, un literato amigo suyo de entonces, «con sus cabellos rojizos, mientras con voz estridente y aguda defendía encarnizadamente las fantasías de los comunistas y los socialistas» [29]. Naturalmente, la detención de los *petrashevtsy* —de la que se enteró el 25 de abril de 1849— lo impresionó mucho y constituyó, por así decirlo, el límite entre su juvenil entusiasmo por las ideas socialistas y una concepción política más madura. Escribía en el diario que los guardias que habían detenido a sus conocidos «merecían ser ahorcados» [30]. Desde ese momento supo lo que la vida le prometía, comprendió que el camino que estaba eligiendo lo llevaría a Siberia.

Estudiaba entonces los libros que los *petrashevtsy* le habían dado a conocer, sobre todo Fourier, Considérant, algún opúsculo de divulgación de aquella corriente socialista. Fourier le interesó por las mismas razones que llevaban a sus contemporáneos a ocuparse de sus ideas: era para ellos un minucioso escritor de psicología y constituyó para Chernyshevski una piedra de toque, una comparación y una polémica con sus concepciones religiosas, un modo de revisar todas las ideas sobre las relaciones entre los hombres. Acabó conquistado por él. Dejará en su ánimo profundas huellas, sobre todo como moralista. Pero desde el punto de vista político la mente racionalista de Chernyshevski no podía dejar de criticarlo. El principio de la *association* le pareció el único núcleo sólido, y ya se preguntaba cuánto pertenecía propiamente a Fourier y cuánto a toda la tradición socialista. Lo que conocía entonces de Louis Blanc le parecía políticamente más importante. De los dos socialistas franceses —entre los que, en cierto sentido, dudó en 1848 y a comienzos de 1849— acabará prefiriendo al segundo.

En realidad, se producía en él en ese momento el mismo proceso que se desarrolló en esos años en toda Europa: partiendo de la variedad de las sectas socialistas se estaban formando corrientes más amplias, en contacto con los problemas políticos y sociales fundamentales. También en el caso de Chernyshevski su incertidumbre ante la elección —como decía— entre los distintos «partidos socialistas democráticos» [31] no era sino la señal de que se iba formando en él una nueva visión del socialismo, surgida de la indirecta experiencia de la revolución de 1848.

Nacía sobre todo en él una repulsión instintiva por aquel liberalismo que en la Francia de 1848 había resultado tan poco capaz de dominar la situación. Anotaba en su diario: «no me gustan esos señores que dicen "libertad", "libertad", y que después limitan esta palabra a las leyes, sin llevarlas a la vida, que son capaces de eliminar las leyes que hablan de desigualdad, pero no de tocar ese orden social en el que nueve décimas partes del pueblo están constituidas por esclavos y proletarios. El proble-

ma no estriba en saber si habrá o no un reo, si habrá o no una constitución, sino en las relaciones sociales, en el hecho de que una clase no chupe la sangre de otra» [32]. Terminaba estas consideraciones con una auténtica plegaria: «¡Oh, Dios, da la victoria a la verdad!» Las desilusiones que le reservaría la reacción cada vez más intensa —cuyos progresos anotaba en su diario día a día— lo llevarán, en los meses siguientes, a profundizar cada vez más su desdén por las clases dominantes, a condenarlas con creciente energía por su «desprecio de la clase inferior» [33] y a sentirse cada vez más de parte de ésta.

En el plano político, acabó por creer durante un momento que la única fuerza capaz de establecer una verdadera igualdad estaba en la dictadura. Replanteándose la situación en Rusia, decía que cualquier forma de dictadura, incluso la de una monarquía absoluta, sería útil contra la aristocracia.

> La monarquía debe estar por encima de las clases, y se creó justamente para proteger a los oprimidos, o sea, la clase inferior, los campesinos y obreros. La monarquía debe estar sinceramente de su parte, ponerse a su cabeza haciéndose protectora de sus intereses... Su deber es preparar con todas sus fuerzas la futura igualdad —no formal, sino real— y obrar en su favor... Así hizo, por ejemplo, en mi opinión, Pedro el Grande... [34].

El estudio de la historia de la revolución inglesa y francesa —que estaba realizando entonces en Guizot y Buchez— lo confirmó durante cierto tiempo en esta idea. Sólo la dictadura era realmente capaz de «seguir adelante» [35], sólo ella podría resolver los problemas modernos, y ante todo los planteados por el socialismo. Al leer a Lamennais, Prouhdon, Louis Blanc, Cabet, se convenció de que tenían razón, y de que el único instrumento capaz de realizar sus ideas sería una dictadura, el absolutismo.

También él había llegado a aquel recodo obligado del camino recorrido por la generación anterior, al mito de un absolutismo como dictadura capaz de luchar contra la nobleza, contra la aristocracia que mantenía en servidumbre a los campesinos. También él, a su modo, estaba pasando por la crisis que convirtió a Herzen y a Bakunin en blanquistas.

La experiencia de la reacción en toda Europa, incluida Rusia, le dio para toda su vida la convicción opuesta. Nicolás I estaba muy lejos de ponerse del lado de los campesinos y encarcelaba a sus amigos socialistas y fourieristas. En toda Europa, el absolutismo —tanto en su forma bonapartista como en la tradicional— era el instrumento con que se aplastaban los sueños y las aspiraciones de las clases populares. Chernyshevski sufrió intensamente con ello. Lloró al saber la muerte de Robert Blum, fusilado en Viena. «Caiga sobre sus cabezas la sangre derramada y viértase la sangre de ellos por la suya... He rezado durante unos minutos por Blum. Y eso que hacía ya tiempo que no rezaba por los difuntos» [36].

Estas heridas —tan profundas que hicieron emerger en su alma la fe ya medio olvidada de su infancia— lo convirtieron no sólo en un socialista y un revolucionario, sino también en un hombre tan crítico respecto a los liberales como anclado en su amor por la libertad. Como contará mucho más adelante, en los trabajos forzados, el día que se disolvió en Berlín la Asamblea Nacional vagabundeó llorando por las calles de San Petersburgo. A un amigo que se lo encontró y le preguntó qué había ocurrido, le dijo: «Camino y no siento que me caen las lágrimas» [37]. En 1849 la expedición contra la república romana lo indignó, así como la guerra de Nicolás I contra la revolución húngara. Pensaba aún, en los primeros meses de ese año, que Francia y Alemania unidas marcharían por fin contra Rusia. Pero sus esperanzas de recuperación del movimiento revolucionario se derrumbaron pronto, una tras otra.

En enero de 1850 sacaba de nuevo las conclusiones de sus ideas políticas. «Lo importante —decía— es que el poder vaya no *de iure* sino *de facto* a las manos de la clase más baja y más numerosa: campesinos, asalariados y artesanos.» Pero ya se habían desvanecido todas sus ilusiones sobre el absolutismo. «No es sino el culmen de la jerarquía aristocrática, pertenece a ella en cuerpo y alma...» En cuanto a Rusia, «cuanto primero caiga, tanto mejor», ya que no hacía sino impedir la lucha de clases, en provecho de la aristocracia. «Bienvenida sea la opresión de una clase sobre otra, entonces se producirá la lucha, entonces los oprimidos sabrán quién los oprime en el actual orden de cosas, y sabrán también que puede existir otro orden en el que no estarán oprimidos, comprenderán que quien los oprime no es Dios, sino los hombres..., mejor la anarquía desde abajo que desde arriba» [38].

Toda idea de poder hacer pronto algo en este sentido se convertía en un sueño, en algo extravagante frente a la dura reacción política e intelectual que reinaba en Rusia, un sueño casi tan extraño como el que había alimentado y mantenido en secreto durante sus años de universidad, es decir, la idea de encontrar el *perpetuum mobile.* Seguía teniendo «sed» de una revolución en Rusia, pero era una aspiración violenta y desesperada al tiempo. Decía que la habría aceptado aunque «durante mucho y quizás muchísimo tiempo no pudiera dar nada bueno... Quien no esté cegado por la idealización, quien sepa juzgar el futuro por el pasado..., a pesar de todo el mal que las revoluciones traen en sus comienzos, no debe espantarse. Sabe que no se puede esperar otra cosa de los hombres y que un desarrollo pacífico, tranquilo, es imposible...» [39] Pero, ¿qué hacer? Se sentía cada vez más solo, aislado. Cuando terminó los cursos universitarios y le ofrecieron un puesto en el instituto de Saratov, regresó a su ciudad natal [40].

En Saratov siguió estudiando y discutiendo con el historiador Kostomarov, confinado allí por un intento de conjuración ucraniana paralela a la de los *petrashevtsy.* Tras algún tiempo se casó, después de haber

advertido con claridad a su novia de lo que le ofrecía la vida con él. «El descontento del pueblo contra el gobierno —le decía—, contra los impuestos, los funcionarios, los nobles, es cada vez más fuerte. Se necesita sólo una chispa para que todo se prenda fuego. Ya está creciendo el número de la gente culta enemiga del existente orden de cosas. Está preparada, pues, la chispa que originará ese incendio. Lo único dudoso es el momento en que se producirá. Puede ocurrir dentro de diez años, quizás antes... Y si se produce el incendio, pese a mi carácter temeroso, no podré dejar de tomar parte en él.» «¿Con Kostomárov?», le preguntó, entonces su novia. «No, es demasiado noble, demasiado poético; le darán miedo el fango y las matanzas. A mí no me dan miedo ni el fango, ni los campesinos borrachos con sus palos, ni las matanzas... ¿Y cómo puede acabar todo esto?... En los trabajos forzados o ahorcado... ¿Le duele oír semejantes discursos? Pues continuarán durante años, porque no sé hablar de otra cosa. ¿Qué suerte puede esperarle a un hombre que piensa así? He aquí un ejemplo: Iskander...» [41]. Le contó entonces si no la historia de Herzen, al menos la leyenda formada en torno a él y que también Chernyshevski había recogido, una extraña mezcla del destino de Herzen y el de Bakunin, incluida una petición de extradición de Nicolás I. En realidad era un gran admirador de Herzen. En 1850 decía «que lo estimaba tanto como no estimaba a ningún ruso, y que no había cosa que no estuviera dispuesto a hacer por él» [42].

Aunque lo asaltaban a menudo dudas sobre la constancia de su carácter, sobre la fuerza de su valor, Chernyshevski alimentaba en su alma la idea de seguir las huellas de Herzen, de convertirse en un hombre capaz de influir de verdad sobre su época en sentido revolucionario. Sabía que ya se había hecho una cultura que muy pocos en su ambiente podían igualar. Sabía también que para realizar de algún modo sus intenciones sólo se le abría un camino: un modesto trabajo literario, continuamente hostilizado, oprimido por la censura. La falta de valor de la que hablaba —y que en realidad era sobre todo escrúpulo de una conciencia sensible— se iba transformando en paciente y fría tenacidad, en voluntad de realizar lo poco que entonces se podía.

Un conflicto local, típicamente provinciano, nacido de sus ideas y su método pedagógico, conflicto suscitado por el obispo de Saratov —y que, afortunadamente para él, pudo ser sofocado— lo decidió a tomar de nuevo el camino de San Petersburgo.

En mayo de 1853 estaba otra vez en la capital. Durante casi un año vivió de pequeños trabajos literarios, preparando su tesis. En 1854 volvió a intentar durante un breve período la enseñanza, para abandonarla en cuanto consiguió trabajar con cierta periodicidad en una de las principales revistas de entonces, el órgano de Belinski en sus últimos años, el «Sovremennik». Al cabo de unos meses había conseguido ya imponerse en la revista.

Da la impresión de que si en este primer período de su actividad se ocupó de estética y crítica literaria, se debió al hecho de que prácticamente sólo se podía hablar de eso, pues era el único terreno en que, en medio de mil dificultades, se podía —en la Rusia de entonces— hacer entrever, ya que no decir, lo que se pensaba. Historia, filosofía, economía —por no mencionar la política, absolutamente excluida del «Sovremennik»— eran terrenos prohibidos para quien pensara como Chernyshevski, para quien fuera seguidor de Feuerbach, socialista y revolucionario.

Pero la estética era también el campo que menos le atraía. No es que careciera de un gran sentido de la humanidad que se expresa en la poesía, no es que le faltara tampoco una enérgica fe en la libertad necesaria para el poeta y en la autonomía del arte, pero tenía una tendencia natural a reflexionar sobre estas intuiciones como hombre político que era, aceptando poesía y literatura como alimento suyo personal, como alimento de su actividad; miraba a la poesía como una fuerza cuya importancia sentía para sí y para los demás, aunque sin advertir por ello la exigencia de refinar progresivamente su juicio a este respecto. Por lo tanto, según los momentos, tendía a ver en el arte el instrumento de una obra moral o política o, cuando escuchaba más sinceramente a su ánimo, a juzgar a los artistas según la amplitud y hondura de sus convicciones, según su grandeza como hombres. Sus juicios sorprenden a veces por su evidente intención política, otras veces por su inteligencia y energía, aunque derivadas, bien mirado, no tanto de una intuición estética como de la agudeza de su mirada de sincero y apasionado conocedor de hombres.

Una de las mejores pruebas de ello nos lo da su hermosa carta a Nekrásov de septiembre de 1856 [43]. Defendía en ella, contra las tendencias «cívicas» del propio Nekrásov, la libertad de la poesía «que consiste en no poner límites a los propios dones con pretensiones arbitrarias y en escribir lo que hay en el alma. El poeta Fet sería impotente si se le pasara por la cabeza hablar de problemas sociales; sólo conseguiría porquerías... Gogol fue absolutamente libre cuando escribió *El Inspector,* a eso lo inclinaba su talento, mientras que Pushkin no era libre cuando escribió, bajo la influencia de los decembristas, su *Oda a la libertad*...». Chernyshevski siempre estará convencido de esto. Y, sin embargo, a propósito de Nekrásov, tendía a juzgarlo —y se lo decía— como el mayor poeta ruso, superior a Pushkin y a Lérmontov, sólo porque en sus versos encontraba un hombre capaz de expresar sentimientos parecidos a los suyos, de crear todo un mundo literario similar en muchos aspectos a su mundo político [44].

Cuando decidió, pues, elegir la poesía como tema de su tesis y escribir un breve libro sobre *Las Relaciones estéticas entre el arte y la realidad,* a Chernyshevski le guiaba un interés indirecto por el arte y estaba dominado en realidad por el deseo de dar a conocer sus propias ideas, sobre todo la filosofía de Feuerbach que había hecho suya.

Tardío fruto de la polémica de la generación posthegeliana, este libro no tiene otro interés que el de documento de un clima cultural que estaba cambiando. Chernyshevski fue el primero, en 1855, que dijo adiós al cansado eco de Schelling y Hegel que aún perduraba en la cultura oficial de las universidades. La discusión de su disertación constituyó un acontecimiento, fue uno de los primeros síntomas de la recuperación intelectual que se desarrollaría rápidamente tras el final de la guerra de Crimea, cuando Alejandro II sustituyó en el trono a Nicolás I. Tuvo importancia porque en ella se hablaba poco de estética y mucho de cosas que empezaban a interesar de verdad a la gente.

Lo dijo el propio Chernyshevski en una auto-recensión que publicó en el «Sovremennik», firmándola con seudónimo, y que fue una de las principales causas de su ruptura con quienes —como por ejemplo Turgénev— estaban realmente interesados por los problemas literarios. Esta auto-recensión es ya un notable ejemplo del estilo «censorio» del que Chernyshevski será maestro, el estilo de quien está dispuesto a jugar hasta la última carta con una censura rigurosa, estúpida e inepta, a suscitar un interés y una curiosidad en el lector aunque sepa que se encuentra en la imposibilidad material de decir lo que piensa.

«¿Son realmente importantes los problemas de estética?» —se preguntaba—. Es muy dudoso, dado que el propio autor no está del todo convencido... En realidad la estética puede presentar cierto interés para el pensamiento, porque la solución de sus problemas depende de la solución de otros y más importantes problemas...» [45]. Bajo la forma de un tratado de estética, había querido escribir una exhortación a abandonar los sueños románticos —nacidos sólo porque «somos demasiado míseros en la realidad» [46]—, a dejar los sueños inútiles que siempre acompañan «a un hombre cuando se encuentra en posición falsa» [47]. Exhortaba a no dejarse engañar por inútiles perfecciones y a crearse en cambio una mentalidad realista, a hacerse «una concepción práctica» [48], en resumen, a ser hombres antes de hablar tanto de literatura y poesía.

Un problema seguía vivo en él, y era el que nacía de la comprobación de que «la literatura y la poesía tienen, para nosotros los rusos, un significado tan inmenso que con toda probabilidad puede decirse que no existe en ningún otro país» [49]. No se trataba sólo de observar que la literatura nacía de la imposibilidad de actuar en otros terrenos; en esto iba implícito un importante juicio histórico sobre la función que la literatura tuvo en Rusia en la formación de la clase dirigente, de la *inteliguentsia,* función ejercida en otros lugares por la religión, los ideales políticos, etc... Desarrolló esta idea en sus *Ensayos sobre el período gogoliano de la literatura rusa,* que no pretendían ser una historia de la literatura, sino de la importancia de ésta en la vida de la nación, desde Gogol en adelante; en suma, una historia de la crítica y de la cultura en la Rusia de las últimas décadas.

Era una reanudación consciente del hilo del discurso interrumpido con la muerte de Belinski y con la reacción que siguió a 1848, un nuevo examen del problema de las relaciones con Occidente, con las tradiciones populares, con el estado. Superado ya aquel acto de humillación, aquella confesión —en nombre de Rusia —de no haber realizado nada en el terreno de las ideas (acto con el que Chernyshevski inició su vida estudiantil en San Petersburgo), se dedicó a escribir una historia de lo que efectivamente se había hecho desde Gogol en adelante, una historia de la generación anterior a la suya, del espíritu de su país. Y aunque de su pluma —demasiado distraída por las continuas necesidades de inmediata polémica— no nació entonces una historia propiamente dicha, sus *Ensayos* fueron un eficaz instrumento para entender y recordar las discusiones intelectuales de los años treinta y cuarenta).

Se remitía directamente a los occidentalistas, por ver en ellos el único hilo de real progreso de la cultura rusa. Era un occidentalismo aún indistinto, por así decirlo anterior a las polémicas internas que lo dividieron a finales de los años cuarenta. En los eslavófilos veía en cambio, siguiendo a Herzen, a aficionados que creían poder sostener la originalidad de Rusia y de su historia, cuando lo cierto es que ni una sola de sus ideas dejaba de derivarse de la filosofía romántica europea.

La verdadera fuerza de Belinski —decía— consistió justamente en no haber tenido miedo —como siempre lo tuvieron los eslavófilos—, de obrar para modificar, para «estropear» el carácter ruso poniéndolo en contacto con el resto de Europa. En el meollo de todas las actitudes eslavófilas veía sólo falta de confianza en sí mismo y en las fuerzas del pueblo ruso. Los occidentalistas tuvieron el gran mérito de afirmar que había que empezar no por las tradiciones populares, sino por la imitación de las ideas universales, en vez del espíritu nacional. Por lo tanto, la crítica rusa había juzgado con razón el mérito de los escritores desde el punto de vista de sus ideas. Para ellos se trataba de realizar una tarea de difusión y de educación, antes que de creación.

El ensayo de Chernyshevski era un atento examen de cómo se había desarrollado en realidad en Rusia la vida intelectual, y al tiempo era un programa para el inmediato futuro. La crítica debía continuar haciendo que los escritores tuvieran conciencia de que las circunstancias históricas echaban sobre sus hombros una excepcional responsabilidad. En ellos «se concentraba casi toda la vida mental del país». «En las naciones donde la vida espiritual y social ha alcanzado un elevado desarrollo existe, si puede decirse así, una división del trabajo entre las diversas ramas de la actividad mental, mientras que nosotros no conocemos más que una, la literatura» [50]. En suma, si queremos resumir en una frase este programa crítico de Chernyshevski, podríamos decir que su fórmula era *littérature oblige.*

Estas ideas fueron la base de toda su actividad de escritor durante sus primeros años de colaboración en el «Sovremennik». Al hacer la re-

censión, por ejemplo, de una colección de canciones de varios pueblos, publicada en Moscú en 1854, polemizaba contra la *narodnost'*, que era una forma de nacionalismo más o menos folklórico.

> La *narodnost'* se desarrolla simultáneamente a la general evolución humana, pero sólo la educación da contenido y lozanía a la individualidad. Los bárbaros son todos parecidos entre sí, mientras que cada nación culta se distingue por una personalidad netamente dibujada... La historia de todas las naciones lo demuestra. El carácter francés se elaboró sólo cuando bajo la influencia del mundo clásico, italiano y español, se desarrolló en Francia una educación general... Se llega a un resultado muy distinto cuando los esfuerzos se centran sobre un contenido que pertenece directamente a este o aquel pueblo... Encontramos un ejemplo típico de esto en tiempos y tierras próximos a nosotros, sólo tenemos que recordar la triste historia de la teutomanía que tanto daño infligió al renacimiento de Alemania, tan brillantemente iniciado y suscitado por los emperadores José II y Federico el Grande, por Lessing, Kant y Schiller... Preocuparse por la originalidad mata la originalidad. Sólo es verdaderamente autónomo quien no piensa siquiera en la posibilidad de no serlo. Habla de la energía de su carácter sólo quien es débil, teme someterse a la influencia ajena sólo quien siente que se someterá fácilmente... La preocupación corriente por la originalidad es una preocupación por la forma. Quien tiene un contenido no se tomará trabajo para distinguirse por la originalidad... La preocupación por la forma lleva al vacío y a la nulidad [51].

Siguió siempre luchando contra el folklorismo, explicando pacientemente cuáles habían sido sus consecuencias en Alemania. Le divertía en especial el ejemplo de los Grimm, que —partiendo de una reacción nacional contra los franceses— habían llegado, al final de sus estudios, a concluir que el pasado popular, las tradiciones encerradas en las fábulas eran comunes a los alemanes y a todos los demás pueblos europeos. Toda su crítica será una exhortación a los escritores para que se conviertan en educadores del pueblo ruso, conscientes de que sólo lo podrán hacer si en ellos viven ideas universales, y no la vana exaltación de la tradición nacional.

Quiso dar una ilustración histórica de estas ideas con una amplia biografía de Lessing, publicada por entregas en el «Sovremennik», en la que explicaba que en el XVIII Alemania llevaba doscientos años de atraso respecto a Francia e Inglaterra, y que en unos cincuenta años de esfuerzo ilustrado había conseguido crear las bases de su gran literatura, coronada por el nacimiento de un genio poético, Goethe; para ese esfuerzo no habían bastado los déspotas ilustrados —aunque se llamaran

José II o Federico el Grande—, sino que había sido necesaria la obra de un literato como Lessing.

> Puede ocurrir muy bien que casi nadie tuviera entonces conciencia de la triste necesidad del pueblo alemán de considerar la literatura como lo más importante, a falta de otros instrumentos directos de actividad histórica, pero lo cierto es que durante medio siglo todas las mejores fuerzas de la nación se volvieron instintivamente a la literatura y en ella encontró la nación alemana la fuente de una vida nueva y mejor, y lenta, pero sólidamente alzó ese gran edificio cuyos primeros cimientos están en las *Epístolas literarias* de Lessing [52].

Chernyshevski no terminó este estudio, en parte porque al establecer este paralelo exhortativo entre la Alemania del XVIII y la Rusia contemporánea había ya dicho lo que tenía que decir, y en parte porque la situación rusa había cambiado. La «triste necesidad» de hablar sólo de literatura parecía ya definitivamente superada.

Chernyshevski volverá a menudo más adelante sobre la guerra de Crimea —que privó a Rusia de toda posibilidad de continuar en la inmovilidad social, política e intelectual en la que había vivido en los últimos años del reinado de Nicolás I. Fue el punto de partida de la evolución que llevará a la época de las reformas, que inducirá a la gente a reflexionar y al gobierno a actuar. ¿Cuál era la fuerza real de este impulso inicial? ¿Era tan fuerte como solía pensarse en los años 50? Puesto que vivía los acontecimientos en San Petersburgo, el problema debió parecerle ya fundamental, pero sólo poseemos indicaciones indirectas de sus conclusiones de entonces. Volvió sobre ello en 1863, cuando estuvo encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, al traducir y comentar el libro del parlamentario inglés Alexander William Kinglake, que trataba precisamente de la guerra de Crimea [53]; pero también entonces el libro que tenía entre manos lo llevó a interesarse más por el aspecto internacional de aquella guerra que por su aspecto interior ruso. Sólo en Siberia, entre 1865 y 1868, tratará de dar, en forma narrativa, una visión de los años que sucedieron a la guerra. Pensó en llamar a esa novela *Prólogo del prólogo,* indicando así que pretendía hablar del período en el que se preparó la reforma campesina, prólogo a su vez de la revolución que esperaba y, en cualquier caso, del movimiento revolucionario que tomaría de ella su punto de partida. En este relato autobiográfico, que es la mejor obra literaria salida de su pluma, comparaba la derrota de Rusia en 1855 con la sufrida por Prusia en 1806. Ambas obligaron a las dos naciones a profundas transformaciones y a reformas en terrenos similares, sobre todo en lo que respectaba a la servidumbre campesina, el ejército y el aparato estatal. Era un paralelo que muchos hicieron en la época, sobre todo entre los liberales. Pero Chernyshevski utilizaba

esta comparación para subrayar las diferencias. «Es como si los aliados —decía figurándose que hablaba con un liberal —hubieran conquistado San Petersburgo y Moscú, como entonces los franceses Berlín, y en manos del gobierno ruso sólo hubiera quedado Perm, como entonces a los prusianos sólo les quedó Memel» [54]. Se hacían ilusiones, pues, los que consideraban que la guerra de Crimea había asestado un duro golpe al imperio ruso. Obligará a Alejandro II a las reformas, pero le permitirá regular su ritmo y su amplitud, dejando en sus manos todas las fuerzas necesarias para equilibrar los elementos de disolución y renovación suscitados por la guerra. Era un efecto muy alejado del que Chernyshevski había esperado ver surgir de la guerra de Europa contra Rusia en 1848, era para él una confirmación más de que aún estaba lejos el momento de una verdadera recuperación de las fuerzas derrotadas en 1848. No había que hacerse ilusiones, en suma, sobre la amplitud del movimiento desencadenado por la derrota de Crimea. Este juicio coloreará a menudo de amargo escepticismo su acción —tan eficaz, empero— entre 1855 y 1862.

Esta visión realista de las cosas debió inducirlo incluso, en un primer momento, a infravalorar las posibilidades reales de un replanteamiento del problema de la servidumbre. Presa de su tarea de polemista y literato, convencido de que su obra debería durante un largo período tomar como modelo la de Lessing y Belinski, pensaba —aún en el otoño de 1857— que el edicto que se preparaba no haría en realidad más que trasladar el problema campesino de la fase de la discusión genérica a la de la elaboración legislativa. Consideraba que se limitaría a aligerar algunos aspectos de la servidumbre en materia de derecho matrimonial y a invitar a los nobles a firmar contratos con sus campesinos, fijando así los cánones de sus prestaciones. «Una continuación, en suma, del edicto de 1842» [55]. Chernyshevski era, pues, aún más pesimista de lo que la situación requería. Cuando en noviembre de 1857 se publicó el rescrito que establecía la voluntad del soberano de liberar a los siervos, tuvo que comprobar que «los principios establecidos eran más liberales de lo que se había esperado» [56].

Probablemente esta sensación de sorpresa explica el hecho de que acogiera esta promesa con una alegría y una satisfacción muy hondas. El artículo que escribió entonces para el segundo número del «Sovremennik» de 1858 es por lo menos tan entusiasta como el que Herzen publicaba contemporáneamente en Londres. Algo religioso, eclesiástico, se traslucía de nuevo en su prosa, aquel mismo sentimiento de que, muchacho, lo llevó a rezar la oración de difuntos por Robert Blum, fusilado en las barricadas de Viena. «La bendición prometida a los pacíficos y los humildes —decía— coronará a Alejandro II con un gozo que no coronó a ninguno de los gobernantes de Europa, el gozo de iniciar y cumplir, él solo, la liberación de sus súbditos» [57].

Era cierto, pues, que se iniciaba la «gran reforma» que atacaría lo que, desde la época de Catalina II, los espíritus libres de Rusia con-

sideraban la raíz de todos los males. El emperador había tenido el mérito de plantear el problema. Ahora se vería cuál era en realidad la fuerza de la *inteliguentsia,* de la que tanto había hablado él en sus primeros artículos. ¿Sería realmente capaz de exigir del gobierno que la reforma se hiciera con la máxima justicia para los campesinos y de modo que facilitase el desarrollo civil y económico de Rusia?

Era el momento de mostrarse unidos, de concentrar todas las fuerzas espirituales, por encima de las viejas disputas entre occidentalistas y eslavófilos. Esta idea de la unión de toda la *inteliguentsia* rusa estaba, por otra parte, muy difundida por entonces. Para Chernyshevski se trataba de realizarla en la revista que tenía en las manos, la mejor y más leída de aquellos años, y que —gracias en parte a él —había adquirido un peso notable en la opinión pública. En el año 1858, liberales y socialistas lucharán unidos contra las fuerzas que se oponían a la reforma, contra los nobles conservadores y esclavistas. Fue el año culminante de la primavera y el despertar que siguieron a la guerra de Crimea, del resurgimiento ruso que fueron «los años sesenta».

El rescrito del 20 de noviembre de 1857 fijaba ya los puntos fundamentales de la controversia. Preveía que los nobles terratenientes conservarían la propiedad de toda la tierra, cediendo a los campesinos, mediante un rescate, sólo su casa, mientras que las tierras se les concederían en arriendo mediante el pago de un canon en dinero o trabajo. Agregaba que los campesinos organizados en «sociedades rurales» estarían sometidos a la policía del señor.

¿De verdad la liberación sería «sin tierra», es decir, convirtiendo a los campesinos en arrendatarios o braceros de los nobles? Y si no debía ser así, ¿qué rescate habrían tenido que pagar? ¿Cómo se organizaría su administración si no querían aceptar un típico resto de la servidumbre —como el proyecto preveía— que seguía sometiéndolos al señor? Estos eran los tres problemas fundamentales, en torno a los que se formaron las diversas corrientes de la opinión emancipacionista y que estuvieron también en el centro de la postura de Chernyshevski.

Sus respuestas no pudieron ser directas. La censura permitió una discusión mutilada y muy medida en períodos de tolerancia, seguidos por meses y años de silencio. Era uno de los indicios de la voluntad del gobierno de sujetar bien entre sus manos la reforma, de realizarla —como había dicho Alejandro II— desde arriba, y no desde abajo, preparándose para aplastar toda posible revuelta campesina y para refrenar todas las otras fuerzas sociales, las varias corrientes de la nobleza, la burocracia y la *inteliguentsia.* A esta última se le concedería la poca libertad necesaria para que las reformas arribaran a puerto, pero nada más.

Se trataba, pues, para Chernyshevski, de participar en la discusión en la medida de lo posible, deteniéndose en aspectos aislados de la reforma y fijando al tiempo un principio de valor general, capaz de indicar un desarrollo, una salida que respondiera a sus convicciones.

La defensa de la *obshina* rural constituyó —para él lo mismo que para Herzen— la respuesta a esta situación. Había iniciado ya en 1857 una campaña en este sentido, y seguirá desplegándola en los años siguientes. Al defender la *obshina* tendía un puente —por encima de las discusiones sobre el pasado de Rusia— a los eslavófilos, que iban a tener un peso importante en la reforma. Al hablar de la *obshina* defendía indirectamente los intereses de los campesinos, insistiendo sobre la idea de que la liberación debía producirse «con la tierra». Y al mismo tiempo introducía en la discusión un principio socialista, al sostener, contra los defensores de la propiedad individual de la tierra, la superioridad de un ordenamiento colectivista, al menos en potencia. La *obshina* representaba en suma para Chernyshevski, si queremos traducirlo a términos más modernos, un órgano de defensa sindical de los campesinos y al mismo tiempo el núcleo a partir del cual podrían desarrollarse en el campo el cooperativismo y el colectivismo.

Su visión histórica de la *obshina* tenía un origen absolutamente occidentalista. Se derivaba —a más de proceder de Herzen, naturalmente— de Granovski, y no de los eslavófilos. No estaba vista como una institución típicamente, rusa, característica del espíritu eslavo, sino únicamente como la supervivencia en Rusia de formas de organización social desaparecidas ya en otros lugares.

Al hacer una recensión de un artículo de Granovski sobre este problema, había escrito:

> Entre los eslavos —sobre todo los eslavos orientales, que se volvieron a la agricultura como medio básico de su existencia después que los pueblos germánicos— se han conservado, mucho mejor que entre los alemanes, rastros de colectivismo. Sin advertir que éstos eran sólo restos de la antigua vida pastoril y venatoria, algunos han pretendido afirmar que la *obshina,* desconocida (según ellos) por los alemanes, no era para los eslavos un fenómeno histórico, ligado a un determinado período de su evolución, sino un aspecto indeleble de su carácter, del que carecerían los otros pueblos y que permitiría a los eslavos realizar el ideal de la vida humana. Esta gente no ha observado que, con el desarrollo de la agricultura y de la civilización, la *obshina* desaparece también entre los eslavos, como ha desaparecido por doquier, o que ahora es mucho más débil de lo que lo fue hace treinta o cincuenta años. No podemos considerar aquí cuáles son los ideales económicos del futuro, pero estamos todos de acuerdo en decir que sería muy poco consolador imaginarse tal futuro en la forma en que se nos presenta la Europa de los siglos V al X. Los ideales del futuro se realizarán con el desarrollo de la civilización, y no con las estériles vanaglorias sobre los restos de un remoto pasado que va desapareciendo [58].

Así escribía en 1855. Dos años después, el problema de la liberación de los siervos le hizo ver la necesidad de defender la *obshina* campesina. Pero incluso cuando mire esta institución con ojos más benévolos y optimistas, su occidentalismo seguirá actuando en él y no le permitirá caer nunca en entusiasmos románticos o nacionalistas. Será él quien induzca a los eslavófilos a considerar los aspectos económicos y de organización de la *obshina,* y no los eslavófilos —ni siquiera Herzen—, quienes lo convenzan del valor mítico de ésta.

Sus ideas al respecto empezaron a precisarse cuando leyó, en 1856, un artículo publicado en el «Russki vestnik» («El mensajero ruso») por el joven historiador y jurista B. Chicherin [59]. Este sostenía que la *obshina* no era un resto de organización tribal o patriarcal, e incluso que había crecido como un aspecto de la organización estatal y feudal de Rusia, primero como comunidad de campesinos en tierras de los señores y después como reflejo de la política fiscal del estado. Si estas ideas daban en el blanco con su crítica a los eslavófilos, a Chernyshevski le parecían negar la fuerza de las *coutumes* campesinas a través de los siglos. Contra la concepción puramente jurídica de Chicherin, Chernyshevski reivindicó la tenacidad del colectivismo agrario a través de la historia rusa, de la tradicional redistribución de las tierras, de la comunidad de la aldea. «Fueran cuales fueran las manos a las que pasaba el dominio superior de la tierra habitada y cultivada por los campesinos, éstos seguían cultivándola y subdividiéndola según el viejo uso» [60]. La discusión, llevada a un terreno que no quería ser puramente jurídico, asumía un inmediato sabor político. Los liberales deducían de las tesis de Chicherin que igual que el estado había creado la *obshina,* podía, y debía, deshacerla. Chernyshevski se planteaba en cambio el problema de si en ella se encerraba una fuerza social que pudiera ser defendida y desarrollada en sentido colectivista [61].

En 1857 Chernyshevski empezó a encuadrar estas ideas sobre las comunidades agrarias en una visión de conjunto del desarrollo económico en Rusia. Le pareció evidente que su país entraría en una fase de rápido desarrollo industrial y comercial siguiendo el camino de todo el resto de Europa. Rusia estaba entrando en la era del capitalismo.

> Hasta ahora una parte importante de nuestra producción se ha realizado con métodos y medios casi patriarcales. Por no hablar de la agricultura, en la que resulta inútil demostrar esta verdad, la mayoría de nuestro comercio exterior y una parte notable de la elaboración de nuestros productos brutos se ha realizado con sistemas más acordes con el siglo XVIII que con el XIX. Pero esto ya no durará más de unos años [62].

Da incluso la impresión de que, sorprendido por la recuperación económica que siguió a la guerra de Crimea, por el desarrollo del comer-

cio exterior, por la construcción de ferrocarriles, la importación de capitales extranjeros, etc., Chernyshevski tendía a una visión demasiado optimista del ritmo de la evolución capitalista en Rusia.

Con atención e insistencia tanto mayor incitaba a mirar a dónde conduciría semejante desarrollo. El ejemplo de Europa occidental estaba ante los ojos de quien quisiera verlo. Trazaba así un cuadro del capitalismo francés e inglés, con la mirada puesta sobre todo en la agricultura.

> La competencia ilimitada ha sacrificado los débiles a los fuertes, el trabajo al capital... Los propietarios de las pequeñas partecitas de tierra en que se ha subdividido el suelo de Francia no tienen la posibilidad de aplicar al trabajo agrícola los métodos más adecuados para mejorar los campos y aumentar las cosechas... En Inglaterra los cultivadores, en cambio, poseen capitales.
>
> Eso significa que sin capitales importantes es inimaginable convertirse en agricultor, y las personas que poseen una gruesa suma de dinero son siempre una pequeña parte de la población. Por eso la mayoría de la población de los campos ingleses está compuesta por braceros cuya situación es dolorosísima. En la producción industrial todos los beneficios se concentran en manos del capitalista, y por cada capitalista hay cientos de obreros proletarios cuya existencia es miserable [63].

Desarrollando estas ideas, Chernyshevski proporcionaba a los lectores del «Sovremennik» un amplio y detallado cuadro de todos los problemas sociales que habían apasionado a los socialistas de toda Europa desde la época de la revolución industrial inglesa, y trazaba al mismo tiempo la historia de lo que se había pensado e intentado para resolverlos. «Un gran trastorno se está produciendo en Occidente, en Francia ya ha pasado a través de algunas dolorosas crisis» [64]. En Inglaterra ha suscitado a Owen y a los cartistas. «No cabe duda del éxito definitivo de esta causa, porque la impulsa la necesidad histórica. Pero es terrible pensar cuánto tiempo y cuántos esfuerzos exigirá, cuántos sufrimientos y pérdidas ha costado ya y cuántos costará aún» [65]. Una idea fundamental guía ese movimiento, la de la asociación de los trabajadores, expresada en distinta forma por Owen en Inglaterra y por los *ateliers nationaux* en Francia. Posee como carácter específico el ser un movimiento económico, social, presente en todas las formas políticas existentes en Europa, nacido de problemas que están por encima de éstas.

«El ejemplo de Occidente no debe perderse para nosotros —concluía—. Ahora aún estamos a tiempo de utilizar esta lección. Ahora, cuando lo único que hacemos es prever esas transformaciones, hay que prepararse para hacer frente a los acontecimientos y dirigir su desarrollo» [66].

Comenzaba así a nacer en Chernyshevski la preocupación que será muy viva en todos los populistas: ¿podrá el socialismo llegar a Rusia antes de que se desarrolle por completo el capitalismo, antes de que sean destruidas las tradicionales raíces colectivistas del campo ruso, que podrían asegurar un desarrollo distinto y menos doloroso del seguido en Europa occidental? Cuando, en 1857, se hacía estas consideraciones, parecía convencido de que se podía contestar afirmativamente a esa pregunta. Explicaba a sus lectores que sería inútil y perjudicial destruir la *obshina*, para reconstruirla luego, cuando el socialismo hubiera triunfado. Polemizando con un adversario liberal que hablaba de un posible y lejano «tercer período», después del precapitalista y capitalista, decía que «el rápido ritmo de la historia económica moderna nos induce a afirmar que no tendremos que esperar durante mucho tiempo este tercer período» [67]. No tendremos que esperar ni treinta años, agregaba. Pero esta consideración última era demasiado concreta para que la censura pudiera admitirla. Esa frase fue tachada. En cualquier caso, mientras se esperaba ese próximo futuro lo importante era conservar los elementos de colectivismo agrario ya existentes, insertándolos en el desarrollo económico general del país. De momento la *obshina* sería una promesa para el futuro y la garantía de que la evolución hacia formas capitalistas se realizaría más humanamente que en otros lugares.

He aquí cómo veía el cuadro de la agricultura rusa, si las reformas se hacían teniendo en cuenta la experiencia de Occidente. Una vez abolida realmente la servidumbre,

> una gran cantidad de tierra estará en régimen de propiedad privada, o sea, sometida a la compraventa según la ley de la competencia. Por lo tanto, se abrirá un amplísimo campo para la compra de una propiedad completa y hereditaria ante aquellos que tengan un especial espíritu de empresa y de actividad... Pero estas tierras privadas estarán diseminadas como pequeñas y grandes islas, en una masa aún mayor de tierras de propiedad estatal y de propiedad colectiva. Esta masa de tierras servirá, como sirve ya ahora, de capital perpetuo para satisfacer el derecho indeleble de todo ciudadano a poseer una parcela de tierra [68].

En la *obshina* podía estar, pues, la base para realizar el derecho al trabajo; constituiría la garantía de ganarse el pan para quien así lo quisiera. Mientras los capitales encontrarían un empleo en la propiedad privada —como terreno experimental para el desarrollo de la agricultura que poco a poco se difundiría por doquier, incluso entre la gran masa de los campesinos de las *obshiny*— las tierras colectivas seguirían siendo patrimonio de todos.

Existían dos categorías de hombres, decía, la gente particularmente dotada, particularmente activa, que podía soportar con éxito la compe-

tencia y que por lo tanto amaba el riesgo, y la gente ordinaria, que quería sólo vivir sin miseria y tener la vida asegurada.

> Para los primeros existía el gran campo de la propiedad privada, en el que todo depende de la suerte, la habilidad, el talento y la fuerza. Los segundos necesitan en cambio tener la existencia asegurada, con independencia de un cambio de suerte. Para estos últimos son indispensables medios de trabajo que no dependan de nada en el mundo. Eso se lo darán las propiedades estatales organizadas en *obshiny*... Garantizar a cada uno de sus hijos los medios para una vida no miserable; la patria no está obligada a más, pero eso sí está obligada a hacerlo. Si yo tengo medios para buscar algo mejor... renuncio a mi participación en la tierra del estado y me busco mi propiedad privada. Y si me he equivocado, si fracaso, vuelvo de nuevo a la madre, y ella me devolverá aquello a lo que había renunciado con la esperanza de algo mejor [69].

La propiedad colectiva constituiría, así, un gran seguro contra la miseria.

Pero Chernyshevski no veía sólo en la *obshina* la posibilidad de realizar el *droit au travail.* En ella estaba también el germen de una *organisation du travail champêtre,* como él mismo decía [70]. Al ejemplificar esto, sobre la base del libro de Haxthausen, mostraba que las *obshiny* se basaban en general en la redistribución igualitaria de las parcelas de tierra, a veces cada año (y consideraba esta forma como el peor sistema, como el que eliminaba todo incentivo para las mejoras), y más a menudo cada diez o veinte años. En esta forma fundamental, más ampliamente difundida, al colectivismo de la propiedad no correspondía el colectivismo del cultivo. Pero ya existían *obshiny* en las que estos dos aspectos iban unidos. Evidentemente, sus preferencias se orientaban hacia esta última forma, más adecuada, decía, para el empleo de máquinas agrícolas y en general para aprovechar el progreso técnico. «En realidad la diferencia entre una y otra es inconmensurable. La primera no hace más que impedir la formación del proletariado, la segunda, a más de eso, consigue una mejora de la producción. La segunda fórmula es, pues, mucho más elevada y beneficiosa que la primera» [71]. «La necesidad de establecer esta forma de explotación se hará con el tiempo extraordinariamente fuerte en Rusia, como lo es hoy en Europa occidental» [72]. Veía, en suma, en la *obshina* una cooperativa de carácter elemental y primitivo, que podría desarrollarse en una cooperativa más moderna, y ésta en una colectividad agrícola.

Se apresuraba a agregar que dicho desarrollo de la *obshina* debía ser voluntario, siguiendo un progreso económico general. Era «aún pronto» para hablar de colectividades agrarias. «Debemos limitarnos a aconsejarlas, a demostrar su utilidad». «Los lectores que nos han seguido

con regularidad no necesitarán esta precisión para tranquilizarse sobre nuestro modo de pensar en torno a tales problemas. Sin la buena voluntad y el consenso voluntario de un hombre no se puede hacer nada verdaderamente útil para su bien» [73].

Estas eran las bases de la defensa de la *obshina* de Chernyshevski. El resto lo constituían problemas de importancia relativamente secundaria. A quienes sostenían que esta forma era contraria al progreso técnico, les respondía que era el único medio de difundirlo en el campo, al tiempo que se impedía el pauperismo. A quien le ponía el ejemplo americano, le decía que demostraba justamente que el estado no habría debido ceder sus tierras en propiedad privada, sino servirse de ellas como una garantía para asegurar el pan para todos. A quien preveía un desarrollo industrial que no permitiría la afluencia de nuevos capitales al campo, le respondía que durante un largo período Rusia sería, a pesar de todo, un país predominantemente agrícola.

En su *Crítica de las prevenciones filosóficas contra la «obshina»* [74], de 1859, exponía estas ideas en forma dialéctica, esa dialéctica de la filosofía de la historia que revelaba su típica formación cuarentaiochesca, por así decirlo.

> No somos seguidores de Hegel, y mucho menos de Schelling, pero no podemos dejar de reconocer que los dos sistemas rindieron grandes servicios a la ciencia con el descubrimiento de las formas generales a través de las que se mueve el progreso histórico. El resultado fundamental de este descubrimiento está en el siguiente axioma: por su forma, la etapa superior del desarrollo es similar al inicio del que ha partido.

Contra los que sostenían la tesis de un progreso rectilíneo y afirmaban que la propiedad individual era la etapa superior de la evolución histórica, replicaba, pues, con este retorno continuo de la historia sobre sí misma, con una fórmula que otro había llamado la espiral del progreso histórico. Tras haberlo ejemplificado ampliamente con los más diversos hechos tomados de la filosofía de la naturaleza y de la historia, de las instituciones sociales y políticas, veía también en la *obshina* una confirmación de este principio. Trazaba un cuadro detallado del desarrollo de las formas de la propiedad, que partieron de la posesión común y después se hicieron más complejas debido a todo el desarrollo humano, y que ahora tendían de nuevo al colectivismo.

Se trataría casi solamente de un juego imaginativo, de una brillante forma para sus ideas políticas, de no contener *in cauda* el argumento central de las esperanzas suyas y de todos los populistas, o sea, la posibilidad de que Rusia pudiera aprovecharse de la experiencia europea para pasar directamente a las formas económicas socialistas o, como decía, «saltase todos los momentos intermedios del desarrollo, o por

lo menos acortase extraordinariamente su duración, privándolos de toda intensidad»[75]. El argumento se expresaba con una imagen muy viva, similar a la que Herzen había formulado pocos años antes: «La historia, como una abuela, siente un enorme amor por sus nietecitos. *Tarde venientibus* no les da los huesos, sino *medullam ossium* para romper los cuales Europa occidental se había herido malamente las manos»[76]. En la gran esperanza de que también en la historia se realizaría el dicho de que los últimos serán los primeros se insertaba aquella voluntad —que estaba en el meollo de las concepciones de Chernyshevski— de servirse de la experiencia occidental para guiar a Rusia a un desarrollo económico más humano y más rápido.

Chernyshevski se consagró con gran energía, en 1859, a esta defensa absoluta, de principio, de la *obshina,* energía tanto mayor cuanto que habían ido declinando en él las esperanzas, expresadas dos años antes, de que la reforma campesina podría realizarse radicalmente y sobre una base de justicia.

Es cierto que la batalla de los liberales y socialistas unidos, dirigida por el «Kolokol» de Herzen, había triunfado en un punto fundamental. La liberación se produciría, en contra de lo que preveía el rescrito de 1857, «con la tierra», o sea, dando en propiedad a los campesinos no sólo su casa, sino la tierra que cultivaban. Las razones que indujeron al gobierno a esta concesión habían sido expuestas con gran claridad por el propio Chernyshevski, en una memoria que dirigió al príncipe Konstantin Nikolaevich, hermano del emperador, miembro del comité central para el problema campesino y una de las personalidades de la corte que más habían trabajado para acelerar y llevar a cabo la liberación de los siervos.

> El emperador —se leía en este escrito— no puede desear desórdenes en el estado, y la liberación sin tierra de los campesinos hoy siervos de los señores produciría inevitablemente algunos muy graves. El campesino ruso no puede, por convicción, aceptar ni comprender tal liberación. Si la reforma asumiera esta forma (de lo cual ciertamente nos preservará Dios por la voluntad del emperador), los campesinos atribuirían esta desgracia a los nobles que han coartado la voluntad del emperador, favorable a los campesinos, y se levantarían como un solo hombre contra los propietarios para librar, según sus ideas, al emperador de la conjura de los malintencionados...[77]

El estado se había encontrado, en suma, ante aquel obstáculo que retrasó durante décadas las reformas, deteniendo la mano de Nicolás I. Pero esta vez se superó apoyándose en la opinión pública,

obligando de diversas maneras a los propietarios más retrógrados a aceptar el principio de la liberación «con la tierra».

Pero la victoria había costado cara, tan cara que Chernyshevski dudaba si había valido la pena conseguirla. Las tierras se concederían a los campesinos, sí, pero ¿en qué proporción y a qué precio? Esto se discutió públicamente —en la medida en que lo permitió la censura— y en privado en cada grupo de la sociedad rusa capaz de seguir los acontecimientos durante 1858 y 1859. Las fuerzas de la opinión emancipacionista se dividieron en torno a este problema, y se fueron fijando las dos corrientes, liberal y populista (o radical, como se decía entonces).

Chernyshevski había conseguido dar a entender a los lectores del «Sovremennik», pese a las dificultades interpuestas por la censura, cuál era su pensamiento sobre la materia. Los campesinos no tendrían que pagar nada para obtener en propiedad las tierras que hasta entonces habían trabajado. Dijo con claridad que ésta era la opinión de los propios campesinos. Sostuvo incluso que, lejos de pensar en la necesidad de un rescate, éstos se preguntaban qué suerte correrían las tierras de los señores, es decir las tierras que no estaban divididas en parcelas y confiadas a ellos, pero que siempre habían cultivado en las *corvées*. «¿Se quedarán para los señores o pasarán también a los campesinos?» [78]. Pero Chernyshevski sabía perfectamente que era irrealizable la idea de entregar gratis *todas* las tierras a los campesinos. En su pluma, se trataba sólo de una amenaza, de un medio para inducir a los nobles a tomar nota de la situación que se había ido creando en el campo. Pero los propietarios no permitirían que se discutiera sobre estas bases. El problema que había que examinar de inmediato era el de las tierras campesinas, y los señores no tendrían ningún derecho que alegar sobre éstas. Tendrían que reconocer la concepción secular de los campesinos: roto el lazo servil, por lo menos esas tierras quedarían automáticamente en manos del campesino. Esta sería la verdadera liberación. Cualquier rescate significaba obligar a los campesinos a comprar las tierras que estaban convencidos de que les pertenecían.

Pero Chernyshevski ni siquiera pudo sostener en 1858 y 1859 esta segunda postura. Veía en ella el límite al que tendía idealmente su acción, y a veces el espantajo que había que agitar ante los ojos de los nobles más conservadores, el elemento de radicalismo necesario para dar fuerza a toda su campaña. Pero sabía que la sociedad rusa no estaba preparada para aceptar semejante solución, ni los nobles, ni el estado, ni siquiera en realidad los campesinos, los cuales esperaban la reforma desde arriba en un situación de relativa calma y paciente expectativa, tanto más notable cuanto que contrastaba con la multiplicación de las agitaciones en la época de la guerra de Crimea.

No discutió, pues, el problema jurídico y político del derecho de los campesinos a las tierras, sino el problema económico de cómo realizar la reforma en un modo que hiciera a los campesinos lo bastante fuertes

para poder vivir con las parcelas que recibirían, y a los poseedores lo bastante ricos para librar de deudas sus propiedades, efectuar las necesarias mejoras, entrar con capitales suficientes en la nueva fase de desarrollo de Rusia. Planteado así el problema, vio claramente las líneas generales, aunque a menudo se equivocó en los detalles, los que serían los defectos económicos de la reforma que se proyectaba. Los campesinos, gravados por el peso del rescate, corrían el riesgo de empobrecerse, y los propietarios, debido a las modalidades en que el rescate se les pagaría, no tendrían un incentivo suficiente para transformar las bases de la economía agraria rusa.

Sostuvo, pues, que no debían tocarse en absoluto las parcelas campesinas, aunque había una fuerte tendencia— que luego triunfó— a reducir sus dimensiones, sobre todo en las regiones donde la tierra era más fértil, en los distritos centrales de Rusia, en las zonas de «tierras negras» [79]. Polemizó largamente, sobre todo en su artículo *¿Es difícil el rescate de la tierra?* [80], sobre las cifras de rescate propuestas por las asambleas nobiliarias de las distintas regiones, modificadas y a menudo reducidas después por la comisión gubernativa. Trató de demostrar que eran todavía demasiado elevadas, y sobre todo sostuvo que el estado debía tomar a su cargo la responsabilidad y el peso fundamental de esta operación, distribuyendo más equitativamente la carga sobre las distintas categorías de la población, sin dejarla pesar únicamente sobre los hombros de los campesinos. Esto permitiría al mismo tiempo a los propietarios tener en sus manos las sumas necesarias para la esperada transformación de sus posesiones.

Quiso, en resumen, ser alguien que trataba de hacer oír la voz de los campesinos, y al mismo tiempo alguien que miraba las proyectadas transformaciones desde un punto de vista económico más general. Era inútil liberar a los campesinos si después se les arruinaba. Para evitarlo, era necesario que las clases poseedoras limitaran y redistribuyeran de otro modo, entre ellos y en el tiempo, las sumas del rescate. La operación económica que estaba realizándose beneficiaba en sí misma a los poseedores, a los industriales y a los comerciantes —decía. El estado debía intervenir para impedir que esta ventaja asumiera proporciones tales que hiciera imposible o difícil el desarrollo económico de Rusia.

Aunque algunas de las peticiones formuladas entonces por él —comunes también a la opinión liberal que se iba formando por aquellos años— fueron recogidas en el edicto final, en sustancia las bases económicas de la reforma siguieron siendo las mismas que Chernyshevski había combatido. Se hizo que los campesinos pagaran a un alto precio las tierras cultivadas por ellos. En conjunto, teniendo en cuenta las diferencias existentes entre una y otra región, tuvieron que pagar un precio más alto del valor comercial de la tierra que obtenían, esto es, tuvieron que desembolsar también para rescatar sus personas. Esto les impuso

gravámenes anuales que, en definitiva, no eran muy distintos de los que antes tenían que pagar a los señores. Como dijo más adelante Chernyshevski, con dura amargura polémica, habría sido incluso mejor no obligar a los campesinos a comprar las tierras: «Aquellos que tenían dinero, habrían podido comprarlas. Obligar a los demás a hacerlo no era sino reducirlos a la miseria» [81].

Sólo más adelante Chernyshevski formuló con toda su crudeza esta conclusión. Pero puede decirse que ya hacia 1859 estaba convencido de que había perdido su batalla en defensa de los intereses campesinos. Quedó aislado —junto con Dobroliúbov— frente a la opinión liberal y emancipacionista, al lado de la cual había luchado en años anteriores, y que en conjunto se manifestaba satisfecha con los resultados obtenidos.

Esto lo situó nuevamente ante todo el problema político ruso, hizo resurgir las dudas y el estado de ánimo que dominó en él al final de la guerra de Crimea. En realidad, en el conflicto entre las distintas categorías de nobles, la *inteliguentsia* y las mudas esperanzas de los campesinos, la burocracia estatal había conseguido, pese a todos los roces, mantener el equilibrio y hacer prevalecer su voluntad. La reforma se realizaba (y en sustancia ya estaba preparada a finales de 1858) sin afectar a ninguna de las bases del régimen político ruso: ni el absolutismo, que podía decirse incluso que salía reforzado de la lucha contra los nobles que hubieran querido conservar la servidumbre, ni el poder social de la nobleza, que había conservado sus tierras y haría una fructífera operación económica, ni las condiciones de las grandes masas campesinas, que Chernyshevski preveía que no mejorarían, ni la censura, que incluso en la fase final de la reforma se mostró más rígida que en años anteriores.

Chernyshevski se contó entre los primeros que reaccionaron contra esta situación. Reaccionó como podía hacerlo en su posición aislada. Cuando había empezado su campaña para la liberación de los siervos, había marchado de consuno con toda la *inteliguentsia*. Cuando empezó a hablar de la *obshina,* encontró pretextos en la corriente eslavófila. Pero ahora tendría que ir contra corriente, aprovechando el estado de ánimo de descontento, de una vaga espera de disturbios que dominaba en parte de la sociedad rusa, ante la incógnita de cómo acogerían la reforma las masas campesinas. Tenía que aprovechar todos esos elementos de descontento que eran la contrapartida de las grandes esperanzas que había suscitado el nuevo reinado. Su radicalismo no careció, por tanto, de un elemento de desilusión y de paradoja.

Tendrá que luchar con la censura y hablar otra vez de literatura, sin poder escribir de política. Tendrá que volver a poner en primer plano la formulación general, teórica, de sus ideas políticas y sociales, en la imposibilidad de aplicarlas directamente a la situación del momento. A menudo se verá obligado a formular sus ideas hablando de Francia, de Inglaterra y de Italia, porque era difícil hablar con claridad

de Rusia. Pero a pesar de todos esos obstáculos conseguirá crear una fuerza que se diferenció netamente de los liberales, así como, naturalmente, de los conservadores. Y como la polémica contra estos últimos podía parecerle prácticamente superflua, todos sus golpes se centraron sobre los primeros, sobre quienes habían sostenido la actividad reformadora del estado hasta el punto de dejarse absorber prácticamente por él, de convertirse en instrumentos directos o indirectos de la política de Alejandro II. Chernyshevski rompía así, en torno a 1859, la unión de las fuerzas intelectuales que se había ido forjando con el cambio de reinado, y la rompía en cuanto se convenció de que ya había dado todos los frutos que podía dar.

Tenía ahora en sus manos el «Sovremennik», podía imprimir a la revista la orientación que quisiera, no sólo en lo político, sino en lo literario. Había ido alejando de ella poco a poco, con sucesivas polémicas, a los escritores que no podían admitir esta acentuación cada vez más radical. El occidentalismo indefinido que también él aceptó cuando escribía sus *Ensayos sobre el período gogoliano* se había ido diferenciando internamente. Las discusiones que Herzen inició en 1846 habían proseguido, a una década de distancia. Feuerbach en filosofía, el «realismo» en estética, habían alejado cada vez más del «Sovremennik» a los literatos puros y los occidentalistas moderados. Chernyshevski había conseguido afirmarse en su revista gracias al apoyo de Nekrásov, que lo sostuvo en su deseo de reanudar la tradición de Belinski contra los literatos puros.

El primero con quien chocó fue Druzhinin, un agudo escritor, pero interesado únicamente por los problemas de la forma literaria. Cuando leyó los primeros artículos de Chernyshevski, dijo que los jóvenes que seguían sus ideas «tenían sed de convertirse en Boernes o Herwegs rusos, despreciando toda cautela. Si no nos oponemos, acabarán cometiendo estupideces, arruinarán la literatura y, con su deseo de convertirse en maestros de la sociedad, atraerán persecuciones sobre nosotros, obligándonos a privarnos del rincón al sol que habíamos conquistado con sangre y sudor». A lo cual Botkin, el liberal amigo de Belinski y defensor de la burguesía contra Herzen en 1847, respondía entonces que un escritor con dignidad «no tenía derecho a caer en el idilio» [82].

Druzhinin se alejará pronto de la redacción del «Sovremennik», pero seguirá desarrollando toda una campaña contra Chernyshevski. Decía que al leer sus artículos «percibía un olor de cadáver desenterrado», y hablaba de sus «rapsodias» como «poco cómodas desde el punto de vista de la censura» [83].

Al principio Turgénev se mostró dispuesto a defender la revista de estos ataques.

> Chernyshevski me entristece por su aridez y por su gusto enjuto, pero no siento en él nada de cadavérico; al contrario, hay

en él una veta vital, aunque no es la que desearíamos ver en la crítica. No entiende muy bien la poesía, pero ¿saben?, no es un gran mal... Comprende —¿cómo decirlo?— las exigencias de la vida real contemporánea. Considero que Chernyshevski es útil. El tiempo demostrará que tengo razón [84].

Era la época en que en torno al «Sovremennik» se congregaban los más importantes escritores rusos: el propio Turgénev, el comediógrafo Ostrovski, el joven Tolstoi. Pero esta unión de las fuerzas intelectuales no podía durar mucho. Uno de los más hostiles a Chernyshevski fue precisamente Tolstoi. Sentía hacia él un sentimiento intermedio entre el desprecio aristocrático por aquel ex seminarista y el orgullo del literato que no quiere permitir que nadie se sirva de la literatura para exigencias políticas inmediatas. Sus frases contra Chernyshevski fueron a menudo violentas. Lo trató de tipo que apestaba a chinches (alusión a su bajo origen social) y lo acusó de decir «con voz sutil y desagradable estúpidas descortesías». Sólo veía en él un imitador de Belinski. «Entre nosotros, no sólo en la crítica, sino en la literatura e incluso simplemente en la sociedad, se ha ido enraizando la opinión de que ser irritables, biliosos y malos es algo encantador. A mí me parece en cambio que es algo pésimo...» [85].

Chernyshevski se había encontrado así, poco a poco, circundado por elementos hostiles. Cuando finalizó el idilio de la época de las reformas, respondió violentamente. Ya en una carta a Turgénev de enero de 1857 hablaba de los literatos como «veletas que giran de un lado a otro, según les da. Esta es la gente de la que la Sagrada Escritura dice que hay que salvarla con hierro. Necesitamos todavía, en literatura, una dictadura de hierro ante la cual tiemblen como temblaban ante la de Belinski» [86].

Le había sorprendido la falta de carácter y de fuerza política de los literatos con que colaboraba. En 1858, tomó un relato de Turgénev, *Asia*, para decir esto, para hacerle sentir también a él su «dictadura de hierro». En nuestra clase culta, decía, «el defecto más común no consiste en ideas equivocadas, sino en la carencia de ideas, no en sentimientos errados, sino en la debilidad de todo sentimiento intelectual y moral..., de todo interés social». Era «como una enfermedad epidémica enraizada en nuestra sociedad» [87].

Turgénev se puso entonces al frente de la oposición literaria contra Chernyshevski y Dobroliúbov, quien se había asociado más estrechamente a él en el momento de la ruptura. Fue una dura polémica. Turgénev acusaba a los dos críticos de «querer borrar de la faz de la tierra la poesía, las bellas artes, todos los placeres estéticos, para establecer sus principios seminarísticos. Estos señores son Robespierres literarios, no vacilarían ni por un momento en cortarle la cabeza al poeta Chénier» [88].

Al reflexionar sobre todo ello más adelante, al final de su vida, cuando estaba confinado en Astraján, Chernyshevski concluyó diciendo que el mundo de los literatos siempre le fue ajeno. A quien lo invitaba entonces a escribir sus memorias sobre el mundo literario de los años sesenta le respondía:

> No creo posible que los recuerdos sobre Turgénev y los demás contengan algo que pueda suscitar en mí otro estado de ánimo que las ganas de dormir... Esa gente no tenía el menor interés para mí... Yo era entonces un hombre abrumado por el trabajo, ellos llevaban la consabida vida de la sociedad culta, y yo no tenía la menor propensión hacia ella»[89].

Esta *querelle* con los literatos pesó lo suyo en empujar a Chernyshevski a una ruptura cada vez más clara con los liberales. Pero no era más que un síntoma de un alejamiento más hondo, que se expresó con mayor claridad en sus polémicas contra los juristas e historiadores de tradición occidentalista.

La discusión se había mantenido dentro de formas corteses cuando polemizó con Chicherin, uno de los más rígidos teorizantes del liberalismo de la época, en quien Herzen vio una típica encarnación del doctrinarismo. ¿Por qué —le decía Chernyshevski— llamar «principio estatal» a lo que en realidad no es sino centralización administrativa y opresión de todas las fuerzas sociales de Rusia? Le citaba el ejemplo de Inglaterra, de los Estados Unidos, como pruebas de un «principio estatal» muy diferente[90].

Con Kavelin —el principal exponente de la corriente liberal en San Petersburgo— no pudo o no quiso romper abierta y públicamente. Pero la opinión que se había hecho sobre él aparece muy clara en la novela que escribirá en Siberia, el *Prólogo,* en la que Kavelin es uno de los personajes principales. El mismo defecto de carácter, de coherencia política, que había observado en los literatos, lo alejaba también de este hombre bien intencionado pero carente de realismo político. Su retrato se transformará, en la pluma de Chernyshevski, en una sátira inteligente y dura[91].

El alejamiento de los liberales se hizo claro y evidente el día en que chocó con aquel a quien en un momento de furia llamó «un Kavelin al cuadrado», el propio Herzen. En el artículo titulado *Very dangerous!!!,* publicado en el «Kolokol» del 1 de junio de 1859, éste lo había acusado de hacerles el juego a los reaccionarios. Llegaba incluso a sugerir la idea de un lazo entre el «Sovremennik» y la censura y a prever para sus redactores la suerte de los literatos a sueldo de la Tercera Sección, que dominaron la escena durante el reinado de Nicolás I. La táctica de Chernyshevski le parecía provocadora.

La impresión suscitada por el artículo fue enorme. Herzen parecía alinearse abiertamente con los liberales, contra el único núcleo radical existente entonces. La impresión fue, naturalmente, mucho mayor entre los redactores del «Sovremennik». Dobroliubov llegó a hablar incluso de un duelo; Chernyshevski pensó que sólo mediante una explicación personal podría hacer entender a Herzen la gratuidad del insulto de haberlos acusado de estar de acuerdo con la censura o acaso con la policía, y sobre todo la sustancia política de las cosas. Se puso en viaje y a finales de junio estaba en Londres. Volvió a marcharse cuatro días después. Ni uno ni otro nos han transmitido con precisión lo que se dijeron. En la práctica, cada uno se encastilló en su posición, aparte las acusaciones, que Herzen, después de la entrevista, se apresuró a retirar en un número siguiente del «Kolokol», persuadido evidentemente de su error. «Sería sumamente doloroso —decía— que la ironía que hemos usado se considerara como una alusión insultante» [92]. Chernyshevski, inmediatamente después de la conversación, escribió un billete a Dobroliúbov para decirle que «habría sido sólo un fastidio quedarse más tiempo. Desde luego no he hecho el viaje en vano, pero de haber sabido que era tan aburrido no hubiese venido... Dios mio, he tenido que decir cada cosa... Es un Kavelin al cuadrado, sin más» [93].

S. Stajévich, que estuvo en la cárcel con Chernyshevski y habló con él de este viaje a Londres, nos ha dejado el testimonio más interesante sobre el meollo de la discusión. Tras haber dicho que precisamente la «literatura de denuncia pública», el subrayar, como Herzen hacía, los menudos fallos del absolutismo, amenazaba con resultar útil a éste y ayudarlo a seguir siendo sustancialmente lo que era, Chernyshevski agregó: «Ustedes tendrían que establecer un programa político concreto, digamos constitucional, republicano y socialista, y sólo entonces cada denuncia de los defectos aislados parecería una confirmación de las exigencias fundamentales de su programa; tendrían que repetir incansablemente su *coeterum censeo*» [94]. Justamente cuando Chernyshevski, empujado por la situación, volvía a enunciar los principios generales de su socialismo, veía a Herzen proseguir una polémica inmediata que sólo podía parecerle inútil y perjudicial.

Encontramos la confirmación de que ésta era precisamente la postura de Chernyshevski en aquella *Carta de provincias*, firmada con seudónimo, que el «Kolokol» publicó no mucho después de su visita a Londres. No se sabe quién fue exactamente el autor de ese artículo. Muchos creyeron que era del propio Chernyshevski, pero no parece probable [95]. Otros lo atribuyeron a Dobroliúbov. En cualquier caso, lo escribió alguien que conocía bien las ideas de ambos en ese momento [96]. Al hablar del absolutismo del zar, decía:

> Recuérdelo, un día usted dijo que cuando Rusia se despierte la amenazará un peligro, el peligro de que los liberales y el pueblo

> no se comprendan entre sí, que se separen y que de ello nazca un terrible desastre, un nuevo triunfo del poderío del zar... Ahora usted tiene evidentemente una idea equivocada de la situación en Rusia. Los propietarios liberales, los liberales profesores, los literatos liberales se ilusionan con la esperanza de las tendencias liberales de nuestro gobierno. Pero no todos en Rusia se dejan engañar por los fantasmas... ¿Cuál es la actual postura del gobierno sobre el problema campesino? En la mayoría de los comités regionales (de la nobleza) se han fijado precios espantosos, el Comité central, el demonio sabe lo que hace: hoy decide la liberación con tierra y mañana sin tierra... Mientras se celebran estas inútiles discusiones las esperanzas de los campesinos crecen... y con ellas crecen los errores de los liberales. Todos esperan una solución pacífica y no desfavorable para los campesinos. Así, los liberales van por un lado y los campesinos por otro... Usted, impresionado por la voz de los liberales, tras los primeros números del «Kolokol» ha cambiado de tono, se ha dedicado a hacer elogios de la familia imperial. Usted, el autor de *Desde la otra orilla* y de las *Cartas de Italia,* ha entonado la canción que desde hace cientos de años está arruinando a Rusia. No, no cabe olvidar ni por ún instante que Alejandro II es el zar, el autócrata... Bien lo verá cuando este Alejandro II enseñe los dientes de Nicolás I. No se deje engañar por las cháchara sobre nuestro progreso, seguimos estando en el punto de antes... No se deje engañar por las esperanzas y no engañe a los demás... No, nuestra posición es horrible, insoportable, y sólo el hacha de los campesinos puede salvarnos. Nada, salvo esa hacha, servirá de nada. Esta idea ya se la han expuesto a usted, al parecer, y es sumamente verdadera, no hay otra salvación. Usted hizo todo lo posible para colaborar a una solución del problema; cambie ahora de tono. Que su «Campana» no llame a la oración, sino que toque a rebato. Llame a las hachas de Rusia.

Como el autor de esta carta parece indicar en el final citado, Chernyshevski había ido a Londres justamente a decirle esto a Herzen.

Después de su viaje, dio por cerrada la polémica. Si la volvió a abrir por un momento no fue para discutir con Herzen sobre la inmediata política rusa, convencido como estaba de que ese era un camino equivocado, sino para hablar de la desconfianza —expresada repetidamente por Herzen— respecto a Occidente y de la esperanza que había conservado en la misión de Rusia en Europa.

La idea de que Rusia podría renovar Occidente —decía— se basaba en una sola y única prueba, e incluso ésta no era sino una metáfora histórica, es decir, el paralelo establecido entre la invasión de los bárbaros en el imperio romano y la situación moderna. Ahora bien, no sólo

una pura metáfora constituía un apoyo pobre para sostener semejantes ideas, sino que el mismo hecho de que se trataba estaba mal interpretado. No era cierto que el imperio romano estuviera en decadencia cuando las invasiones. Se podían advertir en él fenómenos de progreso en lo referente a obras públicas, comunicaciones, administración, es decir, en los terrenos que interesaban especialmente a las masas. Justamente la caída del imperio retrasó el progreso durante mil años. En cuanto a los bárbaros, su vida no era sino una mezcla de despotismo y anarquía y no podía aportar nada renovador. Esto lo decía, ante todo, contra los eslavófilos.

> Sus ojos están conformados de modo tan especial que cualquier desecho que miren se les presenta como maravilloso y extraordinariamente útil para vivificar a la moribunda Europa. Así, aseguran que es un excelente hábito de nuestro pueblo el de someterse sin resistencia a cualquier insulto, que la Europa occidental muere por falta de esta laudable costumbre y que se salvará aprendiendo precisamente de nosotros esta humildad... [97].

Al poner estos ejemplos, aprovechaba para hacer una feroz sátira del nacionalismo eslavófilo. Pero no quería hablar sólo de ellos, sino de Herzen, del primero que había indicado en la *obshina* el elemento de la vida rusa que pesaría sobre el futuro desarrollo de toda Europa. Cierto que Chernyshevski veía también en ella un germen de socialismo. Pero no serían los rusos quienes lo impusieran a Europa.

> Estamos muy lejos de alabar la actual situación social de Europa, pero sostenemos que ésta no tiene nada que aprender de nosotros. Aunque se haya conservado en Rusia, desde los tiempos patriarcales (salvajes), un principio que en cierto modo corresponde a una de las situaciones a las que tienden los pueblos avanzados, sigue siendo cierto que Europa occidental va hacia la realización de ese principio con absoluta independencia de nosotros.

Era el punto final de la discusión sobre la *obshina;* ésta debía ser vivificada y transformada por el socialismo occidental, no mostrada como modelo y símbolo de una misión rusa [98].

Remitiéndose a la experiencia de Europa occidental, Chernyshevski había profundizado en el «Sovremennik» su alejamiento de los liberales. En Europa buscó —inducido por las exigencias de la censura, también— los ejemplos que aclararan al público ruso sus posiciones políticas.

Habló de Turgot y del despotismo ilustrado del XVIII francés para demostrar que no se necesitaban proyectos de reformas perfectamente

acabados, sino la fuerza política para realizarlos. Es verdad —escribía— que si Maurepas hubiera podido hacer todo lo que decía, se habría evitado la revolución, pero del retrato que Chernyshevski trazaba de él nacía una sátira parecida a la que pronto Shedrín escribiría sobre los liberales rusos, tan capaces de hablar de reformas como incapaces de saber cómo llevarlas a cabo.

La restauración de los Borbones le sirvió, en cambio, para demostrar los orígenes aristocráticos del liberalismo y afirmar que entre demócratas y liberales había una diferencia sustancial. Explicaba, siguiendo a Louis Blanc, cómo la monarquía de Carlos X había caído por su incertidumbre en elegir entre las fuerzas liberales y las reaccionarias y por su intento final de apoyarse en estas últimas. ¿Podría correr esa suerte Alejandro II? Esta era la pregunta que pretendía suscitar en el ánimo de quien leyera su artículo.

La revolución de 1830 había demostrado a su vez que incluso de una revuelta podían beneficiarse solamente las clases medias. «¿Qué consiguió, en cambio, el pueblo bajo?» En la revolución de julio éste «había combatido sin exigencias propias, sin programa determinado, atraído por la gravedad de la situación a tomar parte en problemas ajenos a sus intereses, sin preocuparse por vender su colaboración, sin fijar ninguna condición antes de ponerse de parte de uno en lugar de otro. Y, naturalmente, no sacó nada» [99]. Esto equivalía a demostrar la absoluta exigencia de un movimiento autónomo de las masas populares.

Narraba después la aparición del movimiento demócrata y socialista durante la monarquía de julio, deteniéndose en las corrientes que podían indicar el camino al movimiento radical en Rusia. Su juicio era negativo sobre los sansimonianos y los blanquistas. Los primeros habían partido de una «idealización de las antiguas relaciones feudales». En estos reformadores se percibían los «descendientes de los aristócratas, los herederos de las concepciones medievales» [100]. En resumen, lo que le irritaba a Chernyshevski era el elemento jerárquico del sansimonismo. Y sobre todo no encontraba en él una política, sino un entusiasmo, una renovación sentimental y religiosa. Era justamente lo que menos le gustaba y que consideraba nocivo para la Rusia de entonces, en la que no faltaba desde luego entusiasmo, pero sí coherencia. Comparaba a los sansimonianos con los eslavófilos, los veía como filántropos. Es indudable, decía, que hay que hacer bien al pueblo; el defecto de los filántropos no es ese, sino ser y seguir siendo hombres de las clases superiores. Sus ideas sólo tendrían eficacia si pasaban a manos de «clases más serias», o sea, del propio pueblo. Y en cuanto a los blanquistas, a aquéllos que en 1839 intentaron un golpe de estado republicano, Chernyshevski veía en ellos un ejemplo que no había que seguir. Nada peor que intentar una revolución cuando todavía no está madura, decía. Eso se ve muy claro —añadía— en la revolución de 1848.

Su artículo sobre Cavaignac, el mejor de esta serie, estaba dedicado justamente al estudio de este problema [101]. Las jornadas de febrero fueron victoriosas porque los obreros y los socialistas se unieron a los republicanos moderados, contra la monarquía de julio. Pero esta alianza era equivocada desde el punto de vista político:

> Los obreros de París pagaron su alianza con los republicanos moderados quedándose durante mucho tiempo sin un trozo de pan, muriendo a miles en la lucha, mientras otros miles eran arrojados a la cárcel. Los republicanos moderados los recompensaron suscitando contra ellos el odio de las otras clases de la población.

Examinando la situación en detalle, Chernyshevski indicaba para Francia las líneas de una política —que será efectivamente la de los radicales de la Tercera República—, la política de no hacerse enemigos a la izquierda y hacer concesiones a las masas obreras por encima de las cabezas de los defensores de las teorías socialistas. Para Rusia, deducía la necesidad de crear un movimiento radical independiente, no ligado a los liberales, a los que comparaba con los republicanos moderados de 1848, con los Lamartine y los Cavaignac de aquella época. «Nada más ruinoso —tanto en la vida privada como en la política— que actuar de modo inseguro, rechazando a los amigos e inclinándose a los enemigos. El hombre honesto que quiere realizar algo útil ha de convencerse de que no puede esperar apoyo de nadie, salvo de quienes comparten efectivamente sus ideas.» La fuerza política que debía surgir en Rusia tendría que aprender de la lección de 1848 a liberarse de las utopías que entonces impidieron actuar a los socialistas. Era una crítica feroz y a menudo aguda de los entusiasmos de su juventud, incluido Louis Blanc, de quien pensaba que había hecho mal al aceptar la presidencia de la Comisión del Luxemburgo, y que no había sabido guiar el movimiento.

El despertar de toda la situación internacional en 1859 le permitió desarrollar estas ideas con referencias a la vida contemporánea, sin tener que recurrir siempre a ejemplos del pasado. A partir de comienzos de 1859 empezó a seguir los asuntos europeos en una sección especial, titulada «Política», de su revista. «La última década ha sido muy grave para los amigos de las luces y del progreso en Europa» [102], escribía en la primera página. También después el tono de la sección seguirá siendo pesimista. Sólo poco a poco y con muchas reservas se convencerá de hallarse ante una recuperación de las ideas derrotadas en 1848. Sus dudas estaban dictadas sobre todo por la presencia de Napoleón III. La polémica contra éste le impidió, por ejemplo, prever y a menudo juzgar con exactitud las consecuencias de su intervención en Italia, junto a Cavour. Contra Napoleón III polemizó también porque temía que su política podría atraer a Rusia a una nueva guerra —esta vez a su lado— contra

Austria. Entonces se mostró decididamente pacifista, pues temía, como Herzen, que la entrada en guerra significase la detención del progreso político que debía provocar en Rusia reformas cada vez más radicales.

Su pesimismo, su voluntad de polemizar contra los liberales, incluso cuando ésto podía parecer seguirles el juego a los reaccionarios, la necesidad en que se encontraba de hablar de Rusia sirviéndose de los acontecimientos de Europa occidental como de un apólogo, lo llevaron a escribir en su sección, en 1859, un artículo que suscitó bastante escándalo. En él hacía la apología de la larga condena de cárcel infligida por los Borbones de Nápoles a Poerio, Settembrini y sus compañeros. Toda la prensa europea hablaba de ellos, desembarcados entre tanto en Inglaterra, como de grandes mártires de la libertad. Chernyshevski aseguraba a los lectores del «Sovremennik» que habían sido castigados lógica y justamente, por haber creído en las promesas liberales de un monarca absoluto. Quienes los encarcelaron habían sido coherentes, y no aquellos liberales que en lugar de luchar contra el absolutismo habían acabado haciéndole el juego. El estilo del artículo tenía algo amargamente swiftiano, era una paradoja, pero en él se encerraba una convicción real de Chernyshevski, casi un remordimiento por la que fue también su política en los años de las reformas, incluso un presentimiento de la suerte que le esperaba. ¿Qué importaba que Poerio y sus compañeros hubieran sido condenados con pruebas falsas? —decía. La razón política del absolutismo exigía que fueran encarcelados; a los revolucionarios les tocaba ser igual de coherentes y lógicos. Sus palabras adquieren un especial sabor si pensamos que el propio Chernyshevski sería condenado, unos años después, con base en un documento falso. «Debemos decir que ni la honradez de Poerio, Settembrini y los demás, ni la elocuencia de los diarios británicos pueden compensar la falta de una visión política clara, falta que se puede comprobar tanto en quienes han tenido que sufrir en la cárcel como en sus defensores» [103]. Es cierto que equivalía a dar una lección de política en carne viva, y era natural que suscitara tanto escándalo. Pero no hay que olvidar que quien escribía esas palabras será capaz de pagar personalmente con veinte años en Siberia su derecho a defender la lógica política. Sólo a ese precio podía diferenciar su voz de la de los liberales rusos, y Chernyshevski no dudó en pagarlo.

Su polémica contra Cavour, polémica que asume un importante lugar en su sección internacional, adquiere su verdadero significado vista a esta luz. Preveía para Cavour, al menos en un primer momento, una derrota final, la derrota que espera a todo liberal que intenta encontrar ayuda en el absolutismo.

> No como reproche hacia Cavour, sino para aclarar los hechos, decimos que se le ha olvidado una sola cosa: el instinto del egoísmo es tan hábil y calculador que quien se deja guiar sólo por él puede

aventajar a cualquier genial ministro. Sobakevich (el tipo del bestia astuto de *Las almas muertas* de Gogol) sería capaz de engañar al mismo Maquiavelo [104].

Preveía, en resumen, que en último extremo Cavour sería derrotado por Napoleón III. Naturalmente, el armisticio de Villafranca parecía darle la razón, y no dejó de subrayarlo. Y si el liberalismo de Cavour le pareció incoherente, otro tanto dijo de sus adversarios, los mazzinianos. Los juzgó débiles porque buscaban continuamente alianzas con los liberales y con las otras fuerzas conservadoras, en lugar de crear en Italia un movimiento puramente popular.

Al examinar, por ejemplo, la situación social de Lombardía, creía poder ver en ella problemas parecidos a los que lo apasionaban en Rusia. Los austríacos habían mantenido alí relaciones de propiedad desfavorables para los campesinos. El nuevo gobierno italiano no había hecho nada para cambiar esta situación. Ni siquiera los revolucionarios mazzinianos se habían preocupado por ello. Y sin embargo —decía—, si existía en los campesinos lombardos un deseo de cambio, no era desde luego de un cambio de gobierno, sino en las relaciones agrarias [105]. Si Austria hubiera querido tomarse un desquite, no tenía más que adoptar la política ya empleada en Galitzia en 1846.

> Si quiere volver a dominar Lombardía, si quiere castigar de modo terrible la infidelidad de las clases altas y de los ciudadanos, no tiene más que prometer a los campesinos reformas en las relaciones agrarias, y éstos se sublevarán con una terrible matanza de propietarios, como ocurrió en Galitzia... Esta oscura masa —casi muda, casi muerta en tiempos normales— no tiene ninguna función en los actuales acontecimientos italianos, lo mismo que no tiene voz en los otros asuntos políticos de Europa occidental. Sus sordas y mudas tendencias son tan poco parecidas a las tendencias históricas de los reformadores de las clases cultas, de los moderados e incluso de los revolucionarios, que muy raramente, incluso éstos últimos, se atreven a apoyarlos abiertamente. La masa, al no encontrar en sus programas nada que responda a sus ideas, se muestra en general indiferente a los reformadores, e incluso normalmente mantiene una actitud hostil hacia ellos... Estos partidos ni siquiera conocen la existencia de esas tendencias, o por lo menos no entienden que para la masa son importantes sólo las revoluciones que conciernen a las relaciones materiales de la posesión de la tierra o de la dependencia del trabajo respecto al capital. La masa permanece indiferente, al no ver representada su propia causa, y acaba cayendo en manos de los reaccionarios, los cuales al menos prometen mantener el orden externo, ese orden que les da el poco pan de todos los días... Así están las cosas también en Italia.

Terminaba diciendo:

> Italianos que deseáis las reformas y la libertad, sabed que podéis vencer la reacción y el oscurantismo sólo haciendo vuestras las tendencias de vuestros compatriotas campesinos oscuros y pobres y del pueblo bajo de la ciudad. O incluís en vuestros programas una revolución agraria, o sabed desde ahora que estáis destinados a perecer a manos de la reacción [106].

Este artículo, bastante mutilado por la censura, que cortó muchos de los pasajes de él recogidos ahora, constituye la clave para entender también sus otros escritos sobre la situación italiana [107].

Evidentemente, Chernyshevski veía en ella un medio para expresar su desconfianza en la política europea de aquellos años, para subrayar lo escasa que era la participación de las masas en ella, y sobre todo para trazar el programa del movimiento que trataba de suscitar en Rusia, para decir a la joven *inteliguentsia* que su futuro estaba en ponerse a la cabeza de los campesinos, sin dejarse atraer por promesas liberales o reformadoras.

Simultáneamente trató de dar una teoría a esta nueva tendencia, de definir cómo era el socialismo que debía guiarla. Dedicó gran parte de su trabajo, en 1860 y 1861, a hablar de las ideas económicas de los socialistas ingleses y franceses, tratando de deducir de ellas una enseñanza global que pudiera indicar —en el terreno de la economía política— la meta de sus ideas.

Esta discusión con los defensores del *laisser faire* era la salida natural de sus polémicas con los liberales. En los partidarios de Say y de Bastiat veía, antes que economistas, apologetas del sistema existente. Habían utilizado los principios científicos formulados por Adam Smith y Ricardo para una tarea de descripción contingente y de justificación del capitalismo, por odio a las ideas socialistas. No eran más que un reflejo de la situación en Francia después de la revolución de 1848, de la situación que llevó a la dictadura de Napoleón III.

Pero, naturalmente, lo que lo impulsaba sobre todo a fijar y exponer sus ideas económicas era la situación rusa. Los propios problemas planteados por la reforma campesina lo pusieron ante el problema de la intervención estatal en la economía. Ante lo ocurrido en Rusia, cualquiera pura teoría del *laisser faire* le parecía hasta ridícula. La enorme fuerza, el inmenso poder económico del estado eran un hecho. La política fiscal, financiera y aduanera así lo probaban, incluso en épocas normales. El gran cambio de propiedades establecido por las reformas demostraba, por otra parte, cuán grande era ese poder en los momentos de transformación. Por lo tanto no se trataba de discutir si era o no necesaria la intervención del estado en la economía; se trataba de fijar sus objetivos y sus modalidades. Responder con el *laisser faire* era una vaciedad. Era como

decir *laisser éclairer, laisser être intelligent.* El *laisser faire* no constituía un fin, sino sólo un medio, al que había que juzgar según las circunstancias y la voluntad política.

Y ahora se había convertido en un medio perjudicial. La reacción en Europa, después de 1848, había tenido que servirse de la fuerza, de la tiranía, para establecer el orden, precisamente porque las clases dirigentes, educadas en el liberalismo, no habían sabido usar el poder del estado de otra manera, pues ni siquiera conocían otros medios y sistemas de intervención estatal.

Quien defendía el *laisser faire* no hacía sino aceptar como hechos naturales, como datos básicos de las leyes económicas lo que no eran más que simples situaciones históricas, a menudo heredadas de la Edad Media: todas las ideas sobre la propiedad de la tierra, los monopolios y los privilegios de toda suerte. En su celo polémico contra la reglamentación estatal, los librecambistas no habían hecho distinción entre las leyes que oprimen y las que protegen y desarrollan la libertad. Estas últimas eran las que había que establecer, combatiendo a las otras. En Inglaterra —donde a pesar de las apariencias el poder económico del estado era más fuerte que en el continente— empezaban a surgir economistas que habían entendido el problema de la intervención estatal, y entre ellos sobre todo Mill. Comparados con ellos los economistas franceses estaban atrasados, igual que la escuela histórica alemana. Por lo tanto, se trataba de desarrollar los principios sentados por Mill.

Es cierto que en un lejano futuro podía verse una situación que correspondiera a los ideales de los partidarios del mercado libre. Pero para llegar a ella había que alcanzar un punto en el que el rendimiento del trabajo fuese tal que la intervención del estado no resultara necesaria. Por ahora el estado tenía que actuar para destruir los monopolios que la competencia creaba fatalmente entre ricos y pobres, débiles y fuertes, propietarios y desposeídos, capitalistas y proletarios. Cuando el trabajo sea verdaderamente libre, cuando sea como un placer, entonces podrá ser cierto el *laisser faire*. Hoy estamos en una situación de tránsito; hoy el estado debe intervenir donde sea económicamente necesario y políticamente justo. El libre cambio es siempre, en sí mismo, una opresión. Sólo la ley podrá combatirlo [108].

Partiendo de esta base, Chernyshevski desarrolló sus ideas sobre la intervención estatal en toda una serie de estudios y artículos. Se trataba de definir criterios directivos, y éstos no podían tomarse más que de la situación existente, examinando las relaciones de clase tanto en Europa occidental como en Rusia.

Había pasado ya mucho tiempo —decía— desde 1789, cuando «los seguidores de Montesquieu daban la mano a los de Rousseau y aplaudían al pueblo de París que tomaba por asalto la Bastilla». Ya unos años después ellos mismos organizaban complots para restaurar a los Borbones. En la época de la restauración se unieron de nuevo por cierto tiempo

con el pueblo para echar abajo al renaciente feudalismo, pero a partir de 1830 la escisión fue definitiva e inevitable. En 1848 la clase media acabó actuando con la aristocracia. La escisión no era tan visible en Inglaterra para un observador superficial, porque la victoria de la clase media sobre el feudalismo aún no era completa, con lo que la burguesía se veía obligada a pedir ayuda al pueblo para llevar a cabo la reforma parlamentaria de 1832, y para suprimir el arancel sobre el trigo en 1846.

> Pero también en Inglaterra vemos a los obreros constituir inmensas uniones para actuar autónomamente en las cuestiones políticas y, sobre todo, en las económicas. El partido cartista se alía a veces con el liberalismo parlamentario, mientras que los extremistas entre los diputados liberales son a veces los oradores que representan las exigencias populares, si no desde el punto de vista económico, al menos del político. Pero, a pesar de estas alianzas, la clase media y los trabajadores —desde hace ya tiempo, incluso en Inglaterra— actúan como partidos distintos, con exigencias diferentes. En Francia, el odio declarado entre el pueblo y la clase media ha llevado a las teorías del comunismo. Los ingleses afirman que, después de Owen, el comunismo no ha encontrado representantes importantes en su literatura, y esta carencia de hostilidad mortal entre los teóricos responde a la ausencia de un odio irreconciliable entre los obreros y la clase media. Pero si los economistas ingleses no encontraron en su literatura pensadores semejantes a Proudhon, en la práctica los sindicatos obreros *(Trade Unions)* representaron algo que corresponde en buena medida a las teorías que los franceses llaman comunistas [109].

Igual que la economía política del *laisser faire* se había convertido en la teoría de las clases medias en el momento de su afirmación y sobre todo de sus continuos compromisos con el pasado feudal, así ahora se trataba de dar una economía racional al socialismo o comunismo de las clases populares, a los movimientos sindicales.

Esta economía del trabajo, contrapuesta a la del capital, trató de realizarla Chernyshevski en las notas a la traducción de Mill que publicó por entonces.

Definía su economía política como «la ciencia del bienestar material del hombre en cuanto éste depende de las cosas y de las situaciones creadas por el trabajo». Como se ve, era un intento de combinar el utilitarismo inglés (que por otra parte tenía en él lejanas raíces, en su juvenil admiración por Helvecio y en general en su ilustración) con la idea de una economía basada en el valor-trabajo. Sobre esta base trataba de simplificar y organizar las ideas de Saint-Simon, Fourier y Owen.

Sin adentrarnos en los detalles de estos intentos, que a pesar de todo siguen siendo fragmentos y tentativas de dar sugerencias para una inter-

vención estatal tendente a asegurar la igualdad y al mismo tiempo el máximo de economía posible —no haciendo nada inútil, reduciendo toda actividad improductiva—, es interesante indicar que Chernyshevski veía los medios para realizar todo esto en las cooperativas agrícolas e industriales, protegidas y eventualmente dirigidas por el estado, pero económicamente vitales. Esto equivalía a ver con los ojos de Owen lo que seguía siendo el núcleo de su visión económica, la *obshina* campesina rusa, desarrollada libremente en formas socialistas en un estado capaz de hacer una política en su favor.

En una página final decía que los ideales comunistas eran más sencillos y elementales que los socialistas, pero que éstos tenían más verdad económica.

> Para asentir al socialismo hay que estar preparados para combinaciones de ideas bastante complicadas; para aceptar el comunismo basta con sentir sobre sí el peso de las relaciones económicas existentes y poseer una normal conciencia humana, según la cual es injusto que carezca de lo necesario un hombre que trabaja y que está dispuesto a trabajar, mientras que quienes no hacen nada disfrutan de bienestar y riquezas. Pero no hay que hacerse ilusiones sobre la facilidad con que las mentes de la masa se ven atraídas por las ideas comunistas, en los momentos de conmoción social. Las costumbres, los usos, las ideas necesarias para la vida comunista están muy lejos de las ideas, usos y costumbres de la gente que hoy vive. A los primeros intentos de construir su vida según estas tendencias comunistas, la gente descubrirá que esas concepciones que tan rápidamente la habían atraído no son adecuadas para ella. Expresado vulgarmente, la masa sentirá muy pronto que ha salido del lodo para caer en el arroyo [110].

Sólo un lento proceso, seguro en su tendencia, pero inseguro en su ritmo, podrá llevar al socialismo o quizás, en un futuro más lejano, al comunismo. Por ahora las dos únicas verdaderas tentativas que se habían hecho, la de los cartistas en Inglaterra y las jornadas de junio en Francia, habían sido derrotadas.

> Pero en nuestro siglo habrá nuevas batallas, ya veremos con qué éxito. Por lo demás, sea cual sea su resultado, debemos saber que incluso cuando se pierden no se hace más que volver a una situación de la que nacerán nuevas batallas. La victoria final la conseguiremos no tras la primera batalla —que quién sabe cuándo podrá producirse—, sino tras la segunda, la tercera y quizás la décima, pues los intereses que tienden a defender la actual organización social son extraordinariamente fuertes [111].

Esta era la tranquila certeza en el socialismo que Chernyshevski se había construido [112].

Llegados así al final de su polémica con los liberales, tras haber visto sus aspectos literarios primero, después los jurídicos y políticos, y por último los económicos, podemos ahora detenernos un instante y ver qué significó en conjunto para Chernyshevski, cuál fue su valor y su peso en su vida.

El aislamiento en que se encontró hacia 1859 fue una dura prueba para Chernyshevski. Había perdido la confianza en las reformas liberales, no veía en la masa campesina más que una paciente espera de la libertad que se le concedería. Había roto con gran parte de la *inteliguentsia,* pero no tenía ningún lazo con la masa campesina.

Es cierto que la propaganda de sus ideas encontraba un eco cada vez más amplio. Para probarlo le bastaba con observar la tirada del «Sovremennik», que aumentaba cada año y que alcanzaría la cifra —notabilísima, muy superior a la de las demás revistas— de unos seis mil ejemplares. Conocía la importancia de este factor, y fue el primero que publicó, a finales de cada año, el informe editorial de su periódico. Pero los ecos de su periodismo seguían siendo genéricos. Comenzaba sólo a agruparse en torno suyo aquella generación de «gente nueva» que se hará más numerosa sólo en 1861 y 1862.

Podía pensar, en suma, que la situación carecía de salida, al menos para un próximo desarrollo político, ya que no para continuar la tenaz afirmación de sus ideas. El escepticismo y la ironía que tanto sorprendieron a sus contemporáneos —lo que se llamó su «nihilismo»— era como el fruto de este juicio.

La pasión que ponía en semejante conclusión nos la ha comunicado en una de sus mejores páginas, escrita diez años después, en Siberia. Volvía a verse a sí mismo en el mundo de la alta sociedad de San Petersburgo, compuesto por intelectuales liberales y por nobles preocupados por cómo comportarse ante las reformas. Parecían decididos a oponerse al gobierno, a defender con fuerza sus intereses, sus tradiciones, bonitas o feas. Eran los mismos nobles que habían dominado con su vida desenfrenada las pequeñas ciudades de las provincias rusas. Y helos aquí ahora —ante una orden del zar, de la burocracia estatal— convertidos en corderillos, fingiendo aceptar las ideas liberales, celosos con las reformas.

> Se habían tranquilizado, como si hubieran enfermado de parálisis. Era ridículo y repugnante ver semejante transformación. Volgin [el personaje que en el *Prólogo* es la encarnación de Chernyshevski] tenía ganas de reír; estaba acostumbrado a convertirlo todo en sátira... No había crecido en la buena sociedad. Sus recuerdos lo llevaban a una vida tosca, pobre. Recordaba entonces las escenas que lo dejaban perplejo ya en su infancia, porque ya en la infancia era reflexivo.

Evocaba a los que, atados con cuerdas, tiraban de las barcazas en el Volga; los reveía en Saratov, por la noche, borrachos, cantar las canciones inspiradas en las viejas revueltas de aquella tierra, llamarse hijos y descendientes de los rebeldes de Sten'ka Razin.

> Un extraño habría pensado: la ciudad está en peligro; se arrojarán sobre las tiendas y las casas para robar; lo harán pedazos todo. Pero bastaba con que apareciera el viejo rostro de un guardia, desde la puerta entornada de una garita, y que les gritara que eran unos animales, para que se dispersaran. El tropel «de los muchachos de Sten'ka Razin» se alejaba, murmurando que afortunadamente el centinela era un buen hombre.

Aquellos bateleros tenían el mismo carácter de los nobles de San Petersburgo. «Estar desilusionados no es nada alegre, aunque a Volgin no le gustaba la nobleza en general y los magnates en particular. Miserable nación, miserable nación, nación de esclavos; de arriba a abajo todos son sólo esclavos» [113].

Llegaba al punto más bajo en su desilusión sobre las reformas, que no habían conseguido suscitar ni un movimiento contra el absolutismo en la *inteliguentsia,* ni un movimiento popular y campesino contra toda la situación social de Rusia.

Pero ya a partir de 1859 los acontecimientos internacionales habían empezado a hacerle pensar en la posibilidad de una recuperación. Y sobre todo el ejemplo de Italia. También los italianos eran un pueblo que parecía resignado a las derrotas de 1848, a la tradicional indiferencia política. Y, sin embargo, en 1860, como decía, «estaban asombrando a toda la Europa liberal con su actividad». Y además, sobre todo, la convicción de que tampoco en Rusia el problema era reformar este o aquel aspecto del estado, sino darle una base y una dirección distintas, acabaría penetrando en las conciencias, cuando por fin se viera cuál era la sustancia de aquellas reformas. Contaba aún con el choque entre las grandes esperanzas y la realidad.

Cuando se publicó el manifiesto del 19 de febrero de 1861 pudo comprobar, observando a quienes tenía más cerca, que no se había equivocado del todo. Nos describe él mismo cómo encontró entonces a Nekrasov, que acababa de leer el manifiesto. «En su rostro había una expresión de dolor; sus ojos estaban bajos... 'He aquí lo que es esa libertad, he aquí lo que es', y siguió hablando dos o tres minutos en este tono. '¿Qué esperaba usted, pues? Hace tiempo que estaba claro que tendríamos exactamente esto', le dije. 'No, esto no me lo esperaba', respondió, y agregó que naturalmente no esperaba nada extraordinario, pero que semejante conclusión estaba muy por debajo de sus expectativas» [114]. Cuando llegaron las noticias de los primeros desórdenes campesinos, la impre-

sión que había sentido entonces Nekrásov —y con él cierto número de personas, no muy grande, de los círculos intelectuales— fue ampliándose hasta formar una corriente de opinión pública, que empezó a pensar que el 19 de febrero no había en realidad cerrado, sino abierto, el problema de las relaciones sociales en Rusia.

La actitud de Chernyshevski en el último año de su actividad será seguir siendo el guía moral, el eje intelectual y político de aquellas fuerzas que daban entonces sus primeros pasos hacia su programa (que el «hombre ruso» había resumido en la consigna: «llamad a las hachas en Rusia»); pero hacerlo con toda la frialdad y la dignidad posibles, para no dejarse arrastrar, para no comprometerse demasiado pronto. Chernyshevski nunca había tenido una gran opinión de aquellos a los que llamará en Siberia «los revolucionarios lineales, que no saben, y ni siquiera quieren, comprender las circunstancias de tiempo y de lugar. En los momentos críticos de la vida de los pueblos esta gente lleva su bandera a través del teatro de los acontecimientos. Eso sí que lo saben hacer... Pero no se puede sacar nada de ellos, o muy poco. Santos muchachos, ciertamente santos, pero muchachos, también eso es cierto» [115]. Y veía ahora a aquellos santos muchachos alzarse ante él, como expresiones del momento y resultado de su actividad de escritor. Su línea de conducta será entonces seguir dándoles ideas, sin dejarse sorprender, o sea, permaneciendo —en la medida de lo posible— dentro de la legalidad, acentuando incluso su función cotidiana de escritor que dirigía una gran revista, subrayando su actividad de intelectual.

Duró poco más de un año. Y después se derrumbó, porque era demasiado grande la diferencia entre los movimientos revolucionarios que se habían ido formando y la capacidad represiva del estado, porque su línea de conducta de jefe legal de un movimiento que tendía rápidamente a entrar en la ilegalidad no podía durar mucho. Se trataba de un momento de incertidumbre, de debilitamiento de una vieja autocracia, de descontento de todas las clases de la población, no de abierta rebelión. Bastará una imprudencia para dar un pretexto para la detención de Chernyshevski, para castigar en su persona a todo el movimiento rebelde de aquel período.

En torno al «Sovremennik» habían ido congregándose espontáneamente los hombres que empezaban a crear grupos clandestinos, a distribuir manifiestos, a tratar de dirigir los movimientos estudiantiles, a buscar los primeros contactos con los campesinos. El poeta Mijailov y el escritor Shelgunov fueron los primeros que tomaron este camino, y ambos eran colaboradores del «Sovremennik». El primero era amigo de Chernyshevski desde sus años de universidad; el segundo era uno de los que compartían sus ideas sobre la *obshina* y sobre el movimiento obrero occidental. También es posible que uno de los tres manifiestos que trataron de imprimir y difundir entonces (uno de ellos dirigido a la juventud, otro a los soldados y otro a los campesinos), y precisamente este último,

hubiera sido escrito por Chernyshevski [116]. Redactado en el habla popular, expresaba ideas que efectivamente eran suyas. Respondía a las preguntas ansiosas que los campesinos se estaban haciendo por aquellos días sobre qué les reservaría realmente el manifiesto del zar, y enlazaba estos problemas con la lucha contra el absolutismo, la liberación de los campesinos con la libertad de todos. Era incluso un intento de explicar en lenguaje popular la necesidad de mirar hacia Occidente para renovar la vida rusa. «Incluso con un zar se puede vivir —explicaba— como viven los ingleses y los franceses, pero a condición de que el zar escuche al pueblo y no se atreva a hacer nada sin él, y de que el pueblo lo vigile severamente, y en cuanto vea algo malo en el zar lo cambie o lo expulse de su tierra, como hacen los franceses y los ingleses» [117]. Terminaba con un llamamiento a los campesinos para que se organizasen y para que buscaran entre los que llevaban uniforme (o sea entre los funcionarios y los oficiales) «aquellos que estarán de parte del pueblo». Ya llegaría el momento de actuar. Y hasta entonces había que economizar fuerzas. «No hay que atraerse desgracias inútilmente; es preciso mantener la calma y no dejar traslucir nada... ¿Qué sentido tiene iniciar la rebelión cuando otras aldeas aún no están preparadas? Eso significaría sólo echarlo a rodar todo. Se empezará cuando todos estén preparados.» Aunque estas palabras no fueran escritas por Chernyshevski, desde luego representaban su postura a comienzos de 1861: no había que desencadenar el movimiento demasiado pronto; había que prepararse y saber actuar en el momento oportuno.

De personas próximas al «Sovremennik» partiría también el primer intento de establecer una prensa periódica clandestina, por modesta que fuera, con un periodiquito llamado «Velikoruss». Como veremos al examinar estos movimientos, resulta dificilísimo definir con certeza las personas que participaron en ellos, pero los nombres que conocemos eran, desde luego, íntimos de Chernyshevski. Las ideas del «Velikoruss» no se identificaban del todo con las suyas, su constitucionalismo no respondía a sus convicciones, pero la aparición de liberales distintos —por temperamento, edad y energías— de los que había conocido en años anteriores debió de parecerle un síntoma de gran importancia, otro indicio de que la situación estaba cambiando.

Cuando empezaron los primeros intentos de organizar la que será la primera *Zemlia i volia,* llegó a su maduración el proceso que tendía a transformar en una organización clandestina los grupos de intelectuales ligados al «Kolokol», por una parte, y al «Sovremennik», por otra. Tanto Chernyshevski como Herzen se resistían a esa tendencia, por desconfianza en las sociedades secretas el segundo y por mantener su línea de conducta el primero. Pero ya sus colaboradores más próximos se estaban adentrando por ese camino. Se ha conservado una típica carta de Ogarëv, de finales de julio o principios de agosto de 1861, donde éste se quejaba de que Chernyshevski seguía aún polemizando con Herzen y no quería

que la juventud se metiera por el camino de las conjuraciones. Hablaba de «escepticismo artificial», de orgullo. «Id a San Petersburgo y decid que es vergonzoso, que no se puede vender a Cristo, o sea, la verdad y la causa en este mundo. Eso es lo que los cristianos llaman pecado contra el espíritu» [118]. Aparte la polémica personal, se trataba ciertamente de un estado de ánimo que se difundía cada vez más. Con creciente insistencia se pedía por todas partes que se iniciara el camino de la organización. Así, a finales de 1861 y comienzos de 1862, Chernyshevski acabó encontrándose, quizás sin haberlo deseado demasiado, en el centro de los grupos de *Zemlia i volia.*

La crisis general del estado había entrado en una fase aguda. Cuando V. A. Dolgorukov, jefe de la Tercera Sección, echó cuentas en un informe al emperador, en 1861 —el año de la reforma—, se vio obligado a confesar que «la situación política era sumamente tensa», agravada aún más por un estancamiento económico general. Hablaba de las revueltas en las aldeas, del «partido del progreso», de los manifiestos subversivos. Agregaba incluso que «era interesante observar que éstos habían suscitado en la lejana Europa la alegría del conocido demagogo Mazzini, el cual los había alabado en un artículo firmado de un periódico de Milán como una prueba de la madurez de Rusia para una revolución política, para el derrocamiento de la dinastía reinante. Afortunadamente —agregaba—, Mazzini y sus imitadores rusos se habían equivocado al juzgar el grado de esa madurez» [119]. Indicaba las fuentes del general descontento: además, naturalmente, del deseo de los campesinos de «obtener las máximas ventajas posibles» de la reforma, el estado de ánimo de la nobleza.

> Esta, doblegándose a la necesidad de renunciar a sus viejos derechos sobre los campesinos y a los innumerables privilegios ligados a ellos, se duele en general de sus pérdidas materiales, que considera injustas y derivadas de la situación de las finanzas del estado. Así, todo el peso de las sabias medidas de prevención del proletariado, el cual constituye la mayor desgracia de los otros estados de Europa, cae ahora exclusivamente sobre la nobleza rusa, amenazándola con una sensible sacudida. El descontento de los nobles no ha llevado aún, en la mayoría de quienes componen esta clase, a abiertas ideas de disturbios. Pero individuos aislados, sobresalientes en las filas de los nobles liberales, han comenzado a marchar, desde su soledad campestre, por la vía de la política, sembrando con la palabra impresa y escrita ideas sobre la libertad que van mucho más lejos de las intenciones del gobierno.

Una vez concluida la reforma, una parte de la nobleza había llegado a formular su descontento en forma política. No pedía ya una vuelta atrás, a la servidumbre de los campesinos, sino en cierto modo un coronamiento del edificio, como dirá por esos años Napoleón III en Francia,

o sea, una serie de concesiones liberales. Para algunas capas de la aristocracia, sobre todo para la más alta, estas exigencias estaban tomando la forma de proyectos oligárquicos. En otros grupos, más numerosos, se empezaban a discutir esquemas constitucionales más amplios.

Era la continuación de las tendencias que siempre se habían manifestado en Rusia tras las diversas fases del progresivo asentamiento del absolutismo, desde Pedro el Grande y Catalina II. Ya en 1730 —cuando la más alta aristocracia trató de coronar las reformas de Pedro el Grande con una constitución de tipo nuevo— sus peticiones no habían consistido en un puro y simple retroceso, en un intento de restaurar la tradición de los boyardos, sino en el intento de que las reformas desembocaran en libertad para los nobles. También la oposición ilustrada a Catalina II había hundido sus raíces en esta reacción nobiliaria. También en el movimiento decembrista habían luchado contra el absolutismo la tradición aristocrática y las tendencias liberales, fundidas entre sí. Chernyshevski dijo una vez, en la cárcel, que habría sido un gran bien que semejantes tendencias hubieran triunfado ya en 1730, pese a que entonces tenían un claro carácter de casta. Una vez en el poder —agregaba—, incluso aquel constitucionalismo oligárquico habría tenido que hacer algo por las otras clases. De haber existido una limitada libertad, los elementos progresivos habrían podido vencer. «Lo más terrible de todo es siempre el Leviatán, el monstruo informe que lo traga todo» [120].

Estaba dispuesto, pues, a mirar con atención y a valorar positivamente —aunque no compartiera sus ideas— las corrientes de la nobleza rusa que, una vez terminada la reforma, reanudaron en cierto modo estas viejas tradiciones, sin pedir ya esta o aquella modificación de detalle de los planes de la burocracia, sino libertad de palabra y libre juego de las fuerzas políticas. Eran intentos modestos y limitados, procedentes sobre todo de la nobleza de las tierras pobres, de las regiones del norte. Para ellos el rescate que los campesinos tenían que pagar resultaba insuficiente, no permitía el desarrollo de aquella industria que era la única posibilidad de vida económica local; por lo tanto, eran más sensibles que otros a la necesidad de pasar rápidamente a una fase más moderna, menos patriarcal de la vida rusa. Ya en enero de 1860 la mayoría de la nobleza de la región de Vladimir pedía una clara separación de poderes, la igualdad de todos ante la ley, el desarrollo del crédito agrario. En Tver se había ido formando el centro de esta oposición liberal, que agrupaba hombres ya ligados a los movimientos pasados, decembristas vueltos del exilio de treinta años en Siberia, *petrashevtsy* como A. I. Evropeus o Saltykov-Shedrin, junto con hombres nuevos, como A. M. Unkovski, el animador, la figura central —sobre todo en su fase inicial— de este grupo de nobles liberales al que pertenecieron también los hermanos de Bakunin. Habían hecho mucho, con anterioridad, en pro de una reforma campesina más rápida y racional, para que se realizase «con la tierra». Eran un típico ejemplo de aquellos hombres libres sobre los que se apoyó el poder para

llevar a puerto la reforma, combatida por los elementos más retrógrados y más interesados en mantener en sus manos las tierras y los siervos. Tras la liberación no se habían detenido, y ahora pedían más, poniéndose a la cabeza de los elementos liberales de la nobleza rusa. A comienzos de 1862 se dirigió una petición al emperador con 112 firmas. Se criticaban en ella los retrasos en la ejecución de la reforma; se decía sobre todo que «las transformaciones absolutamente indispensables ahora no pueden realizarse ya con el método burocrático. No pretendemos, desde luego, hablar por todo el pueblo, aunque nos hallemos cerca de él; pero estamos firmemente convencidos de que la buena intención no basta por sí sola no solamente para satisfacer las exigencias del pueblo, sino ni siquiera para indicarlas. La convocatoria de elegidos de toda la tierra rusa representa ahora el único medio para resolver de forma satisfactoria los problemas planteados, pero no resueltos, por el manifiesto del 19 de febrero». En otro documento estos nobles de la provincia de Tver insistían en la necesidad de una magistratura independiente, en la «publicidad» de todos los actos gubernativos y administrativos, y volvían a hablar de la «reunión de los elegidos de todo el pueblo, sin distinción de clases, para crear libres instituciones» [121].

También en otros centros se pronunció la nobleza, en 1862, por la autonomía administrativa y una forma de libertad política. En la misma Moscú esas ideas encontraron notable eco.

Estos hechos convencieron a Chernyshevski, a comienzos de 1862, de la posibilidad de que Alejandro II no consiguiera —como había hecho hasta entonces— sujetar las riendas de la situación; se vería obligado a dejar actuar libremente las fuerzas sociales, aboliendo la censura y apelando a los representantes de la nación. Un hecho reciente parecía confirmar este enfoque: la censura había pasado a manos en apariencia más liberales. En los primeros días de enero escribió, pues, un artículo que era, en su intención, como un sondeo de la situación. Lo tituló *Cartas sin dirección*. Estaba muy claro, por su contenido, a quién iban dirigidas: al propio emperador. Con gran habilidad y dura dignidad le indicaba cuál era, en su opinión, el único camino. La prueba resultó negativa; la censura no permitió la publicación de siquiera una línea [122].

En estas *Cartas sin dirección* Chernyshevski aventuraba desde el principio la hipótesis que creía más probable, a largo plazo, es decir, que el pueblo campesino acabaría un día tomando en sus manos la defensa de sus intereses. «Ningún cuidado ajeno puede dar los resultados que produce actuar por propia cuenta.» Pero costaría caro, muy caro.

> El pueblo es ignorante, dominado por toscos prejuicios y por un ciego odio a todo lo que difiera de sus hábitos salvajes, no hace la menor distinción entre la gente que lleva ropas diferentes de las suyas. Actuará contra ellos sin excepción, no perdonando ni a nues-

> tra ciencia, ni a nuestra poesía, ni a nuestras artes. Destruirá nuestra civilización.

Era una amenaza, aunque no inmediata. De momento, el pueblo aún se mostraba apático; sus revueltas eran síntomas y no representaban un peligro urgente. Por eso aún se podía actuar por vía política. Pero tampoco aquí había que hacerse ilusiones. Era reducido el número de personas que seguían realmente al zar, igual que era pequeño el grupo que empezaba a oponerse con firmeza a la política oficial, el grupo que rodeaba al propio Chernyshevski. La continuación del duelo entre estas dos fuerzas, las únicas verdaderamente activas entonces, conduciría a un resultado negativo. Podían encontrar un interés común: ampliar la participación en la vida política a cuantos hombres y clases fuera posible. El descontento general demostraba cuán necesario era esto.

La nobleza empezaba a moverse en defensa de sus intereses. Al principio su movimiento pareció impotente a muchos (y también al propio Chernyshevski), pero la situación acabó por darle un peso que antes no tenía. El peligro de una rebelión campesina, la radicalización de una parte al menos de la *inteliguentsia,* habían provocado una conjunción de las exigencias de la nobleza con las de la gente culta. Juntos pedían ahora libertad y vida política. Los nobles ya no querían un retroceso; habían aceptado lo inevitable, el final de su dominación esclavista sobre los campesinos. Ni siquiera hablaban ya de sus intereses de clase, sino de los intereses generales. No es que faltaran movimientos puramente oligárquicos, pero carecían de importancia.

> En las ideas sobre la reforma general de la legislación, sobre la necesidad de basar en principios nuevos la administración y la justicia, sobre la libertad de palabra, la nobleza se limita a representar ahora a todas las demás categorías, y ha asumido tal función no porque estas exigencias sean más fuertes en ella que en las otras clases, sino únicamente porque posee, en el régimen actual, una organización que le da la posibilidad de formular exigencias políticas. Si las otras clases tuvieran órganos legales para expresar sus pensamientos, hablarían sobre estos problemas en el mismo sentido que la nobleza, aunque con mayor decisión. Cualquiera otra clase siente más todavía que la nobleza el peso de los defectos generales de la actual organización estatal.

Es verdad que se estaba sólo al inicio de un proceso de politización general, pero estos síntomas bastaban ya para demostrar que los problemas no podían resolverse como se había tratado de hacer con la reforma campesina, apoyándose en la burocracia central. Los resultados de una reforma que había pretendido ser técnica, administrativa, eran ahora evidentes. «En el régimen burocrático resultan absolutamente inútiles los

conocimientos, la inteligencia, la experiencia de la gente a quien se confía una tarea. Acaba por actuar como una máquina que no tiene opiniones.» Había, pues, que pasar de esta administración absolutista a una libre discusión política. Chernyshevski empezaba a dar ejemplo de ello en la última parte de estas *Cartas,* explicando la difícil situación en que las reformas habían colocado a los campesinos.

Desde el comienzo del artículo se preguntaba si adoptar tal posición no era, por su parte, «traicionar al pueblo». Con dureza y habilidad al tiempo, el escritor respondía que sí. ¿Por qué lo había escrito, pues? La respuesta se hallaba evidentemente en su convicción de que el movimiento campesino, por difundido que estuviera, no tenía la posibilidad de desembocar en una rebelión general y, por otra parte, en la convicción de que las fuerzas de la «gente nueva», por modestas que fueran, bastarían para dar una directriz al movimiento de los hombres libres, si éste se ampliaba y se profundizaba. Ya no se trataba de apartarse de los liberales, como en 1859, sino de ponerse a su cabeza.

Ya no se sentía solo; le había sorprendido la energía, el espíritu de sacrificio, la fuerza de la humanidad de aquellos a quienes veía en torno a sí. Dobroliúbov —el único que compartía sus ideas— había muerto entre tanto, pero las reacciones de la juventud, la multiplicación de los seguidores de la corriente creada por ellos dos, le decía que había surgido una nueva fuerza. Como recordará unos años después, en el exilio, uno de los que en esos momentos se acercaron a él: «Chernyshevski, el frío e inaccesible Chernyshevski, se alegraba como un niño ante cualquier aparición de vida en Rusia, ante cualquier acto que demostrase conciencia y energía» [123].

Este último intento de Chernyshevski quedaría pronto truncado por la reacción. Ya en abril de 1862 empezaron a elaborarse las medidas represivas que llevarían, en el verano de ese año, a la suspensión del «Sovremennik» y al arresto de Chernyshevski. En un informe de V. A. Dolgorúkov, jefe de la gendarmería de Alejandro II, del 27 de abril, se exponían con claridad las razones políticas generales de estas medidas. Las concesiones en sentido liberal habían permitido el nacimiento de un estado de ánimo y un movimiento que tendían a arrebatar la iniciativa de manos del poder. Había que apresurar la solución de los asuntos pendientes de la reforma campesina, poniéndole el sello final. No había que olvidar nunca que los nobles que demostraban entonces su descontento eran también oficiales, y que de los campesinos que se rebelaban acá y allá provenían los soldados, el ejército «en que se basaba la seguridad del imperio», y cuya disciplina había de cuidarse muy en especial. Había que tomar medidas para privar a los establecimientos superiores de enseñanza del significado político que se habían atribuido. Había que limitar aún más la libertad de prensa. Y Alejandro II anotaba: «Esto es del todo conforme a cuanto yo deseo» [124].

Su línea de conducta, a la que permanecerá fiel durante los veinte años de su reinado, era seguir concediendo lentamente, sin dejárselas arrancar, reformas parciales, de carácter administrativo y social, sin permitir nunca que se plantease el problema político. Contra dicha política tendrá que pelear todo el movimiento populista, necesitado de luchar directamente contra el absolutismo con rebeliones y atentados, y al tiempo de contribuir a crear con la propaganda una situación en la que el duelo solitario entre revolucionarios y poder fuera sustituido por la participación de todos los hombres libres, de todas las categorías sociales, en la discusión y la solución de los problemas generales. En resumen, se veía ante la necesidad de crear una fuerte organización revolucionaria y al mismo tiempo de afirmar su voluntad democrática. En las *Cartas sin dirección* Chernyshevski había planteado el problema en sus términos iniciales, en el momento de mayor auge de la oleada de descontento y de esperanzas que siguió a la reforma del 19 de febrero de 1861. Ahora las medidas represivas que se preparaban le harían palpar lo difícil que era en Rusia tratar de ampliar democráticamente el movimiento.

Debían ser, como decía Dolgorúkov, «medidas extraordinarias». Y le parecían más difíciles de tomar de lo que en realidad eran. «El más pequeño error o fracaso en disposiciones gubernativas de tan vasto alcance puede conducir a un estallido prematuro, cuyas consecuencias son imprevisibles.» Hacía una lista de las cincuenta personas a quienes castigar de distinto modo en San Petersburgo, y el primer nombre era el de Chernyshevski. Una anotación del informe, de distinta mano que la de Alejandro II, escribía, a finales de abril de 1862, junto a su nombre: «Es aún necesario.» Es decir, tenían miedo de tocarlo, querían golpear en el momento justo.

Los incendios que durante el verano se produjeron en la capital —casuales, con toda probabilidad, pero que la prensa reaccionaria aprovechó como una prueba de actividad revolucionaria—, la difusión del manifiesto *La joven Rusia,* crearon la situación psicológica esperada. Se suspendió la publicación del «Sovremennik» [125]. Sólo faltaba una justificación jurídica para la detención de Chernyshevski. Y la proporcionó Herzen, por imprudencia. Confió una carta a un viajero que regresaba a Rusia, y se la entregó en presencia de otras personas, entre las cuales se hallaba un agente de la Tercera Sección, que se apresuró a telegrafiar la noticia a San Petersburgo. El viajero fue detenido en la frontera. En una de las cartas —de Herzen a Serno-Solov'ëvich— se leía la propuesta de imprimir el «Sovremennik» en Londres. Serno-Solov'ëvich y Chernyshevski fueron detenidos.

Mientras que Herzen expresó en sus memorias su dolor por esta fatal imprudencia, parece que Chernyshevski —ya por su carácter fuerte en la resignación, ya porque sabía perfectamente que sólo había sido un pretexto— nunca habló de ello con nadie, ni siquiera en su larga prisión.

Desde el otoño del año anterior se había establecido una vigilancia sobre él y sobre las personas que lo trataban, se había contado con la complicidad de su portero y se le había enviado una cocinera «para referir todo lo que pudiera saber de la familia Chernyshevski» [126]. Pero su habilidad para ocultar sus acciones había sido notable. Confiaba sobre todo en su posición de escritor, independiente, sí, pero que declaraba que no quería saber nada de conjuras. No le faltaron en ese período advertencias sobre el peligro que corría. La campaña de los periódicos reaccionarios contra él, reforzada a partir de 1859, era ya un claro síntoma. «A partir del verano de 1861 —como dirá más adelante— se difundió el rumor de que sería detenido, de inmediato o al día siguiente» [127]. Recibía cartas anónimas —y las recibía respecto a él la policía, la cual no quería, por propio interés, que Chernyshevski se alarmase [128]. Se le invitó incluso a refugiarse en el extranjero, a aceptar un puesto científico, e incluso en el último momento el gobernador de San Petersburgo —el príncipe Suvorov, que tenía fama de liberal y que en cierto sentido lo era realmente, pero en el sentido que Chernyshevski no quería dar a esta palabra— le envió a su ayudante de campo con la propuesta de que se marchase de Rusia. La policía había dispuesto hacía ya tiempo, es cierto, que se le negara el pasaporte si lo pedía, pero se le dijo que se podría superar esa dificultad si aceptaba los consejos de Suvorov.

Hasta el final quiso permanecer en su puesto en el duelo con el poder. Toda su vida se resumía en esta decisión. Le inducía a ello su resignación —con algo de religioso—, su certidumbre de estar destinado a la cárcel, la voluntad de demostrarse una vez más su propia firmeza, en torno a la cual tanto se había atormentado su conciencia desde muchacho; la seguridad de no haber dejado pruebas desde el punto de vista jurídico, quizás un elemento de ilusión sobre la solidez del poder de Alejandro II, y sobre todo su coherente postura de intelectual que defendía sus propias convicciones.

Desde julio de 1862 a mayo de 1864 permaneció casi dos años en la fortaleza de Pedro y Pablo. Este largo período de instrucción de la causa obedecía a un hecho sencillísimo. Como decía al principio la propia policía, «la Tercera Sección no posee hechos jurídicos para inculpar a Chernyshevski de haber escrito llamamientos a la rebelión o de haber suscitado subversiones contra el gobierno» [129]. La misma carta de Herzen contenía en el fondo sólo una invitación. Podía ser una prueba política, pero no jurídica. Sólo quedaba fabricar una, y así se hizo. Encontraron un provocador bastante metido en el ambiente del «Sovremennik» para ello, y le indujeron a componer notas y cartas falsas que probaban que el llamamiento a los campesinos del que antes hablamos era de Chernyshevski. Sobre esta base, una comisión de senadores le condenó, el 17 de febrero de 1864, a catorce años de trabajos forzados en Siberia y a la deportación de por vida a aquella tierra. Dos meses después Alejan-

dro II confirmaba la condena, reduciendo a siete años el período de trabajos forzados.

Chernyshevski se defendió con inteligencia y dignidad, luchando inútilmente contra los medios inicuos que la Tercera Sección utilizaba contra él, contra la obtusa imbecilidad de los jueces que debían condenarlo. Cuando su amigo Mijailov, detenido en 1861, hizo abierta profesión de fe de sus ideas, reconociendo todo lo que le achacaban, Chernyshevski lo admiró, pero no lo aprobó. «No debió confesar —dijo—; debía haber hecho todo lo que estaba en sus manos para salvarse. Ya somos pocos, ¿por qué meternos en la jaula?» [130]. No renegó de sus ideas, desde luego —sobre las cuales, por otra parte, ni siquiera le interrogaron; los jueces no tenían dudas sobre este punto—, pero trató de defenderse, en vano, en el terreno jurídico [131]. Pero como podía leerse en la sentencia, fue condenado en realidad por ser uno de los principales colaboradores del «Sovremennik». «En la revista se desarrollaban sobre todo ideas materialistas y socialistas, tendentes a la negación de la religión, de la moralidad y de la ley, hasta el punto de que el gobierno había creído necesario suprimirla. Simultáneamente se descubrieron circunstancias que hicieron comprender que Chernyshevski desplegaba una actividad perjudicial para el propio gobierno» [132]. Evidentemente importaba muy poco que esas circunstancias fueran jurídicamente insuficientes.

En la fortaleza de Pedro y Pablo escribió muchísimo. Su actividad era casi la continuación —confiada y desesperada al tiempo— de su trabajo en el «Sovremennik». La cárcel le hizo pensar, al menos al principio, en poder reanudar el estudio de la filosofía que su intensa actividad política y periodística le había hecho abandonar casi por completo en los últimos años. Decía que cuando estuviera en libertad se dedicaría precisamente a esto.

> Ahora podré conseguir más fácilmente medios de vida, porque una actividad de ocho años me ha procurado un buen nombre. Me quedará, pues, tiempo para trabajos en los que he soñado largamente. Mis planes están ya definitivamente elaborados. Empezaré una *Historia de la vida material y espiritual de la humanidad* en muchos volúmenes, una historia como aún no se ha escrito, porque las obras de Guizot, Buckle (e incluso Vico) están hechas sobre un plan demasiado restringido y su ejecución es mala. Y después un *Vocabulario crítico de las ideas y de los hechos*, basado sobre esa historia... [133].

Continuaba así enumerando estos proyectos en los que se percibe la exaltación de la soledad y una voluntad de trabajo que se venga con la imaginación de la imposibilidad de actuar. Su obra cotidiana de ilustrado se transformaba, en la fortaleza de Pedro y Pablo, en un sueño enciclo-

pédico. Nos ha quedado algún esbozo de este proyecto, pero carece de importancia.

La falta de material lo llevó pronto por otro camino, hacia la literatura.

> Desde hace mucho tiempo me había preparado, entre otras cosas, para una actividad literaria. Pero estoy convencido de que las personas de mi carácter deben ocuparse de eso solamente en los años no jóvenes. Antes no tendrían posibilidades de éxito.
>
> Rousseau había llegado a la vejez; Godwin. también. La novela es algo destinado a la masa del público, y la más seria, más de ancianos, entre las ocupaciones de un escritor. La ligereza de la forma debe ser redimida por la solidez de los pensamientos que así se infunden en las masas. Hasta ahora no había hecho más que recoger materiales para el último período de mi vida [134].

En la fortaleza, tras haber traducido a Rousseau, probó, pues, a seguir las huellas de Godwin, que en su vejez recogió en forma novelada las ideas comunistas y humanitarias expuestas en su juventud [135].

Está bastante claro, por estas palabras, qué entendía Chernyshevski por novela. Dentro de estos límites, muy conscientes, por otra parte, como se ve, hay que decir que consiguió hacer lo que pretendía de modo sumamente afortunado. *¿Qué hacer?*, escrito en ese período, publicado poco después en el «Sovremennik» —que después de su detención había conseguido reanudar su publicación—, será el libro con el que se formará toda una generación de estudiantes y revolucionarios populistas, el código de la vida de una joven *inteliguentsia*. Era la historia novelada de los orígenes de ésta, de su aparición en los años que siguieron a la guerra de Crimea; de sus problemas morales, personales; de su repugnancia al verse en una sociedad encerrada en mezquinos intereses, inculta y fea; de sus entusiasmos; de la formación de su personalidad a través de bruscas y paradójicas resoluciones; de sus primeros intentos de crear una vida distinta, personalmente libre y al tiempo consagrada al pueblo. El libro había sido escrito para esa juventud y sólo para ella. Las «comunas» estudiantiles —es decir, los grupos de jóvenes que vivían poniendo en común sus casas y sus medios, que serán focos de todas las conjuras populistas de los años sesenta—, así como las cooperativas de producción a través de las cuales se acercarán al pueblo en las ciudades, se indicaban en la novela como las primeras respuestas a la pregunta: ¿qué hacer? En el último capítulo se señalaba —en términos velados para los profanos, pero bastante claros para quien quería buscar en ellos la esperanza ya arraigada en su corazón— la salida revolucionaria de este esfuerzo de autoeducación y de actividad social. Uno de los personajes, podemos decir que el héroe de la novela, era ya una figura típica de revolucionario de aquellos años, el hombre para quien los problemas de la vida no se

resuelven en función de una afirmación de libertad personal, sino en función de la tarea que le espera, de su peligrosa y radical oposición al absolutismo.

No era, desde luego, el Chernyshevski de las agudas visiones políticas, el Chernyshevski que había suscitado y guiado en cierto modo desde lejos esta juventud, encerrado en sí y en su difícil juego contra el poder. El mismo explicó en la novela, aunque en términos velados, por qué —antes de la detención— había adoptado esa actitud [136]. Ahora podía pronunciar, en cambio, las palabras que no había creído oportuno decir mientras tuvo esperanzas de actuar de otra forma. Era como una confesión. Contenía todos los elementos de moralismo, de rareza, de psicologismo introspectivo, duro e insistente, que había en su personalidad, y que él había reabsorbido cuando se consagró por entero a una actividad de ilustrado y de político. Las mismas ideas socialistas que exponía aquí eran más bien las de su juventud; sonaban más a Fourier que a las teorías económicas a las que había llegado reflexionando sobre Mill y sobre los problemas de la intervención estatal en la economía. Hasta la forma literaria y la trama reflejaban la literatura romántica, sobre todo la de George Sand, de la que —cuando había podido trabajar y actuar— se había apartado con irónica sonrisa. Pero precisamente eso, los elementos más juveniles y sentimentales expresados en su novela, le garantizaban el éxito. Le permitieron tener toda la influencia que después efectivamente tuvo —en una época de mayor reacción y de decrecientes esperanzas en una inmediata reapertura de los problemas políticos— sobre una juventud que debía en cierto modo empezar de nuevo desde el principio, tras la experiencia que finalizó con la detención de Chernyshevski [137].

Además de *¿Qué hacer?* escribió en la fortaleza de Pedro y Pablo otros varios relatos, que quería recoger en una colección, pero que no tienen el interés de esta novela. Podemos elegir sólo aquí y allá una página viva, generalmente autobiográfica. Así, por ejemplo, en un largo relato, titulado *Al'ferev,* trazaba la figura de un personaje al que bautizó Dikarev —con un nombre derivado de la palabra *dikar'* (salvaje)—, poniendo en su boca esta confesión:

> No quería, no podía desde luego imprimir e imprimir sin descanso, como hacen los literatos. Sólo durante dos o tres años trabajó ininterrumpidamente y mucho, pero fue un período absolutamente excepcional en su vida. Ya no era joven, su modo de pensar se había determinado por completo, y no respondía a ninguna de las concepciones que entonces disputaban... Dikarev no encontró en la literatura contemporánea un partido cuyas opiniones correspondiesen ni aproximadamente a las suyas. Pero sentía la necesidad de expresar sus convicciones. Se abandonó a aquella llamada no del talento, sino de la conciencia, y trabajó apasionadamente... No

> fueron obras de mi voluntad —decía—, no era dueño de escribirlas o no; la naturaleza, que hace aparecer de vez en cuando el rayo, las produce por mi medio; éstos no son libros, sino fenómenos de la vida y la naturaleza. Por eso son fuertes. Yo mismo apenas tengo un poco de fuerza... [138].

Las dudas sobre su carácter, que lo atormentaron de joven, se habían resuelto así en esta fe en sus obras. Sabía que en dos o tres años había conseguido crear algo importante.

El 19 de mayo de 1864 se celebró la ceremonia de la «ejecución civil» de Chernyshevski. Muchos contemporáneos nos han descrito lo que fue su definitivo alejamiento de San Petersburgo. Quizás la narración más característica, dentro de su sencillez, es la de F. Frei [139].

> Una alta columna negra con cadenas, el cadalso, rodeado por soldados, gendarmes y guardias cívicos uno al lado de otro para mantener a la gente a la debida distancia; una gran cantidad de personas bien vestidas, de carrozas, de generales que iban de un lado a otro, de señoras muy elegantes, todo demostraba que estaba a punto de ocurrir algo fuera de lo común. Una viejecita me ofreció un taburete —«Los pobres tienen que ganarse el pan», me dijo—. Pero aunque en vez de diez copecs me hubiera pedido cincuenta habría cogido el taburete, porque había mucho público en la tercera fila... La carroza se detuvo a cincuenta pasos de mí... La muchedumbre se lanzó contra ella, y se oyó a los guardias gritar: «¡Atrás!» Tres hombres pasaron rápidamente a lo largo de la fila de guardias; eran Chernyshevski y dos verdugos... Se oyeron voces contenidas: «¡Fuera los paraguas!»; y se hizo el silencio. Subió un policía al cadalso. Los soldados se cuadraron. El verdugo le quitó el gorro a Chernyshevski y se inició la lectura de la condena. Duró alrededor de un cuarto de hora. Nadie pudo oír nada. El propio Chernyshevski, que ya la conocía, se interesaba menos que nadie. Buscaba aparentemente a alguien y recorría sin interrupción con los ojos toda la muchedumbre. Dos o tres veces hizo un gesto con la cabeza hacia un lado. Por fin acabó la lectura. Los verdugos le pusieron de rodillas. Le rompieron una espada en la cabeza y le colocaron los cepos que había en la cadena sujeta a la columna. En ese momento caía una intensa lluvia. El verdugo volvió a ponerle el gorro. Chernyshevski le dio las gracias y se lo ajustó en la cabeza, en la medida en que se lo permitían los cepos de las manos, y después, poniendo una mano sobre otra, esperó tranquilamente el final de este procedimiento. En la muchedumbre reinaba un silencio de muerte. La viejecita que daba los taburetes no hacía más que dirigirme preguntas de este tipo: «¿Lleva su ropa o no?

¿Ha venido en carroza o en carro?» Yo sofocaba continuamente las lágrimas para responderle de alguna manera. Cuando acabó la ceremonia todos se arrojaron sobre la carroza, rompieron el cordón de los guardias, que se habían cogido de las manos, y sólo los esfuerzos de los guardias de a caballo consiguieron alejar a la gente. Entonces (lo sé con certeza, aunque no lo vi) se le arrojaron ramos de flores. Una mujer fue detenida. La carroza echó a andar y, como siempre ocurre con los prisioneros, marchaba al paso. Muchos se aprovecharon de ello, entre éstos quienes querían verle de cerca. Alguien dio la señal de una ovación. Esa señal fue dada por un joven oficial que se quitó el sombrero y gritó: «¡Adiós, Chernyshevski!» Otros recogieron de inmediato este grito, y se mezcló con otro más atrevido: «¡Hasta la vista, Chernyshevski!» Oyó esos gritos y respondió a ellos con gran cortesía desde la ventanilla, con inclinaciones... Cuando decidieron apresurar la marcha de la carroza el grupo que estaba delante siguió corriendo, continuando los gritos y los gestos con los pañuelos y los sombreros. Los tenderos —iba a lo largo de un mercado— miraban asombrados aquel insólito espectáculo. Chernyshevski comprendió antes que nadie que el grupo de impulsivos, si se alejaba de la muchedumbre, sería detenido de inmediato. Inclinándose de nuevo con la más alegre de las sonrisas (evidentemente partía con buen ánimo) hizo un gesto de amenaza con el dedo. La muchedumbre se dispersó poco a poco, pero algunos cogieron carrozas de alquiler y le siguieron un rato.

Sólo hay que agregar un detalle: durante esta ceremonia tan medieval y moderna al tiempo colgó de su pecho un cartel en el que estaba escrito: «Criminal de estado».

Se pensó por un momento hacer con él lo que Nicolás I hizo con Bakunin: no enviarlo a los trabajos forzados a Siberia, sino encerrarlo en una fortaleza, esta vez en Shlisselburg, la prisión de los políticos más peligrosos desde el XVIII hasta 1905. Pero al final se decidió que cumpliera la condena. Pudo despedirse de su mujer, su hijo Alejandro, algún amigo —entre ellos los que se quedaban en el «Sovremennik»— y un doctor amigo suyo, Bokov, en el que se inspiraba uno de los personajes del *¿Qué hacer?* Dos meses después, a través de Irkutsk, llegaba a las minas de Nerchinsk.

Los trabajos forzados (la *katorga)* a que se condenaba a los criminales de estado eran en realidad una cárcel; como los decembristas primero, y más adelante muchos de los revolucionarios populistas y socialistas, estuvo prisionero aquí y allá en diversos lugares, sin obligación de trabajar en las minas. Durante un año estuvo con Mijailov, su amigo poeta; después, con prisioneros polacos, y después, con los condenados de los diversos intentos de organización populista que se sucedieron en los años

sesenta. A partir de 1866 se hizo durísima la vigilancia ejercida sobre él, porque una de las primeras ideas de aquellos grupos fue siempre liberarlo. A finales de ese año Chernyshevski fue trasladado al *Aleksandrovski zavod,* un gran centro de castigo de la región de Irkutsk [140]. Allí encontró, poco después, a muchos de los condenados a consecuencia del atentado de Karakozov.

Cuando en agosto de 1870 se cumplió el plazo de reclusión, las autoridades se preguntaron si podían liberarlo, pero el informe presentado entonces al emperador observaba que mejor sería no hacerlo, «dada la influencia que Chernyshevski tenía sobre los partidos subversivos y dado que podría convertirse en el centro del nihilismo revolucionario en el extranjero». El consejo de ministros consideró también que era necesario confinarlo en Siberia, y el emperador confirmó este parecer [141].

Así, se le fijó residencia en una aldea no muy alejada del minúsculo centro de Viliuisk, a varios cientos de kilómetros de Yakutsk. Pero a consecuencia de una nueva tentativa de organizar su fuga por parte de uno de los más audaces revolucionarios de entonces, G. A. Lopatin, Chernyshevski fue encerrado otra vez en la cárcel, bajo estrecha vigilancia, hasta finales de 1871. Después se quedará en Viliuisk —pequeño centro habitado casi exclusivamente por yakutos, que ni siquiera hablaban ruso— durante más de once años. Fueron rarísimos en ese período sus contactos personales con revolucionarios deportados o de paso. Vio más que nada a algún campesino «creyente viejo», relegado allí por su fe religiosa.

> Para la gente que viene de Rusia con costumbres distintas de las mías el clima aquí no es bueno. No se trata del frío; entre un frío a —20 ó —40 grados no hay ninguna diferencia... Es el clima en sí, el aire, que son malos, salvo precisamente en la época de los fríos. Todo alrededor no hay más que pantanos. Y la tierra está siempre mojada hasta muy hondo... La humedad del aire, que viene de la tierra, es una humedad distinta de la derivada de la lluvia, y sólo se va en invierno [142].
>
> A Viliuisk se le llama ciudad, pero en realidad ni siquiera es una aldea en el sentido ruso de la palabra. Es algo tan desierto y pequeño que no hay nada similar en Rusia. Hay que imaginarse un caserío en el que sólo se puede vivir porque al lado hay una ciudad o un pueblo grande donde se encuentran mercancías, y trasladar con la imaginación ese caserío al desierto, a setecientas verstas del mercado más próximo. Y encima en ese mercado no existen con bastante frecuencia las cosas más indispensables. Me han dicho, por ejemplo, que en Yakutsk no siempre puede comprarse un plato, un tenedor, un cuchillo o el más sencillo de los vasos. Los traídos el año pasado se han vendido todos, y hay que esperar al próximo verano, cuando traigan más [143].

En cuanto a los habitantes, «da pena verlos».

> Conozco bien la miseria, la conozco perfectamente. Pero no puedo quedarme frío al mirar a esta gente. Su miseria perturba incluso mi alma encallecida. He dejado de dar paseos por la ciudad para no ver a estos desgraciados... Uno se pregunta qué son, si gente o algo peor que perros olvidados, animales que no tienen nombre. En realidad, no es gente estúpida; quizás incluso mejor dotada que los europeos (dicen que los niños yakutos aprenden en las escuelas mejor que los rusos). Pero éstos son miserables salvajes... Y los rusos se han vuelto muy parecidos a ellos. No se puede hablar con ellos; tienen tanto miedo que sospechan en cada palabra una mentira desastrosa para ellos. Y así se comportan no sólo conmigo, sino entre sí...

Un día refirió un diálogo que había mantenido con alguien del lugar.

> «¿Se producen asesinatos aquí?» «No, es un pueblo tranquilo; pero son frecuentes los suicidios.» «¿Y por qué?» «A causa del solitario. Casi todos practican ese juego, que los lleva a una melancolía tal que se deciden y se ahorcan.» Así es este pueblo, la región de Viliuisk. A mí no me va mal; tengo la posibilidad de no hablar con los hombres, de no verlos. El libro los sustituye. Pero para otros sería imposible vivir aquí [144].

Habitó allí durante más de once años. En el verano de 1874 había contestado negativamente a un enviado del gobierno que fue hasta allá para proponerle la liberación, si firmaba una petición de gracia [145]. Tampoco pensó nunca realmente en la fuga, al parecer, en parte porque su salud se iba quebrantando poco a poco, y además, sobre todo, por aquella resignación que había en el fondo de su carácter y que tanto le ayudó en aquellos años.

Fue liberado de Siberia después de una negociación subterránea entre lo que quedaba de la *Narodnaya volia* tras el atentado del 1 de marzo contra Alejandro II y el nuevo soberano, Alejandro III. Los revolucionarios prometieron no insistir en más actos terroristas durante la ceremonia de su coronación si obtenían algunas concesiones, y entre ellas el regreso a Rusia de Chernyshevski [146]. También influyeron las gestiones de su familia, iniciadas hacía ya tiempo, y apoyadas por una campaña en la que intervino algún periódico francés. Así, se pudo conseguir que en julio de 1883 abandonara Viliuisk y fuera confinado a Astraján, en el delta del Volga. Sólo seis meses después se le permitió trasladarse a su nativa Saratov. Su salud estaba ya profundamente quebrantada, y menos de cuatro meses después de su llegada a la ciudad le sorprendió la muerte (17 de octubre de 1889).

En Siberia había tratado de seguir escribiendo casi exclusivamente cosas literarias. Pero en realidad el final de su trabajo cotidiano de polémica y discusión en San Petersburgo marcó el término de su verdadera vida de escritor. No recuperó su energía más que en los fragmentos autobiográficos, sobre todo cuando volvía con el pensamiento al período del «Sovremennik». El *Prólogo,* que hemos tenido varias oportunidades de citar, escrito en los trabajos forzados, fue lo mejor que hizo desde el punto de vista literario, muy superior en esto al *¿Qué hacer?* En él los problemas de la conducta personal y los políticos asumen un aspecto paradójico, casi dominados por la pregunta *Est-il bon, est-il mauvais?* de Diderot (cuyas obras tuvo en la fortaleza de Pedro y Pablo, y de quien tradujo entonces un relato). La movida atmósfera de esos tiempos de renovación, en los que el significado de las palabras cambia pronto, en los que encuentra su camino sólo quien sabe atreverse con el pensamiento y la acción, la atmósfera que había sido la de la *inteliguentsia* de San Petersburgo hacia 1860, era interpretada y representada en este relato con agudeza; y en la sátira de los liberales se percibía de nuevo la energía política que había demostrado en sus artículos. Son muy escasas las páginas de otros relatos de este período —farragosas a veces hasta lo inverosímil— que puedan compararse con las del *Prólogo.* Además, se trata casi siempre de obras inacabadas, y no sólo, evidentemente, a causa de las circunstancias en que se encontraba, sino porque él mismo sentía su propia futilidad.

En Astraján pretendió reanudar su actividad de escritor, pero se vio agobiado por las traducciones que tuvo que hacer para ganar algo de dinero. La solitaria dignidad que lo había sostenido durante todo el período de Siberia tampoco ahora le permitía pedir nada, ni siquiera volver a entrar en un mundo del que se le había excluido. Hasta el final, con su salud debilitada, tendrá fuerzas para ser él mismo, pero no para volver a empezar.

Si queremos encontrar al auténtico Chernyshevski tenemos que leer sus cartas, y éstas incluso sólo en ciertos momentos, cuando las circunstancias se lo permitieron y cuando una esperanza política o la necesidad de decir una palabra propia le hicieron recobrar la energía de antaño.

La primera vez que tuvo la posibilidad de escribir lo que pensaba sin ser controlado por la censura fue en 1871, en una carta clandestina a su mujer. No le había abandonado la esperanza de una conmoción en Rusia.

> En todo el continente de Europa occidental comienza un nuevo período de vida —decía—. ¿Cuándo se reflejarán en Rusia los resultados de la victoria alemana?... En ningún problema importante de la historia de Europa y de América de los últimos diez años me he equivocado en mis previsiones. Y ahora debería ser fácil prever lo que ocurrirá en Rusia dentro de dos, tres años —¿o dentro de

un año? Y esto es lo que aún no veo desde aquí: si habrá un retraso de dos o tres años en el choque de Rusia con Europa occidental, o si éste ha empezado ya. ¡Pobre pueblo ruso; dura es la suerte que le aguarda en este choque! Pero el resultado le será favorable. Y entonces, amiga mía, tendrá necesidad de verdades. Yo ya no soy joven; pero, recuérdalo, tenemos aún la vida por delante... Puedo hablar de cosas históricas porque he aprendido mucho y pensado mucho. A quien le toca, le toca. Veremos entonces si tendremos que lamentarnos de que durante tantos años no haya podido hacer otra cosa que estudiar y pensar. Veremos entonces lo que ha sido útil para nuestra patria [147].

Cuando pudo regresar de Siberia y establecerse en Astraján, la *Narodnaya volia* estaba prácticamente destruida en su centro más activo. Comenzaban los años de la dura reacción de Alejandro III. El movimiento populista, a cuyos comienzos había contribuido a dar amplitud y vigor, estaba ahora aplastado. En las cartas posteriores a 1871, escritas desde Siberia y Astraján, casi no habló de política, evidentemente porque pensaba que podían leerlas ojos extraños. Se limitó a decir con claridad que no se adhería a las ideas dominantes entonces, que seguía manteniendo la fe de la época del «Sovremennik».

Entre las ideas dominantes entonces estaba aquel positivismo que había nacido con él, pero que nunca aceptó. El progresismo genérico suscitaba sus sarcasmos. En una carta a su hijo Alejandro decía:

De todas las personas que encontré, viejas o jóvenes, sólo Dobroliúbov tenía un modo de pensar en cierto modo conforme al mío; de todos los libros que he leído sólo en los de Feuerbach no encontré estupideces. Feuerbach no es lo que se llama un progresista... Siempre me dieron mucha risa los progresistas de toda suerte... Siempre me reí de todo entusiasmo, cuando no me pareció necesario sustituir la risa por serios reproches. Los entusiasmos son de estúpidos, de muchachos estúpidos de modo insoportable con un cuerpo de proporciones adultas. La mayoría son buena gente, y hay que ser indulgentes con ellos; pero son niños, minúsculos niños que llevan al siglo a estupideces indignas de hombres hechos y derechos [148].

Y no sólo le irritaba el progresismo genérico, sino también aquel darwinismo que también en Rusia se asentaba cada vez más junto al positivismo. Con mirada aguda veía en él el origen de doctrinas políticas racistas y, en general, ensalzadoras de la lucha por la vida.

El caso es —decía en otra carta—, que yo soy viejo. Mis ideas sobre botánica y zoología me las formé en libros del XVIII, y sobre

todo en Lamarck. El darwinismo no es una novedad para mí en sus aspectos justos. Pero Darwin, alumno de Cuvier, no conocía a Lamarck (hombre modesto, como él mismo dice). Y por una desdichada casualidad para la ciencia, el impulso para reflexionar sobre las verdades que empezaban a centellear en su mente le vino de Malthus. Pero Malthus es un sofista que a menudo dice cosas inteligentes, aunque con una finalidad pésima. Y ahora la podredumbre del malthusianismo ha pasado a las teorías de Darwin: las consecuencias de las cosas malas son buenas; del mal nace el bien, y precisamente por eso el bien es mal, y el mal, bien. Absurda y repugnante confusión de palabras. En Darwin todo eso se queda en una estupidez bastante inocente, porque la preocupación por el bien de las plantas y los animales no constituye un elemento particularmente importante de nuestra conciencia humana. Pero cuando esa estupidez se traslada a la historia de los hombres, entonces se convierte en animalidad, en inhumanidad. No es asunto que nos concierna el que algunos trilobites o anmonites fósiles desaparezcan, sustituidos por nuevas formas zoológicas. Pero si los negros en Africa se ensañan unos con otros, ¿está bien o mal? Según Malthus y Darwin, está bien. Y si los blancos matáramos a todos los negros, ¿estaría aún mejor? Desde luego. Y lo estaría si no fuera por una cosa: mientras nosotros, blancos, nos dedicamos a degollar negros, nosotros, gracias a esta bonitísima ocupación, nos convertiríamos en bárbaros, en bestias, en salvajes como los negros... Sólo podremos conservar nuestras cualidades actuales si evitamos hacer porquerías y villanías. Y al perder nuestras cualidades acabaremos también privados del bienestar de que gozamos. Por eso la difusión de nuestra raza en Africa sólo podrá ser útil si empleamos medios honrados y buenos... Darwin ignoraba todo esto... [149].

Concluía diciendo que le parecía que semejantes teorías se estaban difundiendo, confirmadas por lo que predicaban entonces Schopenhauer y Hartmann. Desde Viliuisk enviaba largas cartas a su hijo para invitarlo a no dejarse atraer por la teoría inicial de todo este variado positivismo, o sea la filosofía de Comte.

Ese pobrecillo —decía en 1876—, que no tenía ni idea de Hegel ni de Kant, ni al parecer de Locke, pero que asimiló mucho de Saint-Simon (pensador genial, pero muy ignorante), se aprendió de memoria todo tipo de introducciones a los tratados de física y pensó en convertirse en un genio y crear un sistema filosófico... La fórmula de las tres fases del pensamiento (teológico, metafísico y positivo) es una fórmula completamente idiota... No significa sino que los errores preceden a menudo a la verdad; eso es todo. Nunca

ha existido un período teológico de las ciencias; y la metafísica, en el sentido en que la entiende Comte, tampoco se ha dado nunca [150].

Acabó encontrando al autor que resumía todos los elementos del positivismo, Spencer, y polemizó violentamente contra él durante todo el resto de su vida, solitario e ignorado, sólo para liberar su propia conciencia (aunque le tocó traducirlo, para ganar algún dinero). Decía que se trataba de «vaniloquio» [151]. Incluso la lengua en que estaba escrito resultaba «informe»; pero, agregaba, «al público le parecerá excelente» [152]. Quería escribir un prefacio a su traducción para explicar sus ideas al respecto, pero le faltaron las fuerzas. Y volvía a Spinoza, quizás su filósofo preferido, junto con Feuerbach.

Notas al capítulo 5

[1] Tras su detención —1862— sus obras, aparecidas casi todas en el «Sovremennik», no pudieron reeditarse en general en Rusia, hasta la revolución de 1905. Las numerosísimas ediciones hechas por los emigrados, sobre todo en Ginebra, tienen el valor de un índice de la gran importancia que la nueva generación atribuyó a sus escritos, pero ni pretendían ni tuvieron un valor científico. Las primeras y más significativas de estas ediciones están enumeradas en *Russkaya podpol'naya i zarubezhnaya pechat'. Bibliograficheski ukazatel'. Tom I. Donarodovol'cheski period. 1831-1879. Vyp. I. Sostavlen M. M. Klevenskim, E. N. Kushevoi i O. P. Markovoi, pod red. S. N. Valka i B. P. Koz'mina* [La prensa rusa clandestina y en el extranjero. Indicador bibliográfico. Tomo I. El período anterior a la «Voluntad del Pueblo», 1831-1879, fasc. I. Compilado por M. M. Klevenski, E. N. Kusheva y O. P. Markova, edición de S. N. Valk y B. P. Koz'min], M. 1935, pp. 135-38. La primera de las ediciones que permitió hacerse una idea real de la actividad de Chernyshevski, y en la que se publicaron numerosos inéditos, es la que estuvo a cargo de su hijo, *Polnoe sobranie sochineni* [Obras completas], 11 vols., Spb. 1906, que se reeditó sin modificaciones en 1919. Después de esa fecha se publicaron numerosos inéditos, cartas, documentos, en artículos de revistas y en misceláneas. La principal de estas colecciones es N. G. Chernyesnevski, *Literaturnoe nasledie* [La herencia literaria], M.-L., tomo I: *Iz avtobiografii. Dnevnik, 1848-1853 gg. Pod red. i s primechaniyami N. A. Alekseeva, M. N. Chernyshevskogo i S. N. Chernova* [De la autobiografía. Diario, 1848-1853. Ed. y notas de N. A. Alekseev, M. N. Chernyshevski y S. N. Chernov], 1928; tomo II: *Pis'ma, pod red. i s primechaniyami N. A. Alekseeva i A. P. Skaftymova* [Cartas, ed. y notas de N. A. Alekseev y A. P. Skaftymov], 1928; tomo III: *Pis'ma, sost. N. A. Alekseevym i N. M. Chernyshevskoi-Bystrovoi, pod red. i. s predisloviem L. B. Kameneva* [Cartas, recogidas por N. A. Alekseev y N. M. Chernyshevskaya-Bystrova, ed. y prefacio de L. B. Kamenev], 1930. Fruto de este trabajo de veinte años sobre los textos de Chernyshevski es la edición *Polnoe sobranie sochineni v piatnadtsati tomaj pod obshei red. V. Ya. Kirpotina, B. P. Koz'mina, P. I. Lebedeva-Polianskogo, M. L. Mesheriakova, I. D. Udal'tsova, E. A. Tsejera, N. M. Chernyshevskoi* [Obras completas, en 15 volúmenes, edición de V. Ya. Kirpotin, B. P. Koz'min, T. I. Lebedev-Polianski, N. L. Mesheriakov, I. D. Udal'tsov, E. A. Tsejer, M. N. Chernyshevskaya], M., cuyo primer volumen salió en 1939 y el último en 1951. A partir de ahora se indicará con el número del volumen y la página. A más de algunas cosas inéditas, esta edición tiene el mérito de dar, siempre que ha sido posible, el texto de Chernyshevski antes de que pasara por la censura, indicando en cada caso los fragmentos que hubo que suprimir en la publicación. Entre las ediciones parciales, son especialmente útiles los *Izbrannye sochineniya v piati tomaj* [Obras escogidas, en 5 volúmenes], M.-L., tomo I, edición de M. N. Pokrovski, con una introducción de V. Nevski, 1928 (contiene las obras históricas), tomo II (2 vols.), edición de I. D. Udal'tsov, 1935 (contiene las obras económicas), tomo III (no ha sido publicado), tomos IV y V, edición de A. V. Lunacharski, 1931 (contienen las obras críticas y literarias), así como *Izbrannye*

ekonomicheskie proizvedeniya [Obras económicas escogidas], en tres tomos (el tercero en 2 vols.), edición de I. D. Udal'tsov; s. l. [pero M.], 1948-49.

Son numerosos los estudios sobre Chernyshevski. Los más importantes son: los escritos de distintas épocas sobre él de G. V. Plejánov, recogidos en sus *Sochineniya pod red. D. Riazanova* [Obras, edición de D. Riazanov], M.-P., s. d., tomos V y VI; Yu. M. Steklov, *N. G. Chernyshevski. Ego zhizn' i deyatel'nost'. 1828-1889* [N. G. Chernyshevski. Vida y actividad. 1828-1889], 2 vols., M.-L. 1928 [2]; G. Berliner, *N. G. Chernyshevski i ego literaturnye vragi, pod red. L. B. Kameneva* [N. G. Chernyshevski y sus enemigos literarios, edición de L. B. Kamenev], M.-L. 1930; M. N. Chernyshévskaya, *Letopis' zhizni i deyatel'nosti N. G. Chernyshevskogo* [Anales de la vida y de la actividad de N. G. Chernyshevski], M. 1953; A. Skaftymov, *Zhizn i deyatel'nost' N. G. Chernyshevskogo* [Vida y actividad de N. G. Chernyshevski], Saratov 1947 [2] (útil sobre todo por la amplia aunque incompleta bibliografía del período 1917-47, en las pp. 96 y ss.). *N. G. Chernyshevski. Stat'i, issledovaniya i materialy* [N. G. Chernyshevski. Artículos, investigaciones y materiales], vol. I (-VI), edición de E. I. Pokusáev, Yu. G. Oksman, A. P. Skaftymov, N. M. Chernyshevskaya, Saratov 1958 (-1971); la valiosa colección *N. G. Chernyshevski v vospominaniyaj sovremennikov* [N. G. Chernyshevski en los recuerdos de sus contemporáneos], ed. de Yu. G. Oksman, 2 vols., Saratov 1958; V. Bograd, *Zhurnal «Sovremennik». 1847-1866. Ukazatel' soderzhaniya* [La revista «El contemporáneo». 1847-1866. Indice del contenido], M.-L. 1959; una parte, dedicada a él, del volumen 67 de «Literaturnoe nasledstvo», M. 1959; E. I. Pokusáev, *Nikolai Gavrilovich Chernyshevski: ocherk zhizni i deyatel'nosti* [N. G. Chernyshevski: ensayo sobre su vida y actividad], M. 1960; E. Lampert, *Sons Against Fathers. Studies in Russian Radicalism and Revolution*, Clarendon Press, Oxford 1965; *Delo Chernyshevskogo. Sbornik dokumentov* [El proceso de Chernyshevski. Colección de documentos], edición de I. V. Póroj y N. M. Chernyshevskaya, Saratov 1968.

[2] T. M. Akímova y A. M. Ardabátskaya, *Ocherki istorii Saratova* [Ensayos históricos sobre Saratov], Saratov 1940, con amplia bibliografía.

[3] I, 567.

[4] Los escritos sobre Saratov y su familia, el más interesante de los cuales es el titulado *Vospominaniya slyshannogo o starine* [Recuerdos de lo que he oído sobre los viejos tiempos], han sido recogidos en I, 566-713.

[5] I, 646.

[6] I, 643.

[7] I, 684.

[8] Las memorias más interesantes sobre este período de la vida de Chernyshevski son las de A. P. Pypin, conocido historiador de la literatura rusa, pariente suyo, *Moi zametki* [Mis observaciones], edición de V. A. Liátskaya, M. 1910. Otros testimonios se han recogido cuidadosamente en *N. G. Chernyshevski v Saratove. Vospominaniya sovremennikov. Sostavleno N. M. Chernyshevskoi* [N. G. Chernyshevski en Saratov. Recuerdos de su contemporáneos. Recogidos por N. M. Chernyshevskaya], Saratov 1939; *N. G. Chernyshevki v vospominaniyaj sovremennikov* cit. vol. I, pp. 15 y ss.

[9] El diario está redactado con abreviaturas y otros procedimientos de escritura que ya hicieron difícil su lectura para la policía cuando le fue confiscado, en el momento de su detención. Pero lo que pudo leerse bastó para confirmar aún más las sospechas de las autoridades. Su hijo lo publicó sólo en pequeña parte en 1909, en el volumen X del *Polnoe sobranie sochineni* cit. La parte más importante, la de los años 1848-51, se publicó por primera vez en *Literaturnoe nasledie* cit., vol. I y, en edición separada, a cargo de N. A. Alekseev, 2 vols., M. 1931-32. Una tercera edición, revisada y corregida sobre el difícil manuscrito, se encuentra en I, 29-565.

[10] Fragmentos de su traducción de las *Confesiones* y unas notas para una biografía de Rousseau, escritas en la fortaleza de Pedro y Pablo, han sido publicados en N. G. Chernyshevski, *Neidzdannye materialy* [Materiales inéditos], Saratov 1939. Estos apuntes no ofrecen especial interés, salvo como testimonio de la búsqueda de sí mismo en Jean-Jacques.

[11] Carta de Viliuisk del 11 de abril de 1877. XV, 21.
[12] I, 145.
[13] XIV, 56.
[14] Citado por E. Liatski, *N. G. Chernyshevski i uchitelia ego mysli (Gegel', Belinski, Feyerbaj)* [N. G. Chernyshevski y los maestros de su pensamiento: Hegel, Belinski, Feuerbach], en «Sovremenny mir», 1910, fasc. X-XI.
[15] I, 232.
[16] *Polnoe sobranie sochineni*, cit., tomo X, vol. II, 190.
[17] XIV, 543.
[18] Estas palabras están tomadas de un opúsculo anónimo publicado en Ginebra en 1865 por la «joven emigración», que se consideraban los más puros seguidores de Chernyshevski. Era un opúsculo en memoria del poeta M. L. Mijailov, muerto en Siberia. Publicado por E. Kusheva, en «Literaturnoe nasledstvo», 1936, fasc. 25-26, pp. 293 y ss.
[19] I, 248.
[20] I, 297.
[21] I, 358.
[22] XIV, 47-48.
[23] I, 66.
[24] I, 59.
[25] I, 67.
[26] N. V. Shelgunov, *Vospominaniya. Redaktsiya, vstupitel'naya stat'ya i primechaniya A. A. Shilova* [Memorias. Edición, introducción y notas de A. A. Shilov], M.-P., 1923, p. 95.
[27] Véanse los documentos que le conciernen en *Delo petrashevtsev* [El legajo de los «petrashevtsy»], tomo III; M. 1951, pp. 15 y ss.
[28] I, 196.
[29] Citado en Steklov, *op. cit.*, vol. I, p. 33. Cfr. A. P. Medvedev, *N. G. Chernyshevski v kruzhke I. I. Vvedenskogo* [N. G. Chernyshevski en el grupo de I. I. Vvedenski], en *N. G. Chernyshevski. Stat'i, issledovaniya i materialy* cit., pp. 42 y ss
[30] I, 274.
[31] I, 357.
[32] I, 110.
[33] I, 115.
[34] I, 122.
[35] I, 134.
[36] I, 171.
[37] V. E. Cheshijin-Vetrinski, *N. G. Chernyshevski. 1828-1889,* P. 1923, p. 61.
[38] I, 356-57.
[39] I, 357.
[40] Curiosos testimonios sobre este instituto y sobre la influencia que en él ejerció Chernyshevski en E. G. Bushkanets, *Ucheniki N. G. Chernyshevskogo* [Los discípulos de N. G. Chernyshevski], Kazán, 1963.
[41] I, 419.
[42] I, 381.
[43] XIV, 311 y ss.
[44] Steklov, *op. cit.*, vol. I, p. 170, nota 1, narra un curioso episodio que demuestra hasta que punto este juicio sobre Nekrásov —formulado por primera vez por Chernysheyski— fue acogido por toda la generación de los populistas. Cuando murió Nekrásov y Dostoievski pronunció un discurso fúnebre diciendo que este poeta no había sido inferior a Pushkin, se alzó una voz entre los presentes que afirmó: «¡fue más grande, más grande!». Quien gritó así su fe en el mundo poético del populismo fue el joven Plejánov, entonces perteneciente a *Zemlia i volia.*
[45] II, 94-95.
[46] II, 97.
[47] II, 96.

[48] II, 117.
[49] II, 94.
[50] III, 303.
[51] II, 294.
[52] IV, 136-37.
[53] Este trabajo se publicó por primera vez con el título de *Rasskaz o krymskoi voine po Kingleku* [Narración de la guerra de Crimea, sacada de Kinglake], con prefacio, introducción y notas de N. A. Alekséev, A. N. Strauj y C. N. Kantor, M. 1935.
[54] N. G. Chernyshevski, *Prolog. Podgotovka teksta A. P. Skaftymova i N. M. Chernyshevskoi-Bystrovoi Kommentarii A. P. Skaftymova, Stat'ya N. V. Vodovozova* [Prólogo. Texto a cargo de A. P. Skaftymov y N. M. Chernyshevskaya-Bystrova, comentarios de A. P. Skaftymov. Introducción de N. V. Vodovozov], M.-L. 1936, p. 164.
[55] XIV, 350.
[56] *Prolog* cit., p. 232.
[57] *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. I, p. 417.
[58] Artículo publicado en el fascículo IX del «Sovremennik». Véaselo reproducido en II, 735 y ss.
[59] Véase la reproducción en su libro *Opyty po istorii russkogo prava* [Ensayos de historia del derecho ruso], M. 1858, pp. 1 y ss.
[60] Artículo de abril de 1856, publicado en el «Sovremennik», cfr. III, 642 y ss.
[61] Cfr. Carsten Goehrke, *Die Theorien über Entstehung und Entwicklung des Mir,* Wiesbaden 1964, pp. 42 y ss.
[62] IV, 303-4.
[63] IV, 739.
[64] IV, 738.
[65] IV, 742.
[66] IV, 746.
[67] IV, 750. Volverá sobre esta idea en otro artículo. «Dentro de veinte o treinta años la *obshina* ofrecerá a nuestros campesinos otra ventaja aún mayor, dándoles una gran facilidad para crear sociedades agrícolas para el trabajo de la tierra...», es decir, cooperativas y empresas colectivistas. *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., volumen I, p. 489.
[68] IV, 329.
[69] IV, 438.
[70] IV, 413.
[71] IV, 414.
[72] IV, 347.
[73] IV, 328.
[74] *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. I, pp. 689 y ss.
[75] *Ibid.*, p. 718.
[76] *Ibid.*, p. 727.
[77] Este escrito fue publicado por primera vez por N. A. Alekséev en «Krasny arjiv», 1939, fasc. V.
[78] *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. II, p. 261.
[79] En apéndice a la *Istoriya SSSR,* tomo II: *Rossiya v XIX veke, pod red. M. V. Nechkinoi* [Historia de la URSS. Tomo II: Rusia en el siglo XIX, a cargo de M. V. Nechkina], M. 1940, se ha publicado un interesante mapa de esta reducción de las parcelas campesinas según las diversas regiones. Cfr. Alexander Gerschenkron, *Continuity in History and Other Essays,* Cambridge (Mass.) 1968, pp. 140 y ss. *(Russia: Agrarian Policies and Industrialization. 1861-1917).*
[80] Publicado en el fasc. V del «Sovremennik» de 1858, y reproducido en *Izbrannye sochineniya v piati tomaj* cit., vol. I, pp. 1 y ss.
[81] *Prolog* cit., p. 226.
[82] Citado por V. Evgen'ev-Maksimov, *«Sovremennik» pri Chernyshevskom i Dobroliubove* [El «Sovremennik» en la época de Chernyshevski y Dobroliubov], L. 1936, pp. 24-25.

[83] Carta del 13 de octubre de 1856 a Turgénev, publicada en la colección *Turgenev i krug «Sovremennika». Neizdannye materialy. 1847-1861* [Turgenev en el círculo del «Sovremennik». Materiales inéditos. 1847-1861], M.-L. 1930.

[84] *Ibid.*, p. 196.

[85] Citado por Steklov, *op. cit.*, vol. II, p. 20.

[86] XIV, 333.

[87] *Russki chelovek na rendez-vous* [El hombre ruso en el rendez-vous] en «Sovremennik», 1858, fasc. III, reproducido en *Polnoe sobranie sochineni*, vol. I, p. 90.

[88] Estas palabras son recogidas por Avdot'ya Panáeva, *Vospominaniya 1824-1870 gg.* [Memorias, 1824-1870], con notas de K. Chukovski, M.-L. 1930[4], p. 421.

[89] XV. 431.

[90] III, 568 y ss.

[91] Por lo demás, Kavelin se mostraba igualmente crítico respecto a Chernyshevski. Su enfrentamiento es tanto más característico cuanto que personalmente mantuvieron durante mucho tiempo buenas relaciones; refleja una profunda diversidad política. Kavelin escribirá a Herzen el 6 de agosto de 1862, cuando Chernyshevski sea detenido con Serno-Solov'ëvich: «Estas detenciones no me sorprenden y, lo confieso, no me parecen indignantes. Es la guerra: ganar o perder. El partido revolucionario considera que cualquier medio es bueno para derribar al gobierno, y éste se defiende con sus medios. No era éste el significado de las deportaciones y los encarcelamientos bajo aquel animal de Nicolás. La gente perecía entonces por culpa de su pensamiento, de sus convicciones, de su fe, de la palabra. Quisiera que estuvieras en el gobierno y ver cómo actuabas contra un partido que empieza a actuar contra ti abierta y secretamente. A Chernyshevski lo quiero mucho, mucho, pero nunca he visto un *brouillon* semejante, un hombre tan carente de tacto y lleno de confianza en sí mismo.»

[92] Gertsen, X, 61.

[93] XIV, 379.

[94] Citado en Gertsen, X, 20.

[95] El estudio más convincente sobre este episodio sigue siendo el de B. P. Koz'min, *Vystuplenie Gertsena protiv «Sovremennika» v 1859 godu* [La intervención de Herzen contra «El contemporáneo» en 1859], publicado en las «Izvestiya Akademii nauk SSSR, Seriya istorii i filosofii», vol. II, 1945, núm. 2, y reeditada ahora en Id., *Iz istorii revoliutsionnoi mysli v Rossii. Izbrannye trudy* [De la historia del pensamiento revolucionario en Rusia. Trabajos escogidos], M. 1961, pp. 606 y ss. Poco agrega T. I. Usakina, *Stat'ya Gertsena «Very dangerous!!!» i polemika vokrug oblichitel'noi literatury v zhurnalistike 1857-1859 gg.* [El artículo de Herzen «Very dangerous!!!» y la polémica en torno a la literatura de denuncia en el periodismo de los años 1857-1859], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossi v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], vol. I, M. 1960, p. 246.

Sobre la discusión nacida en el último ventenio en torno a este problema, cfr. la nota de E. S. Vilenskaya a la colección de artículos de B. P. Koz'min, *Literatura i istoriya. Sbornik statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], M. 1969, pp. 494 y siguientes.

[96] Los argumentos en favor de la atribución a Dobroliúbov han sido recogidos por M. V. Nechkina, *N. G. Chernyshevski v gody revoliutsionnoi situatsii* [N. G. Chernyshevski en los años de la situación revolucionaria], en «Istoricheskie zapiski», 1941, fascículo X, pp. 3 y ss. Otros elementos ha pretendido aportar E. G. Bushkanets, *K voprosu ob avtore pis'ma «Russkogo cheloveka»* [Sobre el problema del autor de la carta del «Hombre ruso»], en «Izvestiya Akademii nauk SSSR. Seriya istoriya i filosofii», 1951, fasc. 11. En un artículo publicado en «Voprosy istorii», 1955, fasc. 7, S. A. Reiser ha negado, en cambio, esta atribución. Insistió sobre ella, con argumentos originales y sin duda agudos, N. Ya. Eidel'man en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. III, M. 1963, p. 298. A mi parecer todavía no hay pruebas seguras. Aunque en la primera edición italiana de este libro acepté la atribución a Dobroliúbov, considero que es indispensable concluir, con Ya. Linkov, que «el autor no ha sido identificado hasta ahora, aunque el artículo nació indudablemen-

te entre la democracia revolucionaria». Ya. I. Linkov, *Revoliutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i taine obshestvo «Zemlia i Volia» 1860-j gg.* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y libertad» de los años 60], M. 1964, p. 121.

97 *O prichinaj padeniya Rima* (*Podrazhanie Montesk'e*) [Sobre las causas de la caída de Roma (Imitación de Montesquie)], en «Sovremennik», 1861, fasc. V, reproducido en *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. II, pp. 572 y ss.

98 El esbozo de un curioso diálogo de Herzen titulado *El primo,* escrito en respuesta a este artículo de Chernyshevski, lo publicó V. Putíntsev en «Literaturnoe nasledstvo», vol. 61, pp. 120 y ss. Véase ahora en *Sobranie sochineni v tridtsati tomaj* [Obras en treinta volúmenes), tomo 15, pp. 220 y ss. Sobre el paralelo entre la decadencia europea del siglo XIX y la caída del imperio romano, con el consiguiente paralelo entre los bárbaros y los primitivos cristianos con los eslavos o los socialistas, etc., cfr. la disertación de la universidad de Münster (Westfalia), Viktor Christen, *Die grosse Parallele im Geschichtsdenken Alexander Herzens,* Münster, 1963, que estudia también los precedentes de este «gran paralelo»: Saint-Simon, Moses Hess, Donoso Cortés, Bruno Bauer, pero que no habla de Chernyshevski.

99 *Bor'ba parti vo Frantsii pri Liudovike XVIII i Karle X* [La lucha de los partidos en Francia en la época de Luis XVIII y de Carlos X], publicado en el «Sovremennik» de 1858, y reproducido en *Izbrannye sochineniya* cit., vol. I, pp. 228 y siguientes.

100 *Yul'skaya monarjiya* [La monarquía de julio], publicado en el «Sovremennik» de 1858, y reproducido en *Izbrannye sochineniya* cit., vol. I, pp. 316 y ss.

101 Publicado en el «Sovremennik» de 1858 y reproducido en *Izbrannye sochineniya* cit., vol. I, pp. 454 y ss.

102 VI, 5.

103 VI, 153.

104 VI, 342.

105 VI, 368.

106 VI, 369-70.

107 El hecho de que Chernyshevski se sirviera de los acontecimientos italianos para afirmar tan claramente sus ideas políticas, no debe hacernos olvidar, naturalmente, el elemento de simpatía e interés con que siguió el desarrollo de los asuntos italianos. En general, la fase final del Risorgimento atrajo en Rusia la atención de todos los elementos liberales y democráticos. El «Sovremennik» fue durante esos años el espejo de este estado de ánimo. P. I. Bibikov, por ejemplo, aprovechaba un estudio histórico sobre *Italia en la época de la primera revolución francesa* para hablar por extenso de Mazzini. Se publicó entonces por entregas la novela de Ruffini *Lorenzo Benoni.* La comisión central de la censura, en un informe de septiembre de 1861, ponía de relieve que esta novela era especialmente peligrosa entonces, cuando el movimiento estudiantil en San Petersburgo, Moscú y otras ciudades de Rusia se estaba haciendo cada vez más fuerte. «La traducción de *Lorenzo Benoni* —leemos— da a conocer al lector la educación revolucionaria del autor, en el reino sardo, al inicio del movimiento en aquel país, bajo la autocracia de Carlos Alberto. Las maniobras revolucionarias de la juventud, encaminadas contra los profesores y los maestros, ya indican, según dice el mismo autor de esta novela, el futuro significado del movimiento. El mismo consiguió entonces alcanzar la primacía, además de por sus premios académicos, por sus juveniles tendencias antigubernativas. El autor no olvida relacionar cada acontecimiento de su colegio con una concepción general de la revolución y de las conjuras... El autor critica con especial pasión el cierre de las universidades de Turín y Génova...» (citado por Evgen'ev-Maksimov, *«Sovremennik» pri Chernyshevskom i Dobroliubove* cit., pp. 497, 498). La censura protestó una vez más cuando la novela apareció en edición suelta (*ibid.*, p. 505). Será curioso recordar al respecto que entre los libros que Chernyshevski leyó en la fortaleza de Pedro y Pablo figura, en inglés, la novela de Ruffini *Vincenzo* (XIV, 489). Todavía en 1885, confinado en Astraján, Chernyshevski recordaba las cartas que Gallenga

había publicado en el «Times» en el momento de la guerra de 1859, «que eran muy concretas y estaban escritas estupendamente», y pensó entonces en traducir sus memorias, publicadas en Inglaterra. El «Sovremennik» no tuvo un corresponsal propiamente dicho en la Italia de aquel período, cosa que ninguna revista o periódico ruso de la época solía hacer, por otra parte. Pero Dobroliúbov escribió muchos artículos durante su viaje a Italia, siguiendo la línea política de Chernyshevski (cfr. E. V. Tarle, *Stat'i Dobroliubova ob ital'yanskij delaj* [Los artículos de Dobroliubov sobre las cosas de Italia), vol. VIII del *Polnoe sobranie sochineni Dobroliubova, pod red. E. V. Achnikova* [Obras completas de Dobroliúbov, edición a cargo de E. V. Anichkov], M. 1913). En 1862 se publicarán además dos artículos de Leone Brandi, que era el seudónimo o, mejor dicho, la traducción del nombre del garibaldino ruso L. Méchnikov, *Caprera* (fasc. III) y *El último dux veneciano* [sobre la revolución de 1848 en Venecia]. Poco antes de ser detenido, Chernyshevski recibía una carta de Méchnikov, del 20 de junio de 1862, con un artículo sobre Mazzini y la promesa de enviar de inmediato su continuación. El 12 de julio, desde Siena, le contaba que lo habían apartado de la redacción de «Il Flagello», donde trabajaba, y proponía la siguiente serie de artículos para el «Sovremennik»: «1) Manin-Venecia en 1848 y 1849; 2) Mazzini - El jefe del movimiento en Roma en 1849; 3) Cattaneo - Lombardía en 1848; 4) Tres desembarcos - Bandiera, Pisacane (episodio muy poco conocido entre nosotros) y Garibaldi; 5) V. Gioberti; 6) C. Balbo; 7) Cavour (estos tres últimos sobre el gobierno piamontés respecto a la unidad italiana, el constitucionalismo y la nacionalidad; 8) Piamonte en 1848; 9) Nápoles en 1848 (el ministro Troya, los radicales, Poerio, etc.); 10) Sicilia en 1848; 11) Leopardi y Giusti; 12) El triunvirato toscano (Guerrazzi, Montanelli, Mazzini); 13) Italia meridional en 1862 (el partido de acción y el partido del estancamiento)». Las ideas generales que debía exponer eran: «Italia no puede encontrar su salvación en el mundo burgués-cristiano, tiene que *resurgir*, emparentarse con el elemento nuevo, el eslavo, y comenzar con él una federación universal que borre todos los ilegítimos elementos del feudalismo cristiano y de la burguesía, fláccidos y tan poco vitales que tienen que ocultarse bajo la abstracta idea de la grandeza del estado y bajo la idea, también abstracta, de la sociedad» (Chernyshevski, *Literaturnoe nasledie* cit., vol. III, pp. 672 y ss.). Está claro que Méchnikov veía a Italia desde un punto de vista parecido al de Herzen, y, sobre todo, al que después sostuvo Bakunin durante su estancia en ella. Sobre los diversos aspectos de este problema, cfr. los artículos de K. F. Misiano, G. Berti, G. V. Bérdnikov, A. K. Líshina (sobre L. I. Mechnikov), Yu. N. Emel'yánov (sobre el «Kolokol»), E. Rudnitskaya (sobre «Tierra y libertad» y Mazzini), B. S. Itenberg, en *Rossiya i Italiya. Iz istorii russko-ital'yanskij kul'turnyj i obshestvennyj otnosheni* [Rusia e Italia. De la historia de las relaciones culturales y sociales ruso-italianas], M. 1968.

[108] Este planteamiento fundamental, notable por su claridad y agudeza, se contiene sobre todo en *Ekonomicheskaya deyatel'nost' i zakonodatel'stvo* [La actividad económica y la legislación], publicado en el «Sovremennik», 1859, fasc. II, y reproducido en *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. II, pp. 127 y ss.

[109] *Kapital i trud* [Capital y trabajo], publicado en el «Sovremennik» de 1860, fasc. I, y reproducido en *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. II, pp. 300 y siguientes.

[110] *Ocherki iz politicheskoi ekonomii* (*Po Milliu*) [Ensayos de economía política (según Mill)], publicado en *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. III, parte II, p. 656.

[111] *Ibid.*, p. 658.

[112] Marx, crítico de todo lo que en la economía de Chernyshevski no correspondía a la suya, sintió y apreció la fuerza de las convicciones socialistas de éste. Véase B. Nikoláevski, *Russkie knigi v bibliotekaj K. Marksa i F. Engel'sa* [Los libros rusos en las bibliotecas de K. Marx y F. Engels], en «Arjiv K. Marksa i F. Engel'sa, pod red. D. Riazanova, M.-L. 1929, fasc. IV, pp. 356 y ss.

[113] *Prolog* cit., pp. 237-38.

[114] I, 747.

[115] Palabras recogidas por S. G. Stajevich, *Sredi politicheskij prestupnikov* [Entre los delincuentes políticos], en la miscelánea *N. G. Chernychevski,* M. 1928, p. 82.

[116] Esta es una de las cuestiones más debatidas entre los especialistas de la vida de Chernyshevski. Los testimonios que le atribuyen este proyecto de manifiesto son los de Shelgunov y Sleptsov. Ambos son de bastantes años después y ofrecen bastantes dudas. Así, el primero decía que no recordaba el contenido del manifiesto y lo indicaba con un título distinto al del texto que poseemos. Existe un manuscrito, con toda seguridad de puño y letra de Mijailov. ¿Era una copia, u obra suya? Caído en manos de la policía, ese manuscrito constituirá una de las pruebas más graves contra Chernyshevski, pero sólo porque un provocador afirmó saber con seguridad que éste era su autor. Chernyshevski lo negó siempre. Pero hay que confesar que en las declaraciones del provocador, éste citó frases de Chernyshevski que tienen sabor de autenticidad. El problema, por lo demás, no es tan importante como les parece a los más recientes historiadores soviéticos, preocupados por hacer de Chernyshevski no sólo un revolucionario intelectual y político, como en realidad era, sino también un conspirador. Lo cual entra ya en el campo de la hagiografía. Sobre todo este asunto, cfr., ante todo, Steklov, *op. cit.,* vol. II, pp. 182 y ss., y Néchkina, *op. cit.,* pp. 6 y ss. En los últimos años se ha entablado una amplia discusión al respecto. Incluso quien, como Linkov, acepta la atribución de este texto, afirma, a mi entender justamente, que el director del «Sovremennik» no fue entónces el centro de una organización clandestina; ésta no existía aún a comienzos de 1861 y mucho menos en años anteriores, y las mismas frases del manifiesto demuestran que se trataba de preparar para el futuro, posiblemente para 1863, una organización capaz de guiar el movimiento campesino de rebelión, pero no de incitar a una rebelión inmediata. Cfr. Linkov, *op. cit.,* pp. 130 y ss. Para una confirmación de esta postura y una ulterior polémica contra la hipótesis de la Néchkina en torno a la existencia de una organización clandestina antes de 1861, cfr. I. V. Poroj, *Gertsen i Chernyshevski,* Saratov, 1963, pp. 12 y ss.

[117] *Barskim krest'yanam ot ij dobrozhelatelei poklon* [A los campesinos de los señores de parte de quien desea su bien, salve] (así se titula este proyecto de llamamiento reproducido en *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. II, pp. 606 y siguientes).

[118] La carta está reproducida en *Protsess N. G. Chernyshevskogo. Arjivnye dokumenty. Red. i primechaniya N. A. Alekseeva* [El proceso de N. G. Chernyshevski. Materiales de archivo. Edición y notas de N. A. Alekseev], Saratov, 1939. Aunque hasta ahora se había pensado en N. N. Obruchev (como la persona a quien esta carta iba dirigida), parece demostrado que se trataba de N. V. Shelgunov. Cfr. Ya. Z. Cherniak, *Byl li N. N. Obruchev adresatom pis'ma vziatogo pri areste Chernyshevskogo* [¿Era N. N. Obruchev el destinatario de la carta secuestrada en el momento de la detención de Chernyshevski?], en «Literaturnoe nasledstvo», vol. 62, pp. 420 y ss. Conclusión aceptada por Linkov, *op. cit.,* p. 161, nota 20, y por los editores del *Delo Chernyshevskogo* cit., pp. 441 y ss., 631 y ss.

[119] Informe publicado en *Protsess N. G. Chernyshevskogo* cit., p. 11, y en *Delo Chernyshevskogo* cit., p. 120.

[120] V. N. Shagánov, *N. G. Chernyshevski na katorge i v ssylke. Vospominaniya. Posmertnoe izdanie E. Pekarskogo* [N. G. Chernyshevski en los trabajos forzados y la deportación. Recuerdos. Edición póstuma de E. Pekarski], Spb. 1907, p. 29, y *N. G. Chernyshevski v vospominaniyaj sovremennikoi* cit., vol. II, p. 135.

[121] Reproducida en el «Kolokol» de Herzen, esta petición se ha vuelto a publicar a menudo. Véasela, por ejemplo, en B. B. Glinski, *Revoliutsionny period russkoi istorii (1861-1881 gg.). Istoricheskie ocherki* [El período revolucionario de la historia rusa (1861-1881). Ensayos históricos], Spb. 1913, parte I, pp. 146 y ss. Sobre el espíritu de esta oposición, cfr. sobre todo G. Dzhanshíev, *A. M. Unkovski i osvobozhdenie krest'yan* [A. M. Unkovski y la liberación de los campesinos], M. 1894. Cfr. S. G. Svatikov, *Konstitutsionnoe dvizhenie pri Aleksandre II* [El movimiento

constitucional bajo Alejandro II], s. l. ni d. Especialmente importante es la obra de Terence Emmons, *The Russian Landed Gentry and the Peasant Emancipation of 1861*, Cambridge, 1968, y el comentario de Alexander Gerschenkron, *L'emancipazione dei contadini russi: una nuova interpretazione?*, en «Rivista storica italiana», 1969, fascículo II, pp. 361 y ss.

[122] Se publicaron sólo bastantes años después en Londres, en 1874, por Lavrov. Véase *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya* cit., vol. II, pp. 617 y ss.

[123] A. A. Serno-Solov'evich, *Nashi domashniya dela* [Asuntos de nuestra casa], Ginebra, 1867.

[124] *Protsess N. G. Chernyshevskogo* cit., p. 18.

[125] M. V. L'vova, *Kak podgotovialos' zakrytie «Sovremennika» v 1862 g.* [Cómo se preparó el cierre de «El Contemporáneo» en 1862], en «Istoricheskie zapiski», 1954, fasc. 46, pp. 305 y ss.

[126] A. Shílov, *N. G. Chernyshevski v doneseniyaj agentov III Otdeleniya* [N. G. Chernyshevski en los informes de los agentes de la Tercera Sección], en «Krasny arjiv», 1926, fasc. I, en el que se examinan 113 informes de policía sobre él, desde el 2 de octubre de 1861 al 7 de julio de 1862. Véaselos publicados en *Delo Chernyshevskogo* cit., pp. 71 y ss.

[127] Carta desde la cárcel, del 20 de noviembre de 1862, al príncipe A. A. Suvórov, en *Protsess N. G. Chernyshevskogo* cit., p. 78, y en *Delo Chernyshevskogo* cit., páginas 269 y ss.

[128] Véase su visita al general Potánov de la Tercera Sección, el 16 de julio de 1862, referida, sobre documentos inéditos, en Chernyshévskaya, *Letopis' zhizni i deyatel'nosti N. G. Chernyshevskogo* cit., p. 260.

[129] *Protsess N. G. Chernyshevskogo* cit., p. 27.

[130] Palabras recogidas por N. Ya. Nikoladze, *Vospominaniya o shestidesiatyj godaj* [Recuerdos de los años sesenta], en «Katorga i ssylka», 1927, fasc. IV, p. 30.

[131] Los estudios más detallados sobre este proceso son los de M. Lemke, *Politicheskie protsessy v Rossii 1860-j gg., po arjivnym dokumentam* [Los procesos políticos en Rusia en los años sesenta sobre la base de los documentos de archivo], M.-P. 1923, p. 161, y las páginas de Steklov, *op. cit.*, vol. II, pp. 337 y ss. Los documentos fundamentales han sido recogidos en *Protsess N. G. Chernyshevskogo* cit., y están publicados íntegramente en *Delo Chernyshevskogo* cit.

[132] *Protsess N. G. Chernyshevskogo* cit., p. 321.

[133] Carta a su mujer del 5 de octubre de 1862, XIV, 456.

[134] *Protsess N. G. Chernyshevskogo* cit., p. 295, y *Delo Chernyshevskogo* cit., página 389.

[135] Sobre la inmensa literatura en torno al Chernyshevski escritor y novelista, remitimos a *Istoriya russkoi literatury XIX veka. Bibliograficheski ukazatel'* [Historia de la literatura rusa del siglo XIX. Bibliografía], a cargo de K. D. Murátova, M. 1962, páginas 787 y ss.

[136] Se imagina que el joven Rajmetov, el revolucionario de su novela, lo insulta porque se negaba a tomar parte en las conjuras. Y comenta: «Yo, en realidad, no le había dicho lo que pensaba, y él tenía derecho a llamarme mentiroso. Y, sin embargo, estas palabras suyas no podían de ningún modo ser ofensivas para mí, eran incluso un cumplido «en aquel caso», según su expresión, porque justamente éste era «el caso». En realidad, él podía conservar su inicial confianza e incluso su estimación por mí». XI, 205.

[137] Comenzada el 4 de diciembre de 1862, acabada en pocos meses, *¿Qué hacer?* fue entregada a las autoridades de la fortaleza y transmitida por éstas a la comisión investigadora. Unas y otras pusieron en el manuscrito tal cantidad de sellos que cuando finalmente llegó a una oficina de la censura parece que ni siquiera lo leyeron, creyéndolo ya examinado, y se limitaron a entregarlo al «Sovremennik». Nekrasov tuvo la sagacidad de perder el manuscrito en la Perspectiva Nevski y sólo lo recobró tras haber puesto un anuncio en el diario de la policía de San Petersburgo; se lo devolvió un pobre funcionario que lo había recogido. Empezó a imprimirse en fe-

brero de 1863, por entregas, suscitando grandes entusiasmos y críticas; éstas no se limitaron a señalar lo que era muy evidente —esto es, que carecía de toda cualidad artística—, sino que atacaron violentamente sus ideas políticas y sociales. Sobre todo esto véase V. Evgén'ev-Maksímov y G. Tizengauzen, *Poslednie gody «Sovremennika». 1863-1866* [Los últimos años de «El Contemporáneo». 1863-1866], L. 1939, y Panaeva, *op. cit.* La opinión de algunos círculos dirigentes del estado sobre esta novela la prueba la idea del jefe de la junta de investigación después del atentado de Karakozov, Murav'ëv el verdugo, de reclamar a Chernyshevski de Siberia para interrogarlo, y ello sólo porque al final de *¿Qué hacer?*, después del último capítulo, en el que dejaba entrever la revolución, había puesto una fecha, 4 de abril de 1863, que coincidía aproximadamente con la del atentado (6 de abril de 1866). Parece que tuvo que intervenir Alejandro II en persona para impedir la ejecución de semejante proyecto.

Inmediatamente los contemporáneos dijeron que se trataba de una novela en clave, y no ha sido difícil identificar a la gente en que se inspiró para sus personajes; Rajmetov, por ejemplo, el revolucionario, estaba reconstruido, al menos en parte, sobre la figura de un joven noble de Saratov, que acabó en 1861 por marchar a Londres, dejar todo su dinero a Herzen para la causa e irse al Pacífico con la intención de fundar allí una colonia comunista, después de lo cual nadie volvió a saber de él.

Podrá ser interesante recordar que A. Tveritinov, un seguidor de Chernyshevski que se consagró, en los años setenta, a dar a conocer la personalidad y la suerte de éste en Europa occidental, se encargó en 1875 —junto con los emigrados de la Comuna parisiense que se encontraban entonces en Milán, Malon y Guesde— de la traducción del *¿Qué hacer?*, que se imprimió en Lodi en la tipografía «La plebe» de Bignami. Tveritinov incitó a Eugenio Cameroni, director de «Il Pungolo» («El Aguijón»), a escribir un artículo sobre Chernyshevski, que se publicó en «Il Sole», «La Plebe», «La Capitale» y en un diario napolitano. Cfr. A. Tveritinov, *Ob ob'yavlenii privogora N. G. Chernyshevskomu, o raspostranenii ego sochineni na frantsuzskom yazyke v zapadnoi Evrope i o mnogom drugom* [La lectura de la sentencia a N. G. Chernyshevski, la difusión de sus obras en francés en Europa occidental y otras muchas cosas más], Spb. 1906.

138 Este escrito permaneció en los archivos de la policía hasta 1906, año en que fue publicado parcialmente en el *Polnoe sobranie sochineni* cit., vol. X. Ha sido editado íntegramente en Moscú en 1933 y reproducido en XII, 5 y ss.

139 «Russkaya starina», 1905, fasç. II. También es interesante el testimonio de M. P. Sazhin (Ross), *O grazhdanskoi kazni N. G. Chernyshevskogo* [La ejecución civil de Chernyshevski], publicado primero en «Russkoe bogatstvo», 1909, fasc. XII, y reimpreso en *Vospominaniya* [Memorias], M. 1925, pp. 16 y ss.

140 P. F. Nikolaev, *Lichnye vospominaniya o prebyvanii N. G. Chernyshevskogo na katorge (v Alekasandrovskom zavode). 1867-1872 gg.* [Recuerdos personales sobre la permanencia de N. G. Chernyshevski en los trabajos forzados (en el «Aleksandrovski zadov»). 1867-1872], M. 1906, y Shagánov, *N. G. Chernyshevski na katorge i v ssylke* cit.

141 Los documentos al respecto han sido publicados en «Byloe», 1924, fasc. XV.

142 Carta a su mujer del 2 de diciembre de 1872. XIV, 524.

143 Carta a su mujer del 3 de abril de 1872. XIV, 516.

144 Carta a su mujer del 17 de mayo de 1872. XIV, 518-19.

145 V. Ya. Kokosov, *Razskazy o kariskoi katorge* [Relatos sobre los trabajos forzados de Kara], Spb. 1907.

146 N. Ya. Nikoladze, *Peregovory «Sviashesnnoi druzhiny» s partiei «Narodnoi Voli»* [Las negociaciones de la «Compañía santa» con la «Voluntad del Pueblo»], P. 1917, p. 29.

147 Carta del 12 de enero de 1871. XIV, 505.
148 XIV, p. 551.
149 XIV, 643-44.
150 XIV, 651.
151 XV, 465.
152 XV, 479.

CAPITULO 6

El movimiento intelectual de los años 60: Dobroliubov y Shapov

Chernyshevski afirmó a menudo que Dobroliúbov era la única persona que había estado verdaderamente próxima a él, su único real colaborador en el «Sovremennik». Agregaba que este amigo prematuramente desaparecido había sido mejor que él, escritor más eficaz y hombre más generoso y atrevido.

La profunda amistad que ligó a Chernyshevski y Dobroliúbov se refleja en estas palabras, que son el origen de la apreciación —luego corriente en la crítica posterior— según la cual estas dos personalidades han de situarse en el mismo plano, considerándolas igualmente importantes en la historia del movimiento intelectual de los años sesenta. Pero se trata de una leyenda, de una hermosa leyenda, si queremos, nacida de la admiración que surgió espontáneamente en torno a la figura de este muchacho genial, muerto a los veinticinco años, que supo decir con tanta eficacia una palabra propia sobre los problemas morales de Rusia. Esa fue su tarea: expresar los sentimientos, los tormentos, los entusiasmos suscitados por la visión política que Chernyshevski planteó con más calor del que él mismo pretendía.

Eso le permitirá a Dobroliúbov encontrar un eco más inmediato en los ánimos de la nueva generación, ejerciendo una influencia notable sobre la *inteliguentsia.* El dará forma a la psicología populista. Pero eso no debe hacernos olvidar que fue Chernyshevski quien proporcionó el marco dentro del que surgirán esos sentimientos y esa voluntad, quien creó la perspectiva política capaz de encerrar los entusiasmos y las ironías de Dobroliúbov.

Dobroliúbov será, por así decirlo, el primer fruto de las ideas populistas, la primera demostración de que éstas eran capaces de influir sobre la juventud suscitando en ella un irresistible deseo de darles vida, de convertirlas en costumbres personales y políticas [1].

También Dobroliúbov, como Chernyshevski, procedía de una familia de popes. Su padre era uno de los más cultos y estimados eclesiásticos de Nizhni Novgorod. Nikolai Aleksandrovich vio la luz en esa ciudad el 24 de enero de 1836 [2]. Ya en el seminario empezó a ser un muchacho diligente, estudioso y solitario, precozmente reconcentrado, cada vez más

interesado por los problemas que le planteaba el ambiente en el que se hallaba, por la disciplina impuesta por sus superiores y los contactos con sus compañeros de escuela. Muy religioso, extraordinariamente preocupado por su conducta diaria, llevaba un diario, en el que anotaba en un «Psichotorium» sus pensamientos pecaminosos [3]. Sus primeros escritos son ya un examen de conciencia.

La lectura apartará pronto los ojos de su mente de aquella agobiante preocupación por sí mismo, orientará sus ansias juveniles hacia el mundo de la literatura y de las ideas. Cuando en agosto de 1853 consiguió aprobar los exámenes de admisión en el Instituto Pedagógico (los suyos no podían permitirse mantenerlo en la Universidad) se abrió ante él una nueva vida. Con la afirmación de la madurez, su inclinación religiosa empezó a desvanecerse, a asumir la forma que conservará después, de tormento sobre el valor moral de cada uno de sus actos y pensamientos, incluso los más pequeños e insignificantes. La lectura de Feuerbach marcó también para él, como para Chernyshevski, el límite superado el cual no pudo llamarse cristiano.

Siguió estudios superiores en San Petersburgo, en el período de la guerra de Crimea. Las discusiones entre compañeros, las luchas con los superiores del Instituto, sus lecturas, todo adoptaba un tinte político, reflejando el despertar general de la sociedad rusa. Pronto se convirtió en uno de los miembros más ardientes de un grupo estudiantil que en septiembre de 1855 difundió un periodiquillo litografiado en el que se atacaba toda la vida política de la época de Nicolás I. Aunque no expresaba ideas muy concretas, se leía en él un violento odio por el «despotismo militar», un intenso deseo de conocer los hombres y las ideas que habían luchado contra el absolutismo desde la época de los decembristas en adelante [4].

Rousseau, Proudhon, Bruno Bauer, Strauss, Belinski, lo pusieron en el camino que debía llevarlo a la búsqueda de las obras de Herzen y a su apasionada lectura. Empezará a pedirles un «concepto del honor» [5], leerá con entusiasmo el libro sobre el desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia y acabará diciendo:

> Soy un socialista convencido, hasta el punto de estar dispuesto a formar parte, ahora mismo, de una sociedad pobre, donde cada miembro tenga derechos y bienes iguales... Mi ideal terrenal aún no está realizado, a menos que sea esa sociedad democrática de la que Herzen ha hablado, al describir el mitin en el que participó en Londres en 1855 [6].

En 1856 conoció a Chernyshevski, que quedó conquistado de inmediato por este joven de veinte años ya tan culto y tan deseoso de dedicarse por entero a un «ideal aún no realizado en la tierra». Chernyshevski aceleró su maduración enfrentándolo duramente con la realidad, subra-

yando no sin una pizca de ironía las reales proporciones de la tarea que les esperaba. Al mismo tiempo le impidió echarlo todo a rodar, empeorando aún más su posición ante las autoridades académicas. Pero cuando leyó sus primeros artículos y supo que estaba libre de todo compromiso, le confió toda la parte literaria del «Sovremennik», con la seguridad de haber encontrado por fin alguien que sentía y pensaba al unísono con él.

Muchos años después, en Siberia, el nacimiento y la consolidación de esta amistad serán el punto central de los recuerdos sobre la vida de la época del «Sovremennik», que Chernyshevski pintará con tanta vivacidad en su novela *Prólogo.* Escribirá con la imaginación el diario de su amigo desaparecido, tratando de verse a sí mismo con los ojos con que Dobroliúbov debió verlo cuando se encontraron por primera vez. Recordaba haberle explicado la difícil postura en que se encontraba. «Su voz desentonaba en el dulce concierto de los liberales rusos.» Recordaba haberle abierto su corazón, mostrándole cuál era su verdadera esperanza:

> Llegará el tiempo de las cosas serias... Un día, en un rincón de Europa, muy probablemente en Francia, se alzará la tormenta que se difundirá por toda Europa, como en 1848. En 1830 la tormenta afectó sólo Alemania occidental, en 1848 incluyó Viena y Berlín. Podemos, pues, pensar que la próxima vez llegará a Moscú y San Petersburgo... De este u otro modo vendrá el tiempo de las cosas serias. Es indudable, lo prueban nuestros lazos con Europa, que se hacen cada vez más estrechos. Nos hemos quedado demasiado atrás. De un modo u otro Europa nos arrastrará, atrayéndonos hacia ella [7].

Mientras tanto había que prepararse sin impaciencia y con creciente energía.

Durante cinco años Dobroliúbov trabajó enormemente en el «Sovremennik», tocando todos los temas que podían contribuir en cierto modo a formar una joven *inteliguentsia* que no se hiciera ilusiones en torno al liberalismo otorgado desde arriba y decidida a reivindicar para sí la responsabilidad política del país. Para este fin usó sobre todo la crítica literaria, que le permitía realizar profundos y minuciosos análisis psicológicos, escribir verdaderos sermones sobre los pecados de la sociedad, sobre los defectos de la *inteliguentsia.* A partir de 1859 recurrió a la sátira directa, en verso y prosa, creando un suplemento del «Sovremennik» titulado «Svistok» [El silbido], que obtuvo un inmenso éxito y contribuyó a crear una atmósfera política muy alejada de fáciles entusiasmos reformadores [8].

Su débil organismo se resentía enormemente del intenso trabajo al que lo sometía. Enfermó de tuberculosis y en mayo de 1860 marchó a curarse en Suiza. Erró por Francia, en París, Dijon, Ruán. A finales de 1860 estaba en Italia, donde viajó por Florencia, Milán, Roma, Génova, Nápoles, Mesina... En Nápoles pensó por un momento en casarse, pero

en el verano de 1861 regresaba a Rusia, a tiempo de oír a sus amigos contar las noticias de las primeras detenciones de escritores. «Le narré a toda prisa algún detalle al respecto —escribe uno de ellos— y él, alzándose en el diván sobre el que yacía, me miró, ya con la mirada inmóvil de los dioses: sus ojos bellísimos e inteligentes ardían. Brillaban en ellos la esperanza y la fe en el futuro más hermoso al que había sacrificado sus años y sus fuerzas mejores» [9]. Morirá el 17 de noviembre de 1861, entre los brazos de Chernyshevski.

Fue él quien planteó en sus artículos del «Sovremennik» el problema de la relación entre la renovación moral de la *inteliguentsia* y la transformación de la vida de las clases populares. Las reformas que todos consideraban necesarias sólo tendrían un sentido con la participación del pueblo; tendrían que incidir no sólo sobre el aparato administrativo, sino también sobre las costumbres y la mentalidad de campesinos, comerciantes, de toda la inmensa masa apartada aún de toda vida política [10].

Por eso Dobroliúbov subrayó desde el principio de su actividad de escritor la insuficiencia de la «literatura de denuncia pública», de la literatura «satírico-policial» —como dijo un día— que asestaba golpes a los escándalos, los defectos, las inmundicias del estado, aunque sin remontarse a la única raíz de todos los males, o sea la relación entre la clase dirigente y el pueblo.

Buscó en el XVIII, en la época de Catalina II, los orígenes de esta crítica moralista que había ironizado sobre las costumbres de los poderosos sin preguntarse nunca por qué tenían que existir los poderosos.

> Nuestros satíricos atacaron la incultura, la corrupción, la hipocresía, la ilegalidad, el orgullo y la crueldad de las relaciones con los pobres, la adulación frente a los superiores. Pero muy raramente se trasluce en esas denuncias la idea de que todos esos fenómenos aislados no eran sino la inevitable consecuencia de la anormalidad de toda la estructura social. Atacaron por ejemplo la corrupción de los funcionarios, como si todo el mal se derivase de una tendencia personal de éstos a desvalijar al público. Nunca en nuestras sátiras el problema de los «sobornos» se transformó en un examen del mal general de toda la burocracia, de las circunstancias que lo originaron y le permitieron desarrollarse [11].

Incluso el mejor fruto de la «literatura de denuncia pública», o sea los *Ensayos provinciales* de Saltykov-Shedrín, le parecieron incluidos dentro de esos límites. Una fuerza muy distinta había demostrado Saltykov-Shedrín en sus relatos publicados en el «Sovremennik» diez años antes, cuando las ideas de los *petrashevtsy* le indicaron los orígenes sociales de las indignidades burocráticas que describía.

> Evidentemente los tiempos eran otros, existían otras energías, otros ideales. Aquélla era una corriente viva y real, verdaderamente

> humanista, no desviada ni debilitada por un doctrinarismo jurídico y económico. Plantearse entonces el problema de por qué el hombre se vuelve delincuente o ladrón equivalía a preguntarse por qué sufre o tiene miedo de todo. Amorosa y dolorosamente se había comenzado a examinar la patología de tales cuestiones. Si se hubiera seguido por aquel camino, los resultados serían mucho más fecundos. Pero ahora, en cambio, nuestras soluciones son sencillas: si la gente roba quiere decir que la policía cumple mal con su oficio, si hay «sobornos» quiere decir que el director es incapaz, etc. Entonces las cosas eran muy distintas: si un hombre roba es signo de que no ha encontrado trabajo y se muere de hambre, si un empleado se embolsa una propina es señal de que tiene una familia de quince personas que alimentar. Desde un punto de vista moral las dos soluciones son muy diferentes. Una despierta en nosotros un sentido humano y un pensamiento viril, la otra nos lleva en derechura a la policía y nos obliga a perecer en forma jurídica [12].

No hay que olvidar nunca que Dobroliúbov escribía sabiendo perfectamente que sus palabras serían controladas por la censura. Por lo tanto basta con sustituir «pensamiento viril» por «voluntad de resolver los problemas», y «forma jurídica» por «absolutismo reformador», para comprender qué quería decir Dobroliúbov al remitirse a los *petrashevtsy* y al polemizar con quienes pretendían limitar a la superficie las transformaciones del estado y la sociedad rusa.

Pero ¿había una posibilidad real de que la transformación iniciada en 1855 afectase a las clases populares? ¿Existían realmente síntomas que hiciesen pensar en el nacimiento de una fuerza capaz de arrebatar la iniciativa al despotismo reformador? Dobroliúbov siempre permaneció a la escucha, atentísimo a observar cualquiera voz que pudiera confirmar esta esperanza suya [13].

En 1859 publicó en el «Sovremennik» un largo comentario a las comedias de Ostrovski, titulándolo *El reino oscuro*. Su artículo sigue siendo un modelo de análisis moral de una sociedad. Describía la vida de los comerciantes, de la burguesía rusa, hablaba de la arbitrariedad reinante en las familias y las costumbres, de la ignorancia y el espíritu tradicionalista de aquella casta cerrada. «Una sumisión absolutamente externa y un dolor obtuso y concentrado, capaces de llegar hasta la idiotez total y a una lúgubre despersonalización, se entremezclan en el reino oscuro.» «Y, sin embargo —decía—, allí al lado, de la otra parte de la muralla, hay ya una vida distinta, luminosa, limpia, culta» [14]. El contraste y la lucha eran duros y violentos, pero ya se dejaba sentir una nueva fuerza, incluso en el mundo de las tinieblas. Era una cárcel donde aún no había muerto la voluntad de ser libres. También iba alejándose la pesadilla de la tradición. Cuando al año siguiente leyó el nuevo drama de Ostrovski, *La tempestad*, tituló su artículo *Un rayo de luz en el reino*

oscuro[15]. Y al hablar después de las primeras novelas de Dostoievski, concluía:

> En nuestra clase media son muchos los hombres olvidados, humillados y ofendidos, su vida es pesada moral y físicamente, pero, a pesar de una resignación externa, sienten el dolor, están dispuestos a la ira y a la protesta, ansían una salida...[16].

Tampoco entre los campesinos faltaban signos de un despertar. El descontento y la búsqueda de algo nuevo empezaban a sustituir a la resignación. «Se pueden encontrar entre los jóvenes campesinos tantos radicales ingenuos como entre los hijos de las otras clases»[17]. Las protestas adoptaban formas que podían parecer extrañas, pero que no por ello eran menos significativas. Dobroliúbov escribió un largo artículo detallado e interesante, titulado *Apuntes para una caracterización del pueblo sencillo ruso,* para subrayar que «el fatalismo de la fe religiosa y el de la desesperación» estaban ya sacudidos por la promesa de la liberación.

> No hay rincón de Rusia donde no se cuente cómo, apenas se ventiló la idea de la abolición de la servidumbre, los campesinos de los señores se reunieron y enviaron diputaciones al noble, al pope e incluso a las autoridades locales para saber qué pensaban hacer con ellos... Vale la pena recordar incluso el empuje con que el pueblo se lanzó en San Petersburgo sobre la tienda donde se encuentran las publicaciones oficiales en cuanto se corrió la voz, a comienzos de 1856, de que el *ukaz* de la liberación de los campesinos estaba ya a la venta[18].

Los campesinos demostraban de mil maneras su odio por la servidumbre trabajando menos y peor, protestaban contra el estado creando por ejemplo todo un movimiento espontáneo en pro de la templanza, para privar de dinero al monopolio del vodka[19]. Dobroliúbov habló de este último fenómeno en el «Sovremennik» de 1859, tras haber luchado dos meses con la censura para que le permitiese publicar al menos una parte de lo que había escrito. Aprovechaba la ocasión para plantear el problema general de lo que se podía esperar de los campesinos, y concluía diciendo:

> Sí, en este pueblo hay una fuerza del bien que no existe desde luego en la sociedad corrompida y semiloca que tiene la pretensión de considerarse culta y capaz de algo serio. Las masas populares no saben hablar con elocuencia, por eso no son capaces de entretenerse con las palabras, ni les gusta complacerse en sonidos que se pierden en lontananza. Su palabra nunca es vacía. La pronuncian como un llamamiento a los hechos, como una condición para la acción inminente[20].

Pero esos signos de despertar no bastaban, desde luego, para convencer a Dobroliúbov de la proximidad de una revuelta más profunda. Gran parte de su ironía —de su «bilis», como dirá Herzen—, de su «nihilismo», se origina precisamente en esta comprobación. Aunque siempre conservó la esperanza de un ulterior desarrollo del movimiento iniciado con la caída de Sebastopol, cada vez se hará menos ilusiones de poder participar personalmente en el momento en el que el pueblo haría sentir su fuerza y su voluntad.

Tuvo un sentido muy vivo de la responsabilidad que pesaba sobre la *inteliguentsia,* única fuerza capaz de realizar una tarea de educación del pueblo, y al mismo tiempo de representarlo. El deber de la clase culta era inmenso. Sólo ella era capaz de actuar libremente en una sociedad dominada por la razón de estado por un lado, y por el pesado tradicionalismo de las clases populares por otro. Sólo ella podía guiar la transformación de Rusia, realizando aquello que el pueblo aún no estaba en condiciones de hacer.

Gran parte de la obra de Dobroliúbov estará dedicada a demostrar la divergencia existente entre la tarea de la *inteliguentsia* y la real posición en que ésta se encontraba. Cuanto mayor le había parecido el deber de los hombres cultos, más mezquina, limitada y endeble le parecía su vida, su naturaleza, y tanto más graves se revelaban a sus ojos sus defectos y sus límites. Profundizando en esta contraposición, Dobroliúbov acabó fijando un ideal del intelectual populista que influirá enormemente en la formación de las nuevas generaciones.

Igual que había recurrido a los dramas de Ostrovski para hablar del «reino oscuro», así elegirá ahora la novela de Goncharov, *Oblomov,* para hacer la disección de la clase culta, incapaz de pasar del reino de los sueños al de la acción. «El idilio, he aquí el enemigo», así podría resumirse este célebre artículo [21]. La incapacidad de proponerse en la vida un objetivo definido y limitado, o incluso sólo de concebir que alguien pudiera consagrarse voluntariamente a una obra concreta, el consiguiente desprecio por el trabajo, la veleidad de actuar que se transforma de inmediato en un sueño inútil, todo esto se encarnaba en el Oblomov de Dobroliúbov.

> En él se refleja la vida rusa, en él está representado a lo vivo el tipo ruso contemporáneo, acuñado con implacable severidad y precisión. En esta novela se dice una palabra nueva y actual sobre nuestro desarrollo social, pronunciada con claridad y firmeza, sin desesperación y sin infantiles esperanzas, con plena conciencia de la verdad [22].

Este «tipo» era comparado con toda una serie de otros personajes de la literatura rusa, con lo que demostraba cómo era la más perfecta encarnación de una enfermedad de la voluntad inherente a toda una clase,

a toda una sociedad. De ello nacía una especie de monstruo, que tenía muy poco que ver con el personaje de Goncharov, pero que adquiría la eficacia realista y terrorífica de ciertos espejos deformantes. Todos podían reconocerse en él, cada uno de los lectores podía decirse que en aquella imagen típica había algún rasgo extraordinariamente semejante a su propio rostro. Los reformadores de la época, que hacían grandes planes para la transformación de Rusia, podían ver en él la mueca de quien comienza a temer consecuencias inesperadas de su propia actuación, de quien se pregunta con creciente insistencia si vale la pena dejar el camino viejo por el nuevo. ¿Acaso los liberales no eran también ellos Oblomov?

> Si yo oigo hoy a un *pomeshik* hablar de los derechos de la humanidad, sé, desde sus primeras palabras, que es un Oblomov. Si topo con un funcionario que se queja del desorden y del peso de la burocracia, también es un Oblomov. Si oigo a un oficial quejarse del cansancio de los desfiles y hacer atrevidos discursos sobre la inutilidad del paso de parada, etc., no dudo de que es un Oblomov. Cuando leo en las revistas ataques liberales contra los abusos del poder, o bien expresiones de gozo porque por fin se ha hecho lo que desde hacía tiempo se esperaba y confiaba, pienso que esos artículos vienen del país de los Oblomov. Cuando me encuentro en un círculo de gente culta, que se inflama con las necesidades de la humana especie y que durante años y años, con entusiasmo siempre idéntico, cuenta chistes siempre iguales (y a veces incluso nuevos) sobre la corrupción burocrática, sobre la opresión y las ilegalidades de todas clases, involuntariamente me siento trasladado al viejo país de los Oblomov... [23].

El artículo finalizaba explicando con claridad por qué había que denunciar esta mentalidad «en todas sus formas, bajo cualquier posible máscara». Sólo así se encontraría la fuerza suficiente para pronunciar «una implacable condena»... [24].

Era una llamada a la acción. A través de un lento proceso de maduración, la *inteliguentsia* había acumulado conocimientos, esperanzas, ideales. Ya era hora de considerar terminado el período preparatorio.

> ¿Cuándo llegará el verdadero día? —se preguntaba Dobroliúbov en otro artículo [25]—. ¿Qué ha hecho nuestra sociedad en los últimos veinte o treinta años? Por ahora, nada. Se ha instruido, desarrollado, ha oído a los Rudin [personaje de Turgenev, modelado sobre Bakunin], se ha dolido con los fracasos sufridos por ellos en su generosa lucha por los ideales, se ha preparado para la acción y no ha hecho nada... Después del período en que determinadas ideas son *reconocidas,* debe llegar el momento en que sean *realizadas.* A las meditaciones y a los discursos debe seguir la acción [26].

Esta resuelta condena de la generación anterior a la suya lo llevaría a la ruptura con Herzen. El signo de igualdad que quería poner entre pensamiento y acción, su insistencia sobre la importancia primordial de la educación del carácter le conquistaron, en cambio, a la nueva generación. El meollo de su personalidad consistía precisamente en esto.

> Todo su ser estaba electrizado, por así decirlo, por sus ideales... Estaba dispuesto a sacrificar su propia vida por su realización. Cada uno de sus pensamientos, de sus palabras, tendían incontenibIemente a realizarse en la acción. El mundo en que vivió no permitió que así ocurriese. Esta imposibilidad fue la causa de sus sufrimientos nerviosos y de sus tormentos morales. Por eso... ardía de continuo en una fiebre de descontento, e incluso de desesperación... En una carta a un compañero escribió: «moriremos por no haber podido exteriorizar semejante actividad, pero no moriremos en vano» [27].

Su obra quedó, en efecto, como una vigorosa protesta contra «el amor platónico en la actividad social». «Si el platonismo es ridículo en el amor hacia la mujer, es mil veces más ridículo cuando se trata del amor a la patria, al pueblo, a la justicia, etc.» [28].

Fue el primero que expresó, y con especial energía, la voluntad consecuente de adecuar inmediatamente a las propias ideas cada acción, cada gesto, cada gusto, voluntad característica de la generación populista. Con él se cierra la época iniciada con los exámenes de conciencia del joven Bakunin ante la idea hegeliana, con él comienza el período en el que el amor al pueblo se transforma en la voluntad de hacerse campesino y obrero. La aspiración a la igualdad engendrará las «comunas» de estudiantes, la repugnancia por la sociedad jerárquica y oprimida de Rusia llevará a la ruptura de los jóvenes revolucionarios con todo el mundo circundante. Dobroliubov fue quien suscitó esas energías aún indistintas, pero que pronto se canalizarán en el movimiento revolucionario.

Naturalmente, no podía esperar que toda la *inteliguentsia,* que toda la clase culta se viera asaltada por esta voluntad de llegar hasta el final. Su predicación provocará un alejamiento cada vez más claro y rápido entre la gran masa de los «bienintencionados» y el pequeño número de quienes deberán sacrificarlo todo para «actuar» —por servirnos de una contraposición que es suya y que define perfectamente lo que él quería decir [29].

También Dobroliúbov, igual que muchos por aquellos años, tendió a ver en ese contraste de mentalidades un conflicto entre generaciones, un choque entre «padres» e «hijos». A menudo idealizó a «la juventud» para contraponerla a la *inteliguentsia* liberal y contribuyó no poco a crear la figura del joven de los años sesenta, el «tipo social de la gente realista con nervios sólidos y sana imaginación». «Mirando a su alrededor [estos

jóvenes] no descubrieron las neblinosas abstracciones y los espejismos de las generaciones anteriores, vieron únicamente un hombre de carne y hueso en sus relaciones reales, y no fantásticas, con el mundo exterior» [30]. La reacción contra el «idilio» de Oblomov lo encaminó por la vía que llevaría al «nihilismo», es decir, a aquel realismo positivista que será una de las formas más típicas del alejamiento entre «hijos» y «padres».

Pero Dobroliúbov estaba demasiado ligado a los problemas políticos para proseguir por esa vía. El realismo, la educación de la personalidad seguirán siendo siempre para él instrumentos de una voluntad populista, nunca se convertirán en fines en sí, en idolatría del individuo libre en medio de una muchedumbre de esclavos, como ocurrirá en cambio en el posterior «nihilismo». Desde este punto de vista Dobroliúbov está a medio camino entre Chernyshevski y Písarev, preocupado sobre todo por los problemas morales, personales, de la nueva generación, pero aún sólidamente enraizado en la vida política de la edad que había visto la liberación de los siervos.

Dobroliúbov trató raramente de determinar con exactitud el contenido de sus ideales; puede decirse que los aceptaba de Chernyshevski. Basta con leer el artículo que dedicó, en 1859, a *Robert Owen y sus intentos de reformas sociales* [31] para comprender cuán inferior es a Herzen y a Chernyshevski en su tentativa de precisar sus concepciones socialistas. Incluso sus artículos sobre Italia, vivísimos como reportaje periodístico, no tienen el acre mordiente de las páginas de Chernyshevski sobre Poerio y los mazzinianos. El enfoque es el mismo, pero falta la energía, la decisión de servirse de cualquier posible instrumento con tal de afirmar de modo tajante las propias ideas. Dobroliúbov se deja prender en exceso por su tema, cree demasiado que los esquemas de Chernyshevski interpretan verdaderamente la realidad italiana, los desmenuza en sus aplicaciones y acaba privándolos de la dura violencia que poseían en su origen. Es interesante, desde luego, verlo buscar con agudeza en el publicismo italiano de 1860-61 los escritos que pudieran confirmar o completar la idea que los redactores del «Sovremennik» se habían hecho en San Petersburgo de los acontecimientos italianos, verlo leer y citar ampliamente a Montanelli, Brofferio, Pianciani, observar los conflictos sociales del sur de Italia, etc. Pero su paralelo entre Cavour y Montalembert sigue siendo una extravagancia sin un auténtico significado, no sólo histórico sino político y polémico. Dobroliúbov acabará dedicando un largo artículo elogioso al padre Gavazzi, con el que se identificará más plenamente, entre todos los políticos que determinaron por entonces la unidad italiana. Como dirá Antonovich: «Dobroliúbov soñaba con pronunciar e imprimir discursos y llamamientos inflamados —como hacía en Italia el padre Gavazzi, ensalzado por él—, con tronar contra su público, con despertarlo, electrizarlo, inducirlo a la acción» [32]. Pero aún dejando a un lado este curioso detalle, muy significativo, es evidente que el elemento más vivo de los artículos italianos de Dobroliúbov está en las páginas

consagradas a la fuerza moral de Mazzini, al espíritu de sacrificio de los Bandiera y de Pisacane, contrapuestos todos a la «prudencia» de Cavour [33]. No sacó, pues, de su estancia en Italia una nueva visión política, sino una confirmación de la apasionada voluntad de acción que había sabido alimentar en sí y, más aún, suscitar en la nueva generación. Esa voluntad no se apoyaba en una ideología perfectamente determinada, sino en la propia palabra que dará nombre al movimiento que tiene su origen en él. Como escribía en 1860, el lema mazziniano «Dios y pueblo» estaba «equivocado a medias». Eliminado Dios, quedaba el pueblo [34].

La obra de Dobroliúbov es el espejo de la transformación interna, psicológica y moral sufrida por los intelectuales de los años sesenta en busca de un camino hacia la política, hacia el pueblo. Valdría la pena seguir este mismo proceso en los colaboradores menores del «Sovremennik» y en general en la vida intelectual, tan variada, de aquel período. Antonovich, Eliséev y Shelgunov se plantearon también los problemas que Chernyshevski y Dobroliúbov habían discutido, y cada uno supo decir algo propio sobre la relación entre la *inteliguentsia,* el estado y las masas populares.

Encontraremos a algunos de ellos cuando hablemos de la formación de los primeros grupos políticos clandestinos, y veremos a otros al examinar la polémica entre populismo y nihilismo. De momento los dejaremos a un lado, para detenernos a examinar únicamente una figura que puede definirse —en la cultura de los años sesenta— como el polo opuesto de Dobroliúbov.

Shapov recorrió el camino que unía a la *inteliguentsia* y al pueblo en sentido inverso al seguido por Dobroliúbov. No pasó de la voluntad de ilustrar, de instruir, de educar, a la de conocer a las masas, de adaptarse a ellas, de guiarlas. Partiendo del mismo pueblo, de sus tradiciones, de su vida encerrada y marginada, de su religión y de sus formas políticas, se planteó con gran tenacidad e inteligencia el problema del valor de esas instituciones históricas, de esas realidades sociales respecto al estado, respecto a la cultura que venía de Occidente, respecto a la *inteliguentsia.* Acabará convenciéndose de la función dirigente de ésta, pero antes de llegar a esa conclusión será el más tenaz defensor de las formas «espontáneas» de la vida popular, el historiador de su vida interna. El creó ese filón del populismo que miraba a la aldea con el ánimo de quien escucha y aprende reverente, no con el de quien enseña y predica [35].

Shapov era siberiano. Parece que sus antepasados se refugiaron en Siberia a finales del XVIII, para huir de las persecuciones contra el *raskol.* Generación tras generación habían sido diáconos y sacristanes, es decir, trabajaban la tierra como los demás campesinos y además ayudaban al pope en la celebración de los ritos. Al vivir en la aldea de Anga, en la región del Baikal, gobernación de Irkutsk, se habían mezclado con las familias nativas. La madre de Afanasi Prokof'evich era tungusa o más

probablemente buriata. Cuando era muy joven se lo llevaron para la *bursa,* esa especie de leva de los muchachos de familia eclesiástica que tantas lágrimas y tantas maldiciones había suscitado de generación en generación. Esta escuela elemental de futuros popes era famosa por su rudeza y primitivismo. Las clases se daban en aulas sin calefacción, y los niños envueltos en pieles, hambrientos, padecían a menudo escorbuto. Faltaban libros de texto, todo debía aprenderse de memoria, con mecánica e insistente repetición, a la que coadyuvaba una congrua distribución de azotes. Cuando por fin, ya en los años sesenta, pudo hacerse una descripción realista de la *bursa,* ésta suscitará una profunda impresión, convirtiéndose en el ejemplo favorito de todos los que pretendían luchar para transformar íntegramente los sistemas educativos de las clases populares [36].

Pero Shapov, nacido en 1830, tuvo que recorrer todo el duro camino del eclesiástico siberiano, pasando después de los años de la *bursa* al seminario de Irkutsk, donde lo enviaron en 1846, por haberse distinguido entre sus coetáneos por su memoria e inteligencia. Durante largos años pesó sobre él la dura y minuciosa disciplina del seminario, el desprecio de los superiores y los camaradas por los *bursaki,* es decir los muchachos que, como él, provenían de las clases más pobres. Pero ya había iniciado el camino que lo conduciría a la Academia Eclesiástica de Kazán, centro de la vida intelectual del clero siberiano.

Cuando Shapov llegó a ella, en 1852, reinaba en la Academia una extraña atmósfera. Los libros de Guizot se consideraban oficialmente «horripilantes», la obra de Gibbon (traducido al alemán) se guardaba en la biblioteca en una sección secreta, toda la literatura laica rusa era definida como «un inmenso desierto». Y sin embargo este mundo que a primera vista puede parecer el reino de la hipocresía, un mundo enmohecido, encerraba energía suficiente para abrirse con rapidez ante el soplo renovador que siguió a la guerra de Crimea. En el cuerpo docente había quien hablaba de Feuerbach y de Strauss; pronto empezaron a circular gran número de manuscritos clandestinos que discutían la suerte de Rusia. Los estudiantes recibieron permiso, a partir de 1854, para suscribirse a periódicos y revistas. Se produjo un despertar del interés por el estudio de la historia de la iglesia, y cuando los manuscritos conservados en la antigua fortaleza del *raskol,* el convento de Solovetsk, fueron evacuados a Kazán —ante el temor de que la flota inglesa pudiera apoderarse de aquellos tesoros o dañarlos durante el bloqueo— hubo quien se dedicó a estudiarlos, o comentarlos, redescubriendo todo un período del pasado ruso.

Shapov se lanzó a leer y estudiar con una inmensa hambre de saber. Llevaba una vida ascética, trabajando diecisiete horas diarias. Cada aspecto de la vida popular rusa era para él objeto de apasionada curiosidad. Con febril avidez quiso conocer la historia de las sectas, de los campesinos, la etnografía. Leyó todos los libros y los manuscritos que podían decir en cualquier modo qué era el pueblo ruso, quién era él mismo, hijo

de una aldea de la región del Baikal. Buscaba las bases, la justificación de la dignidad y orgullo que él expresaba en la vida cotidiana con una sinceridad que rayaba incluso en ingenuidad. Sus superiores y compañeros lo consideraban un original, casi un *yurodivy,* un loco religioso, aunque el objeto de su veneración ya no eran los mitos cristianos, sino la historia del campesino ruso. En los momentos de cansancio, de desesperación, lloraba por sí mismo, por el duro camino recorrido, por la deformación del carácter que tuvo que sufrir en la *bursa* y en la Academia. Ansiaba volver por un momento a lo que habría podido ser si no lo hubieran arrancado de su Siberia, decía a aquellos a quienes se encontraba por el camino: «No soy mejor que vosotros, también yo vengo de una familia de campesinos.» «Sollozaba y en esos momentos era imposible mirarlo sin derramar amargas lágrimas» [37]. Sus compañeros lo herían con bromas y chanzas sobre lo que más lastimaba a su corazón, su deseo de convertirse en un historiador entregado únicamente al conocimiento del pueblo, lo ofendían en sus arrepentimientos de haberse visto obligado a probar al árbol de la ciencia, en su decisión de seguir —a pesar de todo— ligado a sus orígenes. «Su corazón cálido e infantil se encendía entonces con una ira indescriptible; ¿cómo era posible carecer de conciencia hasta el punto de envilecer la fuerza de Rusia, el campesino, el que alimenta a todo el estado?» [38].

El primer fruto de sus estudios fue un grueso libro, *El cisma de los creyentes viejos,* que le valió el nombramiento de profesor en la misma Academia donde había estudiado, y que se publicó en 1858. No quería ser una historia puramente religiosa y eclesiástica del cisma, sino un estudio sobre el valor político y social de las sectas, sobre su desarrollo, sobre su diferenciación en el XVII y el XVIII. En su origen Shapov veía una cristalización de la religión en puras fórmulas, un espíritu «libresco y judaico», pero no era eso lo que más le interesaba. Pretendía ver cómo aquellas fórmulas se habían llenado de vida al pasar de la esfera eclesiástica a la política. Primero habían servido para expresar un «democratismo clerical», la rebelión de muchos eclesiásticos contra la voluntad de la iglesia, en tiempos de Nikon. Después se habían convertido en fórmulas de una rebelión «popular-civil» contra el zar, cuando las reformas bajadas de arriba, derivadas de Occidente, chocaron con una encarnizada resistencia por abajo. En el XVIII el *raskol* «se hacía más profundo, más complejo, y acababa tomando un carácter religioso-nacional-democrático» [39], aceptando y absorbiendo los elementos de descontento y revuelta que fermentaban contra el imperio, contra los funcionarios locales y el agravarse de la servidumbre.

El estado salido de las reformas de Pedro el Grande no había conseguido nunca penetrar por doquier; junto a él seguía subsistiendo la autoadministración de origen medieval, la realidad de los grupos organizados de campesinos, de comerciantes, toda la vida corporativa heredada del

pasado. El *raskol* había sido su bandera, su expresión. Shapov estudiaba con especial cuidado la geografía de ese movimiento religioso, su dislocación a lo largo de las vías comerciales, de los grandes ríos, su penetración en las aldeas, etc. Su gran fuerza —decía— había consistido en el «democratismo religioso-civil» [40] que asumió a medida que se ensanchaba y desarrollaba.

El «Sovremennik» publicó una recensión desfavorable de aquel libro [41]. Cuando Shapov dio a la imprenta en 1859 un discurso *Sobre el mejoramiento de la situación de la gente no libre,* donde hacía la apología de la obra de la iglesia contra el régimen de servidumbre campesina, a Dobroliúbov no le resultó difícil objetarle que la propia iglesia había sido dueña de campesinos [42]. En efecto, Shapov aún tenía cierta inclinación a ver por todas partes fuerzas tradicionalmente contrapuestas al imperio, al estado absolutista, y las buscaba incluso donde históricamente era imposible encontrarlas. Toda su concepción adolecía aún de la inversión mecánica de las teorías «estatalistas» y «occidentalistas» de la historiografía precedente realizada por él, que lo impulsaba a ensalzar como «democrática» y «popular» toda oposición al estado.

Las recensiones del «Sovremennik» ejercieron una importante influencia sobre él y lo indujeron a replantearse el problema central de su primer libro. Ya no se trataba de examinar las evoluciones de aquella fórmula religiosa, de aquella bandera que cubrió todas las resistencias y rebeliones del pasado, sino de identificar y determinar los elementos sociales, estructurales, permanentes, de aquella oposición al estado. Había que prestar atención no sólo al fermento apocalíptico y sectario sino a las formas, a las instituciones populares que habían resistido el aplastamiento operado por el estado y que por lo tanto podían aún contraponérsele. Había que pasar de la historia religiosa de las clases populares a su historia social.

La lectura de las revistas eslavófilas y del «Sovremennik» atrajo su atención sobre la *obshina.* La presencia en Kazán de un joven historiador, Eshevski, ya lo había inducido a replantearse el problema del regionalismo, la prolongada lucha de las diversas «tierras» que componían el imperio ruso por conservar una autoadministración local. Eshevski —interesado por los mismos problemas— empezaba entonces las investigaciones que debían llevarlo a estudiar la vida de las provincias del imperio romano en sus relaciones con Roma [43]. Este tema iba a interesar muy vivamente a Shapov, ya que tenía un gran sentido de la autonomía de su patria, Siberia, y compartía la esperanza —que fermentaba entre los estudiantes siberianos de Kazán— de un gran futuro para aquellas tierras.

Llamado a una cátedra de historia en la universidad, inició sus cursos con una lección que sellaba definitivamente el primer período de su vida de erudito y lo convertía en el exponente de una nueva corriente populista.

> Proclamo desde el principio que subo a la cátedra universitaria de historia rusa no con la idea del estado, no con la idea de la centralización, sino con la idea de la *narodnost'* y del regionalismo *(oblastnost')*. Hoy es una convicción muy arraigada que lo fundamental en la historia es el pueblo, que es el espíritu popular el que crea la historia. Esta concepción ya no es nueva... Pero he aquí otro principio que aún no está claramente consolidado en nuestra ciencia: el principio —permítanme expresarme así— regionalista. Hasta ahora ha dominado la idea de la centralización... La compleja variedad, las tendencias y los hechos de la vida histórica provincial han sido subsumidos en la idea general del desarrollo estatal... Y sin embargo la historia rusa es por excelencia la historia de diversos grupos locales, la historia de una continua reorganización territorial... de una recíproca acción y reacción... de las diversas regiones antes de la centralización y después de ella...

Tras haber hablado de las luchas seculares sostenidas por las regiones contra Moscú en la Edad Media, proseguía diciendo que éstas se habían prolongado en la época de los disturbios, en «aquella gran lucha de las comunidades regionales», y que más adelante tomaron la forma de grandes rebeliones «democráticas e indígenas». Acabó diciendo que en su curso estudiaría el problema en todos sus aspectos, comparándolo con el desarrollo de la colonización interior de Rusia y con la vida de los campesinos [44].

Pronto contó con una enorme popularidad entre los estudiantes, que por fin encontraban un profesor decidido a revelarles una historia rusa muy distinta de la tradicional. A su vez, Shapov fue conquistado por el fermento de la juventud. A más de las clases, mantenía con los estudiantes conversaciones sobre temas políticos [45]. Y cuando, no lejos de Kazán, se produjo el más grave episodio de la rebelión campesina contra el manifiesto del 19 de febrero, el motín de Bezdna, aplastado en sangre por las tropas, Shapov encontró en su interior toda la pasión que de niño le hacía decir, sollozando, «también yo vengo de familia campesina». Cuando los estudiantes de la universidad y de la Academia Eclesiástica organizaron una solemne ceremonia *in requiem* de los caídos, pronunció un discurso que recordaba que desde hacía siglos los campesinos del *raskol* habían protestado contra «su dolorosa situación de siervos». «Y he aquí que ha aparecido ahora un nuevo profeta, y también él ha proclamado la libertad en nombre de Dios.» Lo habían matado junto con sus seguidores, pero aquellas víctimas demostraban que el pueblo ruso era capaz de iniciativa política propia. Aquella sangre llamaría al pueblo a la insurrección y la libertad. Acabó su discurso proclamando la necesidad de una constitución democrática [46].

Detenido por orden personal de Alejandro II, Shapov fue llevado a San Petersburgo y sometido a una doble instrucción de causa, eclesiás-

tica y política, que tras muchas dilaciones terminó con una orden del emperador de quitarle la cátedra de la universidad de Kazán y «someterlo a exhortaciones y sermones en un monasterio, a disposición del Santísimo Sínodo». Corrió el rumor de que eso significaba para él el encierro en el monasterio de Sovoletsk, en una isla del mar Blanco. Pero semejante medida contrastaba demasiado con el estado de ánimo de la opinión pública. Por último, el 19 de febrero de 1862, Alejandro II ordenaba «perdonarlo y no enviarlo a un monasterio». Liberado, acabará por encontrar, aunque por breve tiempo, incluso un carguito en el Ministerio del Interior.

En la capital reanudará y ampliará la obra histórica y política iniciada en Kazán en 1859.

Se replanteó todo el problema del *raskol* y escribió un librito para demostrar que una visión regionalista o, como decía a menudo, «federativa» de la historia rusa, permitía entender mejor este fenómeno religioso [47]. Este había representado una protesta contra el estado porque expresaba la tenaz defensa de las «tierras», de las regiones, contra la centralización. Y era una manifestación democrática porque había servido como escudo para proteger las formas tradicionales y espontáneas de organización social del pueblo ruso. Los centros principales del *raskol* del XVII habían surgido donde más fuerte era la tradición de las tierras libres de Novgorod. Allí nació la «doctrina democrática según la cual no se debe rezar por el zar» [48]. Pero el movimiento había sido aplastado por Moscú. Con la muerte de Sten'ka Razin en la Plaza Roja acabó también «la vieja Rusia del pueblo». Los campesinos se habían visto privados del derecho de decidir su propia suerte en las asambleas libres locales que —con los nombres más diversos— habían acompañado la obra de roturación y de colonización de Rusia. Las «hermandades» *(bratstvo)*, los «consejos» *(sovet)*, las «juntas» *(sjod)*, los «concilios» *(sobor)*, las «comunidades» *(obshina* y *mir)*, ya no eran dueños de su propio destino, y aunque se les permitía sobrevivir, cada vez estaban más oprimidos y dirigidos por el estado. El cisma religioso había conservado su recuerdo, modelando su organización sobre la base tradicional de las «tierras» y las *obshiny*, y habían acabado por convertirse en «la personificación mítica, religioso-antropomórfica del poder popular, la sublimación de la dignidad humana y moral del campesino, su mítica apoteosis» [49].

El *raskol* fue, así, la única cultura del campesino. Las sectas supieron adaptarse a las formas de la vida popular.

> Mientras Pedro creaba escuelas sólo para el clero y la nobleza, el *raskol* se convertía por doquier en una escuela viva para la inmensa masa del pueblo ruso, para los campesinos, los artesanos, los comerciantes y los soldados, echándose sobre sus hombros la misión de propagar la intrucción entre el pueblo. Y la vía elegida para esta enseñanza fue la más natural, directa, que mejor podía responder

a su objetivo: la vía de las misiones ambulantes, el envío de predicadores a todas las regiones, ciudades y aldeas. Ellos difundieron en la masa popular el abecedario y su doctrina, con mucho mayor éxito que los maestros estatales [50].

El *raskol* luchó contra los monopolios, contra los privilegios en el uso de los bosques y las aguas, contra la formación de «clases» en el imperio de Pedro y Catalina, contra la determinación legal de las corporaciones. El *raskol* proporcionó las primeras fuerzas de la resistencia campesina, y aquí y allá de su rebelión [51].

Así, el estudio de las sectas iba poniendo en claro el elemento esencial de las ideas de Shapov, no sólo históricas sino también políticas. El único progreso civil posible en Rusia se derivaría de un renacimiento de las formas de autoadministración a través de las cuales se había expresado durante siglos la vida popular. No se trataba de introducir leyes nuevas y nuevas teorías, sino de liberar las instituciones populares ya existentes de todo lo que impedía su desarrollo. «La vida del pueblo ruso es tenaz a su manera, tiene su propia ética, su originalidad», escribía en un artículo titulado *La «obshina» campesina,* publicado en 1862 y que es el manifiesto de esta posición populista suya, de este «socialismo del *mir*» [52]. Lo único que hacía falta era estar firmemente decididos a darle al pueblo libertad para determinarse por sí mismo, para desarrollarse según su propia naturaleza. «Bastaba con actuar para que la boca del pueblo, de todo el pueblo, pudiera decir qué le era necesario.»

Por eso Shapov estudiaba con tanto amor las formas que la *obshina,* el *sovet,* el *mir* habían tomado en la historia, por eso insistía en recordar que la época de los disturbios, a comienzos del XVIII, se cerró con la convocatoria de los representantes de todas las «tierras» rusas, por eso observaba que la «fuga» y el «bandidaje» habían sido en el pasado la expresión efectiva de las protestas, de las negaciones del pueblo sencillo, del campesino [53].

Con esta continua contraposición de las instituciones populares al estado, con esta apelación a una asamblea que fuera expresión de la orgánica y tradicional estructura del pueblo ruso, con esta exaltación de los aspectos más extremados de la contraposición de estado y sociedad, Shapov preparaba el camino que recorrerá pocos años después el populismo revolucionario hasta Bakunin incluido.

Naturalmente, a las autoridades no les fue difícil darse cuenta del giro que tomaban las conclusiones de Shapov. M. N. Murav'ëv, sobre quien pronto pesará la responsabilidad de la sangrienta represión de la revuelta polaca, escribía, tras haber leído *Zemstvo i raskol:* «Esto es auténtico comunismo, con incesantes ataques contra boyardos y funcionarios... Shapov ha elegido el *raskol* como un arma o, mejor dicho, como una *palanca* para desencadenar una nueva *pugachëvshina.*» Y concluía relacionando su actividad con la de los emigrados londinenses, conven-

cidos también de poder encontrar en las sectas religiosas el apoyo para un movimiento político contra el absolutismo.

De eso a estar implicado en el asunto de los «propagandistas londinenses» no había más que un paso. Shapov se vio envuelto en la redada que llevaría a la detención de Chernyshevski y Serno-Solov'ëvich, pero resultó que no tenía lazos concretos con Kel'siev, que no había tomado parte en el intento de crear una auténtica organización que uniera el «Kolokol» con las sectas religiosas. En aquella ocasión consiguió, pues, eludir la cárcel y la deportación. Pero su destino ya estaba marcado. En la primavera de 1864 se le privó del derecho de residir en la capital y, acompañado por dos guardias, tomó el camino de regreso a su patria, a Siberia. Le habían asignado como lugar de residencia su aldea, Anga, pero pronto consiguió vivir en Irkutsk.

Allí reanudó su trabajo. La crisis de 1862, el derrumbamiento de las esperanzas —que también él alimentó— de un desarrollo democrático y quizás revolucionario de la situación, habían modificado sus ideas, como es natural. En el primer número del «Russkoe slovo» de 1864 saldrá un artículo suyo, *La ciencia natural y la economía política,* donde Shapov hacía un balance de su experiencia en San Petersburgo [54].

Había sostenido la idea del *zemski sobor,* había visto en el resurgir de las antiguas asambleas de la tierra rusa la única verdadera salida para la crisis del estado, y ahora tenía que comprobar que el absolutismo había conseguido conservar en sus manos todo el poder. La idea de la autonomía regional y local, del *zemstvo,* había sido su *idée fixe* —como decía él mismo; ahora podía comprobar cómo se había realizado este ideal, cómo el estado había conseguido reducirlo a un limitado problema administrativo, encuadrándolo en las reformas, quitándole toda fuerza de protesta.

Había fracasado todo el planteamiento «histórico-jurídico» defendido por él. «Al creer en la iniciativa, en la actividad autónoma del *zemstvo,* de las fuerzas territoriales, populares, sociales, creí no sólo en las asambleas locales, sino en su capacidad de organizar bancos, escuelas, institutos, universidades, academias...» [55]. Otros habían sostenido ideas parecidas a su lado. «Con diversos lenguajes, eslavófilos, clásico-anglómanos, ruso-tradicionalistas, todos hablamos con frases ruidosas, brillantes y grandiosas de la autoadministración, del *self-government* inglés, de la necesidad de insuflar nueva vida a la antigüedad moscovita. Nos dejamos seducir por las autonomías territoriales de la época de Iván el Terrible, disertamos sobre el «suelo» ruso, sobre el desarrollo orgánico del autóctono espíritu ruso...» [56].

Se trataba justamente de las ideas que le impidieron, en 1862, ponerse de acuerdo con Chernyshevski. Este había ido un día a verlo para encontrar un terreno común, pero tras toda una jornada de discusiones tuvo que concluir que sus puntos de vista eran diferentes. Pero ahora, tras la experiencia de la reacción, Shapov acababa dándole la razón a

Chernyshevski. No eran verdaderamente importantes las formas jurídicas y tradicionales, sino «el bienestar económico de todas las clases sociales». Todas las transformaciones institucionales no podían llevar de por sí a una mejora *económica,* y lo que ante todo contaba era precisamente esto.

> Las ideas de Chernyshevski han barrido de golpe decenas de teorías jurídicas, orgánicas, eslavófilas, del «suelo» ruso, clásicas, etcétera.
>
> Una doctrina económica racional nos demuestra que es imposible desarraigar el hambre y la miseria con medidas administrativas, que no se puede rehacer y transformar la estructura económica de la sociedad sin servirse de la única fuerza realmente poderosa y capaz de provocar un cambio real, sin una economía racional, científico-natural, sin una organización de las fuerzas obreras y productivas... [57].
>
> La teoría económica nos ha devuelto de golpe a la tierra, al mundo real, nos ha hablado de cosas duras, pero efectivamente necesarias y útiles, nos ha nombrado el pan, el trabajo, las clases obreras, el trabajo productivo e improductivo, la organización del trabajo, el salario obrero y la renta, la riqueza, el pauperismo y el proletariado, la necesidad de una cultura económica, etc., etc. [58].

Vistas con este enfoque, las instituciones tradicionales del pueblo ruso revelaban su atraso, mostrándose basadas en hábitos y conceptos previos que impedían un rápido desarrollo económico. Ni el propio Chernyshevski había visto con bastante claridad que la raíz de todos los males estaba en la falta de conocimientos científicos. La situación de Rusia sólo podría renovarse tras haber absorbido la cultura técnica moderna. La tarea de la *inteliguentsia* era llevar al pueblo estos elementos nuevos.

> Siempre y por doquier la ignorancia de la naturaleza no ha producido más que esclavos. Esclavos de la misma naturaleza y esclavos de toda fuerza humana, de la fuerza de los músculos, de la astucia y de la inteligencia, de la fuerza del engaño y del prestigio, de la riqueza, del poder y del despotismo, en una palabra esclavos de la fuerza política, militar, económica, burguesa, religiosa, etcétera... Al ignorar las fuerzas, las leyes y la economía de la naturaleza, el hombre fue inconsciente, ignorante, supersticioso, pobre, impotente... [59].

Shapov se lanzó a estudiar ciencias naturales con idéntico entusiasmo e idéntica tenacidad que los demostrados de joven en el estudio de los manuscritos de las sectas rusas. Elaboró una teoría propia sobre las relaciones entre geografía e historia, que explicaba las condiciones objetivas,

naturales, dentro de las que se había desarrollado la historia del pueblo ruso. Los resultados de estas investigaciones se resienten mucho de su falta de preparación y sobre todo de las condiciones en que se desarrollaban. «En provincia, en Siberia —decía—, el trabajo intelectual es un verdadero trabajo forzado» [60]. Le faltaban los medios, los instrumentos para reconstruir todo un mundo histórico desde su nuevo enfoque.

Pero a pesar de la evidente debilidad de sus trabajos siberianos, éstos contenían un elemento vital: la apasionada búsqueda de una nueva relación entre «la democracia de la ignorancia, de la superstición, de la rutina, y la aristocracia del pensamiento y del saber» [61]. La ciencia tenía que poner en manos de la *inteliguentsia* el instrumento de penetración en las masas populares que aquélla no había encontrado en la voluntad de resucitar la historia rusa.

Entre 1866 y 1867 escribió un largo ensayo: *Visión general del desarrollo intelectual de Rusia*. En él seguía paso a paso los diversos intentos realizados en el pasado por los hombres de cultura para unir la teoría y la práctica, para ver cómo la ciencia —para penetrar en el pueblo— tenía que adoptar la forma de una técnica [62]. Será el último ensayo en el que mostrará aún la fuerza que siempre se traslucía en sus páginas, incluso en las más confusas e improvisadas. Cada vez más aislado, solitario, abandonado, moriría en Irkutsk en 1876, agotándose en el vano intento de seguir marchando por el camino que llevaba a una nueva relación entre la *élite* culta y el pueblo campesino.

Notas al capítulo 6

[1] Abundan las ediciones de las obras de Dobroliúbov, y las más importantes son: N. A. Dobroliúbov, *Polnoe sobranie sochineni v shesti tomaj pod obshei redaktsiei P. I. Lebedeva-Polianskogo* [Obras completas en seis volúmenes, edición de P. I. Lebedev-Polianski], L. 1934-39, donde en la introducción y en las notas se encuentra una amplia bibliografía; Id., *Sobranie sochineni v deviati tomaj. Pod obshei red. B. I. Bursova, A. I. Gruzdeva, V. V. Zhdanova, S. A. Reisera, Yu. S. Sorokina* [Obras en nueve volúmenes, edición de V. I. Bursov, A. I. Gruzdev, V. V. Zhdanov, S. A. Reiser, Yu. S. Sorokin], M.-L. 1961-65. Se citará la primera de esas ediciones con la indicación del volumen y de la página. Sobre él, V. Polianski (P. I. Lebedev), *N. A. Dobroliubov. Mirovzzrenie i literaturno-kriticheskaya deyatel'nost'* [N. A. Dobroliúbov. Su concepción del mundo y su actividad crítico-literaria], M. 1933; *Letopis' zhizni i deyatel'nosti N. A. Dobroliubova, pod red. S. Ya. Reisera* [Anales de la vida y de la actividad de N. A. Dobroliúbov, edición de S. Ya. Reiser], M. 1953; *N. A. Dobroliubov v vospominaniaj sovremennikov* [N. A. Dobroliúbov en las memorias de sus contemporáneos], edición a cargo de S. Ya. Reiser, M. 1961; *N. A. Dobroliubov. Stat'i i materialy* [N. A. Dobroliúbov. Artículos y materiales], Gorki 1965; N. A. Dobroliúbov, *Russkie klassiki. Izbrannye literaturno-kriticheskie stat'i* [Los clásicos rusos. Selección de artículos de crítica literaria], edición de Yu. G. Oksman, M. 1970.

[2] Sobre el ambiente cultural de esta ciudad, véase el importante y curioso artículo de Pierre Pascal *Un centre intellectuel provincial au XIX*e *siècle: Nijni-Novgorod*, en «Revue des Etudes Slaves», 1954, fasc. 1-4; S. A. Reiser, *Dovroliubov v Nizhnem Novgorode* [Dobroliúbov en Nizhni Novgorod], Gorki 1961.

[3] Curiosos fragmentos en VI, 389 y ss. Sobre éstos y otros documentos autobiográficos cfr. B. P. Koz'min, *N. A. Dobroliubov v ego dnevnikaj* [N. A. Dobroliúbov en sus diarios], en «Literaturny kritik», 1963, fasc. 2, reeditado en Id., *Literatura i istoriya. Sbornik statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], edición de E. S. Vilénskaya, M. 1969, pp. 165 y ss.

[4] Este periodiquito, «Sluji» (Rumores), se reproduce íntegramente en IV, 429 y ss. Testimonios sobre la vida política del Instituto Pedagógico han sido recogidos por S. Reiser, *Materialy dlia biografii N. A. Dobroliubova* [Materiales para una biografía de N. A. Dobroliúbov], en «Literaturnoe nasledstvo», 1936, fasc. 25-26.

[5] Diario del 6 de enero de 1853, VI, 382.

[6] Diario del 15 de enero de 1857, VI, 453. Se refiere al mitin conmemorativo de la revolución de 1848.

[7] N. G. Chernyshevski, *Prolog. Podgotovka teksta A. P. Skaftymova i N. M. Chernyshevskoi-Bystrovoi. Kommentarii A. P. Skaftymova. Stat'ya N. V. Vodovozova* [Prólogo. Texto a cargo de A. P. Skaftymov y N. M. Chernyshevskaya-Bystrova. Comentarios de A. P. Skaftymov. Introducción de N. V. Vodovozov], M.-L. 1936, p. 298.

[8] Es muy probable que el título de este periódico estuviera tomado del conocido «Fischietto» publicado en Turín. Véase al respecto la nota de V. N. Kniazhin

en el *Polnoe sobranie sochineni Dobroliubova, pod red. G. V. Anichkova* [Obras completas de Dobroliúbov, edición de E. V. Anichkov], Spb. 1912-13, vol. IX, p. 528.

[9] N. V. Shelgunov, *Sochineniya* [Obras], Spb. 1895, vol. II, p. 684.

[10] Véase el interesante análisis de Nestor Kotliarevski *Kanun osvobozheniya* [En vísperas de la liberación], P. 1916, pp. 196 y ss.

[11] *Russkaya satira v vek Ekateriny* [La sátira rusa en el siglo de Catalina], II, 139.

[12] II, 381.

[13] G. V. Krasnov, *Problema narodnogo jaraktera v estetike Dobroliubova* [El problema del carácter del pueblo en la estética de Dobroliubov], en *N. A. Dobroliubov. Stat'i i materialy* cit., pp. 64 y ss.

[14] II, 56.

[15] II, 310 y ss.

[16] II, 404.

[17] II, 269. (La frase fue suprimida por la censura.)

[18] II, 271.

[19] V. A. Fédorov, *Krest'yanskoe trezvennoe dvizhenie 1858-1860 gg.* [El movimiento campesino por la templanza de 1858-1860], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], volumen II, M. 1962, pp. 107 y ss.

[20] IV, 138.

[21] *Chto takoe oblomovshina?* [¿Qué es la oblomovería?], II, y 5 ss.

[22] II, 10.

[23] II, 30.

[24] II, 35.

[25] II, 206.

[26] II, 211.

[27] M. A. Antonovich, *Iz vospominani o N. A. Dobroliubove* [De los recuerdos sobre N. A. Dobroliúbov], en *Shestidesiatye gody. Vstupitel'nye stat'i, kommentarii i redaktsiya V. Evgen'eva-M aksimova i G. F. Tizengauzena* [Los años sesenta. Edición, introducciones y notas de V. Evgen'ev-Maksimov y G. F. Tizengauzen], L. 1933, página 140.

[28] II, 256.

[29] *Blagonamerennost' i deyatel'nost'* [Buena intención y acción], II, 241 y ss. Particularmente importante sobre esta ruptura de Dobroliúbov con los liberales, ruptura aún más clara que la de Chernyshevski y que la precedió, es el artículo de V. V. Pugachëv *K voprosu o taktike N. A. Dobroliubova v gody pervoi revoliutsionnoi situatsii* [Sobre el problema de la táctira de Dobroliubov en los años de la primera situación revolucionaria, en *N. A. Dobroliubov. Stat'i i materialy* cit., pp. 94 y siguientes.

[30] IV, 60.

[31] IV, 3 y ss.

[32] Antonovich, *Iz vospominani o N. A. Dobroliubove* cit., p. 142.

[33] Nikolai Dobroliubov, *Conti, preti, briganti, cronache italiane,* introducción, traducción y notas de Cesare G. De Michelis, Milán 1966.

[34] IV, 157.

[35] Parte importante de sus escritos ha sido recogida en A. P. Shápov, *Sochineniya* [Obras], 3 vols. Spb. 1906-1908. Cfr. además Id., *Neizdannye sochineniya, s predisloviem i primechaniyami E. I. Chernysheva* [Obras inéditas, con prefacio y notas de E. I. Chernyshev], Kazán, 1927, e Id., *Sochineniya. Dopolnitelny tom k izdaniyu 1906-1908 gg.* [Obras. Volumen adicional a la edición de 1906-1908], Irkutsk 1937. Las dos biografías más importantes son: N. Ya. Aristov, *Afanasi Prokof'evich Shapov (Zhizn' i sochineniya)* [A. P. Shápov. Vida y obras], Spb. 1883, y G. A. Luchinski, *Afanasi Prokof'evich Shapov. Biograficheski ocherk* [A. P. Shápov. Ensayo biográfico], antepuesto al volumen III de los *Sochineniya* recién citados. Un breve perfil es el de M. V. Nauchitel', *Zhizn'i deyatel'nost' Afanasiya Prokof'evicha Shapova (1831-1876 gg.)* [Vida y actividad de A. P. Shápov (1831-1876)],

Irkutsk 1958. Cfr. el artículo sobre Shápov de G. V. Plejánov, publicado en «Vestnik Narodnoi voli», núm. 1, y recogido en *Sochineniya, pod redaktsiei D. Riazanova* [Obras, ed. de D. Riazanov], M.-P. s. d., vol. II, pp. 10 y ss., y M. N. Pokrovski, *A. P. Shapov (K 50-letiyu so dnia ego konchiny)* [A. P. Shapov (En el cincuenta aniversario de su muerte)], en «Istorik marksist», 1927, fasc. III, recogido en *Istoricheskaya nauka i bor'ba klassov* [La ciencia histórica y la lucha de clases], M.-L. 1933, vol. II, pp. 165 y ss.; A. Sidorov, *Melkoburzhuaznaya teoriya russkogo istoricheskogo protsessa (A. P. Shapov)* [Una teoría pequeñoburguesa del proceso histórico de Rusia (A. P. Shapov)], en *Russkaya istoricheskaya literatura v klassovom osveshenii sbornik statei* [La literatura histórica rusa desde el punto de vista de clase. Miscelánea de artículos], tomo I, M. 1927, pp. 277-350.

36 N. G. Pomialovski, *Ocherki bursy* [Ensayos sobre la «bursa»], Spb. 1865.

37 Aristov, *op. cit.*, p. 38.

38 *Ibid.*, p. 10.

39 Shápov, *Sochineniya* cit., I, p. 225.

40 *Ibid.*, p. 200.

41 *Chto inogda otkryvaetsia v liberal'nyj frazaj* [Lo que se descubre a veces bajo frases liberales], 1859, fasc. IX. Atribuida a veces a Dobroliúbov, es de M. A. Antonovich (cfr. M. A. Antonovich, *Izbrannye stat'i* [Artículos escogidos], L. 1938, p. 488.

42 IV, 318 y ss.

43 Fragmentos de estas investigaciones se han publicado en S. V. Eshevski, *Sochineniya* [Obras], Spb. 1870. Cfr. su biografía escrita por K. N. Bestuzhev-Riumin, en S. V. Eshevski, *Sochineniya po russkoi istorii* [Obras concernientes a la historia rusa], M. 1900.

44 Citado por Luchinski, *op. cit.*, p. XXXI. Cfr. G. N. Vul'fson y E. G. Bushkanets, *Obshesvenno-politicheskaya bor'ba v Kazanskom universitete v 1859-1861 godaj* [La lucha político-social en la universidad de Kazán en los años 1859-1861], Kazán 1955.

45 Véase, por ejemplo, una conversación «Sobre la constitución», en Shápov, *Neizdannye sochineniya* cit.

46 Las versiones en que han llegado a nosotros las palabras de Shápov son distintas, y todas han de ser consideradas con precaución; pero el sentido general del discurso es indudable. Véase *Rech' A. P. Shapova posle panijidy po ubitym v sele Bezdne krest'yanam* [El discurso de A. P. Shapov después de la ceremonia de réquiem de los campesinos muertos en la aldea de Bezdna], en «Krasny arjiv», 1923, fascículo IV.

47 *Zemstvo i raskol*, Spb. 1862, reproducido en Shápov, *Sochineniya* cit., vol. I, páginas 451 y ss.

48 *Ibid.*, p. 461.

49 *Ibid.*, p. 464.

50 *Ibid.*, p. 502.

51 *Beguny* [Los prófugos], *ibid.*, pp. 505 y ss.

52 *Ibid.*, pp. 760 y ss.

53 *Russkie samorodki* [Los *self-made men* de Rusia], en «Vek», núms. 9-10, citado en B. Koz'min, *Artel'ny zhurnal «Vek»* [La revista cooperativa «El Siglo»], en *Russkaya zhurnalistika. I. Shestidesiatye gody, pod redaktsiei i s predisloviem Valer'yana Polianskogo* [Las revistas rusas. I. Los años sesenta. Edición y prefacio de V. Polianski], p. 41.

54 Shápov, *Sochineniya* cit., vol. II, pp. 154 y ss.

55 *Ibid.*, p. 158.

56 *Ibid.*, p. 159.

57 *Ibid.*, p. 160.

58 *Ibid.*, p. 162.

59 *Ibid.*, p. 170.

60 *Ibid.*, p. 154.

61 *Ibid.*, p. 156.

62 *Ibid.*, pp. 481 y ss.

CAPITULO 7

El movimiento campesino

En la segunda parte de los años cincuenta y a comienzos de la década siguiente, la *inteliguentsia* —con los oídos muy abiertos— se dedicaba a escuchar las voces que llegaban de las aldeas; la burocracia estatal estaba metida de lleno en la elaboración y la aplicación de la reforma; la nobleza vivía en la incertidumbre, preguntándose cuáles serían sus relaciones con los mujiks. Pero ¿qué pensaba y esperaba mientras tanto la gran masa de los campesinos? Para responder a esta pregunta sería necesario, naturalmente, trazar un cuadro que incluyese todos los problemas económicos, jurídicos, políticos de la gran mayoría del pueblo ruso en ese período en el que estaba sufriendo transformaciones de enorme importancia. Pero bastará con anotar aquí cuál fue en esos años el peso real de los campesinos en determinar, acelerar o retrasar la evolución general de los acontecimientos, dirigiendo especialmente nuestra atención a las formas en que ellos expusieron su voluntad, a las manifestaciones de su vida social que influyeron particularmente sobre el naciente populismo y lo inspiraron [1].

Los años cuarenta habían visto una intensificación de las agitaciones campesinas. Las tímidas y parciales reformas realizadas por Nicolás I hicieron relampaguear nuevas esperanzas de una próxima libertad. En las regiones del sudoeste, el intento de introducir «inventarios», es decir, de hacer intervenir al estado y la ley en las relaciones entre señores y siervos suscitó una serie de desórdenes y protestas que demostraban que los campesinos de aquellas tierras pretendían que se oyese cada vez más claramente su voz. Después se produjo un compás de espera. El año 1849 relegó *sine die* toda reforma desde arriba, y las aldeas parecieron volver a caer en un pesado silencio. No se dio ningún movimiento de gran amplitud entre 1850 y 1853, aunque se contaron 137 casos de insubordinación y de protestas. Pero la guerra de Crimea marcaría un giro en la historia de los campos, igual que en la del estado y la *inteliguentsia*.

Tampoco esta vez la iniciativa partió de abajo, sino de arriba. Los movimientos campesinos fueron una respuesta a las medidas adoptadas por el estado y demostraron una vez más que éste no podía salir de su inmovilidad sin suscitar un profundo eco en la masa campesina. Esta vez

el eco fue más fuerte, ya que no se trataba de modificar esta o aquella relación jurídica dentro del sistema servil, sino de un llamamiento a todos los rusos por una causa común, la defensa militar del territorio nacional. El 3 de abril de 1854 un *ukaz* del Senado decreta la leva marítima de guerra, el 14 de diciembre de ese mismo año y el 29 de enero de 1855 el zar lanza el grito de la leva masiva. En el campo empezaron a difundirse de inmediato los más diversos rumores. Rápidamente empezó a circular la noticia de que tomar las armas significaría convertirse en libres, e incluso de que ya estaba firmado el edicto de abolición de la servidumbre aunque las autoridades locales y los popes lo ocultaban. El movimiento se inició en la gobernación de Riazán, y después se extendió a las de Tambov, Vladimir y Kiev. Se abandonaron en muchos casos las *corvées* en las tierras de los señores, delegaciones de campesinos se pusieron en camino para pedir al zar verdad y justicia. Aldeas enteras se movieron para participar en la leva y obtener la libertad. El gobierno tuvo que recurrir a la fuerza, enviando tropas que contuvieran a los campesinos y reprimieran los desórdenes [2].

De las nueve gobernaciones en que prendió este movimiento, ocho formaban parte de la Gran Rusia y una (Kiev) de los territorios sudoccidentales. Esto demostraba que el descontento agitaba ya las provincias que antes se veían menos afectadas. Los motines se habían producido en el corazón de Rusia y mostraban una clara tendencia a enraizarse en la región del Volga. Todo esto ocurría en plena guerra, cuando las tropas enviadas a calmar los desórdenes se habrían necesitado en otro lugar. No hay que asombrarse, pues, de que los movimientos de 1854 y sobre todo los de 1855 tuvieran una gran importancia para convencer a las esferas dirigentes de que ya era imposible que la servidumbre siguiera inmutable. Se trató de los últimos grandes motines campesinos antes de la liberación, y también contribuyeron en enorme medida a determinarla [3].

La agitación fue especialmente violenta en la región de Kiev. El gobernador general I. I. Vasil'chikov explicaba con suficiente claridad el carácter que había asumido en una carta del 22 de marzo de 1855 dirigida al jefe de la gendarmería:

> En muchas localidades —decía— los campesinos se han mostrado entusiasmados con la idea de tomar las armas en defensa de la santa iglesia y de la patria... Pero tal entusiasmo, dada la característica simplicidad de los campesinos de estos parajes y su escasa benevolencia respecto a los señores de fe católica, ha hecho suponer a los campesinos de algunas localidades de la gobernación de Kiev —que antes formaban parte de Ucrania y donde aún está vivo el recuerdo de los cosacos libres— que el zar había llamado a todos a la defensa de la fe. Como no confiaban en sus propietarios a este respecto, los campesinos han obligado a los párrocos a inscribir los

nombres de sus señores en cabeza de las listas de enrolamiento, proclamando su voluntad de tomar las armas e ir donde el zar ordenara, con tal de ser liberados de las *corvées*... En algunas localidades los campesinos no han realizado estos trabajos durante un día o dos, pero después han vuelto a sus ocupaciones habituales.

Cuatro días después las autoridades anunciaban que habían tenido que recurrir a las gendarmerías. El movimiento —complicado, como se ve, por motivos nacionales contra los señores polacos y por resentimientos religiosos contra los amos católicos— tomó rápidamente un cariz amenazador. En una de las aldeas pasaba de mano en mano un *ukaz* de 1806, que los campesinos interpretaban como un «llamamiento a hacerse cosacos y como una liberación de los trabajos en las tierras de los señores». A menudo trataron de obligar a los popes a leerles el manifiesto de liberación «que evidentemente mantenían oculto».

El 10 de abril se congregaron en la aldea de Tagan unos cuatro mil campesinos procedentes de todo el distrinto de Tarashansk. Las autoridades llegadas allí hicieron formar la tropa y avanzaron unos cuarenta pasos para parlamentar. Oyeron cómo la muchedumbre les respondía que no querían servir a los señores. Se trató inútilmente de convencerlos de que nunca había existido un *ukaz* que los eximiera de las *corvées*. Los campesinos avanzaron, a un oficial le cortaron la cabeza de un hachazo, los soldados dispararon y hubo once muertos y muchos heridos.

Por primera vez, un elemento de la *inteliguentsia* trató de insertarse en la agitación. Tres días antes de este enfrentamiento, el gobernador general refería que había aparecido por el distrito un ex-estudiante de la universidad de Kiev. Les leyó a los campesinos un manifiesto, que aseguraba ser una carta del emperador de los franceses y de la reina de Inglaterra al pueblo ruso. «Nosotros, pueblo libre, a vosotros, hermanos, que lloráis desde hace cien años bajo el yugo moscovita»: así se iniciaba este mensaje, que hablaba después de la dureza de la servidumbre y terminaba prometiendo «igualdad y libertad». Los campesinos lo escucharon y después, desconfiados, trataron de detener al estudiante y llevaron el manifiesto a las autoridades [4].

Iosif-Anton Iosifovich Rozental', que había logrado huir a Galitzia, fue detenido por la policía austríaca y entregado a los rusos. En mayo estaba en la fortaleza de Kiev, donde declaraba «haber actuado bajo el influjo de las ideas aprendidas en las obras democráticas de Occidente y de los emigrados polacos». Había estado en la universidad de Moscú, allí había leído esos libros y oído contar las peripecias de Bakunin [5]. Se le condenará a ser fusilado junto con un cómplice, pena conmutada después por la deportación perpetua a Siberia. El jovencísimo Dobroliúbov, en San Petersburgo, narró su historia, aunque de un modo bastante fantástico, en el periodiquillo manuscrito y clandestino que redactaba entonces con sus compañeros de escuela. Le dedicará incluso una poesía entusiás-

tica: «Tú has despertado a los esclavos durmientes...» [6]. Era mucho decir: Rozental' no demostrará a continuación un temple de luchador. Pero fue uno de los poquísimos que trataron de acercarse a la oleada campesina en la época de la guerra de Crimea. Entre los otros que en esa oportunidad fueron buscados y castigados como «instigadores», el único que tenía un embrión de programa político era un pequeño funcionario de Kostroma, que incitaba a los campesinos a no tomar las armas y a exigir una resubdivisión de la tierra. Su alislamiento, como el de Rozental', demuestra que los movimientos de aquellos años eran absolutamente espontáneos, que un inmenso foso separaba a la aldea de los rarísimos hombres que pensaban y trataban de ponerse de parte de los siervos [7].

En cuanto Alejandro II subió al trono, se difundieron con creciente amplitud por el campo los rumores de una próxima liberación. Las estadísticas oficiales hablan de veinticinco sublevaciones en 1856, y de cuarenta en 1857, y hay que pensar que sólo se registraban los casos más graves. Más que las cifras, siempre muy aproximadas, será interesante observar el carácter de los movimientos más importantes. En 1856, aldeas enteras del sur de Rusia se pusieron en movimiento ante el rumor de que en las zonas de Crimea devastadas por la guerra se estaban distribuyendo tierras libres. Así, en las gobernaciones de Ekaterinoslav y de Jerson se decía con insistencia que en el istmo de Perekop «estaba el zar con un sombrero de oro y daba la libertad a todos los que llegaban, mientras que los que no se presentaran o llegaran tarde seguirían siendo siervos de los señores, como antes». «Bajo la influencia de estos rumores —narra Ignatovich— los campesinos se trasladaron con sus familias y todas sus cosas, a veces aldeas enteras, en busca de aquel zar legendario, con la idea de convertirse en Crimea en colonos libres.» En la mayoría de los casos se despedían bastante amistosamente de los *pomeshiki,* aunque llevándose el ganado necesario, los instrumentos de trabajo, etc. A veces visitaron al señor para despedirse y darle las gracias por los cuidados pasados. Sólo en un caso, en la gobernación de Ekaterinoslav, la partida se vio acompañada por desórdenes. «En el momento de irse, los campesinos se arrojaron sobre la casa del amo y empezaron a saquear lo que encontraron a mano, gloriándose de haber matado a un administrador y amenazando al propio señor. Por último, tomaron todos sus haberes y el ganado, y tras romper puertas y ventanas de las casas, se marcharon» [8]. Nueve mil fueron los campesinos que se pusieron en camino desde la región de Ekaterinoslav, tres mil los de Jerson, y también muy numerosos los procedentes de las provincias circundantes. La tropa tuvo que intervenir, y se registró una docena de muertos y muchos heridos [9].

Mientras tanto, continuaban los motines en todo el territorio del imperio, con cierta tendencia a aumentar. En los cuatro primeros meses de 1858 se registraron setenta casos de insubordinación colectiva, y a finales de ese año la cifra había ascendido a doscientos. Pero es probable que no indique una recuperación de gran estilo en el movimiento. Esa

cifra tan alta se explica si pensamos que en el período decisivo de la preparación de la reforma campesina las autoridades centrales pedían noticias más detalladas y las autoridades locales informaban sobre acontecimientos que en los años y décadas anteriores habrían pasado en silencio. La agitación continuaba —difundida aquí y allá en todas las gobernaciones— aunque sin asumir caracteres alarmantes. En resumidas cuentas, a finales de 1859 se habló de setenta casos, y de cien en 1860. La espera de la libertad era intensa, llegaban noticias de provincias que recordaban a todos lo necesario que era resolver el problema de la servidumbre, pero ningún hecho nuevo vino a modificar las decisiones del emperador y el ritmo de las comisiones.

El caso es que la promesa explícita de liberación había obrado en profundidad en el alma de los campesinos. Ya no se trataba de modificaciones de detalle en sus relaciones con los señores; entreveían una libertad total. Las tímidas medidas de Nicolás I habían producido una viva reacción, las promesas de Alejandro II indujeron al campo a reflexionar sobre sus intereses, a defender su trabajo y su pan, a formular reivindicaciones inmediatas. El movimiento más evidente que pudo notarse en las aldeas en los años inmediatamente anteriores al 19 de febrero de 1861 consistió en una resistencia pasiva ante las *corvées*, en una ejecución más lenta y desganada de las obligaciones de las que pensaban y esperaban verse eximidos pronto y, en casos extremos, en una fuga en masa lejos de la servidumbre. A la negativa abierta pero esporádica de someterse a la voluntad de los señores acompañó —y sustituyó en parte— una especie de huelga espontánea tendente a debilitar las relaciones de servidumbre y a hacer menos concreta la subordinación a las autoridades administrativas locales. Todo ello, naturalmente, dentro de los límites permitidos por el régimen social, que —de momento —permanecía intacto y que seguía mostrándose capaz de duras medidas represivas. No faltaron manifestaciones de duda y desconfianza: «Habría sido mejor que el emperador no nos hubiera prometido la libertad, ya que no está en condiciones de dominar a los *pomeshiki*», se decía acá y allá a finales de 1859. Estas manifestaciones de desilusión eran tanto más frecuentes cuanto que también los propietarios se preocupaban por sus intereses inmediatos y aprovechaban la prórroga que les concedía la lenta elaboración legislativa para apoderarse de tierras campesinas y en general para exprimir todo lo que podían a sus siervos. Pero luego los campesinos volvían a esperar. Esta esperanza iba acompañada, sobre todo entre los jóvenes, por una nueva conciencia, un nuevo sentido de dignidad y resistencia. Y todos estaban a la espera de grandes novedades. En cualquier persona que llegaba a la aldea sospechaban un mensajero de la «libertad». Se susurraba de nuevo que el manifiesto existía ya, pero que los señores y las autoridades lo tenían escondido. En los mercados se convirtieron en un fenómeno corriente las animadas discusiones sobre la suerte que el futuro les reservaba [10].

La publicación del manifiesto del 19 de febrero sacó de golpe a la superficie las esperanzas, desilusiones y tendencias del mundo campesino. En 1861 éste estuvo muy agitado por la gran noticia de la libertad y protestó contra los aspectos de la nueva situación que no respondían a sus intereses inmediatos o a la idea que se había hecho de la libertad. Después, en los dos años siguientes, la marea fue mermando, se encauzó por los diques previstos por el manifiesto. La sacudida había sido muy fuerte, dejaría rastros indelebles en las conciencias más sensibles de todas las clases, pero no llevó a un trastorno político. La situación, que parecía revolucionaria, no desembocó en una revolución [11].

Entre 1861 y 1863 se señalan oficialmente 1.100 casos de desórdenes grandes y pequeños. Veremos cómo algunos de ellos asumieron notables proporciones y cómo mostraron —aunque sin poner nunca realmente en peligro el aparato defensivo del estado— el áspero fermento que agitaba las masas campesinas. La Ignatovich ha examinado los 318 casos más importantes, comprobando que se clasifican cronológicamente así:

1861: 279
1862: 35
1863: 4

También otros documentos confirman que ésta fue, aproximadamente, la curva del movimiento, muy violento en el verano siguiente al manifiesto y que después decreció. La disminución se hizo aún más sensible después de 1863 [12].

Estos desórdenes se debían, al menos en parte, a los errores técnicos que acompañaron la publicación de la «libertad». El manifiesto y las disposiciones legislativas anejas estaban redactados en un estilo retorcido, impreciso, retórico, en un estilo que parecía hecho aposta para engendrar equívocos y falsas interpretaciones. Durante toda una generación, la administración rusa se debatirá en las contradicciones contenidas en aquel documento y en las circulares que lo siguieron en los años posteriores, con objeto de aclararlo y perfeccionarlo. Es fácil imaginar la incertidumbre de los campesinos en 1861. Incapaces casi todos de leer, casi ninguno estaba preparado para seguir una lectura pública de textos notablemente oscuros. A esto se añade que ni siquiera se pensó en traducirlos a las diversas lenguas nacionales, para comunicarlos a las numerosas poblaciones que no entendían el ruso. El número de ejemplares distribuidos a las autoridades locales resultó muy inferior a las necesidades reales. Aquí y allá los gobernadores pensaron en imprimirlos de nuevo, pero este hecho contribuía a que surgiera el rumor de manifiestos inexistentes más favorables para los campesinos, ocultos por las artimañas de las autoridades.

Estos errores técnicos eran un reflejo de la situación política y social de la Rusia de entonces; el lenguaje retorcido de los decretos reflejaba la incertidumbre, la aprensión de las clases dirigentes, resultante del com-

promiso trabajosamente conseguido entre nobleza, burocracia y emperador. Las mismas dificultades halladas al publicar el edicto demostraban que faltaban lazos orgánicos entre el estado y la gran masa de los siervos.

Se recurrió al clero, que leyó el manifiesto en el púlpito. Pero los popes de aldea eran en general tan ignorantes que ni siquiera pudieron realizar correctamente semejante tarea. Su falta de preparación resultó evidente cuando los campesinos, en los días y meses siguientes, acudieron a pedir más explicaciones y aclaraciones. En algunos casos se vio que los popes estaban tan cerca de los campesinos —por su mentalidad e intereses— que se convirtieron en intérpretes de sus esperanzas y reivindicaciones, en vez de representar un elemento con el que pudiera contar el estado para imponer sus reformas.

El caso de los eclesiásticos sólo fue uno de los síntomas de la crisis de autoridad que es fácil comprobar en la vida de la aldea rusa en 1861. El eje del *ancien régime* era el señor, el *pomeshik.* Nicolás I sabía perfectamente que su imperio estaba basado sobre ellos. Esta peligrosa situación tendía a transformar cada conflicto económico entre siervos y amos en una revuelta contra el estado. La hora de la gran reforma sonó cuando los casos de insubordinación se hicieron más frecuentes, cuando resultó evidente que el estado de ánimo de los campesinos frente a sus señores estaba cambiando; había llegado el momento de crear relaciones distintas entre el estado y las aldeas.

En 1861 se producía una fase de transición: los nobles habían perdido sus poderes mientras que aún no se había afirmado la nueva burocracia local y aún no estaba desarrollado el control administrativo sobre las comunidades campesinas. Para llenar esta laguna se recurrió a la tropa, a los azotes, a la represión, lo cual sólo consiguió, naturalmente, agravar los conflictos. Pero mientras tanto pudieron crearse los nuevos instrumentos de la vida estatal. Se eligieron «árbitros de paz», que debían fijar las modalidades de las relaciones entre campesinos y señores, determinar la extensión de las tierras confiadas a las *obshiny* y el importe del rescate; se reconstruyeron las administraciones de las aldeas, elegidas por los habitantes y controladas por la burocracia estatal y —por fin— en 1864 el *zemstvo* tomó en sus manos la vida provincial, creando una nueva base de colaboración entre los nobles y las otras clases [13].

Como en el período preparatorio de la reforma, también ahora los hombres más o menos impregnados del espíritu de la *inteliguentsia* permitieron la realización y el desarrollo de la transformación deseada desde arriba. Serán elegidos «árbitros de paz», devolviendo así a los campesinos un mínimo de confianza en la justicia de las clases dirigentes y del estado. Ellos crearán en los *zemstvo* una clase dirigente local bastante ilustrada para entender y seguir las transformaciones económicas que se estaban produciendo en la aldea, para llevar a ella la instrucción y la asistencia cuya falta se había dejado sentir tan penosamente en 1861. Desde el punto de vista de los revolucionarios y los populistas, el resultado final

de la reforma fue «rodear la vida popular de todo un anfiteatro de autoridades, cada una de las cuales podía impedir el justo desarrollo de la vida popular. La administración exclusivamente nobiliaria de la época de la servidumbre ha sido sustituida por una administración compuesta a la par por funcionarios y *pomeshiki...*», decía N. A. Serno-Solov'ëvich, el creador de *Zemlia i volia*[14]. Sólo así pudo contenerse y frenarse el impulso campesino de 1861, y sólo así se puede explicar el rápido declinar de la oleada de desórdenes en los dos años siguientes.

Sin embargo, el movimiento de 1861 tuvo tiempo de expresar, al menos en líneas generales, la concepción que los campesinos tenían de una liberación que respondiese verdaderamente a sus ideales e intereses. En la mayoría de los casos no protestaban contra este o aquel aspecto de la nueva legislación, sino contra el espíritu que la informaba. Según los cálculos de la Ignatóvich, 325 casos examinados por ella pueden clasificarse así:

	1861	1862	1863
1) Protestas contra el conjunto del manifiesto ...	192	26	2
2) Protestas contra este o aquel artículo	43	—	—
3) Protestas contra abusos de las autoridades ...	9	6	—
4) Causas desconocidas	41	4	2

Pero hay que tener presente que los 325 casos examinados son los más graves y memorables, mientras que si adoptáramos otro criterio de clasificación —por ejemplo, la intervención de la fuerza armada— el número de protestas resultaría mucho mayor. Basta con pensar en que sólo en los cinco primeros meses de 1861, en el momento del manifiesto de liberación, de 1.370 sublevaciones y protestas, 717 requirieron la presencia del ejército[15]. Pero más que en estas cifras, es importante detenerse en los motivos, las ideas y las esperanzas que movían a las masas campesinas.

Fueron especialmente intensos los desórdenes suscitados por la contraposición entre «libertad del pueblo» (*volia narodnaya*) y «libertad del estado, del fisco» (*volia kazënnaya*). La abolición de la servidumbre habría debido significar una completa ruptura de las relaciones precedentes: no más *corvées,* no más gravámenes en especies o en dinero. La aldea se regiría por sí sola, según las propias tradiciones y costumbres ancestrales.

A veces esta visión se expresaba en el deseo de convertirse en campesinos del zar, del estado, es decir de pasar a una categoría situada en una posición económica mejor, que no sentía pesar directamente sobre sus hombros la autoridad del amo. Los campesinos de una aldea del distrito de Vladimir interpretaron el manifiesto como una orden del zar de

entregarles las tierras de las fincas de la hacienda pública, «y se comprometieron entre sí, con un juramento, a no pagar nada más al señor» [16]. En 1862 los campesinos de la aldea de Pustolvoitovo (Poltava) declararon que «ellos y las tierras eran libres». Si el zar los había emancipado, eso significaba que se habían convertido en campesinos suyos, y no de los señores [17].

Pero en general sus reivindicaciones no se modelaban sobre la comparación entre su situación y la de los campesinos de estado. Incluso expresaban con gran claridad el deseo de una libertad que los eximiese íntegramente de toda obligación y subordinación a los señores y a la administración. En abril, una muchedumbre de unos mil campesinos —congregados en una aldea de la gobernación de Voronezh— respondió a las autoridades «que el zar les había mandado un clementísimo rescrito, que ahora eran libres y que por tanto no pensaban pagar más gravámenes ni realizar trabajos en la tierra del señor». Cuando el gobernador les explicó que las cosas no eran así, empezaron a tirar los gorros al aire, gritando: «¡No queremos más señor, abajo el señor, ya hemos trabajado bastante! ¡Es tiempo de libertad!» «Estas ideas —comentaba el redactor del informe del que hemos tomado estas palabras— se derivan de casi tres siglos de servidumbre, y no pueden ser borradas de golpe.» El movimiento se extendió a las aldeas vecinas y sólo fue aplacado por la presencia de las tropas y la detención de los «instigadores», aunque el principal de éstos consiguió escapar. Alejandro II anotó a pie de página del informe: «Gracias a Dios ha acabado así» [18].

También en la región de Kursk era evidente el estado de ánimo de los campesinos: «Nutren la máxima desconfianza tanto por los señores como por la policía rural» [19]. También allí los desórdenes nacían del deseo de librarse de ambas autoridades. En la gobernación de Minsk, la agitación se difundió al grito de «¡resistid, es nuestro turno!». Estaban convencidos de que el zar les había dado «la libertad y la tierra *(volia* y *zemlia)* [20]. En la aldea de Kadymkor (gobernación de Perm), los campesinos declararon que el guardia local les había leído un manifiesto falso, ya que el auténtico debía estar escrito con letras de oro. Se reunieron en número de dos mil para exigir que se les explicase «qué demonio de libertad era aquella que los dejaba como antes bajo la autoridad del conde su amo». Acabaron sometiéndose sólo tras haber dejado dos muertos y ocho heridos [21]. Y los ejemplos podrían multiplicarse fácilmente.

La revuelta —abierta o sorda— contra cualquier autoridad local hacía que todas las miradas se dirigiesen al poder lejano que los había liberado de la servidumbre, al zar. El mariscal de la nobleza de la gobernación de Podolsk describe este estado de ánimo con vivos colores en un informe de agosto de 1861:

> El zar ha adquirido a sus ojos una especie de significado abstracto, completamente distinto de toda autoridad ejecutiva, vendida

—según ellos— a la nobleza. Semejante concepto del poder no constituye desde luego un hecho nuevo en la historia de las masas populares y es siempre peligroso, ya que acaba atribuyendo al poder intenciones que jamás tuvo y reduciendo a la impotencia todos los órganos ejecutivos del estado... Los campesinos lo esperan todo inmediatamente del zar, atribuyéndole el carácter de una fuerza natural, ciega e implacable. Dejan de creer en las más sencillas reglas del respeto por la propiedad ajena y por la conveniencia económica, prevista en el manifiesto del 19 de enero... Les parece que cuanto han obtenido no responde a la inmensidad de la transformación que esperaban, y por eso no creen en lo que está escrito. Según ellos, dado que por una vez la suerte ha querido volver en su favor la fuerza natural del poder supremo tienen ahora derecho a esperar de él toda gracia y largueza... [22].

Hubo repetidos intentos de ponerse directamente en contacto con este zar omnipotente y al mismo tiempo incapaz de conseguir que su voz llegara a las miserables aldeas. Enviaron mensajeros, que naturalmente fueron detenidos, lo invocaron siempre en sus choques con las autoridades locales y acabaron por creer a personas que se declaraban enviados del zar o miembros de la familia imperial. «En marzo de 1861 un soldado de la gobernación de Samara, al viajar por las aldeas de tierras de la corona, se hizo pasar por el príncipe Konstantin Nicolaevich o por el propio emperador... diciéndoles a los campesinos que pronto tendrían la libertad» [23]. Dos «usurpadores» recorrieron en el verano de 1862 las aldeas de la gobernación de Perm, «para ver cómo se comportaban los señores con sus campesinos y para comprobar si habían interpretado falsamente el manifiesto de liberación» que, por su parte, declaraban contener una promesa de exención completa de todo gravamen. Hizo falta que interviniera la fuerza pública para calmar la agitación suscitada por ellos. Los campesinos estaban convencidos de que debían recibir directamente del zar no sólo las tierras, sino también el ganado [24].

Pero se trataba de casos esporádicos. La convicción de que el zar había concedido «una verdadera libertad» estaba tan difundida que ni siquiera era necesario asegurarse de ello tratando de ponerse en contacto con él. Bastaba con leer exactamente el manifiesto para quedar convencidos. Naturalmente, no faltaron personas que encontraban en la ley justamente lo que buscaban los campesinos, tanto más cuanto que éstos estaban dispuestos a pagar a quienes fueran capaces de leer los textos. Ex-soldados, amanuenses, algún polaco o judío en los territorios occidentales, popes, beatos del *raskol,* se convirtieron así en intérpretes de la gran esperanza que alentaba en las aldeas y constituyeron la causa inmediata de la mayoría de los motines.

Dos distritos de la región de Penza, por ejemplo, se vieron profundamente agitados por la «interpretación» dada por un soldado setentón,

Andrei Semënov Elizárov. Este había luchado contra Napoleón, había estado en París en 1814 y gozaba de gran ascendiente entre sus paisanos, por quienes se hacía llamar «el conde Tolstoi». En abril de 1861, vestido con su viejo uniforme militar, con el pecho cubierto por las medallas que había ganado, los convenció de que debían «combatir por Dios y el zar». Veintiséis aldeas se negaron a seguir obedeciendo a los señores y las autoridades, se congregaron en número de tres mil y se lanzaron sobre las primeras tropas que acudieron a dispersarlos. Tras un choque en el que los campesinos tuvieron tres muertos y cuatro heridos —aunque hicieron dos prisioneros, entre ellos un suboficial—, las tropas debieron retirarse. El movimiento se extendió. A Penza llegaron noticias de «que diez mil campesinos se habían reunido al grito de «¡libertad! ¡libertad!» *(volia volia)*, llevaban por las aldeas una bandera roja, insultaban a los eclesiásticos, pegaban a las autoridades rurales, amenazando hacer otro tanto con sus superiores administrativos y militares... y proclamaban: «La tierra es toda nuestra. No queremos pagar el *obrok* (los gravámenes) y no trabajaremos para los señores.» Cuando la tropa se aproximó de nuevo, los campesinos declararon «estar dispuestos a morir por Dios y el zar» y no querer trabajar para los señores «ni aunque los ahorcaran», sino «querer morir hasta el último». Resistieron en una serie de encuentros. Ni siquiera dos descargas pudieron desbandar a la muchedumbre. «Muramos, pero no nos someteremos», decían. Frente a los campesinos, dirigiéndose al general que mandaba las operaciones, Elizárov gritó: «Todos nosotros debemos sostener la causa justa, ¿por qué engañarlos?» Sólo tras haber dejado en el campo ocho muertos y veintisiete heridos y después de que fueron hechos prisioneros los elementos más decididos, a quienes se juzgó en el acto y se les azotó, la agitación fue disminuyendo lentamente. Elizárov, también prisionero, fue deportado a Siberia, a la región de Irkutsk, junto con otro «instigador» [25].

En esta sublevación hizo su aparición, junto al ex-soldado, otro intérprete de las aspiraciones campesinas: Leonti Egórtsev.

> Pertenecía a la secta de los *molokani* (bebedores de leche) y había conseguido adquirir en poco tiempo una enorme influencia en todo el territorio —decía un informe oficial—. Sus falsas interpretaciones y los especiales poderes de que presumía habían suscitado una fe tan intensa en él que de las aldeas le mandaban *troikas* con el ruego de que acudiera a ellas a explicar el manifiesto. Lo cogían del brazo, le traían un taburete, le hacían subir en él y así él proclamaba la libertad para todos. Su poder acabó por hacerse tan grande que empezó a recolectar dinero... y a amenazar con ahorcar a quienes le desobedecieran y después también a los responsables de la represión.

Con sus amenazas había convencido a todos de que «nadie, aunque lo amenazaran de muerte, debía denunciar a los suyos», y de que no había que escuchar a la policía rural, ni al representante de la nobleza, y ni siquiera al general de las tropas de la región, «el embajador del zar», como él decía, que había sido comprado por los *pomeshiki.* Viajando de aldea en aldea, agregaba: «Si las tropas disparan contra vosotros, aguantad durante tres descargas, y entonces las propias autoridades os darán la *genuina libertad*» [26].

La más grave sublevación de 1861, la que estalló en la aldea de Bezdna, tendría su origen precisamente en una predicación sectaria similar [27].

El distrito de Spassk, entre el Volga y el Kama, contaba con veintitrés mil almas (cabezas de familia). No era una tierra pobre. El general Apraksin, sobre quien recayó la responsabilidad de aplacar la revuelta, decía que estaba habitado por campesinos «bastante acomodados». Aunque en su gran mayoría eran de origen ruso, no faltaban colonias tártaras como en toda la *guberniya* de Kazán, en la que estaba comprendido el distrito.

Una vez publicado el manifiesto, también los habitantes de estas tierras empezaron a buscar a su alrededor quien se lo interpretase según sus aspiraciones. Un campesino de la aldea de Bezdna, Antón Petrov, a fuerza de estudiar el texto acabó encontrando lo que buscaba. Era un *raskol'nik,* sabía leer y sentía la típica veneración de los miembros de las sectas por la palabra escrita, por los textos impresos que *debían* encerrar la verdad, con tal de que se consiguiera leerla. Le bastó con ver dos ceros, 00, donde —en vez de dejar un espacio en blanco— se habían indicado así cifras que habría que determinar posteriormente, para convencerse de que se trataba de una «falsa» libertad. La auténtica debía llevar una cruz de Santa Ana, que reconoció en un «10 por 100» impreso en otro punto de la ley. La servidumbre estaba abolida desde hacía tiempo, decía. Las autoridades ocultaban esta verdad a los campesinos; se trataba ahora de obligarlos a leer el texto auténtico.

Lo consideraron un profeta, los campesinos acudían a él no sólo desde aldeas próximas, sino también desde las provincias circundantes, Samara, Simbirsk. Empezó a ejercer una auténtica autoridad sobre los campesinos de los señores, sobre los del estado, sobre rusos y tártaros.

> Expliqué a todos los que acudían a mí —dirá en su interrogatorio— que los campesinos eran libres, les dije que no obedecieran a los *pomeshiki* y a las autoridades, ordené que no trabajaran en las *corvées,* que no pagaran el *obrok* y que no se opusieran cuando vieran a los otros coger trigo en los depósitos de los señores; si el agua estropeaba el molino, ellos no tenían que arreglarlo. Les expliqué que toda la tierra les pertenecía a ellos y que a los *pomeshiki* sólo les quedaría un tercio. Todo esto me lo saqué de la cabeza para

poner a los campesinos de mi parte, suponiendo que cuanto mayor fuera su número, antes obtendrían la libertad. Muchos acudían a mí y yo los declaraba libres... Para atraérmelos en mayor número propuse al *mir* la elección de nuevos administradores y los mandé a otras aldeas a preparar a los campesinos para recibir la libertad.

En muchas aldeas se eligieron nuevos administradores, que empezaron a exigir a las autoridades locales los libros mayores y a pedirles que rindieran cuentas de su actividad. Las comunidades campesinas, reunidas en asambleas, empezaron por decidir la abstención colectiva de todo trabajo en la tierra de los señores. En Bezdna y otros centros se expulsó a los guardias, diciendo que las autoridades mentían, que el zar había ordenado no perdonar a los nobles y cortarles la cabeza.

Empezó a formarse una auténtica organización, cuyo centro estaba en la isba de Antón Petrov, en Bezdna. Empezaron a circular los más diversos rumores. El príncipe Konstantin Nikoláevich se encontraba en la cárcel precisamente en Bezdna y pedía a los campesinos que acudieran a liberarlo. Los señores habían matado a otro príncipe, Nikolai Pavlovich. No había que asustarse de las tropas. Aunque disparasen, bastaba con aguantar. A la tercera descarga las autoridades proclamarían la auténtica liberación.

Antón Petrov seguía predicando. Uno de sus discursos se nos ha narrado así:

Recibiréis la verdadera libertad —decía— sólo si defendéis al hombre que os la encontrará. No será proclamada hasta que se vierta mucha sangre campesina. Pero el zar ha dado la orden perentoria de montar guardia en torno a ese hombre de día y de noche, a pie y a caballo, de defenderlo de todo ataque, de no permitir que lleguen hasta él ni señores ni popes ni funcionarios, de no entregarlo y de no alejarse de su isba. Si queman la aldea por un lado no abandonar la isba, si la queman por otro no abandonar la isba. Vendrán a vosotros jóvenes y ancianos, no los dejéis llegar a mí y no me entreguéis. Os engañarán diciendo que han venido de parte del zar. No los creáis. Vendrán con sonrisas los viejos, vendrán los hombres de mediana edad, vendrán los calvos y los melenudos y todo género de funcionarios, pero vosotros no me entreguéis. Y cuando llegue la hora, vendrá aquí enviado por el zar un joven de diecisiete años, con una medalla de oro en el hombro derecho y una de plata en el hombro izquierdo. Creed en él y entregadme a él. Os amenazarán con la tropa, pero no temáis, nadie se atreverá a golpear al pueblo ortodoxo sin una orden del zar. Y si los nobles los compran, si disparan sobre vosotros, entonces abatid con el hacha esa gente rebelde a la voluntad del zar.

En la noche entre el 11 y el 12 de abril los caminos que conducían a Bezdna estaban llenos de campesinos a pie y a caballo, dirigiéndose a la isba de Anton Petrov, «que daba la libertad y la tierra, que nombraba nuevas autoridades diciendo que pronto liberaría 34 gobernaciones».

Cuando, de madrugada, el general Apraksin llegó al frente de una tropa de 231 hombres, vio a la entrada de la aldea una mesa con pan y sal y dos viejos sin sombrero, a quienes dijo: «¿Para quién habéis preparado todo esto?» «Respondieron inseguros: Para vosotros, por orden de la autoridad [es decir, de los elegidos por los revoltosos]. Después supe que esta acogida estaba reservada para los que venían a declararse partidarios de Anton Petrov.»

> Ante nosotros, al final del camino, en torno a la casa de Petrov, había una densa masa de cinco mil personas. Tras haber dado el alto a mis tropas, me acerqué a unos ciento ochenta pasos de ellos. Envié a dos ayudantes del gobernador para una primera intimidación a los campesinos, los cuales se esforzaron por cubrir sus palabras gritando: «libertad, libertad». Regresaron tras haberles advertido de que si no entregaban a Anton Petrov y no se disolvían, se dispararía sobre ellos. Mandé entonces un sacerdote que, con una cruz en la mano, los exhortó un buen rato diciendo que si no se sometían y no regresaban a sus casas se dispararía. Ellos continuaban con sus gritos. Entonces yo mismo, explicándoles la orden que me habían dado, los conjuré a entregar a Anton Petrov y a marcharse, pero nada podía hacer efecto sobre la terrible testarudez y las convicciones de aquella gente. Gritaban: «No necesitamos un enviado del zar, dadnos al mismo zar. Disparad; no dispararéis sobre nosotros, sino sobre Aleksandr Nikolaevich.» Los obligué entonces a callar y dije: «Me dais pena, muchachos, pero tengo que disparar y dispararé. Los que se consideren inocentes, que se alejen.» Pero al ver que nadie se marchaba y que la muchedumbre seguía gritando y resistiéndose, me alejé y di orden a una de las filas de disparar una descarga, tras la cual se hizo una nueva intimidación, pero la muchedumbre seguía gritando. Entonces me vi de nuevo obligado a ordenar algunas descargas. Me indujo a ello sobre todo el que los campesinos, al observar el notable tiempo transcurrido entre una y otra descarga, empezaban a salir de las casas en gran número gritando que cogieran palos y amenazando con rodear y ahogar a mi pequeña compañía. Por fin la muchedumbre se disolvió y se oyeron gritos que invitaban a entregar a Anton Petrov, el cual, entre tanto, quería huir por el huerto que estaba detrás de la casa, pero se le adelantaron dos cosacos que se sirvieron de un caballo dispuesto al efecto. Entonces Anton Petrov salió de la casa y fue al encuentro de los soldados, llevando el manifiesto de liberación sobre la cabeza, y allí lo prendieron junto con sus cómplices y lo

llevaron escoltado a la cárcel de Spassk. Tras la rendición de Petrov nos ocupamos de llevarnos los cadáveres y de buscar los heridos. Tras contarlos resultó que los muertos han sido 51 y los heridos 77.

Otra fuente nos describe a Anton Petrov «de treinta y cinco años, flaco, pequeño, blanco como un papel, terriblemente asustado ante la idea de que lo fusilarían de inmediato». En realidad conservó su valor durante la prisión y los interrogatorios.

> Cuando las tropas llegaron a nuestra aldea —dirá—, yo me encontraba en la isba... Cuando dispararon la primera y la segunda descarga de los fusiles recé y no dije nada, y después de la tercera les dije a los campesinos: «Muchachos, no os rindáis, aún no es hora, ahora no dispararán más y leerán la libertad.» Dije estas palabras para aguantar hasta el final por la libertad... A la cuarta descarga quería irme, pero mientras mis padres me bendecían disparaban aún otras descargas. Tras despedirme de mis padres, cogí el manifiesto y me lo puse en la cabeza y fui hacia los soldados, suponiendo que no dispararían contra mí con un *ukaz* del zar en la cabeza. No quería huir...

Tras un rápido proceso, un tribunal militar lo condenó a muerte con una sentencia que decía, entre otras cosas, que la sublevación suscitada por Anton Petrov «amenazaba toda la *guberniya* de Kazán». Fue fusilado el 19 de abril.

Aún no se había cumplido la sentencia y ya empezaban a surgir leyendas en torno a él. Anton Petrov había sido vestido con ropajes de oro, provisto de una espada, y enviado al propio zar de parte del general Apraksin. Pronto regresaría con la libertad. Cuando murió se dijo que era un mártir, que en su tumba se había encendido un fuego. Un ángel vestido de blanco había anunciado que pronto resucitaría. Como observaba el general Apraksin en un informe del 14 de mayo, la ceremonia de réquiem celebrada en Kazán, aquella en que habían participado los estudiantes de la universidad, de la Academia Eclesiástica y Shapov, contribuyó a convencer a los campesinos de que Anton Petrov era realmente un profeta.

La impresión suscitada por doquier por el motín y la matanza de Bezdna fue enorme. Los nobles de Kazán hablaban de «un nuevo Pugachëv» y urgían a las autoridades para que tomaran medidas más severas. Se instalaron nuevas tropas en el distrito de Spassk. En los círculos intelectuales las descargas de Bezdna suscitaron sentimientos de piedad, de sorpresa, de temor, según los casos, contribuyendo a ahondar las nacientes pugnas internas de la *inteliguentsia* frente a los problemas campesinos. En Londres, Herzen pudo proporcionar a los lectores del «Kolokol» una documentación de gran amplitud y precisión sobre lo ocurrido en aquel

remoto rincón de la región de Kazán. La primera noticia y después los informes de Apraksin confirmaron a los exiliados en su idea de que el manifiesto del 19 de febrero había impuesto a Rusia una nueva servidumbre [28].

Las agitaciones tendentes a buscar o a poner en práctica la «auténtica libertad» prosiguieron en 1862 y 1863, aunque fueron menos frecuentes y extensas. En la *guberniya* de Saratov dos aldeas, Kliuchy y Stary Chirigin, por ejemplo, se negaron en 1862 a suscribir cualquier acuerdo con el señor y a trabajar las parcelas entregadas a ellos, declarando que «Satanás había construido su casa entre ellos, les impedía vivir, había arrojado sobre ellos una maldición». «Gitanos y perros rabiosos venidos para beber su sangre», ésta era su definición de los señores y los funcionarios. Detenidos dos delegados campesinos, sus paisanos los liberaron a la fuerza. La represión se mostró violenta y cruel. Mujeres con sus hijos al pecho se arrojaban sobre los soldados pidiendo que las azotaran a ellas en vez de a sus hombres [29].

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, los campesinos hubieron de convencerse de que el manifiesto era realmente la ley del zar. Sus aspiraciones a una «verdadera libertad» empezaron a desplazarse en el tiempo, a presentarse a sus ojos como un hecho futuro. El propio edicto preveía un período transitorio de dos años, durante los cuales los campesinos quedarían en la situación de «obligados temporales». Una vez fijadas las nuevas relaciones jurídicas, delimitadas las tierras que conservaba el señor y las asignadas a las comunidades, se romperían los vínculos feudales y se abolirían las *corvées*. Entre la aldea y los terratenientes sólo existirían ya relaciones económicas, basadas en el rescate de los lotes cedidos a los campesinos, en el arriendo de las tierras de los señores, y en las prestaciones de mano de obra asalariada. Los «intérpretes» campesinos se hacían eco de todo esto declarando que los *mujiks* seguirían siendo siervos, como antes, hasta el 19 de febrero de 1863. Ese día el zar daría una «segunda libertad», la verdadera y auténtica. De ello dedujeron la consecuencia de que durante esos dos años de espera no había que firmar ningún contrato o acuerdo. Temían comprometerse antes de tiempo, y correr el riesgo de encontrarse atados de pies y manos el día en que recibieran tierra y libertad. Más valía seguir trabajando en las *corvées* y pagando como antes los derechos feudales. No había que tocar nada hasta el gran día que esperaban.

Ya en los últimos tiempos de la sublevación de Bezdna había hecho su aparición esta idea. «Hermanos, en vez de esta pésima libertad que nos han dado, tendremos la segunda», decían los campesinos después de la represión. Y este rumor se difundió ampliamente, entrañando la consecuencia de que muchas colectividades se negaron a suscribir los acuerdos previstos por la ley, incluso cuando éstos respetaban los intereses campesinos. Los «árbitros de paz» se encontraron a menudo, en el cumplimiento de sus funciones, con este obstáculo suplementario.

En julio de 1862, una aldea de la región de Kursk, Olshanka, estaba unánimemente convencida de que «si alguien trabajaba la tierra que se le había asignado antes de que acabaran los dos años, sería eternamente siervo. En cambio, los que rechazasen los lotes se convertirían en libres». Un escuadrón de húsares llegado al lugar los asustó, pero cuando se quiso realizar detenciones se tropezó con una viva resistencia. Atacada con sables, la muchedumbre campesina huyó a los bosques, negándose a someterse durante mucho tiempo[30]. Esta misma resistencia se manifestó también en otros lugares, con diversas formas. Mientras que en 1861 se registraron ocho casos de agitaciones suscitadas por la idea de la «nueva libertad», en 1862 se dieron veintiuno, y dos en los primeros meses de 1863. Parece incluso que la esperanza aumentó al acercarse el 19 de febrero de ese año. El mismo emperador consideró oportuno desmentir públicamente los rumores al respecto.

Llegados así a la fecha terminal de la gran oleada del movimiento campesino, podemos ahora verla en su conjunto, y tratar de determinar sus caracteres esenciales.

Sólo en casos extremos los campesinos llegaron a reivindicar *toda* la tierra, es decir, a pedir que se les entregaran también las propiedades de los señores. Hemos visto que el propio Anton Petrov pensaba que debía dejárseles un tercio de las fincas. El grito «toda la tierra es nuestra» resonó aquí y allá en 1861, pero tuvo sobre todo el significado de una afirmación de principios. Las villas y las casas de los amos no fueron tocadas, no se ocuparon las tierras de los señores. Los campesinos se negaron a trabajarlas, sin tratar de apoderarse de ellas.

En realidad, cuando los campesinos soñaban con la «verdadera libertad» pensaban sobre todo en una separación íntegra y completa entre la comunidad y el señor, en una ruptura de toda relación, en la *obshina* encerrada en sí misma. Si se imaginaban que el zar les asignaría las tierras con la «segunda libertad» era porque esperaban recibirlas gratis, sin tener que pagar el rescate, sin permanecer aún ligados moral y económicamente al señor. Si se negaron con tanta frecuencia a suscribir los acuerdos previstos por la ley era porque pensaban substraerse a los nuevos gravámenes que recaerían sobre sus espaldas. El mismo manifiesto de liberación preveía la entrega de un lote reducido de tierra (una cuarta parte del normal) para quien no estuviera en situación de pagar el rescate. A menudo se inclinaron por esta solución de recambio, absolutamente insuficiente para asegurarles el sustento, con tal de no atarse las manos para el futuro, con tal de no volver a caer en una situación que les recordaba muy de cerca la secular esclavitud.

Pero las manifestaciones y revueltas más violentas no se dirigieron contra el futuro rescate. Este era un problema demasiado impreciso, en los términos en que se les presentó, estaba demasiado proyectado hacia el futuro para que sus mentes pudieran entretenerse con él. Muy raramente llegaron a formular una reivindicación que —en su lenguaje—

dijera lo que por esa época sostenía Chernyshevski, o sea que al rescate debía contribuir toda la nación y no sólo los campesinos. Sólo una vez vemos aparecer en los documentos de 1861 la idea del «rescate del zar», expresión embrionaria de la idea de que el estado debía resarcir a los señores [31].

Sus aspiraciones eran más inmediatas y próximas: abolición de las *corvées* y de todos los demás gravámenes. Es decir, se limitaron a decir aquí y allá, en términos violentos, lo que ya habían dado a entender en el período precedente a la reforma: no pensaban trabajar gratis las tierras del señor. Primero se habían limitado a una huelga lenta y prolongada, ahora pasaron a veces a una rotunda negación. Pero la propia ley preveía semejante transformación. Los amos aceleraron su aplicación, convencidos de que era imposible mantener las *corvées* cuando su poder estaba en decadencia, cuando ellos mismos se veían privados de los medios de constricción a los que antes estaban habituados. Las revueltas, el estado de ánimo de insubordinación de los campesinos, los conflictos abiertos o sordos, no hicieron en suma sino acelerar un proceso inherente ya a la situación.

También desde el punto de vista organizativo las agitaciones de esos años habían puesto en claro sobre todo la voluntad de los campesinos de administrar por su cuenta sus comunidades. Algunas elecciones previstas en las disposiciones legislativas tuvieron que hacerse bajo la amenaza de las bayonetas, frente a una muchedumbre campesina que insistía con testarudez en su derecho a renovar sus jefes como y cuando quisiera. Hemos visto que en la insurrección de Bezdna una serie de aldeas empezaron a crear una administración propia, expulsando a los representantes de la burocracia estatal.

Eran síntomas y fenómenos importantes, que revelaban la arraigada voluntad de la aldea de vivir su vida. Pero no eran sino los aspectos más aparentes y visibles de la voluntad de aislamiento que animaba a toda la clase campesina y que la conduciría a presentarse en masas compactas y desarmadas ante los fusiles de la tropa, sin poder hacer otra cosa que «morir por Dios y por el zar» en espera de una mítica «segunda libertad» [32].

Notas al capítulo 7

[1] La documentación fundamental está recogida en la colección *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossi v XIX —nachale XX veka* [El movimiento campesino en Rusia en el siglo XIX y a comienzos del XX], edición de N. M. Druzhinin. El volumen referente al período 1850-1856, a cargo de S. B. Okun', apareció en Moscú en 1962. El que concierne a los años 1857-mayo de 1861, a cargo de S. B. Okun' y K. S. Sivkov, en 1963. El volumen de los años 1861-69, a cargo de L. M. Ivanov, en 1964. Las introducciones de estos volúmenes son especialmente importantes. Una bibliografía de los estudios soviéticos sobre el *Movimiento campesino en Rusia de los años cincuenta y sesenta del siglo XIX* se incluye en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], vol. II, M. 1962, pp. 583 (contiene unas 250 indicaciones). Para el período posterior a 1962 son especialmente importantes: N. N. Ulashik, *Predposylki krest'yanskoi reformy 1861 g. v Litve i zapadnoi Belorussii* [Los precedentes de la reforma campesina de 1861 en Lituania y Bielorrusia occidental], M. 1965; P. G. Ryndziunski, *Krest'yanskaya promyshlennost' v poreformennoi Rossii* [La industria campesina en Rusia tras la reforma de 1861], M. 1966; K. V. Chistov, *Russkie narodnye sotsial'no-utopicheskie legendy* [Leyendas populares social-utópicas rusas], M. 1967; B. G. Litvak, *Opyt statischeskogo izucheniya krest'yanskogo dvizheniya v Rossii v XIX v.* [Ensayo de investigación estadística del movimiento campesino en Rusia en el siglo XIX], M. 1967; P. A. Zayonchkovski, *Otmena krepostnogo prava v Rossii. Izdanie tret'e pererabotannoe i dopolnennoe* [La abolición de la servidumbre campesina en Rusia. Tercera edición reelaborada y completada], M. 1968.

Fuera de la U.R.S.S.: Geroid Tanquary Robinson, *Rural Russia under the Old régime*, Nueva York 1949[2]; Hugh Seton-Watson, *The Decline of Imperial Russia. 1855-1914*, Londres 1952; Jerome Blum, *Lord and Peasant in Russia from the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton (N. J.) 1961; *Le statut des paysans liberés du servage. 1861-1961. Recueil d'articles et de documents présentés par R. Portal, avec la collaboration de T. Bakounine, M. Confino, C. Kastler, B. Kerblay, P. Péchoux, R. Philippot*, París-La Haya 1963; Alexander Gerschenkron, *Agrarian Policies and Industrialization, 1861-1917*, en Id., *Continuity in History and Other Essays*, Cambridge (Mass.) 1968, pp. 140 y ss.; Terence Emmons, *The Russian Landed Gentry and the Peasant Emancipation of 1861*, Cambridge 1968, y el comentario de Alexander Gerschenkron, *L'emancipazione dei contadini russi; una nuova interpretazione?*, en «Rivista Storica Italiana», 1969, fasc. II, pp. 361 y ss.

[2] M. Lemke, *Krest'yanskie volneniya 1855 goda (po neizdannym materialam)* [Las sublevaciones campesinas de 1855 (documentos inéditos)], en «Krasnaya letopis'», 1923, fasc. III; y Ya. I. Linkov, *Krest'yanskie dvizheniya v Rossii no vreniya Krymskoi voiny* [El movimiento campesino en Rusia en la época de la guerra de Crimea], M. 1940, y sobre todo el prefacio de S. B. Okun' al volumen *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossii v 1850-1856 gg.* cit., pp. 5 y ss.

[3] I. I. Ignatóvich, *Osnovnye cherty krest'yanskij volneni pered osvobozhdeniem* [Los caracteres fundamentales de los desórdenes campesinos que precedieron a la liberación], en *Bor'ba krest'yan za osvobozhdenie* [La lucha de los campesinos por la liberación], L.-M. 1924, pp. 189 y ss.; E. Kots, *Pobegi pomeshich'ij krest'yan v nikolaevskuyu epoju* [Las fugas de los campesinos en la época de Nicolás I], en «Arjiv istorii truda v. Rossii», fasc. V; Id., *Volneniya krepostnyj v nikolaevskuyu epoju* [Las agitaciones de los siervos en la época de Nicolás I], en «Russkoe proshloe», 1923, fasc. II.

[4] Informe de I. I. Vasil'chikov del 7 de abril de 1885, en *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossii v 1850-1856 gg.* cit., pp. 488 y ss.

[5] Lemke, *op. cit.*

[6] N. A. Dobroliúbov, *Polnoe sobranie sochineni pod obshei redaktsiei P. I. Lebedeva-Polianskogo* [Obras completas, edición de P. I. Lebedev-Polianski], vol. IV, páginas 439 y ss.

[7] L. A. Aizenberger, *Svedeniya o polozhenii krest'yan k kontsu krymskoi kampanii* [Noticias sobre la situación de los campesinos al final de la campaña de Crimea], en «Arjiv istorii truda v Rossii», 1923, fasc. X.

[8] Ignatovich, *Osnovnye cherty krest'yanskij volneni pered osvobozhdeniem* cit., página 207.

[9] Sobre todas las sublevaciones y las fugas en Crimea, cfr. el informe de M. F. Strajovski de marzo de 1857, en *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossii v 1850-1856 gg.* cit., p. 593.

[10] Un atento estudio de los documentos ha limitado y corregido hoy la afirmación de que los campesinos esperaban la voluntad del monarca en confiada y calma expectativa. Esta leyenda ha sido tanto más difícil de deshacer cuanto que se derivaba precisamente de los elementos progresistas de los años sesenta, en polémica con los reaccionarios, los cuales sostenían que la liberación iría acompañada por gravísimos desórdenes y deducían de ello la consecuencia de que no había que cambiar nada. Cfr. A. A. Kornílov, *Krest'yanskaya reforma* [La reforma campesina], Spb. 1905, pp. 104 y ss., y sobre todo *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossii v 1857-mae 1861 gg.* cit.

[11] En la extensa literatura al respecto, consistente en general en estudios locales y de detalle, los dos trabajos principales son: I. I. Ignatovich, *Volneniya pomeshich'ij krest'yan ot 1854 do 1863 g.* [Las agitaciones de los campesinos pertenecientes a los señores desde 1854 a 1863], en «Minuvshie gody», 1908, fasc. VII-IX, y A. Popel'nitski, *Kak priniato bylo Polozhenie 19 fevralia 1861 g. osvobozhdënnymi krest'yanami* [Cómo fue acogido por los campesinos liberados el manifiesto del 19 de febrero de 1961], en «Sovremenny mir», 1911, fasc. II-III. Una importante publicación de documentos a este respecto es *Krest'yanskoe dvizhenie v 1861 gody posle otmeny krepostnogo prava. Podgotovil k pechati E. A. Morojovets* [El movimiento campesino en 1861, tras la abolición de la servidumbre. Edición al cuidado de E. A. Morojovets], M.-L. 1949, al que ahora debe agregarse la fundamental colección de documentos *Krest'yanskoe dvizhenie v Rossii v 1861-1869 gg.* cit., y Zayonchkovski, *op. cit.* Sobre todo este período sigue siendo útil la obra colectiva *Velikaya reforma* [La gran reforma], edición de A. K. Dzhivilégov, S. P. Mel'gunov y B. I. Picheta, M. 1911.

[12] Sobre la inseguridad, el carácter tendencioso y la difícil interpretación de las cifras referentes a los movimientos campesinos decimonónicos, véanse las justas y sólidas observaciones de Zayonchkovski, *op. cit.*, pp. 41 y ss.

[13] A este aspecto del problema, la aplicación local del decreto de emancipación, se ha orientado la atención de los alumnos de los profesores P. A. Zayonchkovski y V. K. Yatsunski. Una enumeración del trabajo realizado ya, en la obra del primero *Otmena krepostnogo prava v Rossi* cit., p. 6. Cfr. V. G. Chernuja, *Pravitel'stvennaya politika i institut mirovyj posrednikov* [La política del gobierno y la institución de los árbitros de paz], en *Vnutrennaya politika tsarizma (seredina XVI-nachalo XX g.)* [La política interior del zarismo (mediados del siglo XVI, comienzos del XX)], mis-

celánea editada por N. E. Nósov, L. 1967, pp. 197; B. V. Vilenski, *Sudebnaya reforma i kontrreforma v Rossii* [La reforma y la contrarreforma judicial en Rusia], Saratov 1969; V. V. Garmiza, *Podgotovka zemskoi reformy 1864 g.* [La preparación de la reforma de los *zemstva*], M. 1957.

14 N. A. Serno-Solov'ëvich, *Okonchatel'noe reshenie krest'yanskogo voprosa* [La solución definitiva del problema campesino], Berlín 1861, p. 64.

15 Ya. I. Linkov, *Revoliutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i tainoe obshestvo «Zemlia i volia» 1860-j gg.* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y libertad» de los años sesenta], M. 1964, página 151.

16 *Krest'yanskoe dvizhenie v 1861 godu* cit., pp. 35-36.

17 Ignatovich, *Volneniya pomeshich'ij krest'yan* cit., fasc. VIII.

18 *Krest'yanskoe dvizhenie v 1861 godu* cit., p. 46.

19 *Ibid.*, p. 117.

20 *Ibid.*, p. 116.

21 «Kolokol», 1862, n. 134.

22 *Krest'yanskoe dvizhenie v 1861 godu* cit., p. 174.

23 Informe anual de la Tercera Sección publicado en *Krest'yanskoe dvizhenie 1827-1869. Podgotovil k pechati E. A. Morojovets* [El movimiento campesino. 1827-1869. Documentos editados por E. A. Morojevets], M.-L. 1931, vol. II, p. 3.

24 Ignatovich, *Volneniya pomeshich'ij krest'yan* cit., fasc. VIII.

25 *Krest'yanskoe dvizhenie v 1861 godu* cit., pp. 142 y ss.

26 *Ibid.*, pp. 145 y 149.

27 I. I. Ignatóvich, *Bezdna*, en *Velikaya reforma* cit., vol. V, pp. 211 y ss.; M. Nechkina, *Vosstanie v Bezdne* [La insurrección de Bezdna], en «Krasny arjiv», 1929, fasc. IV; Id., *Iz istorii krest'yanskij vosstani protiv «voli»* [Para una historia de las insurrecciones campesinas contra la «liberación»], *ibid.*, 1929, fasc. V; E. I. Ustiuzhanin, *Bezdnenskoe vosstanie 1861 g.* [La insurrección de Bezdna de 1861], en «Uchënye zapiski kazanskogo pedagogicheskogo instituta», 1941, fasc. IV, y *Bezdnenskoe vosstanie 1861 goda. Sbornik dokumentov. Obshaya redaktsiya A. I. Yampol'skoi i D. S. Gutmana* [La insurrección de Bezdna de 1861. Colección de documentos, bajo la dirección general de A. I. Yampols'kaya y D. S. Gutman], Kazán, 1948.

28 «Kolokol», núms. 98-99, 100, 101, 122-23, 124 y 125.

29 Ignatovich, *Volneniya pomeshich'ij krest'yan* cit., fasc. IX.

30 *Ibid.*, fasc. X.

31 Al iniciar en 1862 una agitación que continuaría hasta 1867, y negándose a suscribir ningún acuerdo, los campesinos de la aldea de Karasin en Volinia decían: «esperamos el rescate del zar». *Ibid.*, fasc. VIII.

32 Cfr. V. A. Fedorov, *Trebovaniya krest'yanskogo dvizheniya v nachale revoliutsionnoi situatsii* [Las exgencias del movimiento campesino al comienzo de la situación revolucionaria], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1681 gg.* cit., volumen I, M. 1960, pp. 133 y ss.; Id., *Lozungi krest'yanskoi bor'by v 1861-1863 gg.* [Las consignas de la lucha campesina entre 1861 y 1863], *ibid.*, vol. III, M. 1963, páginas 237 y ss. Un intento interesante de clasificación etnográfica de las formas asumidas por las expectativas campesinas lo ha hecho Chistov, *op. cit.*, aunque refiriéndose más a sus lejanas raíces que a su expresión en el siglo XIX.

CAPITULO 8

El movimiento estudiantil

La vida de las universidades rusas después de la guerra de Crimea constituye un antecedente inmediato del movimiento revolucionario, que conservará durante mucho tiempo —en su forma de expresarse y actuar— algo de este origen. El movimiento estudiantil proporcionará al populismo su primer material humano, sus mandos iniciales.

En sus comienzos este movimiento es sobre todo un síntoma. Tenía razón Shelgunov cuando le llamaba «el barómetro de la opinión pública». Por lo demás, la frase era corriente entonces. Pirogov, por ejemplo, decía que «los estudiantes eran el barómetro más sensible de los tiempos». En realidad se trataba de un movimiento que no tenía un objetivo preciso, ni una ideología o un programa propios. Era algo vago e indeterminado. En el momento de la muerte de Nicolás I, se mostraba dispuesto a adoptar cualquier forma que se le diera desde fuera. Tendrá un gran peso en la historia moderna de Rusia el hecho de que, en el transcurso de tres o cuatro años, el ambiente estudiantil se viera conquistado ampliamente, y a veces incluso profundamente, por los polemistas revolucionarios, por los partidarios de la liberación completa de los siervos, por los defensores del socialismo agrario. Todas las nuevas tendencias, de las liberales a las demócratas y socialistas, se habían disputado aquella masa, pero la polémica fue breve y la conclusión, muy clara.

El movimiento estudiantil, por otra parte, constituye un índice de la insuficiencia de la política gubernamental y de las reformas desde arriba. El gobierno había tratado de introducir en la universidad la libertad de organización, de abrir sus puertas a las clases más populares, menos privilegiadas, de dar cierta dignidad a la vida de estudiante. Pero el intento se hizo tan desordenadamente que indujo a los estudiantes a abiertos choques con las autoridades, y a éstas últimas a tentativas poco coherentes de reacción.

Se ha descrito a menudo la situación de los estudiantes universitarios en los últimos años de Nicolás I. Se trata en realidad de una fuente inagotable de anécdotas, episodios y ejemplos de oscurantismo estatal organizado [1]. Era de regla una gran dureza de modales, cuando un profesor se dirigía a un estudiante. La instrucción militar era tan intensa

que a menudo impedía cualquiera otra ocupación. El cuidado del uniforme era la primera virtud exigida. Todo se orientaba adrede a impedir el desarrollo de un pensamiento independiente.

Platon Vasil'evich Pávlov, profesor de historia en la universidad de Kiev desde 1847, contaba más tarde que el interventor de dicha universidad, el general gobernador Bíbikov, congregó un día a profesores y estudiantes y les dirigió el siguiente discurso: «Ustedes, profesores, pueden reunirse entre sí, pero sólo para jugar a las cartas, y vosotros, estudiantes, no olvidéis que miraré con ojo indulgente a quien coja una borrachera, pero que el uniforme de soldado amenaza a quien se destaque por su libre pensamiento.» Esta era la política general. No sólo se permitían sistemáticamente las costumbres violentas entre los estudiantes sino que se favorecían, con tal de que no se ocupasen de otra cosa.

Pero lo más grave, en último extremo, consistía en las limitaciones —no menos opresivas por ser irregulares y perpetuamente distintas— a a la entrada en la universidad. En 1853 el número de estudiantes de todas las universidades rusas no llegaba a los tres mil. A partir de 1850 tenían preferencia para ser aceptados en ellas los que habían podido convertirse en funcionarios del estado. Es decir, se interponía una barrera prácticamente insuperable para la educación superior de los hijos de campesinos, de los burgueses, soldados, comerciantes de los dos últimos gremios, judíos, extranjeros y eclesiásticos. Las más afectadas por estas medidas eran las facultades de filología. En 1856, en San Petersburgo, de 429 estudiantes en total, sólo unos treinta pertenecían a esta última facultad. Al año siguiente no hubo ni un solo licenciado en historia y filosofía en la universidad de la capital. Este hecho, entre otras cosas, indica una de las razones de la limitación numérica de la *inteliguentsia* rusa, limitación que pesará lo suyo en la historia de aquellos años. Semejante *numerus clausus* engendraba además una sensación de alejamiento entre la *élite* intelectual y la masa, alejamiento que reflejaba un privilegio no querido ni deseado.

Las transformaciones en la vida universitaria después de la muerte de Nicolás I fueron relativamente rápidas y radicales. Es importante, en especial, observar su ritmo. Incluso antes de que se produjeran modificaciones en otros aspectos de la vida social rusa, antes de que se decidiera la suerte de los campesinos y que se pusiera manos a la obra respecto al problema de la organización de la justicia, se empezaron a abrir las puertas de la universidad y se permitió, aunque con ciertas limitaciones, la aparición de una vida colectiva y libre. Se trataba de un problema similar al suscitado por la concesión de una libertad de prensa, también relativa. En ambos casos, fue el gobierno el que permitió que la *inteliguentsia* se desarrollase a un ritmo más rápido que el del resto de la nación. El hecho era demasiado natural para dejar de producirse, pero desde luego las medidas del gobierno coadyuvaron a él. Pronto se vio que el alejamiento entre la *inteliguentsia* y el resto de la población rusa

se había vuelto mayor de lo que se podía pensar al principio. Colmar este vacío se convirtió en una de las preocupaciones fundamentales tanto del estado como de los propios intelectuales. El gobierno, asustado, reaccionó con una serie de medidas tendentes a limitar una libertad que parecía ya concedida, cerrando de nuevo el acceso a la universidad. En cuanto a la *inteliguentsia* más activa, conseguirá, a través de terribles dificultades y luchas, crear en el ventenio siguiente un lazo propio con las masas, al margen del estado. Sólo el movimiento revolucionario conseguirá llenar ese vacío.

Vale la pena examinar de cerca esta política universitaria para seguir los pasos de la cristalización de este doble endurecimiento, por parte del estado y de los estudiantes [2].

Pronto se abolió el uniforme de estudiante. Por lo demás, a pesar de todos los esfuerzos por mantenerlo, ya se habían visto en Kiev estudiantes vestidos con los trajes nacionales polacos y ucranianos. En Kazán había quien paseaba vestido «con pieles de animales, armado de bastón». En Moscú y San Petersburgo empezaron a aparecer los trajes populares, de los campesinos, en la indumentaria de los estudiantes.

Se suprimió el adiestramiento militar. La disciplina se volvió más humana. Rápidamente se fue manifestando una vida nueva. Poco después de 1855 habían aparecido bibliotecas estudiantiles en las que no debía de ser difícil encontrar publicaciones prohibidas, sobre todo las de Herzen [3]. A finales de 1857 se sentaban en San Petersburgo las bases de las primeras cajas de socorros mutuos entre los estudiantes, y ese ejemplo fue pronto seguido en otros lugares. Estas cajas fueron la expresión más evidente de la solidaridad que se difundía cada vez más en las universidades. En Kiev surgió el primer tribunal universitario. En Kazán, donde se instituyó inmediatamente después, tenía derecho a condenar a la expulsión del centro. Y donde, como en San Petersburgo, no pudo establecerse, hacía sus veces un «tribunal de compañeros» que juzgaba, por ejemplo, todas las cuestiones referentes a la utilización de las tasas. La costumbre de las reuniones estudiantiles (llamadas *sjodki,* con el término tradicional de las reuniones campesinas del *mir*) se generalizó. Prácticamente todo asunto de la vida interna de los estudiantes se decidía en tal asamblea.

Hasta 1857 los estudiantes de la capital tuvieron un órgano científico, por así llamarlo, en el que se publicaban, junto con investigaciones históricas, etc., las crónicas de la vida universitaria. Pronto surgió toda una serie de periódicos manuscritos. Los propios títulos demuestran cuál era el estado de ánimo de los estudiantes. Uno de ellos recogía la cabecera del periódico de Herzen, y agregaba bajo «Kolokol»: «Noticiero de opiniones libres». En Moscú circulaban en 1858 «La chispa», «La voz viva», «El eco», «El desenmascarador» [4].

Estos cambios en la vida interna de la universidad, que la habían llevado a tener reglamentos similares a los de las universidades occiden-

tales, y sobre todo alemanas, se habían producido no sólo con permiso de las autoridades sino a menudo, si no siempre, con su directa incitación. No sólo la revista científica, sino también algunos de los periodiquillos manuscritos de San Petersburgo eran leídos y aprobados por el nuevo «interventor», el príncipe Sherbátov. En la universidad de Moscú, la caja estudiantil estaba bajo la directa protección del gobierno, que entre otras cosas le proporcionó un local adecuado. En Kiev, bajo la dirección de Pirogov, los estudiantes consiguieron una amplia autoadministración y fue abolida toda forma de vigilancia sobre ellos.

Pero el acto decisivo del gobierno fue el de abrir las puertas de la universidad. El resultado fue, por una parte, un rápido aumento de la cifra total de estudiantes, y, por otra, la formación de lo que empezó a llamarse entonces «el proletariado del pensamiento»: un gran número de estudiantes pobres y a veces paupérrimos, que habían constituido una excepción cuando las puertas de la universidad estaban abiertas sobre todo para la nobleza; se hicieron tan numerosos que llegaron a constituir un problema grave e inmediato en los años que siguieron al final de la guerra de Crimea. Sería interesante conocer mejor el origen y el número de este sector nuevo del estudiantado. Pero por extraño que parezca no se ha hecho tal investigación [5]. La cifra más característica es la de las trescientas sesenta personas, de cerca de un millar, que en San Petersburgo no pudieron pagar la tasa de admisión, que era entonces de veinticinco rublos. En cuanto a la situación de miseria de este sector estudiantil, que constituía quizás la mayoría, al menos en la capital, hay numerosos testimonios. Llegaban de provincias lejanísimas, a veces a pie, para estudiar, dormían a veces dos en una alacena y en el verano en los jardines públicos, si la policía se lo permitía [6].

No sólo la masa estudiantil había conseguido una organización interior, se había ampliado en número y en lo que respecta a su procedencia social, sino que al tiempo había comenzado a salir de su encierro, a entrar en contacto con los círculos intelectuales, a convertirse en centro de una vida de discusiones y contactos culturales. Las aulas se habían vuelto a abrir para quien quisiera entrar a ellas a oír las clases. Los oyentes fueron numerosos y sensibles. Aparecieron también las primeras oyentes, novedad que ocasionó prolongadas discusiones (en San Petersburgo las estudiantes eran casi más numerosas en ciertos cursos que los muchachos, pero en Moscú el consejo académico votó por mayoría, en 1862, contra su admisión).

Estos contactos multiplicados facilitaron el encuentro entre los estudiantes y quienes por entonces contribuían a crear la opinión pública. Los ejemplos de que disponemos parecen demostrar que se trató de una búsqueda recíproca. Entre los estudiantes, el ambiente fue pronto tal que hizo decir a un contemporáneo que «no recordaba ni siquiera a uno solo de sus compañeros que no se sintiese llamado a una función social» [7]. Los escritores, los que querían actuar sobre el espíritu de su época, em-

pezaron a tener cada vez más en cuenta a los jóvenes universitarios. Jomiakov, el conocido eslavófilo, trataba con asiduidad a un grupo de estudiantes moscovitas. Les exponía obstinadamente sus ideas, aunque tenía que comprobar que éstas interesaban cada vez menos a la juventud o que se sacaban de ellas otras conclusiones políticas. Un intento parecido de atraerse a la nueva generación fue realizado por algunos decembristas amnistiados que habían regresado después de treinta años en Siberia. Así, por ejemplo, en San Petersburgo, Tsebrikov [8]. En realidad sólo un hombre de la generación inmediatamente anterior consiguió dominar el ánimo de esta nueva generación, de modo profundo aunque desde luego no total. Herzen supo hacerlo desde Londres, con una publicación que entraba ilegalmente en Rusia. Aparte Herzen, serán los hombres que estaban en la universidad diez o quince años antes, los escritores que difundieron entonces la ideología populista, quienes influyan profundamente sobre los estudiantes: Dobroliubov, Lavrov, Chernyshevski, Mijáilov. La crónica de las agitaciones de San Petersburgo en 1861 demuestra que el contacto tendía a asumir rápidamente un carácter directo, personal, a convertirse en una guía continuada y coherente.

Esta afirmación de las ideas populistas fue posible porque los profesores de sentimientos liberales, que parecían destinados a convertirse en guías naturales de está juventud (lo habían sido diez años antes, con Granovski, por ejemplo), no supieron conservar la confianza, ni a menudo la estimación de los estudiantes. Fueron ellos (Pirogov y Pávlov, por ejemplo) quienes ampliaron al principio las concesiones que el gobierno hacía en favor de la libertad de organización y de discusión; pero cuando se produjeron las primeras represiones vacilaron entre el gobierno y los estudiantes; se mostraron más bien como intercesores en lugar de como compañeros y dirigentes políticos.

Las universidades fueron, pues, uno de los terrenos en que más abiertamente se desarrolló la lucha entre las distintas tendencias de los años sesenta, entre conservación estatal, liberalismo y populismo. Y también fueron el terreno en el que resultó más clara la victoria de este último. La crónica de los movimientos estudiantiles de esos años, las largas y prolongadas discusiones —que hoy pueden parecer vanas— sobre la actitud de este o aquel profesor, sobre esta o aquella forma de organización de los estudiantes, adquieren un valor cuando se las observa con este enfoque.

No será necesario seguir minuciosamente estos movimientos. Como hemos dicho, se trata a menudo de hechos carentes de contenido político. Más que nada son incidentes que indican un estado de ánimo de descontento, capaz de expresarse en las formas y direcciones más variadas y contradictorias. No en vano en Rusia estas manifestaciones se llaman «historias estudiantiles», expresión en la que la palabra «historia» tiene un significado no muy alejado del de «bronca» o similares.

Sin embargo, es notable que los primeros incidentes se produjeran en una ciudad de provincias, a orillas del Volga, donde más agudos eran los problemas sociales: en Kazán, concretamente, en el otoño de 1856. De momento se trataba de choques con los oficiales de la guarnición, en defensa de la dignidad de los estudiantes. Justamente este motivo diferenció este primer movimiento de todas las riñas anteriores, que no habían faltado en el pasado en la ciudad, donde los estudiantes tenían bien merecida fama de embriaguez e indisciplina. Los que fueron castigados por estos incidentes, en pequeño número aún, proporcionarán ya algunos de los primeros dirigentes del movimiento clandestino de dicha ciudad. Un cronista de estos choques anotaba que «entonces apareció por vez primera la conciencia de una solidaridad corporativa entre los estudiantes, de una comunidad de intereses...[9].

Al año siguiente se repitió en Kiev una «historia» similar, que tuvo su origen en una patada que le propinó un estudiante a la perrita de un coronel de la guarnición. Algunos estudiantes acabaron en una prisión militar, de donde los liberó personalmente Alejandro II cuando visitó la ciudad en octubre de aquel año[10].

En septiembre de 1857 se produjo en Moscú un incidente más grave. La policía pegó con violencia e hirió a unos estudiantes que se negaban a abrirles la puerta a los guardias, en tanto no volvieran acompañados por un representante de la facultad. El gobernador de Moscú anunció al emperador que se había producido una rebelión en la universidad, pero éste contestó: «No lo creo.» Por último, tras una investigación, se castigó a la policía. Los estudiantes parecían haber conquistado una «intangibilidad». «Fue la primera vez que se vio surgir entre ellos una sensación de unidad», decía unos años después una comisión investigadora[11].

Los desórdenes de Jarkov, en otoño de 1858, no serían sino una repetición de los precedentes, sin especial importancia, de no haber marcado, por así decirlo, el fin de la protección estatal y el inicio de una reacción. Alejandro II en persona, con motivo de una visita, dio a entender con toda claridad que los estudiantes se estaban excediendo ya, desde su punto de vista.

Y es que al mismo tiempo que se daban estos enfrentamientos con la policía y los oficiales, los estudiantes habían empezado a pedir que se jubilara a profesores especialmente malquistos, a los que consideraban —y no sin razón, por otra parte— completamente incapaces. En Kazán, en enero de 1858, el profesor V. F. Bervi —que enseñaba fisiología y que en realidad era bastante ignorante— recibió una carta con las firmas de sus setenta alumnos, en la que le pedían cortésmente que abandonara la cátedra: «Perdónenos, señor profesor, si hemos hablado nosotros antes de ello; el amor a la ciencia y el deseo de ser útiles a la patria nos han obligado a apresurarnos.» La petición estaba apoyada por Dobroliubov, que publicó por entonces en el «Sovremennik» una crítica demoledora de una obra de Bervi. Hubo que acceder a la petición de los estudiantes

y el profesor se marchó. Al siguiente año escolar, el estudiantado manifestó, en cambio, su simpatía por un profesor de su agrado. Durante las clases estaba prohibido aplaudir o dar muestras de desaprobación, pero los estudiantes quisieron manifestarse en favor de un profesor de historia y de literatura rusa, joven y liberal. Dieciocho fueron detenidos y expulsados de la universidad y de la misma Kazán, en el caso de que no residieran en ella con sus padres. La reacción fue muy profunda entre los estudiantes; circuló ampliamente la idea de responder a la expulsión de los compañeros con un abandono masivo de la universidad [12]. Fueron tantas las peticiones de marcharse que hubo que interrumpir las clases durante cierto tiempo y que retener a los estudiantes con amenazas.

En 1858 se impusieron también en Moscú y obligaron a dos profesores a abandonar la cátedra. Uno de ellos era especialmente aborrecido por los modales con que trataba a sus alumnos. También en este caso el deseo de una ciencia más viva y actual se entremezclaba con la voluntad de ser tratados con mayor dignidad. Los estudiantes ganaron la partida, pero los sacrificios no fueron pequeños. También en este último caso se expulsó a un joven y a otros dos se les alejó temporalmente. Pero eran medidas que parecían hechas aposta, dentro de aquel clima, para reforzar el sacrificio y la solidaridad.

Entre 1858 y 1859 hay una evidente reacción del estado. Un grupo de profesores, que incluía nombres conocidos e importantes dentro de los círculos liberales, como por ejemplo Chicherin, empezaba a comprobar que «la sociedad rusa ha infundido en los estudiantes tal sensación de importancia como no existe en ningún otro país... El estudiante ya no es un alumno, sino que se está convirtiendo en un maestro y un guía de la sociedad...» [13]. Concluían diciendo que la situación no era normal. En realidad era ya una confesión de incapacidad para dominar los ánimos de los jóvenes.

Se volvió, aunque indirectamente, a limitaciones en el acceso a la universidad. En 1859, de los 375 que se presentaron a los exámenes de admisión en San Peterbusgo sólo se aceptó a 73, y en Moscú sólo a 152 de 500 aspirantes. Aquel año, y más aún al siguiente, se confió de nuevo a la gendarmería la vigilancia de los estudiantes. Esta y parecidas medidas no eran sino la preparación de un nuevo reglamento sobre la vida interna de la universidad, que se estaba elaborando por entonces. E. P. Kovalevski, ministro de Instrucción Pública, intentaba resistirse a esta reacción; algunos profesores liberales, entre ellos Kavelin, trataron de adelantarse a la decisión del gobierno proponiendo un estatuto que, aunque manteniendo cierta libertad de organización de los estudiantes, los ponía bajo la vigilancia de los profesores. Era un intento de los profesores liberales para recuperar administrativamente la posición que ideológicamente estaban perdiendo. Pero su mediación fue considerada superflua por una y otra parte.

El movimiento estudiantil, a partir de 1861, asumió un carácter más político, de protesta cada vez más enérgica contra las directrices del gobierno. En marzo, en San Petersburgo, una numerosa delegación universitaria de estudiantes rusos y polacos participaba en la misa de réquiem por los caídos en los desórdenes de Varsovia. Trescientos estudiantes corroboraron con su firma su presencia en la ceremonia. En Kazán el réquiem fue en memoria de los campesinos caídos en Bezdna bajo las balas de los soldados. Shápov supo dar a aquella manifestación un claro valor político.

El problema de las nacionalidades y el de los campesinos se imponían también, por lo tanto, en las universidades. Pero mientras que los estudiantes se pusieron en su mayoría de parte de quienes sostenían las soluciones más radicales en el problema de la tierra, en la cuestión de las nacionalidades del imperio ruso, en cambio, estuvieron divididos. En Kiev se orientaban contra los polacos, en Moscú y San Petersburgo, en su favor. Mantener la unidad de la consigna de liberación nacional y campesina, como predicaban continuamente Herzen y Chernyshevski, resultaba tarea nada fácil. El paso de muchos estudiantes desde una lucha puramente corporativa a una visión política se hará precisamente en torno a este tema, que será el fundamental de *Zemlia i volia* [14].

Pero ya los comienzos de esta politización habían decidido a Alejandro II a tomar medidas radicales. Se nombró una comisión para redactar un estatuto que eliminase prácticamente toda libertad interna en las universidades. El punto tercero prohibía «positivamente toda reunión sin el permiso de los superiores». Para aplicar estas nuevas directrices se sustituyó al ministro de Instrucción Pública por un almirante, E. V. Putiatin. Se promulgó entonces toda una serie de disposiciones que recordaban de cerca las de la época de Nicolás I. La más grave consistía en conceder la exención de las tasas sólo a dos estudiantes por gobernación. Basta con pensar que en San Petersburgo, en 1859, 659 estudiantes de un total de 1.019 se habían visto exentos, para comprender qué significaba esto: los muchachos pobres y procedentes de las clases más bajas de la población se verían excluídos de nuevo.

Cuando, después de las vacaciones, se reanudaron las clases, nadie se atrevía a decirles claramente a los estudiantes lo que se había decidido sobre ellos. Se dejaron circular los más diversos rumores, y cuando algunos delegados fueron a pedir explicaciones al «interventor», éste respondió que «no era un orador, pero que de todas maneras era mejor que se ocupasen de sus estudios y no de reuniones». Y como éstas se repetían ininterrumpidamente, el 22 de septiembre se cerraron todas las aulas vacías, donde los estudiantes celebraban sus asambleas. Al día siguiente circulaba un manifiesto que es el documento más característico de todos estos movimientos estudiantiles [15]. «El gobierno nos ha arrojado el guante...», se leía en él. La ofensa recordaba otras muchas, bastante más graves y dolorosas.

> El pueblo ruso se ha distinguido desde hace tiempo por su gran paciencia. Nos han pegado los tártaros, y nos callamos, nos han pegado los zares, nos callamos y nos inclinamos, ahora nos pegan los alemanes, ¡nos callamos y los admiramos!... He aquí el progreso. Sólo en algún rincón remoto, en Occidente, hay todavía imbéciles a los que los empuja una palabra vacía, *la gloire*.

Continuaba así, crítico e irónico, hasta concluir: «Lo esencial ahora es evitar disensiones entre nosotros y no temer las medidas enérgicas. Meteos bien en la cabeza una cosa: no se atreverán a disparar sobre nosotros; desde la universidad se encenderá la rebelión en San Petersburgo.» Terminaba con un elogio de los polacos y una incitación a seguir su ejemplo. «¡Energía, energía, energía!», así finalizaba el manifiesto.

No se sabe quién fue el autor de este escrito. Es cierto que se había ido constituyendo un comité clandestino que empezaba a dirigir el movimiento. Formaba parte de él, entre otros, E. P. Mijaelis, que era cuñado de N. V. Shelgunov, uno de los colaboradores más conocidos del «Sovremennik». Mijaelis, que había participado ya en la distribución del manifiesto clandestino dirigido *A la joven generación,* contaba entonces veinte años; todos los autores de memorias lo recuerdan como «un típico representante de la época y un nihilista puro». N. I. Utin era otro de los dirigentes del movimiento, y lo encontraremos en *Zemlia i volia,* de la que será uno de los elementos más activos [16]. Un tercer miembro de este comité, M. I. Pokrovski, también estaba muy próximo a los círculos del «Sovremennik».

El 23 de septiembre de 1861 una masa de estudiantes hundió la puerta de un aula cerrada y celebró allí un mitin. Era el inicio de una serie de manifestaciones que de la universidad pasaron a las calles, cuando al día siguiente fue cerrada la universidad. El rector siguió vacilando, sin querer decirles con claridad a los estudiantes cuáles eran las nuevas disposiciones que los concernían. Llegó hasta el punto de hacer que comunicaran a una masa estudiantil congregada en el patio que no se encontraba en su despacho. Los jóvenes empezaron entonces a dirigirse en largas filas, a través del puente sobre el Neva, al sector de la ciudad donde vivía. Fue una manifestación ordenada, seguida por los gendarmes y por gran número de gente. Pero tenía una particularidad. Era la primera manifestación que se producía en San Petersburgo.

> Era un espectáculo nunca visto.
>
> Era un espléndido día de septiembre... en la calle se nos unieron las chicas que empezaban a frecuentar las universidades, y una cantidad de jóvenes de distintos orígenes y oficios que nos conocían o que simplemente estaban de acuerdo con nosotros... Cuando hicimos nuestra aparición en la Perspectiva Nevski, los peluqueros

franceses salían de sus negocios y gritaban con rostros animados y agitando alegremente los brazos: «*¡Révolution, révolution!*» [17].

El «interventor» se había apresurado a correr a su casa. En medio de un gran vocerío —y no sin que hubiera existido el peligro de un choque violento entre los estudiantes y los soldados llamados para la ocasión— una delegación acabó consiguiendo que la recibieran en la universidad. El «interventor» dio su palabra de honor de que no se tocaría a los delegados. La columna deshizo entonces su camino, en sentido inverso, con el rector marchando a su cabeza. Los estudiantes no se fiaban de su palabra, en realidad, y temían que huyese. Las negociaciones en la universidad fueron largas. Los estudiantes acabaron por dispersarse, no sin que hubiera sido necesaria otra amenaza de hacer intervenir a la tropa. Tenían la impresión de una victoria, al menos parcial.

Pero por la noche unas docenas de estudiantes fueron detenidos, y entre ellos los delegados cuya incolumidad se había garantizado. La cosa causó honda impresión y creó un halo de simpatía en torno a ellos en todos los ambientes de la *inteliguentsia.* El día 27 los estudiantes se reunieron de nuevo ante la universidad. Participaban en esta manifestación, a su lado, numerosos oficiales de artillería. P. L. Lavrov, entonces profesor de la Academia de Artillería, les había aconsejado que actuaran así, esperando evitar de ese modo enfrentamientos con la tropa. Consiguió inducir a bastantes oficiales a solidarizarse con los estudiantes. Se pidió la liberación de los compañeros encarcelados y no se dejó de aludir a la palabra de honor dada por el rector. La reunión sólo pudo disolverse cuando se amenazó a los estudiantes «no con una muerte heroica, sino con una solemne paliza». En días sucesivos se colocaron piquetes y pelotones en los puntos más importantes de la ciudad. Prosiguieron las detenciones, primero esporádicas y cada vez más intensas a partir de primeros de octubre.

Las autoridades trataron de imponer al menos un punto de las medidas decididas anteriormente: la introducción de una tarjeta especial para poder entrar en la universidad; pero muchos profesores se negaron a distribuirla. «Coger o no la tarjeta» se convirtió en el objeto de una animada discusión de todos. Unos 300 estudiantes se plegaron a ello, pero cuando, el 11 de octubre, la universidad volvió a abrir sus puertas, los estudiantes refractarios trataron de impedir el normal desarrollo de las clases. Al día siguiente incluso los que habían aceptado la tarjeta acabaron por romperla, tirándola a la puerta de la universidad. Muchos manifestantes fueron detenidos —unos 130— pero los estudiantes ya habían conseguido lo que querían. Había fracasado el intento de volver a abrir la universidad. Se pegó a los detenidos y se hirió incluso a algunos. Pero la solidaridad había resultado completa: «Llevadme también a mí a la cárcel», gritaban los estudiantes a los guardias. Hasta el 20 de diciembre se intentó mantener abiertas las puertas de la universidad, pero había poquísimos

estudiantes y los profesores más jóvenes y liberales presentaron la dimisión. Entonces se cerraron las puertas del todo [18].

Los detenidos permanecieron en la fortaleza de Pedro y Pablo hasta mediados de octubre, en que los llevaron a Kronshtadt. Los juzgó un tribunal y las condenas no fueron muy graves, de la misma manera que no fue muy duro el régimen carcelario que se les infligió. Cinco fueron deportados a remotas regiones, a treinta y dos se les expulsó de la universidad, aunque con la posibilidad de pasar los exámenes en calidad de «oyentes», y los otros sólo recibieron una solemne reprimenda.

No hay que excluir que las autoridades tuvieran la intención de descubrir un grave complot, una organización clandestina responsable de los desórdenes. Mijailov —detenido en ese período, y que cargó con la responsabilidad de la redacción del manifiesto *A la joven generación*— fue también sospechoso de haber instigado los desórdenes. La policía estableció desde ese momento una vigilancia en torno a Chernyshevski, que en el «Sovremennik» sostuvo a los estudiantes más abierta y enérgicamente que nadie.

En realidad, fue precisamente la política del gobierno lo que cristalizó el ambiente en el que surgieron los primeros núcleos clandestinos, consecuencia más que causa de las manifestaciones de San Petersburgo. «En lugar de asambleas abiertas, se formaron reuniones secretas, en alguna casucha, en los departamentos privados. La lucha contra estas reuniones clandestinas se hizo más difícil aunque, a decir verdad, estas últimas ya no tenían el significado general de las públicas» [19], decía un contemporáneo. San Petersburgo se cubrió de una auténtica red de centros y círculos, que recogían a los estudiantes «en huelga» [20].

La mayoría de las facultades siguió cerrada hasta agosto de 1863. Las consecuencias de las manifestaciones se prolongaron, por tanto, un año. Se trató entonces de organizar una universidad libre, con profesores voluntarios. Y una veintena, y no de los menos importantes, se ofrecieron para ello. El comité organizador propuso a Lavrov y Chernyshevski que dieran clase, pero las autoridades comunicaron que no lo permitirían. A otros se lo impidió la censura eclesiástica, como a Pypin, por un proyectado curso de historia de la literatura medieval rusa. En cuanto a Pobedonósev —el futuro inspirador de Alejandro III—, invitado también, declaró que no participaría en una iniciativa en la que iba a colaborar un «charlatán como Chernyshevski» [21]. Como se ve, se preparaba ya para convertirse en el pilar de la reacción que será a finales del siglo.

La universidad libre no duró más que un mes. El incidente que marcó su fin fue muy significativo. El profesor de historia de Kiev, Platon Pavlov, que había sido uno de los iniciadores del movimiento liberal en la universidad, fue arrestado en la noche entre el 5 y el 6 de marzo de 1862 y confinado a la gobernación de Kostroma, con la prohibición de dar clases públicas, por haber pronunciado un discurso sobre el tema *Mil años de historia rusa,* que se consideró inadmisible. Los estudiantes

pidieron que se interrumpieran las clases en señal de protesta. Pero algunos profesores se declararon contrarios a esta decisión. La clase de uno de ellos, el historiador Kostomarov, fue interrumpida por gritos e insultos: «No eres más que un segundo Chicherin», le gritaban. De modo que incluso los que se habían declarado favorables a los estudiantes iban a unirse a los profesores liberales que ya habían perdido la confianza del alumnado [22].

Las manifestaciones de San Petersburgo tuvieron un eco en provincias, suscitando movimientos similares y represiones parecidas. El 2 de septiempre llegaban a Moscú delegados de los estudiantes de la capital, llevando la noticia de las reacciones provocadas por el cierre de la universidad. La mayoría de los estudiantes de Moscú se mostró decidida a defender su libertad de reunión. También allí se formó un pequeño comité secreto, que tomó más precauciones que en San Petersburgo. Tras algunas reuniones iniciales y amenazas, el 4 de octubre de 1861 un estudiante, Nikolai Stepanovich Slavutinski, que ya había participado en la creación de las escuelas dominicales y era uno de los elementos más conocidos, propuso una manifestación que daría un sentido ideal a las protestas. Un cortejo llevaría una corona a la tumba de Granovski, el historiador amigo de Herzen. Toda la policía y gran cantidad de tropa fueron movilizadas ese día para vigilar el cortejo. El acta de la jornada debió constatar que «se pronunciaron entonces varios discursos, algunos de ellos absolutamente carentes de moderación». Pero todo se desarrolló sin incidentes.

No ocurrió lo mismo el 11 de octubre, durante una manifestación ante el palacio del gobernador. Los delegados de los estudiantes que solicitaban hablar con el jefe de la administración fueron detenidos. Los otros, rodeados por los guardias, fueron golpeados con dureza; se arrestó a 340, y 39 quedaron detenidos. Era la primera vez que ocurría eso en Moscú y produjo una enorme sensación. Tanto más cuanto que la policía no había actuado sola; excitó al pueblo bajo de los pequeños comerciantes moscovitas y éstos participaron ampliamente en el apaleamiento, con la esperanza de una recompensa. El golpe fue muy duro, y a pesar de los esfuerzos de los elementos más decididos no se consiguió organizar un boicot a las clases, como en San Petersburgo [23].

La incertidumbre entre la masa estudiantil fue más profunda en Moscú que en cualquier otro lugar, posiblemente. En las discusiones apareció un ala más radical, en la que participaba gente que ya estaba orientándose a una acción política y que pronto se encauzaría hasta *Zemlia i volia,* y un ala típicamente liberal, que insistía en el orden de las manifestaciones y sobre todo en una mayor fe en las posibles concesiones de las autoridades. El historiador Gessen ha puesto en claro que esta escisión correspondía a una diferenciación social: los estudiantes de origen popular y pequeñoburgués se mostraban más radicales, mientras que los elementos de la nobleza eran liberales. Un exponente de éstos era N. N. Raevski, descen-

diente de típicos representantes del mundo decembrista. Todas las fuentes coinciden, por otra parte, en decirnos que existía en Moscú un notable sector de estudiantes que era absolutamente contrario a todo movimiento.

Estas discusiones y diferenciaciones hacen resaltar aún más claramente el límite de todo este movimiento estudiantil: su carácter académico, corporativo, «familiar», como dijeron apologéticamente algunas declaraciones de los propios estudiantes. El movimiento no salió de estos límites, a pesar de que había ya gente con intención de llevar las cosas hasta el final. Estos desórdenes siguieron siendo un síntoma y una preparación, más que una auténtica fuerza política. La misma simpatía general de las clases cultas que acompañó el movimiento en San Petersburgo, faltó en Moscú. En esta ciudad incluso los profesores adoptaron una actitud más negativa y, para ser precisos, temerosa. En Moscú el choque se produjo sobre todo entre estudiantes y guardias, y por eso fue más violento y brutal; las otras fuerzas tuvieron una función menos compleja que en la capital. El único elemento nuevo fue el bajo pueblo moscovita, que la policía consiguió poner de su parte.

La fecha que cierra esta primera fase del movimiento estudiantil ruso puede fijarse en 1863. Se reanudaron entonces con regularidad las clases, y no se produjeron más desórdenes de importancia hasta 1869. Y sobre todo se promulgó entonces el nuevo reglamento de la universidad, que había suscitado tantas discusiones: se limitaba enormemente el corporativismo, y en la práctica quedaba abolido. En compensación, se había hecho una concesión a las clases cultas: la autonomía de la universidad rusa para la elección de los profesores y para su administración interna dató de entonces.

Si éstas eran las conclusiones que sacaba el gobierno, en Londres había quien supo sacar otras. Herzen y Ogarëv supieron ver en estas fallidas tentativas de huelga estudiantil, en estas agitaciones, los gérmenes de la consigna populista de la «ida hacia el pueblo». Ogarëv publicaba el 15 de enero de 1862, en el «Kolokol», un artículo titulado *Las universidades se cierran*. «Dejad que se cierren», decía. Planteaba un problema de conciencia, invitando a los estudiantes a reflexionar sobre su razón de ser social.

> Cada rico, cada noble que entrara en el templo de la ciencia, cerrado para los pobres y los no nobles, se sentiría un bellaco... Que las cierren; no por ello perecerá la ciencia verdadera y libre. Que la juventud universitaria se desparrame por las provincias. Cada hombre que valga algo llevará consigo, allí donde llegue, la ciencia, y no esa ciencia estatal cuya meta es la instrucción, sino la ciencia viva, cuya meta es la educación popular, sin clases, universal. Necesitamos maestros viajeros. Los apóstoles de la ciencia, como los de la religión, no pueden quedarse quietos, encerrándose en capillas construidas a propósito para ellos. Su causa se

llama predicación; su puesto está en todas partes. Antes no existían. El gobierno los ha creado involuntariamente, sin darse cuenta. ¡Aprovechadlo! No vayáis a las universidades; dejad que las cierren. La juventud universitaria, distribuyéndose por Rusia, servirá de agente unificador entre las distintas clases... Para hacerse hombre libre es preciso pasar al pueblo...

Notas al capítulo 8

1 Véase sobre todo I. Solov'ëv, *Russkie universitety v ij ustavaj i vospominaniyaj sovremennikov* [Las universidades rusas en sus estatutos y en las memorias de los contemporáneos], fasc. I, Spb. 1914. También es interesante S. Mel'gunov, *Iz istorii studencheskij obshestv v russkij universitetaj* [La historia de las sociedades estudiantiles en las universidades rusas], s. l. [pero M.] 1904.

2 La mejor crónica del movimiento estudiantil es la de S. Ashevski, *Russkoe studenchestvo v epoju shestidesiatyj godov* [Los estudiantes rusos en la época de los años sesenta], en «Sovremenny mir», 1907, fasc. VI-XI. Un intento distinto de interpretación puede verse en Sergei Gessen, *Studencheskoe divizhenie v nachale shestidesiatyj godov* [El movimiento estudiantil a comienzos de los años sesenta], M. 1932, con documentos inéditos y una amplia bibliografía.

3 Cfr., por ejemplo, I. A. Shvinyn, *Vospominaniya studenta shestidesiatyj godov za 1862-1865 gg.* [Recuerdos de un estudiante de los años sesenta, 1862-1865], Tambov 1890, p. 8, que encontró el «Kolokol» encerrado en el «Noticiero de la universidad», junto con un gran número de retratos de Iskander, «Imaginaos mi espanto», comenta el autor de este estúpido pero curioso librito.

4 Véanse los fragmentos recogidos por Gessen, *Studencheskoe dvizhenie v nachale shestidesiatyj godov* cit., apéndice, pp. 124 y ss. Por ejemplo, el núm. 1 de «La Voz Viva» decía: «El objetivo de nuestro periódico está en difundir las ideas sobre las reformas de la servidumbre», y hacía un gran elogio del clima de libertad que se estaba creando en Rusia. «El desenmascarador» se originó en las discusiones cada vez más frecuentes que se producían entre un grupo de doscientos maestros elementales y un grupo de universitarios. Estos últimos se sintieron en la obligación de poner al desnudo sus propios defectos y criticarlos. Véase Ilya Petrovich Verjachev, *Vospominaniya o studencheskoi zhizni* [Recuerdos de vida estudiantil], publicados en la colección *Iz moskovskij studencheskij vospominani* [Recuerdos estudiantiles de Moscú], M. 1899, p. 232. Cfr. también A. Malein, *«Izoblichitel'» — rukopisny zhurnal studentov Moskovskogo universiteta (1859 g.)* [«El desenmascarador» — revista manuscrita de los estudiantes de Moscú (1859)], en «Zven'ya», vols. III-IV, 1934, páginas 471 y ss.

5 Gessen, *Studencheskoe dvizhenie v nachale shestidesiatyj godov* cit., p. 12.

6 Cfr. S. V. Eshevski, *Moskovski universitet v 1861 godu* [La universidad de Moscú en 1861], en *Sochineniya po russkoi istorii* [Obras concernientes a la historia rusa], M. 1900, y Ashevski, *op. cit.*, fasc. VII-VIII, p. 32.

7 Ashevski, *op. cit.*, fasc. VII-VIII.

8 Lo recuerdan dos autores de memorias: V. Ostrogorski, *Iz istorii moego uchitel'stva* [De la historia de mi vida de maestro], Spb. 1895, y V. Sorokin, *Vospominaniya starogo studenta* [Recuerdos de un viejo estudiante], en «Russkaya starina», 1906, fasc. IX.

9 N. A. Firsov, *Studencheskie istorii v Kazanskom universitete 1855-1863* [Los desórdenes estudiantiles en la universidad de Kazán en los años 1855-63], en «Russ-

kaya starina», 1888, fasc. III, IV, VI-VIII. Cfr. G. N. Vul'fson y E. G. Bushkanets, *Obshestvenno-politicheskaya bor'ba v Kazanskom universiteta v 1859-1861 godaj* [La lucha político-social en la universidad de Kazán en los años 1859-1861], Kazán 1955. En el año académico 1859-60 había 350 estudiantes, 25 en la facultad de filología, 39 en la físico-matemática, 111 en la de leyes y 175 en medicina.

[10] El movimiento estudiantil estaba ligado en Kiev con el grupo clandestino de Ya. N. Bekman, sobre el cual cfr. pp. 419 y ss.

[11] Citado por Gessen, *Studencheskoe dvizhenie v nachale shestidesiatyj godov* cit., p. 18. Cfr. V. I. Orlov, *Studencheskoe dvizhenie Moskovskogo universiteta v XIX stoletii* [El movimiecto estudiantil en la universidad de Moscú durante el siglo XIX], M. 1934. Sobre la vida cultural y el movimiento estudiantil en Moscú, cfr. el extenso y detallado cuadro trazado por N. M. Druzhinin, con el título de *Moskva i reforma 1861 goda* [Moscú y la reforma de 1861], y por Sh. M. Levin, con el título *Obshestvennaya zhizn' Moskvy v 60-j godaj* [La vida social en Moscú en los años sesenta], en *Istoriya Moskvy v shesti tomaj* [Historia de Moscú en seis volúmenes], tomo IV, Moscú 1954, pp. 13 y 291 y ss.; así como P. S. Tkachenko, *Moskovskoe studenchestvo v obshestvenno-politicheskoi zhizni Rossii vtoroi poloviny XIX veka* [Los estudiantes de Moscú y la vida política y social de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX], M. 1958, cuyo primer capítulo está dedicado a los años sesenta.

[12] Una poesía manuscrita distribuida entonces decía: «Vayámonos en masa fraterna, / amigos, dejemos estos muros / donde la cobardía nos sofoca, / donde no hay sino espionaje y traición»; citada por Gessen, *Studencheskoe dvizhenie v nachale shestidesiatyj godov* cit., p. 128. Como se ve, la idea de un abandono voluntario de las universidades circulaba ya antes de que el «Kolokol» invitase a ello a los estudiantes.

[13] Ashevski, *op. cit.*, fasc. IX.

[14] T. G. Snytko, *Studencheskoe dvizhenie v russkij universitetaj v nachale 60-j godov i vosstanie 1863 g.* [El movimiento estudiantil en las universidades rusas a comienzos de los años sesenta y la insurrección de 1863], en *Vosstanie 1863 g. i russko-pol'skie revoliutsionnye sviazi 60-j godov. Sbornik statei i materialov pod red. V. D. Koroliuka, I. S. Millera* [La insurrección de 1863 y los lazos revolucionarios ruso-polacos de los años sesenta. Colección de artículos y materiales, a cargo de V. D. Koroliuk, I. S. Miller], M. 1960, pp. 176 y ss.

[15] Gessen, *Studencheskoe dvizhenie v nachale shestidesiatyj godov* cit., p. 129.

[16] Cfr. S. Gessen, *Peterburgski universitet ose'niu 1861 g. (Po neopublikovannym materialam iz arjiva A. V. Nikitenko)* [La universidad de San Petersburgo en el otoño de 1861 (de los materiales inéditos del archivo de A. V. Nikitenko)], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov. Sbornik pod red. B. Goreva i B. P. Koz'mina* [El movimiento revolucionario de los años sesenta. Miscelánea editada por B. Gorev y B. P. Koz'min], M. 1932, p. 11.

[17] Sorokin, *op. cit.*

[18] Véase el interesante comentario a estos acontecimientos de K. D. Kavelin, publicado en el «Kolokol», núms. 119-120.

[19] Shvinyn, *op. cit.*, p. 9.

[20] La más amplia e inteligente interpretación del movimiento estudiantil en San Petersburgo —de las muchas que encontramos en las memorias de la época— es probablemente la de N. V. Shelgunov, *Vospominaniya. Redaksiya, vstupitel'naya stat'ya i primechaniya A. A. Shilova* [Memorias. Edición, con introducción y notas, de A. A. Shilov], M.-P. 1923, pp. 122 y ss.; y nueva edición a cargo de E. Vilenskaya y L. Roitberg, M. 1967, en dos volúmenes.

[21] Ashevski, *op. cit.*, fasc. X; M. Lemke, *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* [Ensayos sobre el movimiento de liberación de los «años sesenta»], Spb. 1909, p. 7, y «Byloe», 1907, fasc. IV, p. 21.

[22] N. I. Kostomarov, *Neizdannaya glava iz avtobiografii* [Un capítulo inédito de la autobiografía], en «Golos minuvshago», 1918, fasc. V-VI.

[25] B. P. Koz'min, *Iz istorii studencheskogo dvizheniya v Moskve v 1861 godu* [De la historia del movimiento estudiantil en Moscú en 1861], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov* cit., p. 22. Es interesante una carta publicada allí, de un desconocido que describe el curso de los acontecimientos: «Ver a unos muchachos luchar contra osos es terrible, pero debo agregar que por primera vez he visto tanto entre el pueblo como entre la gente culta un consenso con la policía.» También es importante la reproducción de un manifiesto manuscrito que difundió en aquellos días V. N. Lind, en una veintena de copias. Defendía a sus compañeros estudiantes de las acusaciones que la policía puso en circulación en ese momento, entre ellas la de que «querían que los campesinos volviesen a la servidumbre». Semejantes rumores eran difundidos arteramente por la policía para poner a la opinión pública en contra de los estudiantes

CAPITULO 9

Los primeros grupos

> Ha sido puesto en conocimiento de S. M. el Emperador que en Moscú existe una sociedad secreta que tiene como objetivo introducir un régimen republicano en Rusia y que puede conseguir cierto éxito, ya que sus miembros son protegidos por Sol'dátenkov y por otros ricos «creyentes viejos»... Hay que suponer que sus miembros pertenecen a los llamados *estudiantes negros*, es decir, a los que no proceden de las clases elevadas...

Así escribía V. A. Dolgorukov, jefe de la Tercera Sección, al general gobernador de Moscú, en mayo de 1858. Se hizo una investigación. En junio se interesó por ella el propio emperador. Entre denuncias, cartas anónimas y figuraciones típicamente policiales se consiguió establecer que, en efecto, existía en Moscú un grupo de intelectuales, en su mayoría estudiantes, que profesaban ideas socialistas y empezaban a aplicarlas a los problemas de la vida rusa. M. M. Klevenski publicó los documentos de la policía sobre este movimiento, recogió los escasos datos que nos han quedado sobre este grupo en las memorias de la época, y el resultado es interesante, no cabe duda: estamos ante un primero y típico germen populista [1].

El origen primario de este movimiento ha de situarse entre finales de 1854 y comienzos de 1855 [2]. Entraba entonces en la universidad de Moscú el hijo de una familia de comerciantes «creyentes viejos», Pavel Nikolaevich Rybnikov, de veintitrés años. Había viajado por el extranjero y era muy culto. Quien lo conoció —unos años después— quedó asombrado de sus conocimientos filosóficos y literarios, sobre todo de sus amplias lecturas de Hegel, Feuerbach, Stirner, Louis Blanc, Proudhon, así como de Vico y Montesquieu. En el joven Rybnikov —más que en muchos de sus contemporáneos— las ideas tomadas de estos escritores se enlazaban con un vivo interés por las tradiciones populares, por el folklore ruso. Conocía perfectamente la literatura teológica, sobre todo la de los *raskol'niki*; sentía curiosidad por su modo de vivir y se había consagrado a estudiar los campesinos rusos en las manifestaciones de su existencia cotidiana. De esta doble cultura surgirá poco a poco uno de

los más importantes eruditos sobre antiguas canciones rusas, uno de los más pacientes e inteligentes recolectores y comentadores de la literatura popular. En esta obra lo animará un consciente acercamiento al pueblo, un esfuerzo por encontrar —moral e idealmente— un plano en el que establecer un contacto entre la *inteliguentsia* y los campesinos [3].

En torno a él había empezado a congregarse un grupo sin la menor organización, salvo la que resultaba de la reunión más o menos periódica de estudiantes en una pequeña y humosa habitación donde discutían problemas sociales y filosóficos. A su lado vemos toda una serie de jóvenes que iban y venían en estas reuniones y que a menudo procedían de círculos distintos al de la universidad, sobre todo oficiales y empleados. Se trataba, como se ve, de reuniones del tipo de las celebradas —unos diez años antes— en torno a Petrashevski. La policía vio incluso un lazo entre estos dos grupos. Aunque el propio Klevenski acepta esta tesis, es más que probable que tal lazo fuera más de naturaleza ideal que organizativa. En cualquier caso, se trataba de la recuperación de un movimiento bruscamente interrumpido por las repercusiones de la revolución de 1848. «Allí se discutía sobre la *obshina,* la *narodnost'* en la ciencia, la vida patriarcal, etc... Las discusiones versaban a veces sobre la doctrina de los socialistas.» Es decir, se planteaba de nuevo el problema de un socialismo ruso, de las relaciones entre las ideas que llegaban de Occidente y las tradiciones colectivistas de la aldea.

Es interesante observar que entre los *vertepniki* se había producido ya una ruptura con las ideologías de los eslavófilos. Jomiakov y Aksakov frecuentaron este grupo, así como —al menos una vez— Samarin. Rybnikov era preceptor de los hijos de Jomiakov y vivía durante el verano en el campo con este último. Estos jóvenes pudieron, pues, escuchar la voz viva de los mayores representantes de las ideas eslavófilas. Las discusiones fueron continuas y a menudo violentas. Pero acabaron alineándose contra los elementos románticos, religiosos y tradicionalistas de las teorías de sus maestros. En el terreno religioso eran partidarios de Feuerbach. Y en lo referente a los problemas sociales, los convencieron Proudhon, Louis Blanc, Leroux. También en su caso, como antes en el de Herzen, los eslavófilos no hicieron más que encaminarlos hacia una consideración más atenta de la vida del campo y una admiración por ella.

Uno de los más ardientes polemistas de estas discusiones fue Matvei Yakovlevich Sviridenko. Un asiduo del grupo recordará más adelante que éste tuvo gran influencia sobre sus compañeros «en orientarlos al socialismo y a toda suerte de emancipación». Era unos años mayor que ellos y los dominaba con su inteligencia. Ya a finales de 1858 Sviridenko buscaba ardientemente un contacto con los campesinos. Según las palabras de un informe policial, «Este no hacía nada, visitaba a los campesinos, viviendo con ellos, dirigiéndose a todos con cortesía... Participaba sistemáticamente en las reuniones del *mir* y al hacerlo vestía un traje de campesino». Iba a los pueblos diciendo que también él era de origen cam-

pesino; declaraba que le perseguía la policía; participaba en el trabajo de los campos. «Así —continúa el informe—, Sviridenko adquirió especial consideración y tenía una gran influencia moral en las aldeas: lo escuchaban y seguían en todo.» Acabó casándose con una campesina y vivió algún tiempo en una isba «cuya pobreza era visible en todo».

Declaraba que se había acercado a los campesinos para penetrar en su vida, para observar sus hábitos y costumbres y describirlos. Esta voluntad de estudio no faltaba en él, desde luego, ni en general en los *vertepniki*, pero ya era evidente en su actitud un claro interés político. Sviridenko, tras su estancia en la isba, se hará pronto librero y será uno de los elementos más activos del movimiento de *Zemlia i volia*. Se encontrará frente al cadalso en el que se «ajustició civilmente» a Chernyshevski y llamará la atención de la policía pidiendo a los asistentes que se descubran la cabeza. Morirá poco después, demasiado pronto para dejar una huella importante en la vida de aquellos años. Pero lo que de él quedó en la memoria de sus contemporáneos es más que suficiente para señalarlo como uno de los primeros y más típicos jóvenes en los que la ruptura con la tradición eslavófila significó un primer paso por el camino del pueblo. Tendencias similares podrían observarse en otros *vertepniki*, sobre todo en aquel A. A. Kozlov que antes de convertirse en un conocido profesor de filosofía fue detenido, en 1862, por su actividad propagandística.

Estaba en contacto con los *vertepniki* de Moscú un grupo de estudiantes de Jarkov, constituidos en sociedad secreta inmediatamente después del final de la guerra de Crimea.

Estos dos núcleos constituyen las más activas organizaciones políticas ilegales —y potencialmente revolucionarias— del período que precedió inmediatamente a la liberación de los siervos; núcleos débiles y poco duraderos, pero no por ello menos interesantes, como símbolo de la atmósfera de impaciente espera que se creó tras la muerte de Nicolás I, como primer anuncio del movimiento que surgirá después de 1861.

Las diferencias entre el grupo de los *vertepniki* y el de los estudiantes de Jarkov son muy sensibles. Mientras que los primeros constituyen sobre todo un centro de debates ideológicos, el grupo de Jarkov es ya una conjura, aunque incierta e inmadura. El problema político, la lucha activa contra el absolutismo, empiezan a situarse en primer plano. El lazo más fuerte entre ambos grupos lo constituye la circulación, en uno y otro, de las publicaciones de la «libre tipografía rusa» de Herzen. Es una prueba de la gran resonancia de las ideas de Iskander en los ambientes más jóvenes. Y aunque las memorias de la época nos permiten conocer las reacciones, las discusiones suscitadas por la obra de Herzen en las diversas capas de la clase dirigente rusa, es necesario descender a estos escasos «subsuelos» clandestinos para captar su primer eco en la juventud universitaria.

Los fundadores de la sociedad secreta de Jarkov fueron Yakov Nikolaevich Bekman y Mitrofan Danilovich Muravski, ambos procedentes de la pequeña nobleza, con propiedades modestas, si no miserables. Uno y otro dijeron más adelante que el sentimiento fundamental que los indujo a crear un grupo secreto era la vergüenza y el descontento por la derrota que Rusia había sufrido en Crimea, y la convicción de que eso demostraba la necesidad de una transformación radical de su país [4].

Crearon con este fin un primer núcleo con otros dos estudiantes, de los más pobres de aquella universidad, Pëtr Savlich Efimenko y Pëtr Vasil'evich Zavadski. Este último era hijo de un pope.

> Mi condición —dirá más adelante— me puso necesariamente en estrecho contacto con el pueblo bajo. Vivía su misma vida y sus necesidades eran también las mías. La vida de los campesinos de mi aldea me era bien conocida, veía su dureza... La vida de familia dejó en mí, para siempre, un cálido sentimiento hacia el pueblo sencillo... Vi que estaba oprimido y que tenía que soportar muchas cosas. Y, sin embargo, sus canciones, sus juegos y toda su vida me parecieron llenos de poesía, y por eso mismo la opresión se presentó a mis ojos como aún más dura.

En noviembre de 1856 los miembros de la sociedad son ocho. Se habían agregado otros estudiantes, entre ellos V. O. Portugalov, hijo de un comerciante judío. Pronto las conciencias de estos jóvenes se enfrentaron con los problemas nacionales. Portugálov quería actuar para devolver su dignidad a los estudiantes judíos, obligados a ocultar su origen y perseguidos por sus mismos compañeros. Zavadski, por otra parte, se había convencido de que el estado ruso era enemigo de los ucranianos y daba a su oposición un tinte «pequeño ruso». Sólo cuando se enteró de la existencia de fuerzas revolucionarias entre los grandes rusos «no quiso ya distinguir entre el pueblo sencillo de unos y otros».

A finales de 1856 este grupo se fundió con otro que se había ido formando paralelamente, sin que lo supieran, en Jarkov, entre los estudiantes nobles de familias ricas. Su animador había sido Nikolai Mijailovich Raevski, que moriría dos años después, dejando en todos los que lo conocieron el recuerdo de una inteligencia poco común.

Si el primer grupo era ya un pequeño germen de populismo, este segundo contenía ya algunos elementos típicos del posterior nihilismo, como por ejemplo un apasionado interés por las ciencias exactas y una sensación de superioridad que se expresaba en formas irónicas y despreciativas. Basta con decir que el grupo de Raevski era conocido con el nombre de *paskvil'ny komitetd* [comité libelista]. Junto con el núcleo de Bekman y Muravski constituyeron una sociedad secreta de trece personas, que pronto utilizó como caja de resonancia un comité de estudiantes que se dedicaban a los estudios literarios, aparecido en la primavera de 1856.

El objetivo de la sociedad era clarísimo, dentro de su carácter genérico: «se trataba de suscitar un cambio general en Rusia, empezando por la liberación de los campesinos».

> No nos parecía demasiado difícil alcanzar este objetivo... Juzgábamos que no costaría ningún trabajo el provocar una insurrección general en Rusia... Creíamos que Rusia se levantaría ese mismo año. Bastaba con imprimir unos miles de ejemplares de algo así como una amplia proclama, enviar agentes por doquier, darles los medios suficientes para que pudieran realizar los planes establecidos, y un buen día Rusia se enteraría de que en todos los rincones de su territorio se estaba desencadenando una violenta rebelión.

Hay que tener en cuenta, naturalmente, todo lo que de infantil había en semejante concepción. Pero eso no debe impedirnos comprender el significado de aquellas palabras. Reflejaban el temor de una revuelta campesina, que dominaba entonces en los ánimos. Pero aquí la amenaza se había convertido en esperanza. «Desencadenar la rebelión parecía tanto más fácil —decían— cuanto que ni una sola categoría social estaba satisfecha con el gobierno.»

Cuando, tras un momento de reflexión, la sociedad pasó de esta gran esperanza a las consideraciones sobre lo que había que hacer, se impuso el problema de un programa más concreto. Puede decirse que toda su actividad había consistido hasta entonces en leer y estudiar las obras de Herzen. Recogían, copiaban y distribuían cuantos escritos de la oposición caían en sus manos, republicando, resumiendo y difundiendo sobre todo los artículos del «Kolokol». Sus discusiones eran un reflejo de las que se desarrollaban simultáneamente en todo el sector culto de la sociedad rusa, aunque en forma más extremista. Vacilaron entre monarquía constitucional y república y acabaron decidiéndose por esta última. Hicieron proyectos de propaganda entre los oficiales de la guarnición de Kiev y entre los campesinos, y probablemente difundieron algún manuscrito redactado por ellos para este fin. Su única actividad real, que alarmó a las autoridades locales, y de la que se ocupó el propio Alejandro II, consistió en la difusión, en abril de 1856, de un manifiesto manuscrito contra la paz de París, manifiesto que se presentaba como una parodia de los artículos del acuerdo y de la declaración del emperador. Se subrayaban inteligentemente en él las pérdidas que Rusia había sufrido después de la derrota. Y cuando comenzaron los primeros movimientos estudiantiles en la universidad de Jarkov, los trece conjurados tomaron parte activa en ellos.

En 1857 la sociedad era ya menos viva. No es que las autoridades consiguieran descubrir, a pesar de sus muchas investigaciones, a los autores del manifiesto que tanto escándalo había suscitado. Pero la falta de medios, la enormidad de las tareas y la recién iniciada reflexión sobre los métodos con que afrontarlas, y quizás —sobre todo— el giro liberal del

gobierno, las promesas de reformas desde arriba, vaciaron por dentro el débil organismo clandestino. Zavadski resumía la situación diciendo que «su actividad consistía en charlas». En 1859, Ya. N. Bekman, apoyado por el profesor de historia de la universidad P. V. Pavlov, consiguió tomar una iniciativa destinada a una gran difusión: la creación de escuelas elementales para adultos, con clases dominicales que pronto se convirtieron en un importante y fecundo medio de comunicación entre los estudiantes y el mundo popular. Es probable que la idea de dichas escuelas se le ocurriera al grupo de Kiev por directa inspiración de Herzen.

La sociedad era poco eficaz cuando, en enero de 1860, la afectó una denuncia, llegada primero a las autoridades de Jarkov y después a las de San Petersburgo. El propietario Mijail Egorovich Garshin pedía venganza a las autoridades contra Zavadski, quien, profesor en su casa, había inducido a su mujer a escapar con él, junto con su hijo Vsevolod, de cuatro o cinco años, destinado a convertirse en escritor célebre. Un registro contra este «corruptor de almas» —según la definición del marido— llevó a la policía a encontrar las huellas de toda la actividad de los estudiantes de Jarkov. Veintidós personas se vieron implicadas, cinco acabaron confinadas en pequeñas ciudades de provincias, con permiso para entrar a formar parte de la administración local, y las otras fueron liberadas, aunque quedando bajo la vigilancia de la policía. El liberalismo desde arriba, que había sido una de las causas fundamentales de la disolución de este pequeño grupo, provocaba ahora una liquidación judicial del episodio especialmente blanda.

Este primer y pequeño intento de crear una sociedad secreta no dejará de tener su influencia en los años siguientes. Una *Historia del grupo de Jarkov,* manuscrita, circulará entre los estudiantes y será encontrada por la policía en un registro en Kazán [5]. Para algunos de los jóvenes conjurados de Jarkov las tendencias revolucionarias que fueron los primeros en tratar de expresar en la Rusia de entonces se profundizarán y convertirán en la razón de su vida. Bekman morirá muy pronto, en 1863, no sin haber tenido tiempo de convertirse en activo miembro de la primera *Zemlia i volia,* en la gobernación de Vologda donde lo habían confinado. En 1862 estaba en la fortaleza de Pedro y Pablo y lo condenaban al exilio en la gobernación de Samara por «propaganda ucraniana» [6]. En cuanto a Muravski, se convertirá en uno de los revolucionarios más típicos de las dos décadas siguientes. En septiembre de 1862 estaba de nuevo en la cárcel por unas cartas escritas desde Orenburg, donde lo habían confinado y donde estaba empleado en la administración de la horda kirguisa. En 1863 será condenado a ocho años de trabajos forzados y al exilio perpetuo en Siberia. Cuando regrese en los años setenta a Orenburg, será uno de los más activos propagandistas y organizadores de esa región. Implicado en el proceso de los 193 de 1878, será condenado a diez años y morirá en su celda al año siguiente [7].

En cuanto a Pëtr Savlich Efimenko, fue alejado de Kiev y confinado en Perm desde 1859. Allí encontró un grupo de admiradores y atentos lectores de Herzen, a quienes consiguió transformar al año siguiente en una auténtica sociedad secreta, con un estatuto propio, que acabó contando con un centenar de miembros, en su mayoría estudiantes del seminario de Perm, de la Academia Eclesiástica de Kazán, de las universidades de Jarkov y de Kiev. Unos quince funcionarios, dos profesores universitarios (uno de ellos, A. P. Shapov), doce profesores de instituto, tres curas, un oficial, dos médicos; en conjunto, un típico grupo de la *inteliguentsia* en desarrollo. Buscaron desde el principio una relación original entre una actuación legal y una ilegal. Trataron (a través de un manifiesto redactado por ellos) de llegar a los campesinos. Las ideas de Herzen y de Chernyshevski habian encontrado en ellos un terreno especialmente abonado [8].

Los intentos de conjura, que disminuyeron en el período preparatorio de la reforma campesina, se reanudarán con proporciones muy distintas inmediatamente después de su fase final, tras el manifiesto del 19 de febrero de 1861.

En julio de 1861 se difundió en San Petersburgo, y después en Moscú, un periódico que llevaba la cabecera «Velikoruss». En la primera quincena de septiembre salía el segundo número, y el 20 de octubre, el tercero y último. Estaba escrito en un lenguaje neto y claro, sin concesiones retóricas. Se dirigía a las clases cultas, sin el menor intento de que lo entendiera el pueblo bajo. Políticamente su línea no era muy clara, ni es fácil determinar hasta qué punto el grupo de personas que lo había publicado clandestinamente pretendía utilizar la astucia y la táctica y hasta qué punto, en cambio, estaba buscando su propio camino. Precisamente esta incertidumbre, mezclada con la voluntad de poner sobre el tapete todos los problemas fundamentales del momento, refleja a la perfección la atmósfera que existía en la sociedad culta en ese período, en el verano que siguió al manifiesto de liberación de los siervos [9].

El temor que alimentaban los círculos oficiales, y que había ido creciendo con la llegada de los ecos de las primeras reacciones de los campesinos en las distintas provincias, se transformaba desde el primer número de este periódico en una abierta amenaza. «El gobierno lleva a Rusia a una *pugachëvshina*.» Es preciso volver a examinar —decían— todo el problema campesino y resolverlo de otro modo. Pero ¿quién podía hacer esto? Desde luego, no el gobierno. «No es capaz de entender nada; es estúpido e ignorante.» Atañía, pues, a las «clases cultas» tomar en sus manos la dirección política, «refrenar al gobierno y dirigirlo», imponiéndole sus soluciones. El momento era favorable. «No somos ni polacos ni campesinos. Sobre nosotros no disparará.»

La alternativa se planteaba con claridad: o una acción así «de la parte ilustrada de la nación», o el llamamiento al pueblo al que se verían obli-

gados los patriotas, pero cuyas consecuencias no podían dejar de ser gravosas para la *inteliguentsia.*

El «Velikoruss» buscaba una salida que no fuera la de la revolución y ofrecía, en su segundo número, una nueva alternativa. Aunque la mayoría de los campesinos —decía— quería toda la tierra perteneciente hasta ahora a los señores, existía empero un sector que se contentaría con tener en propiedad al menos las tierras que antes trabajaba, con los bosques anejos y los derechos de pesca, con tal de no tener que pagar ningún rescate. El «Velikoruss» sostenía que había que apoyar a esta minoría y responder decididamente a sus exigencias. El estado tendría que hacerse cargo del pago del rescate. También había otros problemas que esperaban solución: había que dar libertad a Polonia. Tenía derecho a ella, y la propia Rusia se beneficiaría. También a este respecto reaparecía la amenaza táctica: «Si no hacemos esto, pronto los polacos se liberarán por sí solos, de todas maneras.» También había que permitir que los ucranianos expresaran su voluntad. «No sabemos si querrán separarse o no de nosotros; pero si lo quieren, que lo hagan.» Sólo así, resolviendo el problema campesino y el de las nacionalidades, sería posible conseguir la libertad en Rusia. El «despotismo militar» usado por el gobierno contra los campesinos y las minorías pesaba sobre todo el territorio nacional y sobre todas las clases. Los liberales que aspiraban a soluciones intermedias no descubrían el nexo que ligaba entre sí estos distintos problemas.

En su tercero y último número, el «Velikoruss» discutía el problema de la relación entre la dinastía y la constitución —aunque sin pronunciarse abiertamente por la república—, con la evidente intención de congregar a todos los que querían libertad y constitución. Pero el tercer número, más aún que los anteriores, venía a demostrar que en realidad esta táctica no hacía más que recubrir las incertidumbres y oscilaciones de los redactores del periódico. Acababan dando algún consejo práctico, muy genérico, para hacer surgir una organización clandestina que siguiera sus ideas, pero al mismo tiempo imprimían, como conclusión de sus razonamientos sobre la monarquía y la república, un llamamiento a Alejandro II. No sólo el gobierno —decían—, sino todo el aparato estatal era incapaz de llevar las reformas hasta el final. Este era el obstáculo contra el que chocaba tanto la voluntad de los «patriotas» como la del zar. Pedía, por tanto, que se convocara una asamblea. Este sería el medio de poner en directo contacto a la nación y al emperador, por encima de la burocracia incapaz.

En la visión del «Velikoruss» —como, poco después, en la de N. A. Serno-Solov'ëvich— es evidente que nos encontramos en los orígenes, y sólo en los primeros orígenes, de un movimiento. Amenazar, indicar los peligros, señalar soluciones políticas, era todo lo que podían hacer. Pero cuando se trataba de hablar de las fuerzas que realizarían todo eso, demostraban no tener aún bastante confianza en sí mismos y recurrían a la acción política en nombre del emperador y en su persona.

¿Quiénes eran los hombres que representaban tan bien los dilemas, las dudas y las aspiraciones de aquel período? Aunque parezca extraño, no es posible responder con seguridad a esta pregunta. La policía nunca consiguió echarles mano, y ninguno de los contemporáneos nos ha dejado un testimonio detallado sobre su propia participación en la vida de este primer órgano clandestino ruso.

Se ha pensado que la inspiración venía directamente de Chernyshevski, e incluso que éste era su autor. Es cierto que la postura del «Velikoruss» no diferirá mucho de la que Chernyshevski adoptará a comienzos del año siguiente, en 1862, cuando escriba sus *Cartas sin dirección*. Se ha observado incluso que el estilo podría ser el suyo. Pero, mirándolo bien, falta su energía, su decisión. Y sobre todo no encontramos aquella visión política tan suya; el «Velikoruss» se adentraba demasiado en problemas dinásticos, constitucionales, para suponer que respondiese a las ideas de Chernyshevski, preocupado siempre y exclusivamente por las fuerzas políticas y sociales en juego. Y, sobre todo, había demasiadas concesiones a la mentalidad de los liberales contra quienes tan duramente había luchado para suponer que estas páginas salieran de su pluma. Pero, desde luego, el «Velikoruss» procedió de un ambiente muy cercano al «Sovremennik» [10].

Los nombres que emergen de la niebla que rodea este episodio son de personas próximas a Chernyshevski. Entre ellos vemos, por ejemplo, a los hermanos Luginin [11]. Vladimir Fedorovich Luginin vive todavía en un retrato psicológico que Chernyshevski nos dejó, en su novela *Prólogo*, bajo el nombre de Nivel'zin. Hombre agudo e inteligente, Luginin constituirá, con su actividad política de aquellos años, un lazo entre Chernyshevski y Herzen. Era hijo de un riquísimo propietario de la región de Kostroma. Recibió una excelente educación y participó en la guerra de Crimea —donde, entre otras cosas, conoció a Tolstoi. Al regresar a San Petersburgo se retiró de la carrera militar. Después vivió en el mundo del «Sovremennik», y en 1862 estará en la universidad de Heidelberg, para ocuparse de sus estudios de química. Permanecerá en el extranjero hasta 1867, en continuo y estrecho contacto con los emigrados londinenses. Será uno de los elementos con quienes más contarán Herzen, Bakunin y Ogarëv para lanzar su campaña en favor del *zemski sobor* y para mantener, con este objeto, las relaciones con los liberales; por ejemplo, con el escritor Turgenev. Luginin podía ver en esta tarea una prosecución de las ideas por las que había luchado en el «Velikoruss». Sin embargo, más adelante, su actitud agudamente crítica del zarismo quedará marcada, cada vez más claramente, por una desconfianza en el futuro de su liberalismo e incluso por un hastío de todo lo ruso. Declaraba que le gustaría vivir siempre en Francia o Inglaterra, «pues no tengo nada en común ni con los campesinos ni con los comerciantes rusos, no comparto sus creencias ni aprecio sus principios» [12]. Pero acabará regresando a su patria, dedicándose con notable éxito a sus estudios químicos.

Pero, volviendo al «Velikoruss», quien más sufrió con la represión desencadenada contra este periódico fue Vladimir Aleksandrovich Obruchev. También él, con un pariente suyo, Nikolai, era uno de los más asiduos concurrentes a la casa de Chernyshevski. Uno y otro representarán perfectamente el mundo de jóvenes que en el 1861 se acercaron al «Sovremennik» y que participarán pronto en los primeros pasos de *Zemlia i volia*.

Ante el primer obstáculo en su carrera militar (no consiguió entrar en el estado mayor), V. A. Obruchev presentó su dimisión, entregándose a un trabajo que él mismo calificó «de negro» en la redacción de la revista de Chernyshevski y en otras empresas literarias. Vivió así durante unos años en el corazón de la nueva *inteliguentsia* radical, cuyas esperanzas y desilusiones compartió. Chernyshevski acabó apreciándolo mucho por su carácter decidido y firme y por sus sinceras convicciones revolucionarias. Será Obruchev el modelo sobre el que Chernyshevski plasmará el héroe principal de su novela escrita en la fortaleza de Pedro y Pablo, titulada *Afer'ev*. Tenía veinticinco años cuando le propusieron difundir el segundo número del «Velikoruss». Aceptó, pero pronto fue detenido e interrogado por la policía, que sólo tras bastante tiempo tuvo que resignarse a no sacar nada de él. Tras unos meses de cárcel fue condenado a cinco años de trabajos forzados y a residencia perpetua en Siberia. En mayo de 1862 el emperador redujo a tres años los cinco de la condena.

A finales de ese mismo mes pasó por la típica ceremonia de la «ejecución civil», que quedó en la memoria de sus contemporáneos por la atmósfera de hostilidad popular que la rodeó. Era una prueba más de que estos jóvenes intelectuales estaban aislados y nadie los comprendía en cuanto salían del mundo de las «clases cultas».

> La multitud que estaba junto al cadalso —cuenta L. F. Panteleev— expresó el deseo bestial de que le cortaran la cabeza a Obruchev, que lo azotasen con el *knut* o por lo menos lo ataran a la columna cabeza abajo, dado que se había atrevido a ir contra el zar... Lo más horrible fue el salvaje estallido de risa que recorrió la multitud cuando le hicieron vestir el traje de preso y le pusieron un capuchón que lo cubría hasta la nariz [13].

Pero entre tanto el «Velikoruss», que tiraba unos 2.000 ejemplares, impresos en San Petersburgo, había conseguido una amplia y capilar difusión entre los oficiales (incluso en Polonia, entre los que simpatizaban con las reivindicaciones nacionales de los polacos), los estudiantes, los intelectuales. A las autoridades les sorprendió el interés vivísimo con que este periódico fue leído, pasado de mano en mano, copiado y difundido.

El «Velikoruss» inició lo que se ha denominado pomposamente «la época de las proclamas» o «de los manifiestos». Durante la última parte

de 1861 y durante todo el año siguiente se sucedieron los intentos de dar vida a una prensa clandestina, de hacer circular «proclamas» en las que se reflejaban de forma violenta las desilusiones y las esperanzas de un movimiento naciente. «Rápidas acciones guerrilleras, realizadas por grupos separados, sin ningún lazo entre sí» [14], como las definió justamente Shelgunov, escritor que tomó parte directamente, y en primer plano, en aquella actividad, como ahora veremos.

El grueso de la *inteliguentsia* aún no estaba preparado para una lucha que pretendía hacer desembocar la reforma campesina en un movimiento político general. Herzen hablaba del *zemski sobor;* Chernyshevski estaba enteramente absorbido por su duelo con el poder; la *élite* intelectual se dejaba arrastrar por las grandes esperanzas de una próxima libertad. Estos «guerrilleros», en cambio, habían asumido la tarea de decir a las claras, al margen de las reservas políticas que la lucha imponía, y sobre todo al margen de las limitaciones de la censura, que era necesaria la acción y que ya era hora de plantear los problemas en toda su amplitud, con ánimo y voluntad radicales.

Esto dijeron precisamente en un manifiesto, difundido en otoño de 1861, Shelgunov y Mijailov, dos de las más características figuras, aunque de segundo plano, de este período [15].

En 1861 Nikolai Vasilevich Shelgunov ya no era un niño. Nacido en 1824, procedía de una familia de oficiales y funcionarios; pero había tenido que abrirse camino por sí solo en la vida. Huérfano desde niño, pasó por la experiencia de las escuelas de la época de Nicolás I, y nos ha dejado una viva descripción de ellas: disciplina, azotes, estrecha especialización técnica sobre un fondo de ignorancia de lo que podía ser el mundo, la historia y, por supuesto, el problema público. Se convirtió así en un buen técnico de los cultivos forestales y de los problemas administrativos ligados a ellos. Más adelante lamentará siempre —incluso cuando se convierta en un afortunado y apreciado publicista— haber entrado tarde en contacto con una verdadera cultura. Sabía qué era el despotismo e iniciará sus memorias diciendo que los elogios de Luis XIV o de Catalina II le convencían muy poco. Las ciencias y las artes estaban oprimidas en lugar de suscitadas por sus protectores; sólo un libre impulso era capaz de crear semejantes frutos. En Rusia el contraste era, naturalmente, más fuerte que en otros lugares. El tránsito del régimen de Nicolás I a la atmósfera de fervor que acompañó el nuevo reinado de Alejandro II será una experiencia decisiva en la vida de Shelgunov. Veinte años después defenderá los «años sesenta» contra todos sus enemigos, describiéndolos con colores quizás en exceso optimistas, pero cargados de una profunda convicción.

En el momento de la caída de Sebastopol, Rusia le parecía «una muchacha de diecinueve años que nunca hubiera salido de su aldea. El arsenal de nuestros conocimientos, sobre todo en materia social, era muy limitado. Sabíamos que en el mundo existía Francia, uno de cuyos reyes

Luis XIV, había dicho 'el Estado soy yo', y que por eso le llamaban el Grande; sabíamos que en Alemania, y sobre todo en Prusia, los soldados maniobraban bien, y, por último, la piedra angular de nuestros conocimientos consistía en saber que Rusia era la más grande, auténtica y fuerte de las naciones, que servía de 'granero' de Europa y que, si quería, podía dejarla sin pan; y que en un caso extremo —si la obligaban a ello— podría someter a todos los pueblos. Es cierto que después de Sebastopol había comenzado a verse sacudida la confianza en la impecabilidad de dichas verdades, pero no había otras nuevas y distintas con que sustituirlas. Era necesario encontrarlas en parte, y en parte crearlas. En una palabra, había que empezar todo el trabajo desde el principio» [16]. Shelgunov será uno de los obreros de esta tarea. Sus viajes al extranjero le permitirán «encontrar» en Alemania, y sobre todo en París y Londres, lo que buscaba. Junto con el círculo del «Sovremennik», participará en la «creación» de las otras verdades, y serán ya ideas típicamente populistas.

En 1856, al pasar la frontera rusa, «vi por primera vez hombres libres, que vivían sin palo y sin autocracia, con la diferencia de que estaban mejor y más holgadamente» [17]. Los campesinos comían un pan casi blanco, la vida estaba repleta de fermentos intelectuales. También él, como todos los populistas, partió de una base occidentalista. Los eslavófilos podían hacer reflexionar sobre el pasado ruso, podían suscitar entusiasmo por el pueblo y sus tradiciones, pero de ellos nunca surgirá el impulso para una acción, de sus ideas jamás surgirá una voluntad revolucionaria. Era necesaria una ruptura, una juvenil decisión de empezar desde el principio, y esto sólo se podía encontrar en un mundo distinto. También Shelgunov tendrá que recorrer ese camino. Y si volvió a la *obshina,* si aceptó las ideas de Herzen sobre la función que la Rusia campesina e igualitaria podría tener en el futuro para una renovación de Europa, fue después de haber recorrido todo el camino de los occidentalistas, después de haber conocido el socialismo y haberlo comparado con los problemas de su propio país.

También en su caso el populismo nacerá del encuentro con los movimientos revolucionarios brotados de 1848.

> Europa, pese a sus recientes fracasos, no había perdido aún ni la fe ni las grandes ideas de finales del XVIII —dirá treinta años después—. La tradición aún no se había roto, como ocurrió a continuación. En Francia aún estaban vivos testarudos como Louis Blanc, Félix Pyat, Ledru-Rollin, Blanqui, Barbès, y con ellos Victor Hugo y toda la Francia de las ciencias, de la abogacía y del periodismo, que había sido expulsada por Napoleón III, pero que en el exilio permanecía fiel a su pasado y no perdía la esperanza de encontrar un apoyo o aliados. En Londres se había concentrado la

emigración europea, francesa, italiana, polaca, rusa, alemana y húngara... [18].

Por lo demás, tampoco en París le había sido difícil encontrar un ambiente en el que revivían las ideas que habían llevado a 1848. Conoció el pequeño mundo que se congregaba en torno a la «Revue Philosophique et Religieuse», de inspiración sansimoniana [19]. Pero fue sobre todo Herzen, a quien irá a ver a Londres, quien le proporcionó las bases sobre las que se irá desarrollando su amplia actividad de publicista.

Sin embargo, Shelgunov se daba cuenta de que traía de Rusia un elemento específico, característico, que no le permitía adherirse con toda su alma al mundo con que había entrado en contacto en Europa occidental. Herzen estaba en el ápice de su popularidad en Rusia, su «Kolokol» dominaba los ánimos de quienes deseaban verdaderamente las reformas. El contacto personal con él resultaba vivificante, se percibía en él un hombre capaz de animar incluso desde lejos un renacimiento intelectual y moral, pero también había algo en él que no le permitía entender a la nueva generación. Shelgunov nos ha dicho muy bien de qué se trataba. «Nosotros no habíamos tenido la experiencia de 1848 en Europa, y por eso seguíamos creyendo aún en aquello en lo que él había dejado de creer. Nosotros hervíamos, y Herzen había acabado de hervir. Naturalmente, los hechos acabaron por demostrar que él tenía razón. Pero mientras tanto nos creíamos y estábamos convencidos de encontrarnos 'en vísperas' [de una revolución]» [20]. Reflexionando sobre ello un poco más adelante, comprenderá las raíces de esta diferencia. «Un sentido muy desarrollado de la libertad hacía insoportable para Herzen toda clase de violencia... Para las barricadas no era lo bastante democrático, tanto por su modo de vivir como por su mentalidad, mientras que era demasiado aristocrático en su desarrollo y en sus exigencias intelectuales.» Precisamente esto —agregaba— le impedirá entender a la «joven emigración», es decir a los representantes del movimiento de 1861-62, que acabarán refugiándose en el extranjero cuando el movimiento sea derrotado y reprimido.

¿Se trataba sólo, pues, de una diferencia de generación y de mentalidad? En Londres, al tratar a algunos emigrados polacos, Shelgunov vio que el contraste no consistía sólo en esto. Había en él un radicalismo social, una energía igualitaria que nunca había encontrado en los representantes de las otras emigraciones revolucionarias. Una frase de un diálogo, precisamente con un polaco, lo iluminó un día. «¿Sabe usted —le dijo su interlocutor— cuál es la diferencia entre los polacos y los rusos?» «¿Cuál?» «Los polacos queremos hacer de cada campesino un señor, y ustedes, de cada señor un campesino.» «En estas palabras había una verdad —concluía Shelgunov— que yo entonces no comprendí de lleno, pero que vi muy clara más adelante, cuando, en los años setenta, se hizo un intento de transformar a los hijos de la *inteliguentsia* en *mujiks*» [21]. La

«ida hacia el pueblo» estaba ya en germen en los «radicales» más activos de los años sesenta.

Justamente esta voluntad «consecuente» —por usar una palabra que a menudo expresa dicho estado de ánimo en aquel período— hacía pensar a Shelgunov que Rusia se hallaba en vísperas de una revolución, que ésta sería una revolución social que tendría una función renovadora en toda Europa. En un período en el cual, como él mismo decía, se creía generalmente en Occidente «que por las calles de San Petersburgo y Moscú paseaban los osos y que Siberia empezaba en la frontera rusa», él creía en la *obshina* como principio capaz de trastornar las relaciones sociales en todas partes, y en Europa atendía sobre todo a los problemas del proletariado. El más importante artículo que publicó en el «Sovremennik» por esos años consistirá en una inteligente divulgación del libro de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra [22].

En el mundo literario del que entró a formar parte en San Petersburgo encontró un amigo con el que compartir sus intereses. Era el joven poeta a quien hemos visto en contacto con Chernyshevski en sus primeros años universitarios, hacia 1846, Mijail Larionovich Mijailov [23].

No fue, desde luego, un gran poeta, y tuvo conciencia de ello; se limitó casi exclusivamente, durante toda su vida, a traducir versos alemanes, franceses e ingleses, eligiéndolos entre los que podían responder a la sensibilidad de la época, y diciendo por medio de ellos lo que nunca tuvo fuerzas para decir personalmente. Tenía un gran sentido literario y supo servirse de él para aportar su grano de arena a la tarea de «ilustración» que constituía el programa de su generación, es decir, para dar a conocer al público ruso el gusto de Europa occidental en torno a 1848. Con eclecticismo, pero también con finura, eligió y tradujo a Longfellow, Heine, Béranger, Hugo, etc. Igual que no fue un poeta, tampoco fue un crítico y publicista realmente original, aunque escribió artículos que alcanzaron amplia resonancia sobre los problemas morales y sociales de su tiempo.

Fue, sobre todo, un «testigo». Supo mostrar con su vida, clara y modestamente al tiempo, cuáles eran las dificultades que obstaculizaban la formación de la *inteliguentsia* y qué fuerza había adquirido ésta en su lucha por la existencia. Mientras que en Shelgunov vemos sobre todo la aparición de las ideas populistas, y la voluntad de difundirlas, en Mijailov nos hallamos ante una personalidad más original, capaz de convertir esas ideas no sólo en un modelo cultural y político, sino de extraer de ellas un mundo propio sentimental y biográfico [24].

La misma historia de su familia ya demostraba cuán arduo resultaba romper la opresión social y afirmarse. Su abuelo era un siervo de la región de Orenburg, de probable ascendencia tártara. Hombre hábil, consiguió amasar bastante dinero, animado por la esperanza de emanciparse. Lo consiguió por fin, pero sólo para oírse decir un día que el acta de su liberación, debidamente pagada por él, no estaba redactada de modo re-

gular, y para verse relegado así de nuevo a la categoría de los siervos. Protestó, pero lo encerraron en la cárcel y acabaron condenándolo a azotes, como rebelde. No soportó la prueba; parece que durante la instrucción del sumario se entregó al alcohol, y desde luego murió poco después. Su hijo tuvo éxito donde su padre había fracasado. Celoso funcionario, supo hacer carrera y convertirse en noble, casarse con la hija de un príncipe y obtener una finca con unos cientos de siervos. Había empezado a dejarse sentir en él la preocupación de la cultura; en su hijo, nuestro poeta, esa preocupación romperá nuevamente aquella suerte burocrática, enfrentándolo de nuevo con el mundo circundante. También él había tratado de seguir la carrera administrativa. Tras haber frecuentado la universidad de San Petersburgo fue nombrado —en los años oscuros en que Chernyshevski se había retirado a Saratov a la espera de que se presentaran nuevas posibilidades— para una administración de cierta importancia, en Nizhni Novgorod. También entonces los dos amigos prosiguieron su contacto epistolar y en sus cartas seguían hablando de los ideales que el 1848 había suscitado en ellos. Mijailov empezó a darse a conocer con algún relato «realista» y con algún estudio de historia literaria en el que se remitía a la ilustración rusa del XVIII. En la época de la guerra de Crimea ya se le conocía en San Petersburgo como literato delicado y elegante, estimado por sus traducciones poéticas. El encuentro con Shelgunov y la mujer de éste, sus viajes al extranjero, la nueva vida intelectual después de 1855, lo transformaron en uno de los más típicos publicistas del grupo del «Sovremennik».

Era la época de «una completa revolución en las relaciones familiares» [25], como dirá Shelgunov. La relación que se estableció entre Mijailov y la mujer de Shelgunov (que le dará incluso un hijo), sin afectar en lo más mínimo la profunda amistad de los dos escritores, constituye uno de los típicos ejemplos de esta «revolución». La vida de Herzen y de Ogarëv, la atmósfera de la novela *¿Qué hacer?*, de Chernyshevski, son otros y paralelos testimonios del nacimiento de esta nueva mentalidad, que acompaña con sus problemas de libertad personal la aparición del populismo revolucionario [26].

Justamente el problema de la libertad de la mujer interesará a Mijailov cuando, con Shelgunov, entre en contacto en París con un grupo sansimoniano. Hablará de este problema en el «Sovremennik», en artículos que se leerán con avidez, contribuyendo en gran medida a la aparición de unas nuevas costumbres. Chernyshevski objetaba que «el problema femenino está muy bien cuando no hay otros problemas» [27] e insistía en plantear las cuestiones políticas y sociales fundamentales. Pero publicará los artículos de Mijailov, consciente de la voluntad de buscar nuevas normas de conducta personal que se desprendía de la sociedad rusa en transformación.

Mijailov trasplantó, pues, a Rusia las discusiones en torno al antifeminismo de los últimos libros de Proudhon, y habló en general de la vida

de París en una correspondencia cuyo elemento más vivo es precisamente su curiosidad y su amor por las costumbres libres [28].

Tras haber visitado a Herzen en Londres, Mijailov regresó a San Petersburgo animado por la certeza de que en Rusia era ya inevitable una profunda transformación. El año de vacilación e incertidumbre que precedió al manifiesto del 19 de febrero de 1861 había hecho dudar a los liberales, pero empujó a la gente más joven a una esperanza revolucionaria. También en su caso se había realizado una ruptura con el mundo de los literatos bienintencionados y moderados al que había pertenecido. Más adelante expresará este estado de ánimo con un epigrama. Se llamaba *El constitucionalista*, y decía así:

> Oír la palabra *libertad*, aunque sólo sea pronunciada por su boca, / da tanto asco como oír a un castrado hablar de amor.

«Su voz temblaba un poco —narra un contemporáneo— al decir que el pueblo estaba despertándose y madurando, y que pronto veríamos llegar el día en que se alzaría mostrando sus múltiples cabezas de hidra» [29].

La lectura del manifiesto de liberación lo confirmó en sus convicciones. Medio siglo después aún había quien lo recordaba en una habitación de San Petersburgo, rodeado de estudiantes, en aquellos días remotos.

> Acababan de leer en voz alta el manifiesto y empezaban a examinarlo a fondo. Nadie estaba satisfecho con él. Todos condenaban su fraseología sosa y monstruosa. Era el estilo «seminarístico» del arzobispo Filaretes. No nos esperábamos nada similar, ni por la forma ni por el contenido. Mijailov hablaba con mayor energía y veneno. Decía abiertamente que era una trampa y un engaño y que sólo preveía una nueva forma de servidumbre para los campesinos. El tono con que habló y lo que dijo demostraron por primera vez que había quemado sus naves. Por lo demás, sabía perfectamente que tras su viaje al extranjero, a Londres, se le consideraba más que nunca miembro de una organización revolucionaria [30].

Estas últimas palabras demuestran una vez más cuán amplia y difundida estaba la esperanza de una palabra procedente de Londres, como si se esperase de Herzen una incitación a la organización clandestina. Pero el ejemplo de Mijailov y Shelgunov nos demostrará, en cambio, que los primeros pasos en este sentido se dieron en Rusia no sólo sin los consejos de Herzen, sino incluso en contra de ellos. Mijailov pertenecía ya entonces, si queremos, a una «organización revolucionaria», pero era la que los dos amigos estaban construyendo con sus propias manos.

Cuando conocieron a un joven literato que vivía de traducciones y de deudas, V. Kostomarov, que les dijo que tenía la posibilidad de imprimir manifiestos, le entregaron tres manuscritos, destinados a la pro-

paganda entre los campesinos y los soldados. El primero quizás sea de Chernyshevski; los otros dos, de Shelgunov. Según un testimonio, se trataba sólo de un comienzo. Se proseguiría con otros llamamientos a los distinos grupos y a las distintas categorías sociales. Shapov habría tenido que escribir un manifiesto dirigido a los *raskol'niki;* Shelgunov y Mijailov, un llamamiento a la joven generación. Si el testimonio es exacto, estamos en los comienzos de la táctica propagandística que *Zemlia i volia* tratará de poner en práctica un año después [31].

Sabemos muy poco de esta primera tentativa de organizar una prensa clandestina ya no dirigida directamente a la clase culta, como el «Velikoruss», sino también al «pueblo». Por lo demás, fracasó incluso antes de ser puesta en ejecución, porque estaba basada sobre un principio práctico muy dudoso. Kostomarov, en lugar de proceder rápidamente a imprimir los manuscritos, empezó a dar largas, tratando de sacarles el mayor dinero posible. Después pasará al servicio de la Tercera Sección y proporcionará las «pruebas» con las que serán condenados Mijailov y Chernyshevski.

Ya hemos hablado del manifiesto a los campesinos, salido quizás de la pluma de Chernyshevski. También se han encontrado los textos de Shelgunov, y demuestran el peso que había asumido en la crisis del estado de 1861 la cuestión de las nacionalidades del imperio y, en general, el problema de la política exterior rusa [32].

> Hermanos —escribía, dirigiéndose a los soldados—: ¿os acordáis de la última guerra de Polonia, os acordáis de la guerra de Hungría? ¿Os preguntásteis por qué los jefes nos hicieron marchar? ¿Para quién era necesaria, para quién era útil semejante guerra?... Desde luego, no para nosotros, hermanos. Rusia no ha salido de ella más rica... ¿Acaso no hemos obrado como bandidos en Polonia y en Hungría?

Desde luego, era un curioso modo de plantear la propaganda entre los soldados. El propio manifiesto reconocía que ya quedaban muy pocos en el ejército de los que habían tomado parte en aquellas dos campañas, que se remontaban a 1831 y 1849. En realidad, era la *inteliguentsia* la que hacía un examen de conciencia nacional y buscaba así poner al pueblo en contacto con sus problemas. Pero la continuación del manifiesto demostraba que su autor estaba firmemente convencido del lazo que unía esta repudiación de la política exterior con los problemas sociales que el manifiesto del 19 de febrero planteaba al pueblo ruso.

> Hermanos: ¿habéis oído hablar de la libertad que han dado al pueblo? Hablad con los campesinos y sabréis que no es una verdadera libertad... Acordaos entonces de que habéis nacido en esas isbas que los señores están ahora arrebatando a los campesinos, que habéis sido bautizados en esas iglesias donde ahora ellos rezan a Dios para que los libre del mal y de la violencia.

También el segundo manifiesto, más breve y eficaz, recogía este mismo tema. Era un llamamiento a los soldados para que no disparasen sobre el pueblo, sobre los campesinos, que ese año expresaban su aspiración a una «libertad» distinta.

La experiencia práctica demostró a Shelgunov y Mijailov las dificultades de una prensa clandestina. ¿Cómo se las arreglarían para hacer llegar sus palabras a los campesinos y los soldados? La misma vida de la capital, en el verano de 1861, les indicaba el único ambiente al que podrían dirigirse. *A la joven generación* se titulará su nuevo llamamiento, no dirigido a la *inteliguentsia* propiamente dicha, ni siquiera al pueblo, sino a los estudiantes que se manifestaban en las aulas y en las calles de San Petersburgo.

Una vez encontrado el ambiente al que dirigirse, hallaron también el tono adecuado. Pese a todas las evidentes incertidumbres de este manifiesto, a pesar de su extensión —que lo convierte más bien en una profesión de fe que en un llamamiento a la acción—, este texto es el más importante de la «época de las proclamas», el documento más característico del populismo revolucionario de 1861.

Lo redactó Shelgunov y lo revisó después Mijailov. Juntos llevaron al extranjero el manuscrito, convencidos ya de que no conseguirían imprimirlo en Rusia. Mijailov se lo enseñó a Herzen, el cual no lo aprobó, ya porque desconfiaba de la acción clandestina y porque temía que llevaría a sus autores al desastre, ya por razones ideológicas. Pero la «Libre Tipografía Rusa» se prestó a imprimir 600 ejemplares, que se guardaron en un baúl de doble fondo y fueron llevados a Rusia por Mijailov. Este cometió la imprudencia de darle un ejemplar a Kostomarov antes de haber podido organizar su distribución. Cuando éste fue detenido, el peligro resultó evidente. Actuaron con audacia y decidieron distribuirlo con los escasos medios de que disponían. Mijaelis, uno de los jefes del movimiento estudiantil, hermano de la mujer de Shelgunov, y A. A. Serno-Solov'ëvich, hermano del creador de *Zemlia i volia,* lo difundieron en la capital, lo expidieron por correo, lo pegaron en las paredes. Parece que Serno lo arrojó incluso en la Perspectiva Nevski, pasando rápidamente a caballo. El efecto fue considerable. El manifiesto se leerá y discutirá, y tendrá un eco que superará con mucho los escasos ejemplares que pudieron ponerse en circulación. Al día siguiente, o sea el 1 de septiembre, se hizo un primer registro en casa de Mijailov, que dejó insegura a la policía. Pero el 14 de septiembre fue detenido, denunciado por Kostomarov.

La proclama *A la joven generación* partía de los problemas políticos fundamentales y elementales.

> No tenemos necesidad ni de un zar, ni de un emperador, ni de un mito del señor, ni de una púrpura que recubra una incapacidad hereditaria; queremos a nuestra cabeza un simple mortal, un hombre de la tierra, que comprenda la vida del pueblo y que sea elegido

por éste. No tenemos necesidad de un emperador consagrado en el Uspenski Sobor, sino de un jefe elegido que reciba un estipendio por sus servicios [33].

Ya era hora de hacer con el zar lo que los campesinos de una finca de la región de Tambov hicieron con los administradores extranjeros de la aldea, dicendo: «os estamos muy agradecidos, pero ahora iros con Dios, no os necesitamos ya». Lo que el emperador podía considerar como su mayor timbre de gloria, la liberación de los campesinos, cerraba una época y abría otra nueva. «La Rusia imperial está disgregándose. Si Alejandro II no entiende esto y no quiere hacer libremente las concesiones necesarias, peor para él». Pero incluso las posibles concesiones realizadas por el actual gobierno podían ser un peligro para él. «¡Joven generación, no lo olvidéis!»

La amenaza ya no tenía sólo un valor táctico. Era una simple comprobación antes de dirigir la atención a las fuerzas nuevas. Dejad que los muertos entierren a sus muertos, parecían decir los autores del manifiesto.

«Nos volvemos a la joven generación porque en ella están las personas capaces de salvar a Rusia, vosotros sois su fuerza real, vosotros los jefes del pueblo, vosotros debéis explicar al pueblo y al ejército todo el mal que le ha hecho el poder del zar...». Para hacer esto era necesario advertir la magnitud del problema planteado por la liberación de los siervos. «Este puede ser el primer paso hacia un gran futuro de Rusia, o bien hacia su desgracia, hacia el bienestar político y económico, o bien hacia el proletariado político y económico. De vosotros depende elegir un camino u otro».

Las viejas teorías ya no eran capaces de dar una indicación válida para semejante elección. El constitucionalismo, la economía política, llevaban sólo a la conservación, a la fijación de un absurdo *statu quo*.

> Quieren hacer de Rusia una Inglaterra y alimentarnos con la madurez inglesa. Pero ¿acaso Rusia es similar en algo a Inglaterra, por su posición geográfica, por sus riquezas naturales, por las condiciones del suelo, por la calidad y cantidad de las tierras? ¿Es que los ingleses se habrían desarrollado en la tierra rusa como lo han hecho en su isla? Ya somos bastante monos de imitación de los franceses y los alemanes, ¿es necesario que nos pongamos a remedar a los ingleses? No, no queremos la madurez económica inglesa, el estómago ruso no puede digerirla.
>
> *No, no, nuestro camino es otro*
> *No debemos nosotros llevar la cruz*
>
> Que la lleve Europa. ¿Quién puede afirmar que debemos seguir el camino de Europa, la vía de una Sajonia, una Inglaterra

> o una Francia?... ¿Dónde está la ciencia que les ha enseñado esto, quién les ha dicho que sus ideas son infalibles? Nosotros, por lo menos, no conocemos tal ciencia. Sabemos solamente que Gneist, Bastiat, Rau, Roscher, no hacen más que cavar en el estiércol para convertir lo podrido de siglos pasados en una ley para el futuro. Que los otros se queden con semejante ley, nosotros trataremos de encontrar otra... Quien sólo conoce la Europa de los cientos de estados alemanes con sus reyes, duques y príncipes, o Francia con su Napoleón, se asombra al saber que en América el orden es del todo distinto. ¿Por qué Rusia no podrá llegar a un ordenamiento nuevo, desconocido incluso en América? No sólo podemos, sino que debemos llegar a algo distinto. En nuestra vida existen principios absolutamente ignorados por los europeos. Los alemanes afirman que llegaremos al punto a que ha llegado ya Europa. Es una mentira...

Hablaban de la burguesía occidental, de los restos del mundo feudal, de la revolución de 1848. «El fracaso de ésta prueba sólo que es un intento fallido de Europa, no dice nada en contra de la posibilidad de otros ordenamientos aquí entre nosotros, en Rusia».

> Somos un pueblo atrasado y en eso estriba nuestra salvación. Debemos agradecerle al destino no haber vivido la vida de Europa. Su desgracia, su posición sin salida, es una lección para nosotros. No queremos su proletariado, su aristocraticismo, su principio estatal, su poder imperial... Europa no entiende y no puede entender nuestras exigencias sociales. Eso significa que no es nuestra maestra en los problemas económicos. Nadie va tan lejos en la negación como nosotros los rusos. ¿Y por qué? Porque no tenemos un pasado político, no estamos ligados a ninguna tradición... Por eso no tememos al futuro como Europa occidental, por eso vamos valerosamente al encuentro de la revolución, e incluso la ansiamos. Creemos en las fuerzas de Rusia porque creemos estar llamados a aportar a la historia un nuevo principio, a decir algo nuestro y no a repetir los jardines de Europa. Sin fe no hay salvación y es grande la fe que tenemos en nuestras fuerzas. Y si para realizar nuestras exigencias, si para repartir la tierra entre el pueblo habrá que matar a cien mil *pomeshiki*, ni siquiera nos espantará eso. En general, no es algo tan terrible. ¡Recordad cuántos hombres hemos perdido en las guerras de Polonia y Hungría!

Repetía, siempre en este tono, el tema sansimoniano. «Imaginaos que de golpe —decía—, en un solo día, mueran todos nuestros ministros, todos los senadores, todos los miembros del Consejo de Estado. Y que mueran también todos los gobernadores, directores de Ministerios, arz-

obispos, obispos, en una palabra, toda nuestra actual aristocracia administrativa. ¿Qué perdería Rusia? Nada». Las únicas fuerzas vivas, a más del pueblo, eran las de la *inteliguentsia,* «los literatos, los poetas, los científicos, los artistas, los emprendedores».

Terminaba proponiendo los principios generales de un programa: elecciones, libertad de palabra, autoadministración, igualdad y nacionalización de la tierra.

> Esta no debe pertenecer al individuo, sino al país. Cada *obshina* debe tener su lote de terreno, la agricultura privada no debe existir, la tierra no debe poder venderse como se venden las patatas o las coles. Cada ciudadano, sea quien fuere, debe hacerse miembro de una *obshina,* es decir, insertarse en una ya existente o formar una nueva con otros ciudadanos. Queremos el mantenimiento de la posesión colectiva de la tierra con redistribuciones a largo plazo. Esta cuestión no compete al estado. Si la idea de la posesión colectiva es un error, que muera por su propia imposibilidad de sobrevivir, y no por influencia de la doctrina económica de Occidente.

Tras haber hablado de los soldados y del servicio militar, apelaba una vez más a la «esperanza de Rusia», o sea «al partido del pueblo, salido de la joven generación de todas las clases». No podían indicarle una tarea inmediata de organización, sino un inmenso esfuerzo de proselitismo. «Preparaos para la tarea que tendréis que asumir, madurad esta idea, cread círculos de personas que piensen como vosotros, buscad jefes capaces y dispuestos a todo...».

No es difícil reconocer las ideas de Herzen sobre el futuro de Rusia y las de Chenyshevski sobre la naturaleza conservadora de la economía política, por mencionar sólo estos dos ejemplos. Lo nuevo del llamamiento era el tono fideístico y entusiasta con que se expresaban dichas ideas y el deseo de hacerlas triunfar a cualquier precio. Podían admitir que alimentaban dudas sobre la organización política futura o acaso sobre la *obshina,* pero afirmaban con seguridad que para crear una Rusia igualitaria y libre había que hacer *tabula rasa* del pasado, que la única fuerza capaz de dar tal salto era el pueblo guiado por la juventud [34].

Mijailov pagará con la vida esta afirmación. Detenido, negó durante unos días, pero cuando se enteró de las declaraciones de Kostomarov y sobre todo cuando le dijeron que Shelgunov y su mujer corrían peligro, asumió la entera responsabilidad de la redacción, de la imprenta, del transporte y de la difusión del manifiesto. Fue encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, aislado, con algún libro. Recibió un saludo en verso de la juventud universitaria encarcelada a consecuencia de la manifestación en la Perspectiva Nevski. Uno de los detenidos, I. A. Rozhdestvenski, le decía:

Llegará el día en que en libertad
todos hablaremos de ti,
diremos entre el pueblo ruso
cuánto has sufrido por él[35].

Ogarëv y Lavrov componía otros versos para él. En general, fue enorme la impresión suscitada por su arresto. Era la primera víctima del mundo intelectual que caía desde la liberación de los siervos. Se sabía que era pobre y de delicada salud. Se tomó una serie de iniciativas para tratar de mejorar su suerte y para conseguir su liberación. El golpe fue tanto más grande cuando se supo que el Senado lo había condenado a doce años y seis meses de trabajos forzados y a la deportación perpetua a Siberia. El emperador redujo la pena a seis años y el 14 de diciembre de 1861 (en el aniversario de la insurrección de los decembristas) se realizaba la ceremonia de la «ejecución civil», en presencia de muy poca gente y sin la menor manifestación de estudiantes o simpatizantes [36].

Las mismas autoridades locales no estaban demasiado dispuestas a tratar con dureza a este «delincuente de estado». Suvorov se ocupó de conseguir que el viaje a Siberia fuera lo menos pesado posible. Una vez llegado a Tobolsk, «me trataron del modo más amistoso, casi familiar... Me rodearon de revistas y libros, me mandaban periódicos de todas partes en cuanto llegaban con el correo... Cada mañana vi aparecer con el té excelente nata y pasteles, a la hora de la comida perdices, mantequilla, dulces, etc. No se olvidaron de mí ni siquiera un día» [37].

Esta actitud de la sociedad de Tobolsk tuvo sus consecuencias. En los años siguientes la autoridad central tuvo buen cuidado de enseñar a sus servidores cómo había que tratar a un «criminal de estado». En 1866 los que habían tratado con tanta delicadeza a Mijailov pasarán ante un tribunal y serán condenados. Pero mientras tanto él pudo proseguir su viaje en condiciones relativamente buenas. Incluso pudo entrevistarse con Petrashevski, que aún no había sido amnistiado pero que alimentaba la certidumbre de que pronto llegaría la libertad, y no sólo para él, sino para toda Rusia. «Hasta la vista en el parlamento», le dijo al separarse [38].

Llegado a su destino no fue encerrado en la cárcel; se le permitió vivir en la casita de un hermano suyo, que era ingeniero en aquel perdido rincón de Siberia. Unos meses después se reunirían con él «la amistad y el amor», Shelgunov y su mujer, que se impusieron esta deportación voluntaria para mostrarse solidarios y cercanos a él. Pero esa vida no duró mucho. Se sospechó que Shelgunov preparaba la huida de su amigo. Se hizo un registro en su casa el 28 de septiembre de 1862, y Shelgunov fue arrestado. En enero del año siguiente estaba en Irkutsk y después en San Petersburgo, en la fortaleza de Pedro y Pablo. Condenado por vía administrativa, sólo finalizarán sus peregrinaciones de un

confín a otro, en pequeños centros provinciales de Rusia, en 1877, quince años después.

En cuanto a Mijailov, fue trasladado a Kadae, en la frontera china, en medio de un enorme territorio malsano y prácticamente deshabitado. Su salud no soportó la prueba. Murió el 2 de agosto de 1865, y fue enterrado al lado de los deportados polacos cuya suerte había compartido en los últimos años [39].

Fue olvidado, salvo por sus íntimos amigos, ahora dispersos, a veces en la cárcel o también en Siberia. Sólo Herzen, desde lejos, pudo hablar de él en el «Kolokol», acusando al gobierno zarista de haber matado a este fino literato a quien un día, en 1861, él había aconsejado que no se metiera en semejantes trances.

En 1862 la prensa clandestina y la difusión de manifiestos prosiguieron. Examinaremos después el más importante de ellos, firmado *La joven Rusia,* que tiene valor y relieve especiales. Como éste, también los otros procedieron casi todos de la «joven generación» a la que habían llamado Mijailov y Shelgunov. Los estudiantes estaban interviniendo directamente en la lucha, y obraban por su cuenta.

El intento más característico fue el de la «tipografía de bolsillo» de Pëtr Davydovich Ballod. Estudiante con ciertos medios de fortuna, consiguió organizar una pequeña imprenta de la que saldrán algunos pliegos. Reprodujo un llamamiento a los oficiales que circulaba en ejemplares procedentes de Londres y que era obra de Ogarëv y de sus amigos rusos. Imprimió un folleto para defender a Herzen de los ataques del publicista oficial Shedo-Ferroti. «¿Cree acaso usted —decía— que debilitará la enorme influencia de las ediciones de Herzen en la sociedad rusa con semejantes métodos?» [40]. Pedirá a Pisarev —el joven escritor que por entonces se estaba afirmando como iniciador de la corriente más propiamente nihilista— que escriba un artículo en el que desarrollar ampliamente esta defensa de Iskander. Detenido poco después, no conseguirá publicar este escrito [41].

También Pisarev será detenido, y acabará condenado en junio de 1864 a dos años y ocho meses de prisión. Saldrá en noviembre de 1866, amnistiado algún tiempo antes del término de su pena. Del grupo que había trabajado con Ballod, conseguirán refugiarse en el extranjero P. S. Moshkalov y Nikolai Zhukovski. Tendremos ocasión de hablar a menudo del segundo, que en Ginebra se convertirá en un conocido anarquista. Ballod será condenado a quince años de trabajos forzados y después a la deportación perpetua a Siberia. Y en realidad permanecerá allí toda su vida, dedicándose por entero a las minas de oro y a la ruda vida del pionero en aquellas regiones. Hasta el final de sus días (1918) seguirá siendo un socialista convencido y activo [42].

El mismo tribunal que pronunció estas condenas castigaba también a un pequeño grupo, encabezado por Leonid Ol'shevski, de veintitrés

años, y Pëtr Tkachëv, de diecinueve. Estos habían conseguido imprimir un manifiesto titulado *Lo que queremos*, en el que afirmaban:

> Ahora está en primer plano el problema de la propaganda de las ideas entre el pueblo. Con este objeto cada miembro de nuestro grupo debe esforzarse por encontrar agentes en las aldeas y pueblos, en las ciudades de distrito y de provincias, convenciéndolos de modo claro y evidente de la necesidad de una rápida mutación. Las palabras no bastan, es necesaria la acción. Si se encuentra a algún hombre del pueblo en dificultades, ayúdesele de inmediato con nuestra caja común. Sólo acciones así nos darán el amor del pueblo, y entonces el éxito será seguro [43].

Eran los primeros pasos de Tkachëv, destinado a convertirse en el más importante representante del blanquismo ruso. De momento se salvó relativamente con poco: tres años de cárcel. Ol'shevski fue condenado a un año de la misma pena.

En el verano de 1862 fue detenido Nikolai Vasilevich Vasil'ev por haber distribuido otro manifiesto: *A los ciudadanos*. Se le acusó también de haber tenido intención de atentar contra el zar y fue condenado a la horca. El 30 de marzo de 1863 se le conmutó esta pena por la de diez años de trabajos forzados. En 1871 estaba confinado en la región de los yakutos. En 1884 le darán permiso para volver a la Rusia europea, pero no aceptará y permanecerá en la miserable aldea donde se encontraba; allí se suicidará el 9 de noviembre de 1888. Un compañero suyo, Nikolai Nikolaevich Volkov, condenado también a la horca y después a diez años de *katorga*, acabará regresando a este otro lado de los Urales en 1884 [44].

No son éstos todos los manifiestos clandestinos de 1862, pero los otros no contienen nada nuevo. Constituyen, en conjunto, un testimonio de los diversos intentos que surgían espontáneamente en la joven generación. La tarea de *Zemlia i volia* fue darles una primera forma organizativa, un primer significado general.

Notas al capítulo 9

1 M. M. Klevenski, *Vertepniki*, en «Katorga i ssylka», 1928, fasc. X.

2 El significado del nombre *vertepniki*, asumido por este grupo, resultó inexplicable incluso para los contemporáneos. Un informe de la policía decía: «Estas reuniones se llaman, quién sabe por qué, *vertep* [teatro de títeres y antro, lugar del hampa], pero sus participantes se designan también a sí mismos con el nombre de socialistas.»

3 *Pesni sobrannye P. N. Rybnikovym* [Canciones recogidas por P. N. Rybnikov], 3 vols., M. 1909 [2]. En el primer volumen se encontrará una interesante noticia de A. E. Gruzinski sobre el autor. Cfr. A. P. Razumova, *Iz istorii russkoi fol'kloristiki P. N. Rybnikov. P. S. Efimenko* [De la historia del folklorismo ruso. P. N. Rybnikov. P. S. Efimenko], M.-L. 1954, con extensa bibliografía.

4 El libro de B. P. Koz'min, *Jar'kovskie zagovorshiki 1856-1858 godov* [Los conjurados de Jarkov de los años 1856-1858], s.d.n.l. [pero Jarkov 1930], contiene, publicados por primera vez, todos los documentos fundamentales de este episodio. Véase también A. Z. Baraboi, *Jar'kovsko-Kievskoe revoliutsionnoe tainoe obshestvo 1856-1860 gg.* [La sociedad secreta revolucionaria de Jarkov-Kiev entre 1856 y 1860], en «Istoricheskie zapiski», tomo 52, 1955, pp. 235 y ss.; F. Yastrebov, *Revoliutsionnye demokraty na Ukraine. Vtoraya polovina 50-j nachalo 60-j godov XIX stoletiya* [Los demócratas revolucionarios en Ucrania. Segunda mitad de los años cincuenta-comienzos de los años sesenta del siglo XIX], Kiev 1960; R. A. Taubin, *Ya N. Bekman i Jar'kovsko-Kievskoe tainoe obshestvo* [Ya. N. Bekman y la sociedad secreta de Jarkov-Kiev], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], vol. III, M. 1963, pp. 399 y ss.; Ya. I. Linkov, *Revoliutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i tainoe obshestvo «Zemlia i Volia» 1860-j gg.* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y libertad» de los años sesenta], M. 1964, pp. 76 y ss.; N. Ya. Eidel'man, *Gertsen i jar'kovsko-kievskoe revoliutsionnoe obshestvo* [Herzen y la sociedad revolucionaria de Jarkov y Kiev], en *Problemy istorii obshesvennogo dvizheniya i istoriografii* [Problemas de historia del movimiento social y de la historiografía], M. 1971, pp. 124 y ss.

5 N. A. Firsov, *Studencheskie istorii v Kazanskom universitete 1855-1863* [Los desórdenes estudiantiles de la universidad de Kazán en los años 1855-1863], en «Russkaya starina», 1889, fasc. 64.

6 N. F. Bunakov, *Moya zhizn' v sviazi s obsherusskomu zhizn'yu* [Mi vida en relación con la vida de la sociedad rusa], Spb. 1909, pp. 50-53.

7 E. Breshkovskaya, *Iz moij vospominani* [De mis recuerdos], Spb. p. 21; M. Muravski, *Ssylka i katorga v 1860-j gg.* [Deportación y trabajos forzados en los años sesenta], en «Byloe», fasc. IV, 1903, y la literatura sobre el proceso de los ciento noventa y tres.

8 Linkov, *op. cit.*, pp. 85 y ss.

[9] Los tres números del «Velikoruss» se han reimpreso a menudo. Ya inmediatamente después de su aparición fueron reproducidos en el extranjero en *Letuchie listki* [Hojas volantes], Heidelberg 1862. «El significado de estas hojas, dada la actual situación de las cosas en Rusia, es tan grande que no necesitamos justificar su reimpresión...», leemos en el prefacio anónimo, fechado el 1 de diciembre de 1861. Véaselas ahora en M. Lemke, *Protsess «Velikorusstsev»* [El proceso de los de «El gran-ruso»], en *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «Shestidesiatyj godov»* [Ensayos sobre el movimiento de liberación de los «años sesenta»], Spb. 1908 [2], pp. 359 y ss.
La investigación más cuidadosa y profunda sobre esta primera hoja periódica clandestina que se imprimió en Rusia es la de N. N. Novikova, *Revoliutsionnery 1861 goda. «Velikoruss» i ego komitet v revoliutsionnoi bor'be 1861 g.* [Los revolucionarios de 1861. El «Gran-ruso» y su comité en la lucha revolucionaria de 1861], M. 1968. Tiende a demostrar que Chernyshevski, Dobroliubov, Serno-Solov'ëvich y Shelgunov constituían el comité dirigente de un movimiento revolucionario cuya expresión fue el «Velikoruss». Desde luego, aporta muchos elementos que demuestran el peso del «Sovremennik» en la formación de esta hoja clandestina. Pero la obsesión de la Novikova por sacar de las citas de Lenin pruebas de su tesis, y un abuso de hipótesis imposibles de demostrar, debilitan su argumentación.

[10] Yu. M. Steklov, *N. G. Chernyshevski. Ego zhizn' i deyatel'nost'. 1828-1889* [N. G. Chernyshevski. Vida y actividad. 1828-1889], 2 vols., M.-L. 1928[2], vol. II, página 248, donde se encontrará una colección de testimonios en pro y en contra de esta tesis; el autor se pronuncia en contra de cualquier participación de Chernyshevski en el «Velikoruss». Creo que Steklov tiene razón, aunque algunos de los argumentos que aduce no son válidos (no es cierto, por ejemplo, que siempre hubiera defendido la necesidad de dar *todas* las tierras nobiliarias a los campesinos).

[11] I. M. Trotski, *Avtobiografischeskoe pis'mo P. D. Balloda* [Cartas autobiográficas de P. D. Ballod], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov. Sbornik pod red. B. Goreva i B. P. Koz'mina* [El movimiento revolucionario de los años sesenta. Miscelánea editada por B. Gorev y B. P. Koz'min], M. 1932. Lo confirma también L. F. Panteleev, *Iz vospominani proshlogo. Redaktsiya i kommentarii S. A. Reisera. Vstupitel'naya stat'ya V. I. Nevskogo* [De los recuerdos del pasado. Edición y comentarios de S. A. Reiser. Introducción de V. I. Nevski], M.-L. 1934, p. 310.

[12] B. P. Koz'min, *Gertsen, Ogarëv i «molodaya emigratsiya»* [Herzen, Ogarëv y la «joven emigración»], en «Literaturnoe nasledstvo», 1941, fasc. 41-42.

[13] Panteleev, *op. cit.*, p. 241.

[14] N. V. Shelgunov, *Vospominaniya. Redaktsiya, vstupitel'naya stat'ya y primechaniya A. A. Shilova* [Memorias. Edición, con introducción y notas, de A. A. Shilov], M.-P. 1923, p. 135.

[15] Los documentos que los conciernen se han reunido en una excelente edición en dos volúmenes, a cargo de E. Vilenskaya y L. Roitberg: N. V. Shelgunov, L. P. Shelgunova y M. L. Mijailov, *Vospominaniya* [Memorias], M. 1967.

[16] Shelgunov, *op. cit.*, pp. 166-7.

[17] *Ibid.*, p. 71.

[18] *Ibid.*, p. 83.

[19] *Ibid.*, pp. 72 y 103. Cfr. L. P. Shelgunova, *Iz dalëkogo proshlogo* [Del lejano pasado], Spb. 1901, p. 69.

[20] Shelgunov, *op. cit.*, p. 34.

[21] *Ibid.*, p. 110.

[22] *Rabochi proletariat v Anglii i Frantsii* [El proletariado obrero en Inglaterra y en Francia], en «Sovremennik», 1861, fasc. IX, X, XI.

[23] M. L. Mijailov, *Polnoe sobranie stijotvoreni. Redaktsiya, biograficheski ocherk i kommentari N. S. Ashukina* [Colección completa de versos. Edición, con un ensayo biográfico y comentarios de N. S. Ashukin], M.-L. 1934; Id., *Sobranie stijotvoreni* [Colección de poesías], edición de Yu. D. Levin, L. 1953; Id., *Sochineniya* [Obras], edición de B. P. Koz'min, 3 vols., M. 1958; cfr. B. P. Koz'min, *N. G. Chernyshevski i M. L. Mijailov. K istorii ij vzaimootnosheni* [N. G. Chernyshevski y M. L. Mijailov.

Para la historia de sus relaciones], en «Voprosy istorii», 1946, fasc. 7, pp. 3 y ss.; ahora en Id., *Literatura i istoriya. Sbornik statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], edición de E. S. Vilenskaya, M. 1969, pp. 125 y ss.; Yu. D. Levin, *M. L. Mijailov i deyateli pol'skogo natsional'no-osvoboditel'nogo dvizheniya* [M. L. Mijailov y los miembros del movimiento de liberación nacional de Polonia], en *Iz istorii russko-slavianskij literaturnyj sviazei XIX v.* [De la historia de las relaciones literarias ruso-eslavas del siglo XIX], M.-L. 1963, pp. 124 y ss.; P. S. Fateev, *Mijail Mijailov - revoliutsioner, pisatel', publitsist* [M. Mijailov - revolucionario, escritor, publicista], M. 1969.

24 M. L. Mijailov, *Zapiski. 1861-1862. Redaktsiya i vstupitel'naya stat'ya A. A. Shilova* [Memorias. 1861-1862. Edición e introducción de A. A. Shilov], P. 1922

25 Shelgunov, *op. cit.*, p. 122.

26 T. A. Bogdanovich, *Liubov' liudei shestidesiatyj godov* [El amor en la época de los años sesenta], L. 1929, donde se recogen numerosas cartas y testimonios sobre esta «revolución» en el ambiente del «Sovremennik» y de la *Zemlia i volia*.

27 Shelgunov, *op. cit.*, p. 105.

28 En casi todos los números del «Sovremennik» de 1860 encontramos un artículo de Mijailov sobre el problema feminista. Han sido recogidos en M. L. Mijailov, *Zhenshiny, ij vospitanie i znachenie v sem'e i obshestve* [Las mujeres, su educación y significado en la familia y en la sociedad], Spb., 1903.

29 P. V. Bykov, *Siluety dalëkogo proshlogo* [Perfiles del lejano pasado], M.-L. 1930, p. 149.

30 P. D. Boborykin, *Za polveka* [Cincuenta años después], M. 1929, p. 173, e Id., 2 vols., M. 1965, vol. I, p. 234.

31 Véanse los escasos y contradictorios testimonios sobre este primer núcleo transcritos y recogidos por Steklov, *op. cit.*, vol. II, pp. 282 y 295.

32 Véase la reproducción de los dos llamamientos en Shelgunov, *op. cit.*, apéndices II y III, pp. 303 y ss.

33 Véase la reproducción íntegra de este documento *ibid.*, apéndice I, pp. 287 y siguientes.

34 «Es el primer manifiesto del populismo», ha dicho no sin razón F. Raskol'nikov, *Iz istorii russkoi revoliutsionnoi mysli 60-j godov* [De la historia del pensamiento revolucionario ruso de los años sesenta], en «Molodaya gvardiya», 1924, fasc. IV.

35 Mijailov, *Polnoe sobranie stijotvoreni* cit., apéndice, p. 641.

36 M. Lemke, *Politischeskie protsessy v Rossii 1860-j gg., po arjivnym dokumentam* [Los procesos políticos en Rusia en los años sesenta, sobre la base de los documentos de archivo], M.-L. 1923[2], pp. 55 y ss.

37 Mijailov, *Zapiski* cit., p. 109.

38 *Ibid.*, p. 139.

39 Allí entabló también estrechas relaciones amistosas con los franceses y los italianos del destacamento de F. Nullo, deportados también a Siberia. Cfr. Levin, *M. L. Mijailov* cit., pp. 154 (se trataba de E. Andreoli, A. Venanzio y L. Caroli, el último de los cuales murió en Kadae dos meses antes que Mijailov).

40 Estas y otras hojas de la «tipografía de bolsillo» se reproducen en Lemke, *Politicheskie protsessy v Rossii 1860-j gg.* cit., pp. 503 y ss., donde también se encuentra un cuidadoso estudio de todo este episodio.

41 Véase B. P. Koz'min, *Pisal li D. I. Pisarev stat'yu pod nazvaniem «Russkoe pravitel'stvo pod prokovitel'stvom Shedo-Ferroti»?* [¿Es realmente D. I. Pisarev el autor del artículo titulado «El gobierno ruso bajo la protección de Shedo-Ferroti»?], en «Izvestiya Akademii nauk SSSR, Seriya istorii i filosofii», julio-agosto 1951, vol. VIII, n.º 4.

42 P. I. Valeskaln, *Revoliutsionny demokrat Pëtr Davydovich Ballod. Materialy k biografii* [El revolucionario demócrata Pëtr Davydovich Ballod. Materiales para una biografía], Riga 1957. Hijo de un campesino letón convertido primero del luteranismo a la secta de los *Herrnhütern* y que después se hizo pope ortodoxo. Pëtr Davidovich era estudiante de ciencias naturales. Toda su vida estuvo llena de iniciativas prácticas, demostrando siempre gran capacidad de organización. Fue amigo de Korolenko y de

muchos de los miembros de *Narodnaya volia* deportados a Siberia. Siempre se mostró crítico ante cualquier idealización del campesino y de la *obshina.*

43 Lemke, *Politicheskie protsessy v Rossii 1860-j gg.* cit., p. 578.

44 Su condena está reproducida en V. Bogucharski, *Gosudarstvennya prestupleniya v Rossii v XIX veke* [Los crímenes de estado en Rusia en el siglo XIX], Spb. 1906. Cfr. Lemke, *Politicheskie protsessy v Rossii 1860-j gg.* cit., pp. 647 y ss.

CAPITULO 10

La primera «Zemlia i volia»

La primera *Zemlia i volia* es bastante misteriosa. Constituye el primer eslabón de una tradición, crea un nombre que será recogido quince años después, pero no resulta nada fácil captar la realidad si se quiere ir más allá de estos recuerdos y referencias. Muy pocos de los que participaron en ella seguirán después dedicando toda su vida a la organización revolucionaria. Los primeros *zemlevol'tsy,* como la mayoría de los que tomaron parte en los grupos clandestinos de aquellos años, no resistirán la oleada represiva. Se consagrarán al estudio, a la literatura, o seguirán quizás, a menudo, la vía de los negocios y los empleos. Lo cual demuestra, entre paréntesis, que el movimiento empezaba ya a incidir sobre la sociedad, contribuyendo a formar los dirigentes de la vida que surgió tras la liberación de los siervos. Pero eso hace imprecisos los contornos de esta primera tentativa de crear una corriente inspirada en las ideas de Herzen y Chernyshevski. No será fácil distinguir la aportación específica de *Zemlia i volia* del fervor renovador de ese período.

Cuando Herzen vio llegar a la emigración algunos jóvenes representantes de *Zemlia i volia,* recibió una impresión extraña y negativa. Observó su dureza, acaso su voluntaria vulgaridad, y sobre todo su falta de finura e interioridad intelectual. Acabó concluyendo, en un día de cólera y sincera desilusión: «No. Esto no es nihilismo. El nihilismo es un fenómeno grande en el desarrollo ruso. Aquí, en cambio, se funden el oficial; el amanuense de oficina, el pope, el pequeño noble provinciano, todos con un ropaje nihilista» [1]. Si a ello añadimos el estudiante, con sus actitudes específicas, ésta era la materia prima de *Zemlia i volia.* A nadie asombre que esta materia prima reaparezca a veces al margen de los ideales y de la fuerza de ánimo de aquellos hombres. Por desgracia, las únicas dos memorias de *zemlevol'tsy* que poseemos pertenecen a individuos en los que el elemento cotidiano y chismoso se desborda con excesiva frecuencia. En polémica entre sí, escribiendo varias docenas de años después de los acontecimientos, ponen demasiado de relieve disputas inútiles y vanas, oscureciendo así la vitalidad y el interés de estos primeros pasos.

Pero no hay que olvidar que junto a estos elementos de segunda fila, *Zemlia i volia* congregó hombres de un heroísmo y una generosidad ejem-

plares. Para no incurrir en un voluntario empobrecimiento de la realidad, lo mejor será encuadrar la rápida crónica de los intentos organizados con las biografías de los hermanos Serno-Solov'ëvich, que con sus vidas breves y agitadas reflejan lo mejor que encerraba *Zemlia i volia,* a la que contribuyeron en primer plano a fundar, dirigir y desarrollar [2].

Nikolai Aleksandrovich Serno-Solov'ëvich procedía de una familia de la burocracia de San Petersburgo; su padre había conseguido un título nobiliario en pago del celo con que realizó su carrera administrativa al servicio del estado. Nacido el 13 de diciembre de 1834, hizo sus estudios en el liceo alejandrino de la capital, que fue semillero de muchas fuerzas jóvenes. Cuando empezó la guerra de Crimea contaba veinte años, y se formó en el San Petersburgo que estaba reaccionando contra aquel acontecimiento [3].

Lo vemos frecuentar asiduamente, junto con su hermano Aleksandr, el grupo de jóvenes que iba reuniéndose en torno a María Vasil'evna Trubnikova. Esta era hija de un decembrista exiliado en Siberia, Vasili Petrovich Ivashov, y era mujer capaz de suscitar, con la libertad de sus opiniones e iniciativas, la reanudación de un movimiento de oposición [4]. Se había casado con el editor de algunos de los numerosos periódicos que estaban surgiendo con rapidez inmediatamente después del final de la guerra, como por ejemplo «La revista de los accionistas» *(Zhurnal dlia aktsionerov)* y «El correo de la Bolsa» (*Birzhevye vedomosti*), con suplementos literarios semanales. Trubnikov se había ganado las simpatías de su futura esposa «con su liberalismo y sus citas de Herzen» [5], y ella lo ayudó mucho en la redacción de sus periódicos. Pero pronto pudo darse cuenta de que en realidad se había casado con un hombre sin ideales, que se consagrará en seguida, casi exclusivamente, a la actividad bancaria y bolsista. Se creó entonces una vida distinta, compuesta de lecturas en común con un restringido grupo de amigos, de viajes al extranjero (donde, entre otras cosas, conoció a Herzen) y de una activa participación en la vida de la joven generación revolucionaria. «Tenía sobre la chimenea —nos cuentan las memorias de su hija— una estatuilla de yeso de Garibaldi; nosotros componíamos versos en su honor y sin que nos vieran los mayores los declamábamos ante ella» [6]. El grupo que se congregó en torno a ella leía sobre todo a Vico, Michelet, Heine, Boerne, Proudhon, Lassalle, Saint-Simon, Louis Blanc y Herzen [7]. Estos fueron los autores que formaron su mentalidad, al igual que la de los jóvenes Serno, muy próximos entonces a ella y a su hermana y que mantuvieron con ambas intensos lazos en los años siguientes.

Si la tradición de los decembristas y el mundo de ideas de los socialistas franceses formaron así la atmósfera de la primera juventud de Nikolai y Aleksandr, la ocasión decisiva fue, también en su caso, la guerra de Crimea y Sebastopol. Nos lo ha dicho Nikolai en un poema escrito en la fortaleza de Pedro y Pablo, al final de su breve vida de hombre de acción. Cierto es que en el encabezamiento de esta *Confesión* tuvo buen

cuidado de escribir: «No se tome esto por una representación de *mi* situación. Se trata simplemente de un poema.» Pero, en realidad, él no era poeta, y se trata justamente de una confesión, que debe ser escuchada como tal:

Soñé en vano durante cinco lustros,
pero comenzó a gemir Sebastopol
y ese gemido ofendió a cada uno.
Me volví ciudadano de mi país.
Desde ese día mi camino es otro.
Se me iluminó la aurora de la verdad,
sacudí mis cepos
en el umbral de los padres, diciendo:
«Adelante, adelante, país enfermo.
A ti pertenezco ahora.
He aquí mi vida...» [8].

Unos versos antes había dicho que no quería pertenecer al mundo de los ricos y los funcionarios. Pero el inicio de las reformas lo indujo a elegir, tras un breve viaje a Alemania, Bélgica y Francia, el camino de la carrera estatal, lo hizo entrar justamente en las oficinas donde se estaban elaborando las modalidades de la abolición de la servidumbre. Por sus manos pasaron los papeles del Comité para el problema campesino, y pudo así seguir desde el principio las incertidumbres y los obstáculos contra los que se debatía la burocracia estatal.

Con un gesto que más adelante Herzen comparará al del schilleriano marqués de Posa, decidió entonces dirigirse directamente al zar. Puso por escrito sus ideas sobre la liberación de los siervos y sobre la «situación general del estado, situación no precisamente brillante», como decía, y entregó este escrito al soberano, en septiembre de 1858, mientras éste paseaba por los jardines de Tsarskoe Selo [9].

Este escrito nunca se publicó [10]. Por otra parte, no se trataba de propuestas detalladas y concretas. Era sobre todo un llamamiento para que Alejandro siguiera a la joven generación. «Hay en ella mucho de bueno y de realmente generoso. Rusia debe esperar mucho de ella, si se la dirige en el sentido justo. Si no, surtirá el efecto contrario», anotó el emperador en esta hoja [11].

El gesto de Serno no era puramente romántico. Sabía cuán grande era la responsabilidad del emperador desde el día en que éste decidió la liberación de los siervos. De este primer acto —que abría una nueva época para su país— dependería todo el futuro. Las posibilidades que se presentaban le parecieron inmensas. El poder absoluto, si se adentraba por el camino de las reformas, habría podido realizar una auténtica revolución.

Estas eran las esperanzas que animaban a Serno cuando, a finales de 1858, se trasladaba de San Petersburgo a Kaluga, una ciudad de provincias de la región que rodeaba Moscú, para asumir allí el cargo de secretario del comité local para la solución de los problemas campesinos. En Kaluga se encontrará en contacto directo con las cuestiones inmediatas de las reformas, con la vida provinciana, con el diario conflicto entre la burocracia y la nobleza. Esta experiencia, que duró menos de un año, tendrá notable importancia en su desarrollo. Su inicial confianza en un despotismo ilustrado —ya impregnada de una cultura más liberal (Herzen no se equivocaba al recordar a Schiller)— quedó allí corroída internamente y al final destruída por la comprobación de que el instrumento manejado por el zar era incapaz de realizar seriamente la reforma. En la vida de Saltykov-Shedrin podemos seguir paso a paso, con toda su complejidad psicológica, un proceso similar, que de una inicial confianza en el estado llevaba a una ruptura con él. Poco sabemos de Serno, pero posiblemente fue muy parecido el camino que éste recorrió.

Dentro de lo esquemático, su experiencia se nos presenta incluso como ejemplar. Pidió a Alejandro II que supiera canalizar las fuerzas jóvenes, interpretar sus ideales. Y éste, en aquel caso específico, actuó con preclara inteligencia. Le dio a Serno la posibilidad de conocer los problemas reales. Pero este contacto con la realidad política permitió al joven «marqués de Posa» descubrir el punto débil de todas las esperanzas de aquellos años: «No será posible entre nosotros una sola transformación radical y efectiva —concluía— mientras subsista la estructura cancilleresca. Esta es impotente, un anacronismo, una ruina evidente, que mata y estropea los mejores pensamientos y planes» [12].

Un grupo de personas que encontró en Kaluga —compuesto por decembristas amnistiados, capaces de representar una tradición de liberalismo revolucionario— lo ayudó con seguridad a que madurara esta experiencia. Lo vemos incluso en relaciones especialmente estrechas con N. S. Kashkin, uno de los más vivos representantes del movimiento que antes de 1849 se congregó en torno a Petrashevski [13]. Amnistiado también él hacía poco, se había convertido en Kaluga en uno de los jefes de la fracción reformadora, que se apoyaba en el propio gobernador, uno de los más abiertos e inteligentes administradores de la Rusia de esos años [14]. Serno entabló una auténtica amistad con Kashkin, y en sus cartas irá exponiendo lo que se agitaba en su alma a su regreso a San Petersburgo, en 1859. «El período transcurrido en Kaluga —le decía el 18 de agosto— no se borrará de mi corazón a causa de aquel cálido y animado grupo de personas a las que me ligué por sentimiento y convicción, y en el cual usted ocupa uno de los primeros puestos.» Siguió después comunicándole a menudo noticias de «nuestro asunto», o sea del problema campesino. Le describía la superposición de comisiones y los obstáculos de todas clases que se iban presentando. «Nuestro asunto avanza como una tortuga», le escribe el 18 de noviembre. Con el paso de los meses se percibe

en estas cartas un creciente despego, o, mejor dicho, una creciente desconfianza en la posibilidad de una solución que respondiera a sus ideales.

El 25 de noviembre anunciaba a su amigo su decisión de abandonar el servicio del estado y de marchar al extranjero «no por diversión, sino simplemente para aprender... Cierto que es duro estar tan apasionado como yo lo estoy por el problema campesino, hallarse casi en la fuente de las decisiones, y marcharse cuando se llega a la conclusión. Confieso que he vacilado mucho, mucho. Me hacía daño desilusionarme, la fe es un sentimiento sumamente dulce y duele destruirlo. Por eso me he agarrado a la menor pajita y si me voy puede usted estar seguro de que no me espero nada bueno. Amar la causa y quedarse aquí significa sufrir y atormentarse sin tregua».

Estaba ya convencido de que la reforma no resultaría. Su fe en la renovación rusa tomaba otro camino. «No hay duda de que las cosas están marchando hacia algo mejor. Si no se derriba el viejo edificio, ya caerá por sí solo. Las columnas están podridas y atacadas en su base. Pero para alzar un edificio nuevo se necesitan conocimientos no superficiales, como hay poquísimos entre nosotros.» Una vez que había fallado la esperanza en un gobierno capaz de transformar la estructura social de Rusia, era necesario que la «juventud» asumiese la tarea de dirigir el movimiento. Encontró en Chernyshevski el escritor que —aunque podía confirmar sus ideas socialistas— lo enfrentó claramente con los problemas políticos y económicos. Por otra parte, la vida de Chernyshevski confirmó sus intenciones de ser «completamente independiente». Ya nada lo retenía en la administración, y su dimisión y su viaje al extranjero no hacían así más que reflejar las conclusiones a las que había llegado.

Quería ocuparse sobre todo de política financiera. Ya en los últimos tiempos de su estancia en la capital se había dedicado a las cuestiones económicas. Intervino en una discusión sobre las sociedades anónimas, sacando la conclusión pesimista de que «los accionistas eran auténticos carneros». Había escrito una serie de artículos para el «Diario de los accionistas», sobre problemas particulares, llegando también en este caso a conclusiones pesimistas [15]. Las sociedades anónimas no funcionaban bien y eso había que achacarlo a la propia estructura social y política de Rusia [16].

Su idea fundamental consistía en sostener que el estado debería financiar el desarrollo económico con los bienes inmobiliarios que poseía. Es decir, quería que se emitieran asignados garantizados por los bienes de la corona.

> Europa no tiene ni puede tener nada parecido, dado que la mayoría de los estados europeos ha dilapidado ya sus bienes. En ningún lugar existe una agricultura basada en la *obshina* y en el principio de la distribución de las tierras. Este gran principio —liberado de los aderezos burocráticos que desfiguran completamente su carác-

ter— es el fundamento más sólido para la creación de un verdadero crédito [17].

Iba a Occidente en busca de una confirmación de estas ideas y en procura de los instrumentos técnicos para formularlas de un modo completo y válido.

En febrero de 1860 se encontró en Londres con Herzen y Ogarëv [18]. Los lazos que estrecharon entonces, el debate entre los directores del «Kolokol» y el más abierto, inteligente y valeroso representante de la nueva generación que aquéllos tuvieron oportunidad de conocer, constituyen el punto de partida de *Zemlia i volia,* su nacimiento ideal.

Pronto se estableció entre ellos no sólo una relación de colaboradores políticos, sino una cálida amistad. Los ideales comunes tuvieron un reflejo inmediato sobre sus vidas personales, dándonos un ejemplo más de la completa fusión de los problemas políticos y los morales y de costumbres, tan característica de la *inteliguentsia* de los años sesenta. Serno intervenía en la vida de Herzen y Ogarëv ya a finales de 1860, pocos meses después de haberlos conocido, y éstos se confiesan con él poniendo al desnudo ante sus ojos su vida más íntima; naturalmente, ello acabó dejando profundas y ocultas huellas en sus relaciones [19].

Este lazo pudo crearse muy rápidamente debido a que Herzen y Ogarëv vieron con sorpresa, y sobre todo con gozo, que Serno había encontrado en Rusia, a través de su propia experiencia, las mismas ideas que ellos defendían en el exilio. Cuando Ogarëv leyó el artículo de Serno sobre los bancos agrícolas, en agosto de 1860, le escribió a Herzen que era «una delicia. Coincidimos tanto con él que hablamos el mismo lenguaje» [20].

La especial atención que Serno prestaba entonces a los problemas financieros de la reforma, su convicción de que el estado debería asumir la tarea de una gran operación de rescate de las tierras nobiliarias, atraían de modo particular el interés de Ogarëv, que desarrollaba por entonces ideas parecidas en el «Kolokol», ideas que resumirá pronto en su *Essai sur la situation russe* [21]. Considerada desde el punto de vista financiero, la *obshina* le parecía algo más que una cooperativa agrícola capaz de asegurar a todos el instrumento de trabajo, la tierra; también era una organización mutualista en la que podría basarse el crédito agrario. «*Ôtez ce gouvernement incapable* —dirá— *et vous trouverez dans la solidarité communale la vrai garantie du crédit de l'Etat. Laissez le principe de cette solidarité se développer librement, c'est-a-dire tranquillement, et vous trouverez que, fidèle à soi-même, il se transformera en un système de communes ou societés d'assurance mutuelle, en un système de banques communales, propres à créer un crédit social solide*»... No era necesario demostrar la importancia de este aspecto financiero del problema. «*Je me borne à vous faire observer que jamais en Russie la nécessité des banques locales ne s'est faite tant sentir qu'au moment actuel. Jamais il n'y a eu*

sur ce point tant de projets à bases diverses, tant d'essais et de tâtonnements pour poser et resoudre le problème» * [22]. Pero la única solución satisfactoria a sus ojos consistía en dejar que el germen mutualista contenido en la *obshina* actuase lo más posible, favoreciendo el ahorro en el campo y dejando que éste fuera empleado por la propia comunidad campesina. Por eso había que aliviar al máximo la presión fiscal sobre el campo, sustituyendo el rescate por una tasa, un impuesto sobre toda la nación. Para lo demás, había que «*laisser le crédit s'organiser*» [23].

Las ideas de Ogarëv y Serno, aunque partían de bases parecidas, no coincidían justamente en esta conclusión. Serno estaba demasiado influido por las concepciones de Chernyshevski para aceptar una solución tan espontaneísta del crédito. En él seguía presente la necesidad de una financiación estatal, de una intervención del estado para el desarrollo de las comunidades campesinas. No sólo un aligeramiento fiscal —aunque radical, como sostenía Ogarëv—, sino la utilización de los bienes y la organización del estado para financiar la transformación agrícola de Rusia.

El 15 de junio de 1860 había terminado —y se la pasó a Herzen para insertarla en la colección «Golosa iz Rossii» (Voces de Rusia), que flanqueaba «Poliarnaya zvezda» y el «Kolokol»— una primera conclusión sobre el problema campesino, absolutamente inspirada en la convicción de que era necesario proceder de inmediato a una profunda reforma [24]. El descontento era general. La situación financiera no podía ser peor. «Dado el primer paso, pronto resultó evidente que debían cambiar todos los elementos de la administración. De toda la inmensa maquinaria estatal, casi ni un tornillo resultó eficiente. Apenas tocada la servidumbre campesina, tuvo que ser cambiado casi por entero el código legal.» Ahí estaba «la piedra angular de la gran renovación de Rusia» [25]. Pero la incertidumbre era grande. El estado parecía paralizado ante las consecuencias que la liberación entrañaría inevitablemente. La consecuencia sólo podía ser una: la reforma que nadie era capaz de realizar desde arriba se haría desde abajo. Serno presentaba un detallado proyecto para resolver el problema fundamental, el financiero. Descartaba la tentación de dar a los campesinos menor tierra de la que tradicionalmente estaba en sus manos, y de hacerles pagar por el rescate de sus personas. Confiaba al estado la totalidad de la operación de rescate, basada en préstamos interiores y exteriores (pensaba sobre todo en los Estados Unidos, cediéndoles acaso Alaska) [26]. «Al problema de si es

* «Eliminad ese gobierno incapaz y encontraréis en la solidaridad comunal la verdadera garantía del crédito del Estado. Dejad que el principio de dicha solidaridad se desarrolle libremente, o sea tranquilamente, y encontraréis que, fiel a sí mismo, se transformará en un sistema de comunas o sociedades de seguros mutuos, en un sistema de bancos comunales, adecuados para crear un crédito social sólido...» ... «Me limito a haceros observar que nunca se ha dejado sentir en Rusia la necesidad de bancos locales tanto como en el momento actual. Jamás ha habido tantos proyectos con diversas bases sobre este punto, tantos ensayos y tanteos para plantear y resolver el problema.»

posible un empréstito exterior, respondemos: es indispensable» [27]. Sobre estas bases surgiría todo un nuevo sistema de crédito agrario. Esta era la clave de la reforma, así como, en general, una buena organización del crédito era esencial para toda la economía moderna. Basándose en las ideas del economista polaco August Cieszkowski, y del húngaro Ignatz-Eduard Horn, describía minuciosamente el mecanismo de las obligaciones que financiarían la emancipación campesina, sin pesar sobre el presupuesto estatal, ya débil de por sí a causa de un mal sistema fiscal. ¿Sería capaz Rusia de realizar pacíficamente una transformación tan profunda? Serno, en el verano de 1860, se inclinaba aún a responder que todavía no se había esfumado semejante posibilidad. Pero había que quererlo.

Toda la situación internacional —a la que Serno se mostraba especialmente atento en ese año de su estancia en Occidente— parecía confirmar sus esperanzas. En América, los estados antiesclavistas se hacían cada vez más fuertes y enérgicos [28]. En un opúsculo que publicó por entonces en París enunciaba su opinión sobre *La Russie et la question d'Orient*, con el pensamiento puesto en los pueblos sometidos al imperio turco. La situación era difícil en los países de Occidente, sí. «Todos los elementos de la civilización europea —decía— tienden a una rápida disolución.» El plebiscito de Saboya, que había dado la razón a la tiranía de Napoleón, le hacía pesimista. Las esperanzas no residían en los gobiernos y en las clases dirigentes. Serno miraba hacia otro lado. «Los obreros piensan que el orden actual no puede durar mucho. Las clases medias, en cambio, están sumamente contentas con la situación y son contrarias a cualquier cambio.» En la Europa de aquel momento, en medio de «la general decadencia moral», veía una luminosa promesa de un mundo nuevo: «Garibaldi y los Mil no pueden dejar de tener éxito en su empresa. Lo creo firmemente, toda Italia será libre.» Vio con sus propios ojos Italia en 1860, y en su prolongada jira por Europa de ese año conoció a Proudhon en París, y en Londres a Mazzini y Maurizio Quadrio [29].

«Pese al inmenso interés de semejantes hechos, mi corazón se vuelve hacia Rusia, sus problemas me son más queridos que los generales...» [30].

Cuanto más importante le parecía la posibilidad de un desarrollo positivo de la situación rusa, más grave fue para él la reacción del 19 de febrero de 1861.

Había regresado a finales de diciembre de 1860 a Rusia. La sensación de incertidumbre que se llevó al partir un año antes, se había agudizado. Reaccionó de dos maneras: mostrándose cada vez más valiente y claro en su actuación pública, evidente, y planteándose simultáneamente, de modo más preciso cada día, el problema de una organización clandestina capaz de tomar en sus manos la difícil situación. Era aún «el marqués de Posa» y ya estaba transformándose en un revolucionario. No sólo siguió colaborando en el «Sovremennik», sino que cuando vio que no le sería posible expresar abiertamente en esta revista sus opiniones

sobre el manifiesto del 19 de febrero y sobre las consecuencias de éste, cogió su manuscrito, partió de San Petersburgo el 14 de julio de 1861 y lo hizo imprimir en Berlín con su nombre y apellido. Se titulaba *Solución definitiva del problema campesino*[31]. «Publico este proyecto —decía— porque el problema campesino no resuelto, o, mejor dicho, desviado por el manifiesto del 19 de febrero, lo resolveremos sólo de dos modos: o con un rescate general o con las hachas. No existe una tercera solución»[32]. «Encontrará su solución final sólo cuando los siervos se transformen en libres propietarios campesinos, sin dependencia alguna de los nobles, sin ninguna obligación respecto a éstos»[33]. Recogía y exponía con más detalle su plan de rescate y de financiación pública y general de todo el campo ruso. Su opúsculo era en cierto modo una solución técnica de los problemas políticos planteados por Chernyshevski en sus *Cartas sin dirección*. La postura y el estado de ánimo eran muy próximos y similares: hablar con calma, decididos a prepararse juntos para una posibilidad distinta y revolucionaria. Las rebeliones campesinas —de las que Serno hablaba por extenso en su opúsculo— indicaban otro camino; la rabia y la desilusión ante la ocasión fallida de una reforma auténtica y verdadera preparaban a ambos hombres a adentrarse por él en ese verano de 1861. «Y la felicidad sería tan posible, tan próxima»... decía Serno al comienzo de su opúsculo, tomando estas palabras como lema de su escrito[34].

Otros muchos, en San Petersburgo y en provincias, reaccionaban como ellos en aquellos meses fatigosos. Será Ogarëv quien formule esta exigencia del modo más completo. Escribirá el primero y fundamental programa de la sociedad secreta que estaba naciendo.

A la pregunta «¿Qué necesita el pueblo?», contestaba «Tierra y libertad» *(Zemlia i volia)*. El lema estaba creado.

> Durante cuatro años se han escrito y vuelto a escribir proyectos de reforma campesina. Por fin se decidieron y han dado la libertad al pueblo. Han enviado por doquier generales y funcionarios para leer el manifiesto y celebrar funciones en la iglesia... El pueblo creyó en todo y rezó. Pero cuando los generales y funcionarios empezaron a explicar el manifiesto, se vio que la libertad había sido concedida de palabra pero no de hecho... Las *corvées* y los gravámenes fiscales seguían existiendo, y si el campesino quería conseguir su tierra y su isba tenía que pagárselas con su dinero... El pueblo no quiso convencerse de que había sido engañado tan amargamente... y ha hecho bien en no creer y no callar... Los dubitativos fueron persuadidos con el látigo, el palo y las balas. Corrió en Rusia sangre inocente. En vez de plegarias por el zar, se oyeron los gemidos de los mártires que caían bajo los latigazos y las balas, que se desmayaban en los cepos por los caminos que conducen a Siberia...

Había que volver a empezar desde el principio, que fijar un programa que respondiese a las exigencias del pueblo. Ante todo, «declarar libres a los campesinos con la tierra que poseen», y que continuarían cultivando organizados en *obshiny*. Nada de rescate, sino un impuesto igual al que ya pagaban los campesinos de estado. Según los usos tradicionales, las comunidades serían colectivamente responsables de estos impuestos. En cuanto a los señores, «el pueblo no quería ofenderlos» y por eso admitiría que el estado les pagara una compensación por lo que habían perdido, equivalente en conjunto a 60 millones de rublos anuales. Las tasas bastarían ampliamente para cubrir este gasto. Si acaso habría que reducir el ejército y los gastos de la corte. Había después que «librar al pueblo de los funcionarios. Para esto es necesario que los campesinos se administren por sí mismos en la *obshina* y en la *volost'*, por medio de sus representantes elegidos». También toda la nación debería estar gobernada por diputados, garantes de las conquistas realizadas y del presupuesto estatal. Para poner en práctica este programa era indispensable que el pueblo encontrase en los elementos cultos, en los oficiales, en algún noble, sus «amigos», aquellos que «lucharían contra el zar y los señores por la tierra, por la libertad del pueblo, por la humana verdad» [35].

Cuando Serno regresó de Londres a Rusia ya se había escrito y publicado el manifiesto de *Zemlia i volia*, que fue acogido con gran aprobación y entusiasmo. Pero no había conseguido convencer a Herzen de la necesidad de crear una organización clandestina. Este se mostraba escéptico al respecto y lo será incluso más adelante. Aunque parece que fue justamente él quien le dijo a Ogarëv, que le preguntaba cuál nombre debería llevar la nueva sociedad: «Naturalmente 'Tierra y libertad'; es un poco pretencioso, pero claro y honesto. Es justamente lo que se necesita ahora.»

No era nada fácil el acuerdo práctico entre Londres y San Petersburgo en lo que concernía a la actividad y la organización de la sociedad secreta. La discusión se hizo pública cuando aparecieron los primeros números del «Velikoruss». Herzen se mostró convencido de que lo fundamental era ensanchar lo más posible semejante intento de crear una prensa libre. Otros en cambio pensaban, y lo dijeron en las columnas del «Kolokol», que era indispensable crear una organización clandestina enérgica y centralizada [36]. Ogarëv aprovechó en seguida para saludar con entusiasmo esta iniciativa y recoger y desarrollar sus planes de una sociedad secreta [37]. Esta tendría que transformar el «imperio de la esclavitud» en una unión de tierras autónomas, en una federación. En la misma estructura de la sociedad tendría que reflejarse esta voluntad de autonomía y de federación. La libertad de Polonia era una exigencia que entraba así en el proceso de liberación de la totalidad del imperio ruso. Según Ogarëv, sería imposible prever las vías por las que pasaría este proceso. ¿Por qué no aprovecharse de una constitución, si las fuerzas nobiliarias conseguían arrancár-

sela al zar? Lo importante era poner manos a la obra y crear los núcleos de la nueva sociedad en fábricas, escuelas, mercados, por todas partes.

En aquel otoño de 1861, precisamente eso estaba ocurriendo en Rusia. A. Sleptsov nos habla —y otras fuentes confirman su existencia— de comités creados en San Petersburgo, en Moscú, Tver, Saratov, Kazán, Nizhni Novgorod y otros centros provinciales [38]. Por primera vez, desde los decembristas, surgía en Rusia una organización ampliamente difundida. Era un hecho de notable importancia. Pero esta organización dejó pocas huellas, tanto porque pronto fue sofocada en su centro, como porque su profundidad de penetración no correspondía a su extensión.

Para comprender una de las razones de este hecho, basta con seguir la actividad de N. Serno. Gran parte de sus energías se consagraron, en 1861 y 1862, a una serie de iniciativas intelectuales y sociales que constituían, sí, una cobertura de su actividad política, pero a las que él mismo atribuyó —como todos los que lo rodeaban— una importancia tan grande que la obra clandestina pasó a segundo plano.

Así. a comienzos del invierno de 1861-62, Serno adquiere en la Perspectiva Nevski una librería con biblioteca circulante, con la idea de transformarla en centro de reunión y de difusión de libros políticos. Conseguido su intento, pudo dar así el primer impulso a un centro que incluso posteriormente, a través de muchas peripecias, tendrá una notable importancia en el movimiento populista de San Petersburgo. Tras su detención, la librería pasará a manos de A. A. Cherkezov, y será una de las bases de las organizaciones revolucionarias de los años sesenta [39].

Al mismo tiempo pensaba en iniciar una «sociedad de editores y libreros» cuyo estatuto no llegó a discutirse, a causa de su detención. Se trataba de una empresa animada por las mismas ideas que habían impulsado a Novikov, casi un siglo antes, a crear su sociedad tipográfica. Se trataba de infundir la cultura en provincias, de paliar, en cierto modo, las insuficiencias del estado ruso en el terreno de la difusión de la cultura.

Participó en la vida del Comité político-económico de la Sociedad Geográfica Rusa para tratar de hacer oír allí sus ideas en materia financiera y para expresar también allí su pasión por la libertad de palabra, por todas las libertades [40].

Más interesante, aunque más oscuro, es el papel que Serno tuvo en la vida, breve y agitada, de una revista cooperativa (en el sentido de que pertenecía a sus redactores y debía ser dirigida colegialmente), «Vek», que vivió desde el 18 de febrero al 29 de abril de 1862. Entre sus redactores encontramos a todos los hombres de segundo plano del populismo del momento, con algún elemento liberal. Serno representaba en este grupo el ala izquierda [41].

En las páginas de esta revista Shapov desarrolló, en una serie de artículos, su contraposición histórica de las autonomías locales y el régimen centralizado y burocrático. Shelgunov expresó en ella su fe en un

futuro desarrollo de Rusia, basándolo en las colectividades campesinas y las cooperativas obreras. Serno seguía compartiendo estas ideas, pero no se había dedicado —como Shapov, Shelgunov, Eliseev— a profundizarlas históricamente, a debatir todos sus aspectos, a formular, en suma, el ideal populista. Llevaba, en cambio, a aquel grupo una dura nota política, recordándoles a todos la necesidad de una organización más sólida [42].

Con ocasión de una disputa nacida de una postura antifeminista de Eliseev —disputa que se desarrolló en casa de éste el 27 de marzo— la estructura organizativa de la revista se vio en peligro y el grupo se dividió. «La reunión fue tempestuosa y animada —escribía más adelante Shelgunov en sus memorias—. El más violento de todos fue entonces Serno-Solov'ëvich, el cual sostuvo la necesidad de dar vida a un órgano de prensa propio. Cuando Eliseev le preguntó la razón, Serno respondió: 'Para que esté dispuesto para cuando sea necesario'.» En otra página de sus memorias, Shelgunov cuenta que Serno añadió: «En caso de insurrección» [43].

Su único artículo en esta revista está dedicado a las elecciones municipales de San Petersburgo, y no es muy importante [44]. Había preparado otro, vivo y pleno de fuerza, titulado *Pensamientos en voz alta;* pero, al parecer, no fue aceptado por la redacción y cayó poco después en manos de la policía, cuando Serno fue arrestado [45]. Era como una explicación pública de la actitud que había adoptado en la discusión editorial antes recordada. «Se acerca la hora», escribía. La disolución del sistema estatal (centralización) y económico (explotación) le parecía evidente. También él, como Shelgunov, contraponía los «principios populares» a este edificio «basado en modelos ajenos». Pero era preciso encontrar hombres capaces de hacer triunfar esos principios. Los privilegiados decían obrar en favor del pueblo, pero no hacían más que ocultar el otro aspecto de esta política: «todo sin el pueblo». Ellos mismos confesaban: «Nosotros no somos pueblo.» En suma, el reformismo liberal era incapaz de interpretar fielmente las opiniones y las tendencias populares, y de comunicar las propias a las clases inferiores. Expresaba los principios de las clases privilegiadas y las tendencias de la gente de bien, buena pero pequeña en número, sin la menor raíz en el pueblo y por tanto políticamente impotente.

> Es triste tener que reconocer esto, pero es necesario. Hay mucha gente que, con las mejores intenciones, considera que el periodismo y la literatura son una fuerza capaz de realizar cosas esenciales. Al buscar apoyo en una pseudo-fuerza no hacen sino distraer a los demás de las vías prácticas y efectivas.

Así, pues, ni las corrientes liberales ni la *inteliguentsia* en su conjunto podían ponerse a la cabeza del movimiento que se preparaba; tenía que

ser una fuerza política que aceptase los «principios populares» y que les fuera fiel hasta el final.

Por extraño que pueda parecer, este democratismo radical no está en contradicción con un proyecto de constitución preparado por Serno en ese mismo período; no sólo está dirigido al zar, sino que prevé para éste una importante función en la futura maquinaria estatal. En aquellos años, cualquier polémica en nombre del realismo político contra la atmósfera genéricamente liberal hacía renacer casi naturalmente el problema de un programa inmediato, hacía surgir la necesidad de crear una vida política más activa. Si se superaba por un momento la atmósfera de religiosa fractura que se había producido en torno al poder por obra de los teóricos de los «principios populares», si se planteaba de nuevo el problema en términos políticos, uno se veía impulsado —como el propio Chernyshevski— a tratar de ampliar la discusión a todas las fuerzas sociales, a apelar a una asamblea nacional. Las organizaciones revolucionarias eran aún demasiado débiles, oprimidas desde su inicio. Hasta que consiguieran crear la necesaria confianza en su propia capacidad para actuar por sí mismas, en su propia eficacia, era fatal que todos los que no querían limitarse a elaborar el ideal populista intentaran inducir a Alejandro II a dar al menos un paso decisivo por el camino de las reformas [46].

El proyecto de Serno era aún más moderado que el que Ogarëv estaba elaborando contemporáneamente cuando, con Herzen y Bakunin, lanzó la idea del *zemski sobor*. Hablaba de una asamblea nacional que tendría una base electoral de casta, de «estado», basándose en nobles, campesinos y ciudadanos. Tal era el peso de la tradición y del pasado. Pero a pesar de esta forma arcaica (que evoca un proyecto constitucional dieciochesco), mantuvo firmemente las conclusiones sociales del populismo [47], así como la exigencia de libertad de prensa, de religión, etc.

Este fue uno de los últimos escritos de Serno. La atención de la policía zarista se centró sobre todo lo referente a las relaciones entre Herzen y sus corresponsales y amigos en Rusia y esto provocó pronto la detención de Serno. El mismo lazo que había establecido éste entre los emigrados y las fuerzas nuevas, aquel lazo que había imprimido un nuevo impulso al desarrollo de *Zemlia i volia*, conduciría a la caída de su primer núcleo [48].

Un agente de la Tercera Sección avisó desde Londres que en julio de 1862 llegaría a Rusia un portador de numerosas cartas de Bakunin, Herzen, Ogarëv y Kel'siev. En la frontera éste fue arrestado y llevado a San Petersburgo. Aunque la actividad de la policía se había incrementado, los «propagandistas londinenses» no habían adoptado aún la menor precaución conspiratoria en su correspondencia; basándose en aquellas cartas, los guardias detuvieron sin dificultad a treinta y dos personas, hiriendo en la médula la organización todavía en germen.

Ogarëv le escribía a Serno para expresar su estado de ánimo sobre la situación del momento y para comunicarle la creciente desilusión que le causaban las clases dirigentes rusas. Hablaba además de nuevos amigos,

entre ellos el creador y poeta M. L. Nalband'yan. En una breve nota final Herzen proponía que el «Sovremennik», la revista de Chernyshevski, se imprimiera en Londres, en su tipografía, o que por lo menos se ligaran de alguna manera las dos iniciativas editoriales.

Esas líneas provocaron la detención de Chernyshevski; ese mismo día, 7 de julio de 1862, también Serno era llevado a la fortaleza de Pedro y Pablo.

Como ha escrito con justeza M. Lemke, las vicisitudes de los numerosos detenidos de esos días nos introducen en los más diversos ambientes de la Rusia de los años sesenta. Encontramos juntos a personas cultas y a gente que apenas sabía leer y escribir, creyentes e incrédulos, *raskol'niki* de las diversas sectas y hombres del servicio civil y militar, junto a nobles, campesinos, burgueses y comerciantes, funcionarios y profesionales libres, sesentones y jóvenes que aún no habían alcanzado la mayoría de edad. No se trataba de un grupo homogéneo, sino de una serie de elementos sociales en busca de un centro político. Pero este ambiente estaba ya transformándose —gracias a la voluntad de unos pocos, y sobre todo de Serno-Solov'ëvich— en el primer bosquejo de una asociación ramificada. El golpe la afectaba justo en el momento en que estaba a punto de realizar el que será su principal objetivo, o sea, salir de la capital, propagarse a provincias, crear una nueva fuerza extendiéndose fuera de los ambientes literarios y liberales urbanos. La asociación había ya rozado, en la persona de Nalband'yan, el problema nacional del imperio ruso, mientras que con sus intentos de contactos con las sectas había querido aplicar en la práctica las ideas sobre el carácter subversivo del *raskol* que Herzen y Shapov estaban exponiendo por entonces en sus libros y artículos. El propio Shapov se vio afectado durante un tiempo por la investigación, y sometido a interrogatorio. Lo mismo Turgenev, que en esa ocasión hizo una declaración no carente de interés, ya que en realidad demostraba lo alejado que estaba de la política activa. Hablará con desprecio de la rebelión polaca y con desdén de las ideas fanáticas de Herzen [49].

Las cartas de Bakunin secuestradas en esta oportunidad darán un fondo internacional al ambiente; veremos a la policía austríaca colaborar con la rusa en la detención de Andrei Ivanovich Nichiporenko, el cual, en el verano de 1862, había atravesado Lombardía con impresos italianos y rusos y con cartas de recomendación de Saffi y Bakunin para Garibaldi [50]. Pero salvo los hombres más conocidos ahora mencionados, la investigación no revelaba ninguna otra auténtica personalidad, al margen de Nalband'yan y Serno-Solov'ëvich [51].

Este último estuvo en la cárcel casi tres años, hasta comienzos de junio de 1865. La instrucción de la causa se prolongó durante todo ese tiempo; al principio Serno se negó a responder, pero después acabó exponiendo con firmeza y serenidad sus convicciones políticas.

Consiguió incluso —cosa rara— sacar de la fortaleza de Pedro y Pablo y hacer llegar a Herzen y Ogarëv, en Londres, un billete en el que reafirmaba su afecto y su fe. «Os amo como os he amado, amo todo lo que he amado, ¡odio todo lo que he odiado! El martillo golpea duro, pero no da en vidrio. Si el físico aguanta, nuestros días han de llegar...» No dejaba de rogar a los amigos: «Si veis a Osip [o sea a Mazzini], mis más cálidos recuerdos.» Toda la carta es conmovedora y termina con una breve noticia de los trabajos que había realizado en la cárcel [52].

Durante esos tres años siguió trabajando lo mejor que pudo, leyendo y reflexionando, aunque a veces lo dominaba la sensación de que su vida de hombre, que aún no contaba treinta años, estaba terminada y concluida [53].

Lo que escribió en la fortaleza de Pedro y Pablo era una continuación del diálogo iniciado con Alejandro II al tenderle su escrito en el jardín de Tsarskoe Selo, diálogo que finalizaba ahora por su parte con una apasionada y nada humilde petición de que lo dejaran trabajar, le permitieran tener una biblioteca y proseguir sus estudios. Encontramos en sus cartas proyectos económicos y financieros, a veces confesiones, sueños de posibles actividades, visiones de futuros trabajos y despegadas reflexiones sobre su situación sin salida. Tradujo también obras de Bentham, Gervinus, Byron, etc.

Uno de los temas constantes de estas meditaciones es la posición de Rusia en Europa. La rebelión polaca y la tensión nacional que la acompañó, pronto le dio ocasión para volver sobre este tema [54]. Rusia le parecía débil, por su incapacidad para hacer triunfar la libertad en su interior, y de seguir en el extranjero una política concorde.

> Con las reformas iniciadas, el estado ha perdido el poderío puramente físico que creaba la fuerza de Atila, Saladino, Gengis Khan y en general de todos los grandes conquistadores de Oriente. Pero aún no ha adquirido el poder moral que tiene su origen en la libertad y el autogobierno, y que constituye el poderío de los pueblos civilizados.

La guerra de Crimea había sido la primera derrota tras ciento cincuenta años de victorias, y por eso tuvo honda repercusión en los ánimos y las cosas. Ahora la rebelión polaca sorprendía a Rusia en un momento de transformación, cuando ya «la fe en el viejo sistema estaba quebrantada definitivamente y sin remisión», pero cuando todavía todo era inseguro e indefinido. La reacción que empezaba a dominar no hacía más que debilitar aún más esta situación espiritual de Rusia y, de rechazo, hacía insegura su política exterior.

> Hace cuatro años cada oficial de nuestro ejército seguía con satisfacción la campaña franco-italiana, compartiendo la causa defen-

dida por ésta; ahora los oficiales están destinados a hacer el mismo papel que los austríacos, a los que entonces odiaban profundamente.

Toda la política rusa en Polonia resultaba falseada por ello. Sólo era posible una salida —concluía Serno—, la que se emplea con los enfermos de gangrena: la amputación. Un manifiesto debería anunciar que «Rusia ha acogido el principio de la libertad civil», que se había concedido una amnistía y —sobre todo— que se convocaba una asamblea para decidir todos los problemas internos. Simultáneamente las naciones no rusas adquirirían su libertad. A los polacos se les dejaría elegir si formaban un gobierno independiente o federado en la forma que les pareciera oportuna; a Lituania, Bielorrusia y Ucrania se les ofrecería enviar a Rusia sus diputados o crear asambleas locales, y lo mismo se haría con las tierras del Báltico, mientras que Finlandia se convertiría en un gran ducado aliado de Rusia. «Más pronto o más tarde Rusia perderá Polonia, como Austria ha perdido Italia. Con el actual impulso de los tiempos, semejantes lazos no resisten. Y para nosotros será importantísimo contar en la vecina Polonia con un aliado, en lugar de con un enemigo.» Sólo quedaba prevenir con inteligencia y decisión lo que ya era un acontecimiento inevitable.

En este escrito Serno-Solov'ëvich volvía a hablar de la *zemskaya duma*. Como ocurre con muchas obras de la época, escritas en un lenguaje y una forma tradicionales, pretendidamente populares, también aquí nos asalta la duda de hasta dónde el autor cree verdaderamente en el acercamiento entre el pasado ruso y sus ideas democráticas, hasta dónde el hablar del *mir*, queriéndose referir a la asamblea constituyente, es una táctica política o más bien una fe real en la tradición rusa. Estas páginas de Serno son, desde luego, uno de los mejores ejemplos de esa literatura. Trataba, sin exageraciones populistas, de fundir realmente las tendencias democráticas y socialistas con los elementos autonomistas y colectivistas de la tradición rusa.

Un año después, el 7 de julio de 1864, así como en otras obras, volvía sobre los problemas internos del país [55]. La situación estaba determinada por la ignorancia general y él pedía escuelas. Hablaba de los males del capitalismo —infaliblemente unidos con la opresión del trabajo— para proponer una serie de medidas que, como él mismo decía, debían tender a la creación de un sistema de intervención estatal en la economía. Polemizaba contra la tradición rusa de tutela económica del estado pero, como Chernyshevski, estaba convencido de que para crear poco a poco el *laisser faire* había que pasar a través de una serie de medidas sociales. Sólo así evitaría Rusia los males de que adolecía Europa occidental. Pedía entre tanto al país que tomara la iniciativa en Europa del más completo librecambio, de la libertad de colonización por extranjeros del territorio ruso. «En cuanto Rusia esté en mejor situación, el excedente de población de

Europa central se verterá sobre nosotros.» Examinaba luego los problemos del desarrollo industrial. Quería que los ferrocarriles no fueran construidos por capitalistas privados ni por el estado, sino por sociedades anónimas. Quería que se ocuparan de ello las autoridades provinciales y locales, las cooperativas agrícolas o campesinas. El estado debía limitarse a proporcionarles créditos. Volvía así al tema central de su pensamiento económico, proponiendo toda una serie de medidas para la enajenación de los bienes del estado, que deberían servir de garantía en la financiación del desarrollo económico. Citaba el ejemplo de América, donde se habían debido recomprar a alto precio terrenos cedidos por nada. El estado ruso debería ser más cauto en la administración de las tierras de su propiedad, cediendo en usufructo —si acaso vitalicio— estas concesiones suyas, pero manteniéndolas controladas. Nos dice claramente cuál era su intención fundamental: crear un crédito estatal y al mismo tiempo dar la posibilidad de obtener nuevas tierras a los campesinos, a aquellos campesinos «que las necesitan más de lo que se cree generalmente».

Menos vivos son sus escritos sobre la «ciencia nueva», es decir sobre la ciencia de la sociedad. En estas páginas se refleja la voluntad del prisionero de volver a sumergirse en el estudio, el deseo de expresar de forma filosófica sus concepciones políticas, de decirse a sí mismo y a los demás una palabra indudable sobre el desarrollo de la sociedad humana. La filosofía de la historia nace aquí de una necesidad de asumir la propia fe, de dar forma de ley a las propias convicciones. Por lo poco que nos ha dejado sobre este tema podemos afirmar que era seguidor de Buckle, como otros muchos de su generación. Le habría gustado escribir entonces una visión de la historia universal que llevaría, como vigésimo y último capítulo, unas páginas de «conclusiones prácticas».

El 10 de diciembre de 1864 Serno-Solov'ëvich fue condenado a doce años de trabajos forzados, y después al exilio perpetuo en Siberia. El 9 de abril de 1865 el zar transformaba esta pena en la deportación de por vida a Siberia. El 2 de junio se desarrolló la ceremonia de la «ejecución civil». «Había mucho público», observó entonces un guardia [56].

En noviembre estaba en Irkutsk, donde escribía una carta a su amiga de juventud V. V. Ivashova, hermana de aquella Trubnikova en cuyo círculo había leído los primeros libros políticos y socialistas y esposa de A. A. Cherkezov, que había vuelto a abrir la librería popular de la Perspectiva Nevski. No se trataba de una carta desesperada. Le recomendaba su traducción de la obra de Engländer sobre las asociaciones obreras y le anunciaba de modo bastante transparente que estaba pensando en la fuga.

Documentos recientemente descubiertos y publicados demuestran que N. A. Serno-Solov'ëvich fue uno de los organizadores de un levantamiento que debía estallar en la primavera de 1866 entre los deportados polacos de Siberia oriental, y que habría podido difundirse a toda Rusia. No es fácil establecer cuántos eran los prisioneros polacos. Según la Tercera Sección, 33.958. Según el Ministerio del Interior, 36.459. Parte se en-

contraba en la Rusia europea, y en Siberia había unos 22.000. Entre las autoridades destinadas a su vigilancia no faltaban personas dispuestas a favorecer las fugas y a hacer algo para mejorar la suerte de estos náufragos de la insurrección de 1863. Serno-Solov'ëvich acabó encontrándose en el centro de una amplia red organizativa. El proyecto fracasó por culpa de un provocador. La insurrección polaca del 26 de junio de 1866 fue aplastada rápidamente. Muchos de los conjurados fueron detenidos. La muerte accidental, ocurrida el 14 de febrero de 1866, le evitó a Serno-Solov'ëvich la suerte de sus compañeros [57].

Tras recorrer la breve parábola de la existencia de Nikolai Serno-Solov'ëvich, podemos regresar a 1862 y examinar los grupos que habían empezado a organizarse por impulso suyo y que seguirán desarrollándose tras su detención.

Como hemos visto, su programa inicial se contenía en el escrito de Ogarëv «¿Qué necesita el pueblo?», que conoció amplia difusión. También sus principios organizativos se derivaban, al menos en parte, de la emigración londinense. *Zemlia i volia* debía estar compuesta por una serie de grupos de cinco personas, y cada uno de éstas tenía prohibido reclutar más de otros cinco miembros. El organizador del grupo mantenía relaciones con el dirigente de otra «cinquena». Cada uno conocía, pues, a cuatro compañeros del grupo de que formaba parte y a cuatro del que él mismo estaba obligado a crear. Al parecer esta organización fue sugerida por Mazzini a Ogarëv, que se la indicó a los jóvenes fundadores de *Zemlia i volia* [58]. También algunos elementos de la conspiración —como por ejemplo la tinta simpática— habrían sido proporcionados por Mazzini siguiendo el mismo trámite [59]. El nombre de Mazzini aletea en torno a las primeras fuentes de *Zemlia i volia.*

Otro aspecto de la organización se derivaba, en cambio, de las ideas que fermentaban entonces en el ambiente populista ruso, y que Ogarëv había propuesto hacía tiempo. *Zemlia i volia* debería representar, en su propia estructura, las diversidades históricas de las regiones rusas, su vida local y tradicional, en contraposición al centralismo estatal y sanpetersburgués. El propio Chernyshevski habría propuesto esta organización por regiones; es posible, aunque no del todo seguro. Sin detenernos en exceso sobre estos problemas de atribución de ideas que entonces estaban en el aire y ampliamente difundidas —ya hemos visto como Ogarëv las examinaba—, será interesante observar cuáles eran las regiones previstas en este esquema. Ante todo, la Rusia del norte, donde vivían tradiciones democráticas que «con algún cambio eran aún válidas para el tiempo presente». Se trataba, como recuerda Panteleev, de resucitar la tradición del *veche* (o sea de la asamblea ciudadana) que encontramos en la Edad Media, sobre todo en las tierras dominadas por Novgorod. Efectivamente existía una tradición en este sentido, pero era absolutamente literaria y política. Habían pasado dos generaciones desde que Radishev había vis-

to en el patriciado libre de la ciudad hanseática un símbolo, un modelo y una incitación. Desde entonces este mito seguía con vida en los movimientos liberales rusos, hasta influir ahora sobre el proyecto de organización de *Zemlia i volia.* Además, la región del Volga, que en esos años iba asumiendo con creciente claridad un perfil de mito revolucionario, con la evocación de los recuerdos del pasado, de Sten'ka Razin y de Pugachëv, con sus sangrientas y características revueltas de 1861. El Ural debía constituir una tercera región; los más importantes centros de reclutamiento de obreros-siervos se encontraban allí desde la época de Pedro el Grande, y tenían una historia de dureza y rebeliones. Además estaban previstas las regiones en torno a Moscú y Siberia. Quedaban Ucrania y Lituania. Allí el problema se convertía en nacional. «Allí debían actuar grupos locales. La organización de los grandes-rusos debía naturalmente establecer estrecho contacto con ellos, pero de igual a igual.»

Todo este esquema organizativo tenía sobre todo un valor ideológico. En realidad *Zemlia i volia* vivió como un conjunto de grupos formados en tiempos y momentos diversos, que tenían ya una individualidad propia, creada por quien los había montado. Y estos grupos abandonaron de mal grado tal fisionomía. Además, cuanto más autónomos eran, más vitales y activos se mostraban, mientras que al adecuarse a esquemas prefijados existían más de nombre que de hecho. Incluso en el centro, en San Petersburgo, nunca consiguió imponerse por completo una autoridad central indiscutible. En realidad el movimiento político nacía con toda naturalidad de la situación existente en Rusia tras la liberación de los siervos, surgía demasiado casualmente de una primera red de corresponsales y lectores del «Kolokol» o de una predicación de ideas hecha desde el «Sovremennik», para que pudiera adoptar una forma diferente a la de una germinación y una búsqueda de grupos distintos [60].

En San Petersburgo el núcleo central estaba constituido al principio por los amigos de los dos hermanos Serno-Solov'ëvich. Fueron ellos quienes introdujeron en él a A. Sleptsov, que, después de julio de 1862, trató, con mayor o menor éxito, de ocupar su puesto, sustituyéndolos tanto en la tarea organizativa del centro como en las relaciones con Herzen y el «Kolokol». Uno de los elementos más activos, junto con Sleptsov, fue N. N. Obruchev, pariente del Obruchev encarcelado por la distribución del «Velikoruss». *Zemlia i volia* empezaba así a congregar en torno suyo las mejores fuerzas procedentes de los distintos intentos de agrupación clandestina. Obruchev desempeñó un importantísimo papel en la propaganda entre los jóvenes oficiales. En Londres se imprimió un manifiesto que se había escrito con destino a ellos. En ese ambiente *Zemlia i volia* consiguió encontrar un eco relativamente amplio. Hallaron apoyo en Aleksandr Fomich Pogosski, que en 1858 había empezado a publicar su «Sol'datskaya beseda» (Conversación con los soldados). La Academia del estado mayor parece que fue ampliamente conquistada por la sociedad secreta. De este círculo procedía, por ejemplo, Aleksandr Dmitrevich

Putiata, noble y coronel, que al parecer formaba parte —junto con Chernyshevski, N. Serno-Solov'ëvich, A. Sleptsov, N. Obruchev, de la «cinquena» central de *Zemlia i volia*[61].

Pero el predominio numérico lo tuvieron los estudiantes, sobre todo después de los incidentes del otoño de 1861. N. Utin —quien más tarde será el animador del intento de crear en Ginebra una sección rusa de la Primera Internacional— entró por entonces en contacto con el movimiento clandestino, junto con V. I. Bakst, L. F. Panteleev —cuyas memorias ya hemos tenido ocasión de citar—, A. A. Zhuk, A. A. Richter, V. Lobanov, etc. El centro de este grupo, con una función directiva de la que es difícil dar pruebas efectivas, lo constituía el ambiente literario congregado en torno al «Sovremennik» y las grandes revistas culturales. V. S. Kurochkin —traductor de Béranger, uno de los creadores de la sátira política en verso entonces en boga—, Blagosvetlov[62], que durante toda la década del sesenta tendrá una notable función de organizador de revistas, G. Eliseev, P. Lavrov, son los nombres más importante de los escritores que tomaron parte, más o menos de cerca, en *Zemlia i volia*. La figura fundamental, el inspirador de todo el movimiento seguirá siendo, incluso tras su detención, Chernyshevski.

Uno de los primeros grupos que fuera de San Petersburgo se acercaron a *Zemlia i volia* fue el de la «Biblioteca de los estudiantes de Kazán», que se convirtió en Moscú en el primer germen del movimiento clandestino de esa ciudad. Hacia 1859 los estudiantes universitarios procedentes de Kazán habían empezado a agruparse. A menudo se trataba de alumnos de Chernyshevski, de la época en que éste fue profesor en su ciudad[63]. El espíritu que los animaba parece haberse distinguido, desde el principio, por una nota de extremismo que aún no se había dado en San Petersburgo. Las ideas de Shapov, que estableció contacto con esta biblioteca, desempeñaron un notable papel para crear ese estado de ánimo. Cuando uno de sus jóvenes fundadores, Yuri Mosolov, trató de formular un programa, insertó en él ante todo la idea de una administración por regiones de la futura Rusia[64]. Este autonomismo extremado estaba estrechamente ligado con la idea de una radical transformación de las relaciones agrarias. Se trataba de un reflejo de la situción particularmente tensa de la región de donde procedían los estudiantes. Mientras que en San Petersburgo se pensaba aún en ampliar el sector de tierras que las reformas concederían a los campesinos, mientras se pensaba en que les resultara menos gravoso el rescate, en Moscú Mosolov hablaba ya de la abolición de la propiedad privada, es decir, de una estatización completa de la tierra, que simultáneamente sería concedida al cultivador. Las manifestaciones contra los profesores reaccionarios, los castigos que en esa ocasión sufrieron los estudiantes, aportaron nuevas fuerzas al pequeño grupo inicial moscovita. Este estableció entonces un lazo con cierto número de oficiales que compartían sus ideas. El grupo tenía ya cierta consistencia y un

espíritu propio cuando, en 1861, empezó a establecer los primeros contactos con San Petersburgo.

Uno de los creadores de *Zemlia i volia,* Sleptsov, en un viaje por el Volga, fundó o entró en contacto con grupos de Astraján, Saratov, Kazán, Nizhni Novgorod y Tver. G. N. Potanin, más adelante conocido viajero y etnógrafo, estuvo en el centro de la propaganda en los Urales [65]. Panteleev nos ha narrado en primera persona sus intentos de crear un grupo en Vologda, las dificultades y la obtusidad del ambiente provinciano que allí encontró. Son curiosas sobre todo las indicaciones que proporciona sobre el estado de ánimo de algunos nobles, los cuales se definían como «jacobinos puros» sólo porque tras la reforma se habían visto obligados a ceder parte de sus tierras a los campesinos, pero que ya habían dejado de hablar de asamblea nacional desde que advirtieron que podían contar con el apoyo de las autoridades provinciales y sobre todo desde que consiguieron quitar de en medio a dos gobernadores hostiles a ellos. Incluso por este mínimo ejemplo es fácil ver cuáles eran las incertidumbres de aquel constitucionalismo nobiliario con el que los propagandistas tenían que contar para difundir la idea de la asamblea nacional.

En Kiev, el estudiante Tit Del'kevich distribuirá entre los oficiales los llamamientos de *Zemlia i volia.* Descubierto, conseguirá huir a Moldavia y será condenado en rebeldía, en 1863, a doce años de trabajos forzados.

En Perm, el animador de todo el movimiento era Aleksandr Ivanovich Ikonnikov, quien tras haber sido compañero de Shapov en la Academia Eclesiástica de Kazán fue uno de los iniciadores —junto con P. S. Efimenko— del fermento que se manifestó en aquellas tierras a finales de los años cincuenta. Detenido ya en 1861 por distribuir un manifiesto y después liberado, será deportado a Siberia al año siguiente. No regresará hasta 1870 [66].

En el invierno de 1862-1863, recién sentadas las bases de la organización de *Zemlia i volia,* ésta se encontró ante el problema polaco. La independencia de Polonia formaba parte integrante de su programa. Pero, ¿cómo aportar una ayuda efectiva a los polacos? La cuestión estaba en elegir el tiempo y el momento de la acción. Los hombres de *Zemlia i volia* esperaban para 1863 un estallido revolucionario entre las masas campesinas rusas que, tras dos años de régimen provisional, se encontrarían ante los resultados definitivos de la reforma. Por lo tanto pedían a los polacos que no precipitaran su insurrección, que la coordinasen con la rusa. Sólo así podrían proporcionarles una aportación real. Pero los polacos, empujados por las medidas represivas del estado, estaban arrastrados por la lógica de su propia situación. Al no poner la menor esperanza en una sublevación general de los campesinos, confiaban en sus propias fuerzas y en la ayuda de Europa.

Zemlia i volia se encontró así ante inmensos problemas, con la necesidad de resolverlos de inmediato, sin disponer en absoluto de las fuerzas necesarias [67]. Las negociaciones con los polacos se celebraron en varias ocasiones y se intensificaron cuando, en diciembre de 1862, llegó a San Petersburgo, desde Varsovia, un miembro del Comité central nacional, Segismundo Padlewski. Este, provisto de una recomendación de Herzen y Bakunin, pidió por medio del oficial Kossowski, jefe de un grupo polaco de la capital rusa, entrar en contacto con el comité central de *Zemlia i volia.* «Fue un momento difícil», cuenta Sleptsov. Existía un grupo de oficiales rusos de guarnición en Varsovia, encabezados por Potebnia, el cual estaba ya en contacto con Herzen, decididos a actuar con las armas en la mano junto a los polacos. Las negociaciones fundamentales se realizaron en Londres. Pero en lo que tocaba a la organización local, los *zemlevol'tsy* tenían que contar con sus propias fuerzas. Las negociaciones fueron confiadas a Sleptsov y Utin, los cuales tuvieron que declarar que «la organización revolucionaria en Rusia está aún en sus inicios, es débil y no tiene gran influencia sobre la sociedad... Antes de mayo de 1863 es impensable una revolución en Rusia... Si los polacos empezaban antes, los rusos no podrían proporcionarles la mínima ayuda, no podrían hacer más que tratar de orientar la opinión pública en sentido favorable a Polonia» [68].

En resumen, se llegó a un acuerdo del que reproducimos las cláusulas fundamentales.

> *1) Les principes fundamentaux posés dans le lettre du Comité Central national à MM. Herzen et Bakunin sont acceptés comme bases de l'alliance des deux peuples polonais et russe.*
>
> *2) Le Comité Central national reconnait le Comité de la Russie libre comme le seul répresentant de la révolution russe, et le Comité de la Russie libre reconnait de son côté le Comité Central national comme l'unique répresentant de la nation polonaise. Cependant le Comité Central est autorisé à continuer les relations qu'il possède avec le Comité révolutionnaire de Londres.*
>
> *3) L'organisation du Comité Central des Ukraniens comprendra tout le pays situé en deça du Dniepr...*
>
> *4) Le Comité Central national reconnait que la Russie n'est pas assez bien preparée pour seconder par un mouvement insurrectionnel la révolution polonaise dans le cas où celle-ci devrait éclater dans un temps très rapproché. Mais il compte sur une diversion efficace de la part de ses alliès russes pour empêcher le gouvernement du Czar d'envoyer des troupes fraîches en Pologne.*
>
> *Il espère aussi qu'une propagande bien dirigée lui permettra de nouer des relations avec les troupes résidentes en ce moment en Pologne. Au moment de l'insurrection cette propagande devra pren-*

dre une forme plus arrêtée et amener les troupes à favoriser activement le soulèvement.

5) Les militaires russes résidents en Pologne qui entreront dans la conjuration, se lieront ensemble en un corps organisé dirigé par un comité qui résidera à Varsovie et auprès duquel l'organisation de la Russie libre aura un répresentant. Ce répresentant pourra imprimer à cette nouvelle organisation un caractère national dans le sens de la cause de l'independence russe. Jusqu'à nouvel ordre les frais necessités par cette organisation militaire restent à la charge du Comité Central national * [69].

Cuando estalló la insurrección polaca, hicieron lo posible por mantener su compromiso. En enero de 1863 Sleptsov partió para Londres, vía Varsovia, para ponerse de acuerdo con Herzen. Al pasar por Polonia envió a San Petersburgo el manuscrito de un manifiesto que, tras ciertas correcciones, se imprimió y difundió en febrero. Era una primera voz de solidaridad con los polacos; como los diarios oficiales habían asumido un tono violento contra Polonia, Herzen pudo decir que con este manifiesto *Zemlia i volia* «se hacía iniciadora de una rehabilitación de Rusia» [70].

El manifiesto estaba lleno de admiración por la voluntad insurreccional de Polonia, por su valor, por su mismo pasado. «Siempre ha sido

* «1) Los principios fundamentales planteados en la carta del Comité Central nacional a los señores Herzen y Bakunin son aceptados como bases de la alianza de los pueblos polaco y ruso.

2) El Comité Central nacional reconoce al Comité de la Rusia libre como el único representante de la revolución rusa, y el Comité de la Rusia libre reconoce por su parte al Comité Central nacional como único representante de la nación polaca. Sin embargo, el Comité Central queda autorizado a continuar las relaciones que mantiene con el Comité revolucionario de Londres.

3) La organización del Comité Central de los Ucranianos comprenderá todo el país situado de este lado del Dniéper...

4) El Comité Central nacional reconoce que Rusia no está lo bastante preparada para secundar con un movimiento insurreccional la revolución polaca en el caso de que ésta deba estallar en un tiempo muy próximo. Pero cuenta con una eficaz maniobra de diversión de sus aliados rusos para impedir al gobierno del zar enviar tropas de refresco a Polonia.

Espera también que una propaganda bien dirigida le permita anudar relaciones con las tropas de guarnición en ese momento en Polonia. En el momento de la insurrección esa propaganda deberá tomar una forma más decidida e inducir a las tropas a favorecer activamente el levantamiento.

5) Los militares rusos residentes en Polonia que entren en la conjuración se unirán en un cuerpo organizado dirigido por un comité que residirá en Varsovia y en el cual la organización de la Rusia libre tendrá un representante. Este representante podrá imprimir a esa nueva organización un carácter nacional en el sentido de la causa de la independencia rusa. Hasta nueva orden los gastos requeridos por esa organización militar estarán a cargo del Comité Central nacional.»

superior por su cultura, por sus costumbres, por su desarrollo cívico. Polonia no soportaba siquiera la sombra del despotismo en los tiempos en que nosotros nos considerábamos felices de ser esclavos.» Enlazaba estrechamente la suerte de polacos y rusos. «¿Por qué el gobierno no quiere renunciar a Polonia? Porque ve en su libertad la libertad de Rusia, o sea la ruina del propio gobierno.» «Este cree que, sofocando el movimiento polaco, hará imposible un movimiento similar en Rusia.» No se trataba de una influencia de las ideas polacas, el movimiento era poderoso en toda Europa. El gobierno ruso, al detener y deportar a Siberia, «se convierte en el mejor propagandista de las ideas revolucionarias». El escrito polemizaba después sobre la situación inmediata, subrayando las crueldades del ejército ruso en Polonia. «El gobierno fusila a los prisioneros polacos, como los americanos del sur fusilan a los negros.» Defendía la guerra popular que, por otra parte —decía—, fue la que los rusos adoptaron contra los mongoles, los polacos y los franceses. «Así se rebeló Garibaldi. Y sin embargo hoy incluso quienes se entusiasmaban con él niegan neciamente el heroísmo de los polacos, heroísmo aún más digno de asombro y de simpatía que el de Garibaldi. En cualquier caso, los polacos han sufrido tanto bajo Alejandro II como los napolitanos bajo los Borbones.» Terminaba con un llamamiento directo a los oficiales del ejército ruso para que se negaran a combatir y fraternizaran con los insurgentes.

Era el comienzo de la campaña en favor de Polonia en la que *Zemlia i volia* empleó y sacrificó todas sus fuerzas.

Entre las tropas rusas de guarnición en Polonia ya eran muy grandes los sacrificios de quienes están ligados, directa o indirectamente, con la sociedad secreta. La represión había pesado sobre ellos desde el principio. Cuando se advirtió que «ciertos oficiales, con el pretexto de un desarrollo moral del soldado, les leían libros, sobre todo históricos, explicándolos de modo que engendraran ideas de rebelión contra el emperador y el gobierno», se tomaron medidas cada vez más severas. El 24 de abril de 1862 fue detenido un grupo de oficiales. El 16 de junio fueron fusilados tres de ellos, Arngol'dt, Slivitski y Rostovski [71]. Pero las autoridades no comprendieron que se trataba de un eslabón de una cadena. Andrei Potebnia, el alma del comité de Varsovia, siguió en estrecho contacto con Herzen y más indirectamente con los grupos de San Petersburgo. Realizó en persona, el 15 de junio de 1862, un atentado contra el responsable del fusilamiento de sus tres compañeros. El general Liders fue herido sin que nadie sospechara de Potebnia. Una vasta red de simpatías y apoyos protegía a los oficiales revolucionarios [72].

En el extranjero, Sleptsov buscó nuevas bases para la prensa y su difusión. Naturalmente, se dirigió a Herzen. Este conservará de él un recuerdo curioso y acongojado. Lo sorprendieron el orgullo y la arrogancia de aquel joven. Le propuso que se convirtiera él, Herzen, en «agente» de la *Zemlia i volia* [73]. Tras la detención de Chernyshevski y de Serno-Solov'ëvich fermentaba evidentemente entre los jóvenes de San Petersburgo un espí-

ritu de orgullo y exaltación, del que encontramos numerosos ejemplos en las memorias de la época [74]. La magnitud de las tareas que habían asumido, unida a la insignificancia de los medios de que disponían, favorecía la aparición de tal estado de ánimo.

Pese a esta diferencia de mentalidad —y a un primer choque inicial—, se estableció una colaboración entre este joven enviado de *Zemlia i volia* y la organización londinense. Realmente la insurrección polaca indujo a Herzen a aceptar y ayudar a la organización de *Zemlia i volia,* en la que había creído tan poco en los dos años anteriores. El «Kolokol» publicará una serie de llamamientos para recoger fondos. Herzen empezará a trabajar intensamente, en contacto con la nueva tipografía rusa en el continente, creada ya en otoño de 1862 por V. I. Bakst. Este era un joven que después de haber participado en las manifestaciones estudiantiles y en los primeros intentos clandestinos, había emigrado a Alemania, donde tomó activa parte en las luchas y discusiones que dividieron la colonia estudiantil de Heidelberg [75].

En el momento de la rebelión de Varsovia algunos jóvenes rusos de aquella universidad siguieron a sus compañeros polacos, que volvían a la patria para tomar parte en la revolución. Los que se quedaron se dividieron en dos sectores: uno oficialmente patriótico y otro que apoyaba a Polonia. Las relaciones entre ellos pueden adivinarse fácilmente por el título que los jóvenes influidos por *Zemlia i volia* dieron a un periodiquillo que publicaban: «*À tout venant je crache*». Bakst había conseguido crear en Berna un pequeño centro tipográfico, entre mil dificultades, para desarrollar esta campaña. Colaboraron en ella Aleksandr Serno-Solov'ëvich y otros. Se trató, por lo tanto, de imprimir una dirección única a este centro y al londinense. Como ya había ocurrido en otros casos, no fueron nada fáciles las relaciones entre Herzen y la joven emigración. De todos modos, la tipografía de Berna acabó convirtiéndose en uno de los centros de la propaganda en Rusia [76].

Herzen decía que estos estudiantes no sabían escribir, y que él lo haría por ellos. Otros escritos publicados allí pertenecen a Ogarëv y Bakunin. Por lo demás, se trata de cuatro hojas en total, dirigidas «a la gente rusa», «a los ejércitos rusos en Polonia», «a los soldados» y «al pueblo ortodoxo» [77]. Estos llamamientos representan un intento de explicar hasta qué punto están ligados el problema polaco y el ruso. Hablando a los soldados, o sea a los campesinos de uniforme, se les recordaba con particular eficacia que en Rusia se había concedido «una falsa libertad». Los soldados tenían que ayudar al pueblo para que no existieran más castas, ni nobles, ni campesinos, sino un solo pueblo ruso capaz de elegir sus propios administradores, tras haber barrido a los funcionarios ladrones del zar. En este llamamiento, como en el dirigido «al pueblo ortodoxo», se hacía un evidente esfuerzo por crear un lenguaje revolucionario popular, mezcla de concesiones al modo de hablar corriente y de términos a los que se intentaba infundir un significado nuevo. Además

de los cuatro manifiestos, imprimieron una colección de *Libres canciones rusas,* que, como se lee en el prefacio, quería ser «el primer cancionero libre de Rusia». En él colaboró ampliamente Ogarëv.

El esfuerzo para hacer llegar a Rusia estas hojas y distribuirlas fue considerable. Encontramos un eco de él en las cartas de Herzen de ese período. Se trató de colocar cierto número de personas en ciudades y centros de Europa occidental, desde donde fuera posible establecer lazos con Rusia. Por lo demás, nunca fueron muy numerosas; es probable que pudieran contarse con los dedos de una mano en el momento en que el trabajo fue más intenso. En Italia esta actividad estuvo confiada a Lev Il'ich Mechnikov, que había peleado con los Mil y a quien ya hemos visto en relaciones con Chernyshevski.

Simultáneamente a la difusión de la prensa emigrada, se realizó un notable esfuerzo por dar vida a una prensa clandestina en la propia Rusia.

Su centro principal se estableció en Mariengauzen, en la gobernación de Vitebsk, en diciembre de 1862. Este era uno de los centros y focos de la proyectada insurrección. Colaboraron en su organización N. I. Utin, Mijail Karlovich Veide y otros. Cayó en manos de la policía el 19 de febrero de 1863. Y no en Mariengauzen, sino en otro lugar, se imprimieron dos números de un periódico titulado «Svoboda» (Libertad): el número uno antes de la insurrección polaca de enero de 1863, y el número dos en el verano de ese mismo año [78].

Se reafirmaba el lazo con la «sociedad», es decir, con aquel movimiento de ideas que había engendrado *Zemlia i volia.* La tarea de los revolucionarios sería «poner a las clases cultas de parte de los intereses del pueblo». También se expresaba el deseo de una propaganda entre los campesinos, pero jamás se dio el paso decisivo. Fueron siempre intelectuales que trataban de defender los intereses populares dentro de la clase culta. El centro de *Zemlia i volia* no promoverá ninguna tentativa de propaganda directa en las aldeas. Panteleev así lo afirma explícitamente, y en este asunto podemos concederle crédito.

El segundo número de «Svoboda» volvía sobre el problema polaco, insistiendo menos en el derecho de toda nación —y de Polonia también, por lo tanto— a conquistar su independencia, y hablando más ampliamente del peligro de guerra que amenazaba a Rusia, y de sus condiciones internas que no permitían ni justificaban una lucha armada contra el resto de Europa. El cuadro que el periódico trazaba de la dureza de la vida rusa y de las persecuciones de los últimos tiempos no carecía de eficacia; pero se trataba de propaganda genérica, típica de un momento de reacción y de resistencia a las medidas represivas del gobierno.

Cada esfuerzo, cada intento representaban ya un deber, acaso un heroísmo, sin la menor esperanza de victoria. La insurrección polaca estaba derrotada. Potebnia, pese a los consejos de Herzen y de sus amigos rusos, quiso regresar a Polonia, a luchar hasta el final, a recoger lo que quedaba de la organización militar revolucionaria, y a morir. En la noche del 22 de

febrero (5 de marzo), cayó en batalla. «Que Dios nos dé éxito en la lucha contra los tiranos» fueron sus últimas palabras [79].

En San Petersburgo, en los otros centros rusos, los jóvenes de *Zemlia i volia* no se daban por vencidos, pero las crecientes dificultades en que se encontraban, su aislamiento cada vez mayor, explican que los pocos elementos aún activos acabaran encontrándose en una dependencia cada vez más clara de la emigración. Probablemente del otoño de 1863 es un proyecto de estatuto de *Zemlia i volia,* que convertía prácticamente al «Kolokol» en centro del movimiento.

La reacción y el desaliento que siguieron al final de la rebelión polaca acabaron por llevar a una especie de autodisolución del grupo central de San Petersburgo. Como decía entonces Herzen, a finales de 1863 *Zemlia i volia* era ya un «mito», y como tal vivió únicamente en las tentativas tenaces —aunque cada vez más desafortunadas— que Ogarëv, Bakunin y Herzen hicieron por reanudar los contactos con Rusia.

Pero aunque no hubieran hecho sino dar vida a este «mito», los *zemlevol'tsy* habrían tenido históricamente una importante función. Crearon el primer movimiento clandestino de cierta consistencia, movimiento que fue al tiempo una consecuencia de las reformas de Alejandro II y una respuesta a ellas. Con sus escritos, aunque fueran en su mayoría genéricos, plantearon algunos problemas que seguirán siendo fundamentales y que se recogerán luego. Respecto al «Velikoruss» significaron un paso adelante. Ya no hablaban a las clases cultas en términos de advertencia y amenaza, acaso táctica: plantearon la exigencia de representar al movimiento campesino y de prepararse para guiarlo. Es cierto que todo ello no salió del plano teórico. Para guiar era preciso establecer un contacto, y los *zemlevol'tsy* no tuvieron ningún lazo directo con las clases populares, en su trabajo práctico. Eran ya populistas, pero más aún teóricos del populismo. Sólo el ingenuo y entusiasta movimiento de la «ida hacia el pueblo» conseguirá tender un primer puente sobre este abismo.

La primera *Zemlia i volia* vivió, en suma, con la voluntad —que animó a varias decenas de jóvenes intelectuales, estudiantes y oficiales— de constituir un grupo claramente contrapuesto no sólo al estado absolutista, sino también al genérico liberalismo y reformismo de las clases cultas. Esta voluntad les permitió superar la inicial desconfianza o la ironía de sus maestros e inspiradores, Herzen y Chernyshevski. Esta voluntad inspiró la organización que empezaba ya a extenderse a las provincias, y que permitió congregar en torno a un grupo central, aunque sólo por un breve momento, a los grupitos y movimientos que se habían ido formando aquí y allá.

Nadie mejor que el anónimo autor de la *Respuesta al «Velikoruss»* expresó esta decisión, cada vez más firme con el paso de los difíciles meses de 1861, 1862, 1863, esta voluntad cada vez más patente de salir del mundo de la política oficial, incluso cuando se presentaba con ropajes reformadores.

> La sociedad —decía— no se pondrá nunca en contra del gobierno y jamás dará voluntariamente al pueblo lo que éste necesita, pues la «sociedad» está constituida por propietarios-funcionarios que tienen en común con el gobierno principios y aspiraciones, así como intereses y delitos. Jamás podrá producirse una pugna real entre ellos, sólo podrá haber malos entendidos sobre el modo de repartirse en partes iguales el derecho a oprimir y saquear al pueblo. Esta «sociedad» es tan manida y débil como el gobierno, al que siempre ha servido. Como masa, está empapada hasta los mínimos poros de su organismo de un mezquino doctrinarismo, de servilismo y de instintos corrompidos y egoístas. No sólo es incapaz de renovar a Rusia, sino de renovarse a sí misma. En este ambiente el principio vital está representado por una pequeña minoría, que le es enemiga. Esta minoría pertenece al pueblo por sentimiento, pero en realidad no tiene ningún lazo con él. Todo el mal estriba en eso. Las buenas intenciones de la minoría son inútiles, dada su impotencia, y al pueblo no le basta el valor para dar la señal y tomar la iniciativa [80].

Durante veinte años el movimiento revolucionario será al mismo tiempo un difícil viaje de descubrimiento de la realidad popular rusa y un esfuerzo para organizar esa pequeña minoría.

Aleksandr Serno-Solov'ëvich tratará de desarrollar en la emigración este legado de sus compañeros, de su hermano. Sentía pesar sobre sus hombros la responsabilidad derivada de ser uno de los pocos supervivientes de *Zemlia i volia,* pues la suerte le ahorró la deportación o el silencio a que tantos otros se vieron condenados.

El camino que elegirá en Suiza está lleno de interés para la historia del populismo, porque nos muestra las razones de la disolución de la alianza entre los redactores del «Kolokol» y la joven emigración, que —en medio de tantos trances y dificultades— se había ido estableciendo en el momento de la insurrección polaca. Y es interesante sobre todo porque nos hace ver cómo la apasionada búsqueda del pueblo de los *zemlevol'tsy* encontró una nueva expresión en su adhesión al movimiento obrero.

Esta experiencia suya nos aclara las tendencias más hondas del movimiento ruso de los años sesenta, movimiento aún ligado por mil hilos a las aspiraciones liberales, pero que contenía en sí elementos y fuerzas tales que hicieron de este joven intelectual ruso, trasplantado al suelo ginebrino, un apasionado e inteligente participante de la vida interna de la Primera Internacional [81].

Aleksandr, nacido en 1838, había tenido una juventud muy agitada por conflictos familiares y una sorda hostilidad hacia su madre y las escuelas donde estudiaba. Se han publicado algunas cartas de sus veinte años, donde vemos brotar su oposición política de su impetuosa y huraña

juventud [82]. Participó al principio en el movimiento ilegal de San Petersburgo, y en 1861 colaboró en la difusión del manifiesto de Shelgunov *A la joven generación.* Después tomó parte en los movimientos estudiantiles de ese mismo año, buscando, con su hermano, darles un significado más claramente político. En la primavera de 1862 organizó, junto con V. I. Kel'siev, un traslado de prensa ilegal desde Könisberg [83]. Luego fue uno de los elementos más activos de *Zemlia i volia,* empezando entonces a atraer la atención de la policía, que pegó a él un agente camuflado de lacayo y lo anotó como uno de los hombres más conocidos del ambiente intelectual de San Petersburgo [84].

Quebrantado por esta vida, con la salud debilitada, fue a curarse al extranjero, justo a tiempo para salvarse de la detención que infaliblemente habría caído sobre él, junto con su hermano.

Shelgunov, que lo conocía bien, decía de él que «por la energía de su temperamento, el ardiente apasionamiento de su carácter, la rapidez de su intuición, su inteligencia fina e irónica, el espíritu de entrega con que se consagró a la causa sin pensar nunca en sí mismo, era del número de los elegidos» [85].

Su vida de emigrado fue dura; a menudo sin dinero, afectado por una enfermedad mental heredada de su madre, que lo roía y lo llevará al suicidio, con la mente continuamente puesta en su hermano y en los amigos y maestros encarcelados y en la derrota de la insurrección polaca, vivió durante algún tiempo la vida de la pequeña comunidad de los emigrados, participando en los intentos que entonces se hicieron para crear una nueva tipografía rusa en Suiza, para administrar una caja de socorros mutuos entre los prófugos, para publicar las obras de Chernyshevski, prohibidas ya por la censura rusa.

A finales de 1866 leyó en el «Kolokol» un artículo que lo indujo a tomar la pluma. Se trataba de un escrito de Ogarëv sobre la situación en Polonia, sobre la política del gobierno zarista, que seguía persiguiendo a los patriotas y trataba de atraerse las simpatías de los campesinos entregándoles tierras. Este artículo reflejaba la autocrítica iniciada por Herzen y Ogarëv inmediatamente después del aplastamiento de la insurrección de 1863-1864, cuando se preguntaron con creciente insistencia de qué parte estaba la defensa de los intereses populares en Polonia [86]. Contra estas dudas, Serno quiso reafirmar la posición defendida por Chernyshevski. E incluso daba una formulación de dicha posición mucho más concreta de lo que se había hecho hasta entonces [87].

> *Je ne dirai pas aux polonais: «nous sommes frères», «donnons nous la main», «votre cause est notre cause», et autres, belles phrases. Je leur dirai, au contraire, avec une entière franchise, les paro les suivantes: «Je sympathise avec vous profondement, comme avec une nation d'héros, comme avec une nation opprimée, et surtout opprimée par le peuple auquel j'appartiens. Mais, cependant, votre*

cause n'est pas notre cause, tant que le mouvement polonais se fera sous l'étendard des aristocrates et des prêtres, tant que le mouvement polonais ne deviendra pas un mouvement populaire. Jusqu'à ce jour nous sommes unis uniquement dans une haine commune pour les bâtards allemands, nos maîtres et nos tyrans... En tout cas, quelque soit le sort que l'avenir réserve à la Pologne, il faut d'abord *sa séparation et celle de tout ce qui est polonais d'avec la Russie, et* ensuite, *si celà est possible, une* fédération libre: d'abord *la división* —plus tard *l'union fraternelle... Je suis assuré que la jeune génération russe sera avec moi et non avec le «Kolokol». Je ne puis croire que la parole puissante et pleine de génie de Tschernyschewski soit tombée en vain sur un sol stérile. Maître, que tu nous manques maintenant! Avec quel bonheur je donnerais ma vie pour t'épargner quelques-unes des souffrances auxquelles te soumettent tes lâches assassins!»* *.

Declaraba, por tanto, que se quería separar abierta y definitivamente de Herzen. «*Le 'Kolokol' n'est plus le drapeau de la jeune Russie* —decía. *Je comprends autrement le mode de réalisation des théories socialistes et le renouvellement des formes sociales de la vie...*» **.

Serno iniciaba así una polémica que se profundizará pocos meses después, cuando Herzen tome postura contra el primer acto terrorista de las organizaciones populistas rusas, contra el atentado de Karakozov. El opúsculo que Serno escribirá en esa ocasión será una crítica total y violenta, en nombre de Chernyshevski, de toda la actividad política de Herzen. Estaba ya muy lejos aquella confluencia del «Kolokol» y el «Sovremennik» que en 1862 permitió la aparición de *Zemlia i volia.* La derrota de la primera organización clandestina rusa inducía ahora a la emigración a revisar las bases sobre las que se había desarrollado, y a una

* «Yo no les diré a los polacos: "somos hermanos", "démonos la mano", "vuestra causa es nuestra causa", ni otras hermosas frases. Les diré, en cambio, con entera franqueza, las siguientes palabras: "Simpatizo profundamente con vosotros, como con una nación de héroes, como con una nación oprimida, y sobre todo oprimida por el pueblo al que pertenezco. Pero, sin embargo, vuestra causa no es nuestra causa, mientras el movimiento polaco se haga bajo el estandarte de los aristócratas y los sacerdotes, mientras el movimiento polaco no se convierta en un movimiento popular. Hasta ese día estaremos unidos únicamente por el odio común contra los bastardos alemanes, nuestros amos y tiranos... En todo caso, sea cual sea la suerte que el futuro reserve a Polonia, es preciso *de antemano* su separación y la de todo lo que es polaco de Rusia, y *después,* si eso es posible, una *federación libre: de antemano,* la división; *más adelante,* una unión fraternal... Estoy seguro de que la joven generación rusa estará conmigo y no con el 'Kolokol'. No puedo creer que la palabra poderosa y llena de genio de Chernyshevski haya caído en vano sobre un suelo estéril. ¡Maestro, cómo nos faltas ahora! ¡Con qué dicha daría mi vida por ahorrarte algunos de los sufrimientos a los que te someten tus cobardes asesinos!"»

** «El "Kosokol" ya no es la bandera de la joven Rusia. Yo entiendo de otro modo la realización de las teorías socialistas y la renovación de las formas sociales de la vida...»

lucha interna que ponía claramente de relieve los elementos heterógeneos que la compusieron [86].

Herzen aparecerá a sus ojos como la encarnación de los sentimientos y actitudes de los que Chernyshevski le había enseñado a desconfiar: «Ha sido usted tan hermoso como un fuego de artificio», le decía, ha sido una «naturaleza lamartiniana». Ha «deificado» a los decembristas, sin criticar ni comprender sus ideas políticas. Se deja guiar por el sentimiento, como cuando, por ejemplo, ensalza el gesto de Orsini pero se niega a entender el de Karakozov. «Chernyshevski era, en cambio, un hombre lógico por excelencia, hombre de pensamiento contenido y severamente meditado. Usted es un especialista del entusiasmo. Chernyshevski era el hombre de la ciencia... de la verdad objetiva...». Usted nunca ha sabido mantener una posición política precisa, y por eso su obra se está derrumbando, mientras que Chernyshevski «fundó una auténtica escuela, educó hombres, dio fuerza a toda una falange» de jóvenes. De él y no de usted ha tomado su inspiración esa nueva generación que ahora «predica con la palabra y con los hechos —sobre todo con los hechos— las teorías socialistas, que ha echado en el país raíces tan profundas que ni la horca conseguirá destruirlas, que ha establecido una línea de demarcación neta entre la Rusia realmente joven y la que se pretende tal».

Serno ponía así en claro, aunque de forma puramente polémica, una diferencia real entre Herzen y Chernyshevski: la capacidad del primero para crear una opinión pública, un movimiento de ideas y de renovación moral, y la capacidad del segundo de dar vida, con su actividad periodística, a núcleos políticos animados por una voluntad de acción inmediata.

Para probar su afirmación, Serno se remontaba al momento de mayor enfrentamiento entre Herzen y Chernyshevski, recordaba después los intentos hechos, por medio de su hermano Nikolai, para restablecer un acuerdo, una línea común. «Chernyshevski se burlaba de esos intentos de acercamiento y usted no ha podido perdonarle nunca el implacable desprecio con el que reaccionaba ante sus frases. ¡Cómo le había entendido a usted!» Serno reconstruía, en suma, la historia de la confluencia del «Kolokol» y el «Sovremennik» —deseada por la nueva generación y que *Zemlia i volia* realizó a su manera durante algún tiempo—, poniendo en claro lo que en ella había de artificial. «Entre usted y Chernyshevski, no, no hubo ni podía haber nada en común. Son dos elementos contrapuestos que no pueden existir uno junto a otro, que no se completan sino que se anulan.»

Ni siquiera la cuestión polaca consiguió establecer una unión real entre las dos corrientes. Incluso los *zemlevol'tsy* que más cerca estuvieron de Herzen habían juzgado duramente sus defectos.

Su hermano y amigo Potebnia me habló de usted una vez en Londres, durante su último viaje, al salir juntos de casa de usted.

> Me habló de usted con cólera, mencionó su actitud ante el grupo de oficiales [rusos en Varsovia]. Concluyó diciendo: «Herzen sólo es útil ahora para que lo maten en las barricadas, a las que por otra parte no irá nunca...»

En suma, Herzen había fracasado en su verdadero papel de educador político. Había paralizado en toda ocasión los esfuerzos de quienes «querían llamar a la sociedad a un trabajo autónomo, pretendían crear una fuerza».

Al margen de lo episódico, por característico que sea, este escrito de Serno ponía muy de relieve la ruptura entre las fuerzas aún ligadas a una tradición liberal y las puramente populistas. Dicha ruptura se estaba produciendo simultáneamente en Rusia y en la emigración. La injusticia histórica hacia Herzen no era sino la fuerza a través de la cual se expresaba esta ruptura. El mito de Chernyshevski era también un síntoma y un instrumento de ella.

Esta postura llevó a Serno, en los últimos años de su vida, a una participación cada vez más intensa en la vida del movimiento obrero ginebrino. Allí podía poner en práctica su voluntad de acción, podía hallar una actividad puramente socialista.

> Me atormenta el hecho —decía entonces— de no ir a Rusia a vengar la pérdida de mi hermano y mis amigos. Pero mi gesto de venganza sería insuficiente e impotente. Trabajando aquí por la causa común nos vengaremos de todo este orden maldito. En la Internacional está la promesa de su destrucción por doquier, en cualquier lugar [89].

Expresó, sobre todo, esta voluntad en la gran huelga de la construcción de marzo de 1868, que tuvo un vasto eco incluso en el exterior de Suiza y que marcó una etapa importante del movimiento obrero ginebrino y de la Primera Internacional [90]. «L'Egalité» del 4 de septiembre de 1869 recordará cómo Serno contribuyó en aquella ocasión con un enorme trabajo: «*toujours présent, toujours prêt a recueillir les avis, à les répandre..., à rédiger les lettres, les circulaires, les affiches, en un mot toujours sur la brèche, il fut l'âme de ce premier combat qui fut si important pour le progrès de l'Internationale à Genève*» *. El mismo le escribía a la Ivashova diciéndole que trabajaba catorce horas diarias. Sentía que estaba realizando un trabajo útil. «Estoy contento de mi actual actividad», decía [91].

* «siempre presente, siempre dispuesto a recoger los avisos, a difundirlos... a redactar las cartas, las circulares, los carteles, en una palabra, siempre en la brecha, fue el alma de ese primer combate, tan importante para el progreso de la Internacional en Ginebra».

Empezó entonces a colaborar en un pequeño periódico, «La liberté, journal des radicaux progressistes», creado en el otoño de 1867 por un grupo de disidentes del viejo partido radical, encabezado por A. Catalan, con el propósito de desarrollar, sobre todo, una campaña laica. Pero la agudización del conflicto entre patronos y obreros pronto llevó al grupo a ocuparse cada vez más de la «cuestión social» y a tomar una postura favorable a los huelguistas de marzo de 1868. Es difícil decir exactamente el papel que tuvo Serno en esta evolución; desde luego estuvo en el centro de la polémica sostenida por este periódico contra el «Journal de Genève», en defensa de las reivindicaciones obreras. Y cuando acabó la huelga pudo leerse en «Liberté» un artículo suyo que sacaba las conclusiones políticas y organizativas [92]. «*La première vérité qui nous semble ressortir des faits et qui ne sera pas contestée, croyons-nous, même par les ouvriers, c'est que cette organisation de la Association internationale, dont on a fait tant de bruit, est loin d'être aussi complète qu'on s'est plu à dire de tous les côtes*» *. Nadie había pensado en asegurar los medios financieros indispensables para llevar la huelga a una conclusión victoriosa. Se enviaron con retraso delegados a París, Bruselas y Londres para conseguir apoyo moral y material. El comité central de la asociación nunca supo exactamente cuántos obreros estaban en huelga. En suma, era necesaria una reorganización, precedida por una investigación y un estudio atento de la situación. Y después había que iniciar un gran esfuerzo para poner en pie instituciones mutualistas y cooperativas.

Estos fueron los temas centrales de la polémica de Serno durante todo ese período. Tuvo que defenderse, en las propias páginas de «Liberté», de la acusación de haber atacado a la Internacional, explicando que «sólo aspiraba a su mejor organización». Dijo que ésta aparecía a sus ojos como «*la meilleure création de notre époque*», y explicó cuáles eran sus concepciones políticas. «*Pour nous, non seulement la question économique domine toutes les autres, mais elle sert même de criterium, de règle pour l'appréciation morale des hommes*» **. Lo cual, en su pluma, no era sólo una afirmación de materialismo económico, sino sobre todo una expresión, típicamente populista, de la voluntad de realizar también personalmente, individualmente, un ideal de vida socialista. Y en este sentido desarrollaba toda su declaración [93].

Así, aunque compartía de lleno las metas últimas y los ideales de la Asociación Internacional, se reservaba el derecho de criticar su polí-

* «La primera verdad que nos parece desprenderse de los hechos y que no será discutida, creemos, ni siquiera por los obreros, es que esa organización de la Asociación internacional, de la que tanto se ha hablado, está lejos de ser tan completa como se ha querido decir por todos los lados».

** ... «la mejor creación de nuestra época»... «Para nosotros, no sólo la cuestión económica domina todas las demás, sino que sirve incluso de criterio, de regla para apreciar moralmente a los hombres.»

tica. «*Nous serons plus méticuleux pour les internationaux qu'envers leurs ennemis, qui sont les nôtres. Et celà parce-que nous n'avons qu'un seul but, un unique désir: que l'Internationale devienne une force independante, raisonnée et qu'elle ne dresse un piédéstal à personne, que ce soit nous, que ce soit MM. Goegg, Fazy* [políticos suizos], *Garibaldi lui-même, ou tout autre dieu*» *. Las luchas que se preparaban para el futuro serían largas y difíciles. Sin «*une force réelle*» no podrían sostenerse. «*Il n'y a pas à se méprendre: ses adversaires sont sur tous les points beaucoup plus puissants qu'elle*». Contra esta dificultad, la organización no tenía sino una fuerza, su juventud, «*la force de ses jeunes tissus organiques et la jeune volonté à la quelle ne pourront pas résister des tissus desséchés, viellis, delabrés. L'avenir n'appartient pas à ce qu'est usé, mais à ce qu'est jeune et vigoureux...*». Había que librarse de todo lo que ataba y encadenaba esa fuerza. «*L'utopie, voilà notre plus grande ennemie, dit Proudhon...*» **. Y tenía razón. La Internacional debía hacer una política realista, apoyándose en una organización seria. La huelga ginebrina de la construcción enseñaba que habían sido incapaces de elegir el momento apropiado, el instante en que se podía golpear con más dureza a los patronos.

> *Les sentiments, la bonté ont toujours été nuisibles au peuple... Préparez-vous à être maîtres de vous-mêmes et de votre sort. Analysez, disséquez, raisonnez... L'histoire nous démontre que tous les bons commencements, tous les mouvements de la classe ouvrière ont avorté parce-que précisément dans le moment donné les ouvriers, sentant leur faiblesse et n'ayant ni un but clair et précis, ni un programme bien déterminé, s'en remettent à des archanges qui daignent de temps en temps s'offrir pour les gouverner. Voyez les deux hommes dont l'honnêteté et l'intégrité ne peuvent être mis en doute, Garibaldi et Louis Blanc. Qu'ont ils fait pour le peuple, quoiqu'ils aient eu la possibilité de tout faire? Absolument rien. Et cela parce-qu'on leur a décerné le nom de dieux. L'un a donné les italiens du midi à un roi qui ne diffère en rien de toute cette noble race, et l'autre n'osa rien, alors qu'il avait tout Paris populaire à sa disposition... Non, laissez ces questions de fraternité à vos neveux, vous en avez pour le moment bien d'autres à résoudre, beaucoup*

* «Seremos más meticulosos con los internacionales que con sus enemigos, que son los nuestros. Y ello porque no tenemos sino una única meta, un único deseo: que la Internacional se convierta en una fuerza independiente, razonable, y que no alce un pedestal a nadie, ni a nosotros, ni a los señores Goegg y Fazy, ni al propio Garibaldi o a cualquier otro dios.»

** «No hay que llamarse a engaño: sus adversarios son mucho más poderosos, en todos los puntos, que ella» ... «la fuerza de sus jóvenes tejidos orgánicos y la joven voluntad a la que no podrán ofrecer resistencia los tejidos secos, viejos, desgarrados. El futuro no pertenece a lo desgastado, sino a lo que es joven y vigoroso...» ... «La utopía, he ahí nuestra peor enemiga, dice Proudhon»...

plus graves et pratiques... Avouez-vous à vous-mêmes votre faiblesse. L'avouer, la comprendre, c'est vouloir devenir forts, car, encore une fois, la force ne cède qu'à la force. Il faut donc inmédiatement s'organiser et agir. C'est par l'économie politique que la bourgeoisie nous tue. C'est par l'économie politique qu'il faut nous relever[94] *.

Este era el problema fundamental. «*Ou les économistes théologiens ont raison, ou ils ont tort. S'ils ont raison, pourquoi hurler contre eux? Si l'Internationale ne peut rien créer, inclinons-nous devant la sagesse impotente des maîtres. S'ils ont tort, il faut faire soi-même de l'économie politique et rechercher la formule.*» Sólo esto daría ideas claras a la Internacional. Los grupos y círculos obreros debían transformarse, de tertulias y cafés, en escuelas. «*A l'étude donc, MM. les internationaux. Créez des commisions*» [95] **.

Para sostener esta tesis, cuando en julio A. Catalan volvió a hacerse cargo del periódico y lo devolvió al camino de una polémica laica y radical, dejando en segundo plano los problemas sociales suscitados por la huelga, Serno creó un periodiquito suyo, del que sólo salieron dos números, aunque bastaron para precisar aún más esta discusión [96]. Era un órgano de fracción, de minoría, y puso en primer plano el derecho de todos los miembros de la Internacional a sostener su punto de vista y a expresar libremente su opinión. Su objetivo, como leemos en el primer número, era «*secouer enfin, avec toute la force de notre énergie, ce laisser aller de la grande majorité des membres de l'Internationale, cette nonchalance, cette aphatie, cette torpeur qui sont incompatibles avec ses buts*». Había que salir ahora del «período infantil» que la sección gine-

* «Los sentimientos, la bondad, siempre han sido perjudiciales para el pueblo... Preparaos para ser dueños de vosotros mismos y de vuestra suerte. Analizad, disecad, razonad... La historia nos demuestra que todos los buenos comienzos, todos los movimientos de la clase obrera han abortado porque precisamente en el momento dado los obreros, percibiendo su debilidad, sin tener una meta clara y concreta ni un programa bien determinado, se entregan a los arcángeles que de vez en cuando se dignan ofrecerse a gobernarlos. Ved a dos hombres cuya honradez e integridad no pueden ponerse en duda, Garibaldi y Louis Blanc. ¿Qué han hecho por el pueblo, cuando tuvieron la posibilidad de hacerlo todo? Absolutamente nada. Y eso porque se les otorgó el nombre de dioses. El uno dio a los italianos del sur un rey que no difiere en nada de toda esa noble raza, y el otro no se atrevió a nada, cuando tenía a su disposición todo el París popular... No; dejad esas cuestiones de fraternidad a vuestros nietos; de momento tenéis otros problemas que resolver, mucho más graves y prácticos... Confesaos a vosotros mismos vuestra debilidad. Confesarla, comprenderla, equivale a querer ser fuertes, pues, una vez más, la fuerza sólo cede ante la fuerza. Es preciso, pues, organizarse inmediatamente y obrar. La burguesía nos mata con la economía política. Con la economía política es preciso levantarnos.»

** «O los economistas teólogos tienen razón, o están equivocados. Si tienen razón, ¿por qué gritar contra ellos? Si la Internacional no puede crear nada, inclinémonos ante la sabiduría impotente de los maestros. Si están equivocados, es preciso que nosotros mismos hagamos economía política y busquemos la fórmula»... «Al estudio, pues, señores Internacionales. Cread comisiones.»

brina estaba viviendo desde hacía dos años, los transcurridos desde su fundación. Se había realizado una primera agrupación de los obreros. Las huelgas, aunque no habían sido del todo afortunadas, habían creado un espíritu común. «*C'est maintenant le moment du travail qui commence, le moment le plus difficile, et, par conséquent, un moment où l'énergie doit être redoublée. C'est maintenant que les Internationaux doivent créer et élaborer l'idée sans laquelle rien n'est encore gagné...*» Sin el socialismo, la asociación se exponía al mayor de los peligros. Bastaba con mirar a Inglaterra para darse cuenta. ¿Acaso no había surgido allí «*une nouvelle classe, ou en d'autres termes, la division de la classe ouvrière en deux camps parfaitement tranchés?*» *. Este peligro existía también en Ginebra, donde una notable parte de la mano de obra era de origen extranjero, por lo que resultaba difícil establecer una solidaridad de todos los obreros.

Sólo la organización podría remediar estos defectos y estas dificultades. «*Sans organisation la marche de l'Internationale est impossible*», afirmaba en el segundo número. No se trataba solamente de llamar a los obreros a participar en fiestas y mítines, sino de crear comisiones para el estudio de los problemas. Tanto más cuanto que dentro de poco debía reunirse el congreso de Bruselas, cuya importancia nadie había comprendido.

> *Ces congrès lient entre eux les ouvriers de toute l'Europe, ce sont eux qui donnent le mot d'ordre, ce sont eux qui disposent, pour ainsi dire, le sort de la classe ouvrière... Il suit de tout celà que pour remplir un mandat aussi grave, on doit être préparé. Mais, nous le demandons, est-on préparé pour se prononcer sur une seule, une seule des questions? Où est-il ce travail qu'on a fait?... Nous n'en savons rien* **.

Los informes dispuestos no contienen sino vagas aspiraciones. «*Ces reponses de cinque lignes se reduisent à ceci: nous exprimons le voeux que la face du monde tourne. Toujours des voeux! Toujours des songes!*» ***. Que se estudie al menos un problema, el de las huelgas. Intén-

* «... sacudir, por último, con toda la fuerza de nuestra energía, ese dejarse ir de la mayoría de los miembros de la Internacional, esa despreocupación, esa apatía, ese torpor que son incompatibles con sus objetivos»... «Ahora es el momento de comenzar el trabajo, el momento más difícil y, por consiguiente, un momento en que deben redoblarse las energías. Ahora los Internacionales deben crear y elaborar la idea sin la que nada se ha ganado aún...» ... «una nueva clase o, en otros términos, la división de la clase obrera en dos campos perfectamente delimitados».

** «Sin organización es imposible la marcha de la Internacional.» «Esos congresos unen entre sí a los obreros de toda Europa, dan la consigna, disponen, por así decirlo, la suerte de la clase obrera... De ello se sigue que, para cumplir una misión tan grave, hay que estar preparado. Pero preguntamos: ¿se está preparado para pronunciarse sobre una sola, una sola de esas cuestiones? ¿Dónde está el trabajo que se ha hecho?... No sabemos nada de él.»

*** «Esas respuestas de cinco líneas se reducen a esto: expresamos el deseo de que cambie la faz del mundo. ¡Siempre deseos! ¡Siempre sueños!»

tese establecer una disciplina internacional de éstas. El Consejo General debe saber con un mes de anticipo las agitaciones que se están preparando, para poderlas apoyar. Y mientras tanto había que pedir cuentas a Londres de su inactividad durante la huelga ginebrina. «*Oui, que les Anglais disent* pourquoi *ils n'ont pas soutenu la grève*» *.

Serno trató de suplir personalmente los fallos que así denunciaba. Convertido en miembro del departamento de estadística, había escrito en mayo un informe sobre la situación en Ginebra y lo había enviado a Londres.

Pero quería sobre todo llevar al terreno político la experiencia de la huelga y de la subsiguiente polémica. Los representantes de la Internacional debían presentarse a las próximas elecciones cantonales en una lista combinada con la de los radicales disidentes de «Liberté», para afirmar también así la autonomía del movimiento popular respecto a los partidos tradicionales. A. Catalan había formado parte de la delegación ginebrina en el congreso de Bruselas y habló allí de la huelga, poniendo en claro sobre todo la libertad de organización de que disfrutaban los obreros en Ginebra. De cualquier modo, la lista que se publicó el 10 de octubre en «Liberté» podía considerarse internacionalista, se presentaba como «demócrata social» e incluía los nombres de J. Ph. Becker, F. Macmillod y otros exponentes del movimiento obrero. Serno podía esperar que de esta elección surgiera un nuevo partido.

Chocó con la tendencia bakuninista, contraria a toda participación en las elecciones. En una reunión del 28 de octubre de 1868, cuando ya se había publicado el manifiesto electoral, la Alianza se declaró contraria a la iniciativa. Pero no fue ésta la razón de la derrota electoral. Los albañiles, que eran el grupo de punta del movimiento obrero en Ginebra, estaban constituidos en gran parte por elementos ajenos al cantón, y no gozaban, por tanto, de derecho de voto.

Este episodio tuvo como resultado, sobre todo para Serno, un conflicto con la Alianza de Bakunin. Serno era uno de los pocos rusos que no formaba parte de ella y se encontró así aislado en la emigración, y también en el ambiente obrero ginebrino. Como dirá «L'Egalité» bakuninista (4 de septiembre de 1869): «*Il pensait que la transformation radicale de la société partirait de la minorité intelligente et devouée et manquait de confiance dans la grande force de l'instinct populaire. Il voulait baser la régeneration sociale sur l'état, lui-même préalablement regéneré*» **. Esta postura debía acercarlo, naturalmente, a Marx. Fue él quien sirvió de intermediario en un intento de reanudación de contactos entre Bakunin y Marx. Este último le enviará como obsequio un ejem-

* «Sí, que los ingleses digan *por qué* no han apoyado la huelga.»

** «Pensaba que la transformación radical de la sociedad partiría de la minoría inteligente y abnegada y carecía de confianza en la gran fuerza del instinto popular. Quería basar la regeneración social sobre el estado, previamente regenerado.»

plar de *El Capital*. El 20 de noviembre de 1868 Serno le escribía afirmando que la huelga y las elecciones, aunque desafortunadas, habían producido una importante ruptura en la vida política del país. «Incluso para un frío observador el movimiento obrero, como se desarrolla aquí, es siempre un espectáculo realmente impresionante, a pesar de todos sus defectos.» Pero estaba espantado por la falta de preparación que veía en torno suyo:

> Nunca he tenido tanto temor de una revolución inmediata como ahora. Sé que estoy en desacuerdo sobre ese punto con mucha gente, que piensa que lo único importante es provocar en seguida una sublevación general.
>
> La Internacional, así como el país, carece absolutamente de fuerzas intelectuales. Si se excluye un microscópico grupito de gente, el resto no entiende nada, absolutamente nada, y se deja guiar únicamente por aspiraciones muy genéricas y nebulosas. Por eso el movimiento puede fracasar por falta de ideas claras, ahogándose en oleadas de frases sobre la hermandad y la solidaridad que la propia realidad refuta a cada paso.

Pedía a Marx artículos y material para un nuevo periódico, hablaba de las dificultades de encontrar colaboradores, tanto más cuanto que estaba escrito en francés, «y los franceses (es una opinión personal) son de una ignorancia colosal, e inagotables en sus declamaciones» [97].

Un último choque con la Alianza a propósito del comité de redacción de «L'Egalité», órgano de la sección *romande*, de la que fue expulsado en enero de 1869, constituyó sólo un último e insignificante golpe, pero consiguió derribarlo. Internado en un hospital, cuando se enteró por el médico de que estaba incurablemente enfermo y de que los momentos de lucidez se reducirían poco a poco hasta desaparecer del todo, escapó para matarse el 16 de agosto de 1869.

Notas al capítulo 10

[1] A. I. Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem, pod red. M. K. Lemke* [Colección completa de obras y cartas, edición de M. K. Lemke], P. 1912-23, vol. XIX, pp. 331-32.

[2] Gran parte de las memorias de L. F. Panteleev se ha recogido en *Iz vospominani proshlogo. Redaktsiya i kommentarii S. A. Reisera. Vstupitel'naya stat'ya V. I. Nevskogo* [De los recuerdos del pasado. Edición y comentarios de S. A. Reiser. Introducción de V. I. Nevski], M.-L. 1934. Se han reeditado con el título de *Vospominaniya* [Recuerdos], M. 1958, siempre en la edición de S. A. Reiser. Las memorias de Aleksandr Aleksandrovich Sleptsov no pudieron ser terminadas por su autor. Han sido ampliamente citadas y utilizadas por M. K. Lemke en un *excursus* sobre *Zemlia i volia* incluido en su edición de las obras de Herzen, vol. XVI, pp. 70 y ss. Ha confirmado la autenticidad de estas memorias y proporcionado útiles elementos para su interpretación V. E. Bograd, *O memuaraj A. A. Sleptsova* [Sobre las memorias de A. A. Sleptsov], en «Literaturnoe nasledstvo», tomo 67, 1959, pp. 669 y ss. Ha dado una edición crítica de ellas S. A. Reiser en *N. G. Chernyshevski. Stat'i, issledovaniya i materialy* [N. G. Chernyshevski. Artículos, investigaciones y materiales], edición de E. I. Pokusaev, Yu. G. Oksman, A. P. Skaftymov, vol. III, Saratov 1962, pp. 163 y ss. Algún elemento nuevo en N. M. Chernyshevskaya, *Vospominaniya shestidesiatnika I. G. Zhukova* [Memorias de un hombre de los años sesenta, I. G. Zhukov]; V. A. Chernyj, *Pis'mo A. A. Sleptsova A. S. Korsakovu ot 21 maya 1861 g.* [Carta de A. A. Sleptsov a A. S. Korsakov del 21 de mayo de 1861]; E. V. Mijailov, *Pis'mo A. A. Sleptsova P. A. Rovinskomu ot 3 (16) aprelia 1905 g.* [Carta de A. A. Sleptsov a P. A. Rovinski del 3 (16) de abril de 1905] (sobre la participación en las organizaciones clandestinas del célebre eslavista P. A. Rovinski), en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], vol. IV, M. 1965, pp. 420 y ss. Hay que agregar las memorias de la hija de Sleptsov, M. Sleptsova, *Shturmany griadushei buri (Iz vospominani)* [Los pilotos de la tormenta en marcha (De los recuerdos)], en «Zven'ya», vol. II. Una serie de cartas y documentos detalladamente comentados se encuentran en los artículos de B. P. Koz'min, *Gertsen, Ogarëv i «molodaya emigratsiya»* [Herzen, Ogarëv y la «joven emigración»] y de E. Kusheva, *K istorii vzaimootnosheni A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva s Zemlei i volei 60-j godov* [Para la historia de las relaciones de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv con la «Tierra y libertad» de los años sesenta], ambos en «Literaturnoe nasledstvo» 1941, fasc. 41-42. No he visto el artículo de V. I. Nevski y E. Safonova, *«Zemlia i volia» 60-j godov* [*Tierra y libertad* en los años sesenta], en «Istoriko-revoliutsionnaya biblioteka», 1930, n.° 8. La obra fundamental sobre este movimiento —y a ella remitimos también para la bibliografía— es la de Ya. I. Linkov, *Revoliutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i tainoe obshestvo «Zemlia i volia» 1860-j. gg.* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y libertad» de los años sesenta], M. 1964. Véase la recensión que de esa obra hizo V. V. Pugachëv, en «Uchënye zapiski Gor'kovskogo gos. uni-

versiteta», fasc. 78, 1966, pp. 513 y ss. Ulteriores elementos hay en Yu. N. Korotkov, *U istokov pervoi «Zemlia i Voli»* [En las fuentes de la primera «Tierra y Libertad»], en «Istoricheskie zapiski», tomo 79, 1966, pp. 185 y ss.; E. L. Rudnitskaya, *N. P. Ogarëv v russkom revoliutsionnom dvizheni* [N. P. Ogarëv en el movimiento revolucionario ruso], M. 1969, caps. VI, VII y VIII, pp. 231 y ss.

[3] Cfr. I. B. Volodarski, *N. A. Serno-Solov'ëvich, vydayushisia deyatel' russkoi revoliutsionnoi demokratii* [N. A. Serno-Solv'ëvich, eminente político de la democracia revolucionaria rusa], en «Voprosy istorii», 1946, fasc. X; V. I. Romanenko, *Mirovozzrenie N. A. Serno-Solov'ëvicha* [La concepción del mundo de N. A. Serno-Solov'ëvich], s. l. [pero L.], 1954; I. B. Volodarski, *Nikolai Serno-Solov'ëvich. Materialy dlia biografii* [N. Serno-Solv'ëvich. Materiales para una biografía], en «Literaturnoe nasledstvo», tomo 67, 1959, pp. 745 y ss.; I. E. Barenbaum, *N. A. Serno-Solov'ëvich (1834-1866). Ocherk knigotorgovoi i knigoizdatel' skoi deyatel'nosti* [N. A. Serno-Solov'ëvich (1834-1866). Ensayo sobre su actividad de librero y editor], M. 1961; I. B. Volodarski, *Serno-Solov'ëvich i reforma 1861 g.* [Serno Solov'ëvich y la reforma de 1861], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. III, pp 338 y ss.; N. A. Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika, Pis'ma* [Periodismo. Cartas], edición de I. B. Volodarski y G. A. Kaikova, M. 1963; I. E. Barenbaum, *Po povodu odnogo pis'ma N. A. Serno-Solov'ëvicha* [A propósito de una carta de N. A. Serno-Solov'ëvich], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. IV, pp. 124 y ss.

[4] Véanse las interesantes memorias de su hija O. K. Bulanova-Trubnikova, *Tri pokoleniya* [Tres generaciones], M. 1928, en las que se narran las vicisitudes de tres generaciones de esta familia, decembrista, liberal-populista y social-revolucionaria.

[5] *Ibid.*, p. 72.

[6] *Ibid.*, p. 146.

[7] *Ibid.*, p. 74

[8] N. Bel'chikov, *Iz naslediya revoliutsionnoi poezii 60-j godov. Neizdannye stijotvoreniya N. A. Serno-Solov'ëvicha* [De la herencia de la poesía revolucionaria de los años sesenta. Poemas inéditos de N. A. Serno-Solov'ëvich], en «Literaturnoe nasledstvo», 1936, fasc. 25-26.

[9] Véanse los dos testimonios de contemporáneos —no coincidentes en los detalles, por otra parte— publicados por M. Lemke, *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* [Ensayos sobre el movimiento de liberación de los «años sesenta»], Spb. 1908 [2], p. 43. El mismo hablará de este gesto en su deposición, cuando sea detenido, *ibid.*, p. 144.

[10] Se conserva un ejemplar entre los manuscritos de la Biblioteca Lenin de Moscú (fondo 283, fila 11, n.° 52). Cfr. Volodarski, *N. A. Serno-Solov'ëvich i reforma 1861 g.* cit., p. 341, nota 10, que da un resumen. Concluía diciendo que Rusia, liberada de la servidumbre y del monopolio del vodka, daría grandes pasos adelante: «Alcanzaremos a Europa, que nos ha adelantado mucho en la época de nuestro largo letargo» (p. 342).

[11] E. Safonova, *K biografii N. Serno-Solov'ëvicha* [Para una biografía de N. Serno-Solov'ëvich], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov. Sbornik pod red. B. I. Goreva i B. P. Koz'mina* [El movimiento revolucionario de los años sesenta. Miscelánea editada por B. I. Gorev y B. P. Koz'min], M. 1932, p. 72, carta de Serno a Alejandro II del 16 de diciembre de 1863, desde la cárcel. En ese escrito Serno respondía a la frase del zar: «Pero para dirigirla en tal sentido es preciso dar margen a esta gente, a su actividad y pensamientos, margen que corresponda a sus fuerzas y a sus honestas tendencias.»

[12] N. A. Serno-Solov'ëvich, *Okonchatel'noe reshenie krest'yanskogo voprosa* [La solución definitiva del problema campesino], Berlín 1861, citado en Lemke, *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* cit., p. 45. Véase esta obra reeditada en Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika Pis'ma* cit., pp. 92 y ss.

[13] I. M. Trotski, *Pis'ma N. A., Serno-Solov-'ëvicha k N. S. Kashkinu* [Cartas de N. A. Serno-Solov'ëvich a N. S. Kashkin], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov*

cit., p. 103. Véase su reproducción en Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 239 y ss.

[14] Véase la colección de artículos y recuerdos a él dedicada *Viktor Antonovich Artsimovich*, Spb. 1904.

[15] Véaselos catalogados en Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 422 y ss.

[16] Sobre su participación en las discusiones, tan ardientes por entonces, sobre las sociedades anónimas, véase el artículo de Dobroliubov al respecto, publicado en el «Sovremennik», 1859, fasc. XII, y reeditado en *Polnoe sobranie sochineni, pod obshei redaktsiei P. I. Lebedeva-Polianskogo* [Obras completas, edición de P. I. Lebedev-Polianski], M. 1934, vol. IV, pp. 158 y ss.

[17] *Razbor trudov komissii dlia ustroistva zemskij bankov* [Examen de los trabajos de la comisión para la creación de bancos agrícolas], en «Sovremennik», julio 1860, y *O proekte preobrazovaniya zemskij povinnostei* [Sobre el proyecto de transformación de los impuestos agrícolas], en «Sovremennik», noviembre 1861, reeditados en Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 53 y ss. y 150 y ss.

[18] «Tenemos aquí un huésped muy interesante —escribía Herzen a I. S. Aksakov el 28 (16) de febrero de 1860—. Viene directamente de San Petersburgo, y nos hemos llenado así, hasta la saturación, del barro del Neva. ¡Qué caos!» A. I. Gertsen, *Sobranie sochineni v tridtsati tomaj* [Obras en treinta volúmenes], vol. XXVII, libro I, M. 1963, p. 22.

[19] *Arjiv Ogarëvyj. Pod red. M. O. Gershenzona* [El archivo de los Ogarëv. Edición de M. O. Gershenzon], en «Russkie propilei», 1917, fasc. V, pp. 260 y ss., y una carta de Serno a Ogarëv, publicada por S. Pereselenkov en «Literaturnoe nasledstvo», 1941, fasc. 41-42. Cfr. Rudnitskaya, *op. cit.*, pp. 216 y ss.

[20] *Arjiv Ogarëvyj* cit., p. 230, y N. P. Ogarëv, *Izbrannye sotsial'no-politicheskie i filosofskie proizvedeniya. Pod obshei red. M. I. Iovchuka i N. G. Tarakanova* [Obras escogidas político-sociales y filosóficas, edición de M. I. Iovchuk y N. G. Tarakanov], volumen II, M. 1956, p. 444.

[21] Londres 1862.

[22] *Ibid.*, p. 25.

[23] *Ibid.*, p. 119.

[24] «Golosa iz Rossii», vol. VIII, 1860. Reeditado en Serno-Solov'ëchiv, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 5 y ss.

[25] *Ibid.*, p. 6.

[26] «Nuestras relaciones con América son absolutamente distintas de las que mantenemos con Europa... Los Estados Unidos y Rusia representan principios nuevos de la vida social, radicalmente contrapuestos a los romano-feudales de los estados europeos, a ellos y a Rusia pertenece el futuro» *(ibid.*, p. 40).

[27] *Ibid.*, p. 38.

[28] *Ibid.*, p. 40.

[29] *Ibid.*, p. 255. Carta a N. S. Kashkin, desde Aquisgrán, del 4 (16) de mayo de 1860. Cfr. Rudnitskaya, *op. cit.*, p. 242.

[30] *Ibid.*

[31] Serno-Solov'ëvich, *Okonchatel'noe reshenie krest'yanskogo voprosa* cit., pp. 92 y ss. Sobre la fecha de salida de Rusia, cfr. Rudnitskaya, *op. cit.*, p. 230.

[32] Serno-Solov'ëvich, *Okonchatel'noe s reshenie krest'yanskogo voprosa* cit., página 93.

[33] *Ibid.*, p. 94.

[34] *Ibid.*, p. 93.

[35] Véase la reproducción de este programa en Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* cit., vol. XI, pp. 38 y ss. Había sido publicado en el n.° 102 del «Kolokol», de 1 de julio de 1861, y en una hoja suelta para su difusión en Rusia.

[36] Cfr. la carta de Ogarëv a Shelgunov, de agosto de 1861, que puede leerse en Ogarëv, *Izbrannye sotsial'no-politischeskie i filosofskie proizvedeniya* cit., vol. II, páginas 451 y ss.; Linkov, *op. cit.*, pp. 212 y ss.; Rudnitskaya, *op. cit.*, pp. 254 y ss.

El artículo que apareció en el n.º 107 del «Kolokol», de 15 de septiembre de 1861, titulado *Otvet «Velikorussu»* [Respuesta al «Gran-ruso»] se ha atribuido a menudo a Nikolai Serno-Solov'ëvich. Los argumentos, numerosos, a favor de esta hipótesis han sido recogidos por I. B. Volodarski, *«Otvet 'Velikorussu'» i ego avtor* [La «Respuesta al 'Gran-ruso'» y su autor], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. IV, pp. 52 y ss. Sin embargo, el tono general y el contenido político de este documento parecen concordar mal con lo que escribía N. Serno-Solov'ëvich por aquellos meses. Hacen pensar más bien, como dice Linkov, en su hermano Aleksandr, o quizás aún mejor en N. I. Utin, que firmará otra vez un artículo del «Kolokol» con el seudónimo de «Uno de tantos», que fue uno de los miembros más activos de la primera *Zemlia i volia* y que en esa época se hallaba fuera de Rusia (cfr. Yu. No. Korotkov, *K biografii N. I. Utina* [Para una biografía de N. I. Utin], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. IV, pp. 432 y ss.

37 *Otvet na «Otvet 'Velikorussu'»* [Respuesta a la «Respuesta al 'Gran-ruso'»], publicada en el n.º 108 del «Kolokol», del 1 de octubre de 1861. Véasela en Ogarëv, *Izbrannye sotsial'no-politischeskie i filosofskie proizvedeniya* cit., vol. II, pp. 537 y ss.

38 Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* cit., vol. XVI, p. 76; Linkov, *op. cit.*, pp. 245 y ss.

39 N. Chernyshevskaya, *Neopublikovannaya perepiska S. N. i E. N. Pypinyj* [Correspondencia inédita de S. N. y E. N. Pypin], en «Literaturnoe nasledstvo», 1936, fascículos 25-26, donde se puede percibir muy al vivo todo el valor que atribuyeron a esta iniciativa el pariente de Chernyshevski, Pypin, y la familia de éste. Sobre la librería de Serno en general, véanse las anécdotas contadas por N. V. Shelgunov, *Vospominaniya. Redaktsiya, vstupitel'naya stat'ya i primechaniya A. A. Shilova* [Memorias. Edición, con introducción y notas, de A. A. Shilov], M.-L. 1923, pp. 113 y ss., y Barenbaum, *N. A. Serno-Solov'ëvich (1834-1866)* cit.

40 «Zapiski imperatorskogo russkogo geograficheskogo obshestva», Spb. 1867, fascículo II.

41 B. P. Koz'min, *Artel'ny zhurnal «Vek»* [La revista cooperativa «El siglo»], en *Russkaya zhurnalistika. I. Shestidesiatye gody, pod redaktsiei i s predisloviem Valer'yana Polianskogo* [Las revistas rusas. I. Los años sesenta. Edición y prefacio de V. Polianski], M.-L., 1930; reeditado en Id., *Ot deviatnadtsatogo fevralia k pervomu marta* [Del 10 de febrero (1861) al 1 de marzo (1881)], M. 1937, y ahora en Id., *Iz istorii revoliutsionnoi mysli v Rossii* [Para una historia del pensamiento revolucionario en Rusia], M. 1961, pp. 68 y ss.

42 Cfr. V. R. Leikina-Svirskaya, *Publitsistika G. Z. Eliseeva v 60-j godaj* [El periodismo de G. Z. Eliseev en los años sesenta], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. IV, pp. 364 y ss.

43 Shelgunov, *op. cit.*, p. 146.

44 «Vek», n.º 13-14, reeditado parcialmente en Lemke, *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* cit., p. 486, el cual lo creía inédito. Véaselo ahora en Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 169 y ss.

45 Lemke, *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* cit., p. 60 y Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 165 y ss.

46 *Proekt ulozheniya imperatora Aleksandra II* [Proyecto de constitución del emperador Alejandro II], en Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 178 y ss.

47 He aquí su fórmula: «Cada ruso residente perpetuamente en Rusia tiene derecho a poseer 4 *desiatiny* de tierra.»

48 M. Lemke ha estudiado este *Delo o litsaj obviniaemyj snosheniyaj s londonskimi propagandistami* [Legajo de las personas acusadas de relaciones con los propagandistas londinenses], en la revista «Byloe», 1906, fasc. IX-XII, y después, con algún agregado, en el libro ya citado, pp. 17 y ss.

49 Lemke, *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* cit., páginas 162 y ss.

[50] *Ibid.*, p. 86. Véase P. C. Masini y G. Bosio, *Bakunin, Garibaldi e gli affari slavi. 1862-1863*, en «Movimiento operaio», 1952, fasc. I, pp. 78 y ss.

[51] Sobre el primero, cfr. M. Nalband'yan, *Izbrannye filosofskie i obshestvenno-politischeskie proizvedeniya* [Obras escogidas filosóficas y político-sociales], edición de A. B. Jachaturian, s. l. [pero M.], 1954; Louise Nalbandian, *The Armerian Revolutionary Movement. The Development of Armerian Political Parties Through the Nineteenth Century*, Berkeley y Los Angeles 1963, pp. 58 y ss. También para Nabald'yan fue grande la influencia del Risorgimento italiano, de Garibaldi y Mazzini sobre todo. Véase el índice de los dos libros citados.

[52] «Literaturnoe nasledstvo», tomo 62, 1955, pp. 550 y ss., y Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., p. 256.

[53] Cartas a su madre, recogidas por Volodarski, *N. A. Serno-Solov'ëvich, vydayushisia deyatel' russkoi revoliutsionnoi demokratii* cit., p. 40. «Estoy decidido y animoso —escribía el 3 de abril de 1865—. Mi ánimo está tan tranquilo como desde luego no puede estarlo ninguno de los que me persiguen. Esta severa escuela me ha enseñado muchas cosas. He encontrado en mí la fuerza para comprender muchos de mis errores y confesarlos. Pero al reexaminar todas mis convicciones he permanecido fiel a ellas.» Cfr. Serno-Solv'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., p. 273, carta del 3 (15) de abril de 1865.

[54] El escrito del 15 de abril de 1863 ha sido publicado por Safonova, *op. cit.*, p. 53.

[55] Cfr. Serno-Solov'ëvich, *Publitsistika. Pis'ma* cit., pp. 200 y ss.

[56] Citado por Volodarski, *N. A. Serno-Solov'ëvich, vydayushisia deyatel' russkoi revoliutsionnoi demokratii* cit., p. 42.

[57] «Literaturnoe nasledstvo», vol. 62, 1955, pp. 561 y ss.; V. P. Leikina-Svirskaya, *O jaraktere vosstaniya ssyl'nyj poliakov na Baikale v 1866 g.* [Sobre el carácter de la insurrección de los polacos deportados en el Baikal en 1866], en «Istoricheskie zapiski», vol. 72, 1962; S. F. Koval', *Za pravdu i voliu. K stoletiyu vosstaniya politicheskij ssyl' nyj v Sibiri v 1866 g.* [Por la verdad y la libertad. En el centenario de la insurrección de los deportados políticos en Siberia en 1866], Irkutsk 1966.

[58] Nos lo dice Sleptsov en sus memorias, en Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* cit., vol. XVI, p. 75. El encuentro de Herzen, Mazzini y Sleptsov en Londres se produjo a comienzos de 1861. Cfr. Chernyj, *op. cit.*, p. 421.

[59] Panteleev, *Iz vospominani proshlogo* cit., p. 258. Parece confirmado por una nota de 1862, quizás de puño y letra de Sleptsov, en la que leemos: «Servirse siempre de las tintas de Mazzini.» Ya. Cherniak, *Neizdannye i nesobrannye proizvedeniya Ogarëva* [Obras inéditas y dispersas de Ogarëv], en «Literaturnoe nasledstvo», tomo 61, p. 556.

[60] Este aspecto del movimiento de *Zemlia i volia* ha sido subrayado por N. I. Utin, en un artículo de carácter histórico y retrospectivo, titulado *Propaganda i organizatsiya*, en «Narodnoe delo», octubre 1868, núms. 2-3.

[61] Sleptsova, *op. cit.*, y E. S. Vilenskaya, *Novye arjivnye materialy o deyatel'nosti «Zemlia i Voli»* [Nuevos materiales de archivo sobre la actividad de «Tierra y Libertad»], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. IV, pp. 33 y ss.

[62] La figura de Blagosvetlov (miembro de *Zemlia i volia* y agudo polemista) ha sido puesta en claro por F. Kuznetsov, *Zhurnal «Russkoe slovo»* [La revista «La palabra rusa»], M. 1965, donde se encuentra también un vivaz cuadro de la vida periodística de los años sesenta, y por L. E. Varustin, *Zhurnal «Russkoe slovo». 1859-1866* [La revista «La palabra rusa. 1859-1866], pp. 31 y ss., con útiles observaciones críticas sobre el libro citado de F. Kuznetsov.

[63] E. G. Bushkanets, *Ucheniki N. G. Chernyshevskogo* [Los discípulos de N. G. Chernyshevski], Kazán 1963; Id., *Yuri Mosolov - personazh romana «Chto delat'?»* [Yuri Mosolov - personaje de la novela «¿Qué hacer?»]; Yu. N. Korotkov, *Vstuplenie Yuriya Mosolova v «Zemliu i Voliu»* [La adhesión de Yuri Mosolov a «Tierra y Libertad»], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. IV, pp. 342 y ss. y 348 y ss.

[64] B. P. Koz'min, *Kazanski zagovor 1863 goda* [La conjura de Kazán de 1863], M. 1929, p. 19.

[65] Véase el artículo de L. F. Panteleev, *Iz lichnyj vospominani o G. N. Potanine* [Mis recuerdos personales sobre G. N. Potanin], en «Birzhevye vedomosti», 1915, 21 de septiembre.

[66] Linkov, *op. cit.*, pp. 86 y ss, y 147 y ss.

[67] V. R. Leikina-Svirskaya, y V. S. Shlidiovskaya, *Pol'skaya voennaya revoliutsionnaya organizatsiya v Peterburge (1858-1864 gg.)* [La organización militar revolucionaria polaca en San Petersburgo (1858-1864), en *Russkopol'skie revoliutsionnye sviazi 60-j godov i vosstanie 1863 goda. Sbornik statei i materialov pod red. V. A. D'yakova, V. D. Koroliuka, I. S. Millera* [Los lazos revolucionarios ruso-polacos en los años sesenta y la insurreción de 1863. Colección de artículos y materiales editada por V. A. D'yakov, V. D. Koroliuk e I. S. Miller], M. 1962, pp. 7 y ss.; I. S. Miller, *«Slushny chas» i taktika russkoi revoliutsionnoi partii v 1861-1863 gg.* [«Slushny chas» y la táctica del partido revolucionario ruso desde 1861 a 1863], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. III, M. 1963, pp. 147 y ss.; V. D. D'yakov e I. S. Miller, *Revoliutsionnoe dvizhenie v russkoi armii i vosstanie 1863 g.* [El movimiento revolucionario en el ejército ruso y la insurrección en 1863], M. 1964.

[68] Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* cit., vol. XVI, p. 87.

[69] J. Witkowski, *Powstanie 1863 roku i rosyjski ruch rewolucyjny poczatku 1860-ch lat* [La insurrección de 1863 y el movimiento revolucionario ruso de los años sesenta], Minsk 1931, p. 151.

[70] Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* cit., vol. XVI, p. 150.

[71] A. A. Shilov, *Delo Arngol'dta, Slivitskogo, Rostovskogo i Shura 1862 g.* [El asunto Arngol'dt, Slivitski, Rostovski y Shur, del año 1862] en «Muzei revoliutsii. Sbornik I», P. 1923.

[72] S. Skord, *Zhertva pol'skogo osvobozhdeniya (Andrei Potebnia)* [Una víctima de la liberación polaca (Andrei Potebnia)], en «Katorga i ssylka», 1931, fasc. IV, 1933, fasc. II, 1934, fasc. II; V. R. Leikina-Svirskaya, *Andrei Potebnia,* en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. III, pp. 83 y ss.; D'yakov y Miller, *Revoliutsionnoe dvizhenie v russkoi armii i vosstanie 1863 g.* cit. Desde el punto de vista nacional, estos oficiales eran de los más diversos orígenes y resulta inútil —aunque los historiadores soviéticos lo han hecho a menudo— el intento de convertirlos a todos en rusos. Como ha hecho notar R. F. Leslie, «Kaplinsky era polaco, Arnhold un letón de origen sueco, Slivitski ruteno, Rostkowski polaco, y Ssezur un judío de Varsovia. Andrei Potebnia, que estuvo en contacto con Aleksandr Herzen, era ruteno» (*Reform and Insurrection in Russian Poland. 1856-1865,* Londres 1963, página 135). En realidad, muchos de estos oficiales eran rusos en el sentido de que predominaban en ellos las ideas y pasiones del movimiento ruso de *Zemlia i volia.* R. F. Leslie se equivoca cuando escribe *(ibid.)* que este movimiento «no estuvo complicado por el agravio de la opresión nacional y se encaminó al mero fin de derribar la autocracia zarista». Basta con pensar en Herzen y Chernyshevski y en sus preocupaciones por Polonia, basta con recordar la propia consigna de *Zemlia y volia* para comprender cuán equivocado es este juicio.

[73] Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem* cit., vol. XVI, p. 444.

[74] Panteleev cuenta que Sleptsov pensaba entonces incluso en la formación de un gobierno provisional ruso. *Op cit.*, p. 290.

[75] Koz'min, *Gertsen, Ogarëv i «molodaya emigratsiya»* cit., en Id., *Iz istorii revoliutsionnoi mysli v Rossii. Izbrannye trudy* [De la historia del pensamiento revolucionario en Rusia. Trabajos escogidos], M. 1961, pp. 483 y ss.

[76] I. S. Miller, *Propagandistskayadeyatel'nost N. P. Ogarëva v 1863 g. i bernskaya tipografiya* [La actividad propagandística de N. P. Ogarëv en 1863 y la tipografía de Berna], en *Slavianskoe istochnikovedenie. Sbornik statei i materialov* [Las fuentes eslavas. Colección de artículos y materiales], M. 1965, pp. 53 y ss.

[77] Kusheva, *op. cit.*

78 El primer número está reeditado en B. Bazilevski, *Materialy dlia istorii revoliutsionnogo dvizheniya v Rossii v 60-j gg.* [Materiales para la historia del movimiento revolucionario en Rusia en los años sesenta], París 1905, p. 89. El número 2 se reproduce en «Byloe», 1906, fasc. VIII. Cfr. V. I. Neupokoev, *«Zemlia i volia» 60-j godov po materialam dunaburgskogo protsessa* [«Tierra y Libertad» de los años sesenta, segun los materiales del proceso de Dunaburg], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* cit., vol. II, M. 1962, pp. 308 y ss. Véase también *ibid.*, pp. 541 y ss.; Chernyshevskaya, *Vospominaniya shestidesiatnika I. G. Zhukova* cit. Este último fue condenado a diez años de trabajos forzados. Utin tuvo que refugiarse en el extranjero. Veide, condenado a doce años de trabajos forzados. Sobre los lazos entre Mariengauzen y la proyectada insurrección, cfr. V. A. Zaitsev, *Vozniknovenie Mariengauzenskogo povstancheskogo tsentra i prichini ego padeniya (K voprosu podgotovki vosstaniya na territorii Vitebskoi gubernii v 1863 g.)* [El origen del centro insurreccional de Mariengauzen y las causas de su caída (Sobre el problema de la preparación de la insurrección en el territorio de la gobernación de Vitebsk en 1863)], en *Revoliutsionnaya Rossiya i revoliutsionnaya Pol'sha (vtoraya polovina XIX v.)* [La Rusia revolucionaria y la Polonia revolucionaria (segunda mitad del siglo XIX)], edición de V. A. D'vakov, I. S. Miller, N. P. Mitina, M. 1967, pp. 78 y ss. (en la página 79 hay incluso un pequeño mapa del sector de la línea de ferrocarril San Petersburgo-Varsovia donde se encuentra Mariengauzen).

79 Leikina-Svirskaya, *Andrei Potebnia* cit., p. 113.

80 «Kolokol», 15 de septiembre de 1861.

81 Véase el artículo de B. P. Koz'min, *A. A. Serno-Solov'ëvich v I Internatsionale i v zhenevskom rabochem dvizhenii* [A. A. Serno-Solov'ëvich en la Primera Internacional y en el movimiento obrero ginebrino], en «Istoricheski sbornik», 1936, fasc. V, pp. 77 y ss., que hay que completar, empero, con investigaciones en los periódicos ginebrinos de la época. Cfr. Id., *Aleksandr Serno-Solv'ëvich. Materialy dlia biografii* [A. A. Serno-Solov'ëvich. Materiales para una biografía], en «Literaturnoe nasledstvo», tomo 67, 1959, pp. 698 y ss.

82 Lemke, *K biografii A. A. Serno-Solov'ëvicha* [Para una biografía de A. A. Serno-Solov'ëvich], en *Ocherki osvoboditel'nago dvizheniya «shestidesiatyj godov»* cit., página 233.

83 En su *Confesión*, Kel'siev ha narrado detalladamente su experiencia en el ambiente vasto y organizado de los contrabandistas de aquella ciudad. Cfr. «Literaturnoe nasledstvo», 1941, fascs. 41-42.

84 B. P. Koz'min, *N. G. Chernyshevski v III otdelenie* [N. G. Chernyshevski en la Tercera Sección], en «Krasny arjiv», 1928, fasc. 29.

85 Shelgunov, *op. cit.*, p. 158.

86 «Kolokol», 1 de noviembre de 1866.

87 *Question polonaise. Protestation d'un russe contre le Kolokol (La cloche)*, s. l. n. d. Este breve escrito, sin paginación, está unido a otro artículo titulado *Protestation des polonais contre la russification dans le Kolokol*. Evidentemente, Serno estaba ligado con un grupo emigrado polaco, pero no hemos conseguido identificarlo. Una traducción rusa del opúsculo de Serno, debida a F. Freidenfel'd está publicada en «Literaturnoe nasledstvo», 1941, fascs. 41-42.

88 A. Serno-Solov'ëvich, *Nashi domashniya dela. Otvet g. Getsenu na stat'yu «Poriadok torzhestvuet» (Kolokol, n. 233)* [Asuntos de nuestra casa. Respuesta al señor Herzen a propósito del artículo «Triunfa el orden» («Kolokol», n.° 233)], Vevey 1867 (está fechado el 9 de marzo de ese año).

89 Palabras recogidas en su necrología en «Narodnoe delo», 1869, núms. 7, 8, 9 y 10.

90 J. P. Becker, *L'Association Internationale les travailleurs et la grève genevoise en mars-avril 1868, traduit par Fréd. Kohn,* Ginebra, 1868, y la colección de esos meses del «Journal de Genève», que refleja perfectamente la aprensión de las clases dirigentes. Cfr. M. Vuilleumier, *Bakounine, l'Alliance internacionale de la démo-*

cratie socialiste et la Première International à Genève (1868-1869), en «Cahiers Vilfredo Pareto», fasc. 4, 1964, pp. 51 y ss.

[91] A. A. Serno-Solov'ëvich, *Piatnadtsat' neopublikovannyj pisem* [Quince cartas inéditas], en «Zven'ya», 1935, fasc. V.

[92] A la Internacional, 25 de abril de 1868.

[93] A la Internacional, 25 de abril de 1868.

[94] Continuación del artículo precedente, 2 de mayo de 1868.

[95] *Ibid.*, 23 de mayo de 1868.

[96] «L'Internationale». El primer número es del 5 de agosto, el segundo del 12 de agosto de 1868. Están publicados en Ginebra.

[97] *Perepiska K. Marksa i F. Engel'sa s russkimi politicheskimi deyateliami* [La correspondencia de K. Marx y F. Engels con los políticos rusos], L. 1947, pp. 22 y ss.; cfr. Mega, *Dritte Abteilung*, vol. IV, pp. 132, 134, 138, 141, 147, 231, 233, y Karl Marx y Friedrich Engels, *Scritti italiani*, edición de G. Bosio, Milán-Roma 1956, p. 61, donde Marx, todavía el 23 de mayo de 1872, se acuerda de los *Asuntos de nuestra casa* de A. Serno-Solov'ëvich para criticar al «socialista aficionado Herzen».

CAPITULO 11

La joven Rusia

En el verano de 1862 se puso en circulación una hoja clandestina, firmada «La Joven Rusia», que se distinguía claramente de las numerosas publicaciones del género que circularon en ese mismo período. La voluntad de trastrocar las relaciones políticas y sociales existentes en Rusia se expresaba en ella con especial energía, y el problema del contacto con el pueblo se planteaba con mayor empeño de lo que se había hecho nunca. Semejante radicalismo y voluntad de acción conseguían plantear en esa hoja, con una claridad y consciencia sorprendentes, los problemas fundamentales de la relación entre la *élite* revolucionaria y las masas. Era obra de un joven de diecinueve años, P. G. Zaichnevski, y de un pequeño grupo de estudiantes amigos suyos [1].

Nacido el 18 de septiembre de 1842, en la provincia de Orel, en las tierras de su padre, Zaichnevski provenía de una familia de terratenientes pobres, con ni siquiera doscientas almas. Hizo sus estudios en el instituto de Orel, con tanto éxito que consiguió que lo enviaran a la universidad de Moscú, a la facultad de matemáticas. Cuando llegó allí su interés político era ya muy vivo. Leyó a Herzen y encontró en él la palabra *socialista* «en casi cada página». «Me dediqué entonces a buscar cualquier oportunidad de conseguir libros que hablaran de esto», dirá él mismo. Estudió a Louis Blanc, Leroux, Proudhon; leyó libros de historia, sobre todo los que trataban de la Revolución francesa, de la insurrección polaca de 1830, de la Joven Italia. Discutió con sus compañeros de estudios y encontró un consenso que lo animó a proseguir por aquel camino. Pero «la mayoría de aquellos con quienes tropecé tenía convicciones socialistas del todo casuales, dado su insuficiente conocimiento de las obras de los socialistas occidentales» [2].

En Moscú, en 1859, su primera preocupación fue, pues, crearse un instrumento para dar a conocer los libros que más le habían impresionado y que mejor podían servir para la formación de sus compañeros.

Con el mismo medio que se ocupaba de la litografía de los apuntes universitarios, difundió, para empezar, una obrita de Ogarëv: un opúsculo polémico contra un libro oficial sobre los decembristas. Preparó trescientos ejemplares y los vendió, con un retrato de Ogarëv, a 65 copecs cada

> Según nuestra opinión, ese socialismo que para vosotros es un lujo, casi algo superfluo, es justamente algo imperdonable para nosotros los polacos... La libertad y la independencia de nuestro país, he aquí nuestra única consigna.

Zaichnevski había tomado ya la posición que expondrá después en el manifiesto de *La joven Rusia*. Pero no podía esperar que le dieran oídos los polacos. Había que intentar ponerse en contacto con el pueblo ruso, con los elementos más pobres de las ciudades y el campo [4].

Las escuelas dominicales le parecieron un instrumento útil para este fin. En esos años, un vasto movimiento inducía a los estudiantes e intelectuales a consagrarse a la enseñanza de los analfabetos [5]. En ese movimiento, que pronto se verá interrumpido bruscamente, es muy evidente tanto el factor de entusiasmo ilustrador que animaba a gran parte de los que participaban en él como la intención —de los grupos revolucionarios que simultáneamente se estaban formando— de utilizarlo para la difusión de sus ideas. Para ellos no se trataba sólo de enseñar el alfabeto, sino de llevar un espíritu nuevo de amor y comprensión por los campesinos, de crítica del pasado y del presente.

El significado político de las escuelas dominicales fue expresado por el príncipe Dolgorukov, de quien dependía entonces la gendarmería rusa, con el estilo inconscientemente irónico de la burocracia: «El gobierno no puede permitir que la mitad de la población deba su instrucción no al estado, sino a sí misma o a la beneficencia privada de cualquier clase particular.» Precisamente por ello se cerraron estas escuelas; cada acto de independencia, cada iniciativa —por pequeña y modesta que fuera— de la *inteliguentsia* amenazaba con encontrar un hondo eco entre las clases incultas. El camino hacia el pueblo que los estudiantes de Moscú y San Petersburgo estaban buscando apasionadamente, el príncipe Dolgorukov sabía perfectamente que no era imposible de encontrar. Y por eso fueron abolidos todos los centros de enseñanza voluntaria.

Cerrada esta primera vía, parece que fantasearon largamente sobre una sociedad para difundir, a través de comerciantes ambulantes, libros adecuados para el pueblo. Y cuando, en febrero de 1861, se produjo el decreto de liberación de los siervos, algunos de ellos —y sobre todo Zaichnevski, que desde luego poseía una fuerza y una voluntad de agitador superiores a las de todos sus compañeros— pensaron que había llegado el momento de iniciar una predicación directa en el campo. Durante las vacaciones se diseminarían por las distintas provincias, según donde se encontraran sus familias, aprovechándose de ello para difundir en las más insignificantes ciudades sus publicaciones de Herzen, Ogarëv, etc., y para predicar de viva voz el socialismo a los campesinos.

Algunos pusieron en práctica este programa. Dos estudiantes crearon escuelas veraniegas para los jóvenes campesinos, otros vendieron cientos de libros. Aleksandr Novikov escribía desde Jarkov, entusiasmado con el

éxito obtenido: «Si tuviera aquí cien ejemplares de Büchner los habría vendido en seguida.»

A finales de mayo Zaichnevski partía de Moscú a caballo, hacia el Sur, camino de su casa. Ya en Podolsk se detenía a hablar con los campesinos, encontrando una favorable acogida. Participó en una reunión convocada por un señor para tomar los acuerdos sobre la tierra previstos por el manifiesto de liberación. «Los campesinos me circundaban y me escuchaban con gozo. Les dije que la tierra era suya, y que si los propietarios no estaban de acuerdo se podía obligarlos a la fuerza, y que todo iría bien. Pero con una condición: que dejaran de esperar en el zar, que les había concedido una liberación tan asquerosa. Y les hablé de Anton Petrov», es decir, del jefe de la revuelta campesina de Bezdna. Acabó explicando lo inútil que era rebelarse sin armas y cómo había que procurárselas.

Al llegar a su casa, en la provincia de Orel, le llegaron de todas partes noticias de rebeliones campesinas. Escribió a Argirópulos que ya habían aparecido banderas rojas a la cabeza de los cortejos «que se movían en defensa de la gran causa: la posesión común de la tierra». Cada vez que tenía ocasión de hablar hallaba una favorable acogida. Un día, con motivo de una boda, lo escucharon con tanta satisfacción que por la noche, como escribió a su hermano, «los campesinos me dijeron que estaban dispuestos a darme hasta su última gallina». El meollo de su predicación consistía en sostener «la superioridad del principio comunitario respecto al privado».

Zaichnevski decidió ese verano no ocultar ya sus opiniones. Las escribía en cartas que confiaba al correo normal, las proclamaba ante cualquiera. No en vano uno de los senadores que debió juzgarlo lo definirá como «un predicador y confesor del socialismo». Estaba convencido de que había llegado el «momento de mostrar a estos señores que la verdad no está de su lado, que pronto el régimen al que pertenecen se arruinará definitivamente. Ellos mismos lo perciben muy bien. Igual que a los cristianos moribundos se les aparecían (sobre todo en los primeros siglos) amenazadoras y terribles visiones del infierno, así ahora a ellos se les aparece confusamente la nueva vida, cuyas bases van aclarándose poco a poco, y se encuentran a disgusto por ellos y por sus hijos, educados en su fe» [6].

Inútilmente trataban de contenerlo y moderarlo su padre y sus más íntimos amigos, entre ellos el propio Argirópulos. A. Novikov, a quien hemos visto mientras distribuía en Jarkov la edición clandestina de *Fuerza y materia*, de Büchner, decía que Zaichnevski era «de ideas liberales hasta la locura, y no tenía el menor cuidado con sus palabras y sus actos». En sus cartas del verano de 1861 Zaichnevski respondía a estas acusaciones citando en italiano a Mazzini: «*Ora e sempre*» se convertiría también en Rusia en la consigna de quienes querían asentar el socialismo. «¿Acaso el lema de Mazzini y de toda la Joven Italia no debe convertirse

también en nuestro lema? Nosotros, socialistas, estamos obligados, siempre y por doquier, a declarar las ideas que ahora están en posesión de pocas, poquísimas personas.» La predicación abierta, continua, era el primero e inderogable deber de quienes sostenían este ideal. Bastaba con mirar alrededor para ver cuánta ignorancia reinaba al respecto. En otros países «los socialistas habían estado incluso en el gobierno, pero nada se sabía en Rusia de lo que habían hecho. Aquí todos, desde niños, están asustados con el socialismo, que siempre se ha visto duramente perseguido».

Es cierto —agregaba— que la predicación, aunque necesaria, no era suficiente. Preparaba para la revuelta, era el presupuesto de la rebelión, pero los problemas de la revolución no podían resolverse únicamente con la difusión de las ideas. Ya había dicho a los campesinos de Podolsk que se necesitaba una organización. Ahora volvía a pensar en todo esto y buscaba ejemplos históricos que pudieran ayudarlo a entender cuál era el camino para pasar de una abierta confesión de las ideas socialistas a una auténtica acción. Ante todo, había que saber elegir el momento. «El peor enemigo del pueblo no podría actuar mejor de como lo hicieron en Nápoles los agentes de la policía secreta, en la época de los Borbones, cuando provocaron la insurrección de unos pocos contra fuerzas aplastantes.» «Yo digo a los campesinos que sacar la cabeza para ponerla al alcance de una bala es estúpido y no conduce a nada. Ante todo es preciso tener armas.»

La experiencia de los movimientos que siguieron al manifiesto del 19 de febrero lo convenció de que los campesinos tenían que buscar ayuda y guía. No las encontrarían, desde luego, entre «los capitalistas, ni entre los ricos terratenientes». Los únicos capaces de «ponerse a la cabeza del movimiento» serían «los que en Alemania son llamados 'los proletarios naturales', es decir, la gente culta que se siente ahogada en el actual orden de cosas, y que a pesar de tener las manos atadas siente que posee la capacidad de hacer algo en otro orden de cosas».

> Y he aquí que aconsejo a los campesinos, si se rebelan, ir a las ciudades, donde les sonreirá el éxito y donde obtendrán dinero y armas. Estoy firmemente convencido de que si los campesinos de algunas aldeas se rebelaran, se apoderaran de una ciudad o mandaran delegados y mensajes a las otras aldeas, se verían arrastrados también los militares y los campesinos de otros centros.

A la *inteliguentsia* incumbía, pues, la tarea de dar un programa a dicho movimiento. «¡Qué inmensa ayuda podríamos aportar si todos juntos escribiéramos un manifiesto y lo difundiéramos por las aldeas!»

> No es necesario imprimir un llamamiento directo a la revuelta con las armas en la mano; debemos proporcionarles ideas exactas

> sobre el zar, sobre la tierra y el pueblo. Ahora los campesinos se quejan de no saber nada, y piensan que el zar lo hará todo por su bien. Pero poco a poco vendrá la desilusión que ya ahora empieza a atacar esa concepción, aunque de forma tímida e insegura.

Tanto más necesario resultaba, pues, «semejante manifiesto, o mejor dicho semejante programa de acción del partido social».

No se trataba de repetir las pasadas experiencias, de preparar por ejemplo una rebelión del ejército y arrastrar a ella al pueblo, como se hizo en Nápoles. Los campesinos mismos debían actuar, marchando sobre las ciudades y sacándoles todo lo necesario para obtener el éxito, sobre todo armas y dinero.

> Puede hacerse de dos modos distintos —concluía— este ponerse a la cabeza del movimiento popular. Como hizo Louis Blanc, penetrando en las masas populares, difundiendo opúsculos entre los obreros, denunciando la competencia, el comercio y todo lo que oprime y mata física y moralmente al obrero. O bien como Barbès, poniéndose a la cabeza de todo movimiento, convirtiendo su nombre en el nombre de todo el partido popular, de modo que, en caso de necesidad, el pueblo se vuelva hacia nosotros como hacia quienes han preparado el camino. Entre nosotros, en Rusia, no es realizable en el momento actual la política de Louis Blanc. Queda la vía de Barbès. Cierto que exige muchos sacrificios, requiere que quienes comparten estas ideas estén siempre dispuestos para la acción, por peligrosa que pueda ser. Pero es la única vía posible, la única capaz de llevar a la victoria [7].

Como se ve, Zaichnevski había hecho su elección. A los diecinueve años le habían bastado las cartas de algunos clásicos socialistas occidentales y algún libro de historia, había tenido suficiente con los campesinos agitados por la introducción de las reformas para decidirse en sentido jacobino, para traducir la experiencia de Barbès al lenguaje de la Rusia de 1861.

No es de asombrar que Alejandro II anotase al margen de esta carta, cuando cayó en sus manos, «el contenido es tan criminal y peligroso que considero necesario detener de inmediato a Zaichnevski y Argirópulos y traerlos aquí con todos sus papeles. Deseo saber quiénes son».

Su actividad había suscitado toda una serie de denuncias, entre ellas la del metropolitano de Moscú, Filaretes, el cual escribió al zar, en mayo de 1861, diciéndole que se había enterado de que «en la universidad de Moscú se litografiaban y difundían escritos antirreligiosos, así como de contenido político». Terminaba deseando que «el Dios de la verdad abata las intrigas de los enemigos de la fe y de la patria y conserve en paz, en fuerza y en gloria el trono de Su Majestad» [8].

Zaichnevski y Argirópulos fueron encarcelados el 22 de julio de 1861. Los registros provocaron alguna otra detención. Trasladados primero a San Petersburgo, después los volvieron a llevar a Moscú.

Pero el grupo que habían creado seguía existiendo. El impulso impreso había sido enérgico y continuó actuando. Los desórdenes estudiantiles del otoño de 1861 así lo demostrarán. Los miembros del grupo de Zaichnevski tomaron parte activa en las diversas fases de la agitación y se distinguieron al sostener con más dureza que todos los demás la consigna que Ogarëv y Herzen lanzaron desde Londres a los estudiantes: abandonar las ciudades, las universidades cerradas; peregrinar por Rusia, dándose a conocer al país, haciéndose reconocer por él. «¡En el pueblo, al pueblo!», escribía el «Kolokol» del 1 de noviembre. Se trataba de una de esas ideas vagas y geniales en las que el «Kolokol» era maestro. Agitaba algo profundo, capaz de desarrollarse en todos los sentidos, según las circunstancias. Todo dependería de cómo acogieran la idea los estudiantes de San Petersburgo y de Moscú. Una parte de estos últimos entendió el llamamiento en el sentido de un abandono demostrativo de la universidad, en señal de protesta. Pero cuando trataron de pasar a su realización vieron que la cosa no era tan fácil. El sacrificio que se les pedía era demasiado grande. Algunos dejaron efectivamente la universidad, pero ni siquiera llegaron a treinta. Sin embargo, ese gesto de protesta quedó como un ejemplo para el futuro. Puede decirse que con este desafortunado intento se disolvió definitivamente el grupo de Zaichnevski y Argirópulos [9].

La cárcel donde éstos fueron encerrados en Moscú era muy *sui generis*. Como ocurría por esos mismos años en París, bajo Napoleón III, también en Moscú su celda se transformó en un pequeño club, en un punto de encuentro y discusiones para los estudiantes de la universidad. Todos los que deseaban hablar con sus dos camaradas encarcelados no tenían más que solicitarlo; los amigos les llevaban flores, fruta, alimentos, así como las últimas publicaciones que podían interesarles, sin excluir las clandestinas, permaneciendo allí hasta las nueve o más de la noche. Zaichnevski, por otra parte, salía de vez en cuando de la prisión «para bañarse», acompañado por un guardia, y junto con éste paseaba en compañía de algún amigo. Habría sido una prisión ideal de no ser horribles las condiciones higiénicas. Hizo la experiencia Argirópulos, que enfermó pronto de tifus, encontrando así la muerte [10].

En aquel ambiente nació el manifiesto de *La joven Rusia*. Nos lo ha dicho, muchos años después, el mismo Zaichnevski. La policía nunca supo nada de su origen, y este misterio hizo aún más honda la impresión de espanto y horror que produciría en los círculos conservadores y liberales cuando empezó a circular.

> Queríamos decir por fin la verdad —dirá más adelante su autor—, la verdad que algunos temían decir, que otros no podían y

> otros más no querían decir. Todos jugaban en falso, mentían, esperaban el bien desde arriba. Todo esto era tan asqueroso y oprimente que de no haber actuado nosotros otros lo hubieran hecho en nuestro lugar [11].

Por ello quiso dar a su escrito un tono de violenta protesta. Su intención declarada era «dar náuseas a todos los diablos liberales y reaccionarios».

Es difícil establecer con certeza quiénes fueron concretamente sus colaboradores en la cárcel. Es probable incluso que sus recuerdos al respecto no sean del todo exactos. Nos habla del joven poeta I. I. Gol'ts-Miller, quien habría añadido al manifiesto todo lo referente a la abolición del matrimonio y de la familia [12]. Otros colaboradores fueron probablemente los miembros del grupo estudiantil que estaba disolviéndose por aquellos meses, tras los arrestos y las manifestaciones universitarias. En cualquier caso, estos últimos se encargaron de imprimir todo lo escrito en la celda, tras haber conseguido sacarlo de los muros de la cárcel, con la complicidad de un guardia. La máquina de imprimir comprada en los últimos tiempos se trasladó exprofeso a la región de Riazán, a casa de un estudiante, Pavel Korob'in, expulsado temporalmente de la universidad. Se decidió difundir los ejemplares impresos ante todo en San Petersburgo, para desviar de Moscú la atención de la policía. En la primera mitad de mayo de 1862 las hojas empezaron a circular, difundiéndose rápidamente incluso fuera de la capital [13].

«Rusia entra en el período revolucionario de su existencia», así se iniciaba el manifiesto de Zaichnevski. Ya no aparecía la desconfianza —cada vez más honda, pero no por ello menos discutida y controvertida— que Serno-Solov'ëvich alimentó frente al aparato estatal ruso. Existía ya la certeza de una fuerza distinta. La revolución estaba en las cosas. No eran ya posibles vías intermedias; no había lugar para reformas o paliativos. Existían dos grupos sociales, dos «partidos» en pugna: el partido del emperador, compuesto por todos los poseedores y todos los gobernantes, fueran cuales fueran sus ideas más o menos liberales, y el partido del «pueblo», en rebelión continua, sorda o abierta, según las ocasiones y el momento, contra el poder. «Este antagonismo —decía— no puede cesar mientras exista el régimen económico actual, en el que un pequeño número de personas, que poseen el capital, dispone del destino de las demás», y en el que «todo es falso, todo es estúpido, desde la religión... a la familia». De semejante situación no puede nacer sino una sola cosa: «una revolución, una revolución sangrienta y despiadada, una revolución que debe cambiarlo radicalmente todo, derribando sin excepción todas las bases de la sociedad actual, arruinando a los que defienden el orden presente». Recordaba las revueltas de Pugachëv, de Sten'ka Razin; las de los campesinos que en los años treinta, en las provincias occidentales, «cortaron en trozos a los propietarios», hasta la última, la del

«generoso Anton Petrov». «Nosotros no tememos esta revolución, aunque sabemos que correrán ríos de sangre, que perecerán en ella —quién sabe— incluso víctimas inocentes.»

Ante semejante visión, la reforma campesina parecía «idiota», y se declaraba estúpida la política represiva. «Dadnos más deportaciones y más ejemplos», decía. Todo ello no haría más que acelerar el proceso revolucionario.

Seguían dos párrafos de crítica directa al «Kolokol». Zaichnevski sentía una honda admiración por Herzen. Había elegido como lema para su «proclama» palabras tomadas de su ensayo sobre Owen. De él procedían sus primeras convicciones socialistas. Pero lo acusaba precisamente de haber abandonado sus posiciones originales, de haberse pasado a una política liberal.

> Con 1849 comienza para Herzen la época de la reacción —decía—. Espantado por el fracaso de la revolución, ha perdido toda fe en los movimientos violentos. Dos o tres infortunadas insurrecciones en Milán, el exilio y la muerte de algún republicano francés, y por último la ejecución de Orsini, han sofocado definitivamente su fuego revolucionario, y se ha puesto a dirigir una revista de tendencias liberales, y nada más.

Ciertamente, Herzen tenía una gran influencia sobre la sociedad rusa; pero había desilusionado a los jóvenes por no haber sabido afirmar «los principios sobre los que debe construirse la nueva sociedad». Zaichnevski recogía, en resumen, las críticas de Chernyshevski y Dobroliubov, contraponiendo al «Kolokol» el «Herzen de antes, capaz de saludar a la revolución de 1848 y de acusar a Ledru-Rollin y a Louis Blanc de incertidumbre, por no haber cogido en sus manos la dictadura en el momento en que eso era posible, por no haber sabido llevar a Francia por el camino de las reformas sangrientas con las que los obreros alcanzarían el triunfo». Ahora había acabado cayendo en posiciones puramente constitucionalistas, para dialogar con el zar sobre las reformas.

Zaichnevski no ocultaba las razones que habían podido llevar a Herzen por ese camino. Su polémica es dura y amarga, pero revela un notable conocimiento del pensamiento de Herzen, estudiado e interpretado con un amor teñido de desilusión. Se podía objetar —decía— que la historia de Occidente demostraba cuáles eran las consecuencias tiránicas de los cambios violentos, y que «cada revolución engendraba su Napoleón». Podía parecer que ésta era la razón por la cual Herzen abandonó su postura inicial. Pero él mismo había explicado que la razón del fracaso era muy distinta.

> La revolución acabó mal porque los hombres que estuvieron a su cabeza no fueron consecuentes. Nosotros hemos estudiado la

historia de Occidente, y no lo hemos hecho en vano. Seremos más consecuentes no sólo que los pobres revolucionarios de 1848, sino también que los grandes terroristas de 1790.

En suma, recogía la posición de Herzen en 1849, llevándola de intento a sus últimas consecuencias.

Las razones que lo inducían a criticar al «Kolokol» también lo impulsaban, naturalmente, a polemizar contra el «Velikoruss». También este periódico obtuvo un enorme éxito, fácil de prever a poco que se observasen las fuerzas sociales que representaba.

> Aunque satisfacía y asimilaba de modo perfecto las exigencias de nuestra sociedad liberal —es decir, de las masas de *pomeshiki* deseosos de oponerse en cierto modo al gobierno, pero temerosos incluso de la sombra de una revolución, que amenazaría con devorarlos—, así como las de gran número de literatos sin talento, caídos en el olvido por su vetustez, pero considerados progresistas en la época de Nicolás I, el «Velikoruss» no consiguió crear a su alrededor un partido. Fue leído, se habló de él, y todo quedó en eso.

Entre los revolucionarios no suscitó más que «una sonrisa».

Lo mismo podía decirse de todos los otros manifiestos y proclamas, tan frecuentes por aquellos años. Carecían de principios claros y no hacían sino darse aires liberales.

La joven Rusia, tras despejar así el campo de adversarios, pasaba a proponer un programa positivo de lucha. «Queremos —decía— sustituir el actual régimen despótico por una unión republicano-federativa de regiones. No sabemos en cuántas regiones habrá de subdividirse el territorio ruso, ni de qué región formará parte esta o aquella gobernación; quien deberá resolver ese problema es la propia población.» Cada región estaría compuesta por *obshiny* rurales, cuyos miembros disfrutarían todos de idénticos derechos. Cada uno debería formar parte de una de estas comunidades. El *mir* proveería a asignar a cada cual un trozo de tierra, aunque éste podría ser rechazado o bien arrendado, permitiendo así que pudiera vivirse fuera de la *obshina,* a condición de pagar un impuesto fijado por ésta. La tierra no se cedería de por vida, sino por un determinado número de años, tras los cuales se procedería a una redistribución de las parcelas. Los otros bienes se cederían para toda la vida, volviendo a la comunidad sólo tras la muerte del ciudadano.

La asamblea nacional y las regionales se elegirían mediante sufragio universal. Sus poderes, al menos en teoría, deberían ser muy amplios.

> La asamblea nacional —leemos— decide sobre todos los problemas de política exterior, controla su ejecución, nombra los administradores de las regiones, fija el montante general de los impues-

tos. La asamblea regional decide sobre las cuestiones referentes únicamente a la región en cuya capital se reúne.

El sistema financiero se pergeñaría de modo que hiciera pesar los impuestos «no sobre la parte pobre de la sociedad, sino sobre los ricos». Las *obshiny* se ocuparían de que este principio resultase efectivo en cada aldea.

Además de la agricultura, también las demás actividades económicas se regirían por principios similares.

> Exigimos que se creen fábricas sociales, que deberán ser dirigidas por personas elegidas por la sociedad, obligadas a rendir cuentas a ésta de su actuación tras un plazo determinado. Exigimos que se creen tiendas sociales en las que las mercancías se vendan al precio que realmente valen, y no al que ha decidido fijar el comerciante para enriquecerse con más rapidez.

Seguía una serie de medidas como la instrucción gratuita, la emancipación de la mujer, la abolición de los monasterios, la disminución del tiempo del servicio militar y el aumento de sueldo de los militares.

Es muy interesante la postura que Zaichnevski adoptaba respecto al problema nacional.

> Exigimos la completa independencia de Polonia y Lituania, regiones que más han demostrado su deseo de no permanecer unidas a Rusia. Exigimos que se dé a cada región la posibilidad de decidir por mayoría de votos si quiere o no entrar a formar parte de la república federativa rusa.

Pero, como antes en lo concerniente a la autonomía de las regiones, e incluso con mayor claridad, Zaichnevski hacía una distinción neta entre el programa ideal y el práctico.

> Sabemos que esta posición de nuestro programa —decía— no podrá ser realizada de inmediato. E incluso estamos firmemente convencidos de que el partido revolucionario, que —si el movimiento tiene éxito— estará a la cabeza del gobierno, tendrá que mantener temporalmente la actual centralización —al menos la política, ya que no la administrativa— para poder introducir así, en el tiempo más breve posible, nuevas bases en la vida económica y social. Deberá aferrar con sus propi s manos la dictadura y no detenerse ante ningún obstáculo. Las elecciones para la asamblea nacional deberán hacerse bajo la influencia del gobierno, el cual se preocupará así de que no entren a formar parte de ella los parti-

darios del régimen actual (si es que quedan vivos). La Asamblea Nacional francesa de 1848 —que condujo a la ruina a la república, llevando a Francia a elegir como emperador a Luis Napoleón— demuestra a qué resultado lleva la no injerencia del gobierno revolucionario en las elecciones.

¿Cuáles eran las fuerzas sociales en que quería basarse *La joven Rusia* para alcanzar este resultado? Ante todo, el pueblo. Evidentemente, con esta palabra designaba sobre todo a los campesinos, y esperaba mucho de los *raskol'niki.* Y después, el ejército, o sea los oficiales irritados con el despotismo de la corte y con las tareas vergonzosas que se les imponían, sobre todo la de disparar contra los campesinos y los polacos. «Pero nuestra mayor esperanza está en la juventud.» «Esta encierra en sí lo que de mejor hay en Rusia, todo lo más vivo, a todos los que están dispuestos a sacrificarse por el bien del pueblo.» De la juventud, o sea de los estudiantes y de los jóvenes intelectuales, saldrá el partido revolucionario.

> Vendrá pronto el día en que desplegaremos la gran bandera del futuro, la bandera roja, y con el elevado grito «¡Viva la república rusa social y democrática!» avanzaremos contra el Palacio de Invierno para derribar a los que en él habitan. Puede ocurrir que todo se limite de momento al derrocamiento de la familia imperial, o sea de un centenar de personas, pero también puede suceder —y es lo más probable— que todo el partido imperial se alce como un solo hombre detrás del zar, puesto que entonces se le planteará un problema de vida o muerte.
>
> En este último caso, con total fe en nosotros mismos, en nuestras fuerzas, en el apoyo del pueblo, en el glorioso futuro de Rusia —a la que le cupo en suerte realizar la primera la gran causa del socialismo—, gritaremos: «¡A las hachas!», y entonces... heriremos al partido imperial sin escatimar golpes, igual que él no nos los escatima a nosotros. Los golpearemos en las plazas —si esos cerdos cobardes se atreven a presentarse en ellas—; los golpearemos en las casas, en las estrechas callejuelas de las ciudades, en las grandes avenidas de la capital, en las aldeas y los pueblos.
>
> Recordad entonces que quien no esté con nosotros estará contra nosotros, y que quien esté contra nosotros será un enemigo, y que los enemigos son abatidos por todos los medios...
>
> Y si la insurrección no tiene éxito, si debemos pagar con la vida la osada tentativa de dar a los hombres derechos humanos, iremos al patíbulo sin temblar, sin temor, y al reclinar la cabeza o al enfilarla en el nudo corredizo lanzaremos nuestro gran grito: «¡Viva la república rusa social y democrática!».

He recogido por extenso las ideas y expresiones de este documento porque marca un punto importante en la crónica de los movimientos revolucionarios de esos años. Igual que en los escritos de los *zemlevol'tsy* aparecen ya muchos de los elementos fundamentales del populismo, en estas páginas parece nacer algo distinto, para lo que Zaichnevski, en sus referencias teóricas, encontró el nombre más apropiado: jacobinismo ruso. Y hay que añadir que mientras que en los escritos de *Zemlia i volia* no encontramos aún cumplida expresión del pensamiento populista, en *La joven Rusia,* pese a todas sus intemperancias y su evidente voluntad de escándalo, hay ya unas ideas claras y formadas.

Estas ideas nacen en un terreno similar en todo al que había visto surgir a *Zemlia i volia.* Este jacobinismo es un intento de respuesta a idénticos problemas. En ambos casos, los actores son jóvenes intelectuales; su objeto es el pueblo de los campesinos. Los ideales comunitarios y federalistas son parecidos, aunque más explícitos en el grupo de Moscú. Pero la desconfianza —vacilante aún en los jóvenes de *Zemlia i volia,* despreciativa y burlona en los de *La joven Rusia*— en la posibilidad de reformas, en la capacidad orgánica del estado para transformar la vida rusa, llevaba a Zaichnevski al «nihilismo», a una postura extremada de ilustrado, orientada por una parte contra la familia, la religión, etc., y por otra a una fe naciente en un partido revolucionario que con su dictadura resolvería todos los problemas.

En las referencias históricas, en la terminología, en el modo de expresarse, *La joven Rusia* se presentaba como más «occidental» que las otras corrientes e ideas de su tiempo. Hablaba de regiones rusas, pero no de tradiciones históricas que habrían seguido diferenciando la tierra rusa. Sólo se acogía la tradición de las revueltas campesinas, por su valor revolucionario, de contraposición total al estado. La Asamblea nacional que veían a la cabeza de Rusia estaba más cerca, evidentemente, de la Convención que del renacido *zemski sobor* del que hablaban Herzen, Ogarëv y los *zemlevol'tsy.* Incluso el título de su manifiesto, *La joven Rusia,* elegido como un símbolo para aquel Comité Central revolucionario que pretendía crear, estaba tomado evidentemente de Mazzini, a quien, como hemos visto, citaba en sus cartas. Cuando haga su declaración ante la policía. Zaichnevski dirá: «Considero mi deber hacer notar ante todo que nunca he separado el destino de Rusia del de Occidente, y que al hablar de la necesidad de una revolución social me he basado en gran parte en los hechos proporcionados por los publicistas occidentales.» De ellos sacó su idea central: la dictadura revolucionaria. Mirando al 1848 había visto a Barbès; mirando a la Revolución francesa había visto a Robespierre.

Sin embargo, no se comprende *La joven Rusia* si nos limitamos a ver en ella una pura imitación de las doctrinas de Occidente. A través de ellas Zaichnevski veía la realidad rusa. Mazzini le había servido, con su «ahora y siempre», para expresar el impulso moral de decir la verdad abiertamente que será característico de los populistas y los empujará

«hacia el pueblo». La tradición jacobina le ayudó a formular su idea de dictadura revolucionaria. Pero el contenido de ésta era populista. Su ideal social seguía siendo el de la *obshina,* el *mir,* las *oblasty.* El objeto de su política seguían siendo los campesinos, y hasta los *raskol'niki.*

Populismo y jacobinismo nacían en un parto del movimiento revolucionario de los años sesenta. *La joven Rusia* se limitaba a proponer un medio político despiadado para aplicar el programa común de todos los populistas: la comunidad de tierras, con una redistribución fijada por normas generales y aplicada por las asambleas de las aldeas. El objetivo de este jacobinismo no era, en resumen, la democracia, sino el socialismo campesino. Y ésta es precisamente la característica, el elemento específico del «jacobinismo ruso», que encontraba en aquel manifiesto una expresión sorprendente y precoz.

Este manifiesto atrajo en seguida la atención de sus contemporáneos, y no sólo por sus intemperancias juveniles —que han hecho hablar a un historiador soviético de «enfermedad infantil» [14]. La reacción de Herzen fue especialmente interesante. Percibió ante todo el crudo occidentalismo de *La joven Rusia.* «No es rusa —escribía—; es una de las variaciones sobre el tema del socialismo occidental, una metafísica de la Revolución francesa.» «¿Qué probabilidad existe de que el pueblo ruso se alce en nombre del socialismo de Blanqui, al grito de '¡Viva la república rusa democrática y social!', cuando tres de estas palabras le resultan enteramente incomprensibles?» Después hacía objeciones más profundas: «La descentralización es la condición primera de una transformación nuestra que venga de los campos, de la campiña. Al pueblo no hay que predicarle Feuerbach o Babeuf, sino una religión de la tierra que pueda comprender.» Se ponía así en claro el alejamiento, ya visible desde su nacimiento, entre populismo y jacobinismo ruso. Y con su profunda crítica al babeuvismo Herzen daba una justificación teórica de su actitud. En *Pasado y pensamientos* contrapondrá a Owen con Babeuf y examinará en detalle los documentos de la conspiración de los Iguales, para subrayar lo que contenían de estatalista y tiránico [15].

También Bakunin se declaró contra este nuevo jacobinismo moscovita en su opúsculo *La causa del pueblo, ¿Romanov, Pugachëv o Pestel'?,* aparecido en Londres a comienzos de septiembre de 1862. Era sobre todo un llamamiento a la unidad de todas las fuerzas que actuaban en pro de la causa del pueblo, sin tener en cuenta a aquella minoría de jóvenes que habían expresado ideas tan poco respetuosas del estado de ánimo de la gran mayoría de los rusos.

> Gritan y deciden las cuestiones como si detrás de ellos estuviera todo el pueblo. Pero el pueblo se encuentra aún al otro lado del abismo, y no sólo no quiere oírnos, sino que está dispuesto a abatirnos al menor signo del zar... Acuso a los redactores de *La joven*

> *Rusia* de dos crímenes. En primer lugar, de un loco y realmente doctrinario desprecio por el pueblo, y en segundo lugar, de un comportamiento carente de tacto, de atención, y lleno de ligereza ante la gran causa de la liberación, por cuyo éxito se dicen dispuestos a sacrificar la vida. Están tan poco acostumbrados a la acción real que se mueven en un mundo de abstracciones.

Unos años después, Bakunin, cambiando de opinión, hará el elogio de *La joven Rusia.* Pero incluso entonces verá sobre todo en ella la expresión de una voluntad revolucionaria. Seguirá viva en él una desconfianza instintiva ante quienes no sabían sentir al unísono con las «ideas populares», con las masas campesinas. También Bakunin había percibido en este jacobinismo un elemento distinto de su populismo reformador de 1862, así como del que será después su populismo anarquista.

También Chernyshevski criticó *La joven Rusia,* impulsado sobre todo por razones políticas inmediatas y apremiantes. Tuvo un primer momento de desdén ante aquellos jóvenes exaltados que decían cosas tan inoportunas en aquella coyuntura. Parece que envió a Moscú a A. A. Sleptsov, uno de los elementos más activos de la naciente *Zemlia i volia,* para darles consejos y admoniciones. (Pero Sleptsov no consiguió ponerse en contacto con Zaichnevski)[16]. Después tuvo un instante de arrepentimiento. ¿No habría alejado con su actitud a los mejores, a los más decididos? Vio, en suma, que se necesitaba una respuesta detallada, a la que quiso titular «A los mejores amigos». La detención le impidió escribirla. Lo cierto es que las relaciones entre Chernyshevski y Zaichnevski estuvieron siempre marcadas por estimación y frialdad al tiempo. El jacobino que gastó toda su vida para crear en torno suyo la atmósfera del revolucionario profesional decía de Chernyshevski que era mejor que siguiera siendo un erudito: «Ahora se mete a un oficio que no es el suyo. Es un hombre de estudios; que se quede entre sus libros. Y en cambio se ha dedicado a congregar gente en un comité... Y he aquí a quien ha conseguido encontrar: Panteleev, Zhuk, etc.»[17].

Una interesante réplica a *La joven Rusia* fue encontrada por la policía durante el registro del 15 de junio de 1862 en casa del estudiante Ballod, organizador, como se recordará, de una pequeña imprenta clandestina. Este escrito nos da a conocer mejor que cualquier otro el eco que *La joven Rusia* suscitó en los ambientes de *Zemlia i volia*[18].

> Un partido revolucionario —se leía en él— nunca tiene fuerza por sí mismo para realizar un cambio del estado. Nos proporcionan un ejemplo de ello los numerosos intentos de los republicanos y comunistas parisienses, que siempre fueron sofocados con toda facilidad por unos batallones de soldados. Las revoluciones las hacen los pueblos... Somos revolucionarios, es decir, no gente que produce las revoluciones, sino que ama tanto al pueblo que no lo aban-

> dona cuando, sin que lo incitemos nosotros, se lanza a la lucha. Rogamos al público que nos ayude en nuestro esfuerzo por hacer menos pesada la insurrección que se prepara en el propio pueblo. Como nos inspiran piedad las clases cultas, les rogamos que no infravaloren el peligro que las amenaza [19].

Mientras que los de *La Joven Rusia* pensaban ya en el terror para mantenerse en el poder, los de *Zemlia i volia* manejaban la astucia con las clases cultas y liberales. Los segundos eran «realistas» más inmediatos; los primeros, a más largo plazo. Pero *Zemlia i volia* tenía, a pesar de todo, una gran ventaja sobre *La Joven Rusia:* su amor por el pueblo la preparaba para buscar con más intensidad y hondura un contacto con las masas populares [20].

Como se ve, la acogida reservada en general a *La Joven Rusia* fue hostil o intensamente crítica. Pero el historiador Koz'min, que estudió este período en sus mínimos detalles, ha publicado algún interesante documento sobre los ambientes en los que el manifiesto de *La Joven Rusia* encontró favorable acogida. Fue leído y comentado entre los estudiantes de algunas escuelas dominicales. Uno de ellos incluso se inspiró en él para un diccionario político manuscrito en el que se podía leer, por ejemplo, un artículo como éste: «*Liberal,* hombre que ama la libertad, generalmente noble. Ejemplo: los señores, los propietarios rurales nobles. Les gusta mirar la libertad desde la ventana, sin hacer nada, y después pasear, ir al teatro y a los bailes. Esto es lo que se llama un hombre liberal» [21].

A pesar de lo que afirma Panteleev en sus memorias, en las que leemos que «entre la juventud de San Petersburgo *La Joven Rusia* no tuvo buena acogida, y aunque circuló fue simplemente porque la juventud consideraba entonces su deber difundir cualquier género de proclamas» [22], también hubo en la capital un grupito que no sólo aceptó las ideas expuestas por Zaichnevski, sino que las convirtió en la base de una actividad autónoma [23].

En el centro de este grupo estaba el estudiante universitario Leonid Ol'shevski. Participó en las manifestaciones de 1861 y fue exiliado a su región de origen, en la gobernación de Kovno. Pero pronto regresó a San Petersburgo. Apenas llegado allí, una denuncia lo llevó a la cárcel, el 15 de mayo. El registro de su casa resultó infructuoso y de momento lo pusieron en libertad; pero una segunda denuncia hizo que se descubriera el material que él mismo había preparado. Lo que pensaba estaba muy claro en una nota que le encontraron encima: «Es absolutamente necesario —escribía— que Alejandro II vaya al otro mundo lo más pronto posible, pues si no todo tomará un mal cariz, y nosotros deberemos pagar.» Una vez más expresaba uno de los estados de ánimo fundamentales del período: la voluntad de salvar a las clases cultas eliminando rápida-

mente la autocracia. Pero más interés aún ofrece otro escrito secuestrado entonces, titulado *Al pueblo ruso (Cuento del tío Kuz'mich)*[24]. Cuando lo interrogaron empezó declarando que se trataba de un resumen de lecturas sobre los sucesos de Galitzia en 1846, pero acabó diciendo que se trataba de una reelaboración, en lenguaje popular y a menudo intencionadamente populachero, del manifiesto de *La Joven Rusia*. Agregó que estas ideas se enraizaron en su ánimo cuando, en mayo de 1862, estuvo en su gobernación de Kovno y observó allí la situación de los campesinos.

Lo había escrito en nombre de un campesino (Kuz'mich), como dirigido a otros campesinos. Hablaba de la miseria: «No, hermanos; no es Dios quien ha puesto sobre nosotros a los señores. El no ha ordenado que los campesinos vivan amargamente su vida, sino que los hombres lo han hecho así por su maldad.» Hablaba después de la tierra, de las levas, de los robos. Imaginaba un diálogo entre Kuz'mich y un joven estudiante, que es como la representación de lo que esperaban y querían estos grupos de jóvenes populistas. «Poco tiempo hace apareció por mi casa un muchacho que no era ni un señor ni un comerciante; iba vestido a nuestra moda, con blusa roja, pero no hablaba como nosotros. Hablaba tan suavemente y tan bien que era un encanto oírle.» Y el diálogo se despliega lentamente en torno a la necesidad de que los campesinos se curen por sí solos de los males que les afligen. ¿Por qué no tomar en las manos el hacha? El estudiante decía que las tierras eran de ellos, que no podían ser del zar, en vista de que éste no se ocupaba del bien del estado. Y agregaba que todo lo que decían los popes era mentira, dejando entrever el tiempo en que el pueblo se gobernaría por sí mismo, «cuando todos serán iguales, los campesinos y los señores». «Ese tiempo no está lejos; sólo es preciso esperar y razonar, pensar con la cabeza y derribar con el hacha en la mano a todos los opresores.»

En contacto con Ol'shevski estaba P. N. Tkachëv, que más adelante se convertirá en jefe y teórico del jacobinismo ruso. Es interesante ver cómo ya entonces buscaba su camino en una dirección muy similar a la indicada por Zaichnevski, probablemente influido directamente por éste.

El efecto que en la sociedad produjo la difusión de semejantes ideas fue tanto más profundo cuanto que la proclama de *La Joven Rusia* coincidió con una serie de violentos incendios que devastaron San Petersburgo y otras ciudades rusas, y que la prensa oficiosa se apresuró a atribuir a la obra de los «nihilistas» y los revolucionarios.

Uno de los más importantes centros comerciales de la capital, el Apraksin dvor, quedó reducido a cenizas. Los incendios se multiplicaron durante todo el mes de mayo de 1862. La primera en acusar a los subversivos fue la «St. Peterburger Zeitung». El conocido escritor Leskov se hizo eco de esta campaña inspirada —parece demostrado— por la policía. Veintidós personas estaban ya en la cárcel el 25 de junio. Otras quince se

reunirán con ellas en las dos semanas siguientes. En general, se trataba de extranjeros, campesinos y soldados. Los legajos que les conciernen se han perdido, salvo en un caso: el de un maestro condenado a quince años de presidio por incendiario. Puede imaginarse fácilmente el trato que sufrieron estos desdichados al saber que en las esferas oficiales circulaban insistentemente por esos días propuestas y proyectos de restablecer la tortura.

Es más que probable que los incendios fueran absolutamente casuales; no constituían un hecho insólito en los anales de las ciudades rusas, construidas en su mayoría de madera. Incluso hubo quien sospechó que se trataba de una provocación del gobierno. Kropotkin, por ejemplo, era de esta opinión, y no hace mucho tiempo un historiador soviético sostenía la misma tesis [25]. La inmensa mayoría de la opinión pública conservadora creyó, en cambio, en las insistentes acusaciones contra Herzen, *Zemlia i volia* y, sobre todo, la misteriosa y violenta *Joven Rusia.* En realidad se trataba de una oleada de pánico, que desencadenó una afanosa búsqueda de los «incendiarios» y que refleja a la perfección la atmósfera de ansiedad y de dudas que llevaba a la juventud a esperar una próxima revolución e impulsaba al gobierno por el camino de la represión.

Pero debemos volver a Zaichnevski, encerrado en la cárcel de Moscú. En diciembre de 1862 fue condenado por una comisión de senadores a dos años y ocho meses de reclusión, y después a ser deportado a Siberia (recuérdese que las autoridades no sabían que era el autor de *La Joven Rusia* y le condenaban únicamente por su actividad de «predicador y confesor del socialismo». Eso explica la relativa blandura de la condena). El zar redujo la reclusión a un año. Partió hacia Siberia el 10 de enero de 1863, sin que nadie lo supiera, ya que se temían manifestaciones de estudiantes. Vivió cierto tiempo en la gobernación de Irkutsk, estableciendo relaciones con los polacos allí exiliados, o que pasaban por la aldea en que estaba confinado para llegar a su lugar de castigo. Permaneció en Siberia hasta 1869, cuando se le permitió residir en la gobernación de Penza, en la Rusia europea [26].

Pudo reanudar allí su obra de conspirador. Reunía con gran paciencia y dificultades a un grupo de jóvenes, estudiantes y sobre todo militares; trataba de acercarse a los círculos dirigentes locales para influir sobre ellos y para identificar a las personas que a su juicio podían ser preparadas, con enorme cuidado pedagógico y conspirador, para participar en un partido revolucionario. Esta actuación le costó una serie de registros y un traslado tras otro a varias gobernaciones, hasta que llegó, en 1873, a la de Orel, donde había nacido y —como se recordará— había hecho diez años antes sus primeros intentos de propaganda directa.

En la ciudad de Orel se convirtió pronto en el centro de toda la juventud revolucionaria. «Organización y sobre todo organización» seguía

siendo su consigna. Era abiertamente contrario al terrorismo y a las manifestaciones públicas. Su objetivo consistía en preparar gente que supiera qué hacer en el momento de la revolución e inmediatamente después. Y eso iba acompañado por cierto desprecio de las masas, «que siempre están de parte del hecho consumado». Convencido de ello, era, en plena atmósfera populista, y no lo ignoraba, un ser aislado. En 1875 pudo ligarse con la corriente de Tkachëv, e incluso fue uno de sus poquísimos defensores en Rusia.

Tomó parte, pese a sus críticas de principio, en la manifestación ante la iglesia de la Virgen de Kazán en San Petersburgo, es decir, en la manifestación que constituye el acta de nacimiento del movimiento público socialista en Rusia. Tampoco en esa ocasión dejó de insistir en la necesidad de una mayor organización. Su participación —doblemente ilegal, ya que estaba aún obligado a residir en la gobernación de Orel— le costó una nueva deportación a Siberia. Regresó en 1880, y cinco años después estaba otra vez en Orel, donde intensificó su actividad conspiradora, con notable éxito. Empezó a tejer toda una red que se mantuvo intacta durante mucho tiempo, hasta que en 1889, casi por azar, fueron descubiertos, detenidos y condenados sus adeptos. El mismo esperó dos años en la cárcel el juicio. Volvieron a mandarlo a Siberia durante cinco años. Allí pudo colaborar en un diario local, «Vostochnoe Obozrenie» (La Reseña Oriental), y durante dos años —desde 1894 a 1895— escribió artículos sobre política exterior. Su amigo G. N. Potanin dijo más tarde que «Zaichnevski había encaminado al periódico por una estricta línea de partido, transformándolo de una gaceta que reflejaba los intereses locales en un órgano del partido al que él pertenecía en la Rusia europea. Los problemas siberianos desaparecieron del diario: en su lugar aparecían larguísimos informes sobre el movimiento obrero en Europa; por ejemplo, sobre el movimiento belga».

Permaneció fiel así, hasta el fin de su vida, a su jacobinismo táctico y político y al lazo que, jovencísimo, había anudado con los problemas del socialismo de Europa occidental.

Pudo ver una vez más Rusia desde este lado de los Urales. Estaba en Smolensko el 19 de marzo de 1896; allí murió algún tiempo después.

Había conseguido educar en la lucha a cierto número de jóvenes. A menudo éstos se le escaparon para unirse a corrientes próximas; su jacobinismo estaba demasiado aislado para atraer a personas menos decididas que él, pero su predicación dejará en esos jóvenes profundas huellas. Una de sus seguidoras más activas, María Nikolaevna Oshanina, fue miembro del Comité ejecutivo de *Narodnaya volia* [27]. Tuvo un notable influjo sobre Nikolai Sergeevich Rusanov, el futuro teórico del Partido Socialista Revolucionario [28]. Otros, como Vasili Petrovich Artsibushev, M. I. Golubeva [29], Orlov, Romanov, se harán socialdemócratas. Pero la impronta de Zaichnevski no se había borrado en ellos, evidentemente;

pronto pasarán a la fracción bolchevique. «Entre las personas sobre quienes se dejó sentir la influencia de Zaichnevski —agrega B. P. Koz'min— se contó el conocido bolchevique I. A. Teodorovich, futuro comisario del pueblo en el primer gobierno de Lenin. Quien escribe estas líneas percibió en él un eco entusiasta de la capacidad de Zaichnevski para suscitar en los jóvenes devoción por la causa de la revolución» [30].

Notas al capítulo 11

[1] Estudios fundamentales al respecto son los de B. P. Koz'min, *K istorii «Molodoi Rossii»* [Para una historia de «La joven Rusia»], en «Katorga i ssylka», 1930, fasc. V y VI; Id., *Kruzhoe Zaichnevskogo i Argiropulo* [El grupo de Zaichnevski y Argirópulos], *ibid.*, 1930, fascs. VII, VIII y IX; Id., *P. G. Zaichnevski na katorge, poselenii i v ssylke* [P. G. Zaichnevski en los trabajos forzados, el confinamiento y la deportación], *ibid.*, 1931, fascs. VIII-IX; Id., *P. G. Zaichnevski v Orle i kruzhok «orliat»* [P. G. Zaichnevski en Orel y el grupo de los «aguiluchos»], *ibid.*, 1931, fasc. X. Estos estudios han sido resumidos en forma abreviada y menos erudita en el libro del mismo B. P. Koz'min, *P. G. Zaichnevski i «Molodaya Rossiya»* [P. G. Zaichnevski y «La joven Rusia»], M. 1932. En las páginas 171 y 172 de este último estudio se encuentra una bibliografía prácticamente completa.

En 1958, B. P. Koz'min empezó a escribir un libro que pretendía titular *Ensayos de historia del jacobinismo y del blanquismo ruso*. No consiguió terminarlo, pero la primera parte, titulada *P. G. Zaichnevski i «Molodaya Rossiya»* pudo ser publicada póstuma en B. P. Koz'min, *Iz istorii revoliutsionnoi mysli v Rossii. Izbrannye trudy* [De la historia del pensamiento revolucionario ruso. Trabajos escogidos], M. 1961, páginas 127 y ss. Este largo ensayo constituye ahora la obra más importante sobre «La joven Rusia». Véase también M. V. Nechkina, *K voprosu o vzaimootnosheniyaj «Molodoi Rossii» i «Zemlei i volei»* [Sobre las relaciones recíprocas entre «La joven Rusia» y «Tierra y Libertad»], y Yu. V. Kulikov, *Voprosy revoliutsionnoi programmy i taktiki v proklamatsii «Molodaya Rossiya» (1862 g.)* [Los problemas del programa y la táctica revolucionaria en el manifiesto *La Joven Rusia*], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], vol. II, M. 1962, pp. 230 y ss. y 241 y ss.

[2] *Delo Zaichnevskago* [Legajo Zaichnevski], en la miscelánea histórica *O minuvshem* [El pasado], Spb. 1905. En el registro que le hicieron en 1861, se le encontraron entre otras cosas *De la justice dans la révolution et dans l'église*, de Proudhon, *Révélations historiques*, de Louis Blanc, y *L'Humanité*, de Leroux.

[3] V. P. Alekseev, *P. G. Zaichnevski*, en «Krasny arjiv», 1922, fasc. 1.

[4] T. G. Snytko, *Studencheskoe dvizhenie v russkij universitetaj v nachale 60-j godov i vosstanie 1863 g.* [El movimiento estudiantil en las universidades rusas a comienzos de los años sesenta y la insurrección de 1863], en *Vosstanie 1863 g. i russko-pol'skie revoliutsionnye sviazy 60-j godov. Sbornik statei i materialov pod red. V. D. Koroliuka, I. S. Millera* [La insurrección de 1863 y los lazos revolucionarios ruso-polacos de los años sesenta. Colección de artículos y materiales editada por V. D. Koroliuk e I. S. Miller], M. 1960, pp. 211 y ss.

[5] Ya. V. Abramov, *Nashi voskresnye shkoly* [Nuestras escuelas dominicales], Spb. 1900; G. I. Ionova, *Voskresnye shkoly v gody pervoi revoliutsionnoi situatsii (1859-1861)* [Las escuelas dominicales en los años de la primera situación revolucionaria], en «Istoricheskie zapiski», n.° 57, 1956, pp. 177 y ss.

[6] Alekseev, *op. cit.*

[7] A. Smirnov, *K biografii P. G. Zaichnevskogo* [Para una biografía de P. G. Zaichnevski], en «Krasny arjiv», 1936, fasc. III, donde se publica íntegramente la carta a Argirópulos del 1 de julio de 1861, de la que están tomadas estas citas.

[8] M. Lemke, *Politicheskie protsessy v Rossii 1860-j gg. (o arjivnym dokumentam)* [Los procesos políticos en Rusia en los años sesenta (Sobre la base de los documentos de archivo)], M.-L. 1923 [2], p. 3.

[9] Nuevos elementos, sacados del archivo de la universidad de Moscú, sobre este interesante episodio, en B. P. Koz'min, *P. G. Zaichnevski i «Molodaya Rossiya»* cit., pp. 212 y ss.

[10] Sobre la vida de este joven griego tan prematuramente desaparecido y que, sin embargo, dejó una huella en el ánimo de todos los que le conocieron, véase V. Lind, *Vospominaniya o moei zhizni* [Recuerdos de mi vida], en «Russkaya mysl'», 1911, fasc. VIII.

[11] Lemke, *op. cit.*, p. 521.

[12] Sobre él, cfr. *Poet-revoliutsioner I. I. Gol'ts-Miller. Sostavili B. Koz'min i G. Lelevich* [El poeta revolucionario I. I. Gol'ts-Miller, compilado por B. Koz'min y G. Lelevich], M. 1930; el artículo de N. Gavrilov, *Zabyty revoliutsionny poet* [Un poeta revolucionario olvidado], en «Katorga i ssylka», 1929; fasc. XII; I. Yampol'ski, *Neizdannye stijotvoreniya I. I. Gol'ts-Millera* [Poesías inéditas de I. I. Gol'ts-Miller], en «Literaturnoe nasledstvo», 1936, fascs. 25-26, y M. G. Vandalkovskaya, *Materialy S. N. Yuzhakova kak istochnik po revoliutsionnomu dvizheniyu 60-j godov* [Los materiales de S. N. Yuzhakov como fuente para la historia del movimiento revolucionario de los años sesenta], en *Problemy istorii obshesvennogo dvizhenia i istoriografii* [Problemas de historia del movimiento social y de la historiografía], M. 1971, pp. 194 y ss.

[13] Véase el texto reproducido en *Narodnicheskaya ekonomicheskaya literatura Izbrannye proizvedeniya* [La literatura económica de los populistas. Obras escogidas], edición de N. K. Karataev, M. 1958, pp. 99 y ss.

[14] F. Raskol'nikov, *Iz istorii russkoi revoliutsionnoi mysli 60-j godov* [De la historia del pensamiento revolucionario ruso de los años sesenta], en «Molodaya gvardiya», 1924, fasc. IV.

[15] A. I. Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem, pod red. M. K. Lemke* [Colección completa de obras y cartas. Edición de M. K. Lemke], XIV, pp. 495 y ss.

[16] Lemke, *op. cit.*, p. 527; cfr. Koz'min, *P. G. Zaichnevski i «Molodaya Rossiya»* cit., p. 281.

[17] *N. G. Chernyshevski. Sbornik.* [N. G. Chernyshevski. Miscelánea], M. 1928, página 116.

[18] Koz'min, *P. G. Zaichnevski i «Molodaya Rossiya»* cit., p. 125, aduce algunos buenos argumentos, contra la opinión de M. Lemke, para atribuir ese escrito al grupo que se congregaba en torno a N. I. Utin.

[19] Koz'min, *K istorii «Molodoi Rossii»* cit., fasc. VI.

[20] Las relaciones entre «La joven Rusia» y *Zemlia i volia,* los intentos de unificación y las dificultades con que tropezaron han sido examinados a fondo en el artículo de la Nechkina, *op. cit.* Aunque en el plano político e ideológico parece tener razón B. P. Koz'min cuando subraya la honda diferencia entre las ideas de Zaichnevski y las del grupo peterburgués de *Zemlia i volia,* M. V. Nechkina puede tener razón en el plano organizativo cuando sostiene que se realizaron, en la primavera de 1862, serios intentos de unificación de todos los grupos revolucionarios, incluido el moscovita, en una única sociedad secreta de *Zemlia i volia.* Cfr. Ya. I. Linkov, *Revoliutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i tainoe obshestvo «Zemlia i volia» 1860-j gg.* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y libertad», de los años sesenta], M. 1964, p. 302.

[21] Koz'min, *P. G. Zaichnevski i «Molodaya Rossiya»* cit., p. 289.

[22] L. F. Panteleev, *Iz vospominani proshlogo. Redaktsiya i kommentarii S. A. Reisera. Vstupitel'naya stat'ya V. I. Nevskogo* [De los recuerdos del pasado. Edición y comentarios de S. A. Reiser. Introducción de V. I. Nevski], M.-L. 1934, p. 242.

[23] Cfr., en este mismo volumen, cap. IX, pp. 82 y ss.

[24] Este escrito, que nunca se publicó por entero, ha sido ampliamente resumido por B. Koz'min, *P. N. Tkachëv i revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov* [P. N. Tkachëv y el movimiento revolucionario de los años sesenta], M. 1922, p. 35.

[25] S. Reiser, *Peterburgskie pozhary 1862 goda* [Los incendios de San Petersburgo en 1862], en «Katorga i ssylka», 1932, fasc. X.

[26] Sobre este período de Zaichnevski, véanse las curiosas memorias de V. Bystrenin, *Ujodiashee* [Cosas que desaparecen], cap. X: *Prosvetiteli* [Los iluminadores], en «Golos minuvshago», 1922, fasc. II.

[27] Fue ella quien escribió el artículo probablemente más amplio e interesante sobre Zaichnevski, en el momento de su muerte, en los *Materialy dlia istorii russkogo sotsial'no-revoliutsionnogo dvizheniya* [Materiales para la historia del movimiento social-revolucionario ruso], Ginebra 1896, núm. X, núms. 6-7. Dice de él que «era, como entonces se decía, 'centralista'. Toda la actividad revolucionaria preventiva debía ser realizada por un 'centro', constituido por gente enteramente entregada a la revolución, y superior por sus cualidades al nivel medio».

[28] N. S. Rusanov, *Na rodine* [En la patria], M. 1931, página 98. «Al recordar algunas conversaciones con Zaichnevski, tiendo a pensar que él creía aún menos que Tkachëv, del que hablaba por lo demás con gran simpatía, en la posibilidad de que la *obshina* rusa constituyera el punto de partida del desarrollo socialista.» Según estas memorias, Zaichnevski estaba, al menos al final de su vida, en contra de la distribución de las tierras de los señores a los campesinos: «Se necesitarán años de gobierno revolucionario para enseñar a nuestros campesinos cómo hay que cultivar la tierra y, en general, cómo se desarrollan las fuerzas productivas de la agricultura. De no ser así, nada funcionará.» Al recoger estas palabras, Koz'min *(P. G. Zaichnevski v Orle i kruzhok «orliat»* cit.) comenta: «Como se ve, en los años setenta y ochenta, Zaichnevski seguía manteniendo en lo fundamental el punto de vista que había sostenido durante su juventud, cuando escribió *La joven Rusia.*» Es cierto, pero interesa sobre todo observar cómo la voluntad jacobina había ido erosionando poco a poco, con el transcurso del tiempo —destruyéndolo casi por completo— el contenido populista que estaba en el centro de su manifiesto juvenil. Quedaba en pie la dictadura jacobina.

[29] Véase su *Vospominaniya o Zaichnevskom* [Recuerdos sobre Zaichnevski], en «Proletarskaya revoliutsiya», 1923, fasc. VI-VII.

[30] Koz'min, *P. G. Zaichnevski i «Molodaya Rossiya»* cit., p. 345.

CAPITULO 12

La conjura de Kazán

Aquel «círculo de estudiantes de la universidad de Moscú originarios de Kazán», que ya en 1859 poseía una organización política propia y que, ensanchándola y modificándola, consiguió mantenerla durante más tiempo que otros grupos parecidos, demostró una notable actividad. Los hemos encontrado en el origen de la actividad de Zaichnevski y de Argirópulos, los creadores de *La Joven Rusia;* los hemos visto transformarse en una de las secciones más activas y menos disciplinadas de *Zemlia i volia,* y los encontramos ahora en la fase inicial del episodio más trágico de la lucha de aquellos años, conocido en la historiografía rusa con el nombre de «conjura de Kazán».

La vida de los grupos locales y provinciales de *Zemlia i volia,* el cruce del problema campesino ruso y del nacional polaco, la atmósfera de expectativa y de temor de la época que siguió a la liberación de los siervos están iluminados por esta conjura fallida, que costará la vida a cinco personas [1].

La «Biblioteca de los estudiantes de Kazán» fue creada por Yuri Mijailovich Mosolov y Nikolai Shatilov, ambos de origen noble, y el segundo tres años más joven que el primero [2]. Ambos habían sido expulsados de la universidad por participar en los desórdenes provocados por la exclusión de un profesor de Moscú, en 1859 [3]. Y los dos se hicieron técnicos ferroviarios. En 1862 entraron a formar parte de la sección moscovita de *Zemlia i volia,* cuyos animadores fueron. Pero sus ideas no respondían del todo al populismo que iniciaba su alejamiento del liberalismo y que animaba a los jóvenes fundadores de *Zemlia i volia* en San Petersburgo. La «Biblioteca» mantuvo, pues, una organización autónoma. El programa que Mosolov redactó entonces —que se ha perdido— fue resumido así más adelante por quien lo escuchó de viva voz: «Administración regional, con asamblea central en San Petersburgo y Moscú; la tierra debe ser toda del estado, cedida en préstamo durante un plazo fijado; abolición de la propiedad privada; la mujer debe disfrutar de los mismos derechos que el hombre» [4]. Si este programa ha sido recogido con fidelidad, no hay duda de que parecería más próximo a *La Joven Rusia* que a *Zemlia i volia.* ¿El extremismo de estos jóvenes provenía de la

situación campesina especialmente aguda en sus regiones de origen? Es probable. Por otra parte, resulta difícil seguir de cerca sus ideas. Mosolov fue detenido ya en 1863, y tras un largo período de prisión se le condenó el 6 de abril de 1866 a la pérdida de todos sus derechos y a la deportación perpetua en Siberia. Es cierto que en marzo de 1870 se le permitirá regresar a la Rusia europea, a Saratov, pero desde entonces no volvió a ocuparse de conjuras y siguió viviendo en esa ciudad del Volga, trabajando como técnico en los ferrocarriles y en otras empresas. Absolutamente similar, e incluso paralela, fue la suerte de su camarada Shatilov.

La «Biblioteca» que habían creado en Moscú reflejaba la caldeada atmósfera de la universidad de Kazán. Esta ciudad era desde hacía unos años el centro de una agitación estudiantil que probablemente es la más violenta, prolongada y variada de todos los movimientos parecidos de la época. Las manifestaciones habían empezado pronto: en 1857 un estudiante, Ivan Umnov, alumno de Chernyshevski en Saratov, era enviado al servicio militar durante tres años por haber insultado a las autoridades universitarias; fue la oportunidad de una protesta colectiva de sus compañeros, seguida por una serie de medidas administrativas contra los mismos profesores que habían sido la causa primera de la manifestación [5]. Rápidamente nacieron grupos compactos de estudiantes, a consecuencia de incidentes de este tipo.

Estaban animados por el deseo de administrar no sólo la vida estudiantil, sino la propia universidad —eran tanto órganos de autoadministración como instrumentos para imponer su voluntad al cuerpo docente y al estado. En 1857 surgieron una caja de socorros mutuos y una biblioteca. Y, naturalmente, en ésta empezaron a aparecer ediciones prohibidas, o sea las publicaciones de Herzen. Nació un tribunal estudiantil que daba casi una sanción a esta vida corporativa cada vez más intensa. En 1859-61 exigen la expulsión de profesores que, cuando no ceden voluntariamente, se convierten en objeto de un obstruccionismo sistemático. Dentro de esta organización nacían grupos políticos, se celebraban asambleas regionales, se discutían revistas y libros.

Pronto los desórdenes del otoño de 1861 en San Petersburgo tuvieron eco en Kazán. La universidad pasó a manos de los militares, que la mantuvieron cerrada durante cierto período. Fueron expulsados muchos estudiantes. Eso no hizo más que proporcionar nuevos elementos a los movimientos más propiamente políticos.

No está del todo claro cuál era exactamente la estructura de la organización clandestina existente en Kazán, que entonces se unió a *Zemlia i volia*. Pero es evidente que se trataba, también en este caso, de grupos estudiantiles creados en torno a las personalidades más fuertes e influyentes. En efecto, oímos hablar de un grupo de más de cincuenta jóvenes, presidido por un médico, del que formaban parte Polinovski, Sergeev, Zhemanov, Ivan Orlov y otros. Lo llamaban el grupo «más viejo», y probablemente era, en el momento de la conjura, el más fuerte y activo.

Sin embargo, sus componentes decían que —cortos de medios y de conocimientos militares— esperaban una consigna de San Petersburgo y de Moscú. Es probable que el médico que lo encabezaba se llamase Burger. Este se había educado en aquella universidad, había tomado parte en los movimientos de años anteriores y después se convirtió en el médico de la universidad y de los estudiantes.

Aunque éste era el grupo más organizado, el de la facultad de Historia y Filología constituía en cambio, en cierto momento, el centro ideológico de la joven Kazán de esos años. Sus miembros se reunían una vez a la semana para leer y discutir.

Esta vida intensa, casi febril, en una gran ciudad de provincias, la describió de modo especialmente vivo alguien que entonces era estudiante y miembro de esos grupos: Ivan Markovich Krasnoperov. Procedía también él, como muchos de sus compañeros, de una familia de popes. En el último período de su estancia en el seminario no había hecho más que leer las obras de la época, sobre todo las de Chernyshevski y Dobroliubov. «La imagen de este último estaba circundada a nuestros ojos casi por una aureola» [6]. Un amigo suyo, Aleksandr Aleksandrovich Krasovski, desaparecido después en la lucha revolucionaria, le llevaba de San Petersburgo noticias sobre los dos grandes escritores. Las páginas en que Krasnoperov narra las impresiones experimentadas por él y sus amigos en el seminario de Viatka al recibir estas noticias, son uno de los más interesantes testimonios sobre cómo respondía entusiásticamente la joven generación, incluso en los más pequeños centros provinciales, a la obra de los escritores del «Sovremennik».

Cuando murió Dobroliubov, los seminaristas encargaron una misa por él, cantando las oraciones con especial entusiasmo. Y cuando en la ceremonia se pronunciaron las palabras litúrgicas «memoria eterna», Krasnoperov se levantó y pronunció un discurso en el que expresó todo su amor hacia el difunto. «Que te insulten los viejos y te odien como corruptor de la joven generación, pero ésta te ama por tus ideas y pasa riendo al lado de los oscurantistas, con orgullo y confianza en sí misma, en el camino que tú le indicaste con tu actividad literaria.»

Con esta atmósfera de juvenil entusiasmo contrasta del modo más curioso la bronca que le echó al joven Krasnoperov el eclesiástico que estaba entonces al frente de su seminario. «¿Tú has hablado en la iglesia? ¿Cómo te has atrevido a insultar el templo de Dios con tu boca pagana? ¡Esto es un sacrilegio!» «No dije nada malo, padre inspector, dije sólo que Dobroliubov nos ha enseñado a pensar, que ha sido un gran escritor.» «¡Estúpidos, archiestúpidos, aprender a pensar de quienes son los hombres más dañosos para la sociedad! A pensar se aprende con la lógica. Leed y aprender los manuales de lógica de Karpov, Barjov, Bajman...»

Krasnoperov fue perdonado, pero en cuanto pudo abandonó el seminario para irse a la universidad de Kazán. Había decidido recorrer a pie —si era necesario— las cuatrocientas verstas que separaban Viatka de

dicha ciudad. Pero sus compañeros lo ayudaron y fue a Kazán en barco, llevando bajo el brazo dos únicos libros (la traducción rusa de la *Historia del siglo XVIII* de Schlosser y *La esencia del cristianismo* de Feuerbach). En Kazán empezó durmiendo en el suelo, después se introdujo poco a poco en la variopinta existencia de los estudiantes que vivían en aquel «templo de las ciencias». Estos habían abandonado hacía poco el uniforme impuesto por Nicolás I y vestían de las formas más raras. Vivían en pequeñas comunidades, a menudo en la mayor miseria, y se ayudaban entre sí. El ídolo de aquella juventud era Shapov. «Pensaban y vivían con sus ideas.» Leían sobre todo libros de historia, y es evidente —incluso por lo que nos narra Krasnoperov— lo que buscaban en ellos. Cuando éste fue detenido, el 17 de marzo de 1863, no se le acusará sólo de haber participado en el complot de que ahora nos ocuparemos, sino también de haber escrito un opúsculo titulado *El carbonarismo francés*. No sabemos nada del contenido de este texto, pero ya su título resulta interesante. Krasnoperov buscaba con sus compañeros una forma de organización y una tradición revolucionaria. Que los intentos de los otros marchaban en el mismo sentido nos lo prueba una curiosa noticia —que parece que hay que aceptar como verdadera, aunque no esté confirmada por otra fuente— que nos transmitió Herzen, según la cual estos estudiantes habían adoptado como estatuto el de los iluminados de Weishaupt [7].

Krasnoperov permanecerá fiel también luego al estudio de los movimientos revolucionarios europeos. Desde marzo de 1863 hasta agosto de 1867 estará encerrado en la cárcel, primero en Viatka y después, un período más largo, en la fortaleza de Kazán. En aquella torre de dos pisos continuó la vida de lecturas y discusiones que había llevado cuando estaba en libertad. La biblioteca de la universidad le proporcionaba los libros, y así pudo leer en su celda el *Sistema de la naturaleza* de Holbach, el *Viaje a Icaria* de Cabet, y a Fourier, Proudhon, Louis Blanc, Boerne. También leyó y tradujo allí, para sus amigos, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels. Pero había dos obras que deseaba mucho y que no conseguía obtener: la *Historia de diez años* de Louis Blanc y los escritos de Lassalle. Un día, tras haber juntado los ahorros de tres o cuatro meses, consiguió salir de la cárcel, acompañado por un guardia. Conducido a la única tienda de libros extranjeros de la ciudad, encontró los que buscaba, los pagó y se los llevó a su celda, no sin haberle metido el miedo en el cuerpo al comerciante alemán que, a la vista de los guardias, esperaba un registro.

En la cárcel aprendió entre otras cosas italiano, ejercitándose con un Evangelio, a falta de otros textos, y con una gramática. «Me interesaba extraordinariamente la suerte de Italia... La época de Dante, Boccaccio y Petrarca, cuando la lucha de la burguesía con el pueblo y los gibelinos estaban en pleno desarrollo. La expulsión de Dante, la lucha de los cardadores de lana contra los ricos en Florencia, me indujeron a ocuparme

en prisión del estudio de esa época.» Empezó a escribir un libro, *Florencia en el siglo XIV*, que más adelante se imprimió en una revista[8].

Valía la pena detenerse en las memorias de Krasnoperov, no porque éste desempeñara por aquellos años un papel de primer plano en el movimiento, pero sí porque él supo describirnos mejor que nadie la atmósfera de discusiones e intereses intelectuales que animaba las atestadas y pobres reuniones de los estudiantes de dicha universidad.

Pero ahora tendremos que centrar nuestra atención en otro aspecto de este movimiento. De la intensa experiencia política y de conspiración —germinada gracias a la lectura de libros procedentes de Occidente y a una rápida comparación entre las ideas que en ellos se encontraban con la situación de los campesinos de las tierras del Volga— nació, allí como en Moscú, un típico producto de esas experiencias: la ida hacia el pueblo, la predicación directa. «Apostolado», lo llamaban los estudiantes de Kazán. Y la palabra expresaba a la perfección la atmósfera de entusiasmo religioso que los animaba.

Las primeras peregrinaciones «apostólicas» de que tenemos noticias se remontan a marzo de 1863. Su animador fue el estudiante Ivan Yakovlevich Orlov. Era siberiano, hijo —como tantos de sus compañeros— de un pope. Durante dos años frecuentó el seminario de Irkutsk, y en esa ciudad conoció a Bakunin. Por tanto llegaba a la universidad conociendo ya, probablemente, ciertas ideas que sus amigos no descubrirán hasta más adelante. En cualquier caso, pronto se convirtió en uno de sus jefes. Cajero del grupo «más viejo» pasó de él —con toda probabilidad— a miembro de *Zemlia i volia*. Pero las ideas de ésta no lo satisfacían plenamente. Decía a sus compañeros que «hacía algún tiempo se había constituido una nueva sociedad, que tiene un programa social como el de *Zemlia i volia*, pero más violento». Comparado con lo que él soñaba, incluso el programa de *La joven Rusia* parecía descolorido.

> El principal objetivo de esta sociedad era la formación de una secta político-revolucionaria y el desencadenamiento de todas las pasiones antiestatales del pueblo... Esta nueva sociedad se encuentra en estrecho contacto con los mazzinianos. Y es bien sabido que éstos no reparan en los medios, sosteniendo en Italia, directa o indirectamente, el bandidaje y el saqueo.

Este joven alumno de Bakunin parecía casi anticiparse a su maestro.

En marzo de 1863 abandonaba la ciudad para predicar en el campo. Llevaba consigo cierto número de manifiestos de *Zemlia i volia*: «Libertad» y otros referentes al problema polaco. Además, tenía un impreso de factura local que comenzaba con estas palabras: «Hermanos, durante mucho tiempo nos han ahogado...» No se sabe con seguridad de quién era, pero es bastante probable que lo hubiera redactado aquel estudiante

Umnov que fue de los primeros expulsados de la universidad, en 1857. Lo compuso a finales de 1862, para desaparecer al año siguiente sin dejar rastro. Pero había tenido tiempo de decir en breves palabras, con un estilo intencionadamente popular y no desprovisto de eficacia, lo que reinaba en el ánimo de todos sus compañeros. Orlov se preparaba ahora a hablar con sus palabras a los campesinos; no en vano los estudiantes solían decir: «ese manifiesto está bien, lo ha escrito uno de los nuestros»:

> Hermanos, durante mucho tiempo nos han ahogado, atormentado con el trabajo, pegado con los látigos y los *knuts,* durante mucho tiempo han llevado al señor vuestras mujeres y vuestras hijas. Lo habéis soportado todo. Esperabais que el padre zar se acordase de vosotros los pobres, y os protegiese. Y he aquí cómo el zar se ha acordado de vosotros: hace cinco años escribió un manifiesto donde dijo «quiero liberar a los campesinos». Creíamos en la palabra del zar, y rezamos a Dios de todo corazón por nuestro libertador. Pero en ese mismo momento el zar estaba recogiendo los consejos de los señores, deliberando con ellos, y por fin nos ha dado la libertad. ¿Habéis leído esa libertad, la habéis examinado bien? ¿Habéis reflexionado sobre ella? Nadie entiende que demonio de libertad es. Os habéis convertido en gente libre, pero no os han dado la tierra, y si queréis la tierra, compradla con vuestro dinero, sacado de vuestra sangre. Os habéis convertido en gente libre y el señor ya no se atreve a tocaros, pero puede ponerse de acuerdo con las autoridades y éstas son capaces de deportar a Siberia media aldea...

Recogía después el tema de los señores y los funcionarios embaucadores, recordando cómo el zar había mandado sus generales contra los campesinos. «Diréis: ¿en quién esperar? Esperad en vosotros mismos, hermanos, y obtened por vosotros mismos la libertad.» Eso sólo sería posible gracias al acuerdo general. Por fin sería la libertad de los señores y de los funcionarios. «Reclamad con una sola voz la libertad libre.» «Los campesinos de los señores son 13 millones, los que dependen de la corona, 30 millones. E incluso hay hombres de uniforme que están de parte del pueblo. Son los que han escrito este manifiesto y quienes os advertirán en el momento adecuado para la insurrección» [9].

Lo más sincero de estas palabras era la desesperada voluntad de encontrar un lenguaje político comprensible para los campesinos. En cuanto al medio para transmitir estas palabras, Orlov sólo veía de momento los viajes «apostólicos». Se proveyó de cartas de recomendación para ex-estudiantes y sacerdotes de los pueblos y aldeas que debería atravesar, esperando así encontrar apoyo. Krasnoperov le dio una carta para su hermano, que era pope, escribiéndole a éste que un eclesiástico «podía, con sus sermones, ser de gran utilidad a los campesinos» y recomendándole que «estuviera dispuesto para la gran causa de la renovación de Rusia».

Orlov, acompañado por un estudiante que volvía a su tierra, Mijail Suliatnikov, se dirigió hacia Viatka distribuyendo manifiestos por el camino. Peregrinó por los centros de Gladov, Sviatoge, visitando también las pequeñas aldeas y ofreciendo sus folletos. Pronto empezaron a llegar a las autoridades noticias sobre este extraño viajero. El 17 de marzo Suliatnikov fue detenido. La carta de presentación escrita por Krasnoperov fue encontrada y también se detuvo a éste. Orlov había conseguido, de momento, escapar de los guardias y llegar a Kazán.

M. K. Elpidin realizó en ese período otros viajes «apostólicos», eligiendo como territorio la región donde su padre era sacerdote. En un pueblecito dejó a alguien el encargo de distribuir los manifiestos a los campesinos que acudían al mercado, diciéndoles que se los llevaran a las aldeas y se los hicieran leer en voz alta por el escribano público. En cuanto regresó a Kazán fue detenido con otros dos estudiantes [10]. En su casa encontraron no sólo cierta cantidad de prensa ilegal sino también algunos manuscritos, entre ellos una exposición de la doctrina de Buda, donde «estaban contenidas blasfemias, negaciones de los dogmas de fe», como escribió la policía. Condenado a cinco años de trabajos forzados —reducidos después, en 1864, a dos y medio— consiguió fugarse al extranjero al año siguiente, escapando de la cárcel. Durante unos años será en Ginebra uno de los elementos más conocidos de la joven emigración rusa.

Los otros detenidos eran los hermanos Evgraf e Ivan Dmitrevich Pen'kovski. Este último tenía aún en su poder un escrito suyo de 1861, donde hablaba en tono violento de «libertad del pueblo» *(narodnaya volia)* y donde recordaba a Pugachëv, «que ahorcaba señores y tomaba ciudades». «Ya es hora de luchar de nuevo por la verdad, de escuchar a Pugachëv, de seguirlo con el hacha en la mano, de derribar funcionarios y nobles, de establecer el principio electivo.» La poesía que cerraba este manifiesto invitaba a no perdonar ni siquiera a la persona del zar. En el interrogatorio declaró que había sacado estos versos de un periódico manuscrito de los estudiantes de Kazán.

También otro miembro del grupo, Arkadi Afanas'evich Biriukov se dedicó aquella primavera a recorrer la campiña. Partió hacia la gobernación de Riazán con un evangelio en la mano, con la intención de «saber si el pueblo esperaba algo y de ver cómo acogería un llamamiento a la insurrección». Pero regresó bastante desalentado. Había distribuido folletos, leído el evangelio, «pero —declaró a sus compañeros— los campesinos escuchan sin decir casi nada, de modo que no entiendo qué piensan. Pero les gusta escuchar el evangelio». La meta de su segundo viaje fue aquel distrito de Spassk donde se encontraba la aldea de Bezdna, centro de la revuelta de 1861. Esta vez Biriukov volvió desolado: los campesinos, aterrados, ni siquiera le permitieron pasar la noche en sus cabañas; en una aldea quisieron denunciarlo, en otra le robaron. Poco después Biriukov fue detenido. Pasó cuatro años en prisión y al salir, aunque

encontró trabajo en un periódico local, fue tanta su desesperación que acabó entregándose al alcohol, y murió tirado en la calle en 1881.

La experiencia del «apostolado» era negativa, desde un punto de vista inmediato. Se habían producido muchas detenciones, comparadas con el modesto trabajo de distribución de manifiestos y con las pocas frases pronunciadas en las casas campesinas. No se había podido establecer un contacto político, y a veces ni siquiera humano. Es el balance de toda «ida hacia el pueblo». Pero en conjunto se trata de uno de los momentos más importantes —aunque inicial e ingenuo— de la formación de los grupos revolucionarios. Apostolado y conspiración marchaban a la par. Y ahora, tras haber visto el terreno sobre el que creció, ya es hora de volver la mirada a la conjura propiamente dicha.

Los hombres del Comité Nacional polaco decidieron dirigirse en busca de ayuda justamente a este grupo de estudiantes de Kazán, cuando comprendieron que podían esperar muy poco de parte de *Zemlia i volia* [11].

A comienzos de 1863 un enviado del Comité, Jerónimo Kieniewicz, llegado a San Petersburgo para pedir una vez más un apoyo real, y que se encontró ante la imposibilidad de actuar de acuerdo con los elementos de la capital, decidió obrar por su cuenta.

Su plan parecía responder al estado de ánimo de los campesinos rusos en los años que siguieron inmediatamente a la liberación, estado de ánimo descrito por los mismos revolucionarios: bastaría con alzar la bandera de la «libertad campesina», contrapuesta a la «libertad de los señores».

Kieniewicz pensó que el mejor medio para sublevar a las masas sería un manifiesto apócrifo del zar, en el que estuviera contenida dicha promesa [12]. El manifiesto fue redactado por Yuri Benzenger, un miembro de *Zemlia i volia,* estudiante de la universidad de Moscú, joven que demostró en su breve vida un raro valor. En noviembre de 1862, recién acabadas las clases, fue a hacer el servicio militar, desplegando una activa propaganda entre sus compañeros de armas. Descubierto, huyó, pero lo detuvieron de todas formas. En agosto de 1863 estaba a la cabeza de una rebelión de prisioneros y era condenado por un tribunal militar a diecisiete años de trabajos forzados. Menos de un año después, el 1 de abril de 1864, enviaba a sus superiores un memorial en el que exponía «su punto de vista político». El carácter de éste era tal que lo condenaron inmediatamente al fusilamiento, conmutado luego por trabajos forzados de por vida [13].

El fue el autor del extraño documento que prometía, en nombre del emperador, «plena libertad a todos Nuestros fieles súbditos», y a los campesinos una tierra sin rescate en propiedad perpetua. Además, eximía a todos de cualquier futuro servicio militar y ordenaba «a los soldados de nuestro ejército que regresaran a su lugar de origen». Convocaba también elecciones para designar a los diputados que constituirían «el Consejo de Estado que, con nuestra ayuda, gobernará Rusia». «¡Tal es Nuestra real

voluntad!» «Si el ejército, engañado por sus jefes, si los generales, los gobernadores, los árbitros de paz, se atreven a oponerse con la fuerza a este manifiesto, entonces que cada uno de vosotros se alce en nombre de la libertad dada por Nos, y sin vacilar entable lucha contra todos los que osen oponerse a Nuestra voluntad.»

Los polacos consiguieron que un obrero de la tipografía del Senado robase los caracteres necesarios para imprimir esta proclama. Al parecer se imprimió en Noruega, en Friedrichham, para ser llevado luego a Rusia a través de Finlandia. Según otra versión, en cambio, se imprimió en Vilno.

La intención de escribir a lo popular, de utilizar palabras del lenguaje ordinario que respondieran a los conceptos de los intelectuales, encontraba aquí una expresión paradójica. Desde el punto de vista político este manifiesto apócrifo era, por así decirlo, la última conclusión de una esperanza —cada vez más debilitada— en una transformación del estado procedente del emperador. Como éste no pensaba seguir a las clases cultas y a la juventud, los revolucionarios se veían tentados con toda naturalidad a hablar en su nombre.

A este manifiesto se agregaron otros dos, escritos también por Benzenger —que les atribuyó el nombre de *Zemlia i volia*—, dirigidos a los intelectuales. Uno se titulaba *Gobierno provisional del pueblo,* y otro *Libertad de religión.* Recogían el motivo central del movimiento: «Oh rusos, abandonad la esperanza en la benevolencia del zar»..., y recordaban la matanza de Bezdna, así como las demás medidas represivas. «Oprimidos y sufrientes de toda la tierra rusa, armaos contra la opresión y la injusticia, que se derivan del zar y de sus acólitos...» Y agregaba: «Tras haber vencido al enemigo, se distribuirán las tierras sin rescate, se instituirán tribunales, se hará justicia de los funcionarios vampiros y se elegirán hombres honestos e inteligentes.»

Esta es la base propagandística y política del complot. Kieniewicz esperó así encender la chispa en Kazán, donde los síntomas eran más favorables, donde el movimiento estudiantil se mostraba más activo, donde los campesinos se habían rebelado en 1861, donde —más que en ningún lado— resonaban los nombres de Sten'ka Razin y Pugachëv.

Su brazo derecho para la ejecución de este plan fue Maksimilian Czernjak, joven oficial polaco. En 1860 había entrado en la Academia del estado mayor, prosiguiendo después su carrera en San Petersburgo. Allí conoció a dos oficiales, que pronto encabezarán la insurrección polaca: Dabrowski (el futuro general de la Comuna de París) y Sierakowski.

Czernjak confirmó a Kieniewicz que *Zemlia i volia* insistía en su plan, limitado a la propaganda, a la difusión de ideas. El Comité Polaco decidió entonces intentar, por propia iniciativa, una revuelta en Rusia. El intento habría tenido, por lo menos, el valor de una diversión capaz de aligerar la presión rusa en Polonia.

Czernjak puso manos a la obra. Tenía como punto de apoyo en Kazán un pariente, también oficial de estado mayor, Napoleón Casimiro Iwanicki. El cronista de la joven Kazán de la época, Krasnoperov, a quien ya hemos recordado varias veces, dejó escrito que era un muchacho simpático de unos treinta años (en realidad nació en 1835, en Volinia), y que había conseguido cautivar las simpatías de los estudiantes por su ingenio nada vulgar y por su entrega sin límites a la causa revolucionaria [14]. Czernjak tenía que entrar en contacto, a través de él, con los grupos clandestinos, e informarles de que en el seno de *Zemlia i volia* se había producido una escisión y que parte de la organización, capitaneada por Bakunin, consideraba llegado el momento de la insurrección, tanto más cuanto que la revolución polaca habría obligado al emperador a disminuir las tropas en el interior de Rusia. Kieniewicz lo proveyó incluso de una carta en este sentido, con la firma apócrifa de Bakunin.

Antes de salir de San Petersburgo, Czernjak escribió a su pariente que le preparase el terreno. Iwanicki estaba de guarnición en la ciudad de Spassk, o sea, la capital del distrito que había sido escenario del levantamiento campesino de 1861. Se creía que eso facilitaría su actuación. Se dirigió de inmediato a Kazán, donde empezó a celebrar pequeñas reuniones de estudiantes y a explicarles sus planes, con voz tranquila y decidida «como si estuviese preparando una cacería». Aunque hay bastante discordancia en las fuentes, parece probable que Iwanicki no hubiera tenido relaciones anteriores con grupos estudiantiles. Pero no le resultó difícil hacerse oír. Hablaba de sus experiencias con los soldados y los campesinos, narrando cómo había tratado de explicarles por medio de apólogos la necesidad de la igualdad. Según él, había que poner el máximo de esperanzas en el estado de ánimo reinante en las aldeas.

El 15 de marzo, cuando Czernjak llegó y se presentó como agente del Comité Revolucionario de Moscú, se entró en explicaciones más claras y detalladas. Entabló abierta polémica con los que querían esperar. Dijo pertenecer al «partido de acción», que justamente había creado un comité para luchar contra la inacción. La insurrección tenía que iniciarse de inmediato. Kazán era el sitio mejor desde el punto de vista estratégico. Apoderarse de la ciudad resultaba muy sencillo. Los cuarteles estaban desguarnecidos, bastaba con sorprender a los centinelas y después distribuir las armas, incluso a los prisioneros, tras haber abierto las puertas de las cárceles. Una vez hecho prisionero el gobernador, sería posible conservar la ciudad, sirviéndose de ella como punto de apoyo y de propaganda para la insurrección campesina. Si por cualquiera razón no fuera posible mantenerse allí, se debería alcanzar las aldeas, e incluso los Urales, «donde ni el diablo podrá encontrarnos». Le preguntaron cómo pensaba suscitar la insurrección campesina. Respondió que debería hacerse en nombre del zar, con un falso manifiesto.

No está muy claro cómo reaccionaron los estudiantes, no sólo los pocos asistentes sino todo el pequeño y vivo mundo de los grupos revoluciona-

rios de Kazán. Las objeciones eran dos y —aunque de distinta naturaleza— acababan cruzándose y confundiéndose. A quien consideraba que el plan era temerario, Czernjak e Iwanicki le contestaban que también a Garibaldi, antes del desembarco de Sicilia, lo tuvieron por loco, y que en cualquier caso en primavera los polacos iniciarían la insurrección. A quien en cambio decía que no era lícito dirigirse a los campesinos con un engaño, que había que utilizar el material de propaganda ya existente —como por ejemplo el manifiesto que los propios estudiantes habían escrito—, los dos oficiales le contestaban que entonces habría que esperar treinta años. «Conocemos perfectamente ese partido que primero quiere enseñar al pueblo el alfabeto y después instruirlo paso a paso», decían. De todos modos, habría sido estúpido no beneficiarse de dos circunstancias favorables: la insurrección polaca y la voluntad difundida entre los campesinos de una auténtica libertad.

En definitiva —al parecer— dos enviados de los estudiantes, Polinovski y Zhemanov, se presentaron ante Czernjak a la mañana siguiente, declarando que participarían en el movimiento a condición de recibir de Moscú dinero, una treintena de personas y sobre todo armas. Czernjak aceptó, tras aconsejarse con Iwanicki, que era optimista. Contaba sobre todo con algún oficial amigo y con los soldados a su mando. Iwanicki se quedó en Kazán unos días más después de la marcha de Czernjak, ampliando el círculo de quienes estaban informados de la conjura. Entre tanto, preparaba el estatuto del futuro ejército insurrecto. Pensaba en construir cruces de la forma usada por los «creyentes viejos» (es decir, de doble brazo), con la inscripción «Por la tierra y por la libertad».

Su trabajo encontró un primer obstáculo en un registro que la policía realizó el 25 de marzo en casa de un sargento, Stankevich, que estaba al tanto del asunto. En realidad se trataba de una coincidencia: lo buscaban por sus ideas y no por su actividad de ese momento. Pero naturalmente Iwanicki tomó sus precauciones y trató ante todo de advertir a Czernjak de que sería peligroso regresar a Kazán por aquellos días.

El segundo obstáculo resultó decisivo: al ampliar el círculo de los estudiantes, apareció una persona que no vio en sus palabras más que un medio para ganar dinero, denunciándolo —como hizo— primero al gobernador, después al arzobispo de Kazán y por último a la Tercera Sección. La impresión fue enorme: los cuarteles fueron puestos en estado de alerta, se guarneció a las aldeas en las que los conjurados habían puesto sus miras, una guardia de corps compuesta de cosacos acompañó durante esos días al gobernador. Se tomaron medidas especialmente prolijas para proteger las cajas de la administración.

Un contemporáneo pintó así la situación en la ciudad: «Se empezó a hablar de un grandioso movimiento de campesinos rusos y tártaros, que pretendía repetir el de Pugachëv» [15]. Se rumoreaba de cartas en las que amenazaban con incendiar toda la ciudad. Hubo cierto número de habitantes conservadores que hicieron las maletas y se marcharon de Kazán [16].

Las medidas de precaución y la propia atmósfera general no pudieron escapárseles a los conjurados. Algunos de ellos se dejaron incluso influir por el estado de ánimo general. No faltaron dudas y reflexiones. Hubo quien, más adelante, confesó haberse espantado por la proyectada insurrección campesina, que aparecía una vez más con el terrible rostro de Pugachëv. De nuevo la participación de los hombres cultos se presentaba en forma de un deber no sólo ante el pueblo, sino también, y a veces sobre todo, ante sí mismos, con el fin de hacer menos trágicas las consecuencias de la insurrección.

Estas reflexiones eran tanto más naturales cuanto que entre tanto había cambiado el plan de batalla. Eran excesivas —más de un millar de hombres— las tropas que había en la ciudad, excesivas las precauciones tomadas por las autoridades. Había que empezar por las aldeas, sublevando a los campesinos y marchando hacia la ciudad.

Justamente esto acudió a decir un joven estudiante polaco, enviado por Czernjak desde San Petersburgo, Osip Jakovlevich Silwand. Había llegado el 14 de abril, con notable cantidad de manifiestos, cuatrocientos rublos y catorce revólveres. Prometía la llegada de pequeños grupos de revolucionarios en el momento de la insurrección. Cuatro estudiantes polacos de San Petersburgo habían prometido actuar en esa ocasión. La discusión —durante una reunión a la que asistieron, además del recién llegado, todos los que formaban parte del núcleo central de la conjura, entre los que encontramos a los «apóstoles» Biriukov y Orlov, con otros estudiantes y oficiales polacos y rusos— fue muy acalorada. Se discutió la forma de organizar logísticamente a los campesinos rebeldes, se decidió incautar el trigo de los señores y acuñar moneda. Se proyectaron otra serie de cosas, se distribuyeron las escasas armas, se constituyó un centro directivo y cada uno se llevó consigo un poco de material de propaganda.

En realidad, cuando Silwand, al regresar a San Petersburgo después de la reunión, le contó a Kieniewicz como estaban las cosas, éste se convenció de que no había nada que hacer. Y aunque esto era exacto desde el punto de vista objetivo, parece evidente que en esta decisión final se refleja toda la ambigüedad que estaba en la misma raíz de la conjura. Se había perdido realmente toda esperanza de crear en el propio corazón de Rusia una maniobra de diversión para la insurrección polaca. El objetivo real de los polacos era éste, más bien que un movimiento campesino ruso.

Pero Kieniewicz no quiso renunciar del todo a servirse del manifiesto apócrifo. Lo hizo pegar en las aldeas por cuatro estudiantes polacos que habrían tenido que dirigirse a Kazán en caso de insurrección. Eso les costó el arresto, pero algunos manifiestos llegados hasta los campesinos produjeron, al parecer, movimientos locales. Por otra parte, los mismos estudiantes de Kazán que eludan la detención utilizarán el material de forma idéntica. Una nueva oleada de viajes «apostólicos» seguirá inmediatamente al fracaso de la conjura.

El 23 de mayo Kieniewicz partió para París, a donde llevaba cincuenta mil rublos recogidos para la causa polaca. Volvía a Rusia con un pasaporte falso, para participar en el movimiento por su patria, cuando fue detenido en la frontera, el 5 de junio de 1863.

En Kazán la situación estaba ya en manos de un agente de la Tercera Sección, enviado a la ciudad por orden especial del zar. Antes de proceder a las detenciones quiso recoger algunas pruebas. Se sirvió para tal fin del denunciante, que se transformó así en provocador. Más adelante recibirá por estos servicios tres mil rublos del Ministerio del Interior, con los que abrirá un negocio de fotógrafo en San Petersburgo.

Cuando parecieron suficientes los elementos reunidos, se detuvo a Iwanicki el 26 de abril. Valeroso e impulsivo hasta el final, escribió, para uso de las autoridades investigadoras, un «relato de un difunto», en el que reafirmaba su patriotismo polaco y asumía la responsabilidad de todo lo que había hecho.

Czernjak conseguirá escapar, en cambio, al menos de momento; combatirá con el nombre de Lado en las filas de los polacos insurgentes y un año después, en julio de 1864, hecho prisionero, será trasladado a Kazán, donde compartirá la suerte de sus camaradas.

Todos los demás participantes fueron detenidos entre abril y mayo de 1863. Al principio los llevaron a San Petersburgo, pero en junio la comisión investigadora los congregaba de nuevo en Kazán. Al finalizar su largo y complicado trabajo, las autoridades investigadoras dividieron a los acusados en tres categorías: oficiales polacos, estudiantes polacos y estudiantes de Kazán. Kieniewicz podía esperar quizás —por los resultados de la investigación, ya que se mantuvo durante todos los interrogatorios en una actitud firmemente negativa— salvar la vida. Pero el tribunal militar decidió otra cosa. Fue condenado a muerte junto con otros tres: Iwanicki, Mrocek y Stankevich.

El 6 de junio de 1864, a las siete de la manaña, fueron fusilados en las cercanías de la ciudad, a orillas del río Kazán. He aquí el relato de su muerte:

> Por el camino desde la fortaleza al lugar de la ejecución, Iwanicki y Kieniewicz reían, el primero saludaba con amabilidad a sus conocidos. Incluso cuando la tropa dio media vuelta de la derecha a la izquierda, no dejaron de sonreír entre sí. Cuando se leyó la confirmación de la condena de Kieniewicz, éste, volviéndose a todos los presentes y dando rápidamente dos pasos adelante, dijo en voz alta en ruso: «Señores, escuchen, todo eso es falso, han escrito sólo porquerías»; cuando se dio lectura a la orden de ejecución, Kieniewicz gritó de nuevo: «No se atrevan a fusilarme, soy ciudadano francés» [17]. Los otros dos condenados, Mrocek y Stankevich, permanecieron en silencio todo el tiempo. Fue grande la concurrencia de gente.

Enterrados los cuerpos, se hizo marchar sobre ellos a los soldados. A ese mismo sitio, el 11 de octubre de 1865, más de un año después, condujeron a Czernjak, que fue fusilado allí basándose en una sentencia similar a la de sus compañeros.

La tercera categoría de acusados fue condenada por un tribunal civil a penas que oscilaban entre cuatro y diez años de trabajos forzados. Pero antes incluso de que, en mayo de 1867, el Senado confirmase la sentencia, se cerró la acción judicial y, tras cuatro años de prisión preventiva, fueron liberados todos, pasando bajo la vigilancia de la policía. Entre tanto, tres de ellos habían conseguido escapar, refugiándose en el extranjero.

Notas al capítulo 12

Los dos estudios más completos sobre el tema son: A. Ershov, *Kazanski zagovor 1863 g.* [La conjura de Kazán de 1863], en «Golos minuvshago», 1913, fascs. VI y VII, y sobre todo B. P. Koz'min, *Kazanski zagovor 1863 g.* [La conjura de Kazán de 1863], M. 1920 (con amplia bibliografía), Cfr. también T. F. Fedosova, *Pol'ski Komitet v Moskve i revoliutsionnoe podpol'e 1863-1866* [El comité polaco en Moscú y el subsuelo revolucionario. 1863-1866], en *Revoliutsionnaya Rossiya i revoliutsionnaya Pol'sha (vtoraya polovina XIX veka). Sbornik statei pod red. V. A. D'yakova, I. S. Millera, N. P. Mitinoi* [La Rusia revolucionaria y la Polonia revolucionaria (segunda mitad del siglo XIX). Colección de artículos editada por V. A. D'yakov, I. S. Miller, N. P. Mitina], M. 1967, pp. 209 y ss.

[2] Yu. N. Korotkov, *Vstuplenie Yuriya Mosolova v «Zemliu i voliu»* [La adhesión de Yuri Mosolov a «Tierra y Libertad»], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], vol. IV, M. 1965, pp. 348 y ss.

[3] Cfr. P. S. Tkachenko, *Moskovskoe studenchestvo v obshestvenno-politicheskoi zhizni Rossii vtoroi poloviny XIX veka* [Los estudiantes de Moscú y la vida social y política de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX], M. 1958, pp. 47 y ss.; E. G. Bushkanets, *Uchenìki N. G. Chernyshevski* [Los discípulos de N. G. Chernyshevski], Kazán 1963.

[4] Véanse las deposiciones de Andrushenko de 1865, publicadas inicialmente en el «Kolokol» en los núms. 208 y 210 de 1865, 211 y 215 de 1866, y reproducidas después en B. Bazilevski, *Materialy dlia istorii revoliutsionnogo dvizheniya v Rossii v 60-j gg.* [Materiales para una historia del movimiento revolucionario en Rusia en los años sesenta], París 1905, pp. 109 y ss.

[5] N. A. Firsov, *Studencheskie istorii v Kazanskom universitete 1855-1863 gg.* [Los desórdenes estudiantiles en la universidad de Kazán en los años 1855-1863], en «Russkaya starina», 1889, fascs. 61-64; G. N. Vul'fson y E. G. Bushkanets, *Obshestvenno-politicheskaya bor'ba v Kazanskom universitete v 1859-1861 gg.* [La lucha social y política en la universidad de Kazán entre 1859 y 1861], Kazán 1955.

[6] Las memorias de Krasnoperov han sido publicadas en «Mir bozhi», 1896, fasc. IX y X, en «Vestnik Evropy», 1905, fasc. XII, y en «Minuvshie gody», 1908, fasc. XII. Se reeditaron parcialmente, con prefacio de B. P. Koz'min, y con el título de *Zapiski raznochintsa* [Recuerdos de un pequeño burgués], M.-L., 1929. Nos referimos, salvo aviso en contrario, a esta última edición.

[7] A. I. Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem, pod red. M. Lemke* [Colección completa de obras y cartas, edición de M. Lemke], P. 1912-23, vol. XVI, 201. Es probable que estos estudiantes conocieran las ideas de Weishaupt y de los iluminados a través del libro de Barruel sobre los jacobinos. Este se había traducido al ruso en 1805, y ya había interesado a algunos seguidores de Petrashevski, como una obra en la que se podían encontrar indicaciones sobre las conjuras.

[8] «Istoricheskaya biblioteka», 1869, fasc. I y ss. Este ensayo, basado en Sismondi y Quinet, se muestra muy crítico con Capponi y cita entre otros los estudios de Veselovski sobre Villa Alberti y *Testi e figure, studi biografici,* de Alberto Mario. Tras haber trazado rápidamente las luchas sociales de la república florentina, concluía viendo en el carácter municipal de la propia Florencia, en lo restringido del número de ciudadanos, un germen de despotismo. Acababa hablando de la unión nacional conquistada ya por Italia, pero agregaba que el bienestar del pueblo italiano seguía siendo aún «un pío deseo».

[9] Ya. I. Linkov, *Revolutsionnaya bor'ba A. I. Gertsena i N. P. Ogarëva i tainoe obshestvo «Zemlia i volia»* [La lucha revolucionaria de A. I. Herzen y N. P. Ogarëv y la sociedad secreta «Tierra y Libertad» de los años sesenta], M. 1964, pp. 384 y ss.

[10] B. P. Koz'min, *Revoliutsionnoe podpol'e v epoju «belogo terrora»* [El subsuelo revolucionario en la época del «terror blanco»], M. 1929, pp. 11 y ss.

[11] T. G. Snytko, *Studencheskoe dvizhenie v russkij universitetaj v nachale 60-j godov i vosstanie 1863 g.* [El movimiento estudiantil en las universidades rusas a comienzos de los años sesenta y la insurrección de 1863], en *Vosstanie 1863 g. i russko-pol'skie revoliutsionnye sviazi 60-j godov. Sbornik statei i materialov pod red. V. D. Koroliuka, I. S. Millera* [La insurrección de 1863 y los lazos revolucionarios ruso-polacos de los años sesenta. Colección de artículos y materiales editada por V. D. Koroliuk e I. S. Miller], M. 1960, pp. 295 y ss. Sobre los complejos problemas de las relaciones entre los jóvenes populistas rusos y los revolucionarios polacos, cfr. J. W. Borejsza, *Emigracja polska po powstaniu styczniowym* [La emigración polaca después de la insurrección de 1863], Varsovia, 1966, pp. 333 y ss.

[12] Evidentemente, la idea circulaba entre los revolucionarios polacos. En marzo de 1863 difundieron otro manifiesto apócrifo: «La carta de oro, dirigida al pueblo campesino en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», citado en *Russkaya podpol'naya zarubezhnaya pechat'. Bibliograficheski ukazatel', sostavlen M. M. Klevenskim i dr.* [La prensa clandestina y emigrada rusa. Indicador bibliográfico a cargo de M. M. Klevenski y otros], fasc. I, M. 1935, p. 116.

[13] *Delo riadovogo Benzengera* [El legajo del soldado Benzenger], en «Byloe», 1906, fasc. VII, y Gertsen, *op. cit.*, vol. XVII, pp. 109 y ss.

[14] *Op. cit.*, p. 94.

[15] P. I. Zhudra, *Kazanski pozhary 1863 goda* [Los incendios de Kazán en 1863], en «Istoricheski vestnik», 1891, fasc. III.

[16] Sobre el clima de esos días, véase I. D. Shestakov, *Tiazhëlye dni kazanskogo universiteta* [Días difíciles de la universidad de Kazán], en «Russkaya starina», 1896, fasc. XII.

[17] Probablemente era cierto, puesto que se trataba del hijo de un polaco emigrado. El embajador francés en San Petersburgo trató de interceder por él. Pero Alejandro II anotó en un informe: «No admito en absoluto semejante interés.»

CAPITULO 13

Populismo y nihilismo

La liquidación de la conjura de Kazán marcó el final de los intentos revolucionarios realizados en los años que siguieron inmediatamente a la liberación de los siervos. El aplastamiento de la rebelión polaca selló la década de grandes transformaciones y grandes esperanzas abierta con la guerra de Crimea. Cada uno de los elementos de progreso que emergieron durante esos diez años siguió viviendo y desarrollándose, pero modificado y retorcido por la derrota sufrida y por la fase de detención a que las circunstancias forzaban ahora a todo el «movimiento de liberación».

La voluntad reformadora del estado se estancó. Se dio aún algún importante paso en el terreno de la administración de la justicia [1], pero el problema de la censura y el de la administración local demuestran las debilidades intrínsecas de aquel continuo compromiso que había permitido, pocos años antes, llevar a buen término la reforma campesina [2].

Fracasada la campaña en pro de la convocatoria de un *zemski sobor,* el constitucionalismo se refugió de nuevo en la burocracia y la nobleza, convirtiéndose en tímida e incierta aspiración a un coronamiento «liberal» del absolutismo reformador.

Las tendencias «regionalistas» y «federalistas» recibieron un duro golpe con el aplastamiento de la insurrección polaca, y sólo las veremos emerger con el autonomismo siberiano, antes de confluir —en formas extremistas y revolucionarias— en el fermento federalista y anarquista de los años setenta.

El populismo del «Sovremennik» sobrevive a las detenciones de 1862, continúa la tradición de Chernyshevski y Dobroliubov. Pero ya no está animado por la confianza en una próxima salida de su voluntad de renovación total. Asume formas de sátira y de crítica de toda la vida rusa. Tiende a poner cualquiera futura confianza —disminuida ya la fe en sí misma que nutrió la joven *inteliguentsia* de *Zemlia i volia*— en el «pueblo», en el «campesino».

En contraste con esta actitud surge entonces quien reafirma la función esencial de la *élite* «críticamente pensante», contrapuesta a la multitud pasiva e incapaz de rebelarse. Nace así el «nihilismo». Son los años de

Pisarev y de la revista «Russkoe slovo», que aportará un elemento nuevo, cuyos reflejos veremos en el primer regreso a la conspiración, en la Organización de Ishutin [3].

Pero antes de volvernos de nuevo al mundo del «subsuelo» será necesario examinar en su conjunto este cuadro de los años sesenta y seguir el desarrollo de cada una de las corrientes enumeradas.

Ya la revuelta polaca hizo pensar a algunos elementos de la alta burocracia que era necesario rodear al absolutismo de instituciones capaces de darle una especie de aureola constitucional. «Haced que Rusia dé un paso respecto a Polonia, en lo que respecta al desarrollo de las instituciones estatales», declaraba el ministro del Interior Valuev a Alejandro II, en 1863. Se trataría de una representación burocrática destinada a ampliar el Consejo de Estado, a darle mayor lustre y dignidad. Se redactó y discutió un proyecto en tal sentido, pero se quedó en letra muerta. Evidentemente, en semejante materia, el primer paso es también el más difícil. Alejandro II se negó a hacer ni siquiera un gesto que pudiera encaminarlo por la vía constitucional. Cuando, en enero de 1865, la asamblea de la nobleza de Moscú le envió un mensaje en el que le pedía «que completase el edificio estatal creado por él con una asamblea general de diputados de toda la tierra rusa para discutir las exigencias de conjunto del estado», el emperador respondió que «cuanto había hecho en el pasado debía ser prenda suficiente para todos sus fieles súbditos» y que ninguno de éstos tenía derecho a «anticipársele en sus incesantes cuidados tendentes al bien de Rusia» [4]. Los movimientos que en 1861 condujeron a la detención de los nobles de Tver, indujeron a Herzen a lanzarse a la propaganda del *zemski sobor* y llevaron a Chernyshevski a escribir sus *Cartas sin dirección*, habían quedado reducidos a semejantes diálogos internos de las altas esferas de la burocracia estatal o del zar con sus nobles.

Eran los últimos destellos de un movimiento declinante, incapaz de apelar a la opinión pública, de suscitar en torno a las ideas constitucionales un interés que alejase a la *inteliguentsia* de su populismo, cada vez más enraizado. Toda reforma en el interior del absolutismo hacía surgir naturalmente la visión de una solución liberal, pero el liberalismo ruso restaba encerrado en la contradicción de una constitución concedida desde arriba, obtenida sin querer ni poder recurrir a una presión desde abajo.

El «federalismo» de Shapov, la voluntad del renacimiento de las «regiones históricas» contra la centralización estatal, siguió desarrollándose en los años sesenta. Pero es natural que, en un estado multinacional, como era el imperio de Alejandro II, estas corrientes tendieran rápidamente a asumir la forma de «resurgimientos» nacionales contra la dominación rusa. Ucrania, el Cáucaso, Armenia, las regiones del Báltico, las tierras lituanas y polacas extrajeron de este «federalismo» —como de todo el populismo— nuevos elementos para profundizar sus movimientos nacionales.

La rebelión polaca planteó bruscamente estos problemas sobre el terreno de la política inmediata, cuando las otras corrientes nacionales aún estaban en embrión. Su liquidación marcó un período de detención de estas últimas e indujo a Alejandro II a una política de «rusificación» de su imperio.

En una sola «región histórica» de la Rusia propiamente dicha hubo un intento de crear un movimiento de carácter autonomista e independentista. El más importante terreno del «federalismo» ruso fue justamente Siberia —de la que procedía Shapov. Por modesto que fuera, el movimiento siberiano no carece de interés y es digno de ser observado de cerca.

Sus animadores fueron Nikolai Mijailovich Yadrintsev y Grigori Nikolaevich Potanin [5]. Habían acudido jovencísimos a estudiar en la capital. A Potanin le facilitó el camino de la universidad —si no se lo abrió— Bakunin, entonces exiliado en Siberia. En 1860 éstos habían creado en San Petersburgo uno de los numerosos grupos de coterráneos frecuentes por aquellos años en los ambientes estudiantiles, congregando a los siberianos diseminados por los diversos centros superiores de la capital. En su mayoría se trataba de estudiantes pobres, que vivían juntos, reunidos en comunidades. El más miserable de todos era el joven etnógrafo Judiakov, el revolucionario que será condenado unos años después en el proceso contra los organizadores del atentado de Karakozov.

Las discusiones internas fueron muy animadas desde el principio y acabaron dividiendo al grupo en dos corrientes, los regionalistas y aquellos para quienes el problema federalista estaba en segundo plano, tras el de la revolución social y campesina.

Las ideas de los primeros, encabezados precisamente por Yadrintsev y Potanin, estaban inspiradas sin duda por Shapov, aunque éste no mantuvo relaciones directas con el grupo [6]. También el fermento autonomista ucraniano tuvo su importancia en la formación de sus ideas. La tradición de la «Sociedad de los eslavos unidos» —y sobre todo de la «Sociedad de Cirilo y Metodio»— sirvió de incitación a estos jóvenes siberianos [7]. Pudieron leer, por ejemplo, un artículo del historiador Kostomarov, *Pensamientos sobre el principio federal de la Rusia antigua,* impreso en 1861 en la revista ucraniófila «Osnova» (Los fundamentos), en el que se recogía y desarrollaba esta tradición decembrista y cuarentaiochesca. Kostomarov sostenía abiertamente que Rusia debía dividirse en partes o *estados:* del norte, del nordeste, del sudeste, dos *estados* del Volga (superior e inferior), dos de la Pequeña Rusia (central y meridional), dos de Siberia, uno del Cáucaso, etc. [8]. *Zemlia i volia,* entonces en incubación en San Petersburgo, como se recordará, tuvo en cuenta en su estructura organizativa semejantes exigencias regionalistas. Mientras estudiaba en la capital, Yadrintsev se acercó a algunos de los fundadores de *Zemlia i volia.* Sus primeros escritos fueron publicados en la «Iskra» (La chispa) de Kurochkin, también miembro de aquella sociedad secreta [9].

Los desórdenes universitarios y el cierre de las aulas llevaron a Potanin a la cárcel. La policía lo obligará a regresar a su tierra. También Yadrintsev estaba de nuevo en Siberia en 1863. En Tomsk participaron activamente en la vida pública e intelectual del lugar, ocupándose de los problemas campesinos, de la creación de una universidad siberiana, de los contactos con los escasos elementos cultos y originales, de la redacción del periódico local, etc.

En la primavera de 1865 ambos fueron detenidos. La acusación consistía en haber querido subvertir el orden existente en Siberia, en haber querido separar aquella región del imperio ruso. La formulación de dicha acusación —dada por el propio Yadrintsev de memoria y muchos años después— es aún más característica y sonaba así: «Separación de Siberia de Rusia y creación de una república parecida a la de los Estados Unidos de América.»

Los registros fueron minuciosos, hubo numerosas detenciones que afectaron a los principales centros siberianos. La detención preventiva de los acusados principales duraría unos tres años.

Ni siquiera hoy resulta fácil entender con exactitud cuál era la consistencia política de este movimiento. Los implicados no renegaron más adelante de sus ideas, desde luego, pero —más o menos conscientemente— mostraron una tendencia a darles retrospectivamente un color más blando e inocente. En cuanto a la historiografía posterior, incluso la soviética, se ha ocupado muy poco de este episodio, igual que de otros muchos aspectos del movimiento populista orientados contra la centralización estatal.

Con toda probabilidad M. Lemke ha aclarado el fondo del problema al observar que incluso en los círculos oficiales siberianos —por ejemplo en el mismo comité de la sociedad geográfica, inspirada por Murav'ëv-Amurski— se hablaba en 1861 de una situación «colonial» de Siberia y se formulaba la hipótesis de «una separación de ésta de la metrópoli, así como enseña la historia de todas las colonias» [10]. Los Estados Unidos de América debieron presentarse como el modelo natural de una corriente deseosa de hacer propaganda en este sentido. Ya en los *petrashevtsy* había habido alusiones a un desarrollo autónomo de Siberia. La época de la reforma pudo hacer creer que había llegado el momento de crear una conciencia siberiana. La represión asestó un golpe a la germinación de tales esperanzas. «No se trataba de separatismo, sino de destruir en Siberia las tendencias patrióticas», dirá más adelante Yadrintsev [11].

Incluso el régimen carcelario al que fueron sometidos los acusados refleja este aspecto del problema: durante tres años Potanin, Yadrintsev y Shashkov [12] estuvieron encerrados en la torre de Omsk, pero el primero tenía permiso para estudiar en los archivos locales y el segundo para dedicarse a la etnografía. Aunque los encerraban en la cárcel, las autoridades locales no quisieron interrumpir del todo sus estudios. Más adelante

Yadrintsev contó sus experiencias en un libro lleno de interés: *La comunidad rusa en la cárcel y la deportación* [13].

Las condenas fueron duras. Potanin cargó con quince años de trabajos forzados, Yadrintsev con doce años, conmutados después por la deportación a la región de Arjangelsk. Su salud estaba quebrantada y el largo viaje tuvo que ser realizado en gran parte a pie. Pero cuando llegaron a Arjangelsk en pésimas condiciones, el gobernador Gagarin «tipo de caballero y aristócrata, administrador tierno y humano», no sólo los trató de la mejor manera posible sino que leyó con entusiasmo un memorial escrito por Yadrintsev sobre el régimen de las prisiones. Se dirigió al hospital donde estaba internado, sin séquito, a dar personalmente las gracias a su autor. Aquel memorial no dejó de tener su influencia sobre las reformas del régimen carcelario realizadas por aquellos años. Era el comienzo de una campaña que Yadrintsev prosiguió durante toda su vida contra la deportación en general y la de Siberia en particular.

Todos estos detalles reconstruyen en torno a los «separatistas» siberianos la atmósfera de suma dureza e inesperada humanidad característica del régimen de Alejandro II, consecuencia de la desorganización del estado, y al mismo tiempo de la solidaridad que, a pesar de todo, iba rehaciéndose en los rincones más remotos de Rusia entre los elementos más libres e independientes.

Trasladados después a la región del Volga, Yadrintsev y Potanin reanudarán con otras formas su campaña regionalista, colaborando en un periódico libre editado en 1873 en Kazán, la «Kamsko-volzhskaya gazeta» (Gaceta del Kama y del Volga) —y después dirigiéndolo. «Cada región rusa puede tener sus propios intereses —decían—, los puntos de vista del provinciano son distintos de los del centralizador de la capital.» Los ataques contra la burocracia de San Petersburgo y los llamamientos a las fuerzas locales continuarán en ese periódico durante todo el 1873. «La provincia es el futuro» decía Yadrintsev resumiendo su programa en una carta de esa época.

Esto equivalía a reducir el impulso de diez años antes, cuando aquellos hombres soñaban con una Siberia en cierto modo independiente, pero también era hacer más aceptables sus ideas regionalistas. Y de hecho Yadrintsev, cuando por fin esté libre, se adentrará pronto en San Petersburgo por el camino que haría de él uno de los más conocidos y calificados estudiosos de problemas siberianos. Reflexionando sobre el significado de su regionalismo, escribirá entonces una página que es fundamental para establecer con exactitud los puntos de contacto y de divergencia entre esta corriente y la populista:

> La *inteliguentsia* rusa, al tender al pueblo, entendió por actividad en las provincias sólo la actividad en el campo, en favor de los campesinos. Esto empobreció la actividad y la propia idea del movimiento populista. Nosotros, en cambio, queríamos despertar y ge-

neralizar la vida intelectual en las provincias... El problema tenía, en mi opinión, enorme importancia para todo el desarrollo de Rusia. Era el problema de la región *(oblast')* y de su participación en la vida nacional. Era el mismo problema que un día había planteado Shapov, creador de un nuevo punto de vista histórico. Al habitante de la capital la provincia le parecía sólo un modelo de inmovilidad, de ignorancia, de dominio de los torpes instintos de las masas y de los intereses ya extinguidos de los dueños de siervos. Se tenía a la *inteliguentsia* de provincias por miserable, carente de importancia, la prensa provincial se consideraba como el reino de la mezquindad... Nadie pensaba en reagrupar a la *inteliguentsia* de provincias, en mantenerla unida. El populismo —en su forma genérica, indeterminada— estaba dominado por tendencias derivadas de la capital. Pero ¿qué puede ser un verdadero populismo sin la participación de la vida intelectual y civil de la provincia? [11].

El examen es interesante; las tendencias regionalistas de los años sesenta se interpretan como un despertar y como la ideología política de los elementos cultos provinciales. Y cuando, en los años setenta, el populismo se hizo revolucionario y terrorista, entró en conflicto con este provincialismo. Las dos tendencias, unidas en su origen, se irán separando cada vez más. Potanin vivirá aún lo bastante para intentar aplicar políticamente en 1905 y 1917 estas ideas suyas, pero acabará aislado y derrotado frente a la oleada de la revolución social.

La suspensión del «Sovremennik» y la detención de Chernyshevski privaron al populismo, en 1862, de su órgano principal y de su mayor representante. Algunos de sus más próximos colaboradores consiguieron agruparse en una pequeña revista, «Ocherki» (Ensayos), cuyo primer número salió en enero de 1863. Colaborá en ella también Shapov, y el hecho de que su nombre apareciera al lado del de los seguidores de Chernyshevski demuestra cuánto estaba cambiando la atmósfera. La voluntad política expresada en las *Cartas sin dirección* era sustituida por una exaltación de las tradiciones comunitarias e igualitarias de la aldea rusa y por la contraposición del pueblo al estado y a la civilización occidental, con ciertos acentos eslavófilos. El artículo de fondo del primer número, escrito probablemente por Eliseev, hablaba de los millones de campesinos «que aunque perciben la difícil posición en que se encuentran, están tan acostumbrados a determinadas formas de vida, a determinados principios, que quieren algo mejor, sí, pero algo que no afecte a su ancestral modo de vida...». El meollo de estas tradiciones estaba «en la igualdad y en la vida basada en la *obshina*. Esta incluía la igualdad de bienes, de derechos, de ideas...». Ahí, y sólo ahí, estaba aún el germen de una «comunidad social basada en un elemento ético». En Europa occidental, «pese a la igualdad de derechos políticos», no existía

un elemento similar. «La actual organización europea no contiene ninguna medicina radical contra las desgracias de la humanidad.» Se trataba, pues, de desarrollar las fuerzas campesinas ya existentes en Rusia, «liberándolas de los elementos ajenos, introducidos mediante la violencia». «Derribad estos últimos, permitid que crezca lo que despunta naturalmente, y estaréis en el buen camino.» Así, como primer resultado de la eliminación violenta de los elementos más conscientes y occidentalizados introducidos por Chernyshevski en el populismo, se afirmaba un populismo más espontáneo y romántico, menos político y más ligado al campo [15].

Cuando, tras largos meses de negociaciones e incertidumbres, Nekrasov consiguió al fin permiso para reanudar la publicación del «Sovremennik», estas ideas se dejaron sentir en la resurgida revista. Pero estaban contenidas y acompañadas por la voluntad concreta de permanecer en el surco trazado por Chernyshevski. El alto nivel cultural del «Sovremennik» tendía, por lo demás, por sí mismo, a insertar aquellas concepciones en un horizonte mental y político más vasto [16].

Nekrasov llamaba burlonamente a la redacción su «consistorio». En realidad estaba compuesta en gran parte por aquellos hijos de popes que constituían la nueva *élite* intelectual en el tránsito de los años cincuenta a los sesenta. Sin contar a Chernyshevski y Dobroliubov, también era de ese origen Grigori Zajarovich Eliseev, siberiano, profesor en la Academia Eclesiástica de Kazán y autor de libros de historia religiosa antes de convertirse en colaborador del «Sovremennik», y uno de los periodistas populistas más apreciados durante dos décadas [17]. A su lado estaba Maksim Alekseevich Antonovich que, recién salido del seminario, se dedicó a escribir artículos de filosofía, tras las huellas del «antropologismo» feuerbachiano de Chernyshevski, interpretado por él en un sentido más materialista y positivista [18]. Si agregamos a A. N. Pypin, pariente de Chernyshevski, tendremos el núcleo central del «consistorio», que rigió el «Sovremennik» desde 1863 a 1866. El sincero espíritu populista de Nekrasov —tanto como su notable habilidad y capacidad de adaptación periodística y política— tuvieron gran peso en la revista. Pero la principal novedad de la nueva redacción consistía en la presencia de Saltykov-Shedrin, que con sus relatos satíricos y su intensa actividad de publicista dejó una honda huella en los primeros años del renacido periódico.

«En 1863 la sociedad rusa había cambiado hasta el punto de resultar irreconocible», dirá más adelante Eliseev en sus fragmentos autobiográficos. En esa cambiada situación el «Sovremennik» trató de mantener su viejo programa.

> El objetivo esencial seguía siendo el de gritar a todos y sin interrupción que la sociedad sólo podrá prosperar el día en que viva según la «ley divina», y la «ley divina» significa: «Un trozo a ti, un trozo a él, un trozo a mí», es decir que ni siquiera el más insig-

nificante miembro de la sociedad puede ser desheredado, y que cada cual deberá tener su propio trocito [19].

Pero una cosa es tener un programa inspirado en un buen sentido campesino e igualitario y otra saberlo aplicar, sobre todo en una época de reacción, entre mil dificultades interpuestas por la censura y por un público menos dispuesto y menos fiel que el de la época de Chernyshevski. El propio Eliseev nos indicó los más graves fallos y más evidentes errores de la revista. Ante todo, no supo tomar postura en el problema polaco. No faltó, sí, alguna hábil alusión de Saltykov-Shedrin, que para la ocasión imitó la táctica ya utilizada por Chernyshevski, hablando de Austria con la intención evidente de aludir a Rusia. Pero eso no podía bastar. En medio del desencadenarse de las pasiones nacionalistas, el «Sovremennik» se veía obligado a callar o a murmurar alguna escasa palabra. No quiso arriesgar inútilmente su existencia a esa carta. Bastó con la amenaza de la censura para eliminar toda veleidad de influir sobre el más importante problema entre 1863 y 1864.

Los lazos entre el «Sovremennik» y la «joven generación» (es decir, sobre todo los estudiantes) se fueron aflojando. «N. G. Chernyshevski había estado cerca de ellos —decía Eliseev—, los había dirigido personal y directamente, defendiéndolos con ardor cuando era preciso. Sabía lo que hacía y lo que buscaba. Pero cuando fue detenido, todo lazo directo y personal entre el «Sovremennik» y los estudiantes quedó roto» [20]. El *¿Qué hacer?* de Chernyshevski les dijo aún lo que buscaban. Pero el juvenil y generoso utopismo encerrado en la novela estaba lejos de satisfacer a las mentes más críticas de la nueva redacción. El propio Saltykov-Shedrin consideró útil polemizar abiertamente con el *¿Qué hacer?* en las páginas del «Sovremennik».

Shedrin era alguien capaz de sustituir este llamamiento a la juventud con algo distinto, con su maravillosa violencia satírica que expresaba la mortificación de las conciencias más sensibles ante la pesada y fea realidad rusa. Era capaz de luchar contra todos los fenómenos de obtusidad moral, política y social que iban emergiendo y consolidándose tras la sacudida y el choque de las reformas. Pero aunque Saltykov-Shedrin tuvo una enorme importancia en la formación de la *inteliguentsia* de los años sesenta y setenta, no podía esperarse de él una nueva directriz política, ni, sobre todo, una incitación directa a la juventud.

Dicha incitación podía provenir de Occidente, donde, por esos años, asistimos al renacimiento del movimiento obrero y socialista, con la formación del partido de Lassalle en 1863 y la fundación de la Primera Internacional al año siguiente. Y de hecho el «Sovremennik» es rico en informaciones y discusiones al respecto y contribuyó no poco a difundir en Rusia esas ideas y corrientes. Yu. Zhukovski, que se afirmó entonces como el economista del grupo, dedicará un detallado artículo al *Desarrollo histórico de las asociaciones obreras en Francia* [21], en el que explicaba

las ventajas de las cooperativas de consumo y producción desde un punto de vista declaradamente inspirado en Proudhon. Pypin hablará del movimiento obrero en Inglaterra, describiendo por ejemplo *Las asociaciones culturales de los obreros ingleses,* subrayando la gran utilidad de las escuelas y universidades populares [22]. E. K. Vatson tomará claramente postura contra el *laisser faire* en su artículo *Las clases obreras en Inglaterra y la escuela de Manchester* [23]. Ni siquiera faltará un intento de dar a conocer una comunidad aparecida en América, con el nombre de Tiempos Nuevos [24], basada en principios comunistas. El ejemplo alemán atraerá muy en especial la atención del «Sovremennik». Vatson hablará repetidamente —en la sección «Política» que tenía a su cargo [25]— de la controversia entre Schultze-Delitzsch y Lassalle. Pypin escribirá una biografía de este último [26]. En la revista aparecerá también —traducido íntegramente— el artículo de Lassalle *Sobre las relaciones entre el actual período histórico y la idea de clase obrera* [27]. A pesar de los circunloquios y los silencios impuestos por el temor a la censura, está claro que la redacción dirigía sus simpatías a la política obrera de Lassalle, contra los intentos puramente reformistas y cooperativistas de Schultze-Delitzsch.

Pero ¿cuál podía ser el significado en Rusia de este obrerismo, de este renovado interés por los problemas organizativos del proletariado occidental? Goncharov, el conocido novelista, autor de *Oblomov,* ocupado entonces sobre todo en cumplir celosamente sus deberes de censor, dirá en un informe del 18 de febrero de 1865:

> Los artículos dedicados a semejantes teorías se imprimen en las páginas de nuestras revistas sin casi ningún resultado; no los lee casi nadie, salvo quizás unos pocos especialistas, los cuales, por otra parte, prefieren tener una visión de las obras de Schultze-Delitzsch y Lassalle en la fuente original. La diferencia entre la situación de las clases obreras en el extranjero y en Rusia, su distinto modo de vida, hacen que tales artículos resulten casi incomprensibles para el público [28].

Los abundantes «quizás» y «casi» con que Goncharov adoba sus afirmaciones demuestran que él mismo no estaba muy convencido de lo que afirmaba. Aunque gran parte de la *inteliguentsia* demostraba escaso interés por aquellos problemas, también en Rusia había quien de los artículos del «Sovremennik» sacaba inspiración para consolidar y refinar las ideas sobre las asociaciones obreras y artesanas que ya había podido entrever en el *¿Qué hacer?* de Chernyshevski. Como más adelante veremos, justamente de intentos similares se desarrollará la «Organización» de Ishutin.

Pero Goncharov planteaba un problema real, que no dejó de preocupar a los mismos redactores del «Sovremennik». ¿Cuáles eran las enseñanzas que podían deducirse del movimiento obrero para resolver los problemas campesinos de Rusia? Las ideas de Proudhon —en quien sus

redactores se inspiraban— proporcionarán una vez más el *trait d'union* entre el interés por el movimiento obrero occidental y el populismo ruso. Un censor podía acusar a Zhukovski de haber escrito el más vigoroso de sus artículos, titulado *El problema de la joven generación*, con «un espíritu socialdemocrático» [29]; en realidad el artículo le había sido dictado sobre todo por el espíritu proudhoniano.

Zhukovski veía el futuro desarrollo económico de la campiña rusa confiado a las comunidades campesinas, al crédito administrado por éstas, y polemizaba duramente contra el desarrollo capitalista de la nobleza terrateniente. No negaba la necesidad de una industrialización teórica de Rusia, pero sostenía que éste debía realizarse en beneficio del campesino, no de la nobleza y los capitalistas. En un artículo de un periódico —de breve duración, ya que pronto lo suprimieron las autoridades, pero que agrupó en 1865 a las fuerzas más vivas de la corriente populista— Zhukovski expuso claramente su programa:

> La mano de obra no es necesaria para sacar adelante empresas que saben perfectamente que no se encuentran en condiciones de pagar esos brazos; no es necesaria para cultivar más trigo, cuando el que ya se produce es más que suficiente para el país. No debe ser empleada en una gran industria que no hace sino enriquecer a los patronos o los comerciantes ingleses y extranjeros... Esos brazos deben ser empleados para calzar, vestir, dar luz, casa y civilización al campesino, el cual va sin zapatos porque trabaja para un lord inglés, porque ha producido pan superfluo malgastando así unas horas de trabajo que habrían podido emplearse para asegurarle el bienestar y el confort... Es necesario llevar el centro de gravedad de la cultura al campo. Sólo así podrá ponerse para siempre la palabra *fin* a la época de la servidumbre. Se trata de crear una vida industrial en el mundo campesino... Sólo así el pueblo podrá instruirse, sólo así la cultura se convertirá en la cultura del pueblo. Este es el camino para dar una base sólida a la economía de la nación [30].

Zhukovski recogía así el programa expuesto ya por Ogarëv inmediatamente después de la liberación de los siervos y que seguirá siendo discutido durante dos decenios, hasta constituir la visión económica de todo el «populismo legal». Las ideas de Lassalle sobre el apoyo financiero que el estado debería prestar a las asociaciones de trabajadores se traducían también en términos populistas y campesinos, sugiriendo así una política tendente al desarrollo del artesanado, de las cooperativas y de la pequeña industria local.

Zhukovski trató de calcular un día cuál era el capital de conjunto de que habría debido disponer la clase campesina para invertirlo exclusivamente en actividades económicas adecuadas para mejorar su situación.

Como pagaba unos 300 millones de impuestos, considerando esa suma como un producto del 5 por 100 sobre el capital, se podía deducir que disponía de un capital de 6.000 millones de rublos. Bastaba con observar la sociedad rusa para comprender que esa suma no era administrada en absoluto en beneficio de los campesinos, sino de los capitalistas y los nobles [31]. Es cierto que el cálculo de Zhukovski tenía un valor meramente ejemplificador, pero era una metáfora eficaz para demostrar a la clase dirigente que comía de balde el pan cultivado por los campesinos. Al comparar la situación social existente con una economía tendente exclusivamente a elevar el nivel de vida de las aldeas, a la *inteliguentsia* se le presentaba el problema de su propia justificación social, se le hacía sentir la «deuda» que había contraído con el pueblo, su «deber» de dedicarse exclusivamente al bienestar de éste. Así, el planteamiento del «Sovremennik» despejaba el camino de la que será la visión política de Lavrov.

El atentado de Karakozov, en 1866, encontró al «Sovremennik» en una fase de acentuada polémica, que se desarrollaba bajo la espada de Damocles de dos «preavisos» recibidos de las autoridades. Nekrasov intentó inútilmente parar un tercero y decisivo golpe, se plegó en vano a adjuraciones y compromisos. El 3 de junio de 1866 apareció en los diarios de San Petersburgo la noticia de que «por orden de Su Majestad... las revistas 'Sovremennik' y 'Russkoe slovo' eran suprimidas, dadas las nocivas tendencias alimentadas por ellas desde hacía tiempo». Era el epitafio de la revista que había contado entre sus colaboradores a Pushkin, Belinski, Nekrasov, Chernyshevski, Dobroliubov y Saltykov-Shedrin.

También en esta ocasión, como en 1862, el «Sovremennik» tenía por compañero de desgracia al «Russkoe slovo», el órgano de Pisarev y del «nihilismo». «Cada partido, cada causa tiene sus *enfants terribles*», decía Saltykov-Shedrin al hablar de los redactores de esta última revista. Estos fueron, efectivamente, los *enfants terribles* del populismo de los años sesenta [32].

Culturalmente representaban una reacción positivista y cientifista contra el «antropologismo» feuerbachiano de Chernyshevski y el moralismo de Dobroliubov. Después de 1862 esas tendencias también se habían dejado sentir en el «Sovremennik». Antonovich también mezclaba la cultura filosófica derivada de la izquierda hegeliana con el materialismo de Büchner y de Moleschott. E. K. Vatson se había proclamado seguidor de Comte. Buckle se estaba convirtiendo en ídolo de la joven generación. Pero Pisarev y sus colaboradores llevaron esas tendencias —de toda la cultura europea, y no privativas de la rusa— a la exasperación. El «realismo» estético se transformó en sus manos en una violenta negación del arte, el «utilitarismo», en una exaltación de las ciencias exactas, única forma «útil» de la actividad humana, la «ilustración», en una glorificación de la clase culta.

Pisarev encontrará un nombre para esta corriente, al aceptar como un elogio la definición de «nihilistas» que Turgenev había utilizado —con intención polémica— en su novela *Padres e hijos*.

La palabra no era nueva. Ya la habían empleado en el XVIII F. Jacobi, Jean-Paul Richter y Sébastien Mercier. En 1829 el crítico romántico Nadezhdin la empleó en Rusia —aunque en sentido puramente negativo— para indicar a los que nada saben y nada entienden [33]. Katkov le había atribuido un significado distinto, entendiendo por nihilista a quien no cree en nada: «Si se mira al cosmos, puestos ante dos actitudes extremadas, es más fácil volverse místico que nihilista; estamos rodeados por doquier de milagros» [34]. El uso que de la palabra «nihilismo» hizo la izquierda hegeliana, Bruno Bauer y Stirner, acabó cargándola de un significado filosófico y polémico. Y ya en 1861 Katkov la recogió como instrumento polémico contra los escritores del «Sovremennik». Pero quien la popularizó, quien sintentizó en ella la actitud moral y las ideas de la joven generación de los años sesenta fue Turgenev [35].

No resultó difícil descubrir de inmediato que la palabra estaba mal elegida. Si había gente que creía ciega y violentamente en sus ideas, eran justamente los «nihilistas». Su fe positivista y materialista podía ser acusada de fanatismo, de juvenil carencia de espíritu crítico, pero no desde luego de indiferentismo. Tenía razón Saltykov-Shedrin al escribir que aquel era «un vocablo carente de sentido, más incapaz que ningún otro de caracterizar a la joven generación, en la que se podía distinguir todo género de 'ismos', pero desde luego no el nihilismo» [36]. Sería fácil citar una larga lista de protestas y rectificaciones de los populistas de las diversas corrientes y de las distintas épocas, hechas para explicar cuán poco se les adecuaba la palabra lanzada por Turgenev. Antonovich se creyó en el deber de escribir en el «Sovremennik» una larga recensión de *Padres e hijos*, que sonaba —como se observó justamente— a una auténtica condena de su autor, jurídicamente razonada, por haber falsificado la realidad [37]. Incluso en los años siguientes los revolucionarios rusos se asombraron y escandalizaron al oírse llamar «nihilistas».

Pero el nombre perduró y se difundió, sobre todo en Occidente, donde la palabra gustó y sirvió para expresar la sensación de misterio que circundaba a los populistas y terroristas rusos. Basta con abrir los periódicos franceses, ingleses, italianos, etc. de los años setenta para encontrar continuamente la palabra. Al verla aparecer con tanta frecuencia nace la sospecha espontánea de que había tornado a su acepción primitiva, que ya no recubría sino la ignorancia de los periodistas y los polemistas que escribían sobre los movimientos rusos sin conocer sus problemas ni penetrar en su espíritu.

Si queremos entender la función del «nihilismo» en el desarrollo del populismo ruso debemos situarlo con claridad dentro de sus límites históricos. Fue primero una moda polémica y literaria, un fantasma creado por el temor de liberales y reaccionarios frente al eco profundo y violento

suscitado por las reformas en el ánimo de la juventud intelectual. Se convirtió después, por un momento, en bandera política, el día que Pisarev hizo suya la palabra, diciendo que Turgenev había pintado con exactitud el estado de ánimo de la juventud materialista y proclamándose él mismo «nihilista». Con eso Pisarev pretendía decir que la *inteliguentsia* revolucionaria tenía sobre todo una función crítica y corrosiva, que los obstáculos que había que derribar en Rusia eran tan grandes que una tarea puramente negativa bastaría para llenar la vida de su generación.

Tuvo suerte porque sus frases resonaron en un momento en que habían declinado ya las esperanzas en las reformas, pero aún no había surgido un movimiento revolucionario capaz de absorber todos los esfuerzos y las voluntades de quienes pretendían dedicarse a la causa del pueblo. No se trataba, pues, de escepticismo o indiferentismo, sino, muy al contrario, de la superación de una amarga desilusión mediante el deseo de ser «consecuentes» [38].

Desde el punto de vista político esto tuvo una importante consecuencia: los «nihilistas» del «Russkoe slovo» creyeron y esperaron sobre todo en sí mismos, negándose ya a poner su confianza no sólo en las clases dirigentes, sino también en los mitos del «pueblo» y los «campesinos». La «emancipación de la persona», o sea, la formación de caracteres independientes —«críticamente pensantes», como decían ellos— fue a sus ojos más importante que la emancipación social. La veían sobre todo como una difusión de conocimientos técnicos y científicos; la premisa necesaria en Rusia para semejante obra de ilustración residía en el asentamiento de una clase capaz de pensar su existencia en formas científicas modernas, eliminando todo sentimentalismo y todo romanticismo. Recogiendo un aspecto del pensamiento de Herzen y Chernyshevski y llevándolo a sus últimas consecuencias, teorizaron por ello sobre el «egoísmo», alabaron el cálculo económico, la frialdad utilitarista, buscando en ellos otras tantas fuerzas capaces de dar al hombre el sentido de su individualidad, otros tantos apoyos para substraerlos a la disciplina y al conformismo social. «Multiplicar los hombres que piensan, he aquí el alfa y omega de todo el desarrollo social», decía Pisarev.

Este «realismo» los llevó a veces a aceptar con entusiasmo de neófitos las supremas consecuencias de la «lucha por la existencia» de origen darwiniano. Uno de ellos, Zaitsev, se atrajo un día las refutaciones y los insultos de toda la prensa inspirada en las ideas populistas por haber sostenido la inferioridad de las razas de color. Pisarev hará a menudo el elogio de los fuertes y los capaces, de los que para actuar y vencer saben armarse con los conocimientos científicos modernos.

Todo eso podía convertirse también en la ideología de la nueva *inteliguentsia* de los técnicos, de los empresarios. No faltaban frecuentes alusiones a ellos en las páginas de Pisarev. Pero los redactores del «Russkoe slovo», a pesar de todo su «realismo» y su «egoísmo», permanecían profundamente anclados en una voluntad igualitaria, en una tradición revo-

lucionaria derivada de 1848, en un amargo desprecio y odio a la burguesía, a los poderosos, a los ricos. Su ideología no será absorbida por la nueva *élite* conservadora que estaba aprovechándose de la situación creada por las reformas, sino por el «proletariado del pensamiento», por la *inteliguentsia* descontenta, insatisfecha y al mismo tiempo consciente de constituir el elemento «críticamente pensante» de la sociedad rusa. El «realismo» de Pisarev le proporcionará un elemento de orgullo y una sensación de superioridad, agudizando en ella un deseo de autonomía e independencia.

Basta con echar un vistazo a la suerte de los principales redactores del «Russkoe slovo» para comprender a dónde conducía el camino por el que marchaban.

Pisarev estaba ya en la cárcel en julio de 1862 y sólo será liberado el 18 de noviembre de 1866. Una parte considerable de sus artículos fue escrita en la fortaleza de Pedro y Pablo. Tratará inútilmente, en febrero de 1868, de conseguir un pasaporte. El 4 de julio de ese mismo año se encontró en el Báltico su cuerpo exánime. Quizás se trataba de un suicidio debido a la imposibilidad física y moral de readaptarse a la vida después de la cárcel. Sus funerales ocasionaron en San Petersburgo manifestaciones que demostraron quiénes eran en realidad sus lectores y admiradores: escritores, estudiantes, la «juventud nihilista». No faltaron condenas de confinamiento por haber pronunciado en esa oportunidad discursos «en los que se negaba la inmortalidad del alma» o por haber tratado de honrar su memoria en diversos modos.

Varfolomei Zaitsev tenía veintiún años cuando, en 1863, comenzó a escribir en el «Russkoe slovo». Su interés por los aspectos puramente culturales del «nihilismo» era menor que el de Pisarev, que fue toda su vida —pese a las pruebas sufridas y la pasión política que también hervía en su interior— sobre todo un literato. Zaitsev era, en cambio, más periodista, estaba más ligado a los problemas inmediatos. No en vano le llamaron en el exilio «el Rochefort ruso». Sus artículos eran cortantes y precisos —al menos en la medida en que se lo permitía la censura— y asumían a menudo la forma de breves panfletos [39]. En la primavera de 1866 cayó en la gran redada que siguió al atentado de Karakozov. Fue liberado tras cuatro meses y medio de estancia en la fortaleza de Pedro y Pablo. La vigilancia de la policía se agravó en torno a él, la censura no le permitió volver a escribir. No le quedaba sino emigrar. Tras muchas dificultades consiguió obtener un pasaporte en marzo de 1869. Tras entrar en contacto de inmediato con los emigrados bakuninistas de Ginebra, se estableció después algún tiempo en Turín, donde creó un primer núcleo internacionalista. Cuando regrese a Suiza será uno de los partidarios de Bakunin, escribirá en el «Bulletin de la Féderation du Jura», en el «Kolokol» de Nechaev y Ogarëv, y más adelante en el «Obshee delo». Morirá en el exilio en 1882 [40].

Anarquista y bakuninista —más netamente aún que Zaitsev, que siempre conservará una postura personal— será también un tercer colabo-

rador del «Russkoe slovo»: Nikolai Vasilevich Sokolov[41]. Este era un *declassé;* salido en 1858 de la Academia de estado mayor, comenzó su carrera participando en las guerras en el Cáucaso, para ser enviado después en misión diplomática a Pekín. En 1860 estaba de regreso en San Petersburgo, donde también él se vio asaltado por el fermento intelectual. Se dirigió a Londres a ver a Herzen y después a Bruselas para conocer a Proudhon. Gracias a los marineros de Kronstadt consiguió, a su regreso, pasar una buena carga de libros prohibidos. Entabló amistad con los Obruchev, frecuentó el círculo de Chernyshevski. Tras abandonar la milicia se convirtió —a partir de 1862— en redactor económico del «Russkoe slovo». El proudhonismo se unía en él a un violento odio por el capitalismo y por cualquiera explotación. Regresó al extranjero durante dos años (julio 1863-1865), a Dresde. Criticó violentamente —desde un punto de vista proudhoniano— a los lassallianos alemanes y trató a la emigración polaca; en París volvió a ver a Herzen. A la muerte de Proudhon pronunció un discurso sobre su tumba. Un día, en el café, leyó en un periódico francés el anuncio de *Les Réfractaires* de Vallès. El título y el autor le gustaron tanto que incluso antes de leerlo decidió, junto con Zaitsev, publicar una traducción. Pero cuando se dieron cuenta de que el libro no encerraba lo que esperaban, Sokolov —quizás con la colaboración de su amigo— lo volvió a escribir en cinco semanas. Cuando la censura leyó este opúsculo Sokolov fue detenido. Era abril de 1866, unos veinte días después del atentado de Karakozov. El libro contenía incluso —en forma más o menos literaria— una apología del regicio. Por lo demás, no hay que excluir que Sokolov mantuviera relaciones directas con la Organización de Ishutin. Pero la policía lo ignoraba, y se contentó con deportarlo a la gobernación de Arjangelks y trasladarlo después, en 1871, a Astraján. Al año siguiente Sokolov huía y se refugiaba en Suiza, donde se convertirá en uno de los miembros más violentos y extraños del grupito bakuninista.

Su librito *Los refractarios* se reeditó en Zurich[42]. Consistía en una galería de pequeños ensayos y retratos, recogidos por el autor para demostrar que los «refractarios» habían existido siempre y que eran la sal de la tierra.

> Refractario es el profesor que arroja la toga, el oficial que sustituye el uniforme por la camisa roja del voluntario, el abogado que pasa a ser actor, el cura que se vuelve periodista... Refractarios son los plácidos locos, los obreros entusiastas, los eruditos heroicos...[43].

Lo fueron los estoicos y los primeros cristianos, lo fueron sobre todo los primeros utopistas, Sébastien Mercier, Brissot, Linguet, Mably. Incluso en tiempos más modernos no faltaron quienes habían seguido la re-

gla de la «negación incondicional, de la incondicional refractariedad»: Leroux, Fourier, y sobre todo Proudhon, «este refractario modelo» [44].

Mientras Sokolov llegaba así a formular por su cuenta un anarquismo individualista, Zaitsev seguía llevando este fermento rebelde a su visión política de las relaciones que debían existir entre los revolucionarios y la muchedumbre.

Evocando la figura de Dobroliubov, decía que había sido «el más puro y completo representante del amor al pueblo». Pero, justamente por eso, se traslucía en él un elemento místico, una adoración por las virtudes atribuidas a las masas. «Esta visión ideal lo indujo aquí y allá a error, lo llevó a esperar demasiado del pueblo.» Todo el populismo de la época de las reformas le parecía, ya en 1864, invalidado por inútiles ilusiones [45].

Al hacer la recensión de un libro sobre la Italia de 1848, había dicho ya que era necesario librarse de aquellos mitos democráticos. Había países, como Francia, donde era lícito hablar de una superioridad de las clases populares. Precisamente en 1848 los obreros de París demostraron «ser la parte mejor de la nación».

> El obrero francés está siempre preocupado por su propio destino, se esfuerza por encontrar la palabra de esta esfinge, y no omite ningún medio para desarrollar su mente. Basta con recordar que de entre ellos salieron los mejores hombres del 48. Por eso es natural que los demócratas franceses tengan derecho a llamar al poder a esta clase del pueblo, incomparablemente más culta que los burgueses y los comerciantes que la han gobernado hasta ahora.

Pero no todos los países se hallaban en la misma situación.

> Desgraciadamente existen naciones en las que sólo escasas personas de las clases altas y medias alcanzan el nivel de los obreros franceses. El resto del país, o sea, el llamado pueblo, permanece aún en condiciones similares a las de los cafres y los kurdos. ¿Cómo se puede entonces hablar de demócratas y democracia?

¿Acaso no era ésta la situación de los italianos en 1848? Y para dar a entender claramente a quien quería aludir, hablaba de los napolitanos como de «*osos blancos* con el rey Bomba a la cabeza». En suma, Rusia le parecía a Zaitsev el típico ejemplo de una nación en la que era inútil hacerse ilusiones sobre el pueblo. Cualquier progreso sólo podía derivarse de una minoría procedente de las clases medias y altas [46].

En resumen, el «nihilismo» del «Russkoe slovo» es exactamente la fuente de la corriente que confluirá tanto en el bakuninismo ruso como en el jacobinismo de Tkachëv. Insistiendo sobre la rebelión individual, sobre la «refractariedad» personal, llegaremos al anarquismo; subrayando

en cambio la tarea política de la minoría ilustrada y decidida tendremos el jacobinismo y la teoría de la *élite* revolucionaria. Sokolov y Zaitsev serán bakuninistas. Nechaev intentará torpemente mantener aún unidos anarquismo y jacobinismo. Tkachëv, que realizó su formación en ese ambiente, sacará de él consecuencias pura y coherentemente blanquistas [47].

Notas al capítulo 13

[1] *Sudebnaya reforma, pod redaktsiei N. V. Davydova i N. N. Polianskogo* [La reforma judicial, edición de N. V. Davydov y N. N. Polianski], 2 vols., M. 1915, y el hermoso libro de B. V. Vilenski, *Sudebnaya reforma i kontrreforma v Rossii* [La reforma y la contrarreforma judicial en Rusia], Saratov, 1969, donde se indica también toda la bibliografía sobre el tema.

[2] M. Lemke, *Epoja tsenzurnij reform 1859-1865 godov* [La época de las reformas en el régimen de la censura, 1859-1865], Spb. 1904.

[3] F. Kuznetsov, *Zhurnal «Russkoe slovo»* [La revista «La palabra rusa»], M. 1965, y L. E. Varustin, *Zhurnal «Russkoe slovo» 1859-1866* [La revista «La palabra rusa», 1859-1866], L. 1966.

[4] A. A. Kornilov, *Obshestvennoe dvizhenie pri Aleksandre II (1855-1881). Istoricheskie ocherki* [El movimiento social en la época de Alejandro II (1855-1881). Ensayos históricos], M. 1909, pp. 106 y 172-73. El documento más significativo de esta época es el *Dnevnik P. A. Valueva, ministra vnutrennij del, v dvuj tomaj* [Diario de P. A. Valuev, ministro de Asuntos Exteriores, en dos volúmenes], edición de P. A. Zayonchkovski, M. 1961 (el volumen I comprende el período 1861-64; el II, 1865-76).

[5] Dada su extensa actividad política y científica, los libros y los artículos que a ellos se refieren son innumerables. Limitándonos al período juvenil, cfr. B. Glinski, *N. M. Yadrintsev*, M. 1895; M. Lemke, *N. M. Yadrintsev*, Spb. 1904 (el ensayo más amplio, con extensa bibliografía); I. I. Popov y N. M. Mendel'son, *Iz vospominani o G. N. Potanine* [De los recuerdos sobre G. N. Potanin], en «Golos minuvshago», 1922, fasc. I. Cfr. François-Xavier Coquin, *La Sibérie. Peuplement et inmigration paysanne au XIXe siècle*. París, 1969.

[6] Cfr. las propias palabras de Yadrintsev, recogidas por Lemke, *N. M. Yadrintsev* citado, p. 48.

[7] V. Semevski, *Neskol'ko slov v pamiat' N. M. Yadrintseva* [Unas palabras en recuerdo de N. M. Yadrintsev], en «Russkaya mysl'», 1895, fasc. I. Sobre la «Sociedad de Cirilo y Metodio», cfr. vol. I, cap. III, p. 203.

[8] V. Semevski, *N. I. Kostomarov*, en «Russkaya starina», 1886, fasc. I.

[9] A esta tradición federalista es preciso agregar, con toda probabilidad, el recuerdo de las ideas de Bakunin. Véase, para Potanin, *Pis'ma M. A. Bakunina k A. I. Gertsenu i N. P. Ogarëvu* [Cartas de M. A. Bakunin a A. I. Herzen y N. P. Ogarëv], Spb. 1907, p. 268.

[10] Lemke, *N. M. Yadrintsev* cit., p. 69.

[11] Su autobiografía manuscrita, recogida en *ibid.*, p. 56.

[12] Serafim Serafimovich, de familia eclesiástica, estudio en la universidad de Kazán, de donde lo expulsaron por haber participado en la misa de requiem por los campesinos de Bezdna. Llegado a San Petersburgo, tomó parte activa en el grupo de los siberianos. En otoño de 1863 abría una escuela en Krasnoyarsk, pero las auto-

ridades se la clausuraron. En 1864-65 sus clases públicas constituyeron una de las manifestaciones más típicas e importantes del «patriotismo siberiano».

[13] N. M. Yadríntsev, *Russkaya obshina v tiurme i ssylke* [La comunidad rusa en la cárcel y la deportación], Spb., 1872.

[14] Su autobiografía, citada por Lemke, *N. M. Yadrintsev, op. cit.*, pp. 96-97.

[15] S. Breitburg, *K istorii gazety «Ocherki»* [Para una historia del semanario «Ensayos»], en *Russkaya zhurnalistika. Shestidesiatye gody. Pod redaktsiei i s predisloviem V. Polianskogo* [El periodismo ruso. Los años sesenta. Edición y prefacio de V. Polianski], M.-L. 1930, pp. 53 y ss.

[16] V. Evgén'ev-Maksímov y G. Tizengauzen, *Poslednie gody «Sovremennika». 1863-1866* [Los últimos años del «Contemporáneo», 1863-1866], L. 1939.

[17] L. M. Kleinbort, *Grigori Zajarovich Eliseev*, P. 1923.

[18] *Shestidesiatye gody. M. A. Antonovich. Vospominaniya. G. Z. Eliseev. Vospominaniya. Vstupitel'nye stat'i, kommentarii i redaktsiya V. Evgen'eva-Maksimova i G. F. Tizengauzena* [Los años sesenta. M. A. Antonovich. Recuerdos. G. Z. Eliseev. Recuerdos. Introducciones y comentarios de V. Evgen'ev-Maksimov y G. F. Tizengauzen], M.-L. 1933.

[19] *Ibid.*, p. 290.

[20] *Ibid.*, p. 298.

[21] 1864, fasc. IV y VI.

[22] 1865, fasc. II.

[23] 1864, fasc VIII y IX.

[24] 1865, fasc. VIII.

[25] 1865, fasc. I, II, XI-XII.

[26] 1865, fasc. VIII.

[27] 1865, fasc. IX.

[28] Informe citado en Evgen'ev-Maksimov, Tizengauzen, *op. cit.*, p. 87.

[29] *Ibid.*, p. 150. El artículo de Zhukovski está en el «Sovremennik», 1866, fascículos II y III.

[30] «Narodnaya letopis'», núm. 8. Citado en B. P. Koz'min, *Gazeta «Narodnaya letopis'»* [La revista «Anales populares»], en *Russkaya zhurnalistika. Shestidesiatye gody* cit., p. 96.

[31] Zhukovski, *Zapiski sovremennika* [Notas de un contemporáneo], en «Sovremennik», 1865, fasc. IX.

[32] Saltykov-Shedrín, *Nasha obshestvennaya zhizn'* [Nuestra vida social], en «Sovremennik», 1864, fasc. III.

[33] *Somnishe nigilistov. Stsena iz literaturnogo balagana* [La reunión de los nihilistas. Escena de la feria literaria], en «Vestnik Evropy», 1829, fasc. I.

[34] Recensión de las obras de S. Tolstaya en «Otechestvennye zapiski», 1840, fascículo XII.

[35] Benôit-P. Hepner, *Bakounin et le panslavisme révolutionnaire*, París, 1950, páginas 192 y ss. Cfr. B. P. Koz'min, *Dva slova o slove «nigilizm»* [Dos palabras sobre la palabra «nihilismo»] y *Eshe o slove «nigilizm»* [Más sobre la palabra «nihilismo»], en «Izvestiya ANSSR, Otdelenie literatury i yazyka», 1951, vol. X, núm. 4, y 1953, vol. XII, núm. 6, artículos reproducidos ahora en Id., *Literatura i istoriya. Sbornik statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], M. 1969, pp. 225 y ss. y 238 y ss. Especialmente importantes son las consideraciones sobre el conjunto del problema de Vittorio Strada, *Leggendo «Padri e figli»*, en *Tradizione e rivoluzione nella letteratura russa*, Turín, 1969, pp. 15 y ss.

[36] Saltykov-Shedrin, *op. cit.*

[37] Antonovich, *Asmodei nashego vremeni* [El Asmodeo de nuestro tiempo], en «Sovremennik», 1862, fasc. III. Cfr. el comentario a esta recensión de Eliséev, *op. cit.*, páginas 272 y ss.

[38] A. Coquart, *Dmitri Pisarev (1840-1868) et l'idéologie du nihilisme russe*, París, 1946: con exhaustiva bibliografía.

39 Los más importantes han sido recogidos en V. A. Záitsev, *Izbrannye sochineniya v dvuj tomaj. Tom I (1863-1865). Pod redaktsiei i s predisloviem B. P. Koz'mina. Vstupitel'naya stat'ya G. O. Berlinera* [Obras escogidas en 2 volúmenes. Tomo I (1863-1865). Edición y prefacio de B. P. Koz'min. Introducción de G. O. Berliner], M. 1934 (el segundo volumen nunca se publicó).

40 Véanse los recuerdos de su mujer *A. V. Zaitsev za granitsei* [V. A. Zaitsev en el extranjero], en «Minuvshie gody», 1908, fasc. XI, y sobre todo su necrología publicada en «Obshee delo», núm. 47, de mayo de 1882.

41 A. Efímov, *Publitsist 60-j gg.: N. V. Sokolov* [Un publicista de los años sesenta: N. V. Sokolov], en «Katorga i ssylka», 1931, fasc. XI-XII. En 1933, B. P. Koz'min empezó a trabajar en una edición de las obras de Sokolov, que debería publicarse en las ediciones Akademia. El proyecto quedó interrumpido. La amplia introducción y algunas de las notas más importantes se han incluido ahora en el volumen de Koz'min, *Literatura i istoriya. Sbornik statei* cit., pp. 373 y ss. Constituyen la mejor y más amplia interpretación e investigación sobre este escritor revolucionario y una de las mejores cosas escritas sobre el ambiente de los «nihilistas».

42 N. V. Sokolov, *Die Abtrünnigen, Les réfractaires, Otshepentsy*, s. l. 1872' (después de la suprimida por la censura).

43 *Ibid.*, p. 2.

44 *Ibid.*, p. 208.

45 *Belinski i Dobroliubov*, en «Russkoe slovo», 1864, fasc. I, reproducido en *Izbrannye sochineniya* cit., pp. 159 y ss.

46 Recensión de la traducción rusa, publicada en 1863, de la *Storia d'Italia dal 1846 al 1850*, de Diego Soria, en «Russkoe slovo», 1863, fasc. VII, reproducida en *Izbrannye sochineniya* cit., pp. 90 y ss.

47 Véase sobre todo el interesante artículo de B. P. Koz'min, *Raskol v nigilistaj. Epizod iz istorii russkoi obshestvennoi mysli 60-j godov* [Un cisma entre los nihilistas. Episodio de la historia del pensamiento social ruso de los años sesenta], publicado en 1928, e incluido después en Id., *Ot deviatnadtsatogo fevralia k pervomu marta* [Del 19 de febrero (1861) al 1 de marzo (1881)], M. 1937, pp. 39 y ss., y en Id., *Iz istorii revoliutsionnoi mysli v Rossii. Izbrannye trudy* [De la historia del pensamiento revolucionario en Rusia. Trabajos escogidos], M. 1961, pp. 20 y ss., donde se examina en detalle la polémica entre el «Sovremennik» y el «Russkoe slovo», en los años que van de 1863 a 1865, polémica que Dostoievski definió entonces como «un cisma entre los nihilistas». Koz'min observa justamente el elemento preblanquista de la postura asumida por el «Russkoe slovo», aunque tiende a atribuirla sobre todo a Písarev, mientras que yo pienso que ese elemento es más consciente y detallado en sus colaboradores, y sobre todo en Zaitsev. El artículo de Pisarev, *Pchëly* [Las abejas], en el que Koz'min basa su demostración, es prácticamente un plagio de Karl Vogt, como ha demostrado A. Coquart, *Pisarev et Karl Vogt*, en «Revue des études slaves», 1945, fasc. XXII. Sobre la interpretación de Koz'min y los cambios que sufrió en los años 40 y 50, cfr. Id., *D. I. Pisarev i sotsializm* [D. I. Pisarev y el socialismo]; Id., *Politicheskaya napravlevennost' ocherka Shedrina «Kapluny»* [El significado político del ensayo de Shedrín «Los capones»], en *Literatura i istoriya. Sbornik statei* cit., pp. 243 y ss. y 328 y ss. Cfr. Kuznetsov, *op. cit.*, pp. 279 y ss. y la edición de D. I. Pisarev, *Sochineniya* [Obras] e *Izbrannye proizvedeniya* [Obras escogidas], con prefacio y al cuidado de Yu. Sorokin, 4 vols., M. 1955-56 y L. 1968. Entre las publicaciones no rusas, Cfr. Frederick C. Barghoorn, *Nihilism, Utopia and Realism in the Thought of Pisarev*, en «Harvard Slavic Studies», vol. IV: *Russian Thought and Politics*, s'Gravenhage, 1957, pp. 255 y ss.; James Allen Rogers, *The Russian Populist' Response to Darwin*, en «Slavic Review», vol. XXII, septiembre de 1963, fasc. 3, pp. 456 y ss.

Tras un largo paréntesis de forzado silenciamiento que la presión de las circunstancias políticas explica, las almas de los escritores soviéticos se volvieron hacia «este alba tempestuosa de libertad y naturaleza» y, así, puede fecharse a partir de 1956 la aparición en la Unión Soviética de la más completa bibliografía sobre el populismo.
La segunda edición de esta obra, cuya versión española ofrecemos al lector, aparecida a los veinte años de la primera, recoge por tanto ya el vasto trabajo de investigación realizado en los últimos decenios tanto en la Unión Soviética como en el resto del mundo. Y en un nuevo y largo ensayo, que sirve de Introducción al primer volumen, descubre Venturi el papel que ha tenido y tiene el populismo en la historia soviética post-staliniana, así como su impacto en el ámbito internacional.